

JUAN

DAD AUTÓNOMA DE NUE

CIÓN GENERAL DE BIBLIOT



КРОПОТКИНЪ

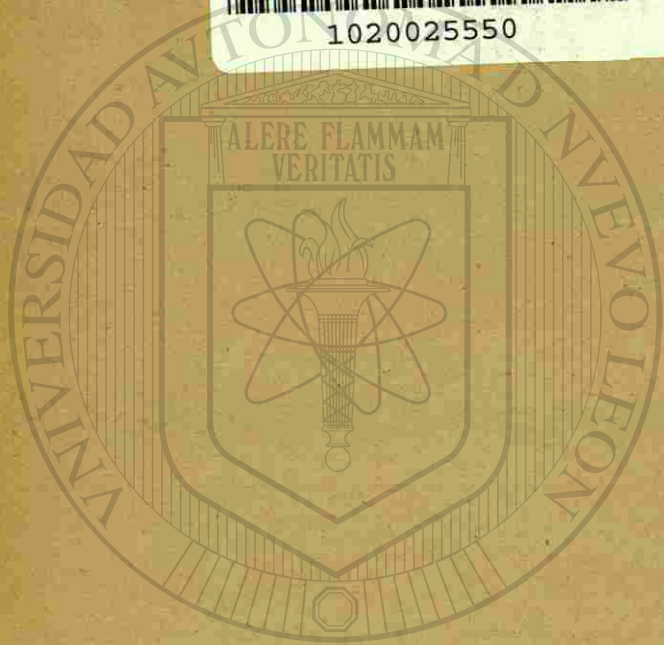
MEMORIAS
DE UN
REVOLUCIONARIO

HX724

K7

1899a

R. C.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



321.09

K.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

20722

Memorias

de un Revolucionario

POR

PEDRO KROPOTKINE

Novísima edición

CASAS EDITORIALES

BUENOS AIRES
MAUCCI HERM.ºs É HIJOS
Calle Rivadavia, N. 1435



HABANA
JOSÉ LÓPEZ RODRIGUEZ
Calle Obispo, N. 133-135

099445

HX724

K7
1899a

NOTA

Este libro probablemente no se hubiera escrito en algún tiempo todavía, á no haber sido por la afectuosa invitación y amistoso estímulo del editor y propietarios de *The Atlantic Monthly* para que lo hiciera, y publicarlo como folletín en su Revista. Siendo un verdadero placer para mí el consignar aquí mis más expresivas gracias por la hospitalidad ofrecida y por la amigable presión destinada á inducirme á ejecutar este trabajo. Publicado en *The Atlantic Monthly* (Septiembre de 1898 á Septiembre de 1899) con el título *Autobiografía de un revolucionario*, ahora lo preparo para darlo á luz en forma de libro, habiendo aumentado considerablemente el texto original en las partes referentes á mi juventud y mi residencia en Siberia, y especialmente en la Sexta, en la que he referido la historia de mi vida en la Europa occidental.

P. KROPOTKINE.

Bromley, Kent, Octubre 1899.

INTRODUCCIÓN

Las autobiografías de que somos deudores á hombres de gran inteligencia, han sido generalmente de una de estas tres clases: « Hasta aquí iba extraviado; después encontré el camino verdadero » (San Agustín); ó « Yo era tan malo como todo eso; pero, ¿quién se atreve á considerarse mejor? » (Rousseau); ó esta otra: « De este modo es como un carácter se ha desarrollado lentamente, debido á sus condiciones naturales y á un favorable medio ambiente » (Gœthe). En todas estas formas de propia representación, el autor se ocupa principalmente de sí mismo.

En el siglo XIX las autobiografías de personas notables, toman á menudo este giro: « Era yo tan inteligente y atractiva, tanto el aprecio y la admiración que había conquistado » (Juana Luisa Heiberg, Vida compuesta de recuerdos); ó este otro ejemplo: « Tenía yo tanta inteligencia y era tan digno de ser amado, y, sin embargo, fui tan poco comprendido, que pasé muchísimas amarguras antes de conquistar la corona de la fama » (Hans Cristino Undersen, La historia de mi vida). En estas dos clases de relatos individuales, el autor sólo se ocupa de lo que sus semejantes han pensado y dicho de él.

El autor de la que tenemos delante no pretende hacer gala de sus aptitudes, y, por consiguiente, no acude á la lucha para ganar y conquistar la opinión. Nada le importa el concepto que de él puedan formar sus semejantes; lo que otros han pensado de su persona, sólo lo menciona una vez, y únicamente le consagra una palabra.

No hay en esta obra nada que pretenda llamar la atención sobre sí mismo; no es el autor de aquellos que gozan en hablar de sí; siempre lo hace con cierta repugnancia y reconocida timidez. No hay aquí ninguna confesión que revele la parte interna del individuo, ni sentimentalismo ni cinismo alguno; el que escribe no se ocupa ni de sus defectos ni de sus virtudes, no entrando en intimidad vulgar con el lector. No dice cuándo se enamoró, y tan poca referencia hace á sus relaciones con el bello sexo, que ni aun menciona su matrimonio; sólo incidentalmente sabemos que es casado. Que es padre, y muy amoroso, únicamente encuentra ocasión de referirlo en la rápida revista que hace de los últimos dieciséis años de su vida.

Le gusta más el dar á conocer la psicología de sus contemporáneos que la suya propia; en su libro se encuentra la de la Rusia oficial y de las masas que bajo ella vegetan; de la Rusia que lucha por avanzar, y de la que permanece estacionaria; procurando hacer mejor la historia de los hombres de su tiempo que la de su personalidad.

La relación de su vida contiene, por consiguiente, la historia de Rusia durante ese periodo, así como la del movimiento obrero en Europa durante el último medio siglo. Cuando se sumerge en su propio mundo interior, vemos que el exterior se refleja en él.

Hay, sin embargo, en este libro, en analogía con las aspiraciones de Gæthe en *Dichtung und Wahrheit*, una representación del modo cómo ha sido formado un cerebro, y en analogía también con las Confesiones de San Agustín, tenemos el relato de una crisis interna que corresponde á lo que en los tiempos antiguos se llamaba « conversión ». En una palabra, dicha crisis es el eje y el punto culminante del libro.

Actualmente no hay más que dos grandes hombres que piensen por el pueblo ruso, y cuyos pensamientos pertenezcan á la humanidad: León Tolstói y Pedro Kropotkine. El primero nos ha referido á menudo bajo forma poética parte de su existencia; el segundo nos da aquí, por la primera vez, sin recurrir á la poesía, una rápida descripción de toda su carrera.

A pesar de lo radicalmente distintos que son estos dos hombres, hay algún parecido entre sus existencias y sus modos de apreciar la vida; Tolstói es un artista; Kropotkine es un sabio; pero ninguno de los dos, al llegar á un periodo determinado de la vida, pudo conformarse con seguir trabajando en aquello para lo que había demostrado tener verdaderas aptitudes naturales. Al primero, consideraciones de un orden religioso, y al segundo otras de un carácter social, les obligaron á abandonar la primera senda emprendida; los dos se hallan poseídos de amor hacia la humanidad y completamente de acuerdo en la severa condenación de la indiferencia, falta de sentido, rudeza y brutalidad de las clases más elevadas, así como en la atracción que ambos sienten por la vida del explotado y oprimido hijo del pueblo. Los dos hallan más cobardía que estupidez en el mundo; son idealistas y tienen el temperamento del reformador. Ambos son amantes de la paz por naturaleza, siendo Kropotkine el más pacífico de los dos, á pesar de que Tolstói siempre predica la paz y condena á los que toman la justicia por su mano recurriendo á la fuerza, en tanto que Kropotkine encuentra justificada su acción y estaba en amistosas relaciones con los terroristas. El punto sobre el cual más difieren, es el de su actitud hacia los hombres instruidos, y respecto á la ciencia que, llevado de su pasión religiosa, aquél mira con desdén y desprecio, mientras que éste los tiene en gran estima, aunque criticando al mismo tiempo á los científicos, por mirar con indiferencia las miserias del pueblo.

Muchas personas han realizado una gran obra durante su vida, sin que por eso se pueda decir que ésta haya sido grande; muchas gentes son interesantes, aun cuando su existencia haya sido completamente oscura é insignificante; pero la de Kropotkine es grande y tiene interés á la vez.

En este volumen se encontrará una combinación de todos los elementos que constituyen una vida preñada de acontecimientos sensacionales: idilio y tragedia; novela y drama.

La infancia en Moscou y en el campo, los retratos de su madre, hermanos, y maestros, ó de los de la antigua servidumbre doméstica, y las muchas descripciones de una vida patriarcal, están hechos tan de mano maestra, que no podrá por menos de impresionar á todas las personas sensibles. El paisaje, la narración del intenso amor, tan poco usual, que se profesaban los hermanos, todo esto es un puro idilio. A su lado se halla, desgraciadamente, bastante tristeza y sufrimiento; la severidad en el seno del hogar doméstico, el trato cruel de los siervos, y la estrechez de miras y falta de sensibilidad que por lo general son las estrellas que rigen los destinos de los mortales.

Hay variedad, y se encuentran situaciones dramáticas; la vida en la corte y la vida en la prisión; la vida en la más elevada sociedad rusa, con emperadores y grandes duques, y la vida en la pobreza, con el proletariado trabajador, en Londres y Suiza. Hay cambios de vestido, como en el teatro, teniendo que aparecer el protagonista de etiqueta durante el día en el Palacio de Invierno, y por la noche en traje de obrero en los barrios extremos, como protagonista de la revolución, encontrándose aquí también el elemento sensacional que pertenece á la novela. Aunque no es posible que haya nadie más sencillo en tono y en palabra que Kropotkine, muchas partes de su relato, sin embargo, debido á la naturaleza misma de los acontecimientos que tiene que referir, son más interesantes que las de ciertas novelas escritas de intento para alcanzar tal resultado. Se lee con interés no interrumpido lo referente á los preparativos de la fuga del hospital de la fortaleza de San Pedro y San Pablo y la atrevida ejecución del plan.

Pocos hombres han figurado como lo ha hecho Kropotkine en todas las clases de la sociedad, y pocos las conocen como él. ¡Qué cuadro! El niño Kropotkine, con el cabello rizado, vestido de paje y colocado cerca del emperador Nicolás, ó corriendo tras el emperador Alejandro, sirviéndole de escolta. ¡Y después, este otro! Kropotkine en una terrible prisión, mandando á paseo al gran duque Nicolás, ú oyendo las manifestaciones de locura de un campesino encerrado en una celda bajo sus pies.

Ha hecho la vida del aristócrata y del trabajador; ha sido paje de cámara del emperador y escritor sin recursos; ha hecho la vida del estudiante, del oficial, del científico, del explorador en tierras desconocidas, del administrador y del revolucionario perseguido. En la emigración ha tenido que vivir algunas veces con pan y te, como un campesino ruso; ha sido objeto de espionaje, y se ha visto expuesto á un atentado, como un emperador de su país.

Pocos hombres habrán tenido tan harto campo de acción como él; del mismo modo que como geólogo puede seguir la evolución prehistórica de centenares de miles de años atrás, así también se ha asimilado toda la evolución histórica de nuestra época. A la educación literaria y científica que se adquiere en el gabinete de estudio y en la Universidad (como el conocimiento de los idiomas, literatura, filosofía y matemática superior), agregó, siendo muy joven todavía, la que se obtiene en el taller y el laboratorio, así como en plena campiña; estudio de ciencias naturales, arte militar, fortificación, maquinaria y aplicaciones industriales; el carácter de sus conocimientos es verdaderamente universal.

¡Cuánto sufriría tan activa inteligencia al verse reducida al quie-

tismo de la prisión! ¡Qué prueba de resistencia y qué demostración de estoicismo! Kropotkine ha dicho en alguna parte que una individualidad moralmente desarrollada debe encontrarse en el fondo de toda organización; lo cual es aplicable á él. Todo ha contribuído á convertirlo en una de las piedras angulares del edificio del porvenir.

La crisis en la vida de Kropotkine tiene dos diferentes aspectos, de los que debemos hacer mención.

Se acerca á los treinta años, época decisiva en la vida de un hombre; por entero se halla dedicado á la ciencia; ha hecho un descubrimiento científico importante; ha encontrado que los mapas del Norte de Asia son incorrectos, no sólo en lo referente á la geografía asiática, sino respecto á las teorías de Humboldt, que aparecen en desacuerdo con los hechos. En esas profundas investigaciones pasó más de dos años. De pronto, un día ve surgir ante su vista la verdadera explicación del hecho; comprende que las verdaderas líneas de estructura no se encuentran en Asia de Norte á Sur ó de Oeste á Este, sino del Sudoeste al Nordeste; somete á prueba su descubrimiento y obtiene un feliz resultado. Entonces disfruta del placer de la revelación científica en su forma más pura y más elevada, comprendiendo lo que levanta el pensamiento su acción.

En aquel momento se presenta la crisis: á la satisfacción sucede la tristeza, al considerar que estos placeres están reservados á una minoría insignificante, preguntándose á sí mismo si es justo que él lo disfrute solamente. Cree que, ante todo, hay un primer deber que cumplir: poner cuanto esté de su parte, á fin de que lleguen hasta la masa del pueblo todos los conocimientos adquiridos, en vez de ocuparse en hacer nuevos descubrimientos.

En cuanto á mí, no creo que tuviera razón; con tales ideas, Pasteur no hubiera podido llegar á ser, como lo ha sido, un bienhechor de la humanidad. Después de todo, no hay cosa que, en último término, no redunde en beneficio de las masas. Creo que uno hace todo lo que puede á favor de la colectividad al producir con la mayor intensidad posible. Pero esta noción fundamental, es característica de Kropotkine; lo da á conocer.

Y semejante tendencia de su carácter lo lleva más lejos aún. Al encontrarse en Finlandia, adonde había ido á hacer un nuevo descubrimiento científico, con la idea de que en los tiempos prehistóricos todo el Norte de Europa se hallaba cubierto de hielo, de tal modo se encuentra impresionado, y es tanta la compasión que siente por el pobre, por el desgraciado, que á menudo tiene que combatir hasta con el hambre, que considera el primero de todos los deberes el convertirse en maestro y auxiliar de las clases desheredadas. Poco tiempo después, un nuevo mundo se presentaba ante su vista — la vida de los trabajadores — y aprendió de aquellos á quienes procuraba enseñar.

Cinco ó seis años más tarde, apareció la crisis bajo su segundo aspecto. Ello ocurrió en Suiza; ya durante su primera permanencia en ese país, Kropotkine había abandonado el grupo de los socialistas autoritarios, por temor á un despotismo económico, por odio á la centralización, y por amor á la libertad del individuo y de la comunidad. Sin embargo, sólo después de un largo cautiverio en Rusia, y durante su segunda residencia entre los inteligentes obreros de la Suiza occidental, fué cuando la concepción que vagaba en su mente de una nueva organización de la sociedad,

se presentó más clara ante su vista, bajo la forma de una sociedad compuesta de asociaciones federadas, cooperando, sobre poco más ó menos, en la misma forma que hoy lo hacen las compañías ferroviarias ó las administraciones de Correos de distintos países.

Sin dejar de reconocer que no le es posible dictar al porvenir el camino que ha de recorrer, está convencido de que todo ha de surgir de la potente iniciativa de la masa; pero, sólo como ejemplo, compara lo venidero con los municipios industriales y las relaciones mutuas que existían en tiempos medioevales, cuya organización partía de abajo arriba. No acepta distinción entre directores y dirigidos; pero debo confesar que me hallo lo bastante atrasado para experimentar un placer al oír que Kropotkine, por una ligera inconsecuencia de su parte, dice una vez, en elogio de un amigo, que era « un jefe innato ».

El autor se describe como un revolucionario, é indudablemente tiene derecho á ello; pero pocos revolucionarios habrá habido tan humanos y de carácter tan dulce como el suyo; hasta tal punto, que uno se encuentra sorprendido cuando, en un paisaje en que habla de la posibilidad de un conflicto con la policía suiza, se revela en su carácter el mismo belicoso instinto que en el fondo existe en el de todos los demás. No puede asegurar con precisión si él y sus amigos tuvieron una satisfacción al ver que la lucha era innecesaria, ó un disgusto porque no se llevara á cabo. Pero la expresión de este sentimiento es excepcional; jamás ha sido un vengador; siempre fué un mártir.

El no impone á otros sacrificios; le agrada más hacerlos; es la obra de toda su vida; pero de tal modo, que parece que el sacrificio no le ha costado ninguna violencia; tan poca es la importancia que él le da. Y, á pesar de toda su energía, es tan poco vengativo, que al hablar de un repugnante médico de una prisión, sólo observó: « Mientras menos nos ocupemos de él, tanto mejor ».

Es un revolucionario sin énfasis y sin emblema, riéndose de los juramentos y ceremonias con que los conspiradores se comprometen en dramas y óperas. Este hombre es la sencillez misma. En cuanto al carácter, puede resistir la comparación con cualquiera de los que han combatido por la libertad en todos los pueblos del mundo; ninguno ha tenido más desinterés, ni amado más la humanidad.

Pero él no había de permitirme decir, al principio de su libro, todo lo bien que de él pienso, y si lo hiciera, á pesar suyo, mis palabras traspasarían los límites de una razonable « Introducción ».

JORGE BRANDES. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO

PARTE PRIMERA

INFANCIA.

I.

Moscon es una ciudad de lento crecimiento histórico y, hasta nuestros días, las diferentes partes de que se compone han conservado admirablemente los rasgos más característicos impresos sobre ellas durante el reposado curso de la Historia. El distrito del río Trans-Moskva, con sus anchas y soñolientas calles, y sus monótonas casas pintadas de gris, y de techos bajos, cuya entrada principal permanecía bien cerrada tanto de noche como de día, ha sido siempre el retiro predilecto de la clase mercantil y el foco de los notablemente austeros, formalistas y despóticos disidentes de la «Antigua Fe». La Ciudadela, ó Kreml, es todavía el firme baluarte de la Iglesia y el Estado; y el inmenso espacio que se extiende ante ella, cubierto de miles de tiendas y almacenes, ha sido durante siglos una poblada colmena del comercio, continuando siendo todavía el corazón de un gran tráfico interior, que abraza la superficie entera del vasto imperio. La Tuerskaya y el puente de Smitk, han sido, durante centenares de años, los principales centros de las tiendas de lujo, mientras que los barrios de los artesanos, el de Pluschikhu y el de Darozomilouka, tienen aún la misma fisonomía que caracterizaba á sus animadas poblaciones en tiempos de los zares de Moscou. Cada barrio es un pequeño mundo en sí mismo; cada uno tiene su fisonomía propia y vive una vida independiente; hasta los ferrocarriles, cuando hicieron su irrupción en la antigua capital, agruparon aparte, en centros especiales, en lo más exterior de la vieja población, sus almacenes y talleres, sus vagones y sus máquinas.

Sin embargo, de todas las partes en que se divide la ciudad, tal vez no haya ninguna más típica que ese laberinto de calles limpias,

tranquilas y ventiladas, situadas á espaldas del Kreml, entre dos grandes calles radiales, la de Arbal y la de Prechistenka, al que se le llama todavía el barrio de los Viejos Caballerizos; el Staraya Konyuskennaya.

Hace cincuenta años vivía en este barrio, extinguiéndose lentamente, la antigua nobleza moscovita, cuyos nombres eran tan frecuentemente mencionados en las páginas de la historia rusa, antes de la época de Pedro I; pero que, después, ha desaparecido para hacer plaza á los recién llegados, «los hombres de todas las procedencias», llamados á la vida pública por el fundador del Estado ruso. Encontrándose suplantados en la corte de San Petersburgo estos nobles de la antigua cepa, se retiraron, unos al barrio de los Viejos Caballerizos, en Moscou, y otros á sus pintorescos estados existentes en terrenos no lejos de la capital, mirando con una especie de desprecio y secreta envidia á la abigarrada multitud de familias que habían venido, «sin que nadie supiera de dónde», á tomar posesión de los cargos más elevados del gobierno en la nueva capital, á orillas del Neva.

En su juventud, la mayoría había probado fortuna entrando en las carreras del Estado, principalmente en el ejército; pero ya por una ú otra causa, lo habían abandonado sin llegar á alcanzar un elevado puesto. Los más afortunados sólo obtuvieron una colocación tranquila y casi honorífica en su ciudad natal—mi padre fué uno de ellos—, en tanto que la mayor parte de los demás se contentaban con tomar su retiro. Pero cualquiera que fuese el lugar adonde habían necesitado trasladarse en el curso de su carrera, sobre la extensa superficie de Rusia, siempre, ya de un modo ó de otro, hallaban manera de pasar su vejez en una casa propia en el barrio de los Viejos Caballerizos, á la sombra de la iglesia donde habían sido bautizados, y en la que se entonó la última plegaria en los funerales de sus padres.

Nuevas ramas nacidas de los antiguos troncos; algunos se hicieron más ó menos notables en diferentes partes del país; otros tenían casas más lujosas y modernas en otros barrios de Moscou ó en San Petersburgo; pero la rama que continuaba viviendo en el barrio referido, cerca de la iglesia verde, amarilla, rosa ó parda, tan asociada á los recuerdos de la familia, se la consideraba como la representante de ésta, independientemente de la posición que ocupase en el árbol genealógico de la misma. Su cabeza, representante de tiempos históricos, era tratada con gran respeto, aunque no desprovisto, sin embargo, de un ligero tinte de ironía, hasta por aquellos miembros más jóvenes de la misma rama, que habían abandonado su ciudad natal para seguir una carrera más brillante en la guardia imperial ó en los círculos de la corte; pues aquél personificaba para ellos el origen y las tradiciones de la familia.

En estas calles tranquilas, bastante separadas del movimiento y el ruido del Moscou comercial, todas las casas tenían casi la misma apariencia; eran en su mayoría de madera, con techos de planchas de hierro de un verde brillante, la fachada estucada y decorada con columnas y pórticos, y pintada con vivos colores. Casi todas las casas no eran más que de un piso, con siete ó nueve grandes y alegres ventanas á la calle; sólo en la parte posterior de la casa solía haber un segundo, que miraba á un gran patio formado por varios edificios pe-

queños, que servían de cocinas, cuadras, bodegas, cocheras y habitaciones para la dependencia y servidumbre. Una gran cancela daba entrada á este patio, y en ella se encontraba con frecuencia una placa de metal con esta inscripción: «Casa de Fulano de Tal, teniente, coronel ó comandante»; rara vez «general» ú otro cargo civil de la misma elevada importancia. Pero si una casa más monumental, embellecida con verja y cancela de hierro doradas, se encontraba en una de esas calles, la placa metálica de la puerta de entrada es seguro que había de decir: «Fulano de Tal, consejero comercial, ó excelentísimo señor». Estos eran los intrusos, los que habían venido á vivir á aquel barrio sin que nadie los invitara, y á quienes, por consiguiente, no trataban los demás vecinos.

En estas calles aristocráticas no se permitían tiendas, y sólo en algunas casitas de madera, pertenecientes á la iglesia parroquial, se hallaba alguna pequeña especiería ó un puesto de verduras, enfrente de las cuales solía encontrarse el lugar de descanso del polizonte, quien durante el día aparecía en la puerta armado de una alabarda, para saludar con su arma inofensiva á los oficiales que pasaban, retirándose al interior á la caída de la tarde para trabajar de zapatero remendón ó preparar algún rapé especial patrocinado por los antiguos criados de la vecindad.

La vida se deslizaba tranquila y pacíficamente — al menos en apariencias — en este Faubourg Saint-Germain de Moscou. De mañana no se veía á nadie por las calles; al medio día aparecían los niños en ellas, acompañados por ayas francesas y nodrizas alemanas que los sacaban á dar un paseo por los boulevares cubiertos de nieve. Más tarde, podía verse á las señoras en sus trineos de dos caballos, con un lacayo colocado de pie detrás, sobre una plancha fija en la parte posterior de los patines; ó bien, escondidas en unos carruajes antiguos, inmensos y elevados, suspendidos por grandes muelles curvos y tirados por cuatro caballos, con un postillón delante y dos lacayos de pie detrás. De noche, la mayoría de las casas se hallaban brillantemente iluminadas, y, como no se corrían las cortinas, los transeuntes podían contemplar á los que jugaban á las cartas ó valsaban en los salones. En aquellos días no estaban en boga las «opiniones», hallándonos todavía muy distantes de los años en que en cada una de esas casas empezó una lucha entre «padres é hijos»; lucha que terminaba por lo general en una tragedia de familia ó en visita nocturna de la alta policía. Hace cincuenta años, nada de eso era imaginable; todo estaba sosegado y tranquilo, al menos en la superficie.

En este barrio nació yo en 1842, y aquí pasé los primeros trece años de mi vida. Aun después de haber vendido nuestro padre la casa en que nuestra madre murió, y comprado otra, que vendió también, pasando nosotros varios inviernos en casas arrendadas, hasta que encontró una tercera á su gusto, á corta distancia de la iglesia en que había sido bautizado, continuamos todavía viviendo en aquel barrio, que sólo abandonábamos el verano para ir á nuestras posesiones rurales.

II

Un dormitorio de techo elevado y espacioso, la habitación más retirada de la casa, con una blanca cama en que reposaba nuestra madre, y no lejos de allí nuestras sillas y mesitas de niños y otras mesas esmeradamente puestas y servidas, cubiertas de dulces y jaleas presentadas en lindos receptores de cristal; alcoba donde se nos condujo á nosotros, los niños, á hora desusada; esta es la primera y confusa reminiscencia que tengo de mi vida.

Nuestra madre se moría de consunción; sólo tenía treinta y cinco años. Antes de separarse de nosotros para siempre, había querido tenernos á su lado, acariciarnos, gozar un momento con nuestras alegrías, y preparó este pequeño festín al lado de su cama, de la que no podía levantarse más. Recuerdo su cara pálida y afilada y sus grandes ojos oscuros: nos contemplaba cariñosamente y nos invitaba á que comiéramos y á subirnos á su cama; de pronto se echó á llorar y empezó á toser, y nos dijeron que saliéramos.

Algún tiempo después, á nosotros, los niños (esto es, á mi hermano Alejandro y á mí), nos trasladaron de la casa grande á otra pequeña que había en el patio. El sol de Abril llenaba la pequeña habitación con sus rayos, y, sin embargo, nuestra nodriza alemana, la señora Burman, y Uliana, la nodriza rusa, nos dijeron que nos acostásemos. Sus rostros estaban humedecidos por el llanto y cosían para nosotros camisas negras guarnecidas de blanco. No podíamos dormir: lo desconocido nos asustaba, y poníamos atención á lo que hablaban por lo bajo. Dijeron algo de nuestra madre, que no pudimos entender; entonces saltamos de la cama preguntando: — «¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá?»

Ambas rompieron á sollozar y empezaron á acariciarnos llamándonos «pobres huérfanos», hasta que Uliana, no pudiendo contenerse más, dijo: — Vuestra madre se ha ido allí, al cielo, con los ángeles.

— ¿Cómo se ha ido al cielo? ¿Por qué? — demandaban en vano nuestras infantiles imaginaciones.

Esto era en Abril de 1846: yo no tenía más que tres años y medio y mi hermano Sáscha aun no llegaba á los cinco; adonde habían ido nuestros hermanos mayores Nicolás y Elena, no lo sé: tal vez estaban ya en el colegio. El tenía doce años y ella once; vivían separados de nosotros y teníamos poco roce con ellos. Así que, Alejandro y yo quedamos en esta casita en poder de la señora Burman y Uliana. Aquella buena señora alemana, ya de edad, sin hogar y completamente sola en el mundo, ocupó para nosotros el lugar de nuestra madre: ella hizo en nuestro favor todo lo que pudo, comprándonos de cuando en cuando algunos juguetes sencillos y hartándonos de tortas de jengibre cada vez que otro viejo alemán, que acostumbraba á venderlas, y que probablemente se hallaba tan aislado y solo como ella, visitaba casualmente nuestra casa. Rara vez veíamos á nuestro padre, y de este modo se pasaron dos años sin dejar ninguna impresión en mi memoria.

III.

Nuestro padre estaba muy ufano del origen de su familia y señalaba con solemnidad á un pergamino que estaba colgado en su estudio: en él se hallaban impresas nuestras armas — las del principado de Smolénsk cubiertas con el manto de armiño y la corona de los Monomachs — y en él estaba escrito y certificado por la Sección de Heráldica, que nuestra familia había tenido origen en un nieto de Rostislán Mstislavich el temerario (nombre tan familiar en la historia rusa como el de cualquier gran príncipe de Hieff), y que nuestros antecesores habían sido grandes príncipes de Smolénsk.

— «Me costó trescientos rublos el obtener ese pergamino» — acostumbraba á decir nuestro padre. — Como la generalidad de las gentes de su tiempo, no estaba muy versado en la historia rusa, y avaloraba el pergamino más por su coste que por su importancia histórica.

El hecho es, sin embargo, que el origen de mi familia es verdaderamente muy antiguo; pero como la mayoría de los descendientes de Rurik, á quien se puede considerar como el representante del período feudal de la historia rusa, ella fué relegada á segundo término cuando éste concluyó, y los Romanoff, entronizados en Moscou, empezaron la obra de consolidar el Estado ruso. En los últimos tiempos, ninguno de los Kropotkins parece haber tenido una predilección especial por los puestos oficiales. Nuestros bisabuelo y abuelo, ambos se retiraron del servicio militar en su juventud, apresurándose á volver á sus posesiones de familia, la principal de las cuales era Urúsono, situado en el gobierno de Oyazán, en una alta colina al borde de fértiles praderas, y capaz de tentar á cualquiera por la hermosura de sus sombríos bosques, sus risueños ríos é inmensos prados. Nuestro abuelo no era más que teniente, cuando dejó el servicio y se retiró á Urúsono, dedicándose á cuidar de este estado y á la compra de otros en las provincias más inmediatas.

Probablemente nuestra generación hubiera hecho lo mismo; pero nuestro abuelo se casó con la princesa Gayárin, que pertenecía á una familia muy distinta. Su hermano era muy conocido por su gran pasión por las tablas: tenía un teatro para su uso particular, y llevó su amor al arte hasta el punto de casarse, con escándalo de toda su familia con una sierva, la notable actriz Semyonova, que fué una de las que crearon el arte dramático en Rusia é indudablemente de las que más en él se han distinguido. Con asombro de «todo Moscou» siguió presentándose en escena.

No sé si mi abuela tenía los mismos gustos artísticos y literarios que su hermano; sólo la recuerdo cuando ya estaba paralítica y hablaba con dificultad; pero es indudable que, en la nueva generación, una inclinación hacia la literatura fué un rasgo característico de la familia. Uno de los hijos de la princesa Gayárin fué un poeta mediano, y publicó un tomo de poesías, hecho del cual mi padre se avergonzaba y evitaba siempre mencionar; y en nuestra propia generación, varios de nuestros primos, así como mi hermano y yo, hemos tomado más ó menos parte en la vida literaria de nuestra época.

Nuestro padre era un oficial típico del tiempo de Nicolás I. Lo cual no quiere decir que estuviera animado de ardor bélico, ni que le gustase la vida de campaña; dudo que pasara una sola noche de su vida ante el fuego del vivac ó hubiese tomado parte en una batalla. Pero en tiempos de dicho emperador eso era lo de menos: el verdadero militar de entonces era el oficial que estaba enamorado del uniforme, despreciando todo otro traje; cuyos soldados recibían tal instrucción, que podían hacer ejercicios casi sobrenaturales (el romper la caja del fusil al «presentar armas» era uno de los más famosos); y quien se hallaba en condiciones de poder presentar en una parada una hilera de soldados, tan perfectamente alineados y tan inmóviles como si fueran de juguetes. Muy bien — dijo una vez el gran duque Mikhael de un regimiento, después de haberlo tenido durante una hora presentando las armas —, ¡pero, *respiran!* El responder á la concepción entonces corriente del verdadero militar, era indudablemente el ideal de nuestro padre.

Cierto es que tomó parte en la campaña turca en 1828; pero se arregló de tal modo, que permaneció toda ella agregado al Estado Mayor; y si nosotros, los niños, aprovechando algún momento favorable en que se hallaba de buen humor, le pedíamos que nos contase algo de la guerra, sólo nos refería el formidable ataque de perros turcos que una noche cayeron sobre él y su fiel asistente Frol, al pasar á caballo, llevando unos partes, á través de una aldea turca abandonada; teniendo que recurrir á los sables para librarse de aquellos animales hambrientos. Si el asalto hubiera sido de turcos en vez de perros, eso hubiese impresionado más agradablemente nuestra imaginación: pero á falta de los primeros, tuvimos que contentarnos con los segundos. En otras ocasiones, cuando acosado por nuestras preguntas, él nos contaba cómo ganó la cruz de Santa Ana «por méritos de guerra», y la espada con empuñadura de oro que llevaba, debo confesar que no quedábamos muy satisfechos; el caso era indudablemente bien prosaico. Los oficiales del Estado Mayor se hallaban alojados en un pueblo turco, cuando éste se incendió; en un momento se vieron las casas rodeadas por las llamas, y en una de ellas se había quedado una criatura, cuya madre daba desgarradores lamentos. En el acto, Frol, que siempre acompañaba á su señor, se arrojó al fuego y salvó al niño. El general, que había presenciado la acción, le dió en el instante mismo á nuestro padre la cruz del mérito militar.

— ¡Pero, padre! — dijimos nosotros — ¡fué Frol quien salvó la criatura!

— ¿Y qué? — contestó él del modo más natural del mundo — ¿Acaso no era mi asistente? Lo mismo da.

También tomó alguna parte en la campaña de 1831, durante la revolución polaca, y en Varsovia conoció y se enamoró de la hija menor del jefe de un cuerpo de ejército, el general Sulima. El casamiento se celebró con gran pompa en el palacio de Sarienki, siendo padrino del novio el general de brigada conde Paskiemich. «Pero vuestra madre — nuestro padre solía decir —, no me trajo ningún capital».

Lo cual era verdad; su padre, Nikolai Semyowich Sulima, no estaba versado en el arte de hacerse una carrera ó una fortuna. Debía ser de

la madera de esos cosacos del Dnyeper, que sabían combatir con los bien armados y aguerridos polacos ó contra los ejércitos turcos, aunque fueran tres veces más numerosos que ellos; pero que ignoraban el modo de evitar el lazo que les tendía la diplomacia de Moscou, perdiendo todas sus libertades y cayendo bajo la dominación de los zares rusos, después de haber luchado contra los polacos en la terrible insurrección de 1648, que fué el principio del fin de la república polaca. Un Sulima fué capturado por los polacos y atormentado y muerto en Varsovia; pero los otros miembros de la familia, que también eran coroneles, no por eso dejaron de pelear con menos bríos, y Polonia perdió la pequeña Rusia. Respecto á nuestro abuelo, durante la invasión de Napoleón I, se había abierto camino, al frente de su regimiento de coraceros, á través de un cuadro de infantería francesa erizado de bayonetas, y después de haber sido dejado por muerto en el campo de batalla, pudo reponerse de la profunda herida que recibió en la cabeza; pero como no estaba dispuesto á ser lacayo del favorito de Alejandro I, el omnipotente Arakchéeff, fué, en su consecuencia, enviado á una especie de honorable destierro, primero como gobernador general de la Siberia Occidental, y más tarde de la Oriental. En aquellos tiempos, tal posición se consideraba más lucrativa que una mina de oro; pero nuestro abuelo volvió de Siberia tan pobre como fué, dejando sólo una fortuna modesta á sus tres hijos y tres hijas. Cuando fuí á Siberia en 1862, con frecuencia oía mencionar su nombre con respeto. Había sido presa de la desesperación, á causa del robo desenfrenado que se hacía en aquellas provincias, y que no le era posible reprimir.

Nuestra madre era ciertamente una mujer notable, dada su época. Muchos años después de su muerte descubrí en el rincón de una despensa de nuestra casa de campo una gran cantidad de manuscritos suyos, hechos con pulso firme y una hermosa letra; había un diario en que hablaba con alegría de los paisajes alemanes y de sus amarguras y sus ansias de felicidad; libros que había llenado de versos rusos prohibidos por la censura; entre ellos las magníficas baladas históricas de Rylieff, el poeta á quien Nicolás I ahorcó en 1826; otros libros contenían música, dramas franceses, versos de Lamartine, poemas de Byron copiados por ella, y un gran número de acuarelas.

Alta, delgada, adornada con una abundante cabellera de un castaño subido, ojos del mismo color y una boca pequeña, parecía hallarse casi animada, en un retrato al óleo que había sido hecho *con amore* por un buen artista. Siempre alegre y por lo general contenta, era aficionada al baile, y las mujeres de los campesinos del pueblo nos contaban cuánto le gustaba contemplar desde un balcón sus danzas (acompañadas y graciosas), concluyendo por tomar también parte en ellas. Tenía un temperamento artístico; en un baile fué donde cogió el catarro que más tarde produjo la inflamación de los pulmones que la llevó al sepulcro.

Todos los que la conocieron la querían; los criados adoraban su memoria; en su nombre, la señora Burman se hizo cargo de nosotros, y en su nombre también, la nodriza rusa nos hizo el objeto de su cariño. Mientras que nos peinaba ó nos persignaba al acostarnos, esta última solía con frecuencia decir: «Y vuestra mamá, que está en los cielos,

Memorias de un revolucionario.-2

debe miraros desde allí, y llorar por vosotros, pobres huérfanos». Toda nuestra infancia está llena de su memoria. ¡Con qué frecuencia, al pasar por un lugar obscuro, la mano de un criado nos acariciaba á Alejandro ó á mí, y cuántas, la mujer de un agricultor, al encontrarnos por el campo, nos preguntaba: «¿Seréis tan buenos como fué vuestra madre? Ella se compadecía de nosotros; vosotros, de seguro, lo haréis también». «Nosotros», por supuesto, quería decir los siervos. Ignoro qué destino hubiera sido el nuestro, á no haber hallado entre los siervos dedicados á los trabajos domésticos esa atmósfera de cariño que necesitan los niños á su alrededor. Nosotros éramos sus hijos; nos parecíamos á ella, y ellos nos demostraban su afecto, algunas veces de un modo muy delicado y expresivo, como se verá más adelante.

Los hombres desean apasionadamente vivir después de muertos, y, sin embargo, á menudo dejan de existir sin haberse dado cuenta del hecho de que la memoria de una persona verdaderamente buena vive siempre, queda impresa en la generación inmediata, y es de nuevo transmitida á los hijos. ¿No es esta una inmortalidad digna de aprecio?

IV.

Dos años después de la muerte de nuestra madre, nuestro padre se casó otra vez; había ya fijado la atención en una linda joven, perteneciente á una opulenta familia, cuando la suerte dispuso lo contrario. Una mañana, mientras se hallaba todavía de bata, los criados entraron precipitadamente en su habitación anunciándole la llegada del general Timofeeff, jefe del sexto cuerpo de ejército, al cual nuestro padre pertenecía. Este favorito del emperador era un hombre terrible; hacía azotar á un soldado, hasta dejarlo casi muerto, por la más leve falta, ó degradaba á un oficial y lo mandaba después de soldado á Siberia, por haberle encontrado en la calle con los corchetes del alto y tieso cuello de la casaca desabrochados. Con Nicolás la influencia de este hombre era ilimitada.

El general, que no había estado nunca antes en nuestra casa, vino á proponer á mi padre el matrimonio con la sobrina de su mujer, la señorita Elisabeth Karandinó, una de las varias hijas de un almirante de la escuadra del mar Negro; una joven con un clásico perfil griego, que tenía fama de hermosa. Mi padre aceptó, y su segunda boda, como la primera, fué solemnizada con gran fausto.

— Vosotros, los jóvenes, no entendéis nada de estos asuntos — decía en conclusión, después de haberme contado esa historia más de una vez con un gracejo particular que no intento reproducir. — ¿Sabéis, por ventura, lo que significaba en aquel tiempo el comandante de un cuerpo de ejército? ¿Sobre todo, que ese diablo tuerto, como acostumbábamos llamarlo, viniera en persona á hacer la proposición?

Claro es que no traía dote; sólo un gran baúl lleno con sus galas, y esa Marta, su única sierva, tan morena como una gitana, sentada sobre él.

De este acontecimiento no guardo memoria ninguna. Solo recuerdo un gran salón en una casa ricamente amueblada, y en él á una joven bonita, de tipo marcadamente meridional, jugando con nosotros y di-

ciendo: — Ya veis qué mamá tan linda vais á tener. — A lo cual Sasha y yo, mirándola con enojo, contestamos: — Nuestra mamá ha volado al cielo. — Su desenvoltura la mirábamos con prevención.

* * *

Llegó el invierno, y una nueva vida empezó para nosotros. Se vendió nuestra casa y se compró otra y amuebló de nuevo por completo. Todo lo que podía recordar á nuestra madre se hizo desaparecer; sus retratos, sus pinturas y sus bordados. En vano la señora Burman imploró quedarse, prometiendo dedicarse al hijo que nuestra madrastra esperaba tener, como á cosa propia; fué despedida. «No quiero nada de los Sulimas en mi casa» se le dijo. Toda relación con nuestros tíos y abuela fué cortada. Uliana se casó con Frol, quien se convirtió en mayordomo, en tanto que ella vino á ser ama de gobierno; y para cuidar de nuestra educación se tomaron un tutor francés, liberalmente retribuido, M. Paulain, y un estudiante ruso, N. P. Smirnoff, á quien se le daba una miseria.

Muchos de los hijos de la nobleza de Moscou eran educados en aquella época por franceses, que representaban los restos del gran ejército de Napoleón. M. Paulain era uno de ellos; acababa de terminar la educación del hijo menor del novelista Zagoskin, y su discípulo Serge gozaba en el barrio de los Viejos Caballerizos la reputación de estar tan bien educado, que nuestro padre no vaciló en tomarlo por la respetable cantidad de seiscientos rublos al año.

Este traje consigo un perro de caza, *Trésor*, su cafetera Napoleón y libros de texto franceses, y empezó á dirigirnos y disponer del siervo Matvei, que había sido destinado á nuestro servicio.

Su plan de educación era muy sencillo: después de despertarnos, se ocupaba de su café, que acostumbraba á tomar en su cuarto; mientras que preparábamos las lecciones de la mañana, él se hacía su toilet con gran esmero; se arreglaba su cabello gris de modo que ocultase su creciente calva, se ponía el frac, se rociaba y lavaba con agua de Colonia y nos escoltaba al piso inferior á dar los buenos días á nuestros padres. Por lo general, los encontrábamos almorzando, y al acercarnos á ellos decíamos, con tono de declamación y con toda la gravedad posible: *Bon jour, mon cher papá* y *bón jour, ma cher maman*, y les besábamos la mano; y él hacía una complicada y elegante reverencia al pronunciar las palabras *bon jour, monsieur le prince* y *bon jour, madame la princesse*; después de lo cual se retiraba inmediatamente la procesión y se volvía á subir. Esta ceremonia se repetía todas las mañanas.

Entonces empezaba nuestro trabajo: el maestro cambiaba el frac por una bata, se cubría la cabeza con un gorro de piel, y, arrellenándose en una butaca, decía: «Recitad la lección».

Nosotros lo hacíamos «de memoria», desde una señal hecha en el libro con la uña, hasta la inmediata. M. Paulain había traído consigo la Gramática de Noel y Chapral, memorable para más de una generación de jóvenes de ambos sexos rusos; un libro de diálogos en francés, una Historia universal, en un volumen, y una Geografía, universal también é igualmente en un volumen. Teníamos, pues, que encomendar á la memoria la Gramática, los diálogos, la Historia y la Geografía.

La Gramática, con sus conocidas sentencias: « ¿Qué es Gramática? » « El arte de hablar y escribir correctamente », no ofrecía ninguna dificultad. Pero el libro de Historia, desgraciadamente, tenía un prólogo que contenía una enumeración de todos los beneficios que reportaba su estudio: al principio todo marchaba relativamente sin dificultad. Nosotros recitábamos: « El príncipe encuentra en ella ejemplos magnánimos para gobernar á sus súbditos; el jefe militar aprende allí el arte noble de la guerra. » Pero al llegar á la parte jurídica se presentó el apuro: « El jurisconsulto halla en ella también... » Esto es lo que nunca pudimos llegar á saber. Era terrible la palabra « jurisconsulto »; lo echaba todo á perder. Al llegar á ella nos parábamos.

— ¡De rodillas, *gros pouff!* — exclamaba Paulain (eso era por mí).
— ¡De rodillas, *gran dada!* (Eso era por mi hermano). Y allí nos arrodillábamos llorando, procurando inútilmente enterarnos de todo lo referente al jurisconsulto.

¡Ese prólogo nos costó muchos disgustos! Estábamos ya aprendiendo todo lo concerniente á los romanos, y acostumbrábamos á poner nuestros bastones en la balanza de Uliana cuando pesaba el arroz, « lo mismo que Breno »; saltábamos desde las mesas y otros precipicios por la salvación de nuestro país, imitando á Curcio, y todavía nos hacía él volver de tiempo en tiempo al dichoso prólogo, y de nuevo nos hacía arrodillar por ese mismo jurisconsulto. ¿Es, pues, de extrañar que, más adelante, tanto mi hermano como yo, sintiéramos una repugnancia invencible por la jurisprudencia?

No sé qué hubiera sucedido con la Geografía si también hubiese tenido prólogo; pero, afortunadamente, las primeras veinte páginas del libro habían sido arrancadas (supongo yo que Serge Zagoskin nos prestó ese gran servicio), y así, nuestras lecciones comenzaron en la página veintiuna, que empezaba de este modo: « de los ríos que bañan á Francia ».

Hay que confesar que no siempre se limitaba todo á arrodillarse: había en la clase una vara de abedul, y á ella recurría el maestro cuando no se adelantaba nada en dicho prólogo ó en algún diálogo sobre virtud y urbanidad; pero un día nuestra hermana Elena, que ya en esa época había salido del *Catherine Institut des demoiselles* y ocupaba una habitación bajo la nuestra, al oír los lamentos que dábamos, corrió, llamando al despacho de nuestro padre, y se lamentó amargamente de que se nos hubiera abandonado á nuestra madrastra, quien nos había entregado en manos de « un tambor francés retirado ». « ¡Por supuesto — decía ella —, no hay nadie que los defienda; pero no puedo ver con paciencia á mis hermanos tratados de ese modo por un tambor! »

Cogido así, de improviso, nuestro padre no sabía qué decir: empezó por reprenderla; pero concluyó aprobando el afecto que demostraba á sus hermanos. En adelante la vara de abedul se reservó para enseñarle las reglas de urbanidad al perro *Trésor*.

Apenas se había desprendido M. Paulain de sus penosos deberes profesionales, cuando se convertía en otro hombre: era un alegre compañero, en vez de un maestro gruñón, y sus cuentos eran innumerables; hablábamos como cotorras. A pesar de que bajo su dirección no pasamos nunca de las primeras páginas de la sintaxis, pronto aprendi-

mos, sin embargo, á hablar correctamente; nos acostumbramos á *pensar* en francés; y después de algún tiempo de escribir al dictado la mayor parte de un libro de mitología, del que se servía para corregir nuestras faltas, sin intentar jamás el explicarnos por qué una palabra se ha de escribir de un modo determinado, habíamos aprendido á « hacerlo con corrección ».

Después de comer, dábamos clase con el maestro ruso, un estudiante en Derecho, de la Universidad de Moscou; él nos enseñaba todo lo referente á Rusia: Gramática, Aritmética, Historia, y así sucesivamente. Pero en aquel tiempo los estudios serios aún no habían empezado. Al mismo tiempo, nos dictaba todos los días una página de Historia, y de aquel modo práctico aprendimos pronto á escribir el ruso correctamente.

Lo mejor para nosotros era los domingos, cuando toda la familia, exceptuándonos á los niños, iba á comer con madame la générale Fimafeeff. También ocurría algunas veces que se les permitía salir de casa á Paulain y Smirnoff, y cuando esto pasaba, quedábamos al cuidado de Uliana. Entonces, después de una comida sin sosiego, corríamos á la gran antecámara, en la que pronto aparecían las criadas jóvenes. Se jugaba á un sin fin de cosas: á la *gallina ciega*, la *candela* y otros juegos parecidos; hasta que, de pronto, Tikhon, el *sábelotodo*, aparecía con un violín. En el acto empezaba el baile; no el acompasado y fastidioso, bajo la dirección de un maestro francés, « con piernas de goma elástica », y que formaba parte de nuestra educación, sino una danza libre, que no era una lección, y en la que veinte parejas giraban á su gusto, lo que no era más que un preludio del más animado y poco menos que primitivo baile cosaco. Después Tikhon pasaba el violín á uno de los hombres más formales, y empezaba á hacer tales maravillas con sus piernas, que las puertas que conducían al salón se veían bien pronto llenas por los cocineros, y aun los cocheros, que venían á ver el baile, al que los rusos tienen tanta afición.

A eso de las nueve se mandaba el carruaje grande á recoger á la familia, en tanto que Tikhon, con cepillo en mano, se dedicaba á devolver al suelo su virginal brillo, y el orden más perfecto quedaba restablecido en toda la casa. Y si á la mañana siguiente éramos sometidos los dos á un interrogatorio extremado, no había miedo de que se nos escapase una sola palabra respecto á la fiesta de la tarde anterior; jamás hemos comprometido á ninguno de los sirvientes, ni ellos tampoco nos hubieran delatado á nosotros. Un domingo, jugando solos en la gran antecámara mi hermano y yo, chocamos contra un soporte, sobre el que había una lámpara de bastante valor, la cual se hizo pedazos. Inmediatamente los criados celebraron consejo: nadie nos reprendió; pero se convino en que á la mañana siguiente, muy temprano, fuera Tikhon, saliendo de la casa por su cuenta y riesgo, á comprar otra lámpara igual á la que se había roto. Costó quince rublos, enorme cantidad para ellos, pero se compró, y nunca nos dijeron nada referente á este particular ni se habló más del asunto.

Cuando pienso ahora en ello, y vuelven todas esas escenas á mi memoria, recuerdo que jamás oímos ninguna palabra soez en ninguno de los juegos, ni vimos en los bailes nada parecido á lo que ahora se

y mongólicos, como las mismas damas. Cuando la nobleza de Moscou da un baile á la familia imperial, la cosa debe resultar extraordinaria. En cuanto á mi hermano Alejandro y á mí, se nos consideraba demasiado jóvenes para tomar parte en un ceremonial tan importante.

Y, sin embargo, después de todo, yo formé en él. Nuestra madre había sido íntima amiga de madame Nurimoff, la esposa del general que era gobernador de Wilno cuando se empezó á hablar de la emancipación de los siervos; esta mujer, que era muy hermosa, se esperaba que asistiera al baile en compañía de su hijo, niño de unos diez años, vestida con un traje verdaderamente magnífico, de princesa persa, formando juego con el que se había hecho para el niño de príncipe del mismo país, de un lujo extraordinario, con un cinturón cubierto de piedras preciosas; pero habiendo caído éste enfermo en aquellos días, su madre creyó que uno de los hijos de su mejor amiga debiera ser el mejor sustituto del suyo. Y, al efecto, nos llevaron á su casa á Alejandro, y á mí, á que nos probásemos el vestido. A él, que era más alto que yo, le estaba muy corto; pero á mí me ajustaba perfectamente, y, por consiguiente, se decidió que yo representase el príncipe persa.

El inmenso salón del palacio de la nobleza moscovita estaba cuajado de invitados. Todos los niños recibieron estandartes coronados con las armas de cada una de las sesenta provincias del imperio ruso. Yo tenía un águila flotando sobre un mar azul, que representaba, según supe después, las armas del gobierno de Astrakhan en el mar Caspio. Se nos formó á todos en la antecámara y marchamos después lentamente en dos hileras, dirigiéndonos hacia la elevada tribuna en que se hallaban el emperador y su familia; al llegar allí, nos dividimos á derecha é izquierda, quedando así alineados en una sola fila ante ellos. A una señal dada se levantaron todos los estandartes, y la apoteosis de la autocracia aparecía muy expresiva. Nicolás quedó encantado; todas las provincias del imperio rendían homenaje al jefe supremo. Después, los niños nos retiramos pausadamente al fondo del salón. En aquel momento se produjo alguna confusión; los ayudas de cámara, con sus brillantes y bordados uniformes, corrían en todas direcciones, y yo perdí mi puesto en la formación; pero, mi tío, el príncipe Gayarin, vestido de tungo (yo estaba absorto, contemplando con admiración su traje de pieles y su aljaba llena de flechas), me levantó en sus brazos y me colocó en la plataforma imperial. Bien fuera por ser yo el más pequeño de todos los niños presentes, ó porque mi cara redonda, adornada por un cabello rizado, y la cabeza cubierta con un gran gorro de pelo de astracán llamaran su atención, lo cierto es que Nicolás quería que me llevaran adonde él estaba, y allí permanecí entre generales y señoras que me miraban con curiosidad. Después me dijeron que el emperador, quien siempre fué aficionado á chistes de cuartel, me tomó por el brazo y, conduciéndome adonde estaba María Alexandrovna (la esposa del príncipe imperial), que se hallaba próxima á su tercer alumbramiento, dijo en su lenguaje militar: — Esta es la clase de niños que debéis traerme — gracia que la hizo ruborizar en extremo. De lo que sí me acuerdo es de que él me preguntó si quería dulces, y yo le contesté que lo que deseaba era galletas pequeñas, de las que se sirven en el te (en casa no nos veíamos hartos nunca); entonces llamó á un

criado y me vació una bandeja entera en mi alta gorra. — Se las llevaré á Sasha — le dije.

Sin embargo, Mikhael, el hermano de Nicolás, que tenía aspecto de soldado y fama de ser muy chistoso, consiguió hacerme llorar. — Cuando sois niño bueno — dijo — os tratan así — y me pasó su gran mano por la cara hacia abajo. — Pero cuando sois malo, os tratan así — y me la pasó hacia arriba, refregándome la nariz, que ya tenía una tendencia marcada á crecer en tal dirección. Las lágrimas, que en vano traté de contener, asomaron á mis ojos; las señoras en el acto se pusieron de mi parte, y María Alexandrovna, que tenía muy buen corazón, me tomó bajo su protección; me sentó á su lado en una silla alta de terciopelo verde con espaldar dorado, y mi familia me dijo después que al poco tiempo eché la cabeza en sus faldas y me quedé dormido, no moviéndose ella de su asiento en todo el tiempo que duró el baile.

Recuerdo también que, mientras que aguardábamos en el salón de entrada el carruaje, los míos me acariciaron y besaron, diciendo: — Chiquito, te han hecho paje. — A lo que yo contesté: — No soy paje; quiero irme á casa — hallándome muy preocupado, pensando en la gorra que contenía las galletitas que le llevaba á Sasha. No sé si llegaron á su poder muchas; pero recuerdo el abrazo tan apretado que me dió cuando le dijeron el interés que yo me había tomado en el asunto.

El ser inscrito como candidato para el cuerpo de pajes era entonces una gran distinción, con la cual rara vez Nicolás favorecía á la nobleza de Moscou. Mi padre estaba contentísimo, y ya soñaba con una brillante carrera cortesana para su hijo, y mi madrastra, cada vez que hablaba del particular, agregaba siempre: — Todo se debe á las instrucciones que le dí antes de ir al baile.

Madame Narimoff se hallaba también muy complacida, é insistía en querer retratarse con el vestido que tan admirablemente le sentaba, teniéndome de pie á su lado.

* * *

La suerte de mi hermano Alejandro se decidió del mismo modo al siguiente año. En aquella época se celebraba el aniversario de la creación del regimiento de Izmaylousk, al que mi padre había pertenecido en su juventud. Una noche, mientras que la casa entera estaba sumergida en un profundo sueño, un coche de tres caballos, y llenos de campanillas los arneses, paró ante nuestra puerta, y un hombre que saltó de él, gritó: — ¡Abrid! ¡Una orden de su majestad el emperador!

Fácilmente se comprenderá el terror que esta visita nocturna sembró en nuestra casa: mi padre, temblando, bajó á su despacho; « los consejos de guerra y la degradación militar » eran cosas de que se oía hablar todos los días; era una época terrible. Pero Nicolás no quería más que tener los nombres de los hijos de todos los oficiales que habían pertenecido al regimiento, con objeto de que se mandaran á las escuelas militares, si es que aún no se había hecho. A ese propósito se envió un mensajero especial desde San Petersburgo á Moscou, el cual llamaba noche y día en las casas de los ex-oficiales.

Con mano temblorosa, mi padre escribió que su hijo mayor Ni-

colás, estaba ya en el primer cuerpo de cadetes en Moscou; que el menor era candidato para el cuerpo de pajes; no quedando más que el segundo, Alejandro, por entrar en la carrera militar. Algunas semanas después se recibió una comunicación informando á mi padre de «la gracia imperial», ordenándosele á Alejandro que entrara en un cuerpo de cadetes en Orel, pequeña población de provincia: costándole á mi padre mucho trabajo y mucho dinero que se permutara dicho punto por Moscou. Este nuevo «favor» sólo se obtuvo en consideración á que ya nuestro hermano mayor se encontraba en el primer cuerpo de cadetes de esta ciudad.

Y así, debido á la voluntad de Nicolás I, ambos tuvimos que recibir una educación militar, á pesar de lo cual no pasaron muchos años sin que, por lo absurda, nos pareciera odiosa esa carrera. Pero Nicolás cuidaba mucho de que ninguno de los hijos de la nobleza siguiera otra, á menos de que no gozaran de buena salud; por esta razón los tres nos vimos obligados á ser oficiales, con gran satisfacción de mi padre.

VI.

La riqueza se medía en aquellos tiempos por el número de «almas» que poseía un propietario territorial: tantas «almas», quería decir tantos siervos varones; las mujeres no se contaban. Mi padre, que era dueño de cerca de unas mil doscientas de aquéllas en tres provincias diferentes, y que tenía además grandes extensiones de terreno que dichos siervos cultivaban, era tenido por hombre rico. El procuraba mantener en la práctica esa reputación; teniendo siempre su casa abierta á disposición de sus amigos y manteniendo una numerosa servidumbre.

Eramos ocho de familia y en ocasiones diez ó doce; para cuyo servicio, cincuenta criados en Moscou, y como la mitad más en el campo, no se consideraba demasiado. Cuatro cocheros para cuidar de doce caballos; tres cocineros para los amos y dos para los otros; doce camareros sirviendo á la mesa (hallándose uno con plato en mano tras de cada persona sentada á la misma), é innumerables muchachas en el departamento de las doncellas: ¿quién era capaz de vivir con menos?

Además, la ambición de todo propietario territorial era de que, todo lo que se necesitara para el servicio, se pudiera hacer en casa sin recurrir á fuera.

Si por casualidad observaba una visita, «¡qué bien templado está siempre vuestro piano! ¿Supongo que os lo templará Herr Schimmel? Poder contestar «tengo mi propio afinador», era entonces lo más correcto.

Si el convidado exclamaba cuando aparecía hacia el final de la comida una obra de arte compuesta de helados y pastas, «¡qué hermoso pastel! Confesad, príncipe, que es de casa de Tremblé» (el pastelero á la moda), el responder «ha sido hecho por mi propio repostero, discípulo de aquél, á quien he permitido que muestre lo que sabe», era cosa que producía general admiración.

El tener los bordados, arneses, mueblaje, en una palabra, todo hecho por su propio personal, era el ideal de aquellos grandes propietarios. Tan pronto como los hijos de la servidumbre llegaban á la edad

de diez años, eran enviados como aprendices á las tiendas de moda, donde se les obligaba á pasar de cinco á siete años barriendo, recibiendo todo género de golpes y haciendo mandados de todas clases. Así se comprende que pocos llegaran á dominar un oficio. Los sastres y los zapateros, sólo tenían habilidad bastante para vestir y calzar á los criados, y cuando verdaderamente se necesitaba un buen pastel para un convite, se le encargaba á Tremblé, mientras que nuestro repostero tocaba el tambor en la banda de música.

Esta era otra de las aspiraciones de mi padre; y casi todos los criados varones, además de otros conocimientos, debían saber tocar algún instrumento. Makar, el afinador de piano, era también flautista; Andrei, el sastre, tocaba otro instrumento; al repostero se le puso primero á tocar el tambor; pero lo hacía tan extremadamente mal, que se le compró una enorme trompeta, con la esperanza de que sus pulmones fueran menos poderosos que sus brazos; cuando se vió que ni aun esto era posible, se le mandó al ejército. En cuanto á «Tikhon, el de los lunares», además de sus numerosas ocupaciones en la casa, como lampista, fro-tador de suelos y lacayo, prestaba mucho servicio en la banda, tocando hoy el trombón, mañana el cornetin, y el segundo violín en ciertas ocasiones. Los dos primeros de éstos constituían la única excepción: eran «violines», y nada más. Mi padre los había comprado, con sus numerosas familias, por una cantidad respetable á sus hermanas (nunca compraba ni vendía siervos á los extraños). Por las noches, cuando no iba al Club ó cuando había en casa comida ó recepción, se reunía la banda, de doce ó quince músicos, que tocaban bastante bien y eran muy solicitados por los vecinos para los bailes, y mucho más si nos hallábamos en el campo. Esto era, por supuesto, un motivo constante de satisfacción para mi padre, cuyo permiso se había de solicitar para poder disponer de su música.

Nada, en verdad, le causaba tanto placer como el que se reclamase su ayuda, ya en ese sentido ó en otro cualquiera; por ejemplo, para obtener la educación de un muchacho libre de gasto ó el indulto de la pena impuesta por un tribunal civil. Aunque se hallaba expuesto á sufrir accesos de cólera, poseía indudablemente una inclinación natural hacia la clemencia, y cuando se pedía su apoyo, se le hallaba dispuesto á escribir infinidad de cartas en todas direcciones á las personas de mayor influencia y más elevada posición, en favor de su protegido. En tales ocasiones, su correspondencia, que siempre era crecida, se veía aumentada con media docena de cartas especiales, escritas en un estilo muy original, que tenía algo de semioficial y de semihumorístico; cada una sellada, por supuesto, con sus armas, en un gran sobre cuadrado que sonaba como una sonaja, á causa de la cantidad de arenilla que contenía; pues en aquella época el uso del papel secante era desconocido. Cuanto más difícil fuera la cosa, mayores eran sus energías, no descansando hasta obtener el favor que solicitaba para su protegido, á quien en muchos casos no había visto jamás.

A mi padre le gustaba tener siempre convidados en casa: la hora de comer era las cuatro, y á las siete se reunía la familia en torno del *samovar* (tetera) para tomar el te. A esa hora acostumbraban á venir muchos amigos, y desde que nuestra hermana Elena volvió á casa,

nunca faltaban visitantes, jóvenes y viejos, que aprovecharan la ocasión. Cuando las ventanas que daban á la calle aparecían profusamente iluminadas, era bastante para dar á conocer á las gentes que la familia estaba en casa y que los amigos serían con gusto recibidos.

Casi todas las noches teníamos visitas: las mesas de juego se abrían en el salón para los aficionados á las cartas, en tanto que las señoras y los jóvenes permanecían en la sala de recepción ó en torno del piano de Elena. Después que se iban las señoras continuaba el juego, algunas veces hasta las primeras horas de la mañana, atravesándose entre los jugadores sumas de importancia; mi padre invariablemente perdía; pero el verdadero peligro para él no estaba en casa sino en el club inglés, donde las posturas eran mucho más altas que en las casas particulares, y, sobre todo, cuando lo inducían á concurrir á una partida formada de caballeros « muy dignos », en una de las casas más respetables del barrio, en la que duraba el juego toda la noche. En tales casos, lo que perdía era seguramente de consideración.

Las reuniones de confianza en que se bailaba no eran raras, sin hacer mención de un par de bailes de etiqueta, que forzosamente habían de darse todos los inviernos. En esas reuniones, mi padre procuraba que todo se hiciera en grande, sin reparar los gastos. Pero al mismo tiempo eran tan exageradas las economías que se hacían diariamente en casa, que si fuera á referirlas se las calificaría de ponderación. Se ha dicho de una familia de pretendientes al trono de Francia, renombrada por sus partidas de caza, verdaderamente regias, que en la vida íntima hasta las velas de sebo se contaban con minuciosidad. Igual clase de miseria económica se usaba en mi casa para todo; de tal suerte, que cuando nosotros fuimos mayores, detestábamos todo lo que fuera economizar y contar. Sin embargo, en el barrio nuestro, ese sistema de vida sólo sirvió para elevar el concepto en que se hallaba mi padre en la pública estimación. « El viejo príncipe — se decía — parece que es en casa algo tacaño; pero sabe vivir como lo que es ».

En nuestras tranquilas y limpias calles, esa era la clase de vida que más se respetaba. Uno de nuestros vecinos, el general D..., tenía su casa montada muy en grande, y, sin embargo, todas las mañanas ocurrían escenas extremadamente cómicas entre él y su cocinero. Una vez terminado el almuerzo, el viejo general, fumando su pipa, ordenaba la comida.

— Vamos á ver, hombre — solía decir al cocinero, que se presentaba vestido de blanco; — hoy no seremos muchos; sólo hay dos convidados. Nos harás una sopa con lo que nos ofrece la primavera: guisantes, habichuelas francesas y otras cosas por el estilo. Aún no nos has dado ninguna, y la señora, como sabes, le gusta una buena sopa á la francesa.

— Bien, señor.

— Después, lo que gustes, de entrada.

— Bien, señor.

— Los espárragos, por supuesto, no son de la estación; pero ayer vi unos manojos muy hermosos en las tiendas.

— A diez pesetas el manajo, señor.

— ¡Eso es! Además, estamos cansados de tus pollos y pavos asados; tienes que buscar otra cosa en cambio.

— ¿Venado, señor?

— Sí, sí; cualquier cosa para cambiar.

Y cuando se habían decidido los seis platos de la comida, preguntaba el general:

— ¿Cuánto he de darte para el gasto del día? ¿Supongo que bastará con ocho pesetas?

— Veinticinco, señor.

— ¡Hombre, qué disparate! Aquí tienes ocho pesetas; te aseguro que es suficiente.

— Diez de espárragos y seis de verduras y legumbres.

— Vamos, hombre, es preciso que te pongas en razón; me correré hasta diez; tienes que ser económico.

Y así continuaba el regateo durante media hora, hasta que los dos convenían en dieciocho pesetas y media, con la condición de que la comida del día siguiente no habría de costar más de cuatro pesetas. Después de lo cual, el general, muy satisfecho por haber efectuado tan buen trato, tomaba un trineo, daba una vuelta por las tiendas de moda, y volvía muy contento, trayéndole á su mujer una botella de un perfume exquisito, por el que había pagado un precio disparatado en una tienda francesa, y anunciando á su hija única que un nuevo abrigo de terciopelo, « una cosa sencilla y elegante » (y bien cara), le traerían para que se lo probara aquella tarde.

Todos nuestros parientes, que eran numerosos por parte de padre, vivían exactamente del mismo modo; y si alguna vez se presentaba un nuevo rasgo distintivo, este tomaba por lo general la forma de alguna pasión religiosa. Ocurriendo así, que un príncipe Gayárin entrase en los jesuitas, escandalizando á « todo Moscou », y otro joven príncipe ingresase en un monasterio; en tanto que muchas señoras de edad eran presa de un atroz fanatismo.

Sólo había una excepción. Uno de nuestros parientes más cercanos, el príncipe (permítidme que le llame Mirski), había pasado la juventud en San Petersburgo como oficial de la guardia. No se ocupaba en tener sus sastres y ebanistas propios, porque su casa estaba lujosamente amueblada á la moderna, y todo en ella procedía de las mejores tiendas de San Petersburgo.

No tenía propensión al juego; sólo tomaba parte en él cuando lo hacían las señoras; pero su flaco era la mesa, en la que gastaba sumas enormes.

La Cuaresma y la Pascua eran las épocas en que más visiblemente se manifestaban sus rarezas; cuando llegaba la primera, que no hubiera sido propio comer carne, crema ó manteca, aprovechaba la oportunidad para inventar toda clase de platos exquisitos compuestos de pescado. Las mejores tiendas de las dos capitales eran puestas á contribución con tal propósito; se mandaban emisarios desde sus posesiones á la desembocadura del Volga, para traer de allí en caballos de postas (en aquella época no había ferrocarril) los peces más ricos y más raros. Y al venir la segunda, su inventiva no reconocía límites.

La Pascua es en Rusia la fiesta más venerada y más alegre del año; es la de la primavera; los inmensos promontorios de nieve que durante el invierno han tenido invadidas las calles, rápidamente se liquidan, y

arroyos bulliciosos las recorren, entrando la estación de las flores, no de modo encubierto y solapado como los ladrones, sino franca y abiertamente; todos los días se notan cambios en el estado de la nieve y en el aspecto de las calles. La última semana de Cuaresma, la de Pasión, era guardada en Moscou en mi juventud con extremada solemnidad; era una época de luto general, y una multitud de personas iban á las iglesias á oír leer los pasajes más conmovedores de los Evangelios, referentes á los padecimientos de Cristo. No sólo no se comía carne, huevos y manteca, sino que muchos rechazaban hasta el pescado, y algunos de los más empedernidos no tomaban ningún alimento el Viernes Santo. Lo que hacía fuera mayor aún el contraste al llegar la Pascua.

El sábado todos iban por la noche á la iglesia, en la que se celebraban los oficios, que tenían un carácter lúgubre; pero al sonar la media noche la escena cambiaba por completo; todas las iglesias se iluminaban en el acto, y alegres repiques resonaban en centenares de campanarios. Entonces empezaba el regocijo general; las gentes se besaban tres veces unas á otras, en la mejilla, repitiendo las palabras de la resurrección; y las iglesias, ya inundadas de luz, resplandecían con las vistosas *toilettes* de las señoras. Aun la mujer más pobre, como pudiera estrenar un traje al año, es seguro que procuraría hacerlo aquella noche.

Al mismo tiempo, la Pascua era y es todavía la señal para comer sin freno, preparándose quesos especiales de crema (*paskha*) y panes, hechos igualmente para tal ocasión (*koolich*); no habiendo persona, por pobre que fuera, que no tuviera, por lo menos, una pequeña *paskha* y un pequeño *koolich* con un huevo, cuando no podía más, pintado de rojo, para que lo consagraran en la iglesia, y romper con ello el ayuno. Para la mayoría de la gente antigua, se empieza á comer por la noche, inmediatamente después de haber oído una misa rezada de Pascua y llevando á casa el alimento consagrado; pero entre la nobleza la ceremonia se posponía hasta el domingo por la mañana, en que se ponía una mesa cubierta de toda clase de viandas, quesos y pastas, y todos los criados venían á cambiar con los amos tres besos y un huevo pintado. Durante la semana de Pascua había siempre una mesa puesta en el gran salón, con los manjares referidos, invitándose á todas las visitas á que tomaran algo.

En esta ocasión, el príncipe Mirski se excedía á sí mismo; ya estuviera en San Petersburgo ó en Moscou, habían de traerle de sus posesiones un queso de crema preparado especialmente para la *paskha*, del que su repostero sacaba gran partido. Otros mensajeros se despachaban á la provincia de Mongarod, en busca de un jamón de oso que se preparaba para la mesa de Pascua del príncipe. Y mientras la princesa con sus dos hijas visitaba los más austeros monasterios, en los que los oficios nocturnos duraban tres y cuatro horas seguidas, pasando toda la Semana Santa en un estado de ánimo abatido, no comiendo más que un pedazo de pan duro, alternándolo con los sermones que oía á los predicadores rusos, católicos y protestantes, su marido daba todas las mañanas una vuelta por las conocidas tiendas de Milutin, en San Petersburgo, donde se hallaba de todo lo más selecto y delicado que se pudiera imaginar, traído de los confines del mundo, y allí escogía las cosas más notables y raras para la mesa de Pascua. Los que le vi-

sitaban en esos días se contaban por centenares, y á todos se les invitaba á « probar » de este ó de aquél plato raro.

Esto concluyó en que el príncipe se dió tales trazas, que se comió literalmente una gran fortuna; su casa, lujosamente montada, y sus estados se vendieron, y cuando él y su mujer llegaron á la vejez, nada les quedaba, ni un hogar siquiera, viéndose obligados á vivir con sus hijos.

No es, pues, maravilla que al venir la emancipación de los siervos, casi todas estas familias del barrio de los Viejos Caballerizos, estuvieran arruinadas. Pero no debo anticipar los acontecimientos.

VII.

El mantener tan numerosa servidumbre como la que había en nuestra casa, hubiera sido verdaderamente ruinoso, de haber tenido necesidad de comprar todas las provisiones en Moscou; pero en aquellos tiempos en que existían los siervos, el problema se resolvía con gran facilidad. Al llegar el invierno, mi padre se sentaba á la mesa de su despacho, y escribía lo siguiente:

« Al administrador de mi estado, Nikolskoye, situado en el gobierno de Kalúga, distrito de Merchóusk, sobre el río Sirena, del príncipe Alexei Petronick Kropotkin, coronel, y comendador de varias órdenes:

Al recibo de ésta, y tan pronto como se establezca la comunicación invernal, te ordeno mandes á mi casa, situada en la ciudad de Moscou, veinticinco trineos rurales tirados por dos caballos cada uno, un caballo por cada casa y un trineo y un hombre por cada dos casas, y cargarlos con (tantas) fanegas de avena, (tantas) de trigo y (tantas) de centeno, así como con todas las aves de corral, gansos y patos, bien helados, que han de matarse en este invierno, todo convenientemente embalado y acompañado de una lista completa al cuidado de un hombre elegido al efecto; siguiendo á este tenor hasta llenar un par de páginas, adonde se hacía punto final. Después seguía la enumeración de los castigos que se impondrían, en el caso de que las provisiones no llegaran á la casa situada en tal calle, número tal ó cual, á su debido tiempo y en buenas condiciones.

Antes de Navidad llegaban á casa los veinticinco trineos rurales, cubriendo la vasta superficie del patio.

— ¡Frol! — gritaba mi padre desde que tenía noticia de este gran acontecimiento — ¡Heryushka! ¡Yegarka! ¿Dónde están? ¡Van á robarlo todo! ¡Frol, ve á recibir la avena! ¡Uliana, ve á recibir las aves! ¡Heryushka, llama á la princesa!

Toda la casa se ponía en conmoción, corriendo los criados atropelladamente en todas direcciones, del salón al patio y del patio al salón; pero con preferencia al departamento de las doncellas, para dar allí las noticias de Nikolskoye: «Pastia se va á casar después de Navidad. Su tía Anna ha entregado su alma á Dios», y otras por el estilo. También habían venido cartas, y nunca faltaba una criada que su- biera á mi habitación.

— ¿Estáis solo? ¿No está el maestro?

— No; está en la Universidad.

— Bueno, pues entonces, tened la bondad de leerme esta carta de mi madre.

Y yo le leía la carta candorosa, que empezaba siempre con estas palabras: « Padre y madre os mandan su bendición por todos los siglos de los siglos ». Después de lo cual seguían las noticias: « Tía Eupraxie está enferma, le duelen todos los huesos, y tu primo no se ha casado aún; pero espera hacerlo después de Pascua; y la vaca de tía Stepanida murió el día de Todos los Santos ». A continuación venían las memorias, que llenaban dos páginas: « Hermano Paul te manda memorias, tus hermanos Mary y Darea te mandan memorias, y después tío Dmitri te manda también muchas memorias », y así sucesivamente. Sin embargo, á pesar de la monotonía de la enumeración, cada nombre daba lugar á una observación: « Luego, vive aún, pobre criatura, cuando manda memorias; hace nueve años que está baldada. » O esta otra: « ¡Ah! no me ha olvidado; entonces volverá por Navidad; es guapo muchacho. ¿Me escribiréis una carta, no es verdad? pues no debo olvidarlo ». Yo, como es natural, lo prometía, y á su tiempo la escribía en el mismo estilo.

Después de haberse descargado los trineos, se llenaba el salón de campesinos, que se habían puesto sus mejores ropas sobre sus zamarras, y aguardaban hasta que mi padre los llamase á su despacho, á echar un párrafo sobre la nieve y el aspecto de las próximas cosechas. Apenas se atrevían á andar con sus pesadas botas sobre el suelo encerado; los menos se aventuraban á sentarse al borde de un banco de madera; pero ninguno osaba hacerlo en silla. Así aguardaban horas enteras, mirando con recelo á todo el que entraba ó salía en el gabinete de mi padre.

Más tarde, por lo general á la mañana siguiente, uno de los criados había de subir con cautela á la habitación que servía de clase.

— ¿Estáis solo?

— Sí.

— Entonces venid pronto al salón. Los campesinos quieren veros; traen alguna razón de vuestra nodriza.

Cuando bajaba allí, uno de ellos me había de dar un bultito, conteniendo comúnmente algunas tortas de centeno, media docena de huevos duros y algunas manzanas, envuelto todo en un pañuelo de algodón de vivos colores. « Tomad eso; vuestra nodriza Vasilina es quien os lo manda. Mirad si se han helado las manzanas: espero que no; las he traído todo el camino en el pecho. Hemos tenido espantosas heladas ». Y en el ancho y franco rostro, rodeado de una barba espesa, se dibujaba una sonrisa, mostrando dos hileras de hermosos dientes blancos á través de un verdadero bosque de pelo.

— Y esto es para vuestro hermano, de parte de su nodriza Unna — solía decir otro del grupo, dándome otro envoltorio semejante. — Ella dice — agregaba —: nunca tendrá bastante en la escuela.

Yo, avergonzado, y no sabiendo qué decir, acababa por murmurar: « Decid á Vasilina que le envíe un beso, y á Unna otro por mi hermano », lo que todos escuchaban con alegría.

— Lo haré así; perded cuidado.

Entonces Hirila, que había estado al acecho vigilando la puerta

del despacho, venía á decir á media voz: « Marchaos corriendo arriba; vuestro padre puede venir de un momento á otro. No olvidéis los pañuelos: quieren llevarlos de vuelta.

Mientras que los doblaba con cuidado, pensaba en mandarles alguna cosa; pero no tenía nada, ni aun juguetes, y jamás disponíamos de dinero de ninguna clase.

* * *

Donde mejor nos encontrábamos, como es de suponer, era en el campo. Desde el momento que pasaban la Pascua de Navidad y la de Pentecostés, nuestro pensamiento se fijaba en Nikolskoye. El tiempo transcurría, sin embargo; la época de las flores se extinguía, y una multitud de negocios retenían aún en la población á mi padre. Al fin, cinco ó seis carros de labranza entraban por la puerta del patio: venían á recoger todo lo que era necesario mandar á la casa de campo.

El antiguo coche grande y los otros carruajes en que habíamos de hacer el viaje, se sacaban de las cocheras y se inspeccionaban una vez más: luego se empezaba á hacer el equipaje, y nuestras lecciones progresaban poco, porque á cada instante interrumpíamos al maestro preguntando si habríamos de llevar tal cual libro, y mucho antes que los demás, dábamos comienzo á empaquetar nuestros libros, nuestras pizarras y los juguetes que nosotros mismos nos habíamos hecho.

Todo estaba dispuesto: los carros se encontraban bien cargados de muebles, cajas con los utensilios de cocina é innumerables botes de cristal vacíos, que debían volver en el otoño cargados de toda clase de conservas. La gente aguardaba inútilmente todas las mañanas la hora de partir; pero ésta no llegaba. Mi padre seguía escribiendo todo el día en su despacho, y de noche desaparecía, hasta que al fin, habiéndose aventurado una doncella de mi madrastra á decir que la gente estaba deseosa de volver, porque se acercaba la época de segar el heno, aquella intervenía.

Al día siguiente, Frol, el mayordomo, y Mikael Aleeff, el primer violín, eran llamados al gabinete de mi padre. Se le entregaba al primero un saco con el « dinero del camino », esto es, algunas monedas de cobre diarias por cabeza para cada una de las cuarenta ó cincuenta personas que formaban la expedición; y, además, una lista, en la que figuraban todos: la banda completa, después los cocineros y sus ayudantes, las lavanderas y la mujer que las ayudaba, que se veía con seis hijos pequeños: Polka la Bizca, Domna la Grande, Domna la Chica y los restantes.

El primer violín recibía la « orden de marcha ». Yo estaba bien enterado, porque viendo mi padre que no concluía nunca, me había mandado que la pasase al libro donde guardaba copia de todo lo que mandaba fuera:

« Al sirviente de mi casa, Mikhael Aleeff, del príncipe Alexei Petronich Kropotkin, coronel y comendador.

« Te ordeno marches, hecho cargo de la expedición, el 29 de Mayo, á las seis de la mañana, partiendo de la ciudad de Moscou en dirección á mi estado, cuya situación es el gobierno de Haluga, distrito de Mes-

chousk, sobre el río Sirena, representando una distancia de ciento sesenta millas de esta casa, cuidando del buen proceder de los hombres encomendados á tu dirección; y si alguno de ellos cometiera alguna falta, observando mala conducta, embriagándose ó incurriendo en insubordinación, lo presentarás al comandante del destacamento, que, perteneciente á las guarniciones del interior, halles más inmediato, con la adjunta carta circular, pidiendo que lo azoten (el primer violín sabía lo que esto significaba), como ejemplo para los demás.

« Se te ordena también mirar especialmente por la integridad de los géneros encomendados á tu custodia y caminar con arreglo á la instrucción siguiente: Primer día, parada en el pueblo (tal) ó (cual), para que descanse el ganado; segundo día, pasar la noche en el pueblo de Rodolsk », y así sucesivamente para los siete ú ocho días que había de durar el viaje.

El día siguiente, á las diez, en vez de á las seis — la puntualidad no es una virtud rusa (« gracias á Dios, no somos alemanes », acostumbraban á decir los verdaderos rusos) —, los carros se ponían en movimiento. La servidumbre tenía que hacer el viaje á pie; sólo los niños se acomodaban en una bañadera ó una banasta en lo alto de los carros, y algunas de las mujeres encontraban un descanso temporal en sus bordes; los demás tenían que andar todos los 565 kilómetros. Mientras que se atravesaba Moscou se mantenía la disciplina; estaba terminantemente prohibido el usar botas altas ó llevar fajas por encima del traje. Pero cuando se hallaban de camino, en el que los encontrábamos un par de días más tarde, y, sobre todo, cuando sabían que mi padre permanecería algunos días más en Moscou, los hombres y las mujeres, vestidos de la manera más estrambótica, con pañuelos de algodón ceñidos á la cintura, tostados por el sol ó empapados bajo la lluvia, y apoyándose en palos que habían cortado al paso, parecían indudablemente más bien una banda errante de gitanos, que la servidumbre de un opulento propietario. Iguales peregrinaciones se hacían de todas las casas en aquella época, y cuando veíamos una fila de criados marchando á lo largo de una calle, ya sabíamos que los Apukhtins ó los Pryanishnikoffs se iban fuera.

A pesar de haberse marchado los carros, la familia no se movía: todos estábamos hartos de esperar; pero mi padre continuaba escribiendo interminables órdenes á los administradores de sus estados, que yo diligentemente copiaba en el gran libro destinado al efecto. Por último, se dió la orden de partir: se nos llamó abajo; mi padre leyó en alta voz la orden de marcha, dirigida á « la princesa Kropotkin, esposa del príncipe Alexei Petrovich Kropotkin, coronel, y comendador », en la que se especificaban las paradas que se habían de hacer durante los cinco días de viaje. Verdad es que la orden se había redactado para el 30 de Mayo, y hora de salida las nueve de la mañana; y como estábamos ya en Junio, y se había de partir por la tarde, todos los cálculos quedaban nullos; pero, como es costumbre en las órdenes de marcha militares, este caso había sido previsto, y la dificultad resuelta en el párrafo siguiente:

« Pero, sin embargo, si, contrario á lo que es de esperar, la partida de vuestra alteza no tiene lugar en el referido día y hora, se os encarga

procedáis con arreglo á vuestro mejor criterio, con objeto de realizar el viaje en las mejores condiciones posibles ».

Entonces todos los presentes, familia y sirvientes, se sentaban un momento, hacían la señal de la cruz y se despedían de mi padre. « Te suplico, Alexis, que no vayas al club » — le decía á media voz nuestra madrastra. El carruaje grande, tirado por cuatro caballos, con un postillón, se hallaba á la puerta, con su pequeña escala desdoblada, para facilitar la ascensión, encontrándose también allí los demás coches. A pesar de que nuestros sitios estaban enumerados en la orden de marcha, ya nuestra madrastra tenía que hacer uso de su « mejor criterio » aun en este primer periodo del viaje, y partíamos con gran satisfacción de todos.

Esto era una fuente inagotable de placeres para nosotros los niños. Las jornadas eran cortas y parábamos dos veces al día para echar un pienso á los caballos. Como las señoras se sentían molestas cada vez que el desnivel del terreno era de alguna consideración, se creyó lo más conveniente aligerar los carruajes, cuando había que subir ó bajar una cuesta, lo que ocurría con frecuencia, y nosotros nos aprovechábamos de esto para echar una ojeada al bosque que bordeaba al camino ó correr á lo largo de algún cristalino arroyo. La carretera tan bien cuidada de Moscou á Varsovia, que seguimos durante algún tiempo, se hallaba cubierta de una multitud de objetos interesantes; filas de carros cargados, grupos de peregrinos y gentes de todas clases. Dos veces al día hacíamos alto en pueblos grandes y animados, y después de tratar un buen rato sobre el precio del heno y la avena, así como el del samovar, bajábamos á la puerta de una posada. Andrei, el cocinero, compraba un pollo y hacía la sopa; y, mientras tanto, nosotros corriamos al inmediato bosque, ó nos entreteníamos examinando el patio de la gran posada.

En Maloyaroslanetz, donde se dió una batalla el año 12, cuando el ejército ruso intentó en vano detener á Napoleón en su retirada de Moscou, acostumbrábamos á pasar la noche. M. Paulain, que había, sido herido en la guerra de España, sabía, ó pretendía saber, todo lo referente á la batalla de Maloyaroslanetz; llevándonos al campo de la acción, y explicándonos de qué modo intentaron los rusos contrarrestar el avance de Napoleón, y de qué manera el gran ejército los derrotó, abriéndose paso á través de las líneas rusas. Lo hacía de tal modo, como si él mismo hubiera tomado parte en la batalla. Aquí los cosacos intentaron *un mouvement tournant*, pero Davoust, ó algún otro general los rechazó, persiguiéndolos hasta más allá de esos cerros de la derecha. Allá, el ala izquierda de Napoleón, desbarataba la infantería rusa, y ahí, el mismo Napoleón, á la cabeza de la antigua guardia, cargó el centro en Huturaff, cubriéndose él y los suyos de gloria imperecedera.

Mas adelante, tomamos el antiguo camino de Kaluga, deteniéndonos en Tarútino; pero aquí Paulain no era tan elocuente; porque en dicho lugar fué donde Napoleón, que pensaba retirarse por el Sur, se vió obligado, después de un sangriento combate, á abandonar aquel plan, no teniendo más remedio que seguir el camino de Smolénsk, que su ejército había desbaratado durante su marcha sobre Moscou. Pero, así y todo, según manifestaba Paulain, si no hubiera sido Napoleón

engañado por sus generales, se habría dirigido en línea recta sobre Kieff y Odessa, y sus águilas hubiesen flotado sobre el mar Negro.

Pasada Kaluga, teníamos que atravesar una extensión de cinco millas, cubiertas de un hermoso bosque de pinos, cuyo recuerdo ha quedado impreso en mi memoria como uno de los más gratos de mi infancia. El suelo era arenoso, como el de un desierto africano, y todos nos veíamos forzados á recorrerlo á pie, mientras que los caballos, deteniéndose á cada momento, arrastraban penosamente los coches por la arena. Cuando yo era mayor, gozaba en dejar la familia atrás y cruzarlo yo solo. Inmensos pinos rojos de centenares de años se elevaban por todas partes, no llegando á nuestro oído más rumor que el producido por tan soberbios árboles. Al pie de un pequeño barranco murmuraba un manantial de agua pura y cristalina, y un caminante había dejado allí, para uso de los que vinieran después, un cubilete, hecho de corteza de abedul, con un palito clavado en él, como mango. Sin que se interrumpiera el general silencio, subía la ardilla al árbol, y la maleza se presentaba tan misteriosa como el alto ramaje. En aquel bosque nacieron mi primer amor á la naturaleza y mi primera y confusa percepción de su interesante existencia.

Una vez cruzado el bosque y pasada la barca que servía para atravesar el Ugrú, dejábamos la carretera y entrábamos por sendas rurales, donde verdes espigas de cañamo se inclinaban hacia el coche, permitiendo á los caballos comer algo verde á ambos lados del camino, á medida que marchaban oprimiéndose el uno contra el otro, por vía tan estrecha y limitada. Al fin llegábamos á ver los sauces que marcaban la proximidad de nuestro pueblo, y de pronto se presentaba ante nosotros el elegante campanario amarillo de la iglesia de Nikolskoye.

* * *

Para la vida tranquila de los grandes propietarios territoriales de aquella época, Nikolskoye era un lugar admirable: no se encontraba allí nada del lujo que se observa en otros estados más importantes; pero un gusto artístico se percibía, lo mismo en la construcción del edificio que en la disposición de los jardines y en el arreglo de todas las cosas en general. Además de la casa principal, construída recientemente, había en torno de un gran espacio, libre y cuidado con esmero, varias pequeñas, que sin embargo de dar mayor grado de independencia á sus habitantes, no por eso destruían las íntimas relaciones de la vida familiar. La parte más elevada del terreno estaba dedicada á una inmensa arboleda de frutales, á través de la cual se llegaba á la iglesia; la vertiente Sur de aquél, que conducía al río, era toda un jardín, en el cual los cuadros de flores se veían cruzados por calles de limoneros, lilas y acacias. Desde el balcón del edificio grande se disfrutaba de un hermoso paisaje formado por el río, las ruinas de una antigua fortaleza, en la que los rusos ofrecieron una enérgica resistencia durante la invasión mongólica, y, más allá, una gran área de campos amarillos cubiertos de cereales, limitada á lo lejos por bosques que se perdían en el horizonte.

En los primeros años de mi infancia ocupábamos con M. Paulain

una de las casas separadas, destinada exclusivamente á nuestro servicio; y desde que su método de educación se había suavizado por la intervención de nuestra hermana Elena, nos llevábamos muy bien con él. Mi padre se hallaba invariablemente ausente de casa en el verano, que pasaba entretenido en inspecciones militares, y nuestra madre no se ocupaba mucho de nosotros, especialmente desde el nacimiento de su hija Paulina. Por consiguiente, siempre estábamos con M. Paulain, quien se hallaba muy contento en el campo y nos dejaba gozar de él. Los bosques, los paseos á lo largo del río, el trepar por los montes hasta llegar á la vieja fortaleza, que la palabra de Paulain reanimaba, contándonos cómo la defendieron los rusos y cómo se apoderaron de ella los tártaros; las pequeñas aventuras, en una de las cuales Paulain fué nuestro héroe, salvando á Alejandro de ahogarse, y alguno que otro encuentro con lobos; todo, en suma, hacía que las impresiones nuevas y agradables fueran infinitas.

Además, se organizaban grandes jiras, en las que toda la familia tomaba parte; unas veces, cogiendo setas en el bosque, y después tomando te en medio de la floresta, donde un anciano de cien años de edad vivía solo, con su pequeño nietecito, cuidando de las abejas; otras, íbamos á uno de los pueblos de mi padre, en el cual se había hecho una gran presa, en que se cogían doradas carpas á millares; una parte de ellas se mandaban al amo, y las restantes se distribuían entre todos los campesinos. Mi anterior nodriza vivía en ese lugar: su familia era una de las más pobres; aparte de su marido, no tenía más que un niño chico que la ayudara, y una muchacha, mi hermana de leche, que más tarde vino á ser predicadora y « virgen » en la secta disidente á que pertenecían. Grande era su alegría cuando yo iba á verla: crema, huevos, manzanas y miel era todo lo que podía ofrecer; pero la manera de hacerlo, en relucientes platos de madera, después de haber cubierto la mesa con un hermoso mantel de hilo, blanco como la nieve, tejido por ella misma (para los disidentes rusos, la absoluta limpieza es un precepto religioso) y las palabras tiernas que me dirigía, tratándome como á su propio hijo, dejaron una impresión profunda en mi corazón. Otro tanto debo decir de las nodrizas de mis hermanos mayores Nicolás y Alejandro, que pertenecían á familias bien acomodadas de otras dos sectas disidentes, en Nikolskoye. Pocos tienen idea del tesoro de bondad que puede encontrarse en el corazón del campesino ruso, aun después de siglos de la más cruel opresión, que hubieran podido muy bien habérselo endurecido.

Cuando hacía mal tiempo, M. Paulain tenía una abundancia de cuentos que contarnos, sobre todo respecto á la campaña en la Península. Una y otra vez le exhortábamos á que nos refriera de qué modo fué herido en una batalla, y cada vez que llegaba al pasaje en que sintió el calor de la sangre que caía dentro de la bota, lo besábamos con entusiasmo y lo tratábamos cariñosamente.

Todo parecía dispuesto á prepararnos para la carrera militar: la predilección que por ella sentía nuestro padre (los únicos juguetes que recuerdo nos trajera fueron un rifle y una garita de centinela), las narraciones guerreras de Paulain, y, por último, hasta la biblioteca que teníamos á nuestra disposición. Esta, que había en otro tiempo per-

tenecido al general Repninsky, abuelo de nuestra madre, un militar ilustrado del siglo XVIII, se componía exclusivamente de libros sobre cuestiones de guerra, adornados con hermosos grabados y lujosamente encuadernados. En los días de lluvia, nuestra principal diversión era mirar sus láminas, en las que se hallaban representadas todas las armas usadas desde el tiempo de los hebreos, y planos de todas las batallas libradas desde la época de Alejandro de Macedonia. Estos grandes libros ofrecían un material excelente para construir con ellos fuertes castillos, capaces de resistir por algún tiempo los golpes de arietes, y los proyectiles de una catapulta arquimediana (que por persistir en enviar piedras á las ventanas fué prohibida bien pronto). Sin embargo, ni Alejandro ni yo llegamos á ser militares. Las lecturas de los dieciséis años borraron lo que aprendimos en la infancia.

Las opiniones de M. Paulain sobre las revoluciones eran las mismas de la *Illustration Française*, publicación orleanista, de la que recibía números atrasados, y cuyas láminas conocíamos perfectamente. Durante largo tiempo no podía yo concebir una revolución de otro modo que representando á la Muerte montada á caballo, con la bandera roja en una mano y la guadaña en la otra, derribando á los hombres á derecha é izquierda: así la pintaba la *Illustration*; pero ahora pienso que lo que á Paulain le disgustaba era únicamente el levantamiento del 48, porque uno de sus relatos respecto á la Revolución de 1789 me causó una impresión profunda.

El título de príncipe se usaba en nuestra casa con motivo ó sin él, lo que debió chocar algo á Paulain, dando lugar á que nos contara lo que sabía de la gran Revolución. No puedo recordar ahora lo que decía; pero una cosa tengo presente, y es que el conde Mirabeau y otros nobles renunciaron en un día dado á sus títulos, y que el primero, para mostrar el desprecio que le inspiraban las pretensiones aristocráticas, abrió una tienda, adornada con una muestra, en la que se leía: «Mirabeau, sastre». (Cuento la cosa tal como se la oí á Paulain). Durante mucho tiempo después yo me devanaba los sesos pensando qué oficio adoptaría para poder anunciarme, «Kropotkin, artesano de tal ó cual cosa». Más adelante, mi maestro ruso, Nikolai Paulovich Smirnof, y el tono generalmente republicano de la literatura rusa influyeron en mí de igual modo; y cuando empecé á escribir novelas, esto es, á los doce años, adopté la firma P. Kropotkin que jamás he abandonado, á pesar de las reprensiones de mis jefes cuando estaba en el servicio militar.

VIII.

En el otoño del 52 mi hermano Alejandro fué enviado al cuerpo de cadetes, y desde entonces sólo nos veíamos en las vacaciones y alguna vez que otra los domingos. El cuerpo de cadetes estaba á cinco millas de casa, y aunque teníamos una docena de caballos, siempre ocurría que, cuando hacía falta que se mandara allí un trineo, no había caballos libres de que disponer. Mi hermano mayor, Nicolás, venía á casa raras veces. La libertad relativa que Alejandro encontró en el colegio, y especialmente la influencia de dos de sus profesores de literatura, desarrollaron rápidamente su inteligencia, y más adelante tendré ocasión

sobrada de hablar del benéfico influjo que á su vez él ejerció sobre el desenvolvimiento de la mía. El haber tenido un hermano mayor inteligente y cariñoso, ha sido para mí una gran fortuna.

Yo, mientras tanto, permanecía en casa: tenía que aguardar á que me tocara el turno para entrar en el cuerpo de pajes, y eso no sucedió hasta que llegué á muy cerca de los quince años. Se despidió á M. Paulain, y se tomó en su lugar un tutor alemán: era uno de esos hombres idealistas que no es raro encontrar entre los alemanes; pero lo que principalmente recuerdo de él, es el entusiasmo con que recitaba las poesías de Schiller, acompañándolo con un accionar tan ingenioso que me cautivaba. Sólo permaneció con nosotros un invierno.

El siguiente, me mandaron como externo á un gimnasio de Moscou, y, finalmente, vine á quedar con nuestro maestro ruso, Smirnof: pronto nos hicimos amigos, en particular desde que nuestro padre nos llevó á los dos á su estado de Ryazán. Durante el viaje nos entregábamos á toda clase de entretenimientos, acostumbrando á inventar historias humorísticas á propósito de los hombres y de las cosas que veíamos; al mismo tiempo que, la impresión producida en mi ánimo por el terreno accidentado que cruzábamos, vino á aumentar, de un modo sensible y delicado, mi creciente amor á la naturaleza. Bajo el impulso que me dió Smirnof, empezaron á desarrollarse mis aficiones literarias, y desde el 54 al 57 no me faltaron medios de desenvolverlas. Mi maestro, que para esa época había terminado sus estudios universitarios, obtuvo un cargo de poca importancia en una Audiencia, donde pasaba la mañana. De este modo, yo permanecía solo hasta la hora de comer, y después de estudiar mis lecciones y dar un paseo, me quedaba bastante tiempo para leer, y, sobre todo, para escribir. En el otoño, cuando mi maestro tenía que volver á desempeñar su plaza en Moscou, en tanto que nosotros seguíamos en el campo, me volvía á quedar solo, y aunque siempre estaba en contacto con la familia y pasaba mucho tiempo jugando con mi hermanita Paulina, todavía me sobraba bastante espacio libre para dedicarme á leer y escribir.

La servidumbre se hallaba entonces en su último año de existencia: es un acontecimiento reciente; parece cosa de ayer; y, sin embargo, aun en la misma Rusia hay pocos que tengan una idea de lo que ella era en realidad. Existe una noción confusa respecto á lo perjudicial de las condiciones que creaba; pero la manera como éstas afectaban al ser humano, física y moralmente, no es por lo general bien conocida. Sorprende en verdad, ver con qué rapidez cae en el olvido una institución y sus consecuencias sociales, desde el momento que deja de existir, y con cuánta celeridad cambian los hombres y las cosas. Intentaré traer á la memoria las condiciones de la servidumbre, narrando, no lo que oí, sino lo que vi por mí mismo.

Uliana, el ama de llaves, se encuentra en el pasillo que conduce á la habitación de mi padre y se santigua, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder. Al fin, después de haber rezado una oración, se decide á entrar, y manifiesta en una voz casi imperceptible, que la existencia

de te está casi agotada, que no quedan más que veinte libras de azúcar y que las demás provisiones se concluirán también pronto.

— ¡Ladrones, bandidos! — gritaba mi padre. — ¡Y tú, tú estás de acuerdo con ellos! — La voz atronaba la casa. Nuestra madrastra dejaba á Uliana que arrastrase la tormenta; pero mi padre exclamaba. «¡Frol, llama á la princesa! ¿Dónde está?» Y cuando ella entraba la recibía con los mismos reproches.

«Estáis también en liga con estos descendientes de Cam; os ponéis de su parte»; siguiendo así, durante media hora, ó tal vez más.

Después empezaba á examinar las cuentas: al mismo tiempo pensaba en el heno; se mandaba á Frol á que pesara lo que quedaba de éste, y á mi madrastra á que presenciara la operación, y en tanto, mi padre calculaba la cantidad que debía haber en el pajar. El resultado era que faltaba del heno una parte de consideración, y que Uliana no podía dar cuenta de varias libras de tales ó cuales artículos. La voz de mi padre se hacía por momentos más amenazadora; Uliana temblaba; mas en aquel momento aparece el cochero y en él descarga el amo su ira. Mi padre se lanza sobre él y le pega; pero él sigue diciendo: «Su alteza se debe haber equivocado».

Mi padre repite el cálculo, y esta vez aparece que hay más heno en el pajar del que debe haber. Los gritos continúan; ahora le reprende al cochero por no haberle dado al ganado su ración por entero; pero éste jura por todos los santos que le dió lo que correspondía, y Frol invoca á la Virgen en confirmación de lo mismo.

Pero no hay forma de calmar á mi padre. Llama á Makar, el afinador de pianos y camarero, recordándole todas las faltas que recientemente ha cometido. Estuvo borracho la semana pasada, y ha debido estarlo también ayer, porque rompió media docena de platos. La verdad es que esta avería fué la causa fundamental de todo el trastorno: nuestra madrastra le había dado cuenta del hecho á mi padre por la mañana, y ese fué el motivo de que se recibiera á Uliana con más rigor que de costumbre, por qué se comprobó la existencia del heno; y por qué mi padre continuaba exclamando: «estos descendientes de Cam merecen todos los mayores castigos del mundo».

De repente, sobreviene un momento de tregua. Mi padre se sienta á su mesa, y escribe lo siguiente: «Llevad á Makar con esta nota á la estación de policía, y que le den cien azotes con la vara de abedul».

Terror y silencio profundo reinaba en toda la casa: el reloj daba las cuatro y todos bajábamos á comer; pero nadie tenía apetito, y la sopa permanecía intacta en cada plato. Somos diez á la mesa y tras cada uno de nosotros hay un músico con un plato limpio en la mano izquierda; pero Makar no se encuentra entre ellos.

— ¿Dónde está Makar? — pregunta nuestra madrastra. «Llamadlo». Pero no se presenta, y la orden se repite: al fin aparece, pálido, con el rostro descompuesto, avergonzado y con la vista baja. Mi padre no levanta la suya del plato, mientras que nuestra madrastra, viendo que nadie ha probado la sopa, trata de animarnos, diciendo: «¿No os parece, niños, que la sopa está exquisita?»

El llanto me ahoga, y apenas terminada la comida corro en busca de Makar; lo encuentro en un oscuro pasillo y trato de besarle la mano;

pero él la retira diciendo, como reproche ó como interrogación: — Dejarme: ¿acaso no seréis lo mismo cuando seáis mayor?

— ¡No; no lo seré jamás!

Y, sin embargo, mi padre no era de los propietarios territoriales más malos; por el contrario, los sirvientes y los labriegos lo consideraban como uno de los mejores. Lo que veíamos en nuestra casa era lo que sucedía en todas partes, á menudo en mucha mayor escala. El azotar los siervos era una parte de las obligaciones corrientes de la policía y de la brigada de bomberos.

Uno de esos grandes propietarios hizo á otro esta observación: «¿Cómo es que el número de almas aumenta tan lentamente en vuestro estado? Probablemente os ocupáis poco de sus casamientos».

Algunos días después, el general volvió á su estado: hizo le trajeran una lista de todos los habitantes del pueblo, y sacó de ella los nombres de los muchachos que habían cumplido dieciocho años y de las jóvenes que acababan de pasar de los dieciséis (esta es la edad legal para poderse casar en Rusia), escribiendo después: «Juan se casará con Ana, Pablo con Parashka», y así sucesivamente, hasta formar cinco parejas «Las cinco bodas», agregó, «deberán celebrarse dentro de diez días; esto es, el primer domingo después del próximo».

Un grito general de desesperación se elevó en todo el pueblo: las mujeres, lo mismo jóvenes que viejas, lloraban en todas las casas. Una esperaba casarse con Gregorio; los padres de Pablo habían ya hablado á los Fedótofs respecto á su hija, que pronto tendría la edad. Además, era la época de la siega y no de los matrimonios; ¿y qué boda podría prepararse en diez días? Los campesinos vinieron á ver al amo por docenas; sus mujeres aguardaban en grupos, con piezas de hilo fino, á la esposa de aquél, para conquistar su apoyo: todo en vano. El señor había dispuesto que las bodas se celebraran en tal día, y así tenía que ser.

En la época fijada, la procesión nupcial, que en este caso nada tenía de alegre, iba á la iglesia. Las mujeres lloraban y daban grandes lamentos, como acostumbra á hacerlo en los funerales. Uno de los lacayos de la casa se había marchado á la iglesia, para traer la noticia al amo en cuanto terminaran la ceremonia; pero pronto tuvo que volver corriendo, pálido y afligido, y decir, con gorra en mano:

«Parashka ha resistido; se niega á casarse con Pablo. El padre le preguntó si lo quería por esposo, y ella respondió en alta voz que no».

El propietario se enfureció. «Ve y dile á ese borracho melenudo» (refiriéndose al cura; el clero ruso usa el cabello largo), «que, si no casa á Parashka al momento, daré cuenta al arzobispo de que es un borracho. ¿Cómo se atreve ese espantajo clerical á desobedecerme? Dile que se le mandará á pudrirse en un monasterio, y á la familia de Parashka la deportaré á las Estepas».

El lacayo transmitía el mensaje: los parientes y el cura rodeaban á la muchacha; su madre llorando y de rodillas le suplicaba que no arruinara á toda la familia. Ella seguía diciendo que no, pero cada vez en una voz más débil, hasta que concluía por guardar silencio. Se le ponía en la cabeza la corona nupcial sin resistencia, y el sirviente volvía á la carrera á anunciar que se habían casado.

Media hora después, las campanillas de la procesión nupcial so-

naban á la entrada de la morada del señor. Las cinco parejas saltaban de los carros, atravesaban el patio y entraban en el salón. El dueño los recibía, ofreciéndoles copas de vino, en tanto que los padres, colocados detrás de sus llorosas hijas, les ordenaban se inclinaran hasta tocar el suelo en presencia de su señor.

Las órdenes de casamiento eran tan corrientes, que, entre nuestros criados, cada vez que una joven pareja temía que le ordenaran el hacerlo á pesar suyo, tomaban la precaución de servir de padrinos en un bautismo cualquiera, lo que hacía el matrimonio imposible, según la iglesia rusa. Esta estratagemas, que por lo general daba buen resultado, terminó, sin embargo, una vez en tragedia. Andrei, el sastre, se enamoró de una muchacha que pertenecía á uno de nuestros vecinos: esperaba que mi padre lo dejaría marchar en libertad, en calidad de sastre, en cambio del pago anual de una cantidad determinada, y que trabajando bastante en su oficio conseguiría economizar algún dinero y poder libertar á la novia; pues, de lo contrario, al contraer matrimonio con uno de los siervos de mi padre, ella se convertía en sierva de él también. Y como Andrei y una de las doncellas de la casa temieran se les ordenara el desposarse, se concertaron para ser los padrinos de una criatura. Lo que habían previsto ocurrió: un día fueron llamados ante el señor y la orden fatal fué pronunciada.

— Siempre estamos dispuestos á obedeceros — replicaron —; pero hace algunas semanas hemos sido padrinos en un bautizo, explicando con tal motivo Andrei sus deseos é intenciones. El resultado fué, que se le invió á la caja de reclutas y se le hizo soldado.

En tiempo de Nicolás I no existía el servicio militar obligatorio como hoy sucede. Los nobles y los comerciantes se hallaban libres de él; y cuando se ordenaba una nueva leva de reclutas, los propietarios territoriales tenían que presentar un número determinado de siervos. Por lo general, los labriegos en sus agrupaciones comunales guardaban un registro para su uso particular; pero los dedicados al servicio doméstico se hallaban por completo á merced del señor, y si éste estaba disgustado con alguno, no tenía más que mandarlo á la caja de reclutamiento y recoger el correspondiente recibo, que tenía un valor de importancia, pues podía venderse á cualquiera que le tocara la suerte de soldado.

El servicio militar en aquellos tiempos era terrible: se le exigía á un hombre servir veinticinco años bajo las banderas, y la vida del soldado era extremadamente penosa. El entrar en el ejército significaba el verse separado para siempre de su pueblo natal y de la comarca, y hallarse á merced de jefes como Timoféeff de quien ya me he ocupado. Golpes de los oficiales, azotes con varas de abedul y palizas por la más leve falta, eran cosas normales. La crueldad de que se hacía gala se sobreponía á todo lo imaginable. Hasta en los cuerpos de cadetes, en los que sólo recibían instrucción los hijos de los nobles, mil azotes con varas de abedul se administraban algunas veces, en presencia de todo el cuerpo, por cuestión de un cigarrillo, hallándose el médico al lado del niño atormentado, quien sólo ordenaba que se suspendiera el castigo cuando observaba que el pulso se hallaba próximo á dejar de latir. La víctima, cubierta de sangre y sin conocimiento, era llevada

al hospital. El jefe de las escuelas militares, el gran duque Mikhael, separaría pronto al director de un cuerpo donde no hubiera habido uno ó dos casos semejantes todos los años. «No hay disciplina», hubiese dicho.

Con los simples soldados la cosa era mucho peor. Cuando alguno de ellos aparecía ante un consejo de guerra, la sentencia era que mil hombres se colocaran en dos filas una enfrente de otra, estando cada soldado armado de un palo del grueso del dedo pequeño (el cual era conocido por su nombre alemán de Spitzruthen), y que el condenado pasara tres, cuatro, cinco ó siete veces por el centro, recibiendo un golpe de cada soldado, vigilando la operación los sargentos, á fin de que aquéllos le dieran con fuerza. Después de haber recibido mil ó dos mil golpes, la víctima, escupiendo sangre, era conducida al hospital, donde se procuraba curarla, con objeto de que se concluyera de aplicar el castigo tan pronto como se hallara más ó menos repuesta del efecto de su primera parte: si moría en el tormento, la ejecución de la sentencia se completaba en el cadáver. Nicolás I y su hermano Mikhael eran implacables; no había jamás indulto posible. «Os daré una carrera de baquetas, que os hará saltar la piel», eran amenazas que formaban parte del lenguaje corriente.

Un terror sombrío se extendía por toda la casa cuando se sabía que alguno de los criados iba á ser enviado á la caja de reclutas. Al infeliz se le ponían grillos y se le vigilaba de cerca, para evitar que se suicidara: se traía una carreta y lo sacaban entre dos guardianes, rodeándolo todos los sirvientes. El saludaba profundamente, pidiendo á todos que lo perdonaran si los había ofendido voluntaria ó involuntariamente. Si sus padres vivían en el pueblo, venían á verlo partir; él hacía una gran reverencia ante ellos, y su madre y las demás mujeres de la familia empezaban á cantar en coro sus lamentaciones; era una especie de canto medio recitado: «¿Por quién nos abandonas? ¿Quién cuidará de ti en tierra extraña? ¿Quién te protegerá contra los perversos?» Exactamente en el mismo tono y con la misma letra con que cantan en los entierros.

Así, pues, Andrei tenía ahora que sufrir durante veinticinco años la suerte de soldado: todos sus sueños de felicidad se habían desvanecido bruscamente.

El destino de una de las doncellas, Paulina, ó Palya, como acostumbaban á llamarla, fué más trágico todavía. Había aprendido á bordar bien, y era una notabilidad en el oficio. En Nikolskoye tenía su bastidor en la habitación de mi hermana Elena, y con frecuencia tomaba parte en la conversación que sostenían ésta y la de mi madrastra, que estaba con ella. Por su porte y modo de expresarse, Palya parecía más bien una señorita que una criada.

Una desgracia le acaeció; se apercibió que pronto sería madre. Le contó todo á nuestra madrastra, quien la llenó de improperios: «¡No permitiré que siga en mi casa una criatura así por más tiempo! ¡No toleraré tal vergüenza en casa! ¡Esto es una indecencia!» y todo á este

tenor. Las lágrimas de Elena no consiguieron ablandarla. A la pobre le cortaron el cabello, y fué de castigo á cuidar del ganado; mas como tenía entre manos un trabajo extraordinario, tuvo que terminarlo en un local sucio y con escasa luz. Después hizo otros muchos bordados delicados, todo con la esperanza de obtener un perdón que no pudo alcanzar.

El padre de la criatura, que era un sirviente de uno de nuestros vecinos, imploró el permiso para casarse con ella; pero como no tenía dinero que ofrecer, su demanda fué desechada. Las maneras delicadas de Palya fueron consideradas como ofensivas, y la suerte que se le reservó fué de lo más desgraciada. Había entre la servidumbre uno que hacía de postillón á causa de su baja estatura; se le conocía por « Filka el de las patas tuertas ». En su juventud había recibido una terrible cox, y no llegó á crecer: tenía las piernas torcidas, los pies vueltos hacia adentro, la nariz partida y ladeada; su rostro era deforme; y con este monstruo se decidió casar á la pobre muchacha, lo que se efectuó á pesar suyo, mandándose después del matrimonio, como campesinos, al estado de mi padre en Ryazán.

No se reconocía, ni aun se sospechaba, que los siervos tuvieran sentimientos humanos; y cuando Turguenef publicó su pequeña historia *Mumu*, y Grigorovich comenzó á dar á luz sus novelas sentimentales, en las que hacía llorar á sus lectores sobre la desventura de los siervos, para muchas gentes aquello fué una inesperada revelación. « ¿Es posible que amen ellos como nosotros? » — exclamaban las damas sensibles, que no podían leer una novela francesa sin derramar lágrimas por los trabajos que pasaban los héroes y las heroínas nobles.

* * *

La educación que los dueños daban algunas veces á los siervos no era más que un nuevo motivo de pesares para éstos. Mi padre recogió una vez de casa de unos labriegos un muchacho muy listo, y lo mandó á que aprendiera de practicante, y como era inteligente, lo hizo pronto y con buen resultado. Cuando volvió á casa, mi padre compró todo lo que hacía falta para montar una enfermería, que, bien provista de medicamentos y en buenas condiciones, se estableció en una de las casas laterales de Nikolskoye. En verano, el Dr. Sasha, como familiarmente se le llamaba en casa, siempre estaba muy ocupado, recolectando y preparando toda clase de plantas medicinales, y en poco tiempo se hizo muy popular en aquellos contornos. Los enfermos venían de los pueblecitos inmediatos, y mi padre estaba orgulloso ante el buen resultado que daba su Casa de Socorro. Pero este estado de cosas no duró mucho: un invierno, mi padre fué á Nikolskoye, estuvo allí unos días y se marchó después. Aquella noche el Dr. Sasha se pegó un tiro; se dijo que había sido casual; pero una historia de amores encontrábase en el origen del hecho. Estaba enamorado de una muchacha con quien no se podía casar por pertenecer á otro dueño.

La suerte de otro joven, Gherasim Krugloff, á quien mi padre educó en el Instituto Agrícola de Moscou, fué igualmente casi tan desgraciada. Hizo unos exámenes brillantes, ganando medalla de oro, y el director

del establecimiento puso todo lo que pudo de su parte, á fin de inducir á mi padre á que le diera libertad y lo dejara ir á la Universidad, donde no se permite entren los siervos. « Con seguridad se hará un hombre notable — decía el director —, tal vez una de las glorias de Rusia, y hallaréis un honor en haber reconocido su capacidad y entregado tal hombre á la ciencia. »

« Lo necesito para mi estado », era la contestación que se daba á todas las súplicas que se hacían en su favor. Cuando, después de todo, con los sistemas primitivos de agricultura que entonces se empleaban, y de los que jamás se hubiera apartado mi padre, Gherasim Krugloff era completamente inútil. Levantó un plano del estado; pero una vez concluido éste, se le destinó al departamento de los criados y se le obligó á servir á la mesa con plato en mano. Esto, como es natural, le disgustó mucho; sus sueños lo llevaban á la Universidad, á los trabajos científicos. En su mirada se reflejaba su pesar, y nuestra madrastra parecía hallar un especial placer en mortificarlo cada vez que se presentaba la oportunidad. Un día de otoño, habiendo una ráfaga de viento abierto la puerta de entrada, ella lo llamó y le dijo: « Garaska, ve á cerrar la puerta ».

Eso fué la gota que hace rebosar el vaso. En el acto contestó: « Para eso tenéis el portero » — y siguió su camino.

Mi madrastra corrió á la habitación de mi padre gritando: « ¡Vuestros criados me insultan en vuestra casa! »

Inmediatamente Gherasim fué arrestado y esposado, para ser enviado fuera como marinero. La despedida de sus ancianos padres con él, fué una de las escenas más conmovedoras que jamás he presenciado.

Esta vez, sin embargo, la suerte se encargó de la venganza: Nicolás I murió y el servicio militar se hizo más tolerable; la gran habilidad de Gherasim fué pronto reconocida, y en pocos años vino á ser uno de los principales empleados y la piedra angular de uno de los departamentos del Ministerio de la Guerra. Entre tanto, mi padre, que era completamente honrado, y en una época en que casi todos se dejaban corromper y sólo pensaban en hacer fortuna, jamás se había apartado de la buena senda; por hacer un favor al jefe del cuerpo á que pertenecía, se separó un momento de ella, consintiendo en no sé qué clase de irregularidad. A punto estuvo esto de costarle su ascenso á general; el objeto final de sus treinta y cinco años de servicio se hallaba próximo á perderse. Mi madrastra fué á San Petersburgo á arreglar el asunto, y un día, después de haber dado muchos pasos, le dijeron que la única persona que podía resolver la dificultad era un humilde empleado en un departamento determinado del Ministerio, quien, á pesar de su insignificancia, era el que todo lo dirigía, pues los jefes no hacían nada sin consultarle. ¡Este hombre se llamaba Gherasim Ivanovich Krugloff!

« ¡Qué os parece nuestro Garaska! » — me dijo ella después —: siempre creí que tenía una gran capacidad. Fui á verlo, le hablé del particular, y me contestó: « No tengo prevención alguna contra el príncipe, y haré por él todo lo que pueda ».

Gherasim cumplió su palabra: hizo un informe favorable, y mi padre obtuvo su promoción, pudiendo al fin vestir el uniforme tan deseado.

Estas eran cosas que yo mismo vi en mi infancia; pues si fuera á relatar todo lo que oí en aquella época, las proporciones de este trabajo aumentarían mucho en extensión: historias de hombres y mujeres arrancados de su familia y de su país y vendidos ó perdidos al juego, ó cambiados por dos perros de caza y enviados después á una parte remota de Rusia, con objeto de crear un nuevo estado; de criaturas quitadas á sus padres y vendidas á dueños crueles ó corrompidos; de apaleos en los establos, que tenían lugar todos los días con una saña implacable; de una joven que encontró su única salvación ahogándose; de un anciano que había encanecido al servicio de su amo y que al fin se ahorcó bajo sus ventanas; y de sublevaciones de siervos, que eran sofocadas por los generales de Nicolás I, matando á palos, diezmado ó quitando á los habitantes de un pueblo que luego arrasaban, y cuyos supervivientes tenían que ir á pedir una limosna á las provincias inmediatas. En cuanto á la miseria que encontré durante nuestros viajes en algunos pueblos, particularmente en los que pertenecían á la familia imperial, no hay palabras con que describirla: había que verla.

**

El llegar á ser libre era el sueño constante de los siervos; sueño que no era fácil realizar, porque se necesitaba una fuerte suma para inducir á un propietario á que se desprendiera de uno de ellos.

— ¿No sabes — me dijo una vez mi padre —, que vuestra madre se me apareció después de muerta? Vosotros los jóvenes no creéis en estas cosas; pero ello es que ocurrió. Estaba yo una noche muy tarde sentado en este sillón, ante la mesa de escritorio y medio dormido, cuando la vi entrar toda vestida de blanco, muy pálida, y con los ojos resplandecientes. Ya en la agonía, me había pedido que le prometiera dar libertad á su doncella Maska, y así lo hice; pero después, entre una cosa y otra, se pasó cerca de un año sin que yo hubiera cumplido mi promesa. Entonces se me apareció, y me dijo con una voz muy débil: « Alexis, me prometiste dar libertad á Maska; ¿ lo has olvidado? » Quedé aterrado; salté del sillón, pero ya se había desvanecido. Llamé á los criados, mas ninguno había visto nada. A la mañana siguiente fui á su tumba, hice que se le cantara un responso é inmediatamente di libertad á Maska.

Cuando murió mi padre, Maska vino al entierro y le habló. Estaba casada, y se hallaba feliz en su vida de familia. Mi hermano Alejandro, en su estilo humorístico, le dijo lo que nuestro padre había contado, y le preguntamos qué sabía sobre el particular.

— Como eso sucedió — replicó ella —, hace mucho tiempo, ahora puedo deciros la verdad. Viendo que vuestro padre había completamente olvidado su promesa, me vestí de blanco y hablé como ella, recordándole la promesa que le había hecho. ¿No me guardaréis rencor por eso, no es verdad?

— ¡Claro que no!

**

Diez ó doce años después de las escenas descritas en la primera parte de este capítulo, me hallaba sentado en el despacho de mi padre y hablábamos de cosas pasadas. Se había abolido la servidumbre, y mi padre se lamentaba del nuevo estado de cosas, aunque no de un modo excesivo; lo había aceptado sin gran repugnancia.

— Debéis convenir conmigo — le dije —, que á menudo castigábais á nuestros criados con crueldad, y hasta sin razón.

— Con esa gente — me contestó —, no era posible proceder de otra manera — y reclinándose en su butaca permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos. — Pero lo que yo hice no valía la pena de que se hablara de ello — dijo después de aquella pausa. — Mirad, por ejemplo, á ese mismo Sableff: parece tan suave y habla sin alzar nunca la voz, y, sin embargo, fué verdaderamente terrible con sus siervos. ¡Cuántas veces se concertaron para matarlo! Yo, al menos, nunca abusé de mis doncellas, en tanto que ese diabólico de T. se manejaba de tal modo, que las mujeres de los labriegos se disponían á castigarlo de un modo terrible... ¡Que descanses, *bonne nuit!*

IX.

Recuerdo bien la guerra de Crimea. En Moscou no se dejaba mucho sentir. Aunque, como es de suponer, se hacían hilas y vendajes en todas las reuniones de confianza, poco de esto llegaba, sin embargo, á los ejércitos rusos, pues grandes cantidades se robaban y vendían á los de los enemigos. Mi hermana Elena y otras jóvenes cantaban himnos patrióticos; pero, en general no se conocía la lucha que sostenía el país, en el tono y modo de ser de lo que se llama la sociedad. En los pueblos, por el contrario, la guerra causaba terribles tristezas: las levadas de reclutas se sucedían unas á otras con rapidez, y continuamente oíamos á las mujeres de los campesinos entonar sus cantos funerarios. El pueblo ruso miraba la guerra como una calamidad que le enviaba la Providencia, y la aceptaba con una solemnidad que contrastaba de un modo extraño con la alegría que observé en otras partes en igualdad de circunstancias. A pesar de ser joven, pude apreciar ese sentimiento de solemne resignación que se extendía por nuestras campañas.

Mi hermano Nicolás fué atacado, como muchos otros, por la fiebre de la guerra, y antes de haber concluido sus estudios en los cuerpos de cadetes se reunió al ejército del Cáucaso: no lo volví á ver más.

En el otoño de 1854, nuestra familia se vió aumentada con la venida de dos hermanas de nuestra madrastra. Habían tenido casa propia y algunas viñas en Sebastopol; mas como perdieron aquélla se unieron con nosotros. Cuando los aliados desembarcaron en Crimea, se les dijo á los habitantes de Sebastopol que nada tenían que temer, y que debían permanecer donde estaban; pero después de la derrota de Alma, se les ordenó que se marcharan á la carrera, porque la ciudad sería atacada dentro de pocos días. Había pocos convoyes, y no se encontraba manera de moverse en los caminos, invadidos por las tropas que marchaban

hacia el Sur. El alquilar un carro era poco menos que imposible, y las señoras, que abandonaron cuanto tenían en el camino, lo pasaron muy mal antes de llegar á Moscou.

Pronto me hice amigo de la más joven de las dos hermanas, una señora como de treinta años, que no se quitaba el cigarrillo de la boca mientras me contaba todos los horrores del viaje. El recuerdo del hermoso buque de guerra que hubo necesidad de echar á pique á la entrada de la bahía de Sebastopol le hacía derramar lágrimas, y no se explicaba cómo podían los rusos defender á la ciudad desde tierra no habiendo murallas que merecieran este nombre.

Tenia yo trece años cuando murió Nicolás I. A la caída de la tarde del 18 de Febrero (2 de Marzo), fué cuando la policía distribuyó por todas las casas de Moscou un boletín anunciando la enfermedad del Zar, é invitando á todos sus habitantes á rogar en los templos por su restablecimiento. Ya entonces había muerto, y las autoridades lo sabían, pues había comunicación telegráfica entre Moscou y San Petersburgo; pero como previamente nada se había dicho respecto á su enfermedad, creyeron más conveniente ir preparando al pueblo gradualmente para anunciarle su defunción. Todos nosotros fuimos á la iglesia y rezamos fervorosamente.

El día siguiente, sábado, se repitió lo mismo, y todavía el domingo por la mañana se distribuyeron los referidos boletines. La noticia de su muerte no llegó á nosotros hasta el medio día, traída por algunos criados que habían ido al mercado. Un verdadero terror se apoderó de nuestra casa y de las de nuestros parientes al hacerse público el suceso. Se decía que la gente se había conducido de un modo muy extraño en el mercado, no mostrando sentimiento alguno, y usando un lenguaje peligroso. Muchos se hablaban al oído, y nuestra madrastra no se cansaba de repetir: — « No hablad delante de la gente » — en tanto que los criados cuchicheaban entre sí, probablemente refiriéndose á su próxima emancipación. Los nobles esperaban á cada momento una sublevación de los siervos, un nuevo levantamiento de Pugachoff.

En San Petersburgo, entre tanto, las personas ilustradas, al comunicarse mutuamente la noticia, se abrazaban en las calles. Todos comprendían que el fin de la guerra, así como el de las terribles condiciones que habían prevalecido bajo el poder del « déspota de hierro », se hallaban muy próximos. Se habló de envenenamiento, con tanto más motivo cuanto el cadáver se descompuso con rapidez; la verdadera causa sólo se dió á conocer gradualmente; fué una fuerte dosis de un tónico que Nicolás había tomado.

En los campos, durante el verano de 1855, la heroica lucha que se sostenía en Sebastopol por cada palmo de terreno y por cada piedra de sus desmantelados bastiones, era seguida con el mayor interés.

Un mensajero se mandaba regularmente dos veces á la semana desde nuestra casa á la cabeza de partido á buscar los periódicos, y á su vuelta, aun antes de que se desmontara, ya se le habían quitado de la mano y abierto los papeles. Elena ó yo los leíamos en alta voz á la familia, y las noticias eran en el acto transmitidas al departamento de los criados, y después á la cocina, el escritorio, la casa del cura y las de los labriegos. Las noticias que vinieron de los últimos días del sitio,

del terrible bombardeo, y, finalmente, de la evacuación de la población por nuestras tropas, arrancaban á todos lágrimas. En todas las casas de campo de las inmediaciones, la pérdida de Sebastopol, causó tanto pesar como la de un pariente cercano, por más que todos comprendían que ahora la terrible guerra tocaría pronto á su término.

X.

Fué en Agosto de 1857, teniendo ya cerca de los quince años, cuando me tocó el turno de entrar en el cuerpo de pajes, y me mandaron á San Petersburgo. Entonces era yo todavía una criatura; pero el carácter del hombre adquiere por lo general sus rasgos característicos mucho antes de lo que comúnmente se supone, y es cosa para mí fuera de duda que, bajo mi apariencia infantil, era en esa época, con poca diferencia, lo mismo que había de ser más adelante: mis gustos, mis inclinaciones, se hallaban ya determinados.

El primer impulso á mi desarrollo intelectual fué dado, como he dicho antes, por mi maestro ruso. Es una costumbre excelente de las familias rusas, costumbre que hoy, desgraciadamente, empieza á caer en desuso, el tener en casa un estudiante que ayude á los muchachos y á las jóvenes en sus lecciones, aun cuando estén en un gimnasio; pues para asimilarse mejor lo que aprenden en la escuela, y para ampliar el concepto de lo aprendido, su concurso es de gran provecho. Además, él introduce un elemento intelectual en la familia, se convierte en un hermano mayor de los niños, y á menudo aún algo mejor, porque el estudiante tiene cierta responsabilidad en el adelanto de sus discípulos, y como los sistemas de enseñanza cambian rápidamente de una generación á otra, puede hacer más en favor de aquéllos que los padres más instruídos.

Nikolai Paulovich Smirnoff tenía aficiones literarias. En aquel tiempo, bajo la bárbara censura de Nicolás I, muchas obras, completamente inofensivas, de nuestros mejores autores, no podían publicarse, y otras eran tan mutiladas, que se concluía por privar á algunos de sus pasajes más importantes de todo su interés. En la comedia de costumbres de Griboyedoff, *La Desgracia de la Inteligencia*, que puede competir con las mejores de Molière, el nombre de coronel Skalorúb, tuvo que cambiarse por el de M. Skalorúb, en perjuicio del sentido y aun del verso, porque la representación de un coronel bajo un aspecto cómico, se hubiera considerado como un insulto al ejército. Del inofensivo libro de Gógol, *Almas Muertas*, no se permitió la publicación de la segunda parte, ni una nueva edición de la primera, que hacía tiempo estaba agotada. Numerosas poesías de Pashkin, Lermontoff, A. H. Tolstoï, Ryleeff y otros, estaban condenadas á no ver la luz, sin contar aquellas composiciones que tenían algún sabor político ó eran una crítica de la situación en general. Todo esto circulaba manuscrito, y Smirnoff acostumbraba á copiar libros enteros de Gógol y Rushkin, para él y sus amigos, trabajo en el cual yo en ocasiones le ayudaba. Como verdadero hijo de Moscou, sentía una profunda veneración por aquellos de nuestros escritores que vivían en dicha ciudad, algunos de los cuales moraban en nuestro mismo barrio. Me señalaba con res-

peto la casa de la condesa Saliás (Eugenia Tour), que era nuestra vecina más inmediata, en tanto que á la del conocido desterrado Alejandro Herzen la miraba con un sentimiento misterioso de respeto profundo y veneración. La casa donde vivió Gógol era para nosotros un objeto de gran estima, y aunque yo no había cumplido los nueve años cuando él murió (en 1851), y no había leído ninguna de sus obras, recuerdo bien el sentimiento que su muerte produjo en Moscou. Turgueneff lo expresó muy bien en una nota, por cuya razón el emperador lo mandó prender y lo desterró á sus estados.

El gran poema de Rushkin, *Eughéniy Anyéghin* me impresionó poco, y todavía admiró más la sencillez y hermosura del estilo que el fondo de la composición. Pero las obras de Gógol, que leí cuando tenía once ó doce años, causaron un poderoso efecto en mi imaginación, y mis primeros ensayos literarios eran una imitación de su estilo humorístico. Una novela histórica de Zagóskin, *Yuriy Milostausky*, referente á la época del gran levantamiento de 1612, *La Hija del Capitán*, de Rushkin, que trataba del de Pugachóff, y la *Reina Margarita*, de Dumas, despertaron en mí un interés constante por la Historia. Respecto á otras novelas francesas, sólo he empezado á leerlas desde que Daudet y Zola se presentaron en escena. Las poesías de Nekrasoff eran mis favoritas desde mis primeros años, y muchas de sus composiciones las sabía de memoria.

Temprano me hizo empezar á escribir Nicolai Paulovich, y con su ayuda hice una larga *Historia de Media Peseta*, para la cual inventamos toda clase de tipos, en cuyo poder venía á caer aquélla. Mi hermano Alejandro tenía por entonces aptitudes mucho más poéticas. Escribía cuentos muy románticos, y temprano empezó á hacer versos, cosa que realizaba con admirable facilidad y en estilo verdaderamente natural y armonioso á la vez. Si el estudio de la Historia Natural y la Filosofía no hubieran después ocupado su atención, es indudable que hubiera llegado á ser un poeta de nombradía.

En ese tiempo, el lugar favorito que tenía para buscar inspiración era un tejado de suave inclinación que se encontraba bajo nuestra ventana. Lo que despertaba en mí un constante deseo de embromarlo: « Ahí está el poeta sentado al pie de una chimenea, procurando hacer versos » — solía yo decir —; y la broma venía á terminar en fiera disputa que causaba la desesperación de nuestra hermana Elena. Pero él era tan poco vengativo, que pronto se hacía la paz, y ambos nos amábamos entrañablemente. Entre muchachos, disputar y quererse van mano á mano.

Ya entonces empecé á dedicarme al periodismo. A los doce años comencé á editar un diario. Como en mi casa no abundaba mucho el papel, sus dimensiones tenían que ser modestas. Y como aun no había estallado la guerra de Crimea y el único periódico que recibía mi padre era la *Gaceta* de la policía de Moscou, no tenía grandes modelos que copiar. Por cuyo motivo la mía sólo se componía de sueltos entrecortados, anunciando las noticias del día, como, por ejemplo: « N. P. Smirnoff fué al bosque y mató dos tordos », y otras por el estilo.

Esto pronto dejó de satisfacerme, y en 1855 comencé una Revista mensual que contenía los versos de Alejandro, mis novelillas y una

especie de « variedades ». La vida económica de esta publicación estaba completamente asegurada, porque tenía bastantes suscriptores; esto es, el mismo editor y Smirnoff, quien pagaba regularmente su suscripción de tantos pliegos de papel, aun después de haberse ido de casa; por lo que yo, en cambio, sacaba con esmero un segundo ejemplar para tan fiel suscriptor.

Cuando Smirnoff nos dejó y un estudiante de medicina, llamado N. M. Pauloff, ocupó su puesto, este último me ayudaba en mis trabajos editoriales. Obtuvo para la Revista un poema, obra de un amigo suyo, y, lo que es más importante, el discurso de entrada sobre Geografía Física, por uno de los profesores de Moscou; trabajos que, por su puesto, eran inéditos, pues las reproducciones no hubieran tenido aceptación.

Creo inútil decir que Alejandro tomó un vivo interés en el asunto, y su fama llegó pronto hasta el cuerpo de cadetes. Algunos jóvenes escritores, caminando hacia el templo de la fama, emprendieron la publicación de otra Revista rival. La cuestión era seria; en poemas y novelas nada teníamos que temer; pero ellos contaban con un « crítico », y el escritor que al juzgar una nueva novela, hable de todo con libertad y desenvoltura, abordando cuestiones que no hubieran podido tratarse sin ese motivo, puede decirse que constituye el nervio de toda Revista rusa. ¡Ellos tenían un crítico y nosotros no! Aquél escribió un artículo para el primer número, el cual se lo enseñaron á mi hermano. Era algo pretencioso y de poco valor: Alejandro escribió desde luego otro en contra, ridiculizando y desbaratando la crítica de un modo violento, lo que produjo gran consternación en el campo enemigo, dando por resultado que desistieran de su empeño, viniendo la flor de sus escritores á ingresar en nuestra redacción; lo cual nos permitió anunciar triunfalmente, la futura « exclusiva colaboración », de tantos ó cuantos periodistas distinguidos.

En Agosto de 1857 tuvo que suspenderse la Revista, que ya contaba cerca de dos años de existencia. Nuevas condiciones de vida, y un cambio completo en el modo de ser de ésta se presentaban ante mí. Me alejé de casa con pesar, con tanto más motivo, cuanto la distancia que existía entre San Petersburgo y Moscou iba á separarme de Alejandro, y, además, porque ya consideraba una desgracia tener que entrar en una escuela militar.

PARTE SEGUNDA

EL CUERPO DE PAJES.

I.

La tan anhelada ambición de mi padre se realizó al fin: había una vacante en el cuerpo de pajes, que yo podía llenar antes de cumplir la edad en que queda cerrada la admisión, y me llevaron á San Petersburgo é ingresé en el colegio. Sólo ciento cincuenta niños, en su mayoría hijos de la nobleza de la corte, recibían educación en este cuerpo privilegiado, en el que se hallaba combinado el carácter de una escuela militar, á la que se habían otorgado derechos especiales, y el de una institución cortesana agregada á la casa imperial. Después de haber pasado cuatro ó cinco años en el cuerpo de pajes, los que habían sufrido el examen final eran recibidos como oficiales en cualquier regimiento de la guardia ó de otra arma cualquiera, sin tener para nada en cuenta el número de las vacantes que pudiera haber en los mismos; y todos los años, los primeros dieciséis alumnos más distinguidos eran nombrados *pajes de cámara*; esto es, estaban personalmente agregados á los varios miembros de la familia imperial: el emperador, la emperatriz, las grandes duquesas y los grandes duques. Lo que, por supuesto, se consideraba un gran honor, y, además, los jóvenes en quienes recaía, se daban á conocer en la corte y tenían después muchas probabilidades de ser nombrados ayudantes de campo del emperador ó de alguno de los grandes duques, y, por consiguiente, contaban con grandes facilidades para hacer una brillante carrera al servicio del Estado. Los padres de las familias relacionadas con la corte cuidaban mucho, por tal motivo, de que sus hijos no dejaran de entrar en el cuerpo de pajes, aun cuando para ello hubiera que saltar por encima de otros candidatos que jamás veían llegar su turno. Ahora que yo estaba ya en ese cuerpo escogido, mi padre podía dar rienda suelta á sus sueños é ilusiones.

Dicho cuerpo estaba dividido en cinco clases, de las que la superior era la primera y la inferior la quinta; se trató de que yo entrara en la cuarta; pero como resultó del examen que no me encontraba muy fuerte en la cuestión de decimales, y la clase referida contenía aquel año más de cuarenta alumnos, en tanto que sólo veinte se habían matriculado para la quinta, ingresé en esta última.

Esto me disgustó sobremanera. Después de haber entrado con repugnancia en una escuela militar, ahora resultaba que tendría que permanecer en ella cinco años en vez de cuatro. ¿Qué había yo de hacer en aquella clase, cuando ya sabía lo que en ella se enseñaba? Con lágrimas en los ojos le hablé al director, pero éste me contestó en tono

humorístico: « Ya sabéis lo que dijo César; vale más ser el primero del pueblo, que el segundo de Roma ». A lo que contesté con viveza, que me conformaría con ser el último de todos, con tal de poder dejar la escuela militar lo antes posible. « Tal vez os guste pasado algún tiempo » — me dijo —; y desde aquel día me trató con afabilidad.

Al maestro de aritmética, que también trató de consolarme, le di mi palabra de honor de que jamás fijaría la vista en su libro de texto; y, sin embargo, tendréis que aprobarme con nota de primera — agregué. Cumplí lo prometido; pero cuando pienso en estas escenas, comprendo que el discípulo no era de un carácter muy dócil.

Y, sin embargo, cuando vuelvo la vista hacia ese pasado tan remoto, no puedo por menos de congratularme por lo sucedido; pues no habiendo tenido en el primer año más que hacer que repetir lo que ya sabía, adquirí la costumbre de aprender mis lecciones con sólo atender á las explicaciones del maestro; y una vez terminada la clase, tenía bastante tiempo para leer y escribir á mi gusto. Jamás me preparaba para los exámenes, y el tiempo que á tal objeto concedían, solía emplearlo en leer en alta voz á algunos amigos, dramas de Shakespeare ó de Ostrausky. Estando también mejor preparado al llegar á las clases superiores, para dominar las distintas materias que teníamos que estudiar. Además, pasé más de la mitad del primer invierno en la enfermería, pues, como todos los jóvenes que no han nacido en San Petersburgo, tuve que pagar un pesado tributo á « la capital de las lagunas de Finlandia », bajo la forma de varios ataques de cólera local, y, finalmente uno de fiebre tifoidea.

Cuando ingresé en el cuerpo de pajes, su organización sufría un cambio profundo: la Rusia entera se despertaba entonces del pesado sueño y la terrible pesadilla del reinado de Nicolás I, y nuestro colegio sintió también los efectos de ese renacimiento. Verdaderamente, no sé lo que hubiera sido de mí si hubiera entrado en el cuerpo uno ó dos años antes. O mi carácter se hubiera modificado por completo, ó me hubiesen expulsado de la escuela en condiciones que no es posible calcular. Afortunadamente, el período de transición se hallaba en todo su apogeo en el año 1857.

El director del cuerpo era un anciano excelente, el general Zheltukhin, pero su cargo era puramente nominal; el verdadero jefe de la escuela era « el coronel ». El coronel Girardot, un francés al servicio de Rusia. Las gentes decían que era un jesuita, y así debía ser, según creo: sus procederes, al menos, estaban en armonía con las doctrinas de Loyola, y sus sistemas de educación eran los de los colegios de jesuitas franceses.

Imagináos un hombre pequeño y extremadamente delgado, con ojos oscuros y penetrantes y mirada furtiva, usando un bigote recortado, que le daba el parecido de un gato; era suave y firme al mismo tiempo; no de una notable inteligencia, pero sí muy astuto; un déspota por temperamento, capaz de odiar, de una manera intensa, al alumno que no se sometiera á su fascinación, y de expresar ese sentimiento,

no por medio de ridículas persecuciones, sino constantemente, por su conducta en general; por una palabra, soltada al parecer al acaso, un gesto, una sonrisa, ó una interjección. Al andar parecía que se deslizaba, y las miradas exploradoras que acostumbraba á lanzar á su alrededor sin mover la cabeza completaban la ilusión. En sus labios se hallaba siempre impreso un sello de gravedad fría, aun en los momentos que procuraba aparecer todo lo más afable posible; expresión que se marcaba más aún cuando se veía su boca contraída por una sonrisa de disgusto ó de desprecio. Nada de esto le daba el aspecto de un jefe: á primera vista, cualquiera lo hubiera tomado por un padre bondadoso que hablaba á sus hijos pequeños como si ya fueran adultos; pero pronto se echaba de ver que todos y todo tenía que inclinarse ante su voluntad. Desgraciado del muchacho que no se considerara contento ó disgustado, según los grados de buena ó mala voluntad que el coronel le hubiera demostrado.

Las palabras «el coronel» se encontraban continuamente en todos los labios: á otros oficiales se les conocía por sus mote; pero nadie se atrevió á ponerle ninguno á Girardot. Le rodeaba una especie de misterio, como si fuera omnisciente y se hallara presente en todas partes. Verdad es que pasaba el día y parte de la noche en la escuela: hasta cuando estábamos en clase lo recorría todo, registrando nuestras carpetas, que abría con sus mismas llaves. En cuanto á la noche, una buena parte de ella la empleaba en escribir en pequeños libros, de los que tenía una buena colección, en columnas separadas, con signos especiales y en tintas de diferentes colores, todas las faltas y buenas cualidades de cada uno.

Los juegos, las bromas y las conversaciones se suspendían desde el momento que lo veíamos avanzando lentamente á través de nuestros espaciosos salones, acompañado de alguno de sus favoritos, y balanceándose de delante atrás y viceversa; sonriendo á uno, mirando con ternura á otro, lanzando una mirada indiferente sobre un tercero, y contrayendo ligeramente el labio al pasar ante el cuarto: lo cual quería decir, que le agradaba el primero, que el segundo le era indiferente y mucho más el tercero, y que el cuarto le disgustaba. Esto último bastaba para aterrar á la mayoría de sus víctimas, con tanto más motivo, cuanto que no había razón alguna que lo justificara. Algunos jóvenes impresionables eran presa de desesperación, por esa aversión muda y constantemente manifiesta, y esas sospechosas miradas; en otros, el resultado ha sido un total aniquilamiento de la voluntad, como uno de los Tolstoi, Teodoro, alumno también de Girardot, ha mostrado en una novela autobiográfica, titulada *Los Padecimientos de la Voluntad*.

* * *

La vida interna en este colegio era bien triste bajo la férula del coronel: en todas las escuelas los «novatos» son objeto de bromas más ó menos ligeras. Se trata de poner á prueba al recién venido; saber hasta dónde llega su valor, y si conservará la dignidad y la energía. Además, los antiguos quieren hacer ver á los nuevos la superioridad de un bien establecido compañerismo. Tal sucede en todos los colegios y prisiones:

pero bajo el dominio de Girardot estas persecuciones tomaban un aspecto más violento, y procedían, no de los compañeros de la misma clase, sino de los de la primera; de los pajes de cámara, que no eran oficiales en comisión, y á quienes aquél había colocado en una posición superior, completamente excepcional. Su sistema era darles carta blanca; hacerse el desentendido, hasta de los horrores que cometían á cada momento, y mantener por medio de ellos una severa disciplina. El contestar á un golpe recibido de un paje de cámara, hubiera bastado en tiempo de Nicolás I para ser enviado á un batallón de hijos de soldados, como el caso se hubiese hecho público; y el rebelarse, de cualquier modo, contra un mero capricho de uno de aquéllos, motivo fuera suficiente para que los veinte que formaban la clase, armados con sus pesadas reglas de roble, se reunieran en un local cualquiera y, con la tácita aprobación de Girardot, administraran una soberbia paliza al que hubiera mostrado semejante espíritu de insubordinación.

De este modo, la primera clase se despachaba á su gusto, y todavía el invierno anterior uno de sus juegos favoritos consistía en reunir á los «novatos» por la noche, con sólo la camisa de dormir, y hacerlos correr como los caballos en el circo, mientras que ellos, armados de grandes fustas de goma elástica, unos en el centro y otros por fuera de la pista, los azotaban sin piedad. Por regla general, el «circo» terminaba de un modo oriental, en una forma abominable. El concepto de la moral que prevalecía en aquel tiempo y lo que á veces se decía en la escuela respecto á lo que ocurría de noche después del circo, eran de tal índole, que mientras menos se hable de ello tanto mejor.

El coronel sabía todo esto: tenía organizado un perfecto sistema de espionaje y nada pasaba para él inadvertido; pero mientras no se supiera oficialmente que lo sabía, todo marchaba bien. El cerrar los ojos ante todo lo que hacía la clase primera era la base de su sistema de mantener la disciplina.

Sin embargo, un nuevo espíritu empezaba á despertarse en la escuela, y pocos meses antes de mi ingreso había tenido lugar una revolución. Aquel año, la clase tercera era diferente á lo que había sido hasta entonces: contenía un buen número de jóvenes, que realmente estudiaban y leían mucho, algunos de los cuales vinieron á ser más tarde hombres distinguidos. Mi primer conocimiento con uno de ellos, á quien llamaré von Schauff, fué cuando él leía la *Crítica de la Razón Pura*, de Kant: además, se hallaban en dicha clase algunos de los alumnos más robustos y fuertes de la escuela; en ella se encontraba el más alto de todos, así como otro de mucha fuerza, Koshtoff, gran amigo de von Schauff. Estos no toleraban las bromas de los pajes de cámara con la misma docilidad que sus predecesores; les disgustaba mucho lo que ocurría, y á causa de un incidente, que prefiero no describir, se vinieron á las manos las dos clases, resultando que los de la primera recibieron una dura lección de parte de sus subordinados. Girardot le echó tierra al asunto; pero la fuerza moral de los pajes de cámara quedó quebrantada. Se conservaron las fustas de goma, pero no se volvió á hacer uso de ellas; las circolerías y otras cosas por el estilo, quedaron relegadas al pasado.

Hasta ahí se había ganado; pero la última de las clases, la quinta, com-

puesta casi exclusivamente de muchachos muy jóvenes que acababan de ingresar en el colegio, se veía forzada á obedecer aún á las exigencias y caprichos de la primera. Teníamos un hermoso jardín, poblado de corpulentos árboles; pero los alumnos de la quinta lo podían disfrutar poco: se les obligaba á pasearse por fuera, en tanto que los de la primera, sentados en él, pasaban allí el rato conversando; ó á recoger las pelotas, cuando esos caballeros jugaban. Dos días después de mi entrada en la escuela, viendo lo que pasaba en el jardín, no bajé á él y permanecí arriba. Leyendo estaba yo, cuando un paje de cámara, con cabello rojo y la cara cubierta de pecas, vino á ordenarme que bajara en el acto al jardín y fuera á pasearme con los demás. «No quiero; ¿no veis que estoy leyendo?» fué mi contestación.

La ira desfiguró su fisonomía, de suyo bien poco simpática. Trató de saltar sobre mí, pero me coloqué á la defensiva; procuró darme en la cara con la gorra y yo sorteé los golpes lo mejor que pude. Entonces arrojó su gorra al suelo y me dijo: —Recógela.—Recógela tu—, le contesté.

En la escuela no se tenía idea de un acto de desobediencia semejante. El era mucho mayor y más fuerte que yo: por qué no me pegó brutalmente en el acto, no lo sé.

El día después y los siguientes recibí órdenes parecidas; pero obstinadamente me empeñé en no bajar. Entonces empezó una serie de pequeñas y ruines persecuciones por lo más mínimo, capaces de desesperar á cualquiera; pero, afortunadamente, yo me hallaba siempre dispuesto á dar á todo un carácter jovial, y les contestaba con bromas, ó no les hacía caso.

El cambio de tiempo hizo que todo esto variara: empezaron las lluvias y apenas se podía salir. En el jardín, los de la primera fumaban con entera libertad, y en el interior del colegio el club de los fumadores era «la torre», local que estaba siempre limpio con esmero, y en el cual había constantemente fuego encendido. Los pajes de cámara castigaban con severidad al que cogían fumando; pero ellos no dejaban de hacerlo, mientras que estaban sentados y charlando al lado de la lumbre. Su hora favorita de fumar era después de las diez de la noche, cuando se suponía que se habían todos acostado, permaneciendo en su club hasta las once y media; y para ponerse al abrigo de una sorpresa de Girardot, ordenaban á los de la quinta que vigilaran. Los niños de ésta tenían que alternar en dicho servicio de dos en dos, paseándose cerca de la escalera hasta la hora referida, para dar aviso si se aproximaba el coronel.

Al fin, decidimos poner un término á semejante abuso; las discusiones fueron largas y se consultó á las demás clases respecto á lo que había de hacerse; las cuales contestaron, después de pensarlo, lo siguiente: «Negáos todos á hacer ese servicio, y cuando os empiecen á pegar, cosa que haran de fijo, marchad todos los que podáis, en masa, y llamad á Girardot. El ya lo sabe de antemano; pero así se verá obligado á suspenderlo». La cuestión de si eso no sería «un soplo» fué resuelta en la negativa por los expertos en asuntos de honor; los pajes de cámara, al no tratar á los otros como compañeros, no tenían derecho á ser mirados como tales.

El turno de la vigilancia tocó aquella noche á Shahouskoy, uno de los antiguos, y á Selanoff, un recién entrado, niño extremadamente

tímido que hasta tenía afeminada la voz. Llamaron al primero, y, al ver que se negaba, lo dejaron y acudieron al segundo, que estaba acostado y viendo que rehusaba también, empezaron á azotarlo brutalmente con gruesos tirantes de cuero. Entonces Shahouskoy despertó á varios compañeros de los que se hallaban más próximos, y todos corrieron en busca de Girardot.

También estaba yo en la cama, cuando los dos vinieron á mí, ordenándome que fuera á vigilar; y como rehusara, cogieron un par de tirantes (acostumbráramos á tener colocada la ropa ordenadamente en un banco, con los tirantes encima de todo y la corbata cruzada sobre ellos) y comenzaron á pegarme. Sentado en la cama, sorteaba los golpes con las manos, y ya había recibido bastantes, y bien fuertes, cuando se oyó una voz que dijo: «El coronel llama á los de la primera!» Los verdugos se contuvieron en el acto, arreglaron sus ropas precipitadamente y me dijeron en voz baja: «Ni una palabra», á lo cual yo sólo contesté: «La corbata sobre todo, en buen orden», mientras que las manos y brazos me echaban fuego á causa de los golpes mencionados.

Lo que hablara Girardot con los de la primera no pudimos saberlo; pero al día siguiente, cuando estábamos formados, antes de bajar al comedor, nos dirigió la palabra con melifluido acento, manifestando que era muy sensible que los pajes de cámara hubieran atropellado de ese modo á un alumno que tenía la razón de su parte. ¿Y á quién? A uno de nuevo ingreso y de carácter tímido como Selanoff. Este discurso jesuítico disgustó á toda la escuela.

Inútil es decir que aquel abuso terminó, como igualmente las impertinencias de que eran objeto los novatos, que no volvieron á repetirse más.

* * *

También fué indudablemente aquello un golpe mortal para la autoridad de Girardot, quien lo sintió muy vivamente. Miraba nuestra clase, y á mí sobre todo, con gran prevención (le habían dado cuenta del asunto de la vigilancia), y no perdía oportunidad de darlo á conocer.

Durante el primer invierno estuve con frecuencia en la enfermería. Después de haber pasado una fiebre tifoidea, durante la cual el director y el médico se tomaron por mí un interés verdaderamente paternal, tuve repetidos y fuertes ataques gástricos. Y como Girardot, al hacer su visita diaria al referido local, me veía allí con tanta frecuencia, empezó á decirme todas las mañanas, medio en broma, en francés: «He aquí un joven que está tan saludable como el Puente Nuevo, y se pasa el tiempo en la enfermería». Una ó dos veces le contesté en el mismo tono; pero, al fin, considerando de mal gusto esta constante repetición, perdí la paciencia y me incomodé.

—¿Cómo os atrevéis á decir eso? — exclamé —; le diré al doctor que os prohíba la entrada en esta habitación, y otras cosas por el estilo.

Girardot retrocedió dos pasos; sus ojos oscuros brillaron, y sus delgados labios parecieron afinarse más todavía. Al fin, dijo: — Os he ofendido; ¿no es verdad? Bien; en el patio tenemos dos cañones de artillería; ¿sería bueno que nos batiéramos?

— No doy bromas, y os advierto que no estoy dispuesto á recibirlas — le contesté.

El se calló; pero en lo sucesivo me miró aún con mayor prevención que antes.

Todos lo notaron, y se ocuparon en sus conversaciones de ello; pero yo no le dí importancia, y tal vez la aumenté con mi indiferencia.

Durante dieciocho meses cumplidos rehusó darme la charretera, que generalmente se concedía á todos los recién llegados después de un mes ó dos de residencia en el colegio, cuando se suponía habían aprendido en parte los rudimentos de la instrucción militar; pero á mí, tal cosa me tenía sin cuidado. Al fin, un oficial, que era el mejor instructor del colegio, y que puede decirse estaba enamorado del ejercicio, me tomó por su cuenta, y cuando me vió hacer todos los movimientos á su entera satisfacción, lo puso en conocimiento de Girardot, quien, á pesar de haberse repetido esto más de una vez, no hacía caso; lo que dió lugar á que el oficial considerara el asunto como una ofensa personal. Y cuando una vez el director del Cuerpo le preguntó por qué no tenía yo todavía la charretera, le contestó lisa y llanamente: « El muchacho está bien; el coronel es quien no quiere ». A consecuencia de lo cual, probablemente después de algunas observaciones del director, el mismo Girardot pidió examinarme otra vez, y me dió la charretera aquel mismo día.

Pero la influencia del coronel se iba rápidamente desvaneciendo; el carácter todo de la escuela cambiaba. Durante veinte años, Girardot había conseguido ver realizado su ideal, que era el de tener á los alumnos bien peinados, con el cabello rizado y de afeminado aspecto, mandando á la corte pajes tan refinados como los cortesanos de Luis XIV. Si aprendían ó no, le importaba poco; sus predilectos eran los que tenían las maletas más llenas de toda clase de cepillos de uñas y tarros de esencias, cuyo uniforme de paseo (que podíamos usar cuando íbamos á casa los domingos) era del mejor corte, y sabían hacer el más elegante *salut oblique*. Anteriormente, cuando Girardot hacía ensayos de ceremonias cortesanas, envolviendo á un paje en una manta de algodón con listas encarnadas, tomada de una de nuestras camas, con objeto de que representase á la emperatriz en un *baisemain*, los alumnos se aproximaban muy respetuosamente á la supuesta emperatriz, ejecutaban con formalidad la ceremonia de besar la mano, y se retiraban con un elegantísimo saludo oblicuo; mientras que ahora, aunque en la corte se conducían siempre con elegancia, en los ensayos hacían unos saludos tan ridículos, que todos reventaban de risa, al mismo tiempo que Girardot rabiaba de coraje. Antes, los alumnos jóvenes que habían asistido á una recepción oficial, y se rizaban el cabello con tal objeto, procuraban conservar este adorno todo el tiempo posible; pero en la actualidad apenas volvían de palacio, corrían á poner la cabeza bajo el grifo de agua fría para desbaratarse el peinado; pues toda apariencia afeminada era siempre mirada con desprecio. El ser enviado á una recepción y permanecer allí como un objeto decorativo, era considerado ahora más bien como una molestia que como un favor. Y cuando los menores, que iban algunas veces á palacio á jugar con los pequeños grandes duques, contaban que cuando uno de éstos

hizo un látigo de su pañuelo, en uno de los juegos, y se sirvió de él á discreción, uno de los nuestros hizo lo mismo, y tanto le pegó al gran duque, que éste concluyó por llorar. Girardot se quedaba horrorizado, en tanto que el antiguo almirante de Sebastopol, que era tutor del gran duque, elogiaba á nuestro compañero.

Un nuevo espíritu de amor al estudio y de formalidad se desarrolló en el Cuerpo, como en todas las demás escuelas. En años anteriores, teniendo los pajes la seguridad de que de un modo ó de otro pasarían los exámenes para obtener sus nombramientos de oficiales de la guardia, dejaban transcurrir los primeros años de la escuela casi sin aprender nada, y sólo empezaban á estudiar más ó menos en las dos últimas clases; ahora, en cambio, las clases inferiores trabajaban con provecho. El estado moral vino á ser también muy distinto de lo que había sido algunos años antes; los entretenimientos orientales eran mirados con repugnancia, y una ó dos veces que se pretendió volver á lo pasado, produjeron escándalos que llegaron hasta los salones de San Petersburgo. Girardot fué despedido; sólo se le permitió conservar su departamento de soltero en el edificio del Cuerpo; y después lo veíamos á menudo, envuelto en su larga capa militar, paseándose sólo y sumido en profundas meditaciones; entristecido, supongo, no pudiendo por menos de condenar el nuevo espíritu que rápidamente se apoderaba del cuerpo de pajes.

II.

En toda Rusia la gente no hablaba más que de instrucción; tan pronto como se concertó la paz en París, y la severidad de la censura se relajó un poco, todo lo referente á la educación fué objeto de vivas discusiones. La ignorancia de las masas; los obstáculos con que habían tropezado los amantes de la instrucción; la falta de escuelas en los distritos rurales; lo anticuado de los sistemas de enseñanza y medios de remediar estos males, vinieron á ser los temas favoritos de discusión en los círculos de las personas cultas, en la prensa, y aun en los salones de la aristocracia. La primera escuela superior para las jóvenes se abrió en 1857, con un plan de estudios excelente y con claustro de profesores brillante. Como por arte mágico, aparecieron muchas personas de ambos sexos, quienes, no sólo se habían dedicado por entero á la educación, sino que asimismo demostraron ser pedagogos notablemente prácticos; sus obras ocuparían un puesto de honor entre la literatura de cualquier país civilizado, si fueran conocidas en el exterior.

El Cuerpo de pajes sintió también los efectos de ese renacimiento; con raras excepciones, la tendencia general de las tres clases inferiores era el estudio. El jefe del departamento de educación, el inspector Winkler, que era un coronel de artillería muy instruido, buen matemático y hombre de ideas progresivas, inauguró un excelente plan para estimular esa tendencia. En vez de los medianos maestros que anteriormente acostumbraban á dar cátedra en las clases inferiores, procuró hacerse de profesores de primera; en su opinión, mientras más jóvenes fueran los discípulos, mayor debía ser el talento del instructor. Así que, para la cátedra de álgebra elemental de la clase cuarta, in-

vitó á un matemático de primera fuerza y profesor por temperamento, el capitán Sukhónin, y la clase entera se dedicó con entusiasmo á las matemáticas. Ocurrió, dicho sea de paso, que el referido capitán era también tutor del heredero del trono (Nikolai Alexandrovich, que murió á los veintidós años), á quien traían una vez por semana á la clase de álgebra del Cuerpo de pajes; pues la emperatriz, María Alexandrovna, que era mujer bien educada, creyó que tal vez el contacto con jóvenes estudiosos fuera un estímulo para él. Pero aunque se sentaba entre nosotros y tenía que contestar á las preguntas que le hacían, como todos los demás, como se entretenía por lo general, mientras el maestro explicaba, en hacer dibujos ó en hablar con el compañero, no adelantaba mucho; tenía buena índole y un trato agradable; pero era un poco superficial.

Para la clase quinta, el inspector halló el concurso de dos hombres notables. Un día entró en la sala, donde dábamos clase, radiante de alegría, diciéndonos que habíamos tenido mucha suerte; el profesor Klarousky, hombre de rara erudición, muy versado en el estudio de los clásicos y gran conocedor de nuestra literatura, había consentido en darnos cátedra de gramática, retórica y poética, siguiendo con nosotros todos los años, al pasar de una clase á otra. Otro profesor de la Universidad, Herr Becker, bibliotecario de la biblioteca imperial (nacional), haría lo mismo en alemán. Agregando que el profesor Klarousky estaba algo delicado de salud, pero que tenía la seguridad de que nos conduciríamos con mucho juicio en su clase; pues ya que habíamos tenido la suerte de encontrar semejante maestro, no era posible la dejáramos malograr.

El inspector había pensado cuerdamente. Fué para nosotros una verdadera satisfacción tener profesores de la Universidad por maestros y aun cuando surgieron algunas voces del Kanchatka (en Rusia se da el nombre de esa remota y atrasada península á los últimos bancos de cada clase), recomendando que se mirara con prevención al «salchichero», esto es, al alemán, la opinión general en nuestra clase era favorable á los profesores.

«El salchichero» conquistó desde el primer momento nuestras simpatías; era un hombre alto, con una frente ancha y despejada, aspecto bondadoso y mirada inteligente, no desprovista de un ligero tinte de ironía. Al entrar en nuestra clase nos dijo en correcto ruso que pensaba dividirnos en tres secciones: la primera la compondrían aquellos que ya conocían el alemán, y á quienes exigiría un trabajo más serio; á la segunda le enseñaría gramática y más tarde literatura, con arreglo al programa establecido; y la tercera, dijo con una sonrisa maliciosa, será la Kanchatka. A éstos, agregó, sólo exigiré que cada lección copien cuatro renglones que designaré de mi libro, y una vez realizado este trabajo, quedarán en libertad de hacer lo que quieran, con tal de que no molesten á los demás, y les prometo que en cinco años conocerán algo el alemán y su literatura. Ahora formemos las secciones.

Cinco ó seis niños que no sabían una palabra de alemán, tomaron asiento en la última, copiando asiduamente sus cuatro renglones, que en las otras clases llegaban hasta quince y veinte; y era tanto el acierto

de Becker al hacer la elección, y tanto el interés que se tomaba por sus alumnos, que, al finalizar los cinco años, habían verdaderamente aprendido algo del idioma y su literatura.

Yo me uní al primer grupo; tanto había insistido mi hermano Alejandro en sus cartas en que aprendiera el alemán, que poseía tan rica literatura, y á cuyo idioma están vertidas todas las obras de valor, que me dediqué con empeño á su estudio.

Ya traducía y analizaba sin dificultad una página algo trabajosa, en la que se hacía una descripción práctica de una tempestad; aprendí de memoria, según el profesor me había aconsejado, las conjugaciones, los adverbios y las preposiciones, y empecé á leer. Este es un gran método para aprender idiomas; además, Becker me recomendó que me suscribiera á un semanario ilustrado de poco precio, lo que me sirvió de mucho estímulo, con sus grabados é historietas, para leer más ó menos, y pronto llegué á dominar el idioma.

Hacia el fin del invierno le pedí á Herr Becker que me prestara el *Fausto*, de Goethe; había leído una traducción, y también la hermosa novela de Turguéneff, del mismo título, y ahora ardía en deseos de conocer la gran obra en el original. «No vais á entenderla; es demasiado filosófica», me dijo él con una bondadosa sonrisa; pero me trajo, sin embargo, un librito cuadrado, con las páginas amarillas por el tiempo, que contenía el drama inmortal. El no sospechaba la infinita satisfacción que la posesión de aquel pequeño volumen me producía. Me deleité con el sentido y la armonía, de cada renglón, empezando con los mismos primeros versos de la hermosa dedicatoria ideal, y pronto sabía páginas enteras de memoria. El monólogo de Fausto en la floresta, y particularmente los versos en que habla de su modo de comprender la naturaleza

«Tú no te has limitado á permitirme
sólo la admiración de la inconsciencia;
has hecho más, tu mano logró abrirme
el seno de una amiga: de la ciencia»

me sumergía en éxtasis profundo, y aun hoy día siento su influencia. Cada verso vino gradualmente á convertirse en un querido amigo.

Y además, ¿hay, por ventura, algún placer estético más elevado que el leer poesías en una lengua que aún no se domina por completo? El pensamiento aparece envuelto en una especie de ligera gasa que admirablemente se adapta á la poesía; las palabras cuyo trivial significado, cuando uno conoce el idioma á fondo, afectan algunas veces á las imágenes reales que tratan de representar, conservan tan sólo su sentido puro y elevado, haciendo que la armonía de la composición quede así más fuertemente impresa en el oído.

* * *

La primera lección del profesor Klasousky fué una revelación para nosotros; era un hombre pequeño, como de cincuenta años, de movimientos vivos, con ojos brillantes é inteligentes, una expresión ligeramente sarcástica y la elevada frente de un poeta. Cuando vino

á darnos la primera lección, dijo con voz apagada que, habiendo pasado una larga enfermedad, no podía elevar la voz lo suficiente, por lo que nos rogaba nos acercáramos á él. Dicho esto, aproximó su sillón á la primera fila, y nosotros lo rodeamos como un enjambre de abejas.

Había de enseñarnos gramática rusa; pero, en lugar de la aridez de la lección gramatical, oímos algo muy distinto de lo que esperábamos. Era gramática, mas intercalada con comparaciones de dichos populares rusos, con versos de Homero ó del sánscrito de Mahabharata, cuya galanura traducía al ruso; allá, un verso de Schiller se introducía, y era acompañado de alguna sarcástica observación referente á alguna preocupación de la sociedad moderna; aquí, después, se volvía otra vez á la gramática pura, seguida de generalizaciones poéticas y filosóficas.

Claro es que en todo esto había mucho que no comprendíamos, y cuyo sentido más profundo escapaba á nuestra percepción. ¿Pero, acaso lo encantador de todo estudio no estriba en que constantemente abre ante nosotros nuevos é inesperados horizontes, aún no comprendidos, que nos estimulan á continuar más y más avanzando en la penetración de lo que á primera vista apareció sólo en sus líneas generales? Unos con las manos apoyadas en los hombros del compañero, otros casi tendidos sobre las mesas de la primera fila, otros en pie detrás del maestro, y todos con la mirada chispeante, estábamos pendientes de sus labios. A medida que su voz se debilitaba al aproximarse el fin de la hora, más suspendíamos el aliento para mejor oír. El inspector abrió la puerta de la clase para ver cómo nos conducíamos con el nuevo profesor; pero al notar aquel enjambre inmóvil, se retiró de puntillas para no hacer ruido. Hasta Danroff, carácter inquieto y aturdido, contemplaba á Klasousky, como diciendo «¡vaya un hombre!». Hasta von Klemair, un pobre muchacho circasiano con nombre alemán, de muy cortos alcances, estaba inmóvil en su asiento. En casi todos los demás algo bueno y elevado surgía desde el fondo de sus corazones, como si la visión de un mundo inesperado apareciera ante su vista. Este hombre tenía sobre mí una gran influencia, que fué creciendo con los años. La profecía de Winkler, de que después de todo me gustaría la escuela, se había cumplido.

En la Europa Occidental y probablemente también en América, esta clase de profesores no parece ser generalmente muy conocida; pero en Rusia no hay ninguna persona notable en las letras ó en la política que no deba el primer impulso hacia un desarrollo superior á su maestro de literatura. En todas las escuelas del mundo debiera haber uno semejante; todos los demás tienen asuntos particulares á su cargo que no se relacionan entre sí; sólo el profesor de literatura, guiado por las líneas generales del programa, pero quedando en libertad de tratarlo á su gusto, puede reunir en un lazo común á los separados estudios históricos y humanidades, unificarlos por una amplia concepción filosófica y humanitaria, y despertar ideas é inspiraciones más elevadas en los cerebros y corazones de la nueva generación. En Rusia esa necesaria misión recae de un modo natural en el catedrático de literatura; pues, á medida que habla del desarrollo del idioma, del contenido de la primera poesía épica, de la música y cantos populares, y más adelante del teatro moderno, de la literatura científica, política y filosófica que

ha reflejado; viéndose obligado á ocuparse de esa concepción generalizada del desarrollo del entendimiento humano, que no se encuentra dentro del radio de acción de las materias que se enseñan separadamente.

Lo mismo debería hacerse también respecto á las ciencias naturales. No basta enseñar física y química, astronomía y meteorología, zoología y botánica; la filosofía de todas las ciencias naturales; una vista general de la naturaleza en su conjunto, algo parecido al primer volumen del *Cosmos*, de Humboldt, hay que dar á conocer al alumno y al estudiante, cualquiera que sea la extensión que se dé en la escuela al estudio de las ciencias referidas. La filosofía y la poesía de la naturaleza, los sistemas de todas las ciencias exactas, y una inspirada concepción de la vida de la naturaleza, deben formar parte de la educación. Tal vez el profesor de Geografía pudiera provisionalmente asumir esa función; pero en ese caso, se necesitaría una clase muy diferente de maestros de esa asignatura, lo mismo en los colegios que en las Universidades; lo que hoy se enseña bajo ese nombre, será todo lo que se quiera, pero no es Geografía.

**

Otro maestro conquistó el aprecio de nuestra clase, de modo bien distinto. Fué el de escritura, el último del cuerpo de profesores: si los «herejes», esto es, los maestros alemanes y franceses, eran mirados con poco respeto, el de escritura, Ebert, que era un judío alemán, estaba convertido en un mártir. El conducirse insolentemente con él se consideraba de buen tono entre los pajes. Sólo la miseria podía ser la causa de que no renunciara el cargo. Los antiguos, que llevaban dos ó tres años en la clase quinta, sin haber podido pasar adelante, lo trataban muy mal; pero él había transigido con ellos, llegando al acuerdo siguiente: «una broma no más en cada lección», cuyo cumplimiento, por nuestra parte, dejaba algunas veces mucho que desear.

Un día, uno de los más atrasados, empapó en tinta la esponja de la pizarra y se la tiró al mártir calígrafo, diciendo al mismo tiempo con una sonrisa estúpida: «¡toma, Ebert!». La esponja le dió á éste en el hombro, salpicándole de tinta la cara y la camisa.

Teníamos la seguridad que, por lo menos esta vez, Ebert abandonaría la clase é iría á dar parte del hecho al inspector; pero nos equivocamos, porque se contentó con exclamar, al mismo tiempo que sacaba su pañuelo de algodón y se limpiaba la cara: «Una broma, caballeros; basta por hoy», agregando á media voz, «la camisa se ha manchado», después de lo cual continuó como si tal cosa corrigiendo los cuadernos de los alumnos.

Ante semejante proceder, quedamos estupefactos y avergonzados. ¡Cómo, en vez de dar parte, lo toma con esa resignación! La simpatía de toda la clase se tornó en su favor. ¡Lo que habéis hecho es una estupidez — dijimos á nuestro compañero —; es un pobre y le habéis echado á perder la camisa! ¡Qué vergüenza! — otro gritó.

El causante del mal fué en el acto á disculparse. «Hay que aprender y aprender, amigo», fué todo lo que contestó Ebert, con voz en que se reflejaba la tristeza.

Después de esto reinó un silencio sepulcral, y al día siguiente, como si todos nos hubiéramos puesto de acuerdo, escribimos lo mejor posible y le llevamos nuestros cuadernos para que los corrigiera, lo que le causó gran alegría, y aquel día puede decirse que fué feliz.

Este hecho me impresionó profundamente, y jamás se ha borrado de mi memoria. Siempre le estaré agradecido á tan notable hombre por aquella lección.

* * *

Con nuestro maestro de dibujo, que se llamaba Ganz, nunca pudimos vivir en buena armonía. El siempre daba cuenta de los que jugaban en la clase; lo que en nuestro concepto estaba mal, pues su proceder distaba mucho de ser correcto. Durante la clase, apenas se ocupaba de nosotros y pasaba el tiempo enmendando los dibujos de aquellos que repasaban con él, ó le pagaban algo, para poder presentar un buen dibujo en los exámenes y obtener una nota de primera: contra los que así procedían no teníamos queja alguna; por el contrario, hallábamos muy natural que los que no tenían capacidad para las matemáticas ó memoria para la geografía, no pudiendo aspirar á notas elevadas en estas materias, trataran de mejorar su situación, ordenándole al maestro un dibujo ó una mapa topográfico, que les asegurara el premio ante todo. Sólo de parte de los dos primeros alumnos de la clase se hubiera visto mal el acudir á tales procedimientos; pero en cuanto á los demás, podían hacerlo con tranquilidad de conciencia. Pero el maestro no debía emplear la hora de clase en ese trabajo; y ya que lo hacía, le tocaba sufrir con resignación las faltas de sus discípulos. En vez de hacerlo así, no se pasaba día sin que dejara de quejarse, y cada vez parecía más arrogante.

En cuanto pasamos á la clase cuarta y nos encontramos en un terreno más firme, tratamos de apretarle las clavijas. « Vosotros tenéis la culpa — nos decían los mayores — de que se dé tanto tono con vosotros; *nosotros* lo teníamos atado corto ». Por cuya razón decidimos hacer lo mismo que ellos habían realizado.

Un día, dos excelentes compañeros de clase se acercaron á Ganz con un cigarrillo en la boca y le pidieron fuego. Claro es que sólo se trataba de una broma, pues nadie había pensado en fumar allí, y según la regla establecida, el maestro no debiera haber hecho más que despedirlos aquel día de la clase; pero en vez de esto, los inscribió en el parte diario y fueron castigados con gran severidad. Esa fué la gota que hizo derramar el vaso: decidimos darle una « serenata »; lo cual quería decir que, en un momento dado, toda la clase, provista de reglas prestadas por las superiores, armaría un ruido espantoso, pegando contra las mesas, hasta hacer que el maestro se fuera de la clase. Esto, sin embargo, no se hallaba exento de dificultades. Teníamos en nuestra clase un cierto número de « gente floja » que, á pesar de prometer tomar parte en la demostración, era fácil que á última hora no pudiera dominar los nervios y se echara atrás, dejando á los demás comprometidos: en tales empresas, la unanimidad es el todo; pues el castigo, cualquiera que sea su índole, es siempre más ligero al recaer en la clase entera que cuando afecta á un número determinado.

La dificultad se resolvió con arte verdaderamente maquiavélico: á una señal dada, volviendo todos la espalda al maestro y golpeando con las reglas en los bancos de los vecinos, se conseguiría el fin deseado; de este modo, se evitaría que aterrara á los débiles la mirada de aquél. ¿Pero quién daba la señal? Un silbido, como en los cuentos de bandidos, un grito ó un estornudo no nos sacaban del apuro; él podía muy bien fijarse en cualquiera que hubiese empleado tal recurso. La señal debía ser silenciosa: uno de los que mejor dibujaban debía llevarle su trabajo á Ganz, y cuando volviera á su sitio, entonces estallaría la tormenta.

Todo salió á pedir de boca: Nesadoff presentó su dibujo, y el otro se lo corrigió en pocos minutos, que nos parecieron una eternidad; al fin volvió á su puesto, quedó un momento mirándonos, y se sentó... La clase entera se volvió de espaldas, y las reglas menudeaban sus golpes en los bancos, en tanto que algunos gritaban en medio del alboroto: « ¡fuera Ganz, fuera con él! » El escándalo era mayúsculo; todas las clases se enteraron de que al maestro de dibujo le habían dado una serenata. El se puso de pie, murmuró algo y concluyó por marcharse. Entró en la clase un oficial, pero no por eso se interrumpió el jaleo; después entró el subinspector, y el inspector tras él: en el acto se suspendió el ruido y empezaron las reprensiones.

« ¡Los mayores quedan desde este momento arrestados! » — ordenó el inspector —; y á mí, que era el primero de la clase, y, por consiguiente, el mayor, me llevaron al calabozo oscuro, lo cual me evitó el ver lo que vino después. Se presentó el director: le preguntaron á Ganz que designara las cabezas de motín, pero no pudo hacerlo. « Todos me volvieron la espalda, y comenzó el escándalo » — fué su contestación. Inmediatamente se condujo la clase abajo, y á pesar de que los castigos corporales estaban completamente desterrados de nuestra escuela, esta vez, á los dos que antes se habían castigado por pedir fuego al maestro, los azotaron con la vara de abedul, bajo pretexto de que la serenata fué una venganza por su castigo. Esto lo supe diez días después, cuando se me permitió volver á clase: mi nombre, que había sido inscrito en el encerado rojo de la clase, destinado á los distinguidos, fué borrado de él, lo que me tuvo sin cuidado; no así los diez días de calabozo, sin libros, que me parecieron interminables, y en los que compuse (en versos horribles), un poema, en que los altos hechos de la clase cuarta eran debidamente glorificados.

Como era de esperar, nuestra clase vino á ser la heroína de la escuela; durante un mes entero tuvimos que relatar una vez y otra á las demás clases todo lo referente al particular, recibiendo felicitaciones por lo bien que se había manejado el asunto, evitando que ninguno incurriera en responsabilidad. Como castigo, se nos prohibió ir á casa los domingos, lo que duró hasta Navidad; pero como estábamos todos reunidos, lo pasábamos alegremente. Las mamás de los niños buenos les traían dulces en abundancia, y los que tenían dinero lo empleaban en multitud de pasteles, en tanto que, á la noche, los amigos de las otras clases traían de contrabando grandes cantidades de fruta para la heroica clase cuarta.

Ganz no volvió á dar parte de ninguno más; pero nosotros no aprendimos.

Memorias de un revolucionario.-5

dimos á dibujar tampoco. Nadie quería recibir lecciones de semejante hombre.

III.

Mi hermano Alejandro estaba en aquella época en Moscou, en un cuerpo de cadetes, y manteníamos una activa correspondencia. Mientras que estuve con la familia, esto era imposible, porque nuestro padre consideraba como una prerrogativa el leer todas las cartas dirigidas á casa, y pronto hubiera puesto coto á toda correspondencia que no tuviera un carácter trivial. Ahora éramos libres para discutir en nuestras cartas lo que mejor nos parecía; no había más dificultad que la falta de dinero para el franqueo; pero pronto aprendimos á escribir tan menudo y apretado, que lo que conseguíamos meter en una sola carta era extraordinario. Alejandro, que tenía una hermosa letra, logró incluir cuatro páginas impresas en una sola carilla, y sus líneas microscópicas se leían con la misma claridad que si fueran impresas. Es lamentable que estas cartas, que él guardaba como preciosos recuerdos, hayan desaparecido; la alta policía, en una de sus razzias, le robó hasta aquello que de tanto aprecio era para él.

Nuestras primeras cartas casi no se ocupaban más que de los pequeños detalles referentes á mi nueva situación; pero pronto tomó nuestra correspondencia un carácter más elevado. Mi hermano no podía escribir sobre nimiedades; hasta en las reuniones de sociedad no lograba animarse sino cuando se entablaba alguna seria discusión, y se quejaba de sentir « un pesado dolor en el cerebro » — un dolor físico, según acostumbraba á decir —, cuando se hallaba entre gentes que sólo hablaban de cosas insignificantes. Me aventajaba mucho en desarrollo intelectual, y me impulsaba hacia adelante, presentando nuevas cuestiones científicas y filosóficas, unas después de otras, y aconsejándome lo que debía leer ó estudiar. ¡Qué suerte ha sido para mí tener un hermano semejante! Un hermano que, además, me quería con delirio, y á quien debo la mayor parte de mi desarrollo intelectual.

Algunas veces solía aconsejarme que leyera poesías, y me enviaba con sus cartas muchos versos y poemas enteros que sabía de memoria. « Lee poesía », escribía; « ella hace á los hombres mejores ». ¡Cuántas veces, durante mi existencia, he podido apreciar la verdad de semejante afirmación! El era indudablemente poeta, y tenía una asombrosa facilidad para escribir versos muy armoniosos. Creo, en verdad, que fué una desgracia que abandonase la literatura; pero la reacción contra las artes que se despertó entre la juventud rusa en los primeros años que siguieron al sesenta, y que Turguéneff ha pintado en *Bazzaoff* (*Padres é hijos*), le indujo á mirar los versos con desprecio y á dedicarse por entero á las ciencias naturales. Debo manifestar, sin embargo, que mi poeta favorito no era ninguno de aquellos que su estro práctico, su oído delicado y sus inclinaciones filosóficas le hacían preferir. Su poeta ruso predilecto era Venevitinoff, mientras que el mío era Nekrasoff, cuyos versos se hallaban á menudo faltos de armonía, pero llenos de sentimiento á favor del explotado y oprimido.

« Uno debe proponerse algo durante su vida », me escribía una

vez. « Sin un objetivo, sin una aspiración, la vida nada representa ». Y me exhortaba á proponerme algo que valiera la pena de vivir. Era yo entonces demasiado joven para encontrar lo que me indicaba; pero algo « bueno », aunque vago é indeterminado, surgió á impulsos de tal llamamiento, por más que yo no pudiera, sin embargo, decir lo que ese « bien » llegaría á ser.

Nuestro padre nos daba poco dinero de que disponer, y jamás tuve lo suficiente para comprar un solo libro; pero como Alejandro recibiera algunos rublos de alguna tía, jamás gastaba lo más mínimo en divertirse, sino que compraba un libro y me lo remitía. No obstante, era opuesto á lecturas insípidas. « Siempre ha de tenerse algo que preguntar al libro que se va á leer », decía. Yo, sin embargo, no podía entonces dar á esa observación toda la importancia que merecía, y no puedo pensar ahora sin asombro en el gran número de libros, con frecuencia de un carácter especial, que leí sobre todas las materias, y en particular referentes á Historia. No perdí mi tiempo en leer novelas francesas, puesto que Alejandro, años antes, las había condenado á todas en esta sola sentencia: « Son estúpidas y de mal género ».

Los grandes problemas concernientes á la concepción que debíamos formar del universo — nuestro *Weltanschauung*, como dicen los alemanes, — eran, como es de suponer, el asunto dominante en nuestra correspondencia. En nuestra infancia nunca habíamos sido religiosos, pues aunque nos llevaban á la iglesia, en las rusas de las pequeñas parroquias y en los pueblos, la solemne actitud de los fieles es más impresionable que la mía misma. De todo lo que jamás oí en el templo, sólo dos cosas me afectaron: los doce pasajes tomados de los Evangelios, relativos á la pasión de Cristo, que se leen en Rusia en los oficios nocturnos del Jueves Santo, y la breve oración condenando el espíritu de dominación, que se recita durante la gran Cuaresma, la cual es verdaderamente hermosa, á causa de su sencillez, naturalidad y delicadeza de sentimientos. Pushkin la ha puesto en versos rusos.

Más adelante, en San Petersburgo, fuí varias veces á una iglesia católica; pero el carácter teatral del culto y la ausencia de todo sentimiento, me chocó, tanto más, cuanto vi allí con qué fe tan cándida, algún soldado polaco retirado ó alguna aldeana rezaban en algún apartado rincón. También fuí á una protestante; pero, al salir de ella, vieron, á pesar mío, á mi memoria estos versos de Goethe:

« Jamás levantaréis los corazones
si al vuestro no le alientan las pasiones ».

Alejandro, entre tanto, había abrazado con su natural entusiasmo la fe luterana, leído el libro de Michelet sobre Servetio, y construido para su uso particular una religión, tomando como tipo esa gran figura. Estudió con marcada predilección la declaración de Ausburgo, que copió y me remitió, viéndose ahora nuestras cartas llenas de discusiones sobre la gracia, y de textos de los apóstoles Pablo y Santiago. Aunque seguí á mi hermano por ese camino, las discusiones teológicas no llegaron á interesarme demasiado, y, desde que me repuse de la fiebre tifoidea, me dediqué á un género de lectura muy diferente.

Nuestra hermana Elena, que ahora estaba casada, se encontraba

en San Petersburgo, y todos los sábados por la noche iba yo á visitarla. Su marido tenía una buena biblioteca, en la que los filósofos franceses del siglo pasado y los historiadores modernos del mismo país se hallaban bien representados, y en ellos puede decirse que me sumergí; esos libros estaban prohibidos en Rusia, é indudablemente no se podían llevar al colegio, por cuya razón yo pasaba casi todas esas noches leyendo las obras de los enciclopedistas, el diccionario filosófico de Voltaire, los escritos de los estoicos, especialmente Marco Aurelio y otros. La infinita inmensidad del universo, la grandeza de la naturaleza, su poesía, su vida, que se manifiesta en todas partes, me impresionaban cada vez más, y esa vida incesante y armónica me produjo el éxtasis de admiración que la juventud acaricia, en tanto que mis poetas favoritos me ofrecían el modo de expresar en palabras ese naciente amor á la humanidad y fe en su progreso, que tan importante papel representan en la primavera de la vida, acompañando luego al hombre mientras dure aquélla.

Alejandro, entre tanto, había llegado gradualmente á un agnosticismo kantiano, y la «relatividad de las percepciones», «percepciones en tiempo y en espacio, ó tiempo sólo», y, así por el estilo otras ideas llenaban por completo nuestras cartas, cuya letra se hacía más y más microscópica á medida que la materia discutida crecía en importancia. Pero ni entonces ni después, cuando acostumbáramos á pasar horas y horas en discutir la filosofía de Kant, pudo mi hermano convertirme en un discípulo del filósofo de Königsberg.

Las ciencias naturales — esto es, matemáticas, física, química y astronomía — eran mis principales estudios. En el año 1858, antes de que Darwin hubiera dado á luz su inmortal libro, un profesor de zoología de la universidad de Moscou, llamado Roulier, publicó tres conferencias sobre transformismo, y mi hermano aceptó, desde luego, sus ideas respecto á la variabilidad de las especies. Pero no hallándose satisfecho, sin embargo, con pruebas solamente aproximadas, empezó á estudiar una serie de libros especiales que trataban de la herencia y lo que con ella se relaciona, comunicándome en sus cartas los hechos más culminantes, así como sus vacilaciones y sus ideas. La aparición de *El origen de las especies* no resolvió sus dudas sobre determinados puntos, sino que, provocando otras nuevas, le sirvió de estímulo para continuar sus estudios. Nosotros después discutimos — y esa discusión duró muchos años — varias cuestiones relativas al origen de las variaciones y sus probabilidades de ser transmitidas y acentuadas; en fin, esas cuestiones que han sido el tema, muy recientemente, de la controversia entre Weismann y Spencer, de las investigaciones de Galton y de las obras de los modernos Neo-Lamarckianos. Debido á sus buenas disposiciones críticas y filosóficas, Alejandro había notado, desde luego, la importancia fundamental de estas cuestiones para la teoría de la variabilidad de las especies, á pesar de que entonces todavía muchos naturalistas no les daban importancia.

Debo mencionar también una excursión temporal en el campo de la economía política. En los años 1858 y 1859 todo el mundo en Rusia hablaba de economía política: las conferencias sobre libre cambio y derechos fiscales atraían á grandes multitudes, y mi hermano, que

no estaba por completo absorto en lo que á la variabilidad de las especies se refería, tomó un vivo aunque pasajero interés en los asuntos económicos, mandándome, para que la leyera, la *Economía política*, de Juan Bautista Say. De ella sólo leí algunos capítulos: los aranceles y las operaciones bancarias no me interesaban lo más mínimo; pero Alejandro tomó esas cuestiones tan á pecho, que hasta llegó á escribir á nuestra madrastra, tratando de interesarla en el intricado laberinto de los derechos de Aduanas. Cuando después, en Siberia, leíamos algunas de las cartas de aquella época, nos reíamos de veras, al tropezar con alguna en la que él se quejaba de la incapacidad de nuestra madrastra, quien se mostraba indiferente ante cuestiones de tal transcendencia, y tronaba contra un especiero al que detuvo en la calle, «y quién, ¡lo creeréis! — decía entre signos de admiración —, ¡á pesar de ser un comerciante, afectaba una estúpida indiferencia por las cuestiones arancelarias!»

* * *

Todos los veranos llevaban como una mitad de los pajes á un campamento en Peterhof: de esto se dispensaba á las últimas clases, y yo pasé los dos primeros veranos en Nikolskoye. El salir de la escuela, el tomar el tren para Moscou, y encontrar allí á Alejandro, eran cosas tan halagueñas para mí, que nunca dejaba de contar los días que había que pasar hasta llegar al momento deseado. Pero en una ocasión me aguardaba en Moscou una desagradable sorpresa: Alejandro no había sido aprobado en los exámenes, y tenía que pasar otro año en la misma clase. Verdaderamente era demasiado joven para entrar en las clases especiales; pero nuestro padre, sin embargo, se incomodó con él y no consintió que nos viéramos. Eso me entristeció sobre manera: ya habíamos dejado de ser niños y teníamos un fin de cosas que contarnos. Intenté obtener permiso para ir á casa de nuestra tía Sulima, donde tal vez hubiera podido ver á Alejandro; pero se me negó en absoluto. Desde que nuestro padre se volvió á casar nunca se nos permitía ver á nuestros parientes maternos.

Aquella primavera nuestra casa de Moscou estaba llena de invitados. Todas las noches los salones de recepción se inundaban de luz, la música tocaba, el repostero no paraba de hacer helados y pastas, y en el gran salón se jugaba á los naipes hasta bien entrada la noche. Yo vagaba sin objeto á través de aquellas salas tan brillantemente iluminadas, y me sentía disgustado.

Una noche, después de las diez, un criado me llamó por señas, diciéndome después que saliera al patio. Fui allí, y el antiguo mayordomo Frol me dijo á media voz: «Ven á la casa de los cocheros; Alejandro Alexeievich está aquí».

Atravesé el patio corriendo y subí volando el tramo de escalera que conduce á la habitación referida, entrando en un amplio local alumbrado por una luz incierta, donde, sentado junto á la gran mesa de comedor de los criados, vi á Alejandro.

— Querido Sasha, ¿como has venido? — le dije —; y en el acto nos abrazamos fuertemente sin poder articular palabra; de tal modo nos hallábamos emocionados.

— ¡Vamos, vamos! que pudieran oiros — dijo la cocinera de la servidumbre, Praskovia, enjugándose las lágrimas con su delantal, y agregando después: «¡Pobres huérfanos! ¡Si al menos viviera vuestra madre!»

El viejo Frol permanecía de pie con la cabeza inclinada y también con los ojos humedecidos.

— Mira Petya, ni una palabra á nadie, á ninguno — dijo, en tanto que Praskovia puso en la mesa un jarro de barro, lleno de caldo para Alejandro.

El, rebosando salud, bajo su uniforme de cadete, ya había empezado á hablar de un sin fin de cosas, bebiéndose al mismo tiempo lo que el jarro contenía. Apenas pude conseguir que me refiriera cómo había podido venir á hora tan avanzada. Nosotros vivíamos entonces cerca del boulevard Smolensky, muy próximo á la casa donde murió nuestra madre, y la escuela de cadetes se encontraba en la parte opuesta de los alrededores de la ciudad, á ocho kilómetros, por lo menos, de distancia.

Había hecho un bulto con las ropas de la cama y lo había colocado bajo las sábanas, después se fué á la torre, se descolgó por una ventana, salió sin que se apercibieran, y vino andando todo el camino.

— ¿No tenías miedo de noche en los campos desiertos que rodean al colegio? — le pregunté. — A lo cual contestó: — ¿Qué tenía que temer? Sólo los perros me embestían; verdad que yo mismo los achuchaba: mañana no me vendré sin la espada.

Los cocheros y otros sirvientes entraban y salían; suspiraban al vernos, y se sentaban algo distanciados de nosotros hablando á media voz para no molestarnos; mientras que nosotros dos, con los brazos entrelazados, estuvimos allí sentados hasta la media noche, hablando de las nebulosas y de la hipótesis de Laplace, de la estructura de la materia, las luchas del papado bajo Bonifacio VIII con el poder imperial, y otras cosas por el estilo.

De cuando en cuando, alguno de los criados entraba precipitadamente diciendo: «Petinka, ve á que te vean en el salón; están en movimiento y pudieran preguntar por ti».

Le supliqué á Sasha que no volviera á la noche siguiente; pero, sin embargo, vino, no sin haber tenido antes una ligera escaramuza con los perros, contra los cuales había hecho uso de la espada. Cuando, más temprano que el día anterior, me llamaron para ir á la casa de los cocheros, acudí presuroso. Alejandro había hecho parte del camino en carruaje: la noche antes, uno de los criados le trajo lo que le habían dado los jugadores, suplicándole que lo aceptara; él tomó lo preciso para alquilar un coche, y de ese modo pudo venir antes de la hora en que lo efectuó en la primera visita.

Pensaba volver también á la noche siguiente; pero había motivos para temer pudiera ser peligroso para los sirvientes, y decidimos despedirnos hasta el otoño: una pequeña nota «oficial» me dió á conocer al siguiente día que sus salidas nocturnas habían pasado inadvertidas. ¡Qué terrible hubiera sido el castigo, si se llegan á descubrir! Horroriza pensar en ello: azotado ante el cuerpo, hasta ser conducido en una manta sin conocimiento, y después degradado y enviado á un batallón de hijos de soldados; todo era posible en aquel tiempo.

Lo que los criados hubiesen sufrido por habernos ocultado, si la noticia llega á oídos de nuestro padre, hubiera sido igualmente espantoso; pero ellos sabían guardar el secreto y no delatarse unos á otros. Todos tuvieron conocimiento de las visitas de Alejandro; pero ninguno dijo ni una palabra á la familia: ellos y yo éramos los únicos de la casa que teníamos conocimiento del hecho.

IV.

Aquel mismo año di mis primeros pasos como investigador de la vida del pueblo, lo que me aproximó á nuestros labriegos, permitiéndome verlos bajo un aspecto distinto, y más tarde me fué de gran utilidad en Siberia.

Todos los años, en Julio, en el día de la Santa Virgen de Kazan, que era la patrona del pueblo, se celebraba una feria muy regular en Nikolskoye. Acudían vendedores de todas las poblaciones inmediatas, y muchos miles de aldeanos venían hasta de diez leguas á la redonda, dando á nuestro pueblo, durante un par de días, un aspecto muy animado. Una notable descripción de las ferias de pueblos del Sur de Rusia se había publicado aquel año por la Slavophile Aksakoff, y mi hermano, que se hallaba entonces en la cúspide de su entusiasmo económico-político, me aconsejó hiciera un trabajo análogo respecto á nuestra feria, acompañado de datos estadísticos, incluyendo en éstos las cantidades de artículos entrados y salidos. Seguí sus indicaciones, y, con gran sorpresa mía, vi que obtuve un feliz resultado; mis apreciaciones y datos no eran menos dignos de crédito, según lo que he podido ver después, que los de la misma índole que se encuentran en las obras de estadística.

Nuestra feria sólo duraba un poco más de veinticuatro horas. La víspera, el gran espacio libre donde aquella se efectuaba se encontraba lleno de vida y animación. Largas filas de mostradores, destinados á la venta de telas de algodón, cintas y adornos de todas clases, de los que usan las aldeanas, se levantaban por doquiera. El restaurant, que era un edificio construído de piedra, se cubría de mesas, sillas y bancos, y su suelo se alfombraba de menuda arena. Aparecían tres tabernas, á cuyas puertas ramas de retama recién cortadas, colocadas en lo alto de un palo que se elevaba á mucha altura, servían para llamar desde lejos la atención de los campesinos. Hilera tras hilera de mostradores más pequeños, destinados á la venta de loza, calzado, objetos de piedra, pan de jengibre y toda clase de menudencias surgían como por encanto, mientras que en un lugar determinado del terreno se hacían excavaciones para colocar inmensos calderos, en los que se hervían el mijo y otras semillas por fanegas y carneros enteros, para proporcionar á los miles de visitantes *schí* y *kasha* (sopas y caldos). Por la tarde, los cuatro caminos que conducían á la feria se hallaban bloqueados por centenares de carros y carretas, y pilas de cacharrería, barricas de brea, granos y ganado, se presentaban á la venta á ambos lados de aquéllos.

Esa noche se celebraba en nuestra iglesia el servicio religioso con gran solemnidad. Los curas de los pueblos inmediatos tomaban parte

en él, y sus sochantres, reforzados por algunos jóvenes forasteros, cantaban en el coro con tal arte como pudiera hacerse en una catedral. La iglesia estaba completamente llena, y las gentes oraban con fervor; los feriantes rivalizaban entre sí en cuanto al número y dimensiones de las velas de cera que encendían ante los altares, como ofrendas á los santos de la localidad, interesándolos en el buen éxito de su empresa; y como la concurrencia era tan grande que no permitía á los que se hallaban á lo último de la iglesia llegar hasta el altar, desde allí se enviaban, haciéndolos pasar de mano en mano, velas y cirios de todas clases, blancos y amarillos, chicos y grandes, según la posición del que los ofrecía, diciendo al mismo tiempo: «Para la Santa Virgen de Kazan, nuestra patrona; para San Nicolás el milagroso; para San Frol y San Saur» (los santos de los caballos, lo cual procedía de los que tenían esos animales de venta); ó simplemente «para los santos», sin meterse en más rodeos.

Una vez terminada la función religiosa, empezaba la anteferia, y era llegado el momento de que me dedicara por completo á mi misión de preguntar á centenares de personas por el valor de los artículos que traían. Y, con gran sorpresa mía, salí del paso sin dificultad. Por supuesto, que también á mí me hacían algunas preguntas: «¿Por qué hacéis esto?» «¿No será para el viejo príncipe, quien tal vez pretenda subir los derechos del mercado?» Pero la seguridad de que el viejo príncipe no sabía ni quería saber nada sobre el particular (él lo hubiera considerado como una ocupación poco digna), desvanecía, desde luego, todas las dudas. Pronto aprendí el mejor modo de interrogar, y después de tomar seis tazas de té en el restaurant con algún feriante (¡qué horror; si mi padre lo hubiera sabido!), todo marchaba á pedir de boca. Vasily Juanoff, el corregidor de Nikolskoye, un aldeano de aspecto arrogante, de rostro simpático é inteligente y hermosa barba rubia, se interesó por mi trabajo. «Si te conviene para tus estudios, realizalo; después nos dirás la ventaja que te ha aportado», fué su conclusión, y le dijo á la gente «que no había mal en ello».

En una palabra, lo importado se determinó con facilidad; pero al siguiente día las ventas ofrecieron algunas dificultades, en particular en los vendedores de géneros, quienes ni ellos mismos sabían aún lo que habían vendido. El día de la feria las jóvenes aldeanas invadían las tiendas por completo; después de vender cada una la tela que ella misma había tejido, procuraba comprar algún algodón estampado y un buen pañuelo para ella, otro de color para su marido, tal vez algún encaje, una ó dos cintas y una multitud de menudencias para la abuela, el abuelo y los niños que habían quedado en casa. En cuanto á los que vendían loza, bollos de jengibre, ganado ó cáñamo, desde luego manifestaban lo realizado, especialmente las mujeres de edad. «¿Se ha hecho buen negocio, abuelita?», solía yo preguntar, y ella respondía: «No tengo motivo de queja, hijo mío. ¡Por qué había de ofender á Dios! Casi todo se ha vendido». Y con todas esas insignificancias se formaron cantidades importantes en mi libro de Memorias. Un punto quedaba por resolver: había un gran espacio destinado á muchos centenares de aldeanas que, expuestas á los ardientes rayos del sol, ofrecía cada una un pedazo de tela tejida por ella misma, algunos de verdadero mérito.

Bastantes compradores, con caras de gitanos y miradas de tiburón, circulaban entre la multitud haciendo adquisiciones. De estas ventas sólo se pudo hacer un cálculo aproximado.

En aquel tiempo no reflexioné sobre el alcance de este trabajo; su buen resultado me bastaba para estar satisfecho. Pero el verdadero buen sentido y recto criterio del campesino ruso, de que fui testigo durante ese par de días, dejaron en mi ánimo una impresión profunda. Más adelante, cuando propagábamos las doctrinas socialistas entre los agricultores, me maravillaba que algunos de mis amigos, que al parecer habían recibido una educación más democrática que yo, no supieran hablar á los aldeanos ó á los trabajadores de las fábricas de los distritos rurales. Procuraban imitar el modo de expresarse de la gente de campo, introduciendo en su lenguaje una profusión de las llamadas «frases populares», pero el resultado era negativo.

Nada de eso se necesita para comunicarse con ellos, ya sea por palabra ó por escrito. El campesino ruso entiende perfectamente el lenguaje del hombre ilustrado, con tal de que no se halle impregnado de voces tomadas de idioma extranjero. Lo que él no comprende es la noción abstracta, cuando no va acompañada de ejemplos concretos. Pero yo sé por experiencia que, si se le habla al labriego ruso con claridad, partiendo de hechos concretos — y otro tanto puede decirse de los aldeanos de todas las naciones —, no hay generalización que, partiendo del campo de la ciencia social ó natural, no se pueda poner al alcance de un hombre de una inteligencia corriente, si el que la expone la ha comprendido bien. La principal diferencia entre el hombre educado y el que no lo es, puede decirse que no es otra sino la imposibilidad en que se halla el último de seguir una serie de conclusiones. Se hace cargo de la primera y tal vez de la segunda; pero á la tercera se encuentra fatigado si no ve claramente el punto hacia el cual el que habla se dirige. Mas tal dificultad se presenta á menudo, también, aun tratándose de personas cultas.

Una impresión más saqué de aquel trabajo de mi juventud, impresión que no formulé sino después, y que probablemente sorprenderá á muchos lectores. Me refiero al espíritu de igualdad, que está altamente desarrollado en el campesino ruso, y en verdad en la población rural de todas partes. El aldeano ruso es capaz de demostrar una obediencia servil al señor territorial ó al agente de palacio; se inclinará ante su voluntad de un modo expresivo; pero no los considerará como hombres superiores; y si poco después el uno ó el otro le habla del heno ó de otra cosa por el estilo, le contestará como de igual á igual. Jamás vi en el campesino ruso ese servilismo, convertido en una segunda naturaleza, con que un empleado de poca categoría le habla á otro de más elevado rango, ó un lacayo á su amo. Es verdad que se somete á la fuerza fácilmente; pero no le rinde culto.

Aquel año volví de Nikolskoye á Moscou de una nueva manera. No existiendo entonces ferrocarril entre Kaluya y Moscou, había un hombre, llamado Buck, que mantenía en comunicación á las dos po-

blaciones por medio de unos coches de mala muerte. La familia nunca pensó hacer uso de ellos teniendo su tren propio; pero, cuando mi padre, á fin de ahorrarle á mi madrastra un viaje de ida y vuelta, me propuso, medio en chanza, que fuera solo en uno de esos vehículos, acepté con placer el ofrecimiento.

La mujer de un traficante, ya de edad y muy gruesa, y yo ocupábamos los asientos posteriores, y un artesano, al parecer, en los anteriores, éramos los únicos viajeros. Por el camino fui muy divertido; primero, por viajar solo (aún no tenía los dieciséis años), y después, porque la mujer referida, que había traído para un viaje de tres días una cesta colosal llena de provisiones, me obsequió mucho, ofreciéndome de todo. Los detalles de las jornadas fueron deliciosos. Lo ocurrido una tarde especialmente, permanece vivo en mi memoria: llegamos á uno de los pueblos grandes y paramos en una posada. La compañera de viaje pidió una habitación para ella, y yo me salí á la calle caminando á la ventura. Una « casita blanca », en la que se servía de comer, pero no bebidas alcohólicas, llamó mi atención y entré en ella. Muchos aldeanos, sentados en torno de pequeñas mesas cubiertas de blancas servilletas, tomaban el te; yo seguí su ejemplo.

Allí todo resultaba nuevo para mí. Era un pueblo de campesinos de la Corona, esto es, gentes que no habían sido siervos y disfrutaban de un relativo bienestar, tal vez debido al tejido á mano que cultivaban como industria doméstica. Conversaciones serias y reposadas, interrumpidas aquí y allá por franca risa, se mantenían entre los concurrentes, y después de las fórmulas de introducción usuales, pronto me vi enredado en una conversación con una docena de aldeanos sobre el estado de la cosecha en nuestro terreno y otro sin fin de cosas. Deseaban saber todo lo referente á San Petersburgo, y particularmente lo relativo al rumor de la abolición de la servidumbre. Un sentimiento de amor hacia la sencillez y las relaciones naturales de igualdad, así como la buena voluntad y simpatía que he sentido siempre después al hallarme entre los aldeanos ó en sus casas, se despertaron en mí en aquella casa de comidas. Nada extraordinario ocurrió en esa noche, así que, hasta pongo en duda que el incidente sea digno de mención, y, sin embargo, aquella noche calurosa y oscura en el pueblo, aquella pequeña posada, aquella conversación de los campesinos y el vivo interés que demostraron por un sin fin de cosas que se hallaban mucho más allá de lo que constituía el objeto corriente de sus preocupaciones, han hecho dicha pobre casita blanca más atractiva para mí, desde entonces, que el mejor restaurant del mundo.

V.

Tiempos tormentosos vinieron para nuestra escuela. Cuando Girardot fué reemplazado, su puesto lo ocupó uno de nuestros oficiales, el capitán B. Era más bien de buen carácter, que de malo; pero se le metió en la cabeza que no era tratado por nosotros con el respeto correspondiente á la alta posición que ahora ocupaba, é intentó imponernos mayor consideración hacia él. Empezó cuestionando por todo con la clase primera, y — lo que en nuestra opinión era aún peor — intentó destruir

nuestras « libertades », cuyo origen se perdía en « la noche de los tiempos », y que insignificantes en sí, eran, tal vez por eso mismo, más apreciadas por nosotros.

El resultado de esto fué, que durante varios días la escuela estuvo en completa rebelión, que terminó en castigos generales, y en la expulsión del cuerpo de dos de los pajes favoritos.

Luego el referido capitán empezó á intervenir en la hora que pasábamos todas las mañanas en la clase preparando nuestras lecciones antes de que llegaran los profesores. Allí nos considerábamos bajo la autoridad de éstos y no de los militares, por lo cual aquello nos causó mucho disgusto; y un día yo expresé en alta voz nuestro descontento, diciéndole que aquel puesto era el del inspector de las clases, no el suyo. Aquella franqueza me costó varias semanas de arresto, y tal vez hubiera sido expulsado de la escuela, á no haber sido porque el mismo inspector, su ayudante, y hasta nuestro viejo director, juzgaron que, después de todo, yo no había hecho más que decir con la boca lo que ellos se decían con el pensamiento.

No bien terminados estos trastornos, la muerte de la emperatriz, viuda de Nicolás I, interrumpió de nuevo nuestro trabajo.

El entierro de las testas coronadas se arregla siempre de tal modo, que impresione profundamente á las masas. El cadáver de la emperatriz fué traído desde Zarkoye Seló, donde había muerto, á San Petersburgo, y aquí, seguido de la familia imperial, todos los altos dignatarios del Estado y muchos miles de funcionarios y corporaciones, y precedido de centenares de curas y coristas, se condujo desde la estación del ferrocarril, á través de las calles principales, á la fortaleza, donde tenía que estar de cuerpo presente varias semanas. Cien mil hombres de la guardia habían sido colocados á lo largo de la carrera y miles de personas, vestidas con los más vistosos uniformes, precedían, acompañaban y seguían al féretro, formando solemne procesión. En todos los cruces de calles importantes se entonaban responsos; y entonces, el doblar de las campanas en las torres de las iglesias, las voces de los vastos coros, y los acordes de las bandas militares se unían de modo bien impresivo, como para hacer creer á las gentes que la inmensa multitud se hallaba verdaderamente de duelo por la pérdida de la emperatriz.

Todo el tiempo que el cadáver estaba de cuerpo presente en la iglesia de la fortaleza, los pajes, entre otros, tenían que dar una guardia de honor noche y día: tres de éstos y tres damas de honor se hallaban siempre cerca del ataúd, que estaba colocado sobre un alto catafalco, en tanto que unos veinte pajes se encontraban estacionados en el coro, en el cual se cantaban letaniás, dos veces al día, en presencia del emperador y toda su familia. En su consecuencia, todas las semanas iban alternativamente á la fortaleza, donde permanecían alojados, una mitad del cuerpo: se nos relevaba cada dos horas, y durante el día el servicio no era muy penoso; pero cuando tenía que levantarme de noche, ponerme el uniforme de gala, y dirigirme después caminando por los pasajes oscuros é internos de la fortaleza, hasta llegar á la iglesia, acompañado por el lúgubre tañir de las campanas, sentía un ligero escalofrío al pensar en los presos que se hallaban sepultados entre los

muros de esta Bastilla rusa: « ¡quién sabe — me decía yo —, si á mi vez no llegaré también á ser uno de ellos algún día! »

* * *

Los funerales no terminaron sin un incidente, que pudo haber tenido serias consecuencias. Un inmenso dosel se había erigido bajo la cúpula del templo, sobre el ataúd. Una gran corona dorada le servía de remate, y de ella partía un descomunal manto de púrpura, forrado de armiño, dirigido hacia las cuatro gruesas pilastras que sostenían aquélla. El aspecto de éste impresionaba; pero nosotros los muchachos, pronto descubrimos que la corona era de cartón dorado y de madera; el manto, sólo de terciopelo en su parte inferior, mientras que más arriba, únicamente se encontraba algodón encarnado; y el forro de armiño no era más que una franelilla ó bayeta de algodón, á la que se habían cosido colas de ardillas negras; los escudos que representaban las armas de Rusia, velados por un crespón negro, eran sencillamente de cartón. Pero las muchedumbres, á las que se permitía á ciertas horas de la noche pasar ante el féretro y besar precipitadamente el paño de brocado que lo cubría, es indudable que no tenían tiempo para examinar detenidamente el armiño de franela ó los escudos de cartón; y el efecto teatral se obtenía, aun por esos medios tan económicos.

Cuando se canta una letanía en Rusia, todos los presentes tienen velas de cera encendidas, que deben apagarse después de leídas determinadas oraciones. La familia imperial hacía otro tanto, y un día, el hijo menor del Gran Duque Constantino, al ver que los otros apagaban sus velas volviendo lo de arriba abajo, hizo lo mismo. La gasa negra que caía de un escudo, á su espalda, se incendió, y en un segundo, el escudo y la tela de algodón estaban ardiendo: una inmensa lengua de fuego subía por los pesados pliegues del supuesto manto de armiño.

El servicio religioso se suspendió: todas las miradas se dirigían con terror hacia la lengua de fuego, que seguía más y más avanzando, en dirección á la corona de cartón y la armadura de madera que sostenía todo aquello; empezando á caer pedacitos de tela encendida, que amenazaban prender fuego á los velos negros de las señoras.

Alejandro II sólo perdió la serenidad un momento; pero se repuso en seguida y dijo con voz no alterada: « ¡hay que quitar el ataúd! » Los pajes de cámara lo cubrieron con el grueso brocado de oro, y todos avanzamos para levantarlo; pero al mismo tiempo la gran lengua de fuego se había dividido en muchas pequeñas, que ahora sólo devoraban lentamente la pelusa externa del algodón, y encontrando cada vez más polvo acumulado en la parte superior del dosel, vinieron á morir gradualmente entre sus pliegues.

No puedo decir qué es lo que más cautivaba mi atención: si era el fuego que se extendía, ó las figuras esbeltas y majestuosas de las tres señoras que se encontraban al lado del féretro, tendidas las largas colas de sus negros vestidos sobre los escalones que conducían á la plataforma superior, y sus velos de blondas pendientes de sus hombros. Ninguna había hecho el menor movimiento: parecían tres hermosas imágenes de talla. Sólo en los negros ojos de una de ellas, la señorita

Gamaleya, brillaban las lágrimas cual perlas: era hija del Sur de Rusia, y la única verdaderamente hermosa entre las damas de honor de la corte.

En la escuela, todo andaba trastornado: las clases estaban interrumpidas; aquellos de nosotros que volvían de la fortaleza eran alojados en departamentos provisionales, y no teniendo nada que hacer, pasaban todo el día inventando infinitas diabluras. En una de ellas, conseguimos abrir una caja de cartón que contenía una espléndida colección de modelos de animales de todas clases, para la enseñanza de la Historia natural: ese, al menos, era su objeto oficial; pero jamás ni aun nos la habían mostrado; y ahora que se hallaba en nuestro poder, nos servíamos de ella á nuestro gusto. Con una calavera humana que estaba en la colección, hicimos un fantasma para asustar á los otros compañeros y á los oficiales por la noche. En cuanto á los animales, los colocamos en las más ridículas y extrañas posiciones: monos montados en leones, carneros jugando con leopardos, la girafa bailando con el elefante, y otras cosas por el estilo. Lo peor de todo fué que, algunos días después, uno de los príncipes prusianos, que había venido á asistir á las honras fúnebres (fué, según creo, el que más tarde vino á ser el emperador Federico), visitó el Cuerpo, y se le mostró todo lo concerniente á nuestra educación. Nuestro director no dejó de alabarse de los muchos elementos de enseñanza que teníamos y presentó á su huésped la infortunada caja de cartón. Cuando el príncipe alemán echó una ojeada á nuestra clasificación zoológica, puso muy mala cara y se volvió para otro lado: el director se horrorizó; perdió el uso de la palabra, y no hacía más que señalar repetidas veces con la mano á algunas estrellas de mar que, colocadas en cajas de cristal, pendían de las paredes. El acompañamiento del príncipe aparentó no haber notado nada, echando sólo miradas furtivas á la causa de tal perturbación; mientras que, nosotros, los niños traviesos, hacíamos toda clase de muecas para no soltar la carcajada.

VI.

Los años de colegio de un joven ruso son tan diferentes del período correspondiente en las escuelas del Occidente europeo, que debo insistir más aún sobre mi vida de estudiante. Los jóvenes rusos, por regla general, aun cuando estén todavía en un liceo ó en una escuela militar, se interesan ampliamente en cuestiones sociales, políticas y filosóficas. Verdad es que el cuerpo de pajes era de todos los colegios el menos adecuado para tales empresas: pero en aquellos años de renacimiento general, las nuevas ideas penetraron aun hasta allí, conquistándonos á algunos, sin que por eso nos impidieran tomar parte activa en las bromas y juegos propios de nuestra edad.

Estando ya en la clase cuarta, me aficioné á la Historia, y con el auxilio de notas tomadas durante la lección y leyendo todo lo posible, llegué á escribir un curso completo de la primera parte de la historia medioeval, para mi uso particular. Al año siguiente, la lucha entre el Papa Bonifacio VIII y el poder imperial llamó especialmente mi atención, y con tal motivo ambicioné el ser admitido como lector en la Bi-

biblioteca Imperial, para poder estudiar tan notable acontecimiento. Pero como esto era contrario al reglamento de la Biblioteca, no admitiéndose á los alumnos de escuelas secundarias, fué necesario que nuestro bueno Herz Becker consiguiera vencer la dificultad, para que yo pudiera, al fin, entrar en el santuario, y tomar asiento, ante una de las pequeñas mesitas destinadas al público, en una de las butacas de terciopelo rojo que entonces formaban parte del mobiliario del salón de lectura.

Gracias á varios libros de texto de allí y algunos de nuestra propia Biblioteca, pronto di con lo que buscaba. A pesar de no saber latín, descubrí, sin embargo, un rico manantial de trabajos originales en el teutón y el francés antiguos, encontrando un inmenso placer estético en la belleza de estructura y expresión del francés antiguo de las crónicas. Toda una nueva composición de la sociedad y todo un mundo de complicadas relaciones se abrieron ante mis ojos; y desde entonces aprendí á apreciar más altamente las fuentes originales de la Historia que las obras de generalizaciones modernizadas, en las que los prejuicios de la política moderna, y aun hasta las meras fórmulas corrientes substituyen á menudo la verdadera vida del periodo. No hay nada que dé tanto ímpetu al propio desarrollo intelectual como una investigación independiente de cualquiera clase que sea, y estos estudios míos me fueron más tarde de mucha utilidad.

Desgraciadamente tuve que abandonarlos cuando llegamos á la clase segunda (la penúltima). Los pajes tenían que estudiar durante los dos últimos años casi todo lo que se enseñaba en otros colegios militares en tres, y el trabajo que había que hacer para la escuela era muy extenso. Las ciencias naturales, las matemáticas y las ciencias militares habían de relegar forzosamente la Historia á un segundo término.

* * *

En la clase segunda empezamos á estudiar formalmente física: teníamos un excelente maestro, hombre muy inteligente y de carácter jovial, enemigo de que se aprendiera de memoria, y que consiguió el hacernos *pensar*, en vez de aprender meramente á conocer los hechos. Era un buen matemático, y nos enseñó física, tomando como base las matemáticas, explicando magistralmente al mismo tiempo las ideas fundamentales de la investigación científica y de los aparatos de física. Algunas de sus preguntas eran tan originales y tan buenas sus explicaciones, que ellas quedaron grabadas para siempre en mi memoria.

Nuestro libro de texto de física no era malo (la mayoría de los de su clase para las escuelas militares habían sido escritos por los hombres más notables de la época); pero se había quedado algo anticuado, y nuestro profesor, que le gustaba seguir su sistema particular, empezó á preparar un breve sumario de sus lecciones: una especie de *aide-mémoire*. Sin embargo, á las pocas semanas se arregló la cosa de tal modo, que ese trabajo recayó sobre mí, y nuestro maestro, procediendo como buen pedagogo, depositó en mí tal confianza, que se limitaba á leer las pruebas. Cuando llegamos á los capítulos sobre el calor, la electricidad y el magnetismo, hubo necesidad de escribirlos enteramente

de nuevo, con más amplitud, lo cual hice, preparando así, casi por completo, un libro de texto de física que se imprimió para uso de la escuela.

También en esta clase empezamos á estudiar química, y en esto tuvimos igualmente un maestro de primera; un amante apasionado de la ciencia, quien había personalmente hecho investigaciones originales de valor.

Los años 1859-61 lo fueron de renacimiento universal, de predilección por las ciencias exactas; Grave, Clausius, Joule y Seguin, mostraron que el calor y todas las fuerzas físicas no son más que diversas formas del movimiento; Helmholtz empezó por entonces sus investigaciones, que forman época respecto al sonido; Tyndall, en sus conferencias populares, hace que uno toque, si tal puede decirse, los átomos y las moléculas mismas. Gerhardt y Avogadro introdujeron la teoría de las substituciones, y Mendeléeff, Soltrar Meyer y Necolund descubrieron las leyes periódicas de los elementos; Darwin, con su *Origen de las especies*, revolucionó todas las ciencias biológicas; en tanto que Karl Voigt y Moldchott, siguiendo á Claudio Bernard, sentaron las bases de la verdadera psicología en fisiología. Era una época de renacimiento científico, y la corriente que arrastraba las inteligencias hacia las ciencias naturales era irresistible. Muchos libros excelentes se publicaron en aquella época, traducidos al ruso, y pronto comprendí que cualesquiera que fueran los estudios posteriores á que uno se dedicase, un conocimiento completo de las ciencias naturales, y el hallarse familiarizado con sus métodos, debían ser el punto de partida. Cinco ó seis de nosotros nos unimos para hacernos de cualquier clase de laboratorio. Con los aparatos elementales recomendados para los principiantes en el excelente libro de texto de Stockhardt, inauguramos nuestro laboratorio en un pequeño dormitorio de dos de nuestros compañeros, los hermanos Zasetky; su padre, un antiguo almirante retirado, se complacía en ver á sus hijos ocupados en tan útil empresa, y no se oponía á que nos reuniéramos los domingos, y durante las vacaciones, en aquella habitación, al lado mismo de su estudio. Con el referido libro por guía, hicimos sistemáticamente toda clase de experimentos; debo decir que una vez casi incendiábamos toda la casa, y que más de una envenenamos todas las habitaciones con clorina y otras drogas parecidas. Pero el viejo marino, cuando relatamos la aventura durante la comida, no se incomodó por eso y nos contó que también él, en unión de varios compañeros, por poco no quemaran una casa entretenidos en la menos provechosa ocupación de hacer un ponche; mientras que la madre, por su parte, se contentó con decir, en los momentos que la dejaba libre la tos: «Pero si para aprender tenéis necesidad de manejar esas cosas que huelen tan mal, ¡qué le hemos de hacer!»

Después de comer solía sentarse ella al piano, y hasta ya tarde pasábamos la noche cantando dúos, tercetos y coros de las óperas, ó bien tomábamos la partitura de una de ellas, ya fuera rusa ó italiana, y la dábamos un repaso desde el principio al fin, haciendo la madre y la hija de triples, mientras que nosotros, mejor ó peor, ejecutábamos todo lo restante. Así la química y la música iban mano á mano.

* * *

El estudio de la matemática superior absorbía gran parte de mi tiempo. Varios de nosotros habíamos ya decidido el no entrar en un regimiento de la guardia, en los que se empleaba todo el tiempo en ejercicios y paradas, sino ingresar, una vez promovidos á oficiales, en una de las academias militares, artillería ó ingenieros, á cuyo fin tuvimos que prepararnos en trigonometría, cálculo diferencial y el principio del cálculo integral, para lo cual teníamos repases particulares. Al par de esto, como se nos enseñara astronomía elemental, bajo el nombre de geografía matemática, me sumergí en lecturas astronómicas, especialmente el último año de mi estancia en el colegio. La vida incesante del universo, que yo concebía como *vida* y evolución, vino á ser para mí una fuente inagotable de elevados pensamientos prácticos, y gradualmente el concepto de la unidad del hombre con la materia, tanto animada como inanimada; esto es, la poesía de la Naturaleza vino á ser la filosofía que dominó toda mi existencia.

Si los estudios de nuestro colegio se hubieran limitado á las materias referidas, no nos hubiese sobrado el tiempo, seguramente; pero, además, teníamos que aprender historia, leyes, esto es, las líneas principales del código ruso, y economía política en sus principios esenciales, incluyendo un curso de estadística comparada. También necesitábamos dominar formidables cursos de ciencia militar, tácticas, historia militar (las campañas de 1812 y 1815 en todos sus detalles), artillería y fortificación de campaña. Volviendo ahora la vista á semejante programa de estudios, creo que, aparte lo referente á la cuestión militar, que podía ventajosamente haber sido reemplazado por trabajos más completos en las ciencias exactas, la variedad de materias que se nos enseñaba, no traspasaba los límites de lo que puede aprender un joven de una capacidad corriente. Debido á un regular conocimiento de matemática elemental y física, que adquirimos en las clases inferiores, la mayoría de nosotros podía con el trabajo. En algo nos descuidábamos un poco, especialmente en lo forense, así como en historia moderna, para la cual, desgraciadamente, teníamos un maestro ya inutilizado por los años, á quien solo se conservaba en su puesto para que pudiera tener opción á todo su retiro. Hay que advertir que se nos daba cierta amplitud en la elección de los asuntos que más nos agradaban, apretándonos bien en sus exámenes; en tanto que, respecto á las otras materias, se nos trataba con benignidad. Sin embargo, la causa principal del buen éxito relativo alcanzado en la escuela, era debido á que se enseñaba del modo más concreto posible. Tan pronto como aprendíamos la geometría elemental en el papel, íbamos á aprenderla al campo con postes y la cadena del agrimensor, y más tarde con la plancheta, la brújula y demás aparatos. Después de tan concreta instrucción, la astronomía elemental no ofrecía dificultad alguna, mientras que el trabajo en sí era un manantial inagotable de entretenimiento.

El mismo sistema de enseñanza concreta se aplicaba á la fortificación. En el invierno se resolvían problemas, como, por ejemplo, el siguiente: Teniendo mil hombres y quince días á vuestra disposición,

construir la mejor fortificación posible, para proteger un puente que ha de servir á un ejército en retirada; discutiendo acaloradamente con el maestro, cada uno en defensa de su proyecto, cuando aquél se permitía criticarlo. En el verano poníamos nuestro conocimiento en práctica. A estos ejercicios campestres atribuyo la facilidad con que la mayoría de nosotros llegamos á dominar tal variedad de materias científicas á la edad de diecisiete ó dieciocho años.

* * *

A pesar de todo esto teníamos bastante tiempo libre para juegos y distracciones; cuando mejor lo pasábamos, era al terminarse los exámenes, que nos dejaban tres ó cuatro semanas en completa libertad, antes de ir al campamento, ó á la vuelta de éste, en cuya época nos daban también tres semanas libres, antes de empezar el curso.

A los pocos que entonces quedaban en el colegio se les permitía, durante las vacaciones, entrar y salir á voluntad, teniendo siempre allí cama y comida. Yo trabajaba en la biblioteca ó visitaba la galería de pintura del Ermitaño, estudiando uno por uno, separadamente, los mejores cuadros de cada escuela, ó bien iba á las fábricas de naipes, algodón, hierro, loza y cristal del Estado que están abiertas al público. Otras veces nos daba por irnos á remar al Neva, pasando toda la noche en el río, y otras en el Golfo de Finlandia con los pescadores. Noches melancólicas del Norte, durante las cuales la luz de la aurora viene á mezclarse con los últimos resplandores del crepúsculo de la tarde, y es posible leer un libro al aire libre á media noche: para todo esto hallábamos tiempo de sobra.

Después de mis visitas á las fábricas, me aficioné á la grande y perfecta maquinaria. Viendo de qué modo una garra gigantesca, partiendo de una grúa, se apoderaba de una viga que flotaba en el Neva y la echaba en tierra colocándola bajo la sierra que la convertía en tablas, ó de la manera cómo una gran barra de hierro al rojo blanco es transformada en un rail, después de haber pasado entre dos cilindros, comprendí la poesía de la maquinaria. En nuestras fábricas actuales, el trabajo mecánico es la muerte para el obrero, porque éste viene á convertirse en el servidor perpetuo de una máquina determinada, y nunca puede llegar á ser nada más. Pero esto es cuestión de mala organización, y no tiene nada que ver con la máquina en sí: exceso de trabajo y eterna monotonía son igualmente perjudiciales, ya se haga el trabajo á mano, con herramientas sencillas, ó á máquina. Aparte, pues, de esto, me imagino perfectamente el placer que al hombre puede reportar la conciencia del poder de su máquina, el inteligente carácter de su trabajo, lo gracioso de sus movimientos y lo correcto de lo que hace; y creo que el odio que William Morris profesaba á las máquinas, sólo prueba que la concepción de su poder y gracia faltaba á su gran genio poético.

La música también desempeñó un papel importante en mi desenvolvimiento: de ella obtuve mayor placer y entusiasmo aún que de la poesía. En aquellos tiempos, apenas existía la ópera rusa; pero la italiana, que contaba con buen número de estrellas de primer orden, era la ins-

titución más popular de San Petersburgo. Cuando la prima donna Bosio cayó enferma, miles de personas, sobre todo de la juventud, permanecían hasta las altas horas de la noche á las puertas de su hotel, para saber cómo seguía: no era hermosa, pero tanto lo parecía cuando cantaba, que los jóvenes locamente enamorados de ella podían contarse á centenares; y cuando murió se le hizo un entierro como no se recordaba otro igual en San Petersburgo. La capital entera estaba dividida en dos campos: los admiradores de la ópera italiana, y los del gusto francés, que aun entonces empezaba á mostrar en germen la deplorable corriente offenbáquica, que, algunos años más tarde, infestó á toda Europa. Nuestra clase también se hallaba dividida por mitad en estos dos campos, perteneciendo yo al primero. A nosotros no se nos permitía ir al patio del teatro ó á las galerías delanteras, y en cuanto á los palcos, los que no estaban abonados se pedían hasta con meses de anticipación, mientras que los otros se transmitían en ciertas familias como posesión hereditaria. Los sábados conseguimos poder ir al gallinero, y allí teníamos que estar de pie en la atmósfera de un baño turco, mientras que, para ocultar los llamativos uniformes, acostumbábamos á usar nuestros sobretodos negros, que estaban enguatados y tenían cuello de pieles, que manteníamos abotonado, á pesar del calor. Es maravilla que ninguno de nosotros cogiera una neumonía en tales condiciones, saliendo acaloradísimos, no sólo por las causas indicadas sino además por las ovaciones que solíamos hacer á nuestras constantes favoritas, permaneciendo después á la puerta del vestuario para lanzarles la última mirada y dirigirles una flor. La ópera italiana se hallaba en aquella época, por causas que no son fáciles de explicar íntimamente unida al movimiento radical, y los recitados revolucionarios de *Guillermo Tell* y *Los Puritanos*, eran siempre recibidos con aplausos atronadores y gritos, que iban derechos al corazón de Alejandro II; en tanto que, en la galería del sexto piso, en el salón de descanso y á la puerta del escenario, la mejor parte de la juventud de San Petersburgo venía á confundirse en un sentimiento común, que semejaba á un culto por tan sublime arte. Todo esto puede parecer infantil; pero lo cierto es que muchas ideas elevadas y muchas generosas aspiraciones, surgieron en nosotros al calor del entusiasmo por nuestros artistas favoritos.

VII.

Todos los veranos íbamos fuera á acampar á Peterkof, con las demás escuelas militares del distrito de San Petersburgo. En general, nuestra vida allí era muy agradable, é indudablemente muy provechosa para nuestra salud: dormíamos en espaciosas tiendas, nos bañábamos en el mar, y pasábamos una gran parte de tiempo, durante las seis semanas, en ejercicios al aire libre.

En las escuelas militares el objeto principal de la vida de campamento era evidentemente el ejercicio militar, cosa que todos detestábamos sobremanera, pero cuya monotonía se interrumpía en ocasiones, haciéndonos tomar parte en maniobras de campaña. Una noche, cuando nos íbamos á acostar, Alejandro II puso en alarma á todo el campamento, haciendo tocar llamada. A los pocos minutos todos estaban sobre las

armas; varios miles de muchachos reunidos en torno á sus banderas, mientras que los cañones de la escuela de artillería tronaban en el silencio de la noche. Todo el elemento militar de Peterkof vino á galope al campamento; pero debido á alguna mala inteligencia, el emperador permanecía á pie. Se corrieron órdenes en todas direcciones para proporcionarle un caballo, pero no se encontraba ninguno; pues no siendo buen jinete, no quería montar más caballo que los suyos. Esto le irritó en alto grado, y pronto dió rienda suelta á su cólera. « ¡Imbécil! (*durák*), ¿acaso no tengo más que un caballo? » — le oí decir á un ayudante que le había manifestado hallarse su caballo en otro campamento.

Con las negruras de la noche, el estampido del cañón y el estruendo de la caballería, nosotros los muchachos nos excitamos mucho, y cuando Alejandro ordenó una carga, nuestra columna cargó en línea recta hacia donde él estaba. Estrechamente unidos en las filas y con las bayonetas bajas, debíamos tener un aspecto imponente; y vi al emperador, que aun estaba á pie, dejar el paso franco á la columna en tres formidables saltos. Entonces comprendí lo que representa una fuerza armada que ataca en columna cerrada bajo la excitación de la música y de la marcha misma. Allí estaba ante nosotros el emperador, nuestro jefe, á quien todos venerábamos; y, sin embargo, creo que en esta masa en movimiento ningún paje ó cadete se hubiera apartado ni una línea, ó detenido, para dejarle espacio. Eramos una fuerza en marcha, mientras que el representaba un obstáculo, y la columna lo hubiera arrollado seguramente. « ¿Por que se había de encontrar en nuestro camino? » — dijeron los pajes después. — En tales casos, los jóvenes, con un rifle en la mano, son aún mas terribles que los soldados viejos.

Al año siguiente, cuando tomamos parte en las grandes maniobras de la guarnición de San Petersburgo, vi algo de lo que, hasta cierto punto, es una acción de guerra. Durante dos días consecutivos no hicimos más que marchar arriba y abajo en un espacio como de treinta y cinco kilómetros, sin tener la menor idea de lo que ocurría á nuestro alrededor, ó por qué motivo, marchábamos. El cañón tronaba, unas veces cerca de nosotros y otras muy lejos; un vivo fuego de fusilería se oía por ciertas partes del cerro y del bosque; los ayudantes de órdenes corrían en todas direcciones, mandando unas veces avanzar y otras retroceder; y nosotros marchábamos, marchábamos y marchábamos, sin encontrar sentido á estos movimientos encontrados. Masas de caballería habían pasado por un mismo camino, dejándolo convertido en un lecho de arena movediza, y nosotros tuvimos que avanzar y retroceder varias veces por el mismo terreno, hasta que, al fin, nuestra columna se desmoralizó, pareciendo más bien una masa incoherente de peregrinos que una fuerza militar. Sólo la escolta de la bandera seguía por la carretera; los restantes caminaban lentamente á ambos lados de aquella por el bosque. Las órdenes y las súplicas de los oficiales resultaban ineficaces.

De repente se oyó á la espalda una voz que decía: « ¡El emperador viene! ¡El emperador! » Los oficiales corrieron de un lado para otro rogándonos que formáramos en filas; pero nadie les hizo caso.

Al fin llegó el emperador, y una vez más ordenó una retirada. « ¡Media vuelta á la derecha! », gritó la voz de mando. « El emperador

está detrás de nosotros; tened á bien volver », murmuraron los oficiales; pero el batallón hizo tan poco caso de la orden como de la presencia del emperador. Afortunadamente, Alejandro II no era fanático por el militarismo, y después de pronunciar algunas palabras para animarnos, prometiéndonos descansar, se fué al galope.

Entonces comprendí la importancia que tiene en las funciones de guerra el estado moral de las tropas y lo poco que se puede conseguir no empleando más que la disciplina cuando se le pide al soldado que haga más de lo natural. ¡Qué puede conseguir aquélla cuando las tropas, ya cansadas, tienen que hacer un esfuerzo supremo para llegar al campo de batalla á una hora convenida! Nada absolutamente; sólo el entusiasmo y la confianza en sí mismo puede en tales momentos conducir el soldado á realizar « lo imposible », y esto es precisamente lo que de continuo ha de hacer para asegurar el triunfo. ¡Cuántas veces traje á la memoria, más tarde en Siberia, tan provechosa lección, cuando nosotros también teníamos que llevar á cabo « lo imposible » durante nuestra expedición científica!

Sin embargo, comparativamente, no era mucho el tiempo que dedicábamos, durante nuestra estancia en el campamento, á ejercicios y maniobras militares. Una buena parte de él se empleaba en un trabajo práctico de levantar planos y hacer fortificaciones. Después de algunos ejercicios preliminares, se nos daba una brújula de reflexión y se nos decía: « Id y levantad un plano, bien sea de este lago, de esos caminos ó de aquel parque, midiendo los ángulos con aquélla y la distancia á pasos ». De mañana, tras de un almuerzo precipitado, el alumno llenaba sus espaciosos bolsillos militares con rebanadas de pan de centeno y se iba por cuatro ó cinco horas al parque, dejando kilómetros atrás, topografiando con su brújula y sus pasos los hermosos senderos sombreados por los árboles, los riachuelos y los lagos. Después se comparaba su trabajo con mapas muy correctos, dándose premios de instrumentos de óptica ó de dibujo, según la elección del interesado. Para mí, esta ocupación era una fuente inagotable de placeres. La independencia del trabajo, el aislamiento bajo esos gigantes del bosque que contaban siglos de existencia; la vida en la floresta, que podía disfrutar sin que me molestaran, unido al interés que el trabajo inspiraba, todo esto dejó profunda huella en mi espíritu, y cuando me convertí en explorador de Siberia, y muchos de mis compañeros lo fueron del Asia Central, se encontró que estos trabajos habían sido una excelente preparación.

Finalmente, en la última clase se formaban grupos de cuatro alumnos que se llevaban un día sí y otro no á algunas aldeas situadas á larga distancia del campamento, y allí tenían que medir detalladamente varias millas cuadradas, con ayuda de la tabla del agrimensor y los necesarios aparatos. Y oficiales del cuerpo venían de vez en cuando á revisar sus trabajos y hacerles indicaciones. Esta vida, entre los campesinos, en la aldea, produjo el mejor efecto en el desarrollo intelectual y moral de los alumnos.

Al mismo tiempo nos ejercitábamos en la construcción de secciones

transversales de fortificación de proporciones corrientes. Acompañados por un oficial íbamos al campo, y allí teníamos que hacer el perfil de un bastión ó de una cabeza de puente complicada, clavando listones á postes, exactamente del mismo modo que lo hacen los ingenieros de ferrocarriles al trazar la vía. Cuando llegamos á las troneras y barbetas, necesitábamos calcular mucho, á fin de obtener la inclinación de los distintos planos, después de lo cual dejó de ofrecer dificultades el conocimiento de la geometría.

Ese trabajo nos deleitaba, y una vez de vuelta en la población, al encontrar en nuestro jardín un poco de barro y greda nos pusimos á edificar una verdadera fortificación en una escala reducida, con troneras y barbetas rectas y oblicuas bien calculadas. Todo se había hecho con esmero, y lo que ahora ambicionábamos era obtener alguna madera para hacer las plataformas para los cañones, y poder colocar sobre ellas los que nos servían de modelos en la clase. Pero, ¡ay!, que nuestros pantalones tomaron un aspecto alarmante. « ¿Qué hacéis ahí? », exclamó nuestro capitán. « ¡Mirad cómo estáis! ¡Parecéis obreros! (lo que precisamente nos servía de satisfacción). ¡Qué diría el gran duque si viniera y os encontrara en semejante estado! »

« Le enseñaríamos nuestra fortificación y le pediríamos herramientas y madera para las plataformas ».

Todas las protestas fueron vanas; doce trabajadores vinieron al siguiente día á llevarse nuestra hermosa obra, como si se tratara de un montón de basura.

Menciono esto para demostrar cuánto desean los niños y los jóvenes poder poner en práctica lo que han aprendido en la escuela de un modo abstracto, y qué estúpidos son los maestros que no alcanzan á ver la ayuda tan poderosa que podrían hallar en esta dirección, contribuyendo á que sus discípulos se hicieran cargo del verdadero sentido de lo que aprenden. En nuestro colegio todo tendía á educarnos para la guerra; sin embargo, nosotros hubiéramos trabajado con igual entusiasmo en tender una línea férrea, en edificar una barraca ó en cultivar un jardín ó un campo. Pero todas estas aspiraciones de los niños y de los muchachos á un trabajo *verdadero* son pérdidas, sencillamente porque nuestra idea de la escuela es todavía la del escolasticismo y el monasterio medioevales.

VIII.

Los años 1857-61 lo fueron de prosperidad para las fuerzas intelectuales rusas; todo lo que se había murmurado al oído en los últimos diez años, con la reserva propia de las reuniones puramente de amigos, por la generación representada en la literatura rusa por Turgueneff, Tolstoí, Hérzen, Bakunin, Ogarioff, Kavilin, Dostoyusky, Grigorovich, Ostrousky y Nekrosoff, empezaba ahora á darse á conocer por la prensa. La censura era todavía muy severa; pero lo que no se podía decir abiertamente en el artículo de fondo se deslizaba en forma de novela, relatos humorísticos ó comentarios velados sobre acontecimientos de la Europa occidental, y todos leían entre líneas y se hacían cargo de lo que se trataba.

No teniendo relaciones en San Petersburgo, aparte del colegio y un reducido círculo de parientes, yo no tomé parte en el movimiento radical de aquellos años; me hallé muy alejado de él. Sin embargo, su rasgo más característico era tal vez el tener la facultad de poder penetrar en un colegio de tan « buen tono » como el nuestro, y encontrar eco en un círculo tal como el formado por mis parientes de Moscou.

En aquel tiempo acostumbraba á pasar los domingos y días festivos en casa de mi tía, de quien se ha hablado en uno de los capítulos anteriores bajo el nombre de princesa Mirsky; su marido sólo pensaba en banquetes y comidas extraordinarias, mientras que ella y su hija únicamente se ocupaban en divertirse. Mi prima era una joven muy bella de diecinueve años, de carácter muy amable, y casi todos sus primos estaban perdidamente enamorados de ella. A su vez, ella también se enamoró de uno de ellos y quiso casarse con él; pero el casamiento entre primos es considerado como un gran pecado por la iglesia rusa, y su madre procuró en vano obtener un permiso especial de las altas dignidades eclesiásticas, por cuyo motivo la trajo á San Petersburgo, en la esperanza de que pudiera elegir entre sus muchos admiradores un marido más conveniente para ella que su propio primo. Debo agregar que todo fué trabajo perdido; pero su elegante morada era el centro de una brillante multitud de jóvenes pertenecientes al ejército y á la carrera diplomática.

Semejante casa hubiera sido la última en que se hubiese podido pensar, como relacionada con las ideas revolucionarias; y sin embargo, en ella fué donde primero conocí la literatura revolucionaria de la época. El gran emigrado Hérzen acababa de empezar á publicar entonces en Londres su Revista *La Estrella Polar*, que tan gran conmoción causó en Rusia, aun entre los círculos palaciegos, y que secretamente circulaba en San Petersburgo. Mi prima pudo hacerse de ella, y acostumbráramos á leerla juntos. Su corazón se rebelaba contra los obstáculos que se oponían á su felicidad, y su cerebro se hallaba por eso mismo más dispuesto para prestar buena acogida á la enérgica crítica que el gran escritor lanzaba contra la aristocracia rusa y todo su desacreditado sistema de desgobierno. Con un sentimiento que rayaba en veneración, acostumbraba yo á mirar al medallón impreso en la cubierta de *La Estrella Polar*, y que representaba las nobles cabezas de los cinco « de-cembristas » á quienes ahorcó Nicolás I después de la rebelión del 14 de Diciembre de 1825: Besturheff, Hahousky, Pestel, Ryleeff y Muraviov-Apostol.

La galanura del estilo de Hérzen — de quien Turgueneff ha dicho con razón que escribía con lágrimas y sangre, y á quien nadie en Rusia jamás ha igualado —, la amplitud de sus ideas y su profundo amor á su país, hicieron honda huella en mí, siendo esto causa de que leyera y relejera esas páginas, más aún con el corazón que con la cabeza.

En 1859 ó principios de 60, empecé á publicar mi primer periódico revolucionario. A tal edad, ¿qué podía ser yo más que un progresista? Así que, en mi publicación se abogaba á favor de una constitución para Rusia, mostrando su necesidad: se criticaban los desenfrenados gastos de la corte, lo que se invertía en Niza para mantener poco menos que una escuadra á disposición de la emperatriz viuda, que mu-

rió en 1860; se mencionaban los abusos de los funcionarios, de que continuamente oía yo hablar, y se hacía la apología del sistema constitucional. La tirada era de tres ejemplares, que yo deslizaba en las carpetas de tres compañeros de las clases más adelantadas, á quienes yo suponía pudieran interesarse en la cosa pública, encargándoles á los lectores que las observaciones que quisieran hacer las colocaran tras el reloj escocés de la biblioteca.

Con verdadera emoción fuí al día siguiente á ver si habían dejado en dicho lugar algo para mí. Allí encontré dos notas; dos compañeros escribían que simpatizaban mucho con la idea, y sólo me aconsejaban que no me arriesgara demasiado. Escribí el segundo número, insistiendo con mayor energía aún en la necesidad de unir todas las fuerzas en nombre de la libertad; pero esta vez no contestó ninguno, y en su lugar los dos compañeros vinieron á mí y se expresaron de este modo:

« Tenemos la seguridad que eres tú quien escribe el periódico, y queremos hablarte sobre el particular. Estamos perfectamente de acuerdo contigo, y hemos venido aquí para decir, seamos amigos; el periódico ha cumplido su misión: ha conseguido unírnos; pero no hay necesidad de que continúe. En todo el colegio no hay más que otros dos que pudieran tomarse algún interés en tales cuestiones, mientras que si se llegara á saber que se publicaba un periódico de esta índole, las consecuencias serían terribles para todos nosotros.

Constituyamos, pues, un círculo, y hablemos de todo lo que nos parezca; tal vez consigamos atraernos algunos otros ».

Esto era tan razonable, que no pude por menos de estar conforme con ello, y sellamos nuestra unión con un fuerte y cordial apretón de manos. Desde entonces, los tres vinimos á ser buenos amigos, acostumbrando á leer mucho juntos y á discutirlo todo.

La abolición de la servidumbre era el asunto que en aquel tiempo llamaba más la atención de todos los hombres pensadores.

La revolución de 1848 había encontrado un eco lejano en el corazón del campesino ruso, y desde el año 1850 las insurrecciones de los siervos empezaron á tomar serias proporciones. Cuando estalló la guerra de Crimea y se hicieron levas en toda Rusia, estos alzamientos se extendieron con una violencia jamás conocida hasta entonces. Muchos propietarios de siervos fueron muertos por éstos y los movimientos de los campesinos adquirieron tanta importancia, que hubo necesidad de mandar regimientos enteros con artillería y todo para sofocarlos, cuando en otro tiempo bastaba un pequeño destacamento de soldados para reducirlos por el terror á la obediencia.

Estos actos de audacia de una parte, y de la otra la profunda aversión á la servidumbre, que había crecido con la generación que venía á la vidu pública con el advenimiento de Alejandro II al trono, hacían la emancipación de los aldeanos cada vez más imperativa. El mismo emperador, contrario á dicha institución, y sostenido ó, mejor dicho, influido en el seno de su propia familia, por su esposa, su hermano Constantino y la gran duquesa Elena Paulouna, dió los primeros pasos

en esa dirección. Su intención era que la iniciativa de la reforma partiera de la nobleza, de los mismos dueños de siervos. Pero en ninguna provincia rusa se pudo inducir á la nobleza á que enviara una petición al zar con tal objeto. En Marzo del 56 él en persona dirigió la palabra á la nobleza de Moscou, sobre la necesidad de tal medida; pero su discurso sólo fué contestado con un significativo silencio; así que, montando en cólera, Alejandro II concluyó con estas memorables palabras de Hérzen: «Es mejor, señores, que viniera de arriba, que no aguardar hasta que venga de abajo». Pero ni aun esto causó efecto alguno, y fué necesario recurrir á las provincias de la Antigua Polonia, Grodno, Wilno y Houno, en las que Napoleón I había abolido la servidumbre (en el papel) en 1812. Narimoff, gobernador general de esas provincias, pudo al fin conseguir la tan deseada petición, de la nobleza polaca. En Noviembre del 57, el famoso «rescripto» dirigido al gobernador general de las provincias lituanias, anunciando la intención del emperador de abolir la servidumbre, fué lanzado á la publicidad, y nosotros leímos, con los ojos humedecidos por el llanto, el hermoso artículo de Hérzen, titulado «Tú has vencido, Galileo», en el cual los refugiados en Londres declaraban que en adelante no mirarian á Alejandro II como enemigo, sino que, por el contrario, le ayudarían en la gran obra de la emancipación.

La actitud de los campesinos fué verdaderamente notable: no bien circuló la noticia de que la tan deseada liberación se aproximaba, cuando casi todas las insurrecciones se contuvieron. La población rural adoptó una actitud expectante, y durante un viaje que Alejandro efectuó por el interior del país, por todas partes le salían al paso, rogándole les diera libertad, petición que, á pesar de todo, él recibió con gran repugnancia. Es digno de llamar la atención, pues revela la fuerza de la tradición, que se abrió camino el rumor de que había sido Napoleón III quien alcanzó del zar en el tratado de paz que se diera libertad á los campesinos. Semejante rumor lo oí con frecuencia; y hasta en la víspera misma de la emancipación parecían dudar que ésta pudiera llevarse á cabo sin que la presión viniera del exterior. «No se hará nada, á menos que no venga Garibaldi», fué la contestación que dió un labriego á un compañero mío que le habló de «la libertad que se acercaba».

Pero á estos primeros momentos de regocijo general, siguieron años de incertidumbre é inquietud; comisiones especialmente nombradas al efecto en las provincias y en San Petersburgo, discutían el asunto; pero la voluntad de Alejandro parecía vacilante, y de continuo se contenía á la prensa para evitar se discutieran los detalles. En San Petersburgo circularon siniestros rumores que llegaron hasta nuestro cuerpo.

No faltaban jóvenes entre la nobleza, que sinceramente trabajaran por la franca abolición de la vieja servidumbre; pero el partido contrario se unía cada vez con más fuerza en torno del emperador, y concluyó por influir en su ánimo. Ellos murmuraban á su oído, que el día que se aboliera la servidumbre, los campesinos empezarían á matar á todos los propietarios territoriales, y Rusia presenciaria un nuevo levantamiento Puyachóff, mucho más terrible que el de 1773; y Alejandro, que era un hombre de un carácter débil, prestó fácilmente acó-

gida á tales predicciones. Pero toda la máquina destinada á producir la ley de la emancipación se había puesto en movimiento; las juntas se reunían; buen número de proyectos de emancipación dirigidos al emperador, circulaban manuscritos é impresos en Londres. Hérzen, secundado por Turgueneff, quien lo tenía bien informado de todo lo que ocurría en los centros oficiales, comentaba en su *Campana* y en su *Estrella Polar* los detalles de los diferentes proyectos, y otro tanto hizo Chernysheusky en el *Contemporáneo* (Soureménrik). Los eslavófilos, en particular Aksákov y Bélyáeff, se habían aprovechado de los primeros momentos de relativa libertad concedida á la prensa, para dar al asunto una gran publicidad y discutir las consecuencias de la emancipación con profundo conocimiento de su aspecto técnico. Todo el San Petersburgo intelectual estaba con Hérzen, y sobre todo con Chernysheusky, y recuerdo de qué modo los oficiales de la guardia imperial, á quienes veía los domingos después de la parada, en casa de mi prima (entre ellos Dmitri Nikolaevich Kropotkin, aide-de-camp del emperador) estaban de acuerdo con el jefe del partido avanzado en la lucha por la emancipación. El torrente de la opinión, lo mismo en los salones que en las calles de San Petersburgo fué tal, que era imposible retroceder. La liberación tenía que realizarse; y otra cosa de importancia se había conseguido; los libertos recibirían, además de sus hogares, las tierras que hasta entonces hubiesen cultivado.

Sin embargo, el partido de la antigua nobleza no se desanimaba; concentraba sus esfuerzos en la obtención de un aplazamiento de la reforma, en reducir las dimensiones del terreno que se había de conceder al liberto y en la imposición de un impuesto de redención sobre aquél, tan elevado, que hiciera ilusoria su libertad económica; viendo semejantes pretensiones coronadas por el éxito. Alejandro II despidió al que era el alma verdadera de todo el movimiento, Nicolás Milútin (hermano del ministro de la Guerra), diciéndole al partir: «Siento privarme de vuestros servicios, pero tengo que hacerlo; la nobleza os considera como uno de los rojos». La primera junta que había redactado el proyecto de emancipación fué disuelta también; y otra nueva revisó aquel trabajo en interés de los dueños de siervos, siendo la prensa una vez más amordazada.

Las cosas tomaron un aspecto muy sombrío, llegándose á dudar de que la liberación hubiera jamás de realizarse. Yo seguía febrilmente las peripecias de la lucha, y todos los domingos, cuando mis compañeros volvían de sus casas, les preguntaba lo que habían oído decir á sus padres. Hacia fines del año 60 las noticias eran cada vez peores: «El partido de Valiceff está en candelero». «Tratan de revisarlo todo». «Los parientes del príncipe X (un amigo del zar) no lo dejan de la mano». «La liberación será aplazada; temen una revolución».

En Enero del 61 empezaron á circular rumores un poco menos pesimistas, y generalmente se confiaba que algo respecto al particular podría surgir el 19 de Febrero, aniversario del advenimiento al trono del emperador.

Llegó la fecha deseada, pero no trajo nada nuevo. Aquel día estaba yo en palacio; no había gran recepción sino pequeña, y á ella se mandaban los pajes de la segunda clase, con objeto de que se fueran acos-

tumbrando á las prácticas palatinas. Estando yo, pues, de servicio y teniendo por misión atender á una de las grandes duquesas que habían venido á palacio á asistir á la misa, no pareciendo su marido, fuí á buscarlo. Se encontraba en el gabinete del emperador, y al acompañarlo, le dije medio en broma lo ajena que estaría su mujer de la importancia de aquella conferencia. Aparte de muy pocos iniciados, nadie en palacio sospechaba que el manifiesto se hubiera firmado el 19 de Febrero, y se hubiese tenido oculto quince días, únicamente porque el domingo inmediato, el 26, era el primer día de Carnaval y se temía que, debido á lo que se bebe en las aldeas con tal motivo, pudiera estallar una insurrección. Hasta la feria de Carnaval, que se acostumbraba á celebrar en San Petersburgo en la plaza próxima al Palacio de Invierno, fué trasladada aquel año á otra, por temor á un levantamiento en la capital. Las instrucciones dadas á las tropas respecto al modo de reprimir cualquier movimiento de los aldeanos eran verdaderamente terribles.

Quince días después, el último domingo de Carnaval (el 5 de Marzo, ó más bien el 17, según el Nuevo Cómputo), estaba en el colegio, por tener que tomar parte en una parada militar en la escuela de equitación; aún me hallaba en cama, cuando mi asistente Ivanoff entró precipitadamente con el servicio de te, exclamando: «¡Príncipe, libertad. El manifiesto está fijado en las Gosinoi Duoz!» (las tiendas que daban frente al colegio).

— ¿Lo viste tú mismo?

— Sí; la gente se agolpaba para conocerlo; uno lee, los otros oyen. ¡Es la libertad! En un par de minutos estaba yo vestido y en la calle. Un compañero que venía al colegio me dijo:

«¡Kropotkin, la libertad!» Aquí está el manifiesto: mi tío se enteró anoche que se leería en la primera misa de la catedral de Isaac, y allá fuimos todos. La concurrencia era poco numerosa; no había más que gente del pueblo. Se leyó el manifiesto, y se distribuyó después de misa. Todos lo comprendieron bien; al salir, dos campesinos que estaban á la puerta, me dijeron de un modo muy significativo:

«¿Qué tal? ¿Parece que se han ido?» Imitando él el gesto y la acción con que indicaban la salida. Aquel modo de despedir á los amos representaba muchos años de expectación.

Leí y releí el manifiesto; estaba escrito en un estilo elevado por el antiguo metropolitano de Moscou, Philarète, pero con una mezcla de ruso y antiguo eslavo que oscurecía su sentido. Era la libertad; pero no del momento, teniendo los aldeanos que seguir en la servidumbre dos años más, hasta el 19 de Febrero de 1863. A pesar de todo esto, una cosa resultaba abolida, y los libertos tomarían posesión de sus hogares y sus tierras. Verdad es que tendrían que pagarlas; pero la antigua mancha de la esclavitud se había borrado; ya no serían esclavos más; la reacción esta vez no ganó la partida.

Fuimos á la parada, y cuando la parte militar hubo terminado, Alejandro II, permaneciendo á caballo, gritó: «¡A mí los oficiales!» Todos se aglomeraron en torno suyo y él empezó á pronunciar un discurso en alta voz respecto al gran acontecimiento del día.

A nosotros llegaron fragmentos de sentencias como éstas: «Los oficiales... los representantes de la nobleza en el ejército... se ha puesto

un término á siglos de injusticia... confío en la abnegación de la nobleza... la leal nobleza se agrupará alrededor del trono... » y otros parecidos. Dándose por los oficiales entusiastas vivas al terminar.

Más que marchando, volvimos al colegio corriendo, haciendo todo lo posible por llegar á tiempo á la ópera italiana, cuya última función de la temporada debía tener lugar aquella tarde; por cuyo motivo era de esperar se hiciera allí alguna manifestación. Nos quitamos los uniformes precipitadamente y muchos de nosotros, con vestidos ligeros, corrimos á la galería del sexto piso, encontrando el teatro completamente lleno.

Durante el primer entreacto el salón de fumar de la Opera se vió invadido por una multitud de jóvenes excitados, hablando todos unos con otros, ya se conocieran ó no. Convinimos, desde luego, volver á la sala y cantar con todo el público en un coro general el himno « Dios salve al zar ».

Pero en aquel momento se oyeron los acordes de la música y todos corrimos hacia dentro. La orquesta de la Opera estaba ya tocando dicho himno, que fué ahogado por las aclamaciones que partían de todos los extremos del teatro. Vi á Baciéri, el director de orquesta, moviendo la batuta; pero ningún sonido se percibía de aquella banda tan numerosa. Entonces se paró aquél, pero los vivas continuaron. Otra vez vi moverse la batuta en el aire, los músicos tocaban sus instrumentos de viento; pero ahora también el ruido de las voces se sobrepuso al sonido de la orquesta. De nuevo empezó Baciéri á hacer que se tocara el himno, y sólo al final de esta tercera repetición fué cuando algunos sonidos aislados pudieron dominar el clamor de las voces humanas.

El mismo entusiasmo había en la calle. Una multitud, compuesta de campesinos é individuos de la clase media, se situó enfrente del palacio dando vivas, y el zar no podía salir sin que una entusiasta muchedumbre lo siguiera corriendo tras el carruaje. Razón tenía Hérzen cuando dos años más tarde, mientras que Alejandro ahogaba en sangre la insurrección polaca, y «el verdugo Muravieff» la estrangulaba en el cadalso, escribió: «Alejandro Nikolaevich, ¿por qué no te moriste aquel día? Tu nombre se hubiera transmitido á la Historia como el de un héroe.»

¿Dónde estaban los levantamientos que habían sido predichos por los campeones de la esclavitud? Condiciones más indefinidas que las creadas por la *Polozhénie* (la ley de emancipación) no se hubieran jamás inventado. Si algo podía haber provocado trastornos, era indudablemente la extremada vaguedad de las condiciones creadas por la nueva ley; y, sin embargo, excepto en dos lugares, donde hubo insurrecciones y en alguno que otro sitio, donde ocurrió un pequeño disturbio, debido únicamente á una mala inteligencia, y sofocado en el acto, puede decirse que Rusia permaneció tranquila, más tranquila que nunca. Con su buen sentido habitual, comprendieron los campesinos que la servidumbre había concluído, que llegó al fin la libertad, y aceptaron las condiciones que se les imponían, por más que éstas fueran muy gravosas.

Estuve en Nikolskoye en Agosto del 61 y también en el verano del 62, y me admiró la manera tranquila é inteligente con que los aldeanos habían aceptado el nuevo orden de cosas. Sabían perfectamente lo difícil que sería pagar el impuesto de redención por el terreno, que era en realidad una indemnización á la nobleza, en vez de las obligaciones de la servidumbre; pero tanto apreciaban la abolición de su esclavitud personal, que aceptaron cargas tan ruinosas, no sin murmurar, pero como una dura necesidad, desde el momento que se obtenía la libertad personal. Los primeros meses guardaron dos días de fiesta por semana, diciendo que era pecado trabajar en viernes; pero cuando vino el verano, se dedicaron al trabajo con mayor energía aún que antes.

Cuando vi á nuestros campesinos en Nikolskoye quince meses después de la liberación, no pude por menos que admirarlos. Su bondad ingénita y su dulzura eran las mismas; pero toda clase de servilismo había desaparecido. Les hablaban á sus amos como de igual á igual, como si jamás hubieran estado en otras relaciones. Además, aparecieron entre ellos hombres tales, que muy bien pudieran cumplidamente defender sus derechos. *El Polozhénie* era un libro voluminoso y difícil, que me costó bastante tiempo el comprender, y, sin embargo, cuando Varili Juanoff, el corregidor de Nikolskoye, vino un día á pedirme que le explicara algo que encontraba obscuro, vi que él, que ni aun leía de corrido, había admirablemente hallado su camino á través de los intrincados capítulos y párrafos de la ley.

Los criados, es decir la gente dedicada al servicio doméstico, fueron los que escaparon peor. No les dieron tierras, y apenas hubieran sabido qué hacer con ellas si las hubiesen obtenido. Alcanzaron la libertad y eso fué todo. En nuestra vecindad casi todos dejaron á sus amos; en casa de mi padre, por ejemplo, no quedó ninguno. Se fueron á otra parte en busca de colocación, y muchos de ellos la encontraron al momento en casa de los comerciantes, que tenían á gala tener el cochero de tal ó cual príncipe ó el cocinero de tal ó cual general. Los que sabían un oficio encontraron trabajo en las poblaciones; por ejemplo, la banda de música de mi padre no se disolvió, y halló un buen modo de vivir en Kalúga, conservando amistosas relaciones con nosotros; pero los que no tenían oficio lo habían de pasar mal, y, sin embargo, la mayoría prefería vivir de cualquier modo antes que permanecer con sus antiguos amos.

Respecto á los propietarios, mientras los más importantes hacían todos los esfuerzos posibles en San Petersburgo para reintroducir las antiguas condiciones con uno ú otro nombre (lo que consiguieron hasta cierto punto con Alejandro III), la gran mayoría se sometió á la abolición de la servidumbre como á una especie de calamidad necesaria. La nueva generación dió á Rusia esa notable falange de «mediadores de paz» y amantes de la justicia, que tanto contribuyó á la marcha pacífica de la emancipación. En cuanto á la antigua, casi todos tenían ya echadas sus cuentas respecto á la inversión que harían de las grandes sumas que tenían que recibir de los campesinos en cambio de las tierras cedidas á éstos, las cuales habían sido apreciadas muy por encima de su valor real; dudando entre derrochar ese dinero en los restaurants de las capitales ó sobre el tapete verde del juego. Y en verdad que la mayoría lo dispó tan pronto como lo tuvo en su poder.

Para muchos propietarios, la liberación de los siervos fué un excelente negocio; así, por ejemplo, tierras que mi padre, anticipándose á la emancipación, vendió en parcelas al tipo de once rublos el acre ruso, fueron luego estimadas al de cuarenta en las entregadas á los campesinos; esto es, tres veces y media más de su precio en el mercado, y esto era lo corriente en todos nuestros alrededores; mientras que en el estado de Tambov, de mi padre, en las praderas, el *mir*, esto es, la aldea en común, fijó el tipo de la renta de todas sus tierras por doce años, en un precio que representaba el doble de lo que él acostumbraba á obtener de ellas cuando las cultivaban los siervos.

Once años después de esa época memorable fuí á aquel mismo estado, que había heredado de mi padre, donde permanecí durante algunas semanas, y en la tarde del día de mi partida, el cura de nuestra aldea, hombre de inteligencia é ideas independientes, tipo que se encuentra algunas veces en nuestras provincias del Sur, salió á dar un paseo por los contornos del lugar. La puesta del sol era espléndida; un aire embalsamado venía de los campos, y á poco de caminar encontró á un aldeano de una edad regular, llamado Antón Savélieff, sentado sobre una pequeña eminencia, leyendo un libro de salmos. El pobre apenas sabía deletrear eslavo, y con frecuencia solía empezar un libro por la última pagina, volviendo éstas al revés; pero así y todo, le agradaba la lectura, y cuando una palabra que llamaba su atención la encontraba repetida, eso le producía contento; en aquel instante leía un salmo, cada uno de cuyos versos empezaba con la palabra «regocijáos».

«¿Qué leéis?», le preguntó aquél. A lo que contestó: «Os lo voy á decir ahora, padre: hace catorce años el viejo príncipe vino aquí; era en invierno. Yo no había hecho más que volver á casa medio helado; se había desencadenado una tormenta de nieve; no hice más que empezar á desnudarme, cuando se oyó un golpe en la ventana. Era el corregidor, que gritaba: «¡Id á casa del príncipe; os necesita!» Todos nosotros — mi mujer y mis hijos — nos quedamos petrificados. «¿Para qué te querrá?», exclamó mi mujer alarmada. Yo salí santiguándome; la nieve me quitaba la vista al cruzar el puente; pero todo concluyó en bien. El viejo príncipe estaba durmiendo la siesta, y cuando se despertó, me preguntó si sabía trabajar de albañilería, y sólo me dijo que volviera al día siguiente á recoger los desconchados de una habitación. Así, que me fuí á casa muy contento, y al llegar al puente, encontré allí á la mujer, que me esperaba. En aquel lugar había estado, á pesar de la tormenta, aguardándome con el niño en los brazos. «¿Qué ha ocurrido, Savélieff?», gritó al verme. «Nada de particular, le contesté; sólo me necesita para hacer un chapuz». Esto pasaba, padre, en aquel tiempo, y ahora el joven príncipe vino aquí el otro día; fuí á verlo y lo encontré en el jardín tomando el te á la sombra; usted, padre, estaba con él y el corregidor del cantón con su cadena de alcalde sobre el pecho. «¿Quiéres tomar te, Savélieff?», me preguntó. «Toma asiento. Petr Gregorieff, dijo al mayordomo, danos otra silla». Y aquél, que tanto nos aterraba cuando estaba al servicio del viejo príncipe, la trajo, y todos nos senta-

mos en torno de la mesa, hablando y tomando él te que él mismo nos sirvió á todos nosotros. Pues bien, padre, como la tarde está tan hermosa y el aire viene embalsamado, y me siento y leo: ¡regocijáos!, ¡regocijáos!»

Esto es lo que la abolición de la servidumbre significaba para los campesinos.

IX.

En Junio del 61 fui nombrado sargento del cuerpo de pajes; á algunos de los oficiales no les sentó muy bien, pues decían que no habría «disciplina» desempeñando yo ese cargo; pero no había manera de evitarlo, porque la corriente era que el primer alumno de la clase superior fuese el nombrado, y yo había estado á la cabeza de la nuestra durante varios años. Este cargo se consideraba muy envidiable, no sólo porque el sargento ocupaba una posición privilegiada en la escuela y era tratado como un oficial, sino especialmente porque era también el paje de cámara del emperador por el tiempo que durara el cargo, y el ser personalmente conocido por él era, por supuesto, considerado como el primer escalón para futuras distinciones. Sin embargo, el punto más importante para mí era que me libraba de todas las molestias del servicio interno del colegio, que recaía en los pajes de cámara, y que tendría para mis estudios una habitación separada, en la que podría aislarme del bullicio de la escuela. Verdad es que también tenía un grave inconveniente; yo siempre había encontrado fastidioso el recorrer paso á paso, varias veces al día, las clases en toda su extensión, y acostumbraba á hacerlo á la carrera, cosa que estaba completamente prohibida, y ahora tendría que caminar con mucha parsimonia, en vez de correr, con el libro de la ordenanza bajo el brazo. Sobre tan serio asunto se celebró una consulta entre algunos amigos, decidiéndose que, de cuando en cuando, podría yo todavía encontrar proporciones para dar mis carreras favoritas; en cuanto á mis relaciones con todos los demás, dependía de mí el ponerlos bajo un nuevo pie de igualdad y compañerismo, y resolví el hacerlo así.

Los pajes de cámara tenían que estar en palacio con frecuencia, de servicio en las grandes y pequeñas recepciones, besamanos, bailes, comidas de gala y todo lo demás. Durante las semanas de Navidad, Año Nuevo y Pascua teníamos que ir á palacio casi todos los días, y algunas veces hasta dos en uno mismo. Además, era mi obligación, como sargento, dar parte al emperador todos los domingos, en la parada en la escuela de equitación, de que «no había novedad en la compañía del cuerpo de pajes», aun cuando una tercera parte de la escuela estuviera enferma con alguna afección contagiosa. «Al dar hoy el parte, ¿no diré lo que ocurre?» — preguntaba yo al coronel en tales ocasiones; á lo cual él me contestaba: — «¡Ni pensarlo siquiera; sólo habría que dar parte si sobreviniera una insurrección!»

La vida de la corte tiene indudablemente en sí mucho de pintoresca: con su elegante refinamiento en las costumbres, aunque en el fondo resulte superficial; su rigurosa etiqueta y el esplendor de que se rodeaba, era indudable que tenía que causar impresión. Un gran besamanos es

un hermoso espectáculo, y aun la simple recepción de algunas señoras por la emperatriz, difiere mucho de una entrevista corriente, cuando se efectúa en uno de los salones lujosamente decorados del palacio. Las invitadas son acompañadas por ujieres de cámara y gentiles hombres, con uniformes bordados en oro, y la soberana se presenta seguida de pajes brillantemente ataviados y de damas de honor, conduciéndose todo con sorprendente solemnidad. Ser actor en las ceremonias de la corte, al servicio de los más importantes personajes, ofrecía algo más que un mero interés de curiosidad á un joven de mis años. Además, entonces miraba yo á Alejandro II como á una especie de héroe; hombre que no daba importancia á las ceremonias de la corte, sino que, en este período de su reinado, empezaba su día de trabajo á las seis de la mañana y estaba empeñado en una lucha reñida con un poderoso partido reaccionario, á fin de poder realizar una serie de reformas, de las cuales la abolición de la servidumbre no era más que el primer paso.

Pero, gradualmente, á medida que veía más, del lado teatral de la vida de la corte, y de cuando en cuando podía echar una mirada y observar algo de lo que pasaba tras de la escena, me fui haciendo cargo, no sólo de la poca importancia de estas demostraciones y de las cosas cuya misión era precisamente el ocultar, sino también de que esas pequeñas absorben la corte de tal modo, que no le permiten tomar en consideración asuntos de mucha mayor importancia. A menudo, las realidades no se tenían presente en la acción: desvaneciéndose entonces lentamente la aureola con que mi imaginación había circundado la figura de Alejandro II; así que, al terminar el año, aunque al comenzar yo había abrigado algunas ilusiones respecto á una provechosa actividad en las altas esferas palatinas, todas se vieron marchitadas.

En toda festividad de importancia, así como en los días del santo y natalicio del emperador y la emperatriz, en el de la coronación, y en otros parecidos, se celebraba un gran besamano en palacio. Miles de generales y jefes de todas clases, de capitán arriba, lo mismo que los altos funcionarios civiles, se hallaban formados en dos filas en los grandes salones del palacio para inclinarse ante el emperador y su familia al pasar solemnemente para ir á la iglesia. Todos los miembros de la familia imperial venían esos días á palacio, reuniéndose unos y otros en una sala, donde charlaban alegremente hasta que llegaba el momento de ponerse la máscara de la solemnidad. Entonces se formaba la columna: el emperador, dando la mano á la emperatriz, abría la marcha, seguido de su paje de cámara, quien á su vez lo era del jefe del cuarto militar, el aide-de-camp de servicio aquel día, y el mayordomo mayor de palacio; en tanto que la emperatriz, ó mejor dicho, la inmensa cola de su traje, iba seguida de sus dos pajes de cámara, quienes tenían que suspenderla en las vueltas y desplegarla después en todo su esplendor. El presunto heredero, que era un joven de dieciocho años, y todos los grandes duques y duquesas venían después, por el orden de su derecho de sucesión al trono; siendo seguida cada una de las grandes duquesas por un paje de cámara; continuando luego una larga procesión de las damas de honor, jóvenes y de edad, vistiendo todas el llamado traje ruso; esto es, un traje de etiqueta que su suponia parecido al usado por las mujeres de la antigua Rusia.

A medida que pasaba la procesión, yo iba viendo cómo cada uno de los más altos funcionarios militares y civiles, antes de hacer la reverencia, procuraba ser objeto de una mirada del emperador, y si éste respondía al saludo con una leve sonrisa ó un imperceptible movimiento de cabeza, ó quizás por una palabra ó dos, al punto miraba en torno suyo á sus vecinos, lleno de orgullo, esperando ser congratulado por ellos.

La procesión volvía de la iglesia en igual forma, después de lo cual cada uno se marchaba á sus ocupaciones respectivas. Aparte de algunos acérrimos cortesanos y alguna que otra joven, de cada diez personas de las que concurrían á estos actos, no se encontraba una que no los mirase como un deber enojoso.

Dos ó tres veces durante el invierno se daban grandes bailes en palacio, á los que se invitaba á miles de personas. Después que el emperador abría el baile con una polonesa, cada uno quedaba en completa libertad de divertirse á su manera. En aquellos amplios y brillantemente iluminados salones había bastante espacio para que las jóvenes pudieran sustraerse de la asidua vigilancia maternal, y muchas gozaban á su satisfacción de la danza y de la cena, durante la cual la gente joven se despachaba á su gusto.

Mis deberes en estos bailes eran algo difíciles: Alejandro II no bailaba ni se sentaba, paseándose de continuo entre los convidados, y el paje de cámara tenía que seguirlo á cierta distancia de modo que se le pudiera llamar sin molestia, pero sin llegar á una proximidad inconveniente. Esta combinación de presente y ausente no era fácil conseguirla, ni el emperador la necesitaba: él hubiera preferido quedar sin que nadie le acompañara; pero esa era la tradición y tenía que someterse á ella. Lo peor se presentaba cuando se introducía en una densa aglomeración de señoras, que permanecían de pie formando círculo en torno al lugar donde bailaban los grandes duques, pasando por entre ellas lentamente; pues no era pequeña empresa el hacerse camino á través de ese jardín humano, que se abría para dar paso al emperador, y se cerraba inmediatamente en pos de él. En vez de danzar, centenares de señoras y señoritas, permanecían allí fuertemente comprimidas unas contra otras, esperando cada una que alguno de los grandes duques se fijara en ella y la sacara á bailar un vals ó una polca. Era tal la influencia de la corte en la sociedad de San Petersburgo, que si uno de los grandes duques se fijaba en alguna muchacha, sus padres hacían todo lo posible porque su hija se enamorase perdidamente de tan gran personaje, á pesar de saber perfectamente que no había casamiento posible, porque á los grandes duques rusos no se les permite casarse con « súbditas del zar ». La conversación que una vez oí en casa de una familia « respetable » relacionada con la corte, después de haber bailado el presunto heredero al trono dos ó tres veces con una muchacha de diecisiete años, y las esperanzas que con tal motivo acariciaban sus padres, traspasaban los límites de todo lo que posiblemente hubiera yo podido imaginar.

* * *

Cada vez que íbamos á palacio tomábamos el *lunch* ó comíamos allí, y siempre los lacayos venían á contarnos al oído algunas noticias de la crónica escandalosa de la casa, aunque no manifestásemos por saberlas ningún interés. Ellos conocían todo lo que pasaba en los diferentes palacios, que eran sus dominios. Debo, sin embargo, decir en honor á la verdad, que, durante el año de que hablo, esa clase de crónica no fué tan rica en acontecimientos como llegó á serlo desde el 70 en adelante. Los hermanos del zar estaban recién casados, y sus hijos eran todos muy pequeños; pero las relaciones del mismo emperador con la princesa X, á quien Turgueneff ha retratado tan admirablemente en su novela *Humo*, bajo el nombre de Irene, eran objeto de la crítica de los criados, quienes hablaban con más desenvoltura del asunto que la misma sociedad de San Petersburgo. Pero un día, al entrar en el cuarto donde nos vestíamos, nos dijeron que « la X había sido poco antes despedida, esta vez de modo irrevocable ». Medía ora después vimos á la dama en cuestión venir á asistir á la misa con las ojos hinchados de llorar y procurando contener las lágrimas, en tanto que las demás hubieron de colocarse á cierta distancia de ella, como para ponerla más en evidencia. Los lacayos estaban ya enterados del incidente, y lo comentaban á su manera. Había algo verdaderamente repulsivo en la conducta de esos hombres, que el día antes se hubieran inclinado hasta el suelo en presencia de la misma mujer.

El sistema de espionaje que se ejerce en palacio, especialmente en torno al mismo emperador, parecería poco menos que increíble á los que no estuvieran iniciados. De ello dará una idea este incidente: algunos años después, uno de los grandes duques recibió una severa lección de un caballero de San Petersburgo, quien le había prohibido á aquél la entrada en su casa, y al volver á ella á una hora inesperada, se lo encontró en la sala. Corrió hacia él con el bastón levantado; pero el joven, al verlo, cogió precipitadamente la escalera, y estaba ya á punto de saltar al carruaje, cuando fué alcanzado por su perseguidor, quien le dió un palo con el bastón. El policía que estaba á la puerta vió la aventura y corrió á dar cuenta de ella á su primer jefe, el general Trepoff, el cual, á su vez, montó en un carruaje y corrió á palacio para ser el primero que comunicara al emperador tan « desagradable incidente ». Alejandro II llamó al gran duque, y tuvo una conversación reservada con él. Un par de días después, un antiguo funcionario que pertenecía á la sección tercera de la cancillería imperial, esto es, á la policía de Estado, y era amigo de la familia de un compañero mío, refirió toda la conversación. « El emperador — según manifestó — estaba muy incomodado, y dijo al gran duque al terminar: « Debéis saber manejar mejor vuestros pequeños asuntos ». Y al preguntarle, como es natural, de qué medios se había valido para conocer esa conversación, dió esta respuesta, que es bien característica: « Lo que dice y lo que opina Su Majestad debe ser conocido en nuestro departamento ». De otro modo, ¿cómo sería posible que desempeñara fielmente su misión una institución tan delicada como la de la policía de Estado? Tened la seguridad que el emperador es la persona que se vigila más de cerca en todo San Petersburgo ».

No había nada de jactancioso en esas palabras; cada ministro, cada gobernador general, antes de entrar en el despacho del emperador con sus informes, hablaba primero con su lacayo particular, para conocer el estado de ánimo del señor aquel día, y según era, ó le presentaba algún asunto desagradable, ó bien lo dejaba dormir en el fondo de su cartera, esperando un momento más adecuado. Cuando el gobernador general de la Siberia Oriental venía á San Petersburgo, siempre mandaba un ayudante con un buen regalo para el camarero particular del emperador. « Hay días — ese alto funcionario solía decir — en que el emperador se encolerizaría y ordenaría abrir una investigación sobre el proceder de todos, incluso el mío, si le presentase en tales ocasiones algunos expedientes determinados; mientras hay otros en que todo marchará sin tropiezo alguno: ese lacayo es una alhaja ». El conocer al día de qué humor estaba el emperador, representaba una parte principal en el arte de retener una posición elevada; arte que más tarde el conde Shuváloff y el general Trepoff entendieron á la perfección, así como también el conde Ignatieff, quien supongo, según lo que observé, lo poseía sin la ayuda del lacayo.

* * *

Al principio de estar al servicio de Alejandro II sentía una gran admiración por él, considerándolo como el libertador de los siervos. La imaginación á menudo lleva á un joven más allá de las realidades del momento, y el estado de mi ánimo era entonces tal, que si se hubiera atentado en mi presencia contra él, lo hubiese cubierto con mi cuerpo. Un día, al comenzar Enero del 62, lo vi dejar la procesión y marchar rápidamente solo hacia los salones, donde parte de todos los regimientos de la guarnición de San Petersburgo estaban formados en batalla. Esta parada acostumbraba á efectuarse al aire libre; pero este año, á causa de los hielos, tenía lugar en el interior del palacio, y Alejandro, que generalmente pasaba á galope tendido ante las tropas en las revistas, tenía ahora que hacerlo á pie ante los regimientos. Yo sabía que mis deberes de corte terminaban desde el momento que el emperador aparecía en su cualidad de jefe militar de las tropas, y que mi obligación era seguirlo hasta aquel sitio, pero no más allá. Sin embargo, como al mirar en todas direcciones vi que estaba completamente solo, habiendo desaparecido los dos ayudantes y no encontrándose allí ninguno de la escolta, « no lo dejaré » — me dije á mí mismo —, y lo seguí.

Ya fuera porque Alejandro II tuviese mucho que hacer en dicho día, ó que deseara, por otras razones, que la revista terminase lo más pronto posible, lo cierto es que se lanzó con tanta rapidez ante las tropas, dando pasos tan largos y ligeros — era muy alto —, que me fue muy difícil seguirlo, caminando con toda la velocidad de que yo era capaz, teniendo en ciertos momentos que correr para no perder la distancia. Parecía como si huyera de un peligro, comunicándoseme su excitación de tal modo, que á cada momento me hallaba dispuesto á colocarme de un salto ante él, sintiendo sólo no llevar más que la espada de ordenanza en vez de la mía propia, que tenía una hoja toledana, con la que se atravesaba una moneda de cobre y era un arma mucho

mejor. Sólo después de haber pasado por delante del último batallón fué cuando contuvo algo el paso, y al entrar en otro salón, volvió la cabeza, encontrándose con mi mirada, que centelleaba con la agitación de aquella marcha impetuosa. El ayudante más joven venía á toda carrera dos salones más atrás de nosotros, y yo me preparaba á sufrir una buena reprimenda; en vez de lo cual me dijo Alejandro II, tal vez revelando sin querer algún secreto pensamiento: « ¿Tú aquí? ¡Bravo muchacho! » Y á medida que se alejaba lentamente volvió hacia el espacio aquella problemática y distraída mirada que yo había empezado á sorprender en él con frecuencia.

Tal era en aquella época mi modo de apreciar la situación; pero varios pequeños incidentes, al parecer sin importancia, así como el carácter reaccionario que la política de Alejandro II iba decididamente tomando, derramaron poco á poco la duda en mi corazón. Todos los años, el 6 de Enero, una ceremonia medio cristiana y medio pagana, cuyo objeto es bendecir las aguas, tiene lugar en Rusia, efectuándose también en palacio. Sobre el Neva, y frente al palacio, se levanta un pabellón, y á él va la familia imperial precedida del clero, á través del gran muelle, cantándose allí una letanía y sumergiendo la cruz en las aguas del río. Millares de personas bajan á los muelles y á las heladas aguas del Neva para presenciar el espectáculo, teniendo que estar todos con la cabeza descubierta; y como este año el hielo apretara, un viejo general se había puesto una peluca; mas, debido á la precipitación con que se quitó la esclavina, aquélla se movió, y ahora la tenía atravesada en la cabeza sin apercibirse de ello. El gran duque Constantino, que lo notó, se estuvo riendo todo el tiempo que duró el *Te Deum*, así como los grandes duques mas jóvenes, mirando todos en dirección hacia donde se hallaba el infortunado general, quien se sonreía estúpidamente, ignorando cuál pudiera ser la causa de semejante hilaridad. Al fin, Constantino se lo dijo con disimulo al emperador, quien también miró al general y se rió; algunos momentos más tarde, al cruzar una vez más la procesión el muelle, de vuelta hacia palacio, un viejo campesino, también con la cabeza descubierta, abriéndose camino á través de las dos filas de soldados que formaban en la carrera de la procesión, cayó de rodillas á los pies mismos el emperador, presentando un memorial, y gritando con lágrimas en los ojos: « ¡Padre, defiéndenos! » Siglos de esclavitud de la población rural rusa se hallaban comprendidos en esta exclamación; pero Alejandro II, que algunos minutos antes se había reído, durante el servicio religioso, de una peluca descompuesta, pasó ahora junto al campesino sin hacer el menor caso de él. Yo iba inmediatamente tras el primero, y sólo observé en él un ligero estremecimiento de temor ante la súbita aparición del segundo; después de lo cual continuó caminando sin dignarse siquiera dirigir una mirada á la criatura humana que se hallaba á sus pies. Miré á mi alrededor: los ayudantes no estaban allí; el gran duque Constantino, que venía detrás, hizo el mismo caso del pobre que su hermano; no había, pues, nadie que tomara la petición, así que, yo la recogí, á pesar de saber que por ello sería fuertemente reprendido; porque, en verdad, no era esa mi misión; pero recordé lo que le habria costado al labriego llegar hasta la capital primero y hasta el emperador después. Como todos los de su clase que presentaban memoriales al zar, iba á ser arrestado, nadie sabe por cuánto tiempo.

**

El día de la emancipación de los siervos, Alejandro II era adorado en San Petersburgo; pero es un hecho bien notable que, aparte de ese momento de entusiasmo general, la ciudad no lo quería. Su hermano Nicolás, sin que nadie pudiera decir el por qué, era, al menos, muy popular entre el pequeño comercio y los cocheros, pero ni Alejandro, ni su hermano Constantino, el jefe del partido reformista, ni su tercer hermano Miguel, contaban con las simpatías de ninguna clase en San Petersburgo. El primero conservaba demasiado el carácter despótico de su padre, que surgía alguna vez que otra á través de su trato, por lo general afable. Se acaloraba con facilidad, y á menudo trataba á sus cortesanos del modo más despreciativo, no siendo lo que se llama un hombre en quien se pudiera depositar confianza, lo mismo respecto á su política que á sus simpatías personales, y además era vengativo. Dudo que profesara sinceramente afecto á alguien; entre los hombres que lo rodeaban, los había de bien malos antecedentes; el conde Adlerberg, por ejemplo, quien le hizo pagar una y otra vez sus enormes trampas, y otros renombrados por sus estafas colosales. Desde el principio del 62 empezó á revelarse capaz de resucitar los tiempos peores del reinado de su padre; se sabía que pensaba en llevar á cabo una serie de importantes reformas en la magistratura y el ejército; que los terribles castigos corporales se hallaban á punto de ser abolidos, y que una especie de gobierno local, y tal vez hasta una constitución de cierta clase, se concederían. Pero, á pesar de esto, el más ligero disturbio era reprimido bajo sus órdenes con una rígida severidad; cualquier movimiento lo consideraba como un agravio personal; así que, en todo momento, había motivo para temer de él las medidas más reaccionarias. Los desórdenes que estallaron en las Universidades de San Petersburgo, Moscú y Kazan en Octubre del 61, fueron reprimidos con una dureza sin igual. Se cerró la Universidad de San Petersburgo, y aunque la mayoría de los profesores abrieron cursos libres en el Ayuntamiento, pronto fueron éstos suprimidos, teniendo lo mejores profesores que dejar la Universidad. Inmediatamente después de la abolición de la servidumbre, se inició un gran movimiento en favor de la apertura de escuelas dominicales, que surgieron por todas partes, fundadas por corporaciones y particulares — todos los maestros eran voluntarios, — y la gente del pueblo, lo mismo jóvenes que adultos, acudían á ellas en gran número. Oficiales, estudiantes y hasta algunos pajes, se convirtieron en maestros, y tan excelentes métodos se emplearon, que, teniendo la lengua rusa una ortografía fonética, conseguimos enseñar á leer á los campesinos en nueve ó diez lecciones. Mas, cuando menos se esperaba, esas escuelas, en las que la masa del pueblo hubiera aprendido á leer en pocos años, sin gasto alguno para el Estado, fueron cerradas. Habiendo empezado en Polonia una serie de manifestaciones patrióticas, se mandaron allí á los cosacos á que dispersaran la multitud á latigazos, y prender centenares de personas en las iglesias con su acostumbrada brutalidad. En las calles de Varsovia se fusilaba á los hombres hacia fines del 61, y para suprimir algunas insurrecciones de campesinos que estallaron,

se apeló á las horribles carreras de baquetas por entre dos hileras de soldados, aquel castigo favorito de Nicolás I; lo déspota que Alejandro II vino á ser desde el año 70 al 81, se vislumbraba ya en el 62.

**

De toda la familia imperial, indudablemente la más simpática era la emperatriz María Alexandrovna, de carácter sincero, y cuando decía algo agradable, era verdad que lo sentía. La manera como una vez me dió las gracias por una pequeña atención (fué después de haber recibido al embajador de los Estados Unidos, que acababa de llegar á San Petersburgo), me impresionó profundamente; no fué en la forma que debía esperarse de una señora viciada por las costumbres cortesananas, como es de suponer ha de estarlo una emperatriz. Ella, ciertamente no era feliz en el hogar doméstico, ni tampoco apreciada de las damas de la corte, quienes la encontraban muy severa, y no se podían explicar tomase tan á pecho las *étouderies* de su marido. Ahora ya se sabe el papel de verdadera importancia que representó en lo referente á la abolición de la servidumbre; pero en aquella época su influencia en tal sentido se desconocía, considerándose al gran duque Constantino y á la gran duquesa Elena Pavlovna, que era el sostén principal de Nicolás Milutin en la corte, como los jefes del partido reformista en las esferas palatinas. La emperatriz era más conocida por la parte decisiva que había tomado en la creación de gimnasios para los jóvenes (institutos) que recibieron desde su fundación un alto grado de organización y un carácter verdaderamente democrático. Sus amistosas relaciones con el gran pedagogo Ushinsky le salvaron á éste de participar de la suerte de todos los hombres notables de la época, esto es, del destierro.

Siendo ella misma muy bien educada, María Alexandrovna hizo cuanto le fué posible por dar una buena educación á su hijo mayor; los hombres más notables en toda clase de conocimientos se buscaron como maestros, y hasta Kavelin fué invitado con tal proposito, á pesar de ser bien conocidas sus amistosas relaciones con Hérzen; cuando él las mencionó, contestó ella que, aparte del violento lenguaje que aquél había usado respecto á la emperatriz viuda, no tenía ningún otro resentimiento con él.

El presunto heredero era un joven hermoso, tal vez demasiado para hombre. No tenía orgullo, y durante los besamanos, acostumbraba á charlar, como entre compañeros, con los pajes de cámara. (Aun recuerdo, en la recepción de Año Nuevo, haber llamado su atención sobre la sencillez del uniforme del embajador de los Estados Unidos, comparado con los trajes de papagayo de los demás). Sin embargo, los que lo conocían bien lo describían como extremadamente egoísta, incapaz de tomar afecto á nadie; este rasgo característico se mostraba más prominente en él aún, que en su padre. Respecto á su educación, todos los desvelos de su madre resultaron inútiles. En agosto del 61, sus exámenes, que se efectuaron en presencia de su padre, fueron de efecto deplorable, y recuerdo que Alejandro II, en una parada en que aquél mandaba las tropas, y durante la cual cometió algunas equivocaciones, gritó de modo que todos pudieron oírle: «¡Ni aun eso has podido aprender!» Murió, como es sabido, á los veintidós años, de una afección de la médula espinal.

Su hermano Alejandro, que vino á ser el presunto heredero en 1865, y fué más tarde Alejandro III, formaba raro contraste con Nicolás Alexandrovich. Tanto me recordaba á Pablo I, por su fisonomía, su figura y su contemplación de sí mismo, que yo acostumbraba á decir: « Si alguna vez reina, será otro Pablo I en el palacio de Gatchina y tendrá el mismo fin que su bisabuelo, á manos de sus propios cortesanos ». Su resistencia á aprender era invencible; se decía que Alejandro II habiendo tenido tantas dificultades con su hermano Constantino, que estaba mejor educado que él, adoptó la política de concentrar toda su atención en el primogénito y descuidar la educación de los demás; sin embargo, dudo mucho que eso sea cierto. Alejandro Alexandrovich ha debido tener aversión á todo lo que sea instruirse desde su infancia; su ortografía, que pude apreciar en los telegramas que dirigía á su prometida en Copenhague, era extremadamente mala. No puedo dar aquí un ejemplo de ella en ruso; pero en francés escribía de este modo: « *Ecri á oncle á propos parade les nouvelles son mauvaisent* », y así por el estilo.

Se dice que sus maneras se suavizaron en el último tercio de su vida; pero en 1870, y aun mucho después, era un verdadero descendiente de Pablo I. Conocí en San Petersburgo un oficial de origen sueco (de Finlandia), á quien se había enviado á los Estados Unidos á ordenar fusiles para el ejército ruso. A su vuelta, tuvo que dar cuenta de su misión á Alejandro Alexandrovich, encargado de la inspección del cambio de armamento del ejército. Durante esta entrevista, el zarevich, dando rienda suelta á su carácter impetuoso, empezó á reprender al oficial, quien probablemente contestaría con dignidad, lo que fué causa que el príncipe, presa de un acceso de furor, insultase á aquél, usando un lenguaje soez. Pero el ofendido, que pertenecía á ese tipo de hombres dignos y respetables que con frecuencia se encuentran entre la nobleza sueca en Rusia, se retiró en el acto y escribió al presunto heredero una carta, en la cual decía que, si en el término de veinticuatro horas no le daba una satisfacción, se pegaría un tiro. Aquello era una especie de duelo japonés; pero el joven Alejandro no mandó sus excusas, y el oficial cumplió su palabra. Yo lo vi en casa de un íntimo amigo mío, que lo era también suyo, contando los minutos y esperando recibir la explicación; á la mañana siguiente estaba muerto. El zar se incomodó mucho con su hijo, y le ordenó acompañara el cadáver hasta su última morada; pero ni aun esta terrible lección curó al joven de la altivez é impetuosidad propias de los Romanoff.

PARTE TERCERA

SIBERIA.

I.

A mediados de Mayo de 1862, semanas antes de nuestra promoción, me dijo un día el capitán que hiciera la lista final del regimiento á que cada uno quería pertenecer. Podíamos elegir entre todos los de la guardia, en los que se ingresaba con el primer grado de oficial, y los de línea, con el tercer grado de teniente. Formé una lista de nuestra clase, y fuí preguntando á los compañeros; cada uno sabía ya el regimiento al que iría á unirse, y muchos usaban en el jardín las gorras de oficiales de los que habían elegido.

« Coraceros de Su Majestad », « La guardia de Corp Preobrazhensky », « La guardia montada », eran las contestaciones que yo inscribía.

« ¿Pero tú, Kropotkin, á dónde vas? ¿A la artillería? ¿A los cosacos? » — me preguntaban por todas partes; y no pudiendo responder á tales cuestiones, le encargué, al fin, á un amigo que completara la lista y me retiré á mi habitación á meditar una vez más sobre mi última resolución.

Que no había de entrar en un regimiento de la guardia dedicándome á pasar la vida entre paradas y bailes cortesanos, era cosa ya de antiguo resuelta. Mi sueño se fundaba en el deseo de entrar en la Universidad; en aprender, en vivir la vida de estudiante. Lo cual, por supuesto, significaba el romper por completo con mi padre, cuyas ambiciones eran muy distintas, y no contar para mi sostenimiento más que con lo que pudiera ganar dando lecciones. Miles de estudiantes rusos viven de ese modo, y tal género de vida no me asustaba en lo más mínimo. Pero, ¿cómo había de hacer frente á las primeras dificultades? Dentro de muy pocas semanas tendría que dejar el colegio, ocuparme de mi ropa, buscar habitación, y no veía la posibilidad de proporcionarme ni hasta la insignificante cantidad que se necesitaría para empezar, aun en la forma más modesta. Así que, no siendo práctico lo de la Universidad, había pensado á menudo, últimamente, entrar en la academia de artillería; esto me libraría por dos años de las molestias del servicio militar, y después de los demás estudios, podría continuar los de matemática y física. Pero el viento de la reacción se dejaba sentir, y á los oficiales se les había tratado durante el invierno anterior en las academias como si fueran niños de escuela; en dos de ellas se habían sublevado, y en otra se retiraron todos en masa.

Mis pensamientos se volvían más y más hacia Siberia; la región del Amur había sido anexionada recientemente á Rusia; yo conocía todo lo escrito respecto á ese Misisipí del Oriente, las montañas que atraviesa, la vegetación subtropical de su tributario el Usuri, y mi ima-

ginación fué más allá; á las regiones tropicales, que Humboldt ha descrito, y á las grandes generalizaciones de Ritter, que me deleitaba el leer. Además, yo razonaba así: en Siberia hay un espacio inmenso para la aplicación de las grandes reformas ya realizadas ó que vendrán en breve: allí deben ser poco numerosos los trabajadores, y es indudable que encontraré un campo de acción en armonía con mis inclinaciones. Lo peor era que tendría que separarme de mi hermano Alejandro, quien se había visto obligado á dejar la Universidad de Moscou, después de los últimos desórdenes, y al cual yo esperaba (y con razón) sin saber por qué, de un modo ó de otro, volver á ver pronto. No quedaba más que elegir el regimiento en la región del Amur. El Usuri me atraía más; pero, desgraciadamente, allí no había más que un regimiento de cosacos de infantería; y el servir en semejante cuerpo era demasiado para un joven de mis años, por lo que me resolví á ingresar en los de caballería del Amur.

Lo que anoté en la lista, con asombro de todos mis compañeros. «¡Está tan lejos!», decían; en tanto que mi amigo Dauroff, cogiendo el Manual del Oficial, leyó en él, para horror de todos los presentes: «Uniforme negro, con cuello rojo sencillo, sin trencillas; gorra de pelo, hecha de piel de perro ó de cualquiera otro animal; pantalón, gris».

«¡Qué uniforme! — exclamó. — Dejemos aparte la gorra; podéis usarla de piel de lobo ú oso; pero, ¡y los pantalones! ¡Gris como los de los obreros!» Al oír esto, la consternación llegó á su máximo de intensidad. Yo lo eché á broma lo mejor que pude y le llevé la lista al capitán.

«¡Kropotkin lo ha de tomar todo á broma! — exclamó al verla. — No os he dicho que hay que mandar la lista al gran duque hoy mismo?»

Un sentimiento de asombro y compasión se manifestó en su semblante cuando le dije que aquello expresaba realmente mi intención.

Sin embargo, al día siguiente, casi estuve á punto de cambiar de resolución, al ver cómo la tomó Klusowski: él esperaba verme en la Universidad; me había dado lecciones de latín y griego con tal objeto, y yo no me atrevía á revelarle lo que verdaderamente me impedía el hacerlo; pues sabía que, en tal caso, se hubiera ofrecido á compartir conmigo lo poco que tenía.

Mi padre al saberlo, telegrafió al director que se oponía á que fuera á Siberia, y el asunto pasó al gran duque, que era el jefe de la escuela militar. Fué llamado á su presencia, y allí hablé sobre la fertilidad del Amur y otras cosas parecidas, porque tenía motivos sobrados para presumir que, si manifestaba deseos de ir á la Universidad, y no contaba con recursos para ello, alguien de la familia imperial me hubiera ofrecido una bolsa; cosa que por todos estilos deseaba yo evitar.

Imposible es decir cómo todo esto hubiera concluído, cuando un acontecimiento de importancia — el gran incendio de San Petersburgo — vino á traer de un modo indirecto una solución á la dificultad.

El lunes después de la Trinidad — el día del Espíritu Santo, que caía aquel año en el 26 de Mayo, antiguo Cómputo — estalló un terrible incendio en el llamado Apraxin Dvor, que era un inmenso espacio de

más de 800 metros cuadrados, que estaba enteramente cubierto de tiendas pequeñas — verdaderas barracas de madera, — donde se vendían toda clase de artículos de segunda y aun de tercera mano. Muebles y camas usados, ropas y libros viejos arrojados allí de todos los barrios de la ciudad, se hallaban almacenados en las pequeñas barracas y expuestos en el terreno que mediaba entre ellas, y aún en los techos de las mismas. Esta acumulación de materias inflamables tenía á su espalda el ministerio de la Gobernación y sus archivos, donde se guardaban todos los documentos concernientes á la liberación de los siervos; y á su frente, que estaba formado por una hilera de tiendas construídas de piedra, se encontraba el Banco Nacional. Una estrecha callejuela, formada también de tiendas de sólida construcción, separaba el Apraxin Dvor de un ala del cuerpo de pajes, que estaba ocupada por tiendas de refino y aceite en el piso bajo y por los departamentos de los oficiales en el superior. Y casi enfrente del mencionado ministerio, al otro lado de un canal, había extensos depósitos de madera, en los cuales, al mismo tiempo que en el laberinto formado por las barracas de enfrente, se inició el fuego de un modo simultáneo á las cuatro de la tarde.

Si hubiera hecho viento aquel día, media ciudad hubiese sido pasto de las llamas, incluyendo el Banco, varios ministerios, el Gortinoi Dvor (otra gran aglomeración de tiendas en el Neuski Prospekt), el cuerpo de pajes y la Biblioteca Nacional.

Yo estaba aquella tarde en el colegio, comiendo en casa de uno de nuestros oficiales, y nos lanzamos hacia el lugar del siniestro, en cuanto vimos, desde las ventanas, las primeras nubes de humo elevarse tan próximo á nosotros. El espectáculo era terrorífico: como una serpiente inmensa, agitándose y silbando, el fuego se corrió en todas direcciones, á derecha é izquierda, envolvió las barracas, y de pronto se levantó en gigantesca columna, de la que partían sus silbantes lenguas dispuestas á lamer más tiendas con los géneros que contenían. Remolinos de humo y fuego se formaron en el acto; y cuando los producidos por las plumas quemadas, procedentes de las tiendas de colchones, empezaron á inundar el espacio, se hizo imposible permanecer por más tiempo dentro del ardiente mercado: hubo que abandonarlo sin remedio.

Las autoridades habían perdido la cabeza por completo. En aquella época no había ni una sola bomba de vapor en San Petersburgo, y fueron trabajadores los que dieron la idea de traer una de los talleres de fundición de Kolpino, situados á 35 kilómetros, por ferrocarril, de la capital; cuando la bomba llegó á la estación, el pueblo mismo la arrastró á la conflagración. De sus cuatro líneas de mangueras, una había sido inutilizada por una mano desconocida, y las otras tres se dirigieron al ministerio de la Gobernación.

Los grandes duques vinieron al lugar del fuego y se volvieron á marchar; ya entrada la tarde, cuando el Banco estaba fuera de peligro, hizo también el emperador su aparición, y dijo lo que ya sabían todos: que el cuerpo de pajes era ahora lo que más importaba salvar, y había que hacerlo por todos los medios posibles. Era evidente que si dicho edificio ardía, la Biblioteca Nacional y la mitad del Neusky Prospekt hubieran desaparecido.

La multitud, el pueblo, fué quien hizo todo lo posible para evitar

que el fuego se extendiera cada vez más. Hubo un momento en que el Banco se vió seriamente amenazado: los géneros sacados de las tiendas de enfrente se aglomeraron en la calle Sadovaya, donde yacían apiñados contra el ala izquierda del mencionado establecimiento; los efectos que ocupaban toda la calle, se inflamaban de continuo; pero el pueblo, asándose materialmente, en medio de un calor insoportable, evitó que el incendio se comunicara á las pilas de géneros que se encontraban al otro lado. La gente clamaba contra todas las autoridades, al ver que ni una bomba siquiera se hallaba disponible. «¿Qué están haciendo todos en el ministerio de la Gobernación, cuando el Banco y la casa de expósitos van á incendiarse? ¡Todos han perdido la cabeza!» «¿Dónde está el jefe de policía, que no puede mandar una brigada de bomberos al Banco?», se oía decir por todas partes. Yo conocía personalmente al jefe aludido; el general Annekoff, por haberlo encontrado una ó dos veces en casa de nuestro subinspector, adonde iba con su hermano el conocido crítico literario, y me ofrecí á ir en su busca. Lo encontré, en efecto, paseando, al parecer sin objeto, por una calle; y cuando le dí cuenta de lo que ocurría, á mí fué, aunque parecía increíble, á un muchacho, á quien dió la orden de trasladar una de las brigadas de bomberos, desde el ministerio al Banco. Yo le manifesté que á mí no me obedecerían, y le pedí una orden por escrito; pero el general no tenía ó pretendió no tener ni una hoja de papel, por lo que le rogué á uno de nuestros oficiales, el teniente L. L. Gosse, que viniera conmigo á transmitir la orden. Al fin, dimos con el capitán de una de ellas, quien, entre maldiciones y juramentos, vino con su fuerza al Banco.

El ministerio mismo no ardía; lo que se quemaba eran los archivos; y muchos jóvenes, en su mayoría cadetes y pajes, en unión de varios dependientes, porteaban paquetes de papeles desde el lugar del peligro á los carros que los cargaban. Con frecuencia solía caer alguno al suelo, en cuyo caso el viento, apoderándose de sus hojas, las esparcía por la plaza. A través del humo se distinguía un fuego imponente, corriéndose por los depósitos de madera, al otro lado del canal.

La estrecha callejuela que separaba el colegio del Apraxin Dvor se encontraba en un estado deplorable; sus tiendas estaban llenas de azufre, aceite, trementina y otras cosas por el estilo, é inmensas lenguas de fuego de varios colores, lanzadas por las explosiones, lamían los techos del ala de aquél, que formaba el otro lado de la calle. Las ventanas y pilastras próximas al techo empezaban ya á humear, en tanto que los pajes y algunos cadetes, después de haber desalojado el local, le daban á una pequeña bomba que recibía el agua á grandes intervalos de unas viejas cubas que había que llenar á mano. Dos bomberos que se hallaban en el caldeado techo, gritaban continuamente: «¡Agua! ¡Agua!», en un tono que penetraba hasta el corazón. Yo no pude resistir más, y me lancé á la calle de Sadovaya donde por la fuerza obligué al conductor de una de las pipas que pertenecían á una brigada de bomberos de policía, á que entrase con su carro en nuestro patio y diese agua á la bomba; pero cuando traté de repetir lo mismo, una vez más, me encontré con una terminante negativa de parte de aquél, quien me dijo que le formarían consejo de guerra si me obedecía. Al oír esto, me gritaron los compañeros por todas partes: «Ve y busca á alguien — al

jefe de la policía, al gran duque, á cualquiera — y dile que sin agua tendremos que abandonar la casa al fuego». «¿No sería mejor dar parte al director?», alguno dijo; á lo que contestaron los demás: «¡Vayan todos al diablo! se necesitaría una linterna para encontrarlos. Ve y hazlo tú mismo».

De nuevo fuí á buscar al general Nurenkoff, y al fin me dijeron que debía estar en el patio del Banco. Varios oficiales se encontraban allí, en torno de un general en quien reconocí al príncipe Suvóroff, gobernador general de San Petersburgo. La cancela, sin embargo, se hallaba cerrada, y un empleado del establecimiento que la custodiaba, se negó á dejarme pasar; pero yo insistí, amenacé, y, finalmente, me admitieron. Entonces, me fuí directamente al príncipe, que estaba escribiendo una nota en el hombro de su ayudante.

Cuando le dí cuenta del asunto, lo primero que me preguntó fué «¿Quién os envía?» «Nadie; los compañeros», fué mi respuesta. «¿De modo que decís que el colegio estará pronto ardiendo?» «Sí». El partió inmediatamente, y cogiendo en la calle una sombrerera vacía, se cubrió con ella la cabeza, yendo á todo correr hacia la callejuela, que se encontraba llena de barriles vacíos, paja, cajas de madera y otros combustibles por el estilo, ocupando el espacio que mediaba entre las llamas de las tiendas de grasas incendiadas, de una parte, y el edificio del cuerpo de pajes, cuyos marcos de ventanas y pilastras empezaban á humear, de la otra. El príncipe procedió con resolución. «En vuestro jardín hay una compañía de soldados — me dijo — tomad un destacamento, y limpiad esa callejuela en el acto. Se traerá aquí inmediatamente una manguera de la bomba de vapor; que no pare de funcionar; lo confío personalmente á vuestro cargo».

No era cosa fácil hacer salir á los soldados del jardín; pues después de haber dado buena cuenta del contenido de barriles y cajas, con los bolsillos llenos de café y los quepis de terrones de azúcar, disfrutaban de lo templado de la noche, comiendo avellanas bajo los árboles. Ninguno quiso moverse hasta que no intervino un oficial. La callejuela quedó limpia, y la bomba no dejaba de funcionar; los compañeros estaban contentos, y cada veinte minutos relevábamos á los hombres que dirigían la manga, permaneciendo á su lado con un terrible calor insufrible.

A las tres ó las cuatro de la mañana era evidente que se le había puesto al fuego una barrera; el peligro de que se extendiera al cuerpo había desaparecido, y después de haber apagado nuestra sed en una «casita blanca», que casualmente estaba abierta, caímos, medio muertos de fatiga, en la primera cama desocupada que encontramos en la enfermería del colegio.

A la mañana siguiente me levanté temprano y fuí á ver el lugar de la conflagración. Al volver á la escuela, encontré al gran duque Mikhael, á quien acompañé, según era mi deber, en su ronda de inspección. Los pajes, con los rostros negros por el humo, ojos hinchados, labios inflamados, y algunos con el cabello chamuscado, levantaron la cabeza de la almohada; difícil era reconocerlos, y, sin embargo, estaban orgullosos al pensar que no fueron «meros espectadores», habiendo trabajado con la misma energía que los demás.

Esta visita del gran duque arregló mi dificultad. Me preguntó por qué había concebido la idea de ir al Amur, si contaba con amigos allí, si tenía relaciones con el gobernador general; y al saber que no contaba con parientes en Siberia, y no conocía en aquella parte del país á nadie, exclamó: « Pero, entonces, ¿cómo vais á ir? Podrán enviaros á una triste aldea de cosacos; ¿qué haréis allí? Lo mejor será que yo escriba al gobernador general recomendándoos ».

Después de tal ofrecimiento, tenía la seguridad que la oposición de mi padre cesaría, y, en efecto, así fué. Quedé en libertad de ir á Siberia.

* * *

Este gran incendio vino á ser un punto de importancia, no sólo respecto á la política de Alejandro II, sino también en la historia de Rusia en aquel período del siglo. Que no había sido un mero accidente, era cosa clara; la Trinidad y el día del Espíritu Santo son grandes fiestas en el país, y en el interior del mercado no había nadie más que los guardas; además, éste y los depósitos de madera empezaron á arder al mismo tiempo, y la conflagración de San Petersburgo fué seguida de otras similares en varias capitales de provincia. Que el fuego había sido encendido por alguien, era indudable; pero ¿por quién? A esta pregunta aun no se ha contestado.

Halkoff, el ex liberal, que profesaba odio personal á Hérzen, y en particular á Bakunin, con quien una vez había tenido que batirse en desafío, al día siguiente del siniestro acusó á los polacos y á los revolucionarios rusos de ser sus autores, y esa opinión prevaleció en San Petersburgo y Moscou.

Polonia se preparaba entonces para la revolución que estalló en el siguiente Enero, y el comité secreto del partido revolucionario concluyó una alianza con los refugiados en Londres, teniendo sus agentes en el corazón mismo de la administración de San Petersburgo. Muy poco tiempo después del mencionado fuego, el gobernador de Polonia, conde de Jüders, fué muerto de un tiro por un oficial ruso, y cuando el gran duque Constantino fué nombrado en su lugar (con la intención, según se dijo, de hacer de Polonia un reino separado para él), sufrió la misma suerte y de igual modo, el 26 de Junio. Y en Agosto se intentó algo parecido contra el marqués Wielpalsky, el jefe polaco del partido de la unión con Rusia. Napoleón III mantenía entre los polacos la esperanza de una intervención armada en favor de su independencia. En tales condiciones, juzgando desde el punto de vista militar, por lo general limitado, el destruir el Banco de Rusia, en unión de varios ministerios, y el sembrar el pánico en la capital, podía ser considerado como buen plan de guerra; pero jamás se encontró ni la más remota evidencia en apoyo de esta hipótesis.

Por otra parte, los partidos avanzados rusos vieron que nada podían esperar en adelante de la iniciativa reformista de Alejandro, comprendiendo claramente que éste se marchaba de un modo resuelto al campo reaccionario. Para los hombres previsores era evidente que la liberación de los siervos, bajo las condiciones de redención que les habían

impuesto, significaba su inevitable ruina, y en Mayo se distribuyeron proclamas revolucionarias en San Petersburgo, haciendo un llamamiento al pueblo y al ejército, y recomendando á las clases ilustradas que insistieran sobre la necesidad de una convención nacional. Bajo tales circunstancias, el desorganizar la máquina gubernamental podía haber entrado en los planes de algunos revolucionarios.

Finalmente, el carácter indefinido de la emancipación había producido una gran fermentación entre los rurales, que formaban una parte considerable de la población en todas las ciudades rusas, y á través de toda la historia de este país se observa que, cada vez que una agitación igual ha empezado, ha venido acompañada de anónimos anunciando incendios, y algunas veces de estos mismos.

Era posible que la idea de dar fuego al mercado de Apraxin podía haberse ocurrido con el fin de aislar á los partidarios de la revolución; pero ni las investigaciones más minuciosas, ni las prisiones en grande escala que empezaron á efectuarse en toda Rusia y en Polonia, inmediatamente después del suceso, revelaron la más ligera indicación en tal sentido. Si algo se hubiera hallado, el elemento reaccionario hubiese sacado partido de ello. Muchas reminiscencias y volúmenes de correspondencia de aquella época se han publicado desde entonces; pero nada contienen que pueda dar el menor asomo de verdad á semejante sospecha.

Por el contrario, al estallar conflagraciones parecidas en varias poblaciones sobre el Volga, y especialmente en Saratoff, y cuando Zhólunoff, que era senador, fué enviado por el zar para hacer una investigación en toda regla, volvió con la íntima convicción de que el incendio de esta última ciudad fué obra del partido reaccionario, en el que existía la creencia de que sería posible por ese medio inducir á Alejandro II á posponer la abolición final de la servidumbre, la cual debía tener lugar el 19 de Febrero del 63. Conociendo la debilidad de su carácter, inmediatamente después del gran incendio de San Petersburgo, empezaron una violenta campaña á favor del aplazamiento y de la revisión de la ley de emancipación en sus aplicaciones prácticas. En los círculos bien informados se susurraba que el senador Zhólunoff era verdad que volvía con pruebas positivas de la culpabilidad de los reaccionarios en Saratoff; pero murió en su viaje de regreso, desapareciendo su cartera, que jamás se ha llegado á encontrar.

Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el fuego del Apraxin tuvo las más deplorables consecuencias. A partir de esa fecha Alejandro se entregó á los reaccionarios, y — lo que fué peor aún — la opinión pública de aquella parte de la sociedad de San Petersburgo, y en particular de Moscou, que más pesaba en las determinaciones del gobierno, arrojó de repente su manto liberal, volviéndose, no sólo contra la sección más avanzada del partido reformista, sino que tornó también la espalda á la más moderada. Pocos días después del siniestro, fui un domingo á visitar á mi primo, el aide-de-camp del emperador, en cuya casa había visto con frecuencia á los oficiales de la guardia montada simpatizar con Chernyshevsky, siendo mi mismo primo, hasta entonces, un asiduo lector de *El Contemporáneo* (el órgano del partido reformista avanzado). En esta ocasión trajo varios números de dicho periódico.

dico, y colocándolos en la mesa ante la que yo estaba sentado, me dijo: « Ahora bien, después de esto, no quiero saber nada más de ese papel incendiario; tengo lo suficiente »; y estas palabras expresaban la opinión de « todo San Petersburgo ». El hablar de reformas se hizo inconveniente; toda la atmósfera estaba cargada de un espíritu reaccionario; *El Contemporáneo* y otras Revistas parecidas se suprimieron; las escuelas dominicales fueron prohibidas en absoluto; empezaron los arrestos en grande escala, y la capital se puso en estado de sitio.

Quince días después, en Junio 13 (25), la época que nosotros los pajes y cadetes tanto habíamos aguardado, vino al fin. El emperador nos hizo una especie de examen militar en toda clase de evoluciones — durante el cual nosotros mandábamos las compañías, y yo formaba á caballo ante el batallón —, y fuimos ascendidos á oficiales.

Cuando concluyó la parada, Alejandro II dijo en alta voz: « ¡A mí los nuevos oficiales! » y nos reunimos en torno suyo, permaneciendo él montado.

Aquí lo vi bajo un aspecto completamente nuevo; el hombre que al año siguiente apareció como el sanguinario y vengativo represor de la insurrección polaca, se levantaba de cuerpo entero ante mis ojos, en el discurso que nos pronunció.

Empezó así, con tono reposado: « Os congratulo; sois oficiales, » Después habló sobre el deber y la lealtad militares, como es de costumbre en tales ocasiones. « ¡Pero si alguno de vosotros », agregó, marcando mucho las palabras, y manifestando repentinamente en el rostro la expresión de la ira; « pero si alguno de vosotros — que Dios os libre de ello — fuera, bajo cualquier circunstancia, desleal al zar, al trono y á la patria, tened cuidado con lo que os digo, será tratado con toda la severidad de las leyes, sin la más ligera con-mi-se-ra-ción! »

El tono de su voz disminuyó, y en su semblante se retrataba esa expresión de ciega cólera que yo había visto en mi juventud en los rostros de los propietarios territoriales cuando amenazaban á sus siervos « con hacerles saltar la piel á baquetazos ». Cuando hubo terminado, espoleó su caballo con violencia y se marchó. A la mañana siguiente, el 14 de Junio, se fusilaron por orden suya, tres oficiales en Modlin, Polonia, y un soldado, llamado Szur, fué muerto á palos.

« La reacción nos arrastra á toda prisa », me dije á mí mismo, cuando volvíamos al colegio.

Antes de dejar San Petersburgo vi á Alejandro II una vez más. Algunos días después de nuestra promoción, todos los nuevos oficiales estaban en palacio para ser presentados á él. Mi más que modesto uniforme, con sus extraños pantalones grises, atraía la atención universal, y á cada momento tenía que satisfacer la curiosidad de oficiales de todas clases que venían á preguntarme qué uniforme era el mío. Como el regimiento de cosacos del Amur era entonces el más moderno del ejército ruso, yo me hallaba casi á la cola de los centenares de oficiales presentes. No obstante, Alejandro II me encontró con la vista, y me preguntó: « ¿Conque vais á Siberia? ¿ Ha consentido al fin vues-

tro padre? » Contesté en la afirmativa, y él agregó: « ¿ No teméis ir tan lejos? » « No », le dije resucitamente; « deseo trabajar, y allí habrá mucho que hacer en la aplicación de las grandes reformas que van á implantarse ». Me miró fijamente, quedó pensativo y dijo al fin: « Id, pues; en todas partes se puede ser útil »; y su fisonomía tomó tal expresión de fatiga, tal aspecto de debilidad y abatimiento, que pensé en el acto: « es hombre perdido; todo lo va á abandonar ».

San Petersburgo había tomado un aspecto sombrío; los soldados marchaban por las calles; patrullas de cosacos de caballería recorrían los alrededores del palacio, y la fortaleza estaba llena de prisioneros. En cualquier parte adonde me dirigiera, siempre veía lo mismo: el triunfo de la reacción. No me fué, pues, sensible alejarme de la capital.

Todos los días iba á la administración de los cosacos á pedir que me alistarán pronto mis papeles, y tan luego como los tuve en mi poder, partí para Moscou, á unirme con mi hermano Alejandro.

II.

Los cinco años que pasé en Siberia fueron para mí muy instructivos respecto al carácter y la vida humanos. Me vi puesto en contacto con hombres de todas condiciones, los mejores y los peores; aquellos que se encontraban en la cúspide de la sociedad y los que vegetaban en su mismo fondo; esto es, los vagabundos y los llamados criminales empedernidos. Tuve sobradas ocasiones para observar los hábitos y costumbres de los campesinos en su labor diaria, y aún más, para apreciar lo poco que la administración oficial puede hacer en su favor, aun cuando se hallara animada de las mejores intenciones. Finalmente, mis largos viajes, durante los cuales recorrí más de ochenta y cinco mil kilómetros en carros, en vapores, en botes, y principalmente a caballo, fueron de un efecto maravilloso en el mejoramiento de mi salud. Enseñándome al mismo tiempo á lo poco que realmente se limitaban las necesidades del hombre, desde el momento que sale del círculo encantado de una civilización convencional. Con algunas libras de pan y unas onzas de te en una bolsa de cuero, una tetera y un hacha colgada de la silla, y bajo ésta una manta para extenderla delante del fuego sobre una cama de ramitas de pinabete, recientemente cortadas, uno se siente admirablemente independiente aún en medio de montes desconocidos, densamente cubiertos de bosque ó coronados por la nieve. Sobre esta parte de mi vida, bien pudiera escribirse un libro; pero debo recorrerla rápidamente, por ser mucho todavía lo que me resta que relatar respecto á los períodos siguientes.

Siberia no es la tierra helada cubierta en todo tiempo por la nieve y poblada siempre de desterrados, que muchos se imaginan, aun entre los mismos rusos. En su parte sur es tan rica en productos naturales como la parte Sur también del Canadá, á la que tanto se parece en su aspecto físico, y además de medio millón de naturales, tiene una población de más de cuatro millones de rusos. Las regiones del Sur de la Siberia occidental son tan completamente rusas como las provincias situadas en el Norte de Moscou. En 1862, la alta administración de Siberia era mucho más ilustrada y bastante mejor en todos conceptos

que la de muchas provincias de la propia Rusia. Durante varios años, el puesto de gobernador general de la Siberia oriental había sido ocupado por un hombre tan notable como el conde N. N. Muravioff, que anexionó la región del Amur á Rusia. Era muy inteligente, muy activo, extremadamente amable y deseoso de trabajar por el bien del país; pero, como casi todos los hombres de acción de la escuela gubernamental, un déspota en el fondo; tenía, sin embargo, opiniones avanzadas, y una república democrática no hubiera llenado por completo sus aspiraciones. Había conseguido desprenderse, hasta cierto punto, del antiguo tipo de empleados, que consideraban á Siberia como país conquistado, y logrado reunir en torno suyo un buen número de jóvenes, completamente honrados, y muchos de ellos animados, como él, de los más levantados propósitos. En su propio gabinete, los jóvenes oficiales, con el desterrado Bakunin entre ellos (él se escapó de Siberia en el otoño del 61), discutían las probabilidades de crear los Estados Unidos de Siberia, federados á través del Pacífico con los Estados Unidos de América.

* * *

Quando vine á Irkutsk, la capital de la Siberia oriental, la ola de la reacción que vi en San Petersburgo no había llegado aún á estos lejanos dominios. Fuí muy bien recibido por el joven gobernador general Korsakoff, que acababa de reemplazar á Muravioff, quien me dijo le encantaba tener á su lado hombres de opiniones liberales. En cuanto al comandante militar de la región, llamado Kúkel — un general joven que aun no había cumplido los treinta y cinco años, cuyo ayudante personal vine á ser —, desde el primer momento me llevó á una de las habitaciones de su casa, en la que encontré, en unión de las mejores Revistas rusas, una colección completa de las ediciones revolucionarias de Hérlen, publicadas en Londres; pronto fuimos buenos amigos.

Este general estaba hecho cargo interinamente del gobierno de Transbaikalia, y á las pocas semanas cruzamos el hermoso lago Baikal, yendo más hacia el Este, hasta llegar á la pequeña población de Chitá, capital de la provincia. Allí tuve que dedicarme por completo, sin pérdida de tiempo, á las grandes reformas que estaban entonces en estudio. Los ministerios de San Petersburgo habían acudido á las autoridades locales, encargándolas hicieran proyectos de completas reformas en la administración de las provincias, organización de la policía, los tribunales, las prisiones, el sistema de destierro y la autonomía municipal; todo sobre bases ampliamente liberales, de acuerdo con lo expresado por el emperador en sus manifiestos.

Kúkel, ayudado por el coronel Pedashenko, hombre inteligente y práctico, y un par de empleados civiles, animados de buenos deseos, trabajaba todo el día y á menudo una buena parte de la noche. Yo fui nombrado secretario de dos comités, para la reforma de las prisiones y todo el sistema de destierro, y para preparar un proyecto de autonomía municipal, poniéndome á trabajar con todo el entusiasmo de un joven de diecinueve años. Leí mucho sobre el desenvolvimiento histórico de estas instituciones en Rusia y sus presentes condiciones en el

exterior, habiéndose publicado, al efecto, excelentes memorias y trabajos por los ministros de Justicia y Gobernación; pero lo que hicimos en Transbaikalia no fué puramente teórico. Primero discutí las líneas generales, y á continuación todos los puntos de detalle, con hombres prácticos, bien al tanto de las verdaderas necesidades y de los recursos locales, á cuyo fin me asesoré de un número considerable de personas, lo mismo en la capital que en la provincia; una vez hecho esto, las conclusiones á que habíamos llegado se volvían á discutir con Kúkel y Pedashenko, y después de poner yo los resultados bajo una forma preliminar, se trataban nuevamente punto por punto en los comités. Uno de éstos, el encargado de preparar el proyecto de autonomía municipal, estaba compuesto de ciudadanos de Chitá, elegidos por toda la población, con la misma libertad que se pudiera haber hecho en los Estados Unidos. En suma, nuestro trabajo fué ejecutado á conciencia, y aun ahora, volviendo la vista á él á través de la perspectiva formada por tal número de años, puedo afirmar lleno de confianza, que, si entonces se hubiera concedido la autonomía municipal en la modesta forma en que nosotros la proponíamos, las poblaciones de Siberia serían muy diferentes de lo que son. Pero nada resultó de todo ello, como se verá más adelante.

Otras ocupaciones incidentales no escaseaban tampoco; había que buscar dinero para el sostenimiento de instituciones benéficas; se necesitaba escribir una memoria sobre el estado económico de la provincia en relación con una exposición agrícola local, ó bien hacía falta realizar alguna investigación importante. « Es una gran época en la que vivimos; trabajad, querido amigo, y recordad que sois el secretario de todos los comités presentes y futuros », Kúkel solía decirme algunas veces, y yo trabajaba con doble energía.

Uno ó dos ejemplos demostrarán con que resultado; había en nuestra provincia un « jefe de distrito », esto es, un empleado de policía, investido de facultades muy amplias é indeterminadas, que era una verdadera calamidad; después de robar á los labriegos, los azotaba á derecha é izquierda, no sólo á los hombres, sino hasta á las mujeres, lo que era contrario á la ley; y cuando algún asunto criminal caía en sus manos, era posible que allí quedara detenido meses enteros, permaneciendo mientras tanto los hombres en la cárcel hasta que no le daban dinero. El general hacía tiempo que le hubiera dado pasaporte; pero el gobernador general no era partidario de esta idea, porque dicho individuo tenía buenas alabas en San Petersburgo. Después de muchas vacilaciones, se decidió al fin que yo fuese á abrir una información sobre el terreno y hacerme de datos contra él. Empresa no muy fácil, porque los campesinos, á quienes el tal sujeto tenía aterrados, conociendo el antiguo proverbio ruso, que dice: « Dios está muy lejos, mientras que el amo es vuestro vecino », no se atrevían á declarar; hasta la mujer que había azotado temía al principio manifestarlo por escrito. Sólo después de haber pasado quince días entre ellos y ganado su confianza, fué cuando conseguí hacer luz sobre el proceder de aquel jefe. Tan importantes y concluyentes fueron los datos que logré reunir, que el tal empleado se vió cesante, quedando nosotros muy satisfechos por habernos librado de semejante plaga. Pero ¿cuál no sería nuestra admira-

ción cuando pocos meses después supimos que la misma persona había sido nombrada para un destino superior en Kamchatka? Allí podía explotar á la gente del país sin que nadie se lo impidiera, y así lo hizo; algunos años más tarde volvía á San Petersburgo con una fortuna, publicando después, de cuando en cuando, artículos en la prensa reaccionaria, llenos de espíritu « patriótico ».

La ola de la reacción, como ya he dicho, aun no había llegado á Siberia, y los desterrados políticos seguían siendo tratados con la mayor lenidad posible, como en tiempos de Muravioff. Cuando en 1861 el poeta Mikhailoff fué condenado á trabajos forzados por una proclama revolucionaria que publicó, y enviado á Siberia, el gobernador de Tobolsk, que fué la primera población siberiana adonde llegó, dió una comida en su honor, á la que concurrió todo el elemento oficial. En Transbaikalia no se le hacía trabajar, permitiéndosele oficialmente permanecer en la enfermería de la prisión de un pequeño pueblo minero, y como su salud estaba tan quebrantada (murió tísico algunos meses después), el general Kúkel le dió permiso para que residiera en casa de su hermano, ingeniero de minas, que había arrendado una mina de oro á la Corona por su propia cuenta. Particularmente esto se sabía en toda Siberia, y un día supimos de Irkutsk, que, á consecuencia de una denuncia, el general de los gendarmes (policía de estado), venía á Chitá para hacer una estricta investigación sobre el asunto. Un ayudante del gobernador general nos trajo la noticia, y yo fui despachado precipitadamente, para prevenir á Mikailoff y decirle que en el acto debía volver á la enfermería de la prisión y permanecer allí todo el tiempo que el general de los gendarmes estuviera en Chitá. Pero como este caballero se encontrara con que todas las noches ganaba cantidades de consideración en la mesa del tapete verde, en casa de Kúkel, pronto decidió no cambiar tan agradable pasatiempo por un largo viaje á las minas, con una temperatura que era entonces de doce grados bajo cero, y cuando le pareció, se volvió á Irkutsk, muy satisfecho de su lucrativa misión.

La tormenta sin embargo, se aproximaba cada vez más, y barrió todo lo que encontró á su paso poco después de estallar la insurrección en Polonia.

III.

En Enero de 1863 se levantó Polonia contra la dominación rusa; se formaron partidas insurrectas, y empezó una guerra que duró dieciocho meses largos. Los refugiados de Londres suplicaron al comité revolucionario polaco que aplazaran el movimiento; preveían que al ser sofocado pondría un término al período reformista en Rusia; pero no fué posible evitarlo. La represión de las manifestaciones que tuvo lugar en Varsovia en 1861, y las crueles é injustificadas ejecuciones que la siguieron, exasperaron á los polacos; la suerte estaba echada.

En ninguna otra época había tenido la causa polaca tantos simpatizadores en Rusia como en aquella; no hablo sólo de los revolucionarios; aun entre los elementos más moderados de la sociedad rusa se creía y manifestaba abiertamente que sería un beneficio para Rusia el tener en Polonia un vecino amigo, en lugar de un súbdito hostil. Esta

última no perderá nunca su carácter nacional, que está fuertemente desarrollado; ha tenido y tiene su literatura nacional y su arte é industria propios. Rusia sólo puede mantenerla en la servidumbre por medio de la fuerza bruta y la opresión; un estado de cosas que hasta ahora ha favorecido y necesariamente favorecerá la tiranía en su propio suelo. Hasta los pacíficos eslavófilos eran de esa opinión; y en la época en que yo estaba en la escuela, la sociedad de San Petersburgo aplaudió francamente el « Sueño » que el eslavófilo Juan Akrakoff tuvo el valor de publicar en su periódico *El Día*; soñó que las tropas rusas habían evacuado á Polonia, haciendo consideraciones sobre los buenos resultados que tal medida reportaría.

Cuando la revolución del 63 estalló, varios oficiales rusos se negaron á marchar contra los polacos, en tanto que otros se pusieron abiertamente de su parte, muriendo después en el cadalso ó en el campo de batalla. En toda Rusia se hacían suscripciones para la insurrección — en Siberia descaradamente —; y en las Universidades rusas, los estudiantes equipaban á aquellos de sus compañeros que marchaban á unirse con los revolucionarios.

Pero, en medio de esta efervescencia, se extendió la noticia por toda Rusia de que, durante la noche del 10 de Enero, partidas de insurrectos habían caído sobre los soldados que estaban acantonados en las aldeas, asesinandolos mientras dormían, á pesar de que, hasta la misma víspera de dicho día, las relaciones de las tropas con los polacos parecían ser muy amistosas. En el modo de referir lo ocurrido había alguna exageración; pero en el fondo, desgraciadamente, existía cierta verdad, y la impresión que esto produjo en Rusia fué bien desastrosa; las antiguas antipatías entre ambas naciones, tan dolorosas en su origen y tan diferentes en sus caracteres nacionales, se despertaron una vez más.

Gradualmente esta mala disposición fué desvaneciéndose hasta cierto punto; pues la brillante manera como peleaban los siempre bravos hijos de Polonia, y la indomable energía con que resistieron á un ejército formidable, ganaron simpatías á ese pueblo heroico. Pero llegó á saberse que el gobierno revolucionario polaco, al pedir el restablecimiento de Polonia con sus antiguas fronteras, incluía las provincias de la pequeña Rusia ó Ukainianas, cuya población greco-ortodoxa odiaba á sus gobernantes polacos, y más de una vez, en el curso de los tres últimos siglos, los habían matado á centenares. Además, Napoleón III empezó á amenazar á Rusia con una nueva guerra; amago vano, que hizo más daño á los polacos que todo lo demás reunido; y, finalmente los elementos radicales rusos vieron con pesar que ahora los puramente nacionalistas de Polonia eran los que llevaban la dirección, no ocupándose el gobierno revolucionario lo más mínimo en conceder la tierra á los siervos; error del cual no dejó el gobierno ruso de aprovecharse, á fin de aparecer en la posición de protestar de los campesinos contra sus señores polacos.

Cuando estalló la revolución en Polonia, se creía generalmente en Rusia que tomaría un carácter democrático republicano, y que la libe-

ración de los siervos, sobre una base ampliamente democrática, sería lo primero que un gobierno revolucionario, que luchaba por la independencia del país, hubiera realizado.

La ley de emancipación, según se había promulgado en San Petersburgo en 1861, proporcionaba una gran oportunidad para seguir tal línea de conducta; las obligaciones personales de los siervos para con sus amos no concluían hasta el 19 de Febrero del 63, habiendo necesidad de un largo proceso con objeto de llegar á una especie de acuerdo entre los unos y los otros, respecto á las dimensiones y situación de los terrenos que habían de darse á los libertos. El pago anual que por aquellos había de efectuarse (extraordinariamente elevado) estaba fijado por la ley á tanto el acre; pero el campesino tenía también que pagar una cantidad adicional por su morada, á la que la ley sólo fijaba el máximo, en la creencia de que el dueño pudiera tal vez hallarse inclinado á perdonarla ó á contentarse con una parte insignificante de ella. En cuanto á la llamada « redención » de la tierra, en cuyo caso el gobierno tomó á su cargo abonar al propietario todo su valor en bonos del Estado, en tanto que el labriego que la recibía tenía que pagar en cambio, durante cuarenta y nueve años, ó por 100 sobre esa cantidad como interés y anualidades; lo que no sólo era desproporcionado y ruinoso para él, sino que ni aun se fijaba un plazo para la redención. Eso se dejaba á voluntad del señor, por cuya razón, en múltiples ejemplos, no se había dado el primer paso en tal sentido á los veinte años después de hecha la ley.

Bajo tales condiciones, un gobierno revolucionario contaba con una gran oportunidad para mejorar inmensamente la ley rusa; tenía la obligación de realizar un acto de justicia para con los siervos — cuyo estado en Polonia era tan malo, cuando no peor que en la misma Rusia —, concediéndoles mejores y más definidas condiciones de emancipación; pero nada de eso se efectuó; pues siendo el partido puramente nacionalista y el aristocrático los que se hallaban al frente del movimiento, dicha cuestión, de una importancia fundamental, fué relegada al olvido. Esto dió facilidad al gobierno ruso para ganarse las simpatías de los campesinos.

De tal torpeza se sacó gran partido cuando Nicolás Milútin fué enviado á Polonia por Alejandro II, con la misión de liberar á los campesinos del mismo modo que se iba á hacer en Rusia, se arruinaran ó no los propietarios. « Ve á Polonia, aplica allí tu programa rojo contra los propietarios territoriales polacos », le dijo el emperador; y Milútin, en unión del príncipe Cherkánky y otros muchos, hicieron cuanto estuvo de su parte para tomar la tierra á los señores y distribuirla liberalmente entre los labriegos.

Una vez encontré uno de los funcionarios rusos que habían ido á Polonia á las órdenes de Milútin y el príncipe Cherkánky. « Teníamos completa libertad de acción — me dijo — para devolver la tierra á los agricultores. Mi modo corriente de proceder era convocar una asamblea de éstos, y preguntarles: Decidme, ante todo, ¿cuánta tierra tenéis actualmente? Ellos me lo manifestaban, y yo seguía interrogando: ¿Es esta toda la que siempre habéis tenido? A lo cual contestaban todos á una voz: No, por cierto; antes esos prados eran nuestros; ese bosque nos pertenecía, y esos campos también; solían agregar. Yo, después de

dejar que se despacharan á su gusto, acostumbraba á preguntar: Ahora bien; ¿quién de vosotros puede certificar, bajo juramento, que esta ó aquella tierra le ha pertenecido alguna vez? A esto, como es natural, nadie contestaba, por tratarse de una época remota; pero, al fin, la multitud, se fijaba en un anciano, de quien todos decían: ¡El está enterado de todo; puede jurarlo! Entonces el viejo empezaba á contar una larga historia respecto á lo que conoció en su juventud, ó había oído de sus padres; pero yo le cortaba los vuelos, diciendo: Manifestad bajo juramento lo que sepáis que haya pertenecido á la *gmina* (el Municipio del pueblo), y la tierra será de vosotros. Y desde el momento que prestaba juramento al que implícitamente se concedía gran autoridad, yo extendía los documentos y declaraba á la asamblea: Ahora ya esta tierra es vuestra; nada le debéis por ningún concepto á vuestros antiguos amos; desde hoy no sois más que sus vecinos, y todo lo que os resta que hacer es pagar el impuesto de redención, un tanto anualmente al gobierno. Vuestras casas van incluidas en las tierras; las obtenéis de balde ».

Puede imaginarse el efecto que semejante política produciría entre los aldeanos. Un primo mío, Petr Nikoláevich Kropotkin, hermano del aide-de-camp, de quien he hecho mención anteriormente, estaba en Polonia ó en Lituania con su regimiento de hulanos de la guardia. La revolución era tan formidable, que hasta estas fuerzas se habían enviado desde San Petersburgo contra ella; y ahora se sabe que, cuando Mikael Muravioff fué destinado á Lituania y vino á despedirse de la emperatriz María, ella le dijo: « ¡Salvad al menos la Lituania para Rusia! » Polonia se consideraba como perdida.

« Las partidas armadas de los revolucionarios ocupaban el país — me dijo mi primo —, y éramos impotentes para vencerlos, y hasta para encontrarlos. Una y otra vez grupos insignificantes atacaban nuestros pequeños destacamentos, y como combatían admirablemente, conocían el país y hallaban auxilio en su población, á menudo obtenían la mejor parte. Así, pues, nos veíamos obligados á marchar solamente en grandes columnas: se cruzaba una región, caminando á través de los bosques, sin encontrar rastro alguno de las partidas; pero al volver por el mismo sendero se averiguaba que los insurrectos habían aparecido á nuestra espalda, cobrando la contribución impuesta por los patriotas; y si algún campesino había prestado algún servicio á las tropas, se le encontraba ahorcado de un árbol. Tal fué la situación durante meses enteros, sin esperanza de mejora, hasta que Milútin y Cherkánky vinieron y libertaron á los agricultores, dándoles la tierra. Entonces varió la decoración por completo: aquéllos se pusieron de nuestra parte; nos ayudaron á copar las partidas, y la insurrección tocó á su fin ».

Con frecuencia hablé con los desterrados polacos en Siberia sobre este particular; y algunos comprendían la equivocación que se había cometido. Una revolución, desde sus comienzos, debe ser un acto de justicia en favor de « los explotados y oprimidos », no una promesa de realizarlo más adelante; de lo contrario, el fracaso es seguro. Ocurre con frecuencia, desgraciadamente, que los jefes se hallan tan absortos en meras cuestiones de táctica militar, que olvidan lo más importante. Para los revolucionarios, el no conseguir demostrar á las masas que

una nueva era ha empezado realmente para ellas, es asegurar la pérdida inevitable de su causa.

* * *

Las desastrosas consecuencias para Polonia de esta revolución son conocidas; pertenecen al dominio de la Historia. Cuántos miles de hombres perecieron sobre el campo de batalla, cuántos centenares fueron ahorcados, y cuántos miles desterrados á varias provincias de Rusia y Siberia, aun no se sabe con certeza; pero hasta en las cifras oficiales publicadas en Rusia hace algunos años, se encuentra que, sólo en las provincias lituanianas, sin hablar de Polonia, propiamente dicha, aquel hombre terrible, Mikael Muravioff, á quien el gobierno ruso ha levantado un monumento en Wilno, ahorcó, por su propia autoridad, 128 polacos, y desterró á Rusia y Siberia 9.423 hombres y mujeres. Listas oficiales, publicadas también en Rusia, demuestran que el número de aquéllos, de ambos sexos, enviados de Polonia á Siberia, llegó á 18.672, de los cuales 10.407 se mandaron á la Siberia oriental. Recuerdo que el gobernador general de esta última región me indicó el mismo número, diciéndome que 11.000 personas vinieron condenadas á trabajos forzados ó destierro á sus dominios. Yo los vi allí, y presencié sus sufrimientos; en totalidad, sobre unas 60 ó 70.000 personas, si no más, fueron arrancadas de sus hogares y transportadas á diferentes provincias de Rusia, á los Urales, al Cáucaso y á Siberia.

Para Rusia, las consecuencias fueron igualmente desastrosas; la insurrección polaca causó la clausura definitiva del período reformista. Verdad es que la ley de autonomía provincial (Zémstvos) y la reforma de las audiencias se promulgaron en 1864 y 66; pero ambas estaban hechas desde el 62, y, además, á última hora, Alejandro II dió la preferencia al proyecto de autonomía preparado por los reaccionarios de Valúeff contra el presentado por Nicolás Milútin, y á poco de promulgarse ambas reformas, se redujo, y en algunos casos se anuló su importancia, por las leyes adicionales que les agregaron después.

Lo peor de todo fué que la misma opinión pública dió otro nuevo paso hacia atrás; el héroe del día era Kalkóff, el jefe del partido de la servidumbre, quien ahora aparecía como un gran «patriota», arrastrando en pos de sí la mayoría de la sociedad de San Petersburgo y Moscou; desde entonces los que se atrevían á hablar de reformas eran calificados en el acto por Kalkóff como «traidores á la patria».

* * *

La ola de la reacción pronto se hizo sentir en nuestra remota provincia; un día del mes de Marzo, llegó de Irkutsk un mensajero especial con un oficio; en él se intimaba al general á entregar el cargo de gobernador de Transbaikalia y presentarse en Irkutsk á recibir órdenes, y que no volvería á ocupar dicho puesto.

¿Por qué? ¿Qué significaba eso? No se daba ni la menor explicación; ni aun el mismo gobernador general, amigo personal de Kúkel, había querido correr el riesgo de agregar una sola palabra á orden tan miste-

riosa. ¿Quería tal cosa decir que el general sería conducido entre dos gendarmes á San Petersburgo, y enterrado vivo en esa gran tumba de piedra que se llama la fortaleza de San Pedro y San Pablo? Todo era posible; más tarde supimos que esa fué en efecto la intención, y así hubiera ocurrido á no ser por la enérgica intervención del conde Nicolás Muravioff, «el conquistador del Amur», quien imploró personalmente al zar que no se tratara con tal rigor á Kúkel.

Nuestra separación de éste y de su encantadora familia fué verdaderamente un duelo. Yo sentía oprimido el corazón; no sólo perdí en él un querido amigo personal, sino que comprendí también que su partida era la terminación de toda una época llena de esperanzas por largo tiempo acariciadas, «de ilusiones», como se hizo de moda decir.

Tal fué lo que pasó; después vino un nuevo gobernador, hombre de carácter pacífico y de pocas iniciativas. Con renovadas energías, viendo que no había tiempo que perder, completé los proyectos de reforma del sistema del destierro y autonomía municipal; el gobernador hizo algunas objeciones aquí y allá, por mera fórmula, firmando finalmente dichos proyectos, que se remitieron á los centros oficiales. Pero en San Petersburgo ya no se querían, y allí siguen sepultados aún los nuestros, con centenares de otros parecidos, procedentes de todos los puntos de Rusia. Algunas «cárceles modelos», más terribles todavía que las antiguas, se han edificado en las capitales, para enseñarlas durante los congresos del ramo á los extranjeros distinguidos; pero las restantes, y todo el sistema de destierro se hallaron por George Kennan en 1886, exactamente en el mismo estado en que las dejé en 1862. Solamente ahora, después de haber transcurrido treinta y cinco años, las autoridades están introduciendo la reforma de los tribunales, y una parodia de autonomía en Siberia, habiéndose nombrado nuevamente comités que informen sobre el sistema de destierro.

Cuando Kennan volvió á Londres de su viaje á Siberia, al día siguiente de su regreso nos buscó á Stepniak, Tchaykúsky, á otro refugiado ruso y á mí; aquella noche nos reunimos en su habitación, en un pequeño hotel, cerca de Charing Cross; era la primera vez que lo veíamos, y no teniendo una confianza excesiva en viajeros ingleses que toman previamente á su cargo el enterarse de todo lo referente á las prisiones rusas, sin haber ni siquiera aprendido una palabra del idioma del país, empezamos á interrogarlo escrupulosamente, viendo con gran sorpresa nuestra, que, no sólo hablaba correctamente el ruso, sino que sabía todo lo que verdaderamente era digno de conocerse de Siberia. Como entre unos y otros habíamos tenido relaciones con la mayor parte de los desterrados políticos en dicha región, empezamos á acosarlo con preguntas: «¿Dónde está Fulano de Tal? ¿se ha casado? ¿es feliz en su nuevo estado? ¿se mantiene todavía con ánimo entero?» Y pronto pudimos convencernos de que Kennan estaba enterado de todo.

Cuando este interrogatorio se concluyó, y nos disponíamos á salir, yo pregunté: «¿Sabéis, señor Kennan, si han construido una torre-vigía para la brigada de bomberos en Chitá?» Stepniak me miró como para reprocharme el abusar de nuestro amable interlocutor; pero este en el acto se echó á reír; yo no pude por menos que imitarlo, y sin dejar el tono jovial, nos lanzamos una lluvia de preguntas y respuestas: «¿cómo,

estáis enterado de eso?» «¿y vos también?» «¿edificado?» «¿sí, presupuestada en doble!» y otras semejantes; hasta que por último Stepniak intervino, y con toda la gravedad compatible con la dulzura de su carácter, dijo: «Sepamos al fin de qué os reís». A lo que respondió Kennan contando esta historia que deben recordar sus lectores. «En 1859 la gente de Chitá quiso construir una torre-vigía, y recaudó los fondos necesarios para ello; mas como el presupuesto tenía que remitirse á San Petersburgo, lo enviaron al ministerio de la Gobernación; pero al volver, dos años después, aprobado, los precios de la madera y la mano de obra se habían elevado en la joven población, que por momentos se iba desarrollando. Esto fué en 1862, estando yo allí. Se hicieron nuevos presupuestos y mandaron á la capital, repitiéndose la misma historia durante unos veinticinco años, hasta que al fin los habitantes de Chitá, perdida la paciencia, presupuestaron la obra en el doble de su valor; sin embargo de lo cual, semejante precio fué debidamente estudiado en San Petersburgo, y en definitiva aprobado. Así es como aquella población se hizo su torre.

Se ha dicho con frecuencia que Alejandro II cometió una gran falta, y se acarreó su propia ruina, alentando tantas esperanzas que más tarde había de defraudar. Pero de lo manifestado se desprende — y la historia de Chitá era la de toda Rusia — que hizo más que eso; no fué sólo despertar aspiraciones, cediendo por un momento á la corriente de la opinión pública que le rodeaba; indujo á los hombres en todo el país á que se pusieran á trabajar, saliendo del dominio de meras esperanzas y sueños, y tocar con el dedo las reformas que se necesitaban. Les hizo concebir lo que se podía hacer inmediatamente, y lo fácil que sería realizarlo; los exhortó á que sacrificaran todo lo que no pudiera en el acto llevarse á la práctica, y contentarse con lo que fuera posible de momento. Y después que se amoldaron á esta medida, expresando sus ideas en leyes que sólo necesitaban su firma para estar vigentes, él se la negó. Ninguna reacción podía levantar la voz, ni jamás lo ha intentado para afirmar que lo que se pretendía hacer continuar — la antigua organización de los tribunales, la falta de autonomía municipal, ó el sistema de destierro — era bueno y digno de conservarse; nadie se ha atrevido á tanto. Sin embargo, debido al temor de hacer algo, todo se dejó como estaba; durante treinta y cinco años, todos los que se aventuraban á mencionar la necesidad de un cambio, eran tratados de «sospechosos», é instituciones unánimemente reconocidas como malas, se toleraban y sostenían sólo por no volver á oír la horrenda palabra «reforma».

IV.

Viendo que no había nada más que hacer en Chitá en punto á reformas, acepté con gusto la oferta de visitar el Amur aquel mismo verano del 63.

El inmenso dominio comprendiendo la orilla izquierda del Amur (por el Norte), á lo largo de la costa del Pacífico, llegando hacia el Sur hasta la bahía de Pedro el Grande (Vladivostók) había sido anexionado á Rusia por el conde Muravioff, casi contra la voluntad del gobierno

de San Petersburgo, y de seguro con poca ayuda de su parte. Cuando concibió el atrevido plan de tomar posesión del gran río, cuya parte Sur y fértiles tierras fueron durante los últimos doscientos años objeto codiciado por los siberianos, y cuando en la víspera de abrirse el Japón al comercio de Europa, decidió ocupar para Rusia una fuerte posición en la costa del Pacífico y darse la mano con los Estados Unidos, tenía en contra suya á casi todo el mundo oficial en San Petersburgo: el ministro de la Guerra, quien no contaba con hombres disponibles; el de Hacienda, que no tenía dinero para tales aventuras, y especialmente el de Estado, guiado siempre por su preocupación de evitar «complicaciones diplomáticas». Aquel hombre tenía, pues, que obrar bajo su sola responsabilidad, y confiar únicamente en los reducidos medios que una región tan poco poblada como la Siberia oriental podía aportar para tan gran empresa. Además, todo tenía que hacerse con prontitud, á fin de oponer el «hecho consumado» á las protestas de los diplomáticos de la Europa occidental, que indudablemente surgirían.

Una ocupación nominal no hubiera sido provechosa, y la idea era tener á todo lo largo del gran río y de su tributario Sur, el Usuri — unos 4.165 kilómetros — una serie de puntos escalonados que pudieran sostenerse por sí mismos, estableciendo así una comunicación regular entre Siberia y la costa del Pacífico. Para esto se necesitaba gente, y como la escasa población de la Siberia oriental no podía proporcionarla, Muravioff se vió forzado á apelar á medidas extremas. Presos cumplidos, que una vez terminadas sus condenas trabajaban como siervos en las minas imperiales, fueron libertados, organizándose como cosacos transbaikalianos, parte de los cuales fueron instalados á lo largo del Amur y el Usuri, formando dos nuevas comunidades cosacas. Después obtuvo la libertad de un millar de presidiarios condenados á trabajos forzados (la mayoría ladrones y asesinos), que habían de establecerse como hombres libres en el bajo Amur. El en persona fué á verlos marchar, y en el momento de la partida les dijo, ya en el muelle: «Id, hijos míos, sed allí libres, cultivad la tierra, hacedla territorio ruso, emprended nueva vida», y otras cosas parecidas. Las mujeres de los campesinos rusos casi siempre siguen voluntariamente á sus maridos, cuando éstos han sido condenados á trabajos forzados en Siberia, y de ese modo muchos de los nuevos colonos iban acompañados de sus familias; pero los que no se hallaban en ese caso, se aventuraron á decir al general: «¿Qué es la agricultura sin una compañera! ¿se nos debía casar!» A lo cual contestó aquél ordenando se pusieran en libertad todas las mujeres que había en la población condenadas á trabajos forzados — sobre un ciento — y las invitó á que eligieran consorte. Y como no había tiempo que perder, porque las aguas empezaban á bajar en el río rápidamente y las barcazas tenían que partir, Muravioff dijo á la gente que se pusieran por parejas en el muelle y las bendijo, diciendo: «Yo os caso, hijos míos. Sed buenos el uno para el otro; hombres, no deis mal trato á vuestras esposas, y sed felices».

Vi á estos colonos unos seis años después de esta escena: sus aldeas eran pobres, porque la tierra donde se habían establecido fué un bosque virgen que tuvieron que roturar; pero, tomando todo en consideración, bien podía decirse que la empresa no había fracasado, y los matrimonios

del general no fueron menos felices que otro cualquiera. El excelente é ilustrado Inocencio, obispo del Amur, reconoció después estas uniones, así como los hijos que de ellas nacieron, como perfectamente legales, haciéndolos inscribir en los archivos eclesiásticos.

Muravioff fué, sin embargo, menos afortunado con otra clase de hombres que agregó á la población de la Siberia oriental. En su penuria de personal, aceptó unos dos mil soldados de los batallones disciplinarios, los cuales se incorporaron como « hijos adoptivos » á las familias de los cosacos, ó alojaron por grupos en las aldeas de los siberianos. Pero diez ó veinte años de vida de cuartel, bajo la horrible disciplina de la época de Nicolás I no era seguramente una preparación para la agrícola: los « hijos » desertaron de la casa paterna y constituyeron la población flotante de las ciudades, viviendo al día, de lo que se presentaba, gastando principalmente en la bebida lo que ganaban, y aguardando después, tan impasibles como el ave, lo que les apertara el nuevo día.

La abigarrada multitud de cosacos transbaikalianos, de ex-presidarios y de « hijos », instalados todos á la carrera y con frecuencia á la ventura, á lo largo de las márgenes del Amur, no alcanzó ciertamente prosperidad, particularmente en las partes bajas del río, y en el Usuri, donde casi cada metro cuadrado de terreno había que conquistarlo á una floresta subtropical virgen, y en cuya región, las lluvias torrenciales traídas por los monsoones en Julio, las inundaciones en alta escala, y millones de aves de paso, continuamente destruían la cosecha, concluyendo por sembrar entre las poblaciones la desesperación y la apatía.

Un suministro considerable de sal, harina, tasajo y otros comestibles había que embarcar todos los años, para el sostenimiento, tanto de las tropas regulares como de los colonos, del bajo Amur; para lo cual se construían en Chitá unas ciento cincuenta barcas; enviándolas, con la primera subida de las aguas en primavera, río abajo, por el Ingodá, el Shilka y el Amur. Esta flotilla se dividía en grupos de veinte ó treinta embarcaciones, puestos bajo las órdenes de cierto número de cosacos y empleados civiles; muchos de éstos entendían poco de navegación, pero, al menos, eran de confianza, no siendo de temer que robaran las provisiones y las dieran como perdidas. Todo iba á las órdenes del comandante Maróusky, de quien fuí nombrado segundo.

Mis primeras experiencias en mi nueva calidad de navegante no fueron completamente felices. Ocurrió, que yo debía dirigirme con algunas barcas lo más rápidamente posible á un punto determinado del Amur, y entregarlas allí, á cuyo fin tuve que tomar á jornal algunos hombres, elegidos de entre los mismos « hijos » á quienes me he referido anteriormente. Ninguno había jamás navegado, ni yo tampoco. En la mañana de nuestra partida hubo que formar la tripulación con gente reclutada en las tabernas, estando la mayor parte tan borrachos á hora tan temprana, que fué necesario bañarlos en el río para que se espabilaran. Una vez embarcados, tuve que enseñarles cuanto había que hacer. Durante el día, sin embargo, todo marchó sin dificultad; las naves, arrastradas por una corriente suave, navegaban río abajo, y mi tripulación, á pesar de ser inexperta, no tenía interés en hacer encallar las embarcaciones en la orilla: eso hubiera exigido conocimientos especiales. Pero cuando obscureció y fué hora de arrimar aquéllas á tierra y ama-

rrarlas durante la noche, una, que se encontraba bien distante de la que me conducía, sólo se detuvo al montar sobre una roca al pie de un extremadamente elevado é inabordable peñasco. Allí permaneció inmóvil, mientras que el nivel del río, temporalmente elevado por las lluvias, descendía con rapidez. Mis diez hombres no bastaban con seguridad para ponerla á flote: bogueé, pues, río abajo hasta el pueblo más inmediato á pedir auxilio á los cosacos y al mismo tiempo enviar un mensajero á un amigo, oficial de cosacos, quien se hallaba destacado á unos 35 kilómetros de allí, y entendía algo de aquello.

Al fin vino el día; un centenar de cosacos — hombres y mujeres — acudieron á mi llamamiento; pero no hubo manera posible de ponerse en comunicación con tierra para poder hacer la descarga, porque la profundidad del agua al pie del peñasco era muy grande. Y en cuanto intentamos sacarla de la baradura se abrió el fondo, entrando libremente el agua é inundando el barco, cuya carga se componía de harina y sal. Con horror me apercibí que por el agujero habían entrado muchos peces pequeños que nadaban en la barca: y allí estaba yo sin poder hacer nada ni saber qué camino tomar. Hay un remedio muy sencillo y eficaz en tales casos: se mete un saco de harina en la vía de agua; á cuya forma se adapta al momento, en tanto que la costra exterior de la pasta que se forma en el saco evita que el resto de la harina se moje, y, por consiguiente, la entrada del agua; pero ninguno de nosotros sabía entonces eso.

Afortunadamente para mí, pocos minutos después se vió una embarcación que venía río abajo hacia nosotros. La aparición del cisne que condujo á Lohengrin no fué saludada con más entusiasmo por la desesperada Elsa que aquella tosca nave lo fué por mí. La neblina que cubría el hermoso Shilka en la primera hora de la mañana, hacía aún más poética tan halagüeña visión. Era mi amigo el oficial de cosacos, quien, informado por lo que yo le había dicho respecto á la crítica situación de la barca y considerándola perdida, traía otra descargada, que por casualidad halló á mano, para trasbordar á ella lo que llevaba la mía.

Entonces se tapó la entrada del agua, se achicó ésta con una bomba, se pasó el cargo á la otra barca, y á la mañana siguiente pude continuar mi viaje. Esta pequeña lección práctica me fué de mucha utilidad, y pronto llegué al punto de destino en el Amur, sin ninguna otra aventura digna de mención. Todas las noches encontrábamos una playa adecuada donde poder deternos con las barcas, y nuestras hogueras se encendían al borde de las corrientes y cristalinas aguas, en medio de un paisaje montañoso encantador. Durante el día, apenas podía uno imaginarse un viaje más agradable que el efectuado en una barca, arrastrada blandamente río abajo, sin el ruido y la trepidación del buque de vapor; bastando dar alguna vez que otra un golpe con el gran remo de popa para mantenerse en el centro de la corriente. Para los amantes de la naturaleza, la parte baja del Shilka y la alta del Amur, donde se ve un hermosísimo y ancho río, deslilizándose entre montañas escarpadas y riscos cubiertos de verdura, elevados unos seiscientos y pico de metros sobre el nivel del agua, ofrece una de las escenas más deliciosas del mundo. Pero esta disposición del terreno hace que la comunicación á caballo,

á lo largo de la orilla, por una estrecha senda, resulte muy difícil. Esto lo llegué á saber aquel otoño por propia experiencia. En la Siberia oriental, las siete últimas estaciones á lo largo del Shilka (sobre 200 kilómetros) eran conocidas con el nombre de los siete pecados mortales. Esta vía del ferrocarril transiberiano, si llega á construirse alguna vez, costará cantidades fabulosas; mucho más de lo que la línea del Pacífico canadiense en las Montañas Rocosas, en el paso del río Fraser, ha importado.

Después de haber entregado mis barcas, recorrí unos 1.660 kilómetros, río abajo, en uno de los botes correos que allí navegan. La popa estaba cubierta, y en la proa había un cajón lleno de tierra, sobre la que se mantenía el fuego encendido para hacer la comida; mi tripulación se componía de tres hombres, y como no había tiempo que perder, se bogaba, alternando todo el día, dejando que á la noche se fuera con la corriente, montando yo una guardia de tres ó cuatro horas para mantener la embarcación en la mitad del río y evitar que se metiera por alguno de los canales laterales. Estas guardias — brillando arriba la luna llena, y los oscuros y escarpados montes reflejándose sobre las aguas — eran hermosas sobre toda ponderación. Mis remeros procedían de los ya mencionados « hijos »; eran tres vagabundos que tenían la reputación de ser incorregibles rateros y ladrones, y yo llevaba un pesado saco lleno de billetes de Banco, plata y cobre; en la Europa occidental, semejante viaje por un río solitario, se hubiera considerado peligroso; pero en la Siberia oriental no. Lo hice sin llevar ni siquiera una vieja pistola, y realicé la expedición sin tener de ellos queja alguna. Sólo al aproximarnos á Blagovéschensk se volvieron algo intranquilos. « Khan-shina (el aguardiente chino) está allí barato — decían suspirando — ¡y con seguridad nos ocurrirá alguna avería! ¡cuesta poco, y pronto da con uno en tierra por no estar acostumbrado á él! » Yo ofrecí dejar el dinero que les correspondía en poder de un amigo, quien se encargaría de embarcarlos en el primer vapor; pero ellos replicaron con tristeza: « ¡Eso no es suficiente; cualquiera puede dar una copa — la bebida es barata — y no hace falta más para caerse ». Estaban realmente preocupados, y cuando algunos meses después volví á la misma población, supe que uno de « mis hijos », como allí los llamaban, se había encontrado en un aprieto. Una vez agotado el producto de la venta del último par de botas para continuar envenenándose, robó alguna cosa y cayó en el garlito. Mi amigo obtuvo finalmente su libertad y consiguió embarcarlo.

Sólo los que han visto el Amur, ó conocen el Mississipi ó el Yangtze-kiang, pueden formarse idea de lo inmenso que se hace el primero después de haberse unido al Sungari, y comprender lo tremendo del oleaje que rueda sobre su lecho si el tiempo es borrascoso. Cuando la estación de las lluvias, debido á los monsoones, viene en Julio, el Sungari, el Usuri y el Amur experimentan una crecida considerable; millares de islas poco elevadas sobre el nivel del agua, cubiertas de bosques

de sauces, son inundadas ó barridas por aquélla, y la anchura del río llega en algunos parajes á tres, cinco y aun ocho kilómetros. En tales casos, las aguas se precipitan en los canales laterales y los lagos que se encuentran en las tierras bajas á lo largo del canal principal; y si sopla un viento fresco de la parte oriental contra la corriente, olas gigantescas, mayores aún que las que se ven en el estuario del San Lorenzo, se forman, tanto en el río principal, como en los canales laterales, agravándose todavía más la situación cuando viene un tifón del mar de China y se extiende por la región del Amur.

Nosotros experimentamos uno de éstos. Yo me encontraba entonces á bordo de un bote grande de cubierta con el comandante Marousky, á quien me uní en Blagovéschensk. El había dispuesto el aparejo de modo que pudiéramos navegar ceñido al viento, y al empezar la tormenta, conseguimos tomar el lado abrigado del río y refugiarnos en uno de sus pequeños tributarios: allí permanecimos durante dos días, mientras que el huracán soplaba con tal violencia, que cuando me aventuré á penetrar algunos centenares de metros en el vicino bosque, tuve que retroceder, á causa de la gran cantidad de árboles corpulentos que el viento derribaba á mi alrededor. La importancia de la tempestad hizo que empezáramos á inquietarnos por la suerte de nuestras barcas; era evidente que si se hubieran encontrado navegando aquella mañana, no hubiesen podido coger el lado abrigado del río, sino que, arrastradas por las olas al otro, donde era mayor la violencia del viento, allí se hubieran irremisiblemente perdido. Que debía haber ocurrido un desastre, era cosa casi segura.

Tan luego como amainó la furia del mal tiempo, volvimos á navegar; sabíamos que pronto debíamos tropezar con dos grupos de barcas; pero pasó un día, pasaron dos, y nada se encontraba. Mi amigo Maróusky perdió el apetito y el sueño, y parecía como si acabase de sufrir una grave enfermedad. Se pasaba los días enteros inmóvil sobre cubierta, murmurando: « Todo se ha perdido, todo se ha perdido ». Los pueblos son escasos y están muy distantes unos de otros en esta parte del Amur, y nadie nos podía dar informe alguno. Se reprodujo la tempestad, y, finalmente, al llegar á una aldea al amanecer, supimos que no había pasado ninguna barca; pero que se vieron restos de un naufragio flotando por el río el día anterior. Era indudable que, por lo menos, cuarenta barcas con un cargo de unas 2.000 toneladas, debían haberse perdido. Esto representaba el hambre, hasta cierto punto, en el bajo Amur, si no se le suministraba á tiempo, porque la estación estaba avanzada pronto se suspendería la navegación, y en esa época no había telégrafo; á lo largo del río.

Celebramos consejo, decidiendo que Maróusky navegase lo más rápidamente posible, dirigiéndose á la desembocadura de aquél; tal vez se hubieran podido hacer algunas compras de grano en el Japón antes de que la navegación se cerrara. Yo, entre tanto, debía marchar lo más velozmente que pudiera, río arriba, para determinar la importancia del siniestro, procurando recorrer los 3.330 kilómetros que me separaban de la capital, en bote, á caballo, ó en vapor, si encontraba alguno. Mientras más pronto informara á las autoridades de Chitá, y se remitiera la cantidad de provisiones que hubiese disponible, tanto mejor. Tal vez

parte de ellas pudieran este mismo otoño llegar al alto Amur, desde donde sería más fácil embarcarlas á la entrada de la primavera para las tierras bajas. Aunque no se ganasen más que algunas semanas ó días, en tiempos de escasez, eso siempre sería de importancia.

Empecé mi largo viaje en un bote de remo, cambiando tripulantes en cada pueblo, ó sea cada 35 kilómetros, poco más ó menos. Se progresaba lentamente; pero era posible que no hubiera vapor río arriba en quince días, y, mientras tanto, yo podía llegar á los parajes donde se perdieron las embarcaciones y ver si algo se había salvado. Además, en la boca del Ussuri (Khabaróusk) era posible que encontrara vapor. Los barcos que hallaba en los pueblos eran de mala muerte y el tiempo estaba muy revuelto; claro está que no nos alejábamos de la orilla; pero, á veces, teníamos que cruzar algunos afluentes de una anchura considerable, y las olas que levantaba el fuerte viento amenazaban de continuo hacer zozobrar nuestra pequeña navicilla. Un día tuvimos que atravesar un brazo del río que tenía cerca de cien metros de ancho; grandes olas se elevaban como montañas al encontrarse ambas corrientes, y mis remeros, que eran dos campesinos, se aterrorizaron, y poniéndose blancos como el papel, con los labios temblorosos y lívidos, murmuraban plegarias; pero un bravo muchacho de quince años que iba al timón, vigilaba con calma los movimientos de las aguas, sorteando al oleaje con serenidad admirable. El bote, sin embargo, se anegaba, y yo, con un viejo achicador, procuraba echar por una parte el agua que entraba por la otra, notando algunas veces que aquélla se acumulaba con más rapidez de la que yo podía emplear para desalojarla; hubo un momento en que embarcó el bote tanta, de dos olas seguidas, que á una señal de uno de los trémulos remeros me desaté el pesado saco lleno de plata y cobre que llevaba á la espalda... Durante varios días nos vimos en trances parecidos; yo nunca violenté su voluntad; pero como ellos sabían la causa que motivaba el apresuramiento, aprovechaban toda oportunidad que se presentaba de seguir adelante. «No se muere siete veces sino una, y esta no hay medio de evitarla», solían decir, y, santiaguándose, metían mano á los remos y bogaban adelante.

Pronto llegué al lugar donde ocurrió el principal siniestro: cuarenta y cuatro barcas habían naufragado, y como no fué posible descargarlas, pocos efectos se salvaron. Las aguas se llevaron dos mil toneladas de harina. Con tales noticias continué mi viaje.

Unos días después, un vapor que remontaba lentamente el río me alcanzó, y cuando lo abordé me dijeron los pasajeros que el capitán, bajo la acción de una tremenda borrachera, se arrojó al agua; se le pudo, sin embargo, salvar, y se hallaba enfermo en su camarote. Me pidieron que tomara el mando del buque, y tuve que consentir en ello; pero pronto encontré con gran sorpresa mía, que todo marchaba por sí mismo de un modo tan excelentemente rutinario, que, aunque me pasaba todo el día en el puente, no tenía casi nada que hacer. Aparte de algunos minutos de verdadera responsabilidad, cuando había que atracar á los desembarcaderos, donde tomábamos leña como combustible, y el decir á los fogoneros alguna palabra que otra de cuando en cuando, con objeto de animarlos y poder salir en el momento que la aurora permitía distinguir el contorno de las orillas, todo marchaba perfectamente. Un

práctico que hubiera podido interpretar la carta, hubiese obtenido el mismo resultado.

Viajando algo por vapor, y mucho á caballo, llegué, al fin, á Transbaikalia. La idea de que el hambre se presentara en el bajo Amur la primavera próxima, me causaba una impresión penosa. Al remontar el Shilka, observé que el vaporcito no marchaba con tanta rapidez contra la corriente, por cuya razón lo abandoné, y recorrí á caballo, acompañado de un cosaco, 3.330 kilómetros, Argúñ arriba, á lo largo de uno de los caminos montañosos más abruptos de Siberia, no deteniéndonos para hacer fuego, hasta que la media noche nos sorprendía en el bosque. Ni aun las diez ó veinte horas que se podían ganar, apretando de tal modo, eran de despreciar, porque cada día se acercaba más la clausura de la navegación, y ya se formaba hielo por la noche en el río. Al fin, encontré al gobernador de Transbaikalia y á mi amigo el coronel Pedashenko á orillas del Shilka, en la estación penal de Kará, y el último tomó á su cargo el cuidado de remesar inmediatamente todas las provisiones posibles. En cuanto á mí, partí inmediatamente para dar cuenta de todo lo acaecido en Irkutsk.

Las gentes de esta última, se maravillaban de la rapidez con que yo había podido hacer tan largo viaje, el cual me dejó reventado. Pude, sin embargo, reponerme durmiendo durante una semana tal número de horas al día, que me avergonzaría mencionarlas.

«¿Habéis descansado lo suficiente?», me preguntó el gobernador general, á la semana, ó poco más, de mi llegada. «¿Podrías salir mañana, como correo, para San Petersburgo, con objeto de dar vos mismo cuenta de la pérdida de las barcas?» Aquello representaba el recorrer en veinte días — ni uno más — otra distancia de 5.330 kilómetros entre Irkutsk y Nijni Novgorod, donde podía tomar el tren para San Petersburgo; caminar día y noche en silla de posta, que se necesitaba cambiar en cada estación, pues no era posible que ningún carruaje aguantase semejante viaje, corriendo constantemente sobre los caminos helados. Pero el deseo de ver á mi hermano Alejandro fué lo bastante para que no dejara de aceptar la oferta, y á la noche siguiente me puse en camino. Cuando llegué á las tierras bajas de la Siberia occidental y los Urales, el viaje se convirtió verdaderamente en un tormento: hubo días en que las ruedas de los vehículos se rompían sobre el terreno helado con una frecuencia deplorable; los ríos se iban helando, y tuve que cruzar el Ob en un bote, á través de témpanos de hielo, que á cada momento amenazaban echar á pique nuestra pequeña embarcación. Cuando llegué al río Tom, en el que el hielo flotante se había soldado uno con otro en la noche anterior, la gente se negó por algún tiempo á pasarme á la otra banda, pidiéndome que les diera «un recibo».

— ¿Qué clase de recibo necesitáis?

— Debéis escribir en un papel: «Yo, el infrascrito, testifico, por la presente, que me ahogué por la voluntad de Dios, y no por culpa de los campesinos», y nos dais ese documento.

— Con mucho gusto; vamos á la margen opuesta.

Por último, conseguí que me acompañaran: un muchacho muy desenvuelto, que yo había elegido de entre la multitud, abría la marcha, tanteando la resistencia del hielo con un palo; yo caminaba detrás, lle-

vando al hombro mi caja de despachos, y ambos íbamos amarrados á largas cuerdas que sostenían cinco labriegos, siguiéndonos á cierta distancia, uno de los cuales traía un haz de paja, para echarla sobre el hielo en los sitios que no ofreciera seguridad.

Finalmente llegué á Moscou, donde me esperaba mi hermano en la estación, y de allí partimos en el acto para San Petersburgo.

La juventud es una gran cosa: después de semejante viaje, que duró veinticuatro días con sus noches, entrando de mañana en San Petersburgo, fui en el mismo día á entregar mis despachos, y no dejé de ir á ver á una de mis tías, ó mejor dicho, á una prima, que me recibió con alegría, diciéndome: «Esta noche damos un baile; ¿vendrás?» «¡Claro que sí!» — le contesté. Y no sólo fui, sino que bailé hasta el amanecer del otro día.

* * *

Quando llegué á San Petersburgo y me presenté á las autoridades, comprendí el por qué se me había mandado á dar cuenta en persona de lo ocurrido. Nadie podía creer hubiera pasado tal siniestro: «¿Habéis estado en el mismo lugar? ¿visteis la destrucción de las barcas con vuestros propios ojos? ¿estáis completamente seguro de que no han robado el cargo, enseñándoos los restos de un naufragio cualquiera?» Tales fueron las preguntas que tuve que contestar.

Los altos funcionarios que estaban colocados al frente de los asuntos siberianos en San Petersburgo, eran admirables por su cándida ignorancia respecto á Siberia. «*Mais, mon cher* — me dijo uno de ellos, que hablaba siempre el francés — ¿cómo es posible que se pierdan cuarenta barcas en el Neva sin que nadie corra en su auxilio?» «¡El Neva! — exclamé — ¡poned tres ó cuatro Nevas unidos, y tendréis el bajo Amur!»

«¿Es verdaderamente tan grande?» Y dos minutos después charlaba en correcto francés sobre una multitud de cosas. «¿Cuándo visteis al pintor Schmartz la última vez? ¿No os parece su «Juan el Terrible» un cuadro admirable? ¿Sabéis por qué iban á arrestar á Kúkel?», y me contó todo lo referente á una carta que le remitieron pidiéndole su apoyo para la causa polaca. «¿Sabéis que Chernysheusky ha sido preso? Ahora está en la fortaleza.»

«¿Por qué? ¿qué ha hecho?» — le pregunté, y él me respondió: «¡Nada en el fondo, nada! ¡Pero, *mon cher*, ya sabéis lo que son las cuestiones de Estado!... ¡Un hombre de tanta inteligencia, tan extraordinariamente ilustrado, y con tan gran influencia sobre la juventud, como comprenderéis, no era posible que un gobierno pudiera consentirlo: eso es intolerable, *mon cher*, en un estado bien ordenado.»

El conde Ignatieff no me hizo tales preguntas: conocía muy bien el Amur, y también á San Petersburgo. Entre humorísticas y picantes observaciones, que hacía respecto á Siberia con pasmosa vivacidad, me dijo: «Ha sido una suerte que hayáis estado sobre el terreno y visto la catástrofe. Y han obrado muy cuerdamente al enviaros personalmente con la relación. «¡Muy bien hecho! Al principio no había quien creyera lo de las barcas: «Un nuevo robo», se decía. Pero ahora afirman

las gentes que érais bien conocido como paje, y como sólo habéis estado algunos meses en Siberia, no es de creer que os prestáseis á encubrir un robo, y confían en vos.»

El ministro de la Guerra, Dmitri Milútin, fué el único hombre de los que ocupaban un puesto elevado en San Petersburgo que se ocupó formalmente de la cosa. Me dirigió muchas preguntas, y todas pertinentes. Al momento se hizo cargo de la cuestión, y toda nuestra conversación se redujo á cortas sentencias, sin precipitación, y al mismo tiempo sin palabras inútiles. «¿Queréis decir que á los establecimientos de la costa se suministre por mar, y sólo por Chitá el resto? Perfectamente: pero si el año próximo se repite la tormenta, ¿ocurrirá una vez más el mismo siniestro?» «No, si se dispone de dos pequeños remolcadores que convoyen las barcas.» «¿Bastará eso?» «Sí; con que se hubiera podido disponer de uno solo, la pérdida no hubiese sido ni aun la mitad de importante.» «Es muy probable: escribidme exponiendo cuanto habéis manifestado con claridad y privadamente, sin cumplimientos.»

V.

No permanecí mucho en San Petersburgo, volviendo á Irkutsk aquel mismo invierno: mi hermano debía ir á reunirse conmigo dentro de pocos meses; pues había ingresado de oficial en los cosacos de Irkutsk.

Viajar á través de Siberia en el invierno se tiene por cosa terrible; pero, si bien se considera, es, después de todo, más comfortable que en ninguna otra época del año. Los caminos cubiertos de nieve se recorren cómodamente, y aunque el frío es intenso, se puede soportar bastante bien. Tendido uno cual largo es en el trineo, como todos hacen en Siberia, envuelto en mantas de pieles, con pelo por dentro y por fuera, no se sufre mucho por esa causa, aun cuando el termómetro esté á cuarenta ó sesenta grados Fahrenheit bajo cero. Viajando como lo hacen los correos — esto es, cambiando rápidamente de caballos en cada estación, y sólo parando durante una hora una vez al día para comer — llegué á Irkutsk á los diecinueve días de haber salido de San Petersburgo: 330 kilómetros al día es la marcha normal en tales casos, y recuerdo haber recorrido los últimos 1.100 kilómetros de mi viaje en setenta horas. El hielo no era entonces muy espeso; los caminos se hallaban en excelente estado; á los conductores se les mantenía animosos, gracias á un abundante suministro de monedas de plata, y el tiro, compuesto de tres caballitos ligeros, no parecía fatigado al correr suavemente sobre cerros y valles, á través de ríos helados y duros como el acero, y de florestas que resplandecían con su manto argentino bajo los rayos del hermoso sol.

Ahora había sido nombrado agregado al gobierno general de la Siberia oriental, para todo lo referente á los cosacos, teniendo que residir en Irkutsk; pero en este cargo no había nada de particular que hacer: el dejar que todo marchase según la rutina establecida, sin volverse más á referir á ningún cambio, era la consigna que esta vez venía de San Petersburgo. Por cuya razón, acepté con placer la propuesta de emprender exploraciones geográficas en Manchuria.

Si se echa una ojeada á un mapa de Asia, se ve que la frontera rusa que corre en Siberia, hablando en términos generales, á lo largo del grado cincuenta de latitud, de repente se inclina en Transbaikalia hacia el Norte; sigue en una extensión de 500 kilómetros el río Arguñ; y después, al llegar al Amur, se vuelve en dirección al Sudeste. Hallándose el pueblo de Blagoveschek, que fué en otro tiempo la capital de las tierras bañadas por el río, situado, de nuevo, casi á la misma latitud de cincuenta grados. Entre el ángulo Sur de Transbaikalia (Nueva Tsurukháitu) y Blagovéschensk sobre el Amur, la distancia de Oeste á Este es sólo de 830 kilómetros; pero á lo largo del Arguñ y el Amur pasa de 1.665, y, además, la comunicación paralela al curso del primero, que no es navegable, resulta extremadamente difícil: en su parte baja no hay más que caminos montañosos con exceso abruptos y poco menos que infranqueables.

Transbaikalia es muy rica en ganadería, y los cosacos que ocupan su extremo Sur y son importantes ganaderos, deseaban establecer una comunicación directa con el Amur central, que sería un buen mercado para sus ganados. Traficando con los mongoles, habían oído decir á éstos que no sería difícil llegar al Amur, caminando hacia el Este, á través del gran Khingán: en tal dirección, les dijeron, se tropieza con un antiguo camino chino, que, después de cruzar el lugar referido, conduce á la población manchuriana de Merghén (sobre el río Ninni, tributario del Sungari), donde se encuentra un camino excelente para el Amur central.

Me ofrecieron la dirección de una caravana comercial que los cosacos pensaban organizar, á fin de encontrar aquel camino, y la acepté con entusiasmo. Ningún europeo había visitado jamás aquella región; y un topógrafo ruso que emprendió igual camino algunos años antes, fué muerto: sólo dos jesuitas, en tiempos del emperador Kan-si, penetraron desde el Sur hasta Merghén, determinando su latitud; pero toda la inmensa región que se extendía al Norte de dicho lugar, de 830 kilómetros de anchura y 1.165 de profundidad era absolutamente desconocida. Consulté todas las fuentes de información posibles respecto á esta región: nadie, ni aun los geógrafos chinos, sabían lo más mínimo sobre el particular; además, el hecho mismo de poner en relación al Amur con Transbaikalia tenía su importancia, y Tsurukháitu va á ser ahora la cabeza del ferrocarril transmanchuriano; habiendo sido nosotros, por consiguiente, los precursores de esa gran empresa.

Se presentaba, sin embargo, una dificultad: en el tratado en que China concedía á Rusia libertad de comercio con el « imperio de China y Mongolia », no se mencionaba á Manchuria, pudiendo lo mismo incluirse que excluirse de dicho tratado. Las autoridades chinas de la frontera lo interpretaban de una manera y las rusas de otra. Además, como sólo se mencionaba el tráfico, á un oficial no se le permitiría entrar en Manchuria. Tuve, pues, necesidad de ir como negociante, á cuyo objeto compré algunos géneros en Irkutsk y fuí disfrazado de tal. El gobernador general me dió un pasaporte á nombre del segundo contribuyente de Irkutsk, el comerciante Petr Alexeien y sus compañeros, previniéndome que, si las autoridades chinas me arrestaban y me llevaban á Pekín, y de allí, á través del Góbi, á la frontera rusa — en una caja, sobre los

lomos de un camello, era como conducían á los prisioneros de un extremo á otro de Mongolia —, no debía comprometerlo dando mi nombre. Yo, como es natural, acepté todas las condiciones, pues la tentación de visitar un país que jamás ningún europeo había visto, era demasiado fuerte para que un explorador pudiera resistirla.

El ocultar mi identidad mientras estuviera en Transbaikalia no hubiera sido empresa fácil: los cosacos son extremadamente curiosos — verdaderos mongoles —, y desde el momento que un forastero llega á uno de sus pueblos, el amo de la casa donde pára, aunque ofreciéndole la mayor hospitalidad posible, lo sujeta á un formal interrogatorio.

« Supongo que el viaje habrá sido molesto — empieza diciendo —; el camino de Chitá á aquí es muy largo, ¿no es verdad? Y tal vez más largo todavía para uno que venga de más lejos. ¿Será quizás de Irkutsk? Allí hay mucho comercio; numerosos negociantes pasan por aquí. ¿Vais también á Nerchinsk, no es verdad? A vuestra edad es muy corriente el estar casado, y supongo tendréis familia: ¿muchos hijos? ¿Probablemente no serán todos varones? » Y á este tenor durante media hora.

El jefe local de los cosacos, capitán Buxhovden, conocía bien el personal, y esto fué causa de que tomáramos nuestras precauciones: en Chitá y en Irkutsk habíamos con frecuencia trabajado en teatros de aficionados, representando más generalmente dramas de Ostrausky, en los cuales el lugar de la escena es por lo común entre las clases comerciales. Muchas veces tomé parte en tales funciones, y tanto placer me producía el representar, que, hasta llegué una vez á escribir á mi hermano una carta entusiasta, confesándole mi ardiente deseo de abandonar la carrera militar y dedicarme al teatro. Yo, trabajando de galán joven, hacía por lo general papeles de comerciantes, y me había familiarizado bastante bien con sus modos de hablar, gesticular y beber te en el plato — cosas que aprendí al hacer mis trabajos estadísticos en Nikolskoye — y ahora se me presentaba la ocasión de ponerlas en práctica con un objeto provechoso.

« Tomad asiento, Petr Alexeievich », solía decirme el mencionado capitán, cuando la tetera, lanzando nubes de vapor, se colocaba sobre la mesa.

« Gracias; nos detendremos aquí », contestaba yo, sentándome en el borde de la silla á cierta distancia, y empezando á beber mi te como verdaderamente lo hacen los mercaderes de Moscou, mientras que Buxhövdén casi no podía contener la risa, al verme soplar mi plato con la vista clavada en él, y morder de un modo especial, arrancándole microscópicas partículas, un pequeño terrón de azúcar que había de servir para media docena de tazas.

Sabíamos que los cosacos pronto llegarían á descubrir la verdad; pero lo importante era ganar algunos días, y cruzar la frontera antes de que eso sucediera. Yo debí representar mi papel muy regularmente, porque los cosacos me trataron como á un mercader cualquiera. En un pueblo, una vieja me llamó al pasar, preguntándome:

- ¿Viene alguien más por el camino, amiguito?
- Nadie, abuela, que yo sepa.
- ¿Dicen que un príncipe, el de Rapotsky, iba á venir; será verdad?
- ¡Oh! ya comprendo: tenéis razón, abuela; sus altezas pensaban

hacer el viaje desde Irkutsk. ¡Pero cómo habían de realizarlo con tan malos caminos! ¡Eso no es para ellos! Así, que han resuelto quedarse donde están.

— Es claro; ¡eso no era posible!

Diré, para abreviar, que pasamos la frontera sin que nos molestaran; éramos once cosacos, un tungo y yo, todos á caballo; llevábamos unos cuarenta de éstos para la venta y dos carros, uno de los cuales, de dos ruedas, era mío, y contenía los paños, terciopelos y tejidos en oro y otras cosas de la misma índole que yo traía en mi calidad de negociante. El cuidado de mi carro y mis caballos estaba completamente á mi cargo, y como encargado de la caravana elegimos á uno de los cosacos, quien debía entenderse para todo con las autoridades chinas. Todos los cosacos hablaban la lengua del país, y el tungo entendía la manchuriana. La gente de la caravana sabía, por supuesto, quién era yo — uno de los cosacos me había conocido en Irkutsk —, pero nunca se dieron por entendidos, comprendiendo que de ello dependía el éxito de la expedición. Yo llevaba un largo vestido de algodón azul, como todos los demás, y los chinos no se fijaron en mí, así que, sin ser observado, pude trazar el plano del camino. En el primer día, cuando los soldados chinos de todas clases nos rodeaban, con la esperanza de alcanzar una copa de aguardiente, yo, por lo general, apenas podía dirigir una mirada furtiva al sextante y anotar las alturas y las distancias dentro del bolsillo, sin sacar el papel al exterior. No llevábamos arma alguna: únicamente el tungo, que iba á casarse, traía su escopeta de chispa, de la que se servía para cazar al ciervo que se descuidaba, proporcionándonos carne fresca, y reuniendo pieles con que tener para pagar el importe de la novia.

Cuando no pudieron sacarnos más aguardiente, nos dejaron solos los soldados chinos. Y nosotros, caminando directamente hacia el Este, franqueamos del mejor modo posible sierras y valles, hasta que, después de cuatro ó cinco días de marcha, dimos al fin con el camino chino que debía llevarnos á través del Khingán, á Merghén.

Con gran sorpresa nuestra, encontramos que el cruce de la gran cordillera, que tan negra y terrible aparecía en los mapas, era cosa bien fácil. En el camino alcanzamos á un antiguo funcionario chino, de aspecto miserable, que iba viajando en un carro de dos ruedas. En los dos últimos días la marcha había sido cuesta arriba, y el terreno presentaba testimonio de su gran altitud: el suelo se hizo cenagoso, y el camino estaba lleno de fango; la hierba ofrecía pobre aspecto, y los árboles eran enanos, raquíticos y á menudo mal conformados y cubiertos de líquenes. A derecha é izquierda se levantaban montañas desprovistas de vegetación, y ya íbamos pensando en las dificultades que nos ofrecería el paso de la sierra, cuando vimos al chino bajarse de su carro delante de un *obó* — esto es, un montón de piedras y ramas de árboles, á las que había amarrados mechones de cerdas y pedazos de trapo —, arrancar varias de aquéllas á la crin de su caballo y unirlas á las otras. « ¿Qué es eso? », le preguntamos. Y él nos contestó: « el obó; el agua que tenemos delante va á desembocar en el Amur ». « ¿Y es esa toda la cordillera de Khingán? » « ¡Toda! No hay más montañas que cruzar hasta llegar á dicho río; no más que cerros! »

Esto causó una verdadera conmoción en nuestra caravana. « ¡Los ríos desembocan en el Amur, en el Amur! », se decían los cosacos unos á otros. ¡Toda su vida habían oído á los ancianos hablar del gran río donde la vid crece silvestre, y las praderas se extienden por centenares de millas, pudiendo mantener á millones de criaturas: más tarde, cuando se anexionó el Amur á Rusia, oyeron hablar del largo camino que había que recorrer para llegar á él, las dificultades con que tropezaban los primeros colonos, y la prosperidad relativa de que disfrutaban los establecidos en el alto Amur, para cuya región acabábamos de encontrar el camino más corto! Teníamos ante nosotros una cuesta empinada, y aquél descendía en forma de zizás hasta llegar á un riachuelo, que se abría paso á través de un mar entrecortado de montañas, y conducía al Amur. Ningún otro obstáculo se presentaba entre nosotros y el gran río. El explorador imaginará mi alegría ante este inesperado descubrimiento geográfico. En cuanto á los cosacos, inmediatamente se desmontaron y fueron á su vez á atar mechones de cerdas, arrancadas á sus caballos, á las ramas del obó. Los siberianos, en general, tienen una especie de temor á los dioses chinos; pues, á pesar de no darles importancia, dicen que no son buenos, están inclinados al mal, y nunca conviene indisponerse con tales divinidades; siendo mucho mejor tenerlas contentas con pequeñas muestras de respeto.

« Mirad, aquí hay un árbol raro; debe ser un roble », exclamaban, á medida que descendíamos por la pendiente. Este árbol no crece en Siberia, no encontrándose hasta no llegar á la declinación oriental de la alta meseta. Luego seguían diciendo: « ¡He aquí avellanos! ¿y qué árbol es ese? », repetían al ver un limonero ú otra clase de árbol de los que no se dan en Rusia, y que yo conocía como pertenecientes á la flora manchuriana. Los hombres del Norte, que durante tantos años habían soñado con tierras templadas, ahora que las veían estaban entusiasmados. Tendidos sobre el suelo cubierto de hierba abundante, la acariciaban con la vista; la hubieran hasta besado. Y ya ardían en deseos de llegar al Amur lo más pronto posible: así que, cuando quince días después acampamos en nuestra última etapa á 35 kilómetros del río, se pusieron tan impacientes como criaturas, empezando á ensillar los caballos poco después de media noche, y haciéndome poner en camino mucho antes del amanecer; y cuando, al fin, desde una eminencia divisamos su poderosa corriente, los ojos de estos siberianos, tan poco impresionables generalmente, y desprovistos de sentimientos poéticos, brillaron de un modo expresivo al tender la vista sobre las azules aguas del majestuoso Amur. Era evidente que, más tarde ó más temprano, con ó sin la ayuda del gobierno ruso, y hasta contra su voluntad, tanto las dos márgenes de este río, hoy desiertas, pero llenas de esperanzas para lo porvenir, así como los inmensos y despoblados terrenos de la Manchuria del Norte, serían invadidos por colonos rusos, del mismo modo que las orillas del Mississipi fueron colonizados por *voyageurs* canadienses.

Entre tanto, el viejo y medio ciego funcionario chino con quien habíamos cruzado el Khingán, arreglándose su vestido azul y sombrero oficial con un botón de cristal en la copa, nos declaró á la mañana siguiente, que no nos dejaría pasar más adelante. Nuestro « encargado »

lo recibió á él y su acompañante en nuestra tienda, y el viejo, repitiendo lo que su secretario le apuntaba al oído, presentó todo género de dificultades encaminadas á impedir que continuásemos avanzando: pretendiendo que acampáramos en aquel lugar, aguardando á que él remitiera nuestro pase á Pekin y recibiera órdenes; á lo que nos negamos en absoluto. Después, empezó á hacer comentarios respecto á nuestro pasaporte.

« ¿Qué clase de documento es ese? dijo mirándolo con desdén, seguramente por estar escrito en pocas líneas en una hoja de papel común, en ruso y en mongol y no tener más que un sencillo sello de lacre. « Vosotros mismos podéis haberlo escrito y sellado con una moneda — observó — ; mirad el mío: me parece que vale alguna cosa ». Y desplegó ante nosotros un gran pliego de papel cubierto de caracteres chinos.

Yo había permanecido apartado durante esta conferencia, arreglando algo mis efectos, cuando me vino á la mano un ejemplar de la *Gaceta de Moscou*, la cual, siendo propiedad de la Universidad de dicha ciudad, tiene un águila impresa en su cabeza. « Enseñadle esto », dije á nuestro encargado; quien, abriendo la gran publicación, le llamó la atención sobre el águila, agregando: « El otro pase era para presentarlo á los extraños; pero he aquí el nuestro ». « ¿Cómo, todo eso se refiere á vosotros? », preguntó el viejo aterrado. « Sí, todo », contestó el otro, con toda la gravedad posible.

El chino, como verdadero empleado, parecía confundido al ver tal profusión de letras; y examinándonos uno por uno nos hacía á todos reverencias; pero como el secretario no cesaba en sus indicaciones, concluyó declarando que no nos dejaría continuar el viaje. « Basta de conversación », dije á nuestro representante; « ordenad que ensillen los caballos ». Los cosacos fueron de la misma opinión, y en un momento nos pusimos en marcha, despidiéndonos del pobre hombre y ofreciéndole hacer constar que, fuera de recurrir á la violencia — cosa que no le hubiera sido posible —, había hecho cuanto estaba en su mano para impedir nuestra entrada en Manchuria, de la cual éramos los únicos responsables.

Pocos días después estábamos en Merghén, donde traficamos un poco, llegando pronto á la población china de Arguñ, en la margen derecha del Amur, y á la rusa de Blagoveschensk, en la izquierda. Habíamos descubierto el camino directo y otras muchas cosas interesantes también: el carácter fronterizo del Gran Khingán, la facilidad con que puede cruzarse, los volcanes terciarios de la región Uyún Kholdontsi, que durante tanto tiempo habían sido poco menos que enigmáticos en la literatura geográfica, y otros hechos de igual importancia. No puedo decir que fui un negociante listo, porque en Merghén insistí (en un chino incorrecto) en pedir treinta y cinco rublos por un reloj, cuando el comprador chino ya me había ofrecido cuarenta y cinco: los cosacos en cambio se daban mejores trazas; vendieron sus caballos muy bien, y cuando hicieron lo mismo con los míos y mis géneros y efectos, resultó que la expedición le había costado al gobierno la modesta suma de veintidós rublos, ó sean cincuenta y cinco francos.

VI.

Todo este verano lo pasé viajando por el Amur, fui hasta su misma desembocadura, ó mejor dicho, su estuario — Nikoláusk —, para unirme al gobernador general, á quien acompañé en vapor á remontar el Usuri, después de lo cual, en el otoño, hice otro viaje más interesante aún, subiendo por el Sungari hasta el corazón mismo de Manchuria, llegando á Ghirin (ó Kirin, según se pronuncia en el Sur).

En Asia muchos ríos están formados por la unión de dos igualmente importantes, lo que hace difícil que el geógrafo pueda decir con certeza cuál de los dos es el principal y cuál el tributario. El Ingodá y el Oñón se reúnen para formar el Shilka; éste y el Arguñ hacen lo mismo para dar por resultado el Amur, el cual se une á su vez al Sungari para constituir esa poderosa corriente que, dirigiéndose hacia el Nordeste, entra en el Pacífico, pasando por las inhospitalarias latitudes de la miserable Tartaria.

Hasta el año 1864, el gran río de Manchuria permanecía poco conocido. Todas las informaciones á este respecto databan del tiempo de los jesuitas, y eso era incompleto; pero ahora, que un renacimiento en lo referente á la exploración de Mongolia y Manchuria iba á realizarse, y el temor que hasta entonces se había tenido á China se consideraba exagerado, todos nosotros, la gente joven, hacíamos presión sobre el gobernador general, mostrándole la necesidad de explorar el Sungari, pues el tener á las puertas de casa una inmensa región casi tan desconocida como un desierto africano, nos parecía una cosa verdaderamente tentadora. De pronto, el general Orsákoff decidió mandar un vapor que remontase el Sungari, bajo el pretexto de llevar un mensaje de amistad al gobernador general de la provincia de Ghirin. El cónsul ruso de Urgá debía ser su portador, y un médico, un astrónomo y yo, todos bajo las órdenes del coronel Checuyáeff, fuimos enviados con la expedición en el vaporcito *Usuri*, que remolcaba una barca con carbón, en la cual iban veinticinco soldados, cuyos rifles se hallaban ocultos cuidadosamente en el cargo.

Todo se organizó con precipitación, y en el pequeño vapor no había donde acomodar tanta gente; pero como todos estábamos llenos de entusiasmo, nos arreglamos lo mejor que pudimos en los reducidos camarotes. Uno de nosotros tuvo que dormir sobre una mesa, y una vez en marcha, encontramos que no había cubiertos para todos, sin hablar de otras cosas necesarias. Otro de los nuestros recurrió á su cortaplumas, y mi cuchillo chino con dos puntas hizo dos veces de tenedor, viniendo á enriquecer el servicio de mesa.

No era empresa fácil navegar contra la corriente; el gran río, en su parte inferior, donde corre por tierras tan bajas como las del Amur, es muy poco profundo, y aunque nuestro vapor sólo calaba un metro, con frecuencia no encontrábamos un canal bastante hondo por donde poder pasar. Hubo días que sólo recorrimos cuarenta millas, tocando otras tantas veces en el arenoso fondo del río, y casi de continuo fué necesario mandar por delante una lancha, que fuera reconociendo la profundidad de la corriente. Pero nuestro joven capitán había resuelto

llegar á Ghirin aquel otoño, y diariamente progresábamos. A medida que más se avanzaba río arriba, hallábamos á este más hermoso y más navegable, y cuando pasábamos los desiertos arenosos en el lugar donde se efectúa su reunión con su hermano el Nonni, el viaje se hizo tan rápido como placentero. Así, en pocas semanas llegamos á la capital de la provincia de Manchuria. El topógrafo hizo un excelente mapa del río; pero, desgraciadamente, como no había tiempo que perder, nosotros rara vez bajábamos á tierra en algún pueblo ó aldea. Las poblaciones á orillas de aquél son escasas y distantes unas de otras; en la parte baja sólo encontramos tierras que lo eran también y se inundaban todos los años; más adelante, navegamos unas cien millas entre dunas de arena, y sólo al llegar al alto Sungari y empezar á acercarnos á Ghirin fué cuando se encontró una densa población.

Si nuestra aspiración hubiera sido el establecer amistosas relaciones con Manchuria, y no sencillamente conocer lo que era el Sungari, nuestra expedición bien hubiese podido considerarse como fracasada. Las autoridades chinas tenían frescos aún en su memoria los recuerdos de lo ocurrido ocho años antes con la « visita » de Muravioff, que tuvo por remate la anexión del Amur y el Usuri, y no podían por menos que mirar con prevención esta nueva é injustificada venida. Los veinticinco fusiles ocultos en el carbón, de los que habían dado noticia á dichas autoridades antes de nuestra salida, provocó todavía más sus sospechas, y cuando nuestro buque echó el ancla frente á la populosa ciudad de Ghirin, encontramos á todos sus comerciantes y mercaderes armados de sables mohosos procedentes de algún viejo arsenal. Sin embargo, no se nos prohibió el pasear por las calles; pero al bajar á tierra, todas las tiendas se cerraron y no se permitió que nos vendieran nada. Nos enviaron algunas provisiones á bordo como obsequio, pero sin querer recibir dinero por ellas.

El otoño se aproximaba rápidamente á su fin; ya habían empezado las heladas, y teníamos que darnos prisa en volver, porque no era posible invernaríamos en el río. En suma, vimos Ghirin, pero no hablamos más que con los dos intérpretes que diariamente venían á bordo del vapor. Nuestro propósito, no obstante, se había cumplido: habíamos averiguado que el río es navegable, sacando de él un plano excelente, desde la embocadura á Ghirin, con cuya ayuda pudimos hacer el viaje de retorno á toda máquina sin ningún accidente. En una ocasión, nuestro vapor encalló en un banco de arena; pero las autoridades de Ghirin, deseando sobre todo que no nos viéramos obligados á pasar el invierno en el río, mandaron doscientos chinos, quienes nos ayudaron á ponernos á flote. Cuando salté al agua y cogiendo una palanca comencé á cantar el aire del río « Dubinushka », lo que permitió á todos dar un fuerte impulso simultáneamente, eso les hizo á los chinos mucha gracia, con tanto más motivo, cuanto que por semejante medio vieron pronto salir al barco de la arena. Esta pequeña aventura fué motivo de que entre los chinos y nosotros se establecieran las más cordiales relaciones. Pero claro es que me refiero únicamente al pueblo, el cual parecía estar muy disgustado con sus arrogantes autoridades.

Hicimos escala en varios pueblos chinos habitados por emigrados del Celeste Imperio, siendo recibidos con la mayor afabilidad. Una

noche, especialmente, dejó su recuerdo impreso en mi memoria: habíamos llegado á un pueblecito muy pintoresco á la caída de la tarde; fuimos á tierra algunos, y yo me interné solo por la población. Pronto me vi rodeado de una compacta multitud, como de unas cien personas, y aunque yo no sabía una palabra de su lengua ni ellos tampoco de la mía, hablamos amigablemente por medio de la mímica, entendiéndonos sin dificultad. El tocar á uno en el hombro en señal de amistad, pertenece indudablemente al lenguaje internacional; el ofrecerse mutuamente tabaco y el que le brinden á uno con fuego, es también una expresión internacional de simpatía. Una cosa llamó mucho su atención: ¿cómo era que yo, á pesar de ser joven, tenía barba? Ellos no la usan antes de los sesenta años. Y cuando les dije por señas que, en caso de no tener nada que comer, me podría servir de alimento, la chanza se transmitió de uno en otro á la masa entera, todos se rieron mucho y empezaron á tocarme en el hombro de un modo más afectuoso todavía; me acompañaron á todas partes, enseñándome sus casas; todos me ofrecieron sus pipas y vinieron á despedirme hasta el vapor, como se hace con un amigo. Debo hacer constar, sin embargo, que no había ni un solo *hoshkó* (policía) en el pueblo. En otras partes, nuestros soldados y yo siempre nos hacíamos amigos de los chinos; pero desde el momento que un *hoshkó* se presentaba, todo se interrumpía. ¡Sin embargo, eran de ver las figuras que le hacían á aquél en cuanto volvía la espalda! Indudablemente no eran partidarios de semejante representante de la autocracia.

Esta expedición cayó después en el olvido; el astrónomo Fh. Uról-tiseff y yo, publicamos informes sobre el particular en las Memorias de la Sociedad Geográfica Siberiana; pero algunos años más tarde, un terrible incendio destruyó en Irkutsk todos los ejemplares que quedaban de aquéllas, así como el mapa original del Sungari, y sólo el año anterior, cuando empezaron los trabajos del ferrocarril transmanchuriano, fué cuando los geógrafos rusos desenterraron nuestros trabajos, encontrando que el gran río había sido explorado hace treinta y cinco años por nuestra expedición.

VII.

Como respecto á las reformas nada más podía hacerse, procuré realizar únicamente lo que parecía posible, dadas las circunstancias, lo cual sólo sirvió para convencerme de la absoluta inutilidad del intento. Por ejemplo, en mi nuevo cargo de agregado al gobernador general, para lo referente á los cosacos, hice una investigación minuciosa de las condiciones económicas de los del Usuri, cuyas cosechas acostumbraban á perderse casi todos los años, teniendo el gobierno necesidad de mantenerlos en el invierno para evitar que fueran víctimas del hambre. Cuando volví con mi Memoria redactada, fui universalmente congratulado, me vi ascendido, y recibí gracias especiales; todas las medidas recomendadas por mí fueron aceptadas, concediéndose subvenciones especiales en efectivo, para ayudar la emigración de unos, y á otros proporcionarles ganado, según mis indicaciones. Pero el resultado práctico de la medida fué, que el dinero vino á parar á manos de un

viejo borracho encargado del asunto, quien dió buena cuenta de él, apaleando después sin piedad á los desgraciados cosacos, á fin de convertirlos en buenos agricultores. Y esto se encontraba en todas las esferas, empezando por el Palacio de Invierno en San Petersburgo, y concluyendo en el Usuri y en Kamchatka.

La alta administración de Siberia estaba animada de las mejores intenciones, y sólo puedo repetir que, tomado todo en consideración, era mucho mejor, más ilustrada y más interesada en el mejoramiento del país, que la de cualquiera otra provincia rusa; pero al fin era una administración, una rama del árbol que tiene sus raíces en San Petersburgo, y eso bastaba para paralizar todas sus excelentes intenciones y convertirla en un obstáculo á todo principio de progreso espontáneo de vida local. Cualquiera cosa que se iniciara en bien del país por los elementos locales, era mirada con desconfianza é inmediatamente paralizada con una multitud de dificultades que partían, no tanto de la mala voluntad de los hombres — quienes, por lo general, son mejores que las instituciones —, sino simplemente por pertenecer á una administración piramidalmente centralizada. El hecho mismo de ser un gobierno cuyo origen se hallaba en otra parte, hacía que apreciara todas las cuestiones desde el punto de vista del funcionario del poder central que piensa ante todo en lo que dirá su superior, y qué efecto causará esto ó lo otro en la máquina administrativa, en vez de hacerlo en interés del país.

Gradualmente, pues, fuí cada vez más encauzando de nuevo mis energías hacia las exploraciones científicas. En 1865 exploré el Sayáns occidental, donde adquirí nuevos conocimientos respecto á la estructura de las altas regiones de Siberia, dando con otra importante de carácter volcánico, en la frontera china; y en suma, al año siguiente, emprendí un largo viaje para descubrir una comunicación directa entre las minas de oro de la provincia de Yakutsk (en el Vitim y el Olókma) y Transbaikalia. Durante varios años (1860-64) los miembros de las expediciones siberianas habían intentado encontrar ese camino, procurando cruzar la serie de cordilleras rocosas, en extremo agrestes y paralelas, que separan ambos lugares; pero cuando llegaban á esa región, viniendo del Sur, y veían ante sus ojos esas terroríficas montañas extendiéndose por centenares de kilómetros hacia el Norte, todos ellos, excepto uno que fué muerto por los naturales, se volvían atrás. Era, por consiguiente, indudable que para alcanzar buen éxito la expedición debía dirigirse de Norte á Sur; de las temibles y desconocidas soledades, á las regiones populosas y templadas.

Ocurrió también, que, mientras preparaba la expedición, me enseñaron un mapa que un natural del país había trazado con su cuchillo en la corteza de un árbol; el cual, dicho sea de paso, era tan magnífico ejemplo de la utilidad del sentido geométrico en los períodos más rudimentarios de la civilización — debiendo, por consiguiente, interesar á A. R. Wallace —, y tal su semejanza con la verdad que nos presenta la Naturaleza, que me confió á él por completo, empezando mi viaje de acuerdo con sus indicaciones. En compañía de un joven naturalista aprovechado, de nombre Polakoff, y un topógrafo, fuí primero bajando por el Lena á las minas de oro del Norte, y allí equipamos nuestra expedición, tomando

provisiones para tres meses, y partimos para el Sur. Un viejo cazador de Yakút, que veinte años antes había seguido una vez el camino indicado en el mapa del tungo, se comprometió á servirnos de guía, y cruzar la región montañosa — unos 420 kilómetros de anchura —, siguiendo el río, los valles y los desfiladeros indicados con el cuchillo de aquél, en el mapa de corteza de abedul. Obra gigantesca que realmente llevó á feliz término, á pesar de no haber rastro alguno que poder seguir, y parecer todos los valles que se veían desde lo alto del paso de una montaña, cubiertos en su totalidad de bosque, á la vista del que no estaba habituado á contemplarlos, como absolutamente idénticos.

Esta vez se dió con la senda: durante tres meses estuvimos vagando por el desierto de montañas casi completamente inhabitado y por las mesetas pantanosas, hasta que, al fin, llegamos á nuestro destino en Chitá. Me han dicho que esa vía es ahora de provecho para conducir ganado, del Sur á las minas de oro; en cuanto á mí, el viaje me fué de mucha utilidad, ayudándome extraordinariamente para encontrar la base de la estructura de las sierras y mesetas de Siberia; pero como no estoy escribiendo un libro de viaje, debo hacer aquí punto final.

Los años que pasé en Siberia me enseñaron muchas cosas que difícilmente hubiera logrado aprender en otra parte: pronto me convencí de la absoluta imposibilidad de poder hacer algo de verdadera utilidad para la masa del pueblo por medio de la máquina administrativa; tal ilusión la perdí para siempre. Entonces fué cuando empecé á comprender, no sólo al hombre y su carácter, sino el móvil interno de la vida de las sociedades humanas. El trabajo constructivo de la masa anónima, del que rara vez se hace mención en los libros, y la importancia de tal obra en el crecimiento de las formas de la sociedad, apareció por completo ante mis ojos. El presenciar, por ejemplo, de qué modo las comunidades de Dukhobortsy (hermanas de las que van ahora á establecerse en el Canadá, y que tan favorable acogida encuentran en los Estados Unidos) emigraron á las regiones del Amur, ver las inmensas ventajas que le reportó su organización fraternal, casi comunista, y hacerse bien cargo del éxito admirable que alcanzó su colonización, en medio de todos los fracasos de la oficial, fué aprender algo que no se encuentra en los libros. Además, el vivir con los indígenas, el ver funcionando todas las formas complejas de organización social que ellos habían elaborado bien distantes de la influencia de toda civilización, fué, como no podía menos de ser, para mí, el acumular torrentes de luz que iluminaron mis estudios posteriores. La parte que las masas, el pueblo, representa en la realización de todos los acontecimientos históricos importantes, y aun en la guerra, se hizo patente para mí por medio de la observación directa, llegando así á tener ideas similares á aquellas que expresa Tolstoï, concerniente á los jefes y las masas, en su monumental obra *Guerra y Paz*.

Habiendo sido criado en el seno de una familia propietaria de siervos, entré en la vida activa, como todos los jóvenes de mi tiempo, con un gran convencimiento de lo necesario que es mandar, ordenar, reprender, castigar y demás; pero cuando, en la primavera de la vida, tuve á

mi cargo empresas de importancia y tratos con los hombres, y cuando cada error hubiera podido tener en el acto graves y serias consecuencias, empecé á apreciar la diferencia que existe entre servirse del principio del mando y la disciplina ó valerse del común acuerdo. El primero es de gran efecto en una parada militar; pero carece de valor allí donde se trata de la vida real, y sólo se puede obtener el éxito por el esfuerzo supremo de muchas voluntades, convergentes á un mismo fin. Aun cuando no formulé entonces mis observaciones en términos análogos á los usados por los partidos militantes, puedo decir ahora, que perdí en Siberia toda la fe en la disciplina del Estado, que antes pudiera haber tenido; preparándose así el terreno para convertirme en anarquista.

Desde la edad de diecinueve años á la de veinticinco, tuve que ocuparme en importantes trabajos de reformas, tratar con centenares de hombres en el Amur, disponer y llevar á cabo arriesgadas expediciones, con medios ridículos por su insignificancia, y otras cosas parecidas; y si todo esto terminó de un modo más ó menos satisfactorio, sólo lo atribuyo al hecho de que pronto comprendí que, en situaciones graves, el mando y la disciplina prestan bien poca ayuda. Los hombres de iniciativa hacen falta en todas partes; pero una vez dado el impulso, la empresa ha de ejecutarse, especialmente en Rusia, no en forma militar, sino en una especie de modo comunal, por medio del general acuerdo. Desearía que todos los que fraguan planes de gobierno autocrático, pudieran pasar por la escuela de la vida real, antes de empezar á forjar sus utopías de Estado: entonces se oiría hablar mucho menos que al presente, de proyectos de organización militar y piramidal de la sociedad.

Con todo esto, la vida en Siberia se me hacía cada vez menos atractiva, no obstante haberse unido á mí mi hermano Alejandro, en 1864, en Irkutsk, donde mandaba un escuadrón de cosacos. Los dos nos considerábamos felices de vernos juntos; leíamos mucho, y discutíamos todas las cuestiones filosóficas, científicas y sociológicas de la época; pero ambos buscábamos con anhelo una vida intelectual que no se encontraba en Siberia. El paso casual por Irkutsk de Rafael Pumpelly y de Adolfo Bastián — los dos únicos hombres de ciencia que visitaron nuestra capital en el tiempo que estuve en ella — fué un verdadero acontecimiento para ambos. La vida científica y especialmente la política de la Europa occidental, de la que oíamos hablar por los periódicos, nos atraían, y el volver á Rusia era el tema obligado al que venían á parar todas nuestras conversaciones. Finalmente, la insurrección de los desterrados polacos en 1866 nos abrió los ojos, mostrándonos la falsa posición que ocupábamos como oficiales del ejército ruso.

VIII.

Estaba yo muy lejos, en las montañas de Vilin, cuando los desterrados polacos, ocupados en excavar un nuevo camino en la roca, en las inmediaciones del lago Baikal, hicieron un desesperado esfuerzo para romper sus cadenas y abrirse paso para China á través de la Mongolia. Se mandaron tropas contra ellos, y un oficial ruso — á quien llamaré Potaloff — fué muerto por los insurrectos. Me enteré de esto á mi vuelta

á Irkutsk, donde unos cincuenta de aquéllos iban á ser juzgados en consejo de guerra, y como la celebración de éstos es en Rusia pública, pude tomar de todo notas detalladas, que remití á un diario de San Petersburgo, en el que se publicaron íntegras, con gran disgusto del gobernador general.

Sólo á la Siberia oriental habían sido desterrados once mil polacos, entre hombres y mujeres, á consecuencia de la insurrección de 1863; en su mayoría eran estudiantes, artistas, ex oficiales, nobles, y, en particular, habíalos artesanos que procedían de la inteligente población obrera de Varsovia y otras ciudades. Una gran parte de ellos se aplicaba á trabajos forzados, y los restantes habían sido distribuidos por el país, en pueblos donde no hallaban trabajo alguno y vivían sumidos en la miseria. Los destinados á trabajos forzados se ocupaban en Chitá en la construcción de barcas para el Amur — éstos eran los menos desgraciados, — ó bien en talleres de fundición y en las salinas. Vi algunos de estos últimos en el Lena, haciendo un trabajo tan penoso y sufriendo tales cambios bruscos de temperatura, que á los dos años de tan atroz faena, estos mártires morían con seguridad de consunción.

Más adelante, un número considerable de los mismos se emplearon como peones en la construcción de un camino á lo largo de la costa Sur del lago Baikal. Este estrecho lago alpino, de 665 kilómetros de largo, rodeado de hermosas montañas que se elevan de mil á cerca de dos mil metros sobre su nivel, es lo que separa á Transbaikalia y el Amur de Irkutsk; en invierno, aquél puede cruzarse sobre el hielo, y en verano hay vapores; pero durante seis semanas en la primavera y otras tantas en el otoño, el único medio de llegar á Chitá y Kyakhta (yendo á Pekín) desde Irkutsk, es el recorrer á caballo un largo y semicircular camino á través de montañas de dos y medio á cerca de tres kilómetros de altura. Una vez hice este viaje gozando grandemente del soberbio espectáculo que ofrecían las montañas con sus mantos de nieve en el mes de Mayo; pero por lo demás, la cosa no tuvo nada de agradable. Sólo el trepar trece kilómetros para llegar á la cumbre del paso principal, Kaumar-dabán, me costó todo un día, desde las tres de la mañana hasta las ocho de la noche; nuestras cabalgaduras se caían con frecuencia, á causa de la nieve que se fundía, dando con sus jinetes varias veces al día en la que, semilíquida, corría bajo la costra medio helada, por lo cual se acordó construir un camino permanente á lo largo de la costa Sur del lago, labrándolo, por decirlo así, en las rocas empinadas y casi verticales que se elevan desde la orilla misma, y salvando con puentes un centenar de rápidos é imponentes riachuelos que con furia rodaban de la montaña al lago; en tan duros trabajos se empleaba á los desterrados polacos.

Varias partidas de desterrados políticos rusos fueron mandadas á Siberia durante el siglo anterior; pero con esa conformidad con el destino que caracteriza á los rusos, jamás se rebelaron; dejaban que los mataran lentamente sin intentar jamás libertarse. Los polacos, por el contrario, — dicho sea en su honor, — nunca fueron tan sumisos, y esta vez se sublevaron abiertamente; era evidente que no contaban con probabilidades de poder triunfar; pero, sin embargo, lo hicieron. Tenían por delante el gran lago y á la espalda una cordillera de montañas absolu-

tamente impracticables, más allá de las cuales se extendían los desiertos de la Mongolia del Norte, á pesar de lo que concibieron la idea de desarmar á los soldados que les custodiaban, forjando al efecto esa arma terrible de las insurrecciones polacas — hoces fijas como picas en palos largos — y abrirse camino atravesando la sierra y la Mongolia, en dirección á China, donde encontrarían buques ingleses que los recogieran. Un día llegó la noticia á Irkutsk que una parte de esos polacos, que trabajaban en el camino de Baikal, habían desarmado una escolta de doce soldados, declarándose en rebelión; ochenta soldados era todo lo que desde allí se podía mandar contra ellos, los cuales, atravesando el Baikal en vapor, fueron á buscar los insurrectos al otro lado del lago.

El invierno del 66 había sido extraordinariamente triste en Irkutsk; en la capital siberiana no hay esa distinción entre las diferentes clases que se observa en las grandes poblaciones rusas, y la «sociedad» de aquella, compuesta de numerosos militares, y empleados, en unión de las esposas é hijas de los mercaderes y aun de los curas, se reunían durante dicha época del año, todos los jueves, en los salones de recepción; pero este invierno, sin embargo, faltaba la animación en tales fiestas; los aficionados no daban juego en las representaciones teatrales, y las mesas del tapete verde, que generalmente florecían en una gran escala, arrastraban una lánguida existencia. Era indudable que existía una seria escasez de dinero en el mundo oficial, y ni aun la llegada de varios empleados de las minas fué señalada con esa profusión de billetes de Banco con que tan privilegiados personajes comúnmente animaban las noches pasadas en el juego. Como la tristeza no se disipaba, un caballero, que el invierno anterior había sido el niño mimado de Irkutsk, gracias á los cuentos humorísticos que contaba con mucho gracejo, viendo que el interés en este género de entretenimiento decaía, apeló al espiritismo como nuevo recurso, y tan buenas trazas se dió, que á la semana toda la población estaba loca con los espíritus parlantes, infundiéndose nueva vida á los que no sabían cómo matar el tiempo. Mesas que hablaban aparecieron en todos los salones, y los amoríos marcharon mano á mano con los golpes espirituales. El teniente Potaloff tomó desgraciadamente todo esto por lo serio: el espiritismo y el amor; tal vez fué menos afortunado con el segundo que con el primero; el caso es que, cuando llegó la noticia de la insurrección, pidió ir en la expedición con los ochenta soldados, esperando volver coronado con el laurel de la victoria.

«¡Voy contra los polacos — escribió en su diario; — sería tan interesante ser herido ligeramente!»

Fué muerto; iba á caballo, al lado del coronel que mandaba la tropa cuando «la batalla con los insurrectos» — cuya brillante descripción puede verse en los anales del estado mayor general — empezó. Los soldados avanzaban lentamente á lo largo del camino, cuando encontraron unos cincuenta polacos, cinco ó seis de los cuales estaban armados de fusiles y el resto de palos y hoces; éstos ocupaban el bosque, y de tiempo en tiempo hacían disparos de fusil, á los que contestaban los soldados. Potaloff pidió dos veces permiso al coronel para echar pie á tierra y correr al bosque, á lo que el jefe referido le contestó, bastante incomodado, que permaneciera donde estaba, á pesar de lo cual, un momento

después, el oficial desapareció; se oyeron varios tiros repetidos en la floresta, seguidos de desgarradores lamentos; los soldados se lanzaron en esa dirección y encontraron al teniente desangrándose en tierra. Los polacos, después de hacer sus últimos disparos, se rindieron; la batalla había terminado y Potaloff estaba muerto. El se hubo de arrojar, revólver en mano, á la espesura, donde halló varios polacos armados de hoces; disparó sobre ellos su arma precipitadamente, hiriendo á uno, é inmediatamente los otros cayeron sobre él.

Al otro extremo del camino, en esta parte del lago, dos oficiales rusos se condujeron de un modo abominable con los polacos que trabajaban en la misma carretera y no habían tomado parte en el alzamiento; uno de aquéllos entró furiosamente en la tienda de campaña de los desterrados, jurando y disparando su revólver contra esa gente inofensiva, hiriendo gravemente á dos de ellos.

La lógica de las autoridades militares en tales circunstancias era, que, como un oficial ruso había sido muerto, se hacía necesario ejecutar á varios polacos; los consejos de guerra condenaron á cinco de ellos á muerte; Szaramowicz, un pianista de treinta años y arrogante figura, que fué el jefe de la insurrección; Celinski, hombre de sesenta, que en otro tiempo había sido oficial del ejército ruso, y tres más cuyos nombres no recuerdo.

El gobernador general telegrafió á San Petersburgo pidiendo autorización para aplazar la ejecución de la sentencia, mas no le contestaron; nos había prometido no pasarlos por las armas; pero después de haber esperado la respuesta varios días, ordenó se llevara á cabo la sentencia reservadamente, á las primeras horas de la mañana. La contestación de San Petersburgo vino cuatro semanas después por correo; se dejaba al gobernador en libertad de obrar, «según su mejor saber y entender». Entre tanto, cinco hombres de levantado espíritu habían sido fusilados.

La gente decía que la insurrección fué una insensatez, y, sin embargo, este valiente puñado de rebeldes obtuvo algo provechoso para los demás. Las noticias de lo ocurrido llegaron á Europa; las ejecuciones, las brutalidades de los dos oficiales, que se hicieron públicas al ser conocidas las sesiones del consejo, produjeron una conmoción en Austria, y ésta intervino en favor de sus súbditos que habían tomado parte en la revolución del 63 y fueron enviados á Siberia. Poco después del alzamiento, la suerte de los desterrados se mejoró sensiblemente, lo cual se lo debieron á los que se rebelaron, á aquellos cinco hombres bravos y enérgicos que fusilaron en Irkutsk, y á los que á su lado se levantaron en armas.

Para mi hermano y para mí, esta insurrección fué una provechosa enseñanza; comprendimos lo que significaba el pertenecer bajo cualquier concepto al ejército. Yo estaba muy lejos de allí; pero mi hermano se encontraba en la capital, y su escuadrón recibió orden de marchar contra los insurrectos; afortunadamente, el jefe del regimiento á que mi hermano pertenecía lo conocía á él bien, y, bajo un pretexto cualquiera, mandó que otro oficial tomara el mando de la parte movilizada del escuadrón; de lo contrario, Alejandro, como es natural, se hubiera negado á marchar; y de encontrarme yo allí, hubiese hecho lo mismo.

Entonces decidimos dejar el servicio militar y volver á Rusia; esto

no era empresa fácil, especialmente por haberse casado Alejandro en Siberia; pero al fin, todo se arregló, y en los comienzos del 67 estábamos en camino para San Petersburgo.

PARTE CUARTA.

SAN PETERSBURGO.

I.

A principios de otoño del 67, mi hermano, con su familia y yo, nos hallábamos establecidos en San Petersburgo. Entré en la Universidad, y me senté en los bancos entre jóvenes, casi niños, de mucho menos edad que yo. Lo que tanto había anhelado durante los últimos cinco años, se había cumplido: podía estudiar; y en conformidad con la idea de que un conocimiento completo de las matemáticas es la única base sólida para todo estudio posterior, ingresé en la Facultad físico-matemática, en su sección dedicada á esta última. Mi hermano entró en la Academia militar de Jurisprudencia, en tanto que yo abandoné por completo la milicia, con gran disgusto de mi padre, á quien le repugnaba hasta la vista misma de un traje de paisano. Ahora, los dos no podíamos contar más que con nuestros propios recursos.

El estudio en la Universidad y un trabajo científico absorbieron todo mi tiempo durante los cinco años posteriores. Un estudiante de la Facultad matemática tiene, por supuesto, mucho que hacer; pero mis estudios previos en el cálculo integral, me permitieron dedicar una parte de mi tiempo á la geografía, y, además, no había perdido en Siberia el hábito de trabajar con fe.

La Memoria de mi última expedición estaba en prensa, presentándose al mismo tiempo un vasto problema ante mis ojos. Los viajes que había hecho por Siberia me habían convencido de que las montañas que en aquella época figuraban en los mapas del Norte de Asia eran fantásticas en su mayoría, y no daban ni remota idea de la estructura del país. Las grandes mesetas, que son un rasgo tan característico de Asia, no habían sido ni aun sospechadas por los que trazaron los mapas. En su lugar, varias grandes cordilleras, tales como, por ejemplo, la parte oriental de la de Slanovoi, que aparecía en los mapas como una oruga negra, trepando hacia el Este, ha sido engendrada en los centros topográficos, contrario á las indicaciones y hasta á los planos de exploradores, tales como L. Schwartz. Esas cordilleras no existen en la naturaleza. Los nacimientos de los ríos que corren hacia el Océano Artico de una parte y al Pacífico de otra, se hallan entrelazados en la superficie de una gran meseta, teniendo su origen en los pantanos mismos; pero en la imaginación del topógrafo europeo, las más altas cordilleras de montañas deben ir asociadas á las fuentes de los grandes ríos, y allí ha dibujado él unos elevados alpes, de los que no hay ni aun

vestigios en la realidad. Muchas imaginarias montañas como esas, interceptaban el mapa del Norte de Asia en todas direcciones.

El descubrir los verdaderos principios fundamentales en la disposición de las montañas de Asia — la armonía de la formación montañosa — vino á ser ahora una cuestión que absorbió mi atención algunos años. Durante bastante tiempo los antiguos mapas, y más todavía las generalizaciones de Alejandro von Humboldt, quien, después de un largo estudio de los ríos chinos, había cubierto el Asia de una red de montañas, corriendo á lo largo de los meridianos y paralelos, me embazaron en mis investigaciones, hasta que al fin vi que aun las generalizaciones de este autor, á pesar de haberme servido de gran estímulo, no estaban de acuerdo con los hechos.

Empezando, pues, por el principio, en una forma puramente inductiva, recolecté todas las observaciones barométricas de viajeros anteriores, y de ellas calculé centenares de altitudes; marqué en un mapa de grande escala todas aquéllas, tanto geológicas como físicas, que habían sido realizadas por diferentes exploradores; los hechos, no las hipótesis; procurando averiguar qué líneas de estructura responderían mejor á las realidades observadas. Este trabajo preparatorio me ocupó más de dos años, seguidos de meses de profundas meditaciones, á fin de descubrir lo que el confuso caos de diseminadas observaciones quería decir; hasta que un día, repentinamente, todo se me hizo claro y comprensible, como si hubiera sido iluminado por una ráfaga de luz. Las principales líneas de estructura de Asia no se hallan dirigidas de Norte á Sur, ó de Occidente á Oriente, sino que vienen de Sudeste al Noroeste; así como en las montañas Rocosas y las mesetas americanas, aquéllas del Noroeste al Sudeste, encontrándose sólo algunas cordilleras secundarias colocadas en opuesta dirección. Además, las montañas de Asia no son un conjunto de independientes cordilleras, como los Alpes, sino que se hallan subordinadas á una meseta inmensa, un viejo continente que en otro tiempo se dirigía hacia el estrecho de Bhering. Altas cordilleras laterales se han elevado á sus costados, y en el transcurso de los siglos nuevos terrenos, formados de sedimentos posteriores, han emergido del mar, aumentando por ambos lados la anchura de ese primitivo espinazo de Asia.

Pocos placeres hay en la vida humana que igualen al producido por la aparición repentina de una generalización que ilumina el entendimiento, después de un largo período de paciente investigación. Lo que durante años se presentaba muy caótico, muy contradictorio y muy problemático, toma de pronto su posición propia dentro de un todo armónico. Del seno de una confusión enorme de hechos y tras las sombras formadas por una multitud de conjeturas — desvanecidas casi al mismo tiempo que creadas — un majestuoso cuadro hace su aparición, como la cadena de montañas alpinas emerge súbitamente en todo su esplendor de la niebla que momentos antes la ocultaba, brillando bajo los rayos del sol en toda su sencillez y variedad, en toda su grandeza y hermosura. Y cuando la generalización se pone á prueba, aplicándola á centenares de hechos separados, que un momento antes habían parecido ser en extremo contradictorios, cada uno de ellos asume la posición que le conviene, aumentando lo impresivo del cuadro, acentuando

no era empresa fácil, especialmente por haberse casado Alejandro en Siberia; pero al fin, todo se arregló, y en los comienzos del 67 estábamos en camino para San Petersburgo.

PARTE CUARTA.

SAN PETERSBURGO.

I.

A principios de otoño del 67, mi hermano, con su familia y yo, nos hallábamos establecidos en San Petersburgo. Entré en la Universidad, y me senté en los bancos entre jóvenes, casi niños, de mucho menos edad que yo. Lo que tanto había anhelado durante los últimos cinco años, se había cumplido: podía estudiar; y en conformidad con la idea de que un conocimiento completo de las matemáticas es la única base sólida para todo estudio posterior, ingresé en la Facultad físico-matemática, en su sección dedicada á esta última. Mi hermano entró en la Academia militar de Jurisprudencia, en tanto que yo abandoné por completo la milicia, con gran disgusto de mi padre, á quien le repugnaba hasta la vista misma de un traje de paisano. Ahora, los dos no podíamos contar más que con nuestros propios recursos.

El estudio en la Universidad y un trabajo científico absorbieron todo mi tiempo durante los cinco años posteriores. Un estudiante de la Facultad matemática tiene, por supuesto, mucho que hacer; pero mis estudios previos en el cálculo integral, me permitieron dedicar una parte de mi tiempo á la geografía, y, además, no había perdido en Siberia el hábito de trabajar con fe.

La Memoria de mi última expedición estaba en prensa, presentándose al mismo tiempo un vasto problema ante mis ojos. Los viajes que había hecho por Siberia me habían convencido de que las montañas que en aquella época figuraban en los mapas del Norte de Asia eran fantásticas en su mayoría, y no daban ni remota idea de la estructura del país. Las grandes mesetas, que son un rasgo tan característico de Asia, no habían sido ni aun sospechadas por los que trazaron los mapas. En su lugar, varias grandes cordilleras, tales como, por ejemplo, la parte oriental de la de Slanovoi, que aparecía en los mapas como una oruga negra, trepando hacia el Este, ha sido engendrada en los centros topográficos, contrario á las indicaciones y hasta á los planos de exploradores, tales como L. Schwartz. Esas cordilleras no existen en la naturaleza. Los nacimientos de los ríos que corren hacia el Océano Artico de una parte y al Pacífico de otra, se hallan entrelazados en la superficie de una gran meseta, teniendo su origen en los pantanos mismos; pero en la imaginación del topógrafo europeo, las más altas cordilleras de montañas deben ir asociadas á las fuentes de los grandes ríos, y allí ha dibujado él unos elevados alpes, de los que no hay ni aun

vestigios en la realidad. Muchas imaginarias montañas como esas, interceptaban el mapa del Norte de Asia en todas direcciones.

El descubrir los verdaderos principios fundamentales en la disposición de las montañas de Asia — la armonía de la formación montañosa — vino á ser ahora una cuestión que absorbió mi atención algunos años. Durante bastante tiempo los antiguos mapas, y más todavía las generalizaciones de Alejandro von Humboldt, quien, después de un largo estudio de los ríos chinos, había cubierto el Asia de una red de montañas, corriendo á lo largo de los meridianos y paralelos, me embazaron en mis investigaciones, hasta que al fin vi que aun las generalizaciones de este autor, á pesar de haberme servido de gran estímulo, no estaban de acuerdo con los hechos.

Empezando, pues, por el principio, en una forma puramente inductiva, recolecté todas las observaciones barométricas de viajeros anteriores, y de ellas calculé centenares de altitudes; marqué en un mapa de grande escala todas aquéllas, tanto geológicas como físicas, que habían sido realizadas por diferentes exploradores; los hechos, no las hipótesis; procurando averiguar qué líneas de estructura responderían mejor á las realidades observadas. Este trabajo preparatorio me ocupó más de dos años, seguidos de meses de profundas meditaciones, á fin de descubrir lo que el confuso caos de diseminadas observaciones quería decir; hasta que un día, repentinamente, todo se me hizo claro y comprensible, como si hubiera sido iluminado por una ráfaga de luz. Las principales líneas de estructura de Asia no se hallan dirigidas de Norte á Sur, ó de Occidente á Oriente, sino que vienen de Sudeste al Noroeste; así como en las montañas Rocosas y las mesetas americanas, aquéllas del Noroeste al Sudeste, encontrándose sólo algunas cordilleras secundarias colocadas en opuesta dirección. Además, las montañas de Asia no son un conjunto de independientes cordilleras, como los Alpes, sino que se hallan subordinadas á una meseta inmensa, un viejo continente que en otro tiempo se dirigía hacia el estrecho de Bhering. Altas cordilleras laterales se han elevado á sus costados, y en el transcurso de los siglos nuevos terrenos, formados de sedimentos posteriores, han emergido del mar, aumentando por ambos lados la anchura de ese primitivo espinazo de Asia.

Pocos placeres hay en la vida humana que igualen al producido por la aparición repentina de una generalización que ilumina el entendimiento, después de un largo período de paciente investigación. Lo que durante años se presentaba muy caótico, muy contradictorio y muy problemático, toma de pronto su posición propia dentro de un todo armónico. Del seno de una confusión enorme de hechos y tras las sombras formadas por una multitud de conjeturas — desvanecidas casi al mismo tiempo que creadas — un majestuoso cuadro hace su aparición, como la cadena de montañas alpinas emerge súbitamente en todo su esplendor de la niebla que momentos antes la ocultaba, brillando bajo los rayos del sol en toda su sencillez y variedad, en toda su grandeza y hermosura. Y cuando la generalización se pone á prueba, aplicándola á centenares de hechos separados, que un momento antes habían parecido ser en extremo contradictorios, cada uno de ellos asume la posición que le conviene, aumentando lo impresivo del cuadro, acentuando

tuando algunos contornos generales ó agregando un inesperado detalle lleno de significación: aquélla gana en fuerza y en extensión; sus fundamentos crecen en amplitud y solidez; mientras que á lo lejos, á través de las distantes gasas que flotan sobre el horizonte, la vista descubre las siluetas de nuevas y más dilatadas generalizaciones.

El que durante su vida haya experimentado una vez este placer de creación científica, no lo olvidará jamás; suspirará por renovarlo, y no podrá por menos de ver con tristeza que esta clase de goces está reservada á tan pocos, cuando tantos pudieran disfrutar de ella — en mayor ó menor escala —, tan sólo con que los conocimientos científicos y el poder disponer del tiempo necesario no fuera el patrimonio de una insignificante minoría.

Considero esta obra como mi principal trabajo científico: mi primera intención fué escribir un gran volumen, en el que las nuevas ideas sobre las montañas y mesetas del Norte de Asia fueran robustecidas por un examen detallado de cada separada región; pero, en 1873, cuando comprendí que me prenderían pronto, me limité sólo á preparar un mapa que manifestara mis ideas, escribiendo al mismo tiempo una Memoria como explicación. Ambos fueron publicados por la Sociedad Geográfica, bajo la inspección de mi hermano, cuando ya yo estaba en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Peterman, quien entonces preparaba un mapa de Asia y conocía mi trabajo preliminar, adaptó mis indicaciones, incluyéndolas en él, las cuales han sido después aceptadas por la mayoría de los cartógrafos. El mapa de Asia, tal como ahora se comprende, explica, según creo, los principales aspectos físicos del gran continente, así como la distribución de sus climas, faunas y floras, y aun su historia misma. Revelando también, como pude ver durante mi último viaje á América, notables analogías entre la estructura y crecimiento geológico de los dos continentes del hemisferio Norte. Muy pocos cartógrafos podrían ahora decir de dónde proceden estos cambios en el mapa de Asia; pero en ciencia es mejor que las nuevas ideas se hagan camino independientemente del nombre de su enunciador: así, los errores, que son inevitables en toda primera generalización, se rectifican con más facilidad.

II.

Al mismo tiempo yo trabajaba mucho para la Sociedad Geográfica rusa, como secretario de su sección de geografía física.

Gran interés despertaban entonces la exploración del Turquestan y del Pamirs: de allí acababa de volver Syenertroff, después de varios años de viajes. Gran zoólogo, geógrafo distinguido, y uno de los hombres más inteligentes que jamás he conocido; él, como otros muchos rusos, no era aficionado á escribir. Después de hacer una comunicación oral en una asamblea de la Sociedad, no había medio de inducirle á escribir ni una palabra más, fuera de la revisión de su discurso; así que, todo lo que se ha publicado bajo su firma no basta, ni con mucho, para hacer justicia al verdadero valor de las observaciones y generalizaciones hechas por él. Esta repugnancia á escribir los resultados del estudio y la observación es, desgraciadamente, cosa común en Rusia. Lo que le oí

respecto á la orografía del Turquestan, á la distribución geográfica de plantas y animales, al papel que representan los híbridos en la producción de nuevas especies de aves, y á otras cosas de igual interés, y sus observaciones sobre la importancia del apoyo mutuo en el desarrollo progresivo de las especies, que he visto como incidentalmente mencionadas en un par de renglones, al dar cuenta de una conferencia suya, dan suficiente muestra de un talento y originalidad poco corrientes; pero no poseía la exuberante fuerza de exposición en una forma hermosa y apropiada, que hubiera podido hacer de él uno de los hombres de ciencia más preeminentes de nuestra época.

Miklukho-Maklay, muy conocido en Australia, que hacia el fin de sus días vino á ser su país adoptivo, pertenecía á la misma clase de hombres; á la de aquellos que han escrito mucho menos de lo que hubieran podido escribir. Era un hombre pequeño y nervioso sufriendo siempre de malaria, y acababa de volver del mar Rojo cuando lo conocí. Partidario de Haeckel, había trabajado mucho sobre los invertebrados marinos en sus regiones naturales. Más adelante, la Sociedad Geográfica logró conseguir que pudiera ir en un buque de guerra á una parte desconocida de la Nueva Guinea, donde deseaba estudiar á los salvajes más primitivos. Acompañado tan sólo de un marinero, lo dejaron en esa playa agreste, cuyos habitantes tenían la reputación de ser canibales terribles. Se construyó una choza para los dos Robinsones, quienes vivieron año y medio ó más, cerca de una aldea de indígenas, teniendo con los mismos cordiales relaciones. El conducirse siempre con ellos de un modo recto y formal, no engañándolos nunca, ni aun en lo más mínimo, aun cuando pudiera ser con el mejor de los propósitos, fué la base de su línea de conducta, de la cual jamás se apartaba. Cuando posteriormente viajaba por el archipiélago Malayo, llevaba en su compañía un indígena que había entrado á su servicio bajo la expresa condición de no ser nunca fotografiado; pues los naturales del país, como todos saben, consideran que algo se les quita cuando se les hace un retrato fotográfico. Un día que el indígena dormía profundamente, Maklay, que estaba recolectando material antropológico, confesó que estuvo tentado de fotografiarlo, con tanto más motivo, cuanto que era un representante típico de su tribu, y jamás hubiera llegado á saberlo; pero, recordó su promesa, y se contuvo. Al dejar á Nueva Guinea, los indígenas le hicieron que prometiera volver; y algunos años después, á pesar de estar bastante enfermo, cumplió su palabra y volvió. Y, sin embargo, este hombre tan notable sólo ha publicado una parte infinitesimal de las observaciones verdaderamente importantes que hizo.

Fedchenko, que había hecho extensas observaciones zoológicas en Turquestan — en compañía de su esposa Olga, que era naturalista también —, fué, según acostumbrábamos á decir, un «europeo occidental». Trabajó con empeño para dar á luz en adecuada forma los resultados obtenidos; pero, desgraciadamente, perdió la vida al subir á una montaña en Suiza; rebotando ardor juvenil, después de sus viajes por las sierras del Turquestan, y lleno de confianza en sus facultades, emprendió una ascensión sin guías competentes, y fué víctima de una tempestad de nieve. Por fortuna, su viuda completó la publicación de sus *Viajes* y creo que un hijo de ambos continúa la obra de sus padres.

También conocí mucho de lo realizado por Prjevalsky, ó mejor dicho Przewalski, que es como debe escribirse su nombre polaco, á pesar de que á él, por su parte, le gustaba aparecer como « patriota ruso »: era un cazador apasionado, y el entusiasmo con que hizo sus exploraciones en el Asia central fué debido, tanto á su deseo de cazar reses de todas clases, como gamos, camellos y caballos salvajes, y otros animales por el estilo, como á su interés por descubrir tierras nuevas y de difícil acceso. Al verse obligado á hablar de sus descubrimientos, no tardaba en interrumpir su modesta descripción con una entusiasta exclamación: « ¡Pero cuántas reses había allí! ¡Qué cacería! » Contando con vehemencia de qué modo se encaramó á tal ó cual altura para tener á tiro un caballo salvaje. No bien se hallaba de vuelta en San Petersburgo, cuando ya estaba proyectando una nueva expedición; procurando, mientras tanto, reunir todos sus recursos y emplearlos en jugadas de Bolsa, á fin de aumentarlos para dicho objeto. Era el verdadero tipo del explorador, por su robusta naturaleza y sus condiciones para poder hacer durante largo tiempo la ruda vida del cazador de la montaña: tal existencia era placentera para él; en su primera excursión sólo le acompañaron tres amigos, y siempre se mantuvo en excelentes relaciones con los naturales; sin embargo, como las posteriores tomaron algo de carácter militar, empezó desgraciadamente á confiar más en la fuerza de su escolta armada, que en las relaciones pacíficas con los habitantes del país; y oí decir, en círculos bien informados que, aunque no hubiera muerto en el momento mismo de ponerse en marcha su expedición al Tibet — tan admirable y pacíficamente llevada á cabo después por sus compañeros Pyentroff, Robarauský y Kozloff —, es muy probable que no hubiese vuelto de ella vivo.

En aquel tiempo existía una considerable actividad en la Sociedad Geográfica, siendo muchas las cuestiones científicas en que nuestra sección, y en su consecuencia su secretario, estaban vivamente interesados: en su mayoría eran demasiado técnicas para hacer de ellas aquí mención; pero necesito aludir al deseo que se despertó favorable á los establecimientos rusos en las costas, las pesquerías y el comercio en la parte rusa del Océano Artico, en esos años. Un comerciante y minero de oro, siberiano, llamado Sidoroff, contribuyó con sus esfuerzos á que se consiguiera tal resultado; pues había previsto que, con una pequeña ayuda en forma de escuelas navales, la exploración del mar Blanco y otras del mismo género, así como las pesquerías y la navegación rusa, hubieran podido adquirir un considerable desarrollo. Pero como hasta hace poco, desgraciadamente, necesitaba para realizarse pasar por San Petersburgo, y como los altos gobernantes de esa ciudad cortesana, burocrática, literaria, artística y cosmopolita no era posible que se interesaran por nada provincial, el pobre Sidoroff únicamente consiguió ser ridiculizado. Sólo del exterior podía venir el impulso que llamara la atención de la Sociedad de Geografía rusa hacia el extremo Norte del país.

En los años de 1869-71, los intrépidos cazadores de focas noruegos abrieron de un modo completamente inesperado el mar de Kara á la navegación. Con extraordinaria sorpresa nos enteramos un día en la Sociedad que aquel mar, situado entre la isla de Návaya Zemlyá y la costa siberiana, y que confiadamente acostubrábamos á describir

en nuestras Memorias como « permanentemente helado », había sido recorrido en todas direcciones por varias goletas noruegas; hasta el sitio invernal del famoso holandés Barentz, que creíamos oculto para siempre á la vista del hombre, por campos de hielo de centenares de años de existencia, fué visitado por esos aventureros del Norte.

« Estaciones excepcionales y también un estado anormal del hielo », fué lo que dijeron nuestros viejos navegantes; pero, por lo menos, para algunos de nosotros resultaba evidente que, con sus pequeñas goletas y reducidas tripulaciones, los bravos cazadores noruegos que se hallan familiarizados con los hielos, se habían atrevido á romper el flotante, que generalmente cierra el paso para aquel mar; en tanto que, los comandantes de los buques de guerra, contenidos ante la responsabilidad del servicio naval, jamás se han arriesgado á hacer otro tanto.

Estos descubrimientos despertaron un general interés en las exploraciones árticas: puede decirse con razón que fueron los cazadores referidos los que abrieron la nueva era de entusiasmo ártico, que dió por resultado la circumnavegación de Asia por Nordenskjöld, el reconocimiento permanente de un paso Nordeste para Siberia, el descubrimiento del Norte de Greenlandia, efectuado por Peary, y la expedición del Fram, hecha por Nansen. También nuestra Sociedad Geográfica empezó á dar señales de vida, nombrándose una comisión que preparara el proyecto de una expedición ártica rusa é indicase el trabajo científico que pudiera realizar. Los especialistas tomaron á su cargo el escribir cada uno un capítulo científico de esta Memoria; pero, como sucede con frecuencia, sólo algunos sobre botánica, geología y meteorología, estuvieron listos á su tiempo; y el secretario de la comisión — esto es, yo mismo —, tuvo que escribir lo restante. Varios asuntos, tales como la zoología marina, las mareas, observaciones del péndulo y el magnetismo terrestre, eran completamente nuevos para mí; pero la cantidad de trabajo que un hombre, en buen estado de salud, puede ejecutar en poco tiempo, si dedica á él todas sus energías y va derecho á la raíz de la cuestión, no es posible calcularlo de antemano, y de este modo, la Memoria se concluyó á tiempo.

Ella terminaba recomendando una gran expedición ártica, que despertara en Rusia un interés constante en todo lo referente á dichas regiones; y al mismo tiempo que se efectuara, como preliminar, otra en una goleta fletada en Noruega, que hiciera un reconocimiento al Norte ó Nordeste de Návaya Zemlyá, la cual pudiera, según indicamos, intentar llegar, ó al menos ver, una tierra desconocida, que no debía estar situada á gran distancia de la isla indicada. La probable existencia, de la cual había sido indicada por un oficial de la armada rusa, el barón Schilling, en un excelente, pero poco conocido informe sobre las corrientes en el Océano Artico. Cuando leí este trabajo, así como el viaje de Sutke á Návaya Zemlyá, y me hice cargo de las condiciones generales de esta parte del mar referido, vi desde luego que la suposición tenía que ser fundada. Debe haber tierra al Nordeste de Návaya Zemlyá, y ha de alcanzar una latitud más alta que la de Spitzberg: la posición fija del hielo al Oeste de la primera, el fango y las piedras que en él se encuentran, y otras varias y pequeñas indicaciones, confirmaban la hipótesis. Además, si esa tierra no se hallara allí, la corriente de hielo

que se dirige al Oeste desde el meridiano del estrecho de Behring á Greenlandia (corriente que arrastró al Fram) llegaría, como con razón ha observado dicho barón, á alcanzar el cabo Norte, cubriendo las costas de Laponia con masas de hielo, del mismo modo que lo hace con la extremidad Norte de Greenlandia. Dicha corriente, templada solamente — débil continuación del *Gulf Stream* —, no podía haber impedido la acumulación de hielo en la costa Norte de Europa. Esta tierra, como se sabe, fué descubierta un par de años más tarde por la expedición austriaca, y recibió el nombre de Tierra de Francisco José.

La Memoria ártica tuvo para mí un resultado completamente imprevisto: se me ofreció la dirección de la expedición de reconocimiento, á bordo de una goleta noruega fletada con tal objeto; á lo que contesté, como es natural, que no había navegado por mar nunca; pero me replicaron que combinando la experiencia de un marino con la iniciativa de un hombre de ciencia, podría hacerse algo de provecho; y yo hubiera aceptado, á no haber opuesto su veto, al llegar aquí, el ministro de Hacienda, contestando que el Tesoro no podía conceder los setenta y cinco ó cien mil francos que se necesitaban para la expedición. Desde aquella época Rusia no ha tomado parte en las exploraciones de los mares árticos. La tierra que distinguíamos á través de las brumas subpolares fué reconocida por Payer y Weyprecht, y los archipiélagos que deben existir al Nordeste de Nóvaya Zemlyá — de lo que estoy ahora más firmemente persuadido que entonces —, están aún por descubrir.

En lugar de unirme á una expedición ártica, fuí enviado por la Sociedad Geográfica á hacer un modesto viaje á Finlandia y Suecia, para explorar los depósitos glaciares; el cual me arrastró por otra dirección completamente distinta.

La Academia de Ciencias rusa enviaba aquel verano dos de sus miembros — el antiguo geólogo, general Helmersen, y Frederick Schmidt, el incansable explorador de Siberia — á estudiar la estructura de esas largas cordilleras de montes, conocidas con el nombre de *asar* en Suecia y Finlandia, y con los de *eskers*, *kames* y otros en las islas Británicas. La Sociedad Geográfica me mandó á Finlandia con igual objeto: los tres visitamos la hermosa cordillera de Pungahárju, separándonos después. Trabajé bastante durante el verano: viajé mucho por la Finlandia, pasando luego á Suecia, donde vi correr felices horas en la agradable compañía de A. Nordenskjöld. Ya entonces — 1871 — me refirió su proyecto para llegar á las desembocaduras de los ríos siberianos, y aun al estrecho de Behring, por la vía del Norte. De vuelta en Finlandia, continué mis investigaciones hasta bien entrado el otoño, y recolecté bastante cantidad de observaciones muy interesantes relativas á la glaciación del país: pero también pensé mucho durante este viaje sobre las cuestiones sociales; y estos pensamientos ejercieron una influencia decisiva en mi desarrollo posterior.

Materiales de importancia de todas clases, relativos á la geografía de Rusia, pasaron por mi mano en la Sociedad Geográfica, lo que me sugirió gradualmente la idea de escribir una extensa geografía física

de esa inmensa parte del mundo. Mi intención era el dar una completa descripción geográfica del país, basándola sobre las ideas principales de la estructura superficial, que empecé á desenvolver en la parte correspondiente á la Rusia europea, bosquejando en aquel trabajo las diferentes formas de vida económica que debían prevalecer en cada región respectiva. Tómese por ejemplo las dilatadas praderas de la Rusia del Sur, tan frecuentemente afligida por la falta de lluvias y pérdida de las cosechas. Estas calamidades no deben ser consideradas como accidentales; ellas son un rasgo natural tan distintivo de esa región, como su posición en una vertiente Sur, su fertilidad y demás aspectos característicos; y toda la vida económica de esas praderas necesitaría organizarse en previsión de las inevitables repeticiones de tan periódicos males. Cada región del imperio ruso debería ser objeto de igual tratamiento científico, así como Karl Ritter lo ha hecho con partes de Asia en sus hermosas monografías.

Pero un trabajo semejante hubiera requerido abundancia de tiempo y libertad completa por parte del autor; pensando con frecuencia cuánto hubiera podido ayudarme en tal empresa el ser nombrado secretario de la Sociedad Geográfica. Y en el otoño del 71, hallándome ocupado en Finlandia, caminando lentamente á pie hacia la costa, á lo largo del ferrocarril recientemente construido, observando atentamente los parajes donde primero debieron aparecer las muestras inequívocas de la primitiva extensión del mar, que siguió al período glaciario, recibí un telegrama de la susodicha corporación, en el que se me decía: «El consejo os ruega aceptéis el cargo de Secretario de la Sociedad». Al mismo tiempo, el secretario saliente me suplicaba encarecidamente que prestara buena acogida á la proposición.

Se habían realizado mis esperanzas; pero, al mismo tiempo, otras ideas y otras aspiraciones habían invadido mi pensamiento: después de meditar detenidamente sobre lo que debería contestar, telegraficé: «Gracias encarecidas; pero no puedo aceptar».

III.

Ocurre con frecuencia que los hombres se ven envueltos en dificultades políticas, sociales ó familiares, sencillamente por no haber tenido nunca tiempo para preguntarse si la posición en que se encuentran y el trabajo que realizan están en armonía con la razón; si sus ocupaciones responden verdaderamente á sus inclinaciones y capacidades, dándoles las satisfacciones que todos tienen derecho á esperar de su trabajo. Los que están dotados de actividad se hallan más expuestos que otros á encontrarse en posición semejante; cada día trae consigo nueva cantidad de trabajo, y uno se acuesta bien entrada la noche sin haber terminado lo que esperaba hacer durante la jornada, corriendo después, á la siguiente mañana, á continuar la faena interrumpida. La vida se va así pasando, y no queda tiempo para pensar, para considerar la dirección que toma la existencia; tal me pasaba á mí.

Pero ahora, durante mi viaje por Finlandia, tenía el tiempo que antes me faltara á mi disposición; cuando cruzaba en mi carro finlandés de dos ruedas (*harvia*) una llanura que ningún interés ofrecía al geólogo,

ó cuando caminaba, con el martillo al hombro, de una cueva de arena á otra, podía pensar; y en medio del indudablemente interesante trabajo geológico que traía entre manos, una idea que me atraía con mucha más fuerza aún que la geología, se elaboraba con persistencia en mi imaginación.

Vi la inmensa cantidad de trabajo que el campesino finlandés emplea en roturar la tierra y en romper el barro endurecido, y me dije á mí mismo: « escribiré la geografía física de esta parte de Rusia, y le diré al agricultor el mejor modo de cultivar el suelo. Aquí, un extractor de raíces americano sería de gran valor; allí la ciencia indicaría los sistemas más adecuados de abonos... ¿Pero de qué serviría hablarle de las máquinas americanas, cuando apenas tiene lo indispensable para poder vivir de una cosecha á otra, cuando la renta que tiene que pagar por ese barro duro crece cada vez más, en proporción á las mejoras que introduce en el terreno? Teniendo que roer sus tortas de harina de centeno, duras como la piedra, que cuece dos veces al año, comiendo con ellas un pedazo de bacalao horriblemente salado y bebiendo un trago de leche desnatada, ¿cómo me he de atrever á mencionarle tales máquinas, cuando todo lo que puede reunir apenas basta para pagar renta é impuestos? El necesita que yo viva en su compañía, que le ayude á que sea el dueño ó el libre poseedor de la tierra que ocupa; entonces podrá leer libros con provecho, pero no ahora ».

Y mis pensamientos vagaban entre los campesinos de Finlandia y los de Nikolskoye, á quienes había visto últimamente. Ahora son libres, lo que les place grandemente; pero no tienen prados. De un modo ó de otro, los grandes terratenientes se han apoderado de todos. En mi infancia, los Savokins acostumbraban á echar al campo seis caballos á pastar durante la noche; los Talkachoffs tenían siete. Ahora esas familias no tienen más que tres cada una; y otras que antes disponían de esta cantidad, sólo cuentan con uno. ¿Qué puede hacerse sólo con un miserable caballo? ¿Sin prados no hay caballos ni abonos! ¿Cómo he de hablarles de sembrar hierba, estando ya arruinados — tan pobres como Lázaro — y aguardando dentro de algunos años serlo aún más, á causa de disparatadas contribuciones? ¿Qué felices eran cuando les dije que mi padre les daba permiso para segarla en el pequeño espacio abierto que había en su bosque de Kostins! « Vuestros campesinos de Nikolskoye son *feroces* para el trabajo », es lo que comúnmente se oía decir en nuestra vecindad; pero la tierra de pan sembrar que mi madrastra había tomado de sus terrenos, en virtud de la « ley mínima » — esa cláusula diabólica introducida por los dueños de siervos cuando se les permitió revisar la ley de emancipación —, está ahora cubierta de monte bajo, no permitiéndose á los « feroces » trabajadores cultivarla. Y otro tanto sucede en toda Rusia; aún en aquella época era evidente, y los comisionados oficiales lo previnieron de antemano, que la primera cosecha que se perdiera en la Rusia central daría por resultado un hambre terrible, y ella vino en 1876, en 1884, en 1891, en 1895 y también en 1898.

La ciencia es una cosa excelente; conocí sus goces y pude apreciarlos, tal vez más que la mayoría de mis colegas; aun ahora, mientras contemplaba los lagos y cerros de Finlandia, nuevas y hermosas

generalizaciones se levantaban ante mis ojos. Vi en un pasado bien remoto, en la aurora misma del género humano, al hielo acumulándose año tras año en los archipiélagos del Norte, sobre Escandinava y Finlandia. Un crecimiento inmenso de aquél invadió el Norte de Europa, extendiéndose lentamente hasta llegar á su parte media; la vida se extinguía en esa zona del hemisferio Norte, y extremadamente pobre y vacilante, huyó más y más hacia el Sur, ante el soplo helado que venía de esas masas inmensas solidificadas por el frío; y el hombre — miserable, débil é ignorante — tenía que luchar con todo género de dificultades para mantener una precaria existencia. Muchos siglos pasaron antes que empezara el deshielo, y con él vino el período lacustre, en que se formaron en las cavidades innumerables lagos, y una raquílica vegetación subpolar comenzó tímidamente á invadir los insondables terrenos pantanosos que á aquéllos rodeaban; otra serie de siglos transcurrió antes de que se iniciara un proceso extremadamente lento de desecación y la vegetación empezara su pausada invasión desde el Sur; hallándonos en la actualidad en un período de rápida desecación, acompañado de la formación de secas praderas y estepas, teniendo el hombre que buscar los medios de contrarrestarla, pues el Asia central ha sido ya la primera víctima de una calamidad que amenaza á la Europa del Mediodía.

La creencia en una capa de hielo que alcanzase hasta la Europa central, era en aquel tiempo una verdadera herejía; pero como ante mi vista se destacaba un cuadro sorprendente, yo necesitaba describirlo con los miles de detalles que en él observé, para que sirviera de clave á la presente distribución de flores y faunas, abriendo nuevos horizontes á la geología y geografía física.

¿Pero qué derecho tenía yo á estos goces de un orden elevado, cuando todo lo que me rodeaba no era más que miseria y lucha por un triste bocado de pan, cuando por poco que fuese lo que yo gastase para poder vivir en ese mundo de agradables emociones, había por necesidad de quitarse de la boca misma de los que cultivan el trigo y no tienen suficiente pan para sus hijos? De la boca de alguien ha de tomarse forzosamente, puesto que la agregada producción de la humanidad permanece aún tan limitada.

La ciencia es una fuerza inmensa; el hombre debe ilustrarse. ¡Mucho sabemos ya! ¿Pero qué sucedería si, aunque no fuera más que ese conocimiento, viniera á ser de la posesión de todos? ¿No progresaría la ciencia misma con tal ímpetu, haciendo que la humanidad avanzara tanto en la producción, inventos y creaciones sociales, que hasta casi imposible nos fuera ahora medir la rapidez de tal carrera?

Las masas necesitan instruirse; tienen voluntad para aprender y no les falta capacidad. Allí, en la cresta de ese inmenso promontorio que se extiende entre los lagos, como si unos gigantes lo hubieran formado precipitadamente para enlazar ambas orillas, se halla un campesino finlandés, sumido en la contemplación de los hermosos lagos sembrados de islas que se presentan ante él; ninguno de estos aldeanos, por pobre y desgraciado que sea, pasará por este lugar sin detenerse á admirar la escena. O bien allá, á la orilla de un lago, se encontrará á otro agricultor cantando algo tan dulce y armonioso, que el mejor de

los músicos le envidiaría su balada, á causa de su delicadeza y su fuerza meditativa; ambos sienten intensamente, ambos meditan, ambos piensan; dispuestos están á ensanchar sus conocimientos; sólo necesitan que se los proporcionen, que les den los medios de disponer de algún descanso.

En semejante dirección es en la que pienso ir, y esta es la clase de gente por la que tengo de trabajar. Todas esas frases sonoras sobre el progreso que hace la humanidad, mientras que, al mismo tiempo, los encargados de realizarlo permanecen alejados de aquellos á quienes pretenden mejorar, son meros sofismas, forjados por imaginaciones deseosas de librarse de una irritante contradicción.

Por eso contesté negativamente á la Sociedad Geográfica.

IV.

San Petersburgo ha cambiado mucho de lo que era cuando lo dejé en 1862. « Oh, sí, conocisteis el San Petersburgo de Chernyshéusky », me decía una vez el poeta Máikoff; es verdad, conocí á la ciudad de que aquél era el favorito; ¿pero cómo describiré á la que encontré á mi regreso? Tal vez como la capital de los *cafés chantants* y de las salas de conciertos, si las palabras « todo San Petersburgo » han de significar realmente los altos círculos de la sociedad que siguen la norma de la corte.

En ésta y aquéllos, las ideas liberales se hallaban en un descrédito espantoso; todos los hombres prominentes del 60, aunque fueran tan moderados como el conde Nicolás Muravioff y Nicolás Milútín, eran tratados como sospechosos; sólo á Dmitri Milútín, el ministro de la Guerra, había conservado Alejandro II en su puesto, porque la reforma que tenía que llevar á cabo en el ejército necesitaba muchos años para su realización. Todos los demás hombres activos del período revolucionario habían sido barridos por la reacción.

Una vez hablé con un alto funcionario del ministerio de Estado; él criticaba con viveza á otro de igual categoría, y como yo dijera en defensa de éste: « Sin embargo, esto, al menos, hay que decir en su favor, que nunca aceptó ningún cargo bajo Nicolás I ». « ¡Y ahora sirve á las órdenes de Shuvaloff! », fué la respuesta, la cual, tan admirablemente pintaba la situación, que nada tuve que agregar.

El general Shuváloff, jefe de la policía de Estado, y el general Trépoff, jefe de la de San Petersburgo, eran en realidad los verdaderos gobernantes de Rusia; Alejandro II no era más que su instrumento, su juguete, y ellos dominaban por el terror. Trépoff había atemorizado hasta tal punto á Alejandro con el espectro de la revolución que debía estallar en San Petersburgo, que si el omnipotente jefe de policía se retrasaba algunos minutos en venir á dar su parte diario á palacio, el emperador solía preguntar en el acto: « ¿Ocurre algo en la capital? »

Poco después de haber Alejandro « despedido definitivamente » á la princesa X, contrajo estrecha amistad con el general Fleury, el aide-de-camp de Napoleón III, aquel hombre siniestro que fué el alma del *coup d'état* del 2 de Diciembre de 1851; siempre se les veía juntos, y Fleury informó en una ocasión á los parisienses del gran honor de que

era objeto por parte del zar de Rusia. Yendo el último en carruaje por el Neusky Prospekt, vió al otro y le invitó á montar en su vehículo, que era un *égoïste*, que no tenía más que un asiento de doce pulgadas de ancho para una sola persona, y el general francés refería más tarde, de qué modo el zar y él, comprimidos el uno contra el otro, tenían que llevar la mitad del cuerpo en el aire, á causa de lo reducido de aquél. Basta nombrar á este nuevo amigo, recién venido de Compiègne, para dar idea de lo que esa amistad significaba.

Shuváloff sacaba todo el mayor partido posible del actual estado de ánimo de su señor; preparaba una medida reaccionaria tras otra, y cuando Alejandro manifestaba repugnancia á firmar alguna de ellas, aquél hablaba de la revolución que se acercaba y de la suerte que cupo á Luis XVI, implorándole, « por la salvación de la dinastía », que firmara las nuevas adiciones á las leyes de represión. A causa de todo eso, la tristeza y los remordimientos se apoderaban de tiempo en tiempo de Alejandro; cuando esto sucedía, se le veía caer en profunda melancolía y hablar con tristeza de lo brillante que fué el principio de su reinado, y del carácter reaccionario que iba tomando. En tales momentos, Shuváloff organizaba una cacería de osos; tiradores, alegres cortesanos y carruajes llenos de muchachas de la servidumbre de palacio, iban á la floresta de Novgorod; Alejandro, que era buen tirador, mataba un par de osos, dejando que los animales llegaran á pocos metros de su rifle, y allí, en medio de la excitación de la fiesta cinegética, obtenía Shuváloff la firma de su señor para cualquier proyecto de represión, ó de robo en favor de sus clientes, tramado por él.

Alejandro II no era ciertamente un hombre adocenado; pero dos personalidades distintas moraban en él, ambas fuertemente desarrolladas y luchando una contra otra; y este combate interno se fué haciendo cada vez más vivo con los años. Podía ser de un trato exquisito, y un momento después conducirse de un modo brutal; poseía un valor frío y razonado en presencia de un verdadero peligro, pero vivía en un temor constante de otros que sólo existían en su imaginación. No era ciertamente cobarde, y esperaba al oso frente á frente; en una ocasión, cuando el animal no había sido muerto del primer disparo y el hombre que se hallaba á su espalda con una lanza, al adelantarse, fué derribado por el oso, acudió el zar en su auxilio, matándolo casi á boca de jarro (supe esto por el mismo interesado), y, sin embargo, se vió toda su vida perseguido por temores engendrados en su mente y por la intranquilidad de su conciencia. Era de maneras afables para con sus amigos; pero esta bondad se hallaba contrabalanceada por una fría y terrible crueldad — análoga á la del siglo xvii —, de la que hizo gala al sofocar la insurrección polaca, y más tarde, en el 80, cuando se tomaron idénticas medidas para dominar el levantamiento de la juventud rusa; crueldad de la que nadie le hubiera creído capaz. Vivía, pues, una doble existencia, y en el período de que hablo firmaba sin dificultad los decretos más reaccionarios y después se arrepentía de haberlo hecho. Hacia el fin de sus días, esta lucha interna, como se verá más adelante, se hizo más activa aún, asumiendo un carácter poco menos que trágico.

En 1872, Shuváloff fué nombrado para la embajada de Inglaterra; pero su amigo el general Potáppoff, continuó la misma política hasta

el principio de la guerra turca en 1877; durante todo este tiempo, las más escandalosas dilapidaciones de la Hacienda pública, así como de los bienes de la corona, de los estados confiscados en Lituania después de la insurrección, de las tierras de Barhkir en Oremburgo y otras, se efectuaban en grande escala. Algunas de estas «irregularidades» fueron posteriormente descubiertas y juzgadas públicamente por el Senado, que actuaba como alto Tribunal Supremo, después que Potápoff perdió el juicio, y Trépoff fué reemplazado, procurando sus rivales en palacio presentarlos á la vista de Alejandro tales como eran. En una de estas investigaciones judiciales se vino á saber que, un amigo de Potápoff había del modo más vergonzoso robado sus tierras á los campesinos de un estado de Lituania, y después, apoyado por sus amigos en el ministerio de la Gobernación, consiguió que los aldeanos que pidieron justicia fueran presos, apaleados bárbaramente, y fusilados por la tropa; siendo esta una de las narraciones de este género más repugnantes que se encuentran en los anales rusos, á pesar de que en ellos tanto abundan robos semejantes. Sólo después que Vera Zasúlich disparó contra Trépoff, hiriéndole (para vengar el que por orden suya hubieran apaleado á un preso político en la prisión), fué cuando las inmundicias de Potápoff y sus paniaguados llegaron á ser bien conocidas y él despedido. Creyéndose que iba á morir, Trépoff hizo testamento, por lo cual se supo que este hombre, quien había hecho creer al zar que moría pobre, á pesar de haber ocupado muchos años el puesto lucrativo de jefe de la policía de San Petersburgo, dejó en realidad á sus herederos una fortuna considerable. Algunos cortesanos se lo participaron á Alejandro II. Trépoff perdió su crédito, y entonces fué cuando algunas de las indignidades del partido de los Shuváloff-Potápoff y Trépoff se presentaron ante el Senado.

El pillaje á que se entregaban en todos los ministerios, especialmente en relación con los ferrocarriles y toda clase de empresas industriales, era verdaderamente enorme, habiéndose hecho en aquella época inmensas fortunas. La marina, según el mismo emperador dijo á uno de sus hijos, «se hallaba en los bolsillos de unos y otros». El costo de los ferrocarriles garantizados por el Estado, era, indudablemente, fabuloso, y en cuanto á empresas mercantiles, se sabía públicamente que no había manera de fundar ninguna, á menos que un determinado tanto por ciento sobre los dividendos no se prometiera á varios funcionarios de los diferentes ministerios. A un amigo mío que intentaba montar una industria en San Petersburgo, le dijeron francamente en el ministerio de la Gobernación que tendría que pagar 25 por 100 del producto neto á una persona determinada, 15 á otra en el ministerio de Hacienda, 10 á otra en el mismo ministerio, y 5 por 100 á una cuarta.

El trato se hacía sin reserva alguna, teniendo de ello conocimiento Alejandro II; sus propias observaciones escritas en las Memorias del interventor general, lo atestiguan bien claramente, pero como veía en los bandidos sus protectores contra la revolución, los mantenía en sus puestos hasta que los robos producían un escándalo monumental.

Los grandes duques jóvenes, con excepción del presunto heredero, más tarde Alejandro III, quien fué siempre un económico *pater familias*, seguían el ejemplo de su padre; las orgías que uno de ellos solía

celebrar en un pequeño restaurant del Neusky Prospekt eran tan degradantemente notorias, que una noche el jefe de policía tuvo que intervenir amenazando al dueño con enviarlo á Siberia si jamás volvía á admitir en su «salón gran duque» á éste. «¡Imaginad mi perplejidad — me decía dicho hombre en una ocasión, cuando me enseñaba ese local, cuyas paredes y techo se hallaban forrados de gruesos cojines de satén —; de un lado tenía que ofender á un miembro de la familia real, que podría hacer de mí lo que quisiera, y del otro, el general Trépoff me prometía mandarme á Siberia! Pero, como es natural, hice lo que éste me ordenaba, pues, como sabéis, el general es ahora omnipotente». Otro de los grandes duques se hizo sospechoso por sus costumbres, que pertenecen al dominio de la psicopatía, y un tercero fué desterrado á Turquestán, después de haber robado los diamantes de su madre.

La emperatriz María Alexandrovna, abandonada por su marido, y probablemente horrorizada del giro que tomaba la vida de la corte, se hizo cada vez más devota, y pronto cayó en manos del capellán mayor de palacio, representante de un tipo completamente nuevo en la Iglesia rusa: el jesuítico. Este género de clero acicalado y corrompido, realizó rápidos progresos en aquella época; ya trabajaba enérgicamente y con éxito para convertirse en una potencia del Estado y apoderarse de las escuelas.

Se ha demostrado una y otra vez, que el bajo clero en Rusia se halla tan ocupado con sus funciones — bautismos, casamientos, administrar la comunión á los moribundos y otras cosas por el estilo —, que sus miembros no pueden dedicarse con provecho á la enseñanza. Aun cuando le paguen en el pueblo por dar lección de religión y moral en la escuela pública, el cura, generalmente, le cede á otro el cargo, por falta de tiempo disponible. Sin embargo, el alto clero, explotando el odio de Alejandro II hacia el llamado espíritu revolucionario, empezó su campaña para poner mano en las escuelas. «No haya más enseñanza que la eclesiástica», fué su divisa; y aunque toda Rusia reclamaba educación, ni aun la ridícula é insignificante cantidad de cuatro millones de duros incluidos anualmente en el presupuesto para las escuelas primarias, llegaban á invertirse por el ministro de instrucción pública, mientras que, casi otro tanto se daba al Sinodo como auxilio para establecer escuelas bajo la dirección de los párrocos, muchas de las cuales existieron y figuran todavía solamente en el papel.

V.

Quando dejábamos á Siberia, hablábamos con frecuencia mi hermano y yo de la vida intelectual que encontraríamos en San Petersburgo, y de las interesantes relaciones que esperábamos contraer en los círculos literarios, lo que en verdad logramos, lo mismo entre los radicales que entre los eslavófilos moderados; pero debo confesar que no llenaron nuestras aspiraciones. Encontramos muchos hombres excelentes — éstos no son raros en Rusia —; pero no respondían completamente á nuestro ideal del escritor político; los mejores, como Chernyshevsky, Mikháiloff y Lavroff, se hallaban desterrados ó presos en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, cual ocurría con Pisareff, en tanto

que otros, impresionados por lo sombrío de la situación, habían cambiado de ideales, inclinándose ahora hacia una especie de absolución paternal, y los más, á pesar de no haber abjurado de sus ideas, se habían hecho tan cautos en expresarlas, que su prudencia tenía visos de deserción.

En el período efervescente del partido reformista, casi todos los que pertenecían á los círculos literarios avanzados habían tenido algunas relaciones, ya con Hérzen ó con Turguéneff y sus amigos, ó bien con las sociedades secretas Gran Rusa ó Tierra y Libertad, que tenían en aquel tiempo una existencia próspera, mientras que ahora esos mismos hombres hacían cuanto en su mano estaba por ocultar sus antiguas simpatías todo lo más posible, á fin de no aparecer, por ningún concepto, sospechosos.

Una ó dos de las Revistas liberales que se toleraban en aquel tiempo, debido principalmente al gran talento diplomático de sus directores, contenían trabajos excelentes, en los que se mostraba la creciente miseria y la desesperada condición de la masa de los agricultores, haciendo patentes los obstáculos que se acumulaban en el camino del progreso. La narración de estos hechos bastaba por sí sola para engendrar la desesperación; pero nadie se atrevía á indicar un remedio ni proponer ninguna acción para salir de un estado de cosas que se consideraba irremediable. Algunos escritores abrigaban aún la esperanza de que Alejandro II volviera una vez más á asumir el carácter reformista; pero para la mayoría, el temor de ver sus publicaciones suprimidas y al director y redactores camino del destierro, era una idea que dominaba á todas las demás. El miedo y la esperanza los tenían igualmente paralizados.

Cuanto más radicales habían sido diez años antes, tanto mayor eran sus temores; mi hermano y yo fuimos muy bien recibidos en uno ó dos círculos literarios, á los que concurríamos algunas veces; pero desde el momento que la conversación empezaba á perder su carácter trivial, ó mi hermano, que tenía mucha facilidad para llamar la atención sobre cuestiones interesantes, la dirigía hacia el estado del país, ó respecto al de Francia, donde Napoleón III rápidamente preparaba su caída en 1870, era indudable había de ocurrir alguna interrupción: «¿Qué opináis, caballeros, de la última representación de *La bella Elena*?» ó «¿Qué os parece tal ó cuál pescado?», preguntaba en alta voz una de las personas de más edad, y la cuestión sería quedaba cortada.

Fuera de los referidos centros, la situación era aún peor en el año 60; Rusia, y en particular San Petersburgo, estaba llena de hombres de ideas avanzadas, que parecían dispuestos en aquella época á hacer cualquier género de sacrificio por la causa que defendían; «¿qué ha sido de ellos?, ¿dónde están?», yo me preguntaba; y si tropezaba con alguno, invariablemente había de oír estas palabras: «¡Prudencia, joven! El hierro es más fuerte que la paja. No se puede derribar un muro con la cabeza», y otros innumerables proverbios parecidos, que por desgracia tanto abundan en la lengua rusa, y de los cuales habían formado un código de filosofía práctica. — Nosotros ya hemos hecho algo, no hay que pedirnos más — ó — tener paciencia; esto no puede durar —, era todo lo que nos decían, mientras que nosotros, los jóvenes, nos hallábamos dispuestos á renovar la lucha, á acudir á la acción, á sacrifi-

carlo todo, si era necesario, y sólo le pedíamos un consejo, una guía, alguna ayuda intelectual.

Turguéneff ha exhibido en *Humo* algunos de esos ex reformadores procedentes de las capas más elevadas de la sociedad, y su cuadro es verdaderamente desconsolador; pero en las impresionables y apasionadas novelas y trabajos literarios de madame Kohanovski, que escribió bajo el seudónimo de «V. Krestauskiy» (no se la debe confundir con otro novelista llamado Vsévalad Krestauskiy), es donde se pueden seguir y apreciar los variados aspectos que la degradación de los «liberales del 60» revistió en aquel tiempo.

«El placer de vivir» — tal vez el de haber sobrevivido á la catástrofe — vino á ser su dios desde el momento que la multitud anónima, que diez años antes constituía el nervio del movimiento reformista se negaba á oír hablar más de «todo ese sentimentalismo», corriendo á participar de las riquezas que venían á llenar las manos de los «hombres prácticos».

Muchos nuevos medios de hacer fortuna habían aparecido desde que se abolió la esclavitud, y las gentes se lanzaban con avidez por tales vías; los ferrocarriles se construían con ardor febril en Rusia; á los Bancos particulares recién fundados, acudían como moscas los terratenientes á hipotecar sus fincas; los notarios y abogados particulares acabados de establecerse en las audiencias, disfrutaban de rentas importantes; las Compañías por acciones se multiplicaban con sorprendente rapidez, y sus promotores florecían. Una clase de hombres que anteriormente hubiera vivido en el campo con la modesta renta de una pequeña propiedad, cultivada por un centenar de siervos, ó del salario más modesto aun de un funcionario civil de poca categoría, ahora hacían fortuna ó gozaban de tales rentas como las que en tiempos de la servidumbre sólo podían tener los grandes propietarios territoriales.

Los gustos mismos de la «sociedad» se iban rebajando cada vez más; la ópera italiana, en otro tiempo foro de las demostraciones radicales, estaba ahora desierta; la rusa, que timidamente venía afirmando el derecho de sus grandes compositores, se veía sólo frecuentada por algunos entusiastas aficionados. Ambas eran calificadas de «insípidas» y la crema de la Sociedad de San Petersburgo acudía á un teatro vulgar, donde las estrellas de segundo orden de los pequeños teatros de París conquistaban fáciles laureles de sus admiradores los oficiales de la guardia, ó iba á ver *La belle Hélène*, que se representaba en la escena rusa, mientras que nuestros dramáticos se relegaban al olvido. La música de Offenbach era la preferida, la suprema.

Hay que decir, sin embargo, que la atmósfera política era tal, que los hombres de buena voluntad tenían razones, ó al menos excusas de consideración para permanecer retraídos. Después de haber disparado Karakózzoff contra Alejandro II, el Abril de 1866, la policía de Estado se había hecho omnipotente; toda persona sospechosa de «radicalismo», se hubiera ó no metido en algo, tenía que vivir constantemente bajo la amenaza de ser el mejor día arrestada, tan sólo por haber

demostrado alguna simpatía á tal ó cual persona complicada en cuestiones políticas, ó bien por alguna carta encontrada en un registro nocturno, ó simplemente por sus « peligrosas » opiniones; y la prisión política podía lo mismo significar años de reclusión en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, que destierro á la Siberia, ó tormentos en los calabozos de aquélla.

Este movimiento de los círculos Karakózzoff ha permanecido muy poco conocido hasta en la Rusia misma. Yo estaba en aquel tiempo en Siberia, y sólo lo conozco de oídas. Parece, sin embargo, que dos corrientes distintas se combinaban en él: una de ellas fué el principio de ese gran movimiento popular que posteriormente tomó tan formidables dimensiones; en tanto que la otra era principalmente política. Grupos de jóvenes, algunos de los cuales se hallaban en camino de ser brillantes profesores de Universidad, ú hombres notables como historiadores ó etnógrafos, se habían formado por el 64, con la intención de instruir y educar el pueblo, á pesar de la oposición del gobierno; ellos fueron como simples artesanos á los grandes centros industriales, fundando allí sociedades cooperativas y escuelas populares, con la esperanza de que, á fuerza de tacto y paciencia, podrían llegar á educar á los trabajadores, creando así los primeros núcleos de donde mejores y más elevadas concepciones irradiarían gradualmente entre las masas. Su abnegación era muy grande; considerables fortunas se pusieron al servicio de la causa, y me siento inclinado á creer que, comparado con todos los movimientos similares que más tarde tuvieron lugar, este fué el que tal vez se hallaba fundado en una base más práctica, estando, indudablemente, sus iniciadores bastante próximos á la clase productora.

De la otra, guiados por varios miembros de esos círculos, entre los que se encontraban Karakózzoff, Iskútin y sus más íntimos amigos, la acción tomó una dirección determinada. Durante los años que mediaron del 62 al 66, la política de Alejandro II asumió un carácter decididamente reaccionario; rodeado de los hombres más retrógrados, tomándolos como sus inmediatos consejeros, las reformas mismas que constituyeron la gloria del principio de su reinado, eran ahora substituídas por leyes adicionales y circulares de los ministros; la vuelta al pasado, más ó menos encubierta, era lo que francamente se esperaba en el antiguo campo, no creyendo nadie en aquella época que la reforma principal — la abolición de la servidumbre — pudiera resistir los asaltos dirigidos contra ella desde el mismo Palacio de Invierno. Todo lo cual debió influir en el ánimo de Karakózzoff y su amigos, haciéndoles comprender que la continuación del reinado de Alejandro II sería una amenaza, hasta para lo poco que se había conseguido, y que Rusia tendría que volver á los horrores de Nicolás I, si aquél continuaba gobernando. Al mismo tiempo se abrigaban grandes esperanzas — esta es « una historia á menudo repetida y siempre nueva » — respecto á las tendencias liberales del heredero al trono y su tío Constantino. Debo también decir que, antes del 66, tales temores y consideraciones parecidas se expresaban frecuentemente en círculos mucho más elevados de los que parece frecuentaba Karakózzoff. De todos modos, lo cierto es que éste disparó un día sobre Alejandro II en el momento que salía del jardín de verano para tomar su carruaje; pero no le dió y fué preso en el acto.

Katkoff, el jefe del partido reaccionario de Moscou, gran maestro en el arte de sacar partido de cualquier acontecimiento político, acusó en el momento á todos los radicales y hombres de ideas libres de complicidad en el atentado — lo que indudablemente no era cierto —, insinuando en su periódico y haciendo que toda la ciudad lo creyera, que Karakózzoff había sido un mero instrumento en manos del gran duque Constantino, jefe del partido liberal en los círculos elevados. Puede imaginarse hasta qué punto los dos gobernantes, Shuváloff y Trépoff explotarian estas acusaciones y los temores que ellos despertaron en Alejandro II.

Mikhael Muravioff, que había conquistado durante la insurrección polaca el apodo de *Verdugo*, recibió órdenes de hacer una investigación muy minuciosa y descubrir por todos los medios posibles la conjura cuya existencia se suponía. El, de acuerdo con tales instrucciones, prendió á diestro y siniestro en todas las clases de la sociedad, disponiendo centenares de registros y jactándose de que « encontraría el medio de hacer á los presos más comunicativos ». No era ciertamente de los hombres que retroceden ni aún ante la tortura, y la opinión pública en San Petersburgo estaba casi unánime en afirmar que Karakózzoff había sido atormentado para obtener de él declaraciones; pero que no hizo ninguna.

Los secretos de Estado se guardan bien en las fortalezas, especialmente en esa gran masa de piedra enfrente del Palacio de Invierno, que tantos horrores ha presenciado, dados á luz sólo recientemente por los historiadores; allí conserva todavía los secretos de Muravioff; pero lo siguiente tal vez arroje alguna claridad sobre este asunto:

En 1866 yo estaba en Siberia: uno de nuestros oficiales que viajaba de Rusia á Irkutsk, hacia el fin de aquel año, encontró en uno de los paradores dos gendarmes, quienes habían acompañado á Siberia á un empleado desterrado por robo, y volvían al punto de partida. El primero, que era un hombre muy campechano, al verlos tomando te en una fría noche de invierno, se sentó á su lado, poniéndose á conversar con ellos mientras se cambiaban los caballos; uno de los gendarmes había conocido á Karakózzoff.

« Era un hombre listo, era — dijo él —; cuando estaba en la fortaleza, nos ordenaron á una pareja que se relevaba cada dos horas, no dejarle dormir. Así es que lo teníamos sentado en un banquillo, y en el momento que empezaba á dar cabezadas, lo sacudíamos para espabilarlo... — ¿Qué queréis? — preguntaba; y nosotros contestábamos: « ¡Cumplimos con lo que se nos ordena!... » Y mirad si era vivo: se sentaba con las piernas cruzadas, columpiando una de ellas, para hacernos creer que estaba despierto, y mientras tanto echaba un sueñecito sin dejar de mover la pierna; pero pronto descubrimos la treta, comunicádoselo á los que nos relevaron; de modo que se le sacudía y despertaba de cuando en cuando, agitara la pierna ó no. « ¿Y cuánto duró eso? » le preguntó mi amigo — Oh, muchos días; más de una semana ».

El carácter cándido de esta descripción es en sí misma una prueba de veracidad; no es posible fuera inventada; y que se torturó á aquél hasta ese extremo, puede considerarse como indudable.

Cuando ahorcaron á Karakózzoff, uno de mis antiguos compañeros del Cuerpo de pajes, se hallaba presente en la ejecución con su regi-

miento de coraceros. « Al sacarlo de la fortaleza — me dijo mi amigo — y verlo sentado en la alta plataforma del carro, que trepidaba al pasar por los glacia de aquella, mi primera impresión fué que lo que conducían al patíbulo era un muñeco de goma elástica, y que Karakózzoff ya había muerto. Imaginad que la cabeza, las manos y todo el cuerpo, se hallaba completamente relajado, como si no existieran los huesos, ó como si éstos hubieran sido todos quebrantados. Era terrible ver aquello y pensar lo que significaba. Cuando los soldados lo bajaron del carro, vi que movía las piernas y hacía desesperados esfuerzos para andar y subir las gradas del cadalso; de modo que no era un maniquí ni se puede decir que había perdido el conocimiento. Todos los oficiales quedaron sorprendidos de aquello que ninguno se acertaba á explicar ». Sin embargo, al hacerle observar que tal vez el reo habría sido atormentado, se le subió la sangre al rostro y contestó: « Eso mismo pensamos todos ».

La falta de sueño durante semanas enteras sería por sí solo suficiente para explicar el estado en que, aquel hombre tan fuerte desde el punto de vista moral, se encontraba en el momento de la ejecución. Yo puedo agregar, por mi parte, que tengo la completa seguridad de que, al menos en caso determinado, se administraron drogas á un preso de la fortaleza, Adrián Salviroff, en 1879. ¿Limitaría Muravioff sólo á esto la tortura? ¿Se le prohibió que pasara más adelante, ó no? Lo ignoro; pero esto al menos sé: que á menudo oí decir á altos funcionarios en San Petersburgo que en este caso se llegó á apelar al tormento.

* * *

Muravioff había prometido el desarraigar todo elemento radical en San Petersburgo, y todos los que tenían, más ó menos marcados, algunos antecedentes radicales, vivían ahora bajo el temor de caer el día menos pensado en las garras del opresor, por lo que procuraban, sobre todo, vivir alejados de los jóvenes, por miedo de verse envueltos con ellos en alguna peligrosa asociación. De este modo, había una zanja abierta, no sólo entre los « padres » y los « hijos », como Turguéneff lo ha descrito en su novela; no sólo entre las dos generaciones, sino también entre todos los hombres que pasaban de treinta años y los que se hallaban en los veinte. La juventud rusa se encontraba, por consiguiente, en el caso, no sólo de tener que combatir en sus padres á los defensores de la servidumbre, sino en el de verse abandonados asimismo por sus hermanos mayores, que se negaban á secundarles en sus aspiraciones hacia el socialismo, y hasta temían prestarles ayuda en la contienda á favor de más libertad política. ¿Ha habido jamás en la Historia — me preguntó á mí mismo — una juventud empeñada en lucha titánica con tan formidable enemigo, que se haya visto tan abandonada, no sólo de sus padres, sino aun de sus hermanos mayores, á pesar de que esos jóvenes no hubieran cometido más falta que tomar á pecho y procurar llevar á la práctica la herencia intelectual de estos mismos padres y hermanos? ¿Se ha empeñado jamás un combate en condiciones más trágicas que éstas?

VI.

El único punto brillante que vi en la vida de San Petersburgo, fué el movimiento que tenía lugar entre la juventud de ambos sexos. Varias corrientes convergieron para producir la poderosa agitación, que pronto tomó carácter secreto y revolucionario, embargando la atención de Rusia durante los quince años posteriores. De ella hablaré en uno de los capítulos siguientes, limitándome ahora sólo á mencionar el movimiento emprendido á la luz del día por nuestras mujeres, con el objeto de tener acceso á una educación superior, y del cual era San Petersburgo en aquella época el centro principal.

Todas las tardes, la joven esposa de mi hermano, al volver de la escuela normal de maestras á que concurría, tenía algo nuevo que contarnos respecto á la animación que allí se advertía; presentándose proyectos para abrir una academia de Medicina y Universidades femininas; organizándose debates sobre las escuelas y métodos de enseñanza relacionados con el curso, tomando centenares de mujeres un interés apasionado en estas cuestiones, discutiéndolas una y otra vez en sus reuniones privadas. Se formaron sociedades de traductoras, editoras, impresoras y encuadernadoras, á fin de proporcionar trabajo á las más pobres de la hermandad, que afluían á la capital, dispuestas á hacer todo lo que se presentara, alentando tan sólo la esperanza de que, también ellas algún día podrían adquirir más instrucción. En esos centros reinaba una vida poderosa y exuberante, contrastando notablemente con lo que en otras partes vi.

Desde que el gobierno se mostró resuelto á no admitir mujeres en las Universidades, ellas habían concentrado todos sus esfuerzos con el propósito de abrir otras para su uso particular. Se había dicho en el ministerio de Instrucción pública, que las jóvenes que habían recibido la segunda enseñanza en los Institutos destinados á su sexo no estaban preparadas para los cursos de la Universidad, á lo cual contestaron: « Perfectamente; permitidnos abrir clases intermedias preparatorias para la Universidad, é imponednos el programa que más os agrade; no pedimos subvención alguna del Estado; dadnos sólo el permiso, y lo demás corre de nuestra cuenta ». Pero, como era de esperar, aquél no se concedió.

Entonces organizaron cursos privados y conferencias de salón en todos los barrios de la ciudad. Muchos profesores de Universidad, simpatizando con el nuevo movimiento, se ofrecieron á dar lecciones sin retribución alguna, y, á pesar de ser pobres, se mostraron en este punto intransigentes. Excursiones de ciencias naturales se efectuaban todos los veranos en las inmediaciones de San Petersburgo, bajo la dirección de catedráticos de la Universidad, en las que el elemento femenino estaba en mayoría. En los cursos de matronas, obligaban á los profesores á tratar cada materia con mucha más extensión de la exigida en el programa, ó á abrir cursos adicionales. De todo, hasta de los detalles más insignificantes, se aprovechaban para quebrantar la fortaleza y penetrar en su recinto. Llegaron á ser admitidas en el laboratorio anatómico del viejo Dr. Gruher, y por su admirable trabajo ganaron á su

causa á tan entusiasta anatómico. Si se enteraban de que un profesor no tenía inconveniente en dejarlas trabajar en su laboratorio los domingos, y de noche los demás días, al momento aceptaban la oferta.

Al fin, no obstante toda la oposición del ministerio, abrieron los cursos intermedios, á los que cambiaron únicamente el nombre, dándoles el de clases pedagógicas. ¿A caso era posible prohibir á las futuras madres que estudiaran los sistemas de instrucción? Pero como los de enseñar la botánica ó matemáticas no podían darse á conocer en abstracto, éstas, como otras ciencias, fueron introducidas entre el número de conocimientos de los cursos pedagógicos, que vinieron á ser preparatorios para la Universidad.

Paso á paso, iban las mujeres, de este modo, ensanchando sus conocimientos y afirmando sus derechos. En cuanto tuvieron noticias de que en cierta Universidad alemana un profesor determinado abría su clase á algunas de ellas, otras llamaron á su puerta y fueron admitidas. Estudiaron Derecho é Historia en Heidelberg, y matemáticas en Berlín; en Zurich más de cien mujeres, jóvenes y adultas, estudiaban en la Universidad y en la escuela Politécnica, ganando allí algo que vale más que el grado de doctora en Medicina: el aprecio y la estimación de los catedráticos más ilustrados, quienes lo expresaron públicamente varias veces. Cuando fui á esta última ciudad en 1872 y vine á conocer algunas de las estudiantas, me quedé admirado al ver á jóvenes, casi niñas, que seguían un curso en la escuela Politécnica, resolver intrincados problemas de la teoría del calor, con ayuda del cálculo diferencial, con tanta facilidad como si hubieran estudiado años enteros matemáticas. Una de las muchachas rusas que estudió dicha asignatura en Berlín, en la clase de Weierstrass, llamada Sofía Kovaleuski, llegó á conquistar tanta fama como matemática, que fué invitada á ocupar una cátedra en Stokolmo; siendo ella, según creo, la primera mujer en nuestro siglo que ha ocupado tal puesto en una Universidad de hombres. Tan joven era, que en Suecia todos la llamaban por su diminutivo nombre de Sonya.

A pesar del odio que abiertamente profesaba Alejandro II á las mujeres instruidas — cuando encontraba en sus paseos una joven con lentes y gorra redonda garibaldina, empezaba á temblar, pensando si sería una nihilista que venía á molestarlo —, no obstante la encarnizada oposición de la policía de Estado, que calificaba á todas las que estudiaban de revolucionarias, y á pesar de los dardos y de las viles acusaciones que Katkoff lanzaba contra el movimiento en general en casi todos los números de su envenenado periódico, las mujeres consiguieron, en las barbas mismas del gobierno, abrir una serie de Institutos de segunda enseñanza. Cuando varias de ellas obtuvieron el grado de doctoras en el extranjero, obligaron al gobierno ruso en 1872 á que les permitiera abrir una academia de Medicina con sólo sus propios recursos, y cuando aquél llamó á las que estaban en Zurich, para evitar se relacionaran con los refugiados políticos, alcanzaron que las dejara establecer en el país cuatro Universidades femeninas, que pronto llegaron á tener mil alumnas. Parece como increíble, pero es un hecho real, que, sin embargo de todas las persecuciones por las que la academia de Medicina para la mujer tuvo que pasar, y su clausura temporal, haya ahora en Rusia más de seiscientos setenta practicando la medicina.

* * *

Fué ciertamente un gran movimiento, asombroso por su resultado y altamente instructivo; sobre todo, á la ilimitada abnegación de una agrupación de mujeres de todas clases y condiciones fué á la que se debió el éxito obtenido; habiendo ya servido como hermanas de la caridad en la guerra de Crimea, de organizadoras de escuelas después, de asiduas maestras en los pueblos, y como matronas instruidas y ayudantas médicas entre los campesinos. Más adelante fueron, como médicas y enfermeras, á los hospitales invadidos por las fiebres durante la guerra turca de 1878, conquistando la admiración de los jefes militares y del mismo Alejandro II. Conozco á dos señoras, ambas muy « buscadas » por la policía de Estado, que sirvieron de enfermeras durante la guerra bajo seudónimos, teniendo como garantía pasaportes falsos; una de ellas, la más « criminal » de las dos, que había tomado una parte importante en mi fuga, fué nombrada encargada de la enfermería en un gran hospital de soldados heridos, en tanto que su amiga estuvo á punto de morir de fiebre tifoidea; en suma: las mujeres acudieron á cualquier cosa, por humilde que fuera en la escala social, y sin reparar en privaciones, con tal de poder ser de algún modo útiles al pueblo, y esto no en corto número, sino por centenares y miles. Ellas *conquistaron* sus derechos en el verdadero sentido de la palabra.

Otro rasgo de este movimiento era que en él la sima entre las dos generaciones — las hermanas mayores y menores — no existía, ó al menos había sido en gran parte cegada. Las que habían sido las iniciadoras del movimiento desde su origen, jamás rompieron los lazos fraternales que las unían á las demás, aun cuando las más modernas tuvieran ideas más avanzadas que las suyas.

Animadas por sentimientos levantados, aunque se mantuvieron ajenas á toda agitación política, nunca cometieron el error de olvidar que su verdadera fuerza se encontraba en las masas de las jóvenes, de las cuales un gran número ingresaron finalmente en los círculos radicales ó revolucionarios. Estas directrices eran la corrección misma; en mi concepto lo fueron demasiado; pero no cortaron las relaciones que las ligaban con aquellas de las más jóvenes que iban por todas partes como nihilistas típicas, con el cabello corto, desdénando el crinólín, y revelando su carácter democrático en todos sus actos. Y aunque las más graves no se confundieron con ellas, y algunas veces hubo rozamientos, jamás las repudiaron tampoco; cosa importante, según creo, en aquellos tiempos de locas y feroces persecuciones.

Parecía como si dijeran al elemento joven y más democrático: « usaremos nuestros trajes de terciopelo y nuestro clásico peinado, porque tenemos que tratar con necios que dan á las apariencias una importancia excepcional; pero vosotras, las jóvenes, quedáis en libertad de proceder según vuestros gustos é inclinaciones ». Cuando las que estudiaban en Zurich recibieron orden del gobierno ruso de volver, estas correctas señoras no rompieron con las que se rebelaban, limitándose á decir al gobierno: « ¿No os acomoda que estudiemos aquí? Pues bien; abrid Universidades femeninas en el interior; de lo contrario, nuestras hijas

irán al extranjero en mayor número aún, y claro es que entrarán en relaciones con los emigrados políticos». Cuando se les acusaba de fomentar la revolución y eran amenazadas con el cierre de sus academias y Universidades, contestaban: «Sí, es verdad que muchas estudiantas se hacen revolucionarias; ¿pero acaso es eso motivo para suprimir la instrucción?» ¡Qué pocos jefes de partidos tienen el valor moral de no renegar del elemento más avanzado de su misma agrupación política!

El secreto real de su acertada y á feliz término conducida actitud, fué que ninguna de las mujeres que constituyeron el alma del movimiento era mera feminista, deseando tan sólo una participación en los privilegios que disfrutaban las clases superiores en la sociedad y en el estado; lejos de eso, las simpatías de la mayoría de ellas eran á favor de las masas. Recuerdo la parte tan activa que la señorita Stásova, la más veterana de la agitación, tomó en la cuestión de las escuelas dominicales en 1861; la amistad que ella y sus compañeras contrajeron con las jóvenes trabajadoras de las fábricas; el interés que se tomaron por ellas y el combate que sostuvieron con sus codiciosos patrones. No he olvidado el mejor deseo que estas mujeres manifestaron en las academias pedagógicas, en las escuelas de los pueblos y en los trabajos de los pocos que, como el barón Korff, pudieron durante algún tiempo hacer algo en tal dirección, y, finalmente, en el carácter social que palpitaba en todo el movimiento. Los derechos por que luchaban, tanto las que formaban á la cabeza como la gran mayoría de las iniciadas, no era sólo el individual á una instrucción más superior, sino mucho, bastante más, el derecho de ser trabajadoras útiles entre el pueblo, entre las masas. De ahí el gran éxito que alcanzaron.

VII.

En el transcurso de los últimos años, la salud de mi padre había ido de mal en peor, y cuando mi hermano Alejandro y yo fuimos á verlo en la primavera del 71, nos dijeron los médicos que las primeras heladas del otoño se lo llevarían. Había seguido viviendo como antes, en el Staraya Konushennaya, pero en torno suyo todo había variado en este barrio aristocrático: los ricos propietarios de siervos, que en un tiempo tanto se distinguían allí, ya no existían; después de haber gastado de muy mala manera el dinero de la redención, que recibieron al emanciparse los siervos, y de hipotecar una y otra vez sus estados en los nuevos Bancos territoriales que engordaban á su costa, se retiraron, al fin, al campo ó á alguna capital de provincia, para allí sumergirse en el olvido. Sus casas fueron ocupadas por «los intrusos» — comerciantes ricos y grandes industriales —, en tanto que, en el seno de casi todas las antiguas familias que aun permanecían en el barrio de los Viejos Caballerizos, una nueva vida luchaba por abrirse camino á través de las ruinas de la anterior. Un par de generales retirados que maldecían de todo lo nuevo, y se consolaban anunciando para Rusia una rápida y segura caída bajo el actual orden de cosas, ó algún pariente que casualmente le visitaba, eran todos los que ahora acompañaban á mi padre. De todas las muchas familias con quienes estábamos emparentados sólo en Moscou durante mi juventud, únicamente dos continuaron en

la capital, y éstas habían entrado por la corriente de las reformas, discutiendo las madres con sus hijos cuestiones como las de las escuelas populares y Universidades para mujeres. Mi padre las miraba con desprecio: mi madrastra y mi hermana menor, Paulina, que no había cambiado, hacían cuanto podían por animarlo; pero á su vez, se encontraban también molestas en el nuevo ambiente que las rodeaba.

Mi padre nunca había sido muy amable y afectuoso con mi hermano Alejandro; pero éste era incapaz de guardarle rencor: cuando entró en la habitación del enfermo, llenándola con la mirada profunda y tierna de sus grandes ojos azules y con una cariñosa sonrisa que revelaba la bondad de su corazón, procurando informarse de lo que podía hacer para que resultara menos penosa la situación, y ejecutándolo con tanta naturalidad como si siempre hubiese estado al lado de mi padre, éste se quedaba admirado; contemplándolo sin poder explicarse bien lo que pasaba. Nuestra visita reanimó aquella casa triste y sombría: la asistencia del enfermo se hizo más llevadera; mi madrastra, Paulina, los criados mismos cobraron más alientos, y mi padre tocó las consecuencias.

Había una cosa, sin embargo, que le intrigaba: hubiera querido vernos venir como hijos arrepentidos, implorando su ayuda; pero cuando intentaba dar ese giro á la conversación, nosotros le interrumpíamos diciendo jovialmente: «No os preocupéis de eso; nos arreglamos muy bien»; lo que hacía aumentar más su preocupación. El hubiese esperado una escena á la antigua; á los hijos pidiendo perdón y dinero; tal vez sintió que esto no ocurriera; pero nos miraba con más cariño. Al separarnos, los tres nos afectamos mucho; él parecía casi como si temiera volver á su triste soledad, entre el derrumbamiento de un sistema que durante su vida había procurado sostener; pero Alejandro tenía que volver á su obligación y yo marchar á Finlandia.

Cuando me llamaron de nuevo de allí á casa, corrí á Moscou, llegando en el momento que empezaba el servicio religioso en la misma Iglesia roja donde mi padre fué bautizado, y se entonaron las últimas plegarias por la memoria de su madre. A medida que el cortejo fúnebre recorría las calles, cuyas casas me eran tan familiares en mi infancia, noté que éstas habían cambiado poco, sabiendo, sin embargo, que en todas ellas había empezado un nuevo régimen de vida.

En la casa que antes perteneció á mi abuela paterna, después á la princesa Mirski, y ahora era del general N. — antiguo vecino del barrio, la hija única de la familia, mantuvo durante un par de años una terrible lucha contra sus buenos, pero obstinados padres, que la adoraban, mas no querían dejarla estudiar en los cursos de la Universidad que se había abierto para las señoras, en Moscou: al fin se le permitió concurrir á ellos, llevándola en elegante carruaje, bajo la inmediata vigilancia de su madre, quien valerosamente pasaba las horas sentada en los bancos entre las estudiantas, al lado de su querida hija; á pesar de lo cual, dos años después ésta ingresó en el partido revolucionario, fué presa, y pasó un año en la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

En la casa opuesta, los despóticos cabezas de familia, el conde y la condesa Z., se hallaban en ardiente lucha con sus dos hijas, quienes estaban cansadas de la monótona é inútil existencia que sus padres

les obligaban á soportar, deseando unirse á aquellas otras jóvenes que, libres y contentas, afluían á los cursos de la Universidad. La contienda duró varios años; los padres no cedían en lo más mínimo, y el resultado fué que la mayor se envenenó, debido á lo cual, se permitió á la otra que siguiera sus propias inclinaciones.

En la inmediata, en que mi familia había vivido un año, cuando entré en ella con Tchaykóusky, para celebrar allí la primera reunión secreta de un círculo que fundamos en Moscou, en el acto reconocí las habitaciones, en las que por todas partes hallaba recuerdos de mi infancia y rastros de una atmósfera tan distinta de la actual. Ahora pertenecía á la familia de Natalia Armfeld; esa simpática «confinada» de Kará, á quien Jorge Kennan ha descrito con tanta delicadeza en su libro sobre Siberia. Y en otra casa próxima á aquella en que mi padre había muerto, á los pocos meses de tan triste acontecimiento, recibía yo á Stepniak, vestido de campesino, que se había escapado de una aldea donde fué detenido por propagar ideas socialistas entre los agricultores.

Tales eran los cambios que el barrio de los Viejos Caballerizos había experimentado durante los últimos quince años: la postrer trinchera de la antigua nobleza era invadida por las nuevas ideas.

VIII.

El año siguiente, al empezar la primavera, hice mi primer viaje á la Europa occidental. Al cruzar la frontera rusa, experimenté lo que todo ruso siente al dejar á la madre patria. Mientras que el tren corre por territorio ruso, á través de las poco pobladas provincias, parece como si se caminara por un desierto; centenares de kilómetros están cubiertos de monte bajo que apenas merece el nombre de bosque; aquí y allá, la vista descubre una pequeña y pobre aldea enterrada entre la nieve, ó un camino vecinal impracticable, estrecho y cenagoso. De pronto, todo cambia, tan luego como el tren penetra en Prusia, con sus limpios pueblos y granjas, sus huertas y sus buenas carreteras, haciéndose el contraste cada vez mayor, á medida que se penetra en Alemania; hasta el triste Berlín parece animado, si se le compara con nuestras ciudades rusas.

¡Y qué diferencia de clima! Dos días antes había dejado á San Petersburgo densamente cubierto de nieve, y ahora, en el centro de Alemania, andaba sin sobretodo por los andenes del ferrocarril, en una atmósfera templada, admirando las plantas que empezaban á florecer. Después vino el Rhin, y más adelante Suiza, bañada por los rayos de un hermoso sol, con sus pequeños y curiosos hoteles, donde se sirvió el almuerzo al aire libre, á la vista de las montañas cubiertas por la nieve. Hasta ese momento, jamás me había hecho completamente cargo de lo que significa la posición Norte de Rusia, y de qué modo su historia ha sido afectada por el hecho de que sus centros principales hayan tenido que desarrollarse en altas latitudes, tan al Norte como las orillas del golfo de Finlandia; sólo entonces pude comprender bien la irresistible atracción que las tierras del Sur han ejercido en los rusos, los esfuerzos colosales que han hecho para llegar al mar Negro, y la

constante presión de los colonos siberianos hacia el Sur, avanzando más en la Manchuria.

En aquella época Zurich estaba llena de estudiantes rusos de ambos sexos; la famosa Oberstras, cerca de la escuela politécnica, puede decirse que era una parte de Rusia, donde se hablaba su lengua mucho más que todas las otras. Los estudiantes vivían, como lo hacen la mayoría de los de Rusia, en particular las mujeres, con muy poco: pan y te, alguna leche y un pedacito de carne preparada sobre una lámpara de espíritu de vino, entre animadas discusiones sobre las más recientes noticias del mundo socialista, ó respecto al último libro leído, era su alimento ordinario. Los que contaban con más recursos que los necesarios para vivir de aquella manera, lo daban para la causa común: la biblioteca, la Revista rusa que se iba á publicar, y la ayuda prestada á la prensa obrera del país. En cuanto al vestido, la más estricta economía se observaba en tal dirección. Pushkin ha escrito en un verso muy conocido: «¿Qué no sentará bien á los dieciséis años?» Y nuestras jóvenes residentes en Zurich parecían resueltas á lanzar esta interrogación á los habitantes de la antigua ciudad: «¿Puede haber un traje, por sencillo que sea, que no le caiga bien á una joven, cuando, además de los pocos años, es inteligente y llena de energía?»

De este modo, la pequeña y activa comunidad trabajó mucho más de lo que nunca lo han hecho los estudiantes desde que las Universidades existen, y los catedráticos de dicha ciudad no se cansaban jamás de mostrar el progreso realizado por las mujeres en la Universidad, á fin de que sirviera de ejemplo á los varones.

Durante muchos años había yo anhelado conocer detalladamente todo lo que se refería á la Asociación Internacional de Trabajadores; los periódicos rusos aludían á ella con frecuencia en sus columnas, pero no se les permitía hablar de sus principios ni del trabajo que efectuaba; yo presentía que debía ser un movimiento de importancia, lleno de porvenir; pero no podía apreciar bien sus aspiraciones y tendencias y ahora, que estaba en Suiza, determiné satisfacer mis deseos.

La Asociación se hallaba entonces en la cúspide de su desarrollo. Grandes esperanzas se habían despertado en los años que mediaron del 40 al 48 en el corazón de los trabajadores europeos; sólo ahora empezamos á comprender la formidable cantidad de literatura socialista que se puso en circulación en aquellos años por los partidarios de estas ideas, de todas las denominaciones, socialistas cristianos, socialistas de estado, furieristas, sansimonianos, owenistas y otros; y sólo actualmente comenzamos á apreciar la profundidad de este movimiento, al descubrir hasta qué punto mucho de lo que nuestra generación ha considerado como el producto de un trabajo intelectual contemporáneo, estaba ya desarrollado y dicho — á menudo con más penetración — durante aquellos años. Los republicanos entendían entonces bajo el nombre de

« república » algo muy distinto de la organización democrática del gobierno capitalista que ahora se conoce con ese nombre. Cuando hablaban de los Estados Unidos de Europa, entendían por ello la fraternidad de los trabajadores, las armas é instrumentos de guerra convertidos en herramientas de trabajo, que deberían ser manejadas por todos los miembros de la sociedad en beneficio de la masa entera; « el hierro vuelve al trabajador », como decía Pierre Dupont en uno de sus cantos. No sólo significaban tales ideas el reinado de la igualdad en lo referente al derecho penal y político, sino en particular la igualdad económica también. Los mismos nacionalistas vieron en sus ensueños á la Joven Italia, á la Joven Alemania y á la Joven Hungría tomar la iniciativa en radicales reformas agrarias y económicas.

La derrota de la insurrección de Junio en París, la de Hungría por los ejércitos de Nicolás I, y la de Italia por los franceses y austriacos, y la espantosa reacción política é intelectual que siguió por todas partes en Europa, destruyó totalmente aquel movimiento; su literatura, sus obras, sus mismos principios de revolución económica y fraternidad universal, fueron completamente olvidados, perdidos, durante los veinte años posteriores.

Sin embargo, una idea ha sobrevivido; la de una hermandad internacional de todos los trabajadores que unos pocos emigrados franceses continuaron propagando en los Estados Unidos, y los partidarios de Roberto Owen en Inglaterra. La inteligencia á que se llegó por algunos trabajadores ingleses y unos cuantos franceses que fueron como delegados á la Exposición internacional de Londres de 1862, vino á ser el punto de partida de un formidable movimiento, que pronto se esparció por toda Europa, incluyendo varios millones de trabajadores. Las esperanzas que habían estado adormecidas durante veinte años, se despertaron una vez más, cuando se llamó á los trabajadores á que se unieran, « sin distinción de creencias, sexo, nacionalidad, raza ó color », para proclamar que « la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los mismos », y echar el peso de una fuerte y unida organización internacional en la evolución del género humano; no en nombre del amor y la caridad, sino en el de la justicia, en el de la fuerza que representa una agrupación de hombres impulsados por un conocimiento razonado de sus propias aspiraciones y deseos.

Dos huelgas ocurridas en París el 68 y el 69, más ó menos sostenidas con pequeños auxilios enviados del exterior, especialmente de Inglaterra, aunque en el fondo eran insignificantes, y las persecuciones que el gobierno imperial francés dirigió contra la Internacional, vinieron á ser el origen de un movimiento inmenso, en el cual se proclamó la solidaridad de los trabajadores de todas las naciones, frente á las rivalidades de los estados: la idea de la unión internacional de todos los oficios, y de la lucha contra el capital, con ayuda del auxilio internacional, arrastraba en pos de sí hasta á los más indiferentes. El movimiento se extendió como un reguero de pólvora en Francia, Italia y España, sacando á luz un gran número de trabajadores inteligentes, activos y abnegados, y atrayendo hacia sí algunos hombres y mujeres, decididamente superiores, procedentes de las clases más cultas y acomodadas. Una fuerza, cuya existencia jamás se había sospechado, cre-

cía cada vez con más rapidez en Europa; y si el movimiento no se hubiera visto detenido en su marcha por la guerra franco-alemana, grandes cosas hubiesen probablemente sucedido en esta parte del mundo, modificando en gran manera el aspecto de nuestra civilización, y acelerando indudablemente el progreso humano. Pero la victoria completa de los alemanes trajo condiciones anormales; detuvo por un cuarto de siglo el desarrollo regular de Francia, y arrojó á toda Europa en un período de militarismo en el que aun vivimos en la época actual.

* * *

Soluciones parciales de todas clases de la gran cuestión social, circulaban profusamente entre los trabajadores: cooperación, asociaciones de producción sostenidas por el estado, Bancos populares, crédito gratuito, y otras cosas de la misma índole. Cada una de estas soluciones era presentada, primero á las secciones de la Asociación, y después á las asambleas de las federaciones locales, comarcales, nacionales, é internacionales, donde se discutían apasionadamente. Cada congreso anual de la Asociación, marcaba un nuevo paso hacia adelante en el desenvolvimiento de ideas relativas al gran problema social, que se levanta ante nuestra generación pidiendo ser solucionado. La cantidad de cosas inteligentes que se dijeron en esas asambleas y congresos, y las ideas científicamente correctas y profundamente pensadas que en ellos circularon — todo obra del trabajo intelectual colectivo de los trabajadores — aun no ha sido lo bastante apreciado; pero no hay exajeración en decir que todos los proyectos de reconstrucción social que están ahora en boga, bajo el nombre de « socialismo científico », ó « anarquismo », tuvieron su origen en las discusiones y memorias de los diferentes congresos de la Internacional. Los pocos hombres instruidos que se unieron al movimiento, no hicieron más que dar forma práctica á los juicios y aspiraciones que se habían expresado en las secciones, y posteriormente en los congresos, por los mismos trabajadores.

La guerra del 70 al 71 había entorpecido el desarrollo de la Asociación, pero no lo detuvo: en todos los centros industriales de Suiza existían secciones de la Internacional, numerosas y animadas, y miles de trabajadores acudían á sus mitins, en los que se declaraba la guerra al actual sistema de propiedad privada de la tierra y las fábricas, proclamándose el próximo fin del sistema capitalista. Se celebraron congresos regionales en varios puntos del país, y en todos ellos fueron discutidos los más arduos y difíciles problemas de la presente organización social, con tal conocimiento de causa y tanta profundidad de ideas que alarmaron á la clase media más aún de lo que lo había hecho el número de adherentes que formaban las secciones ó grupos de la Internacional. Las rivalidades y prevenciones que hasta entonces habían existido en Suiza entre los oficios privilegiados (relojeros y plateros) y los comunes (tejedores y otros) que fueron motivo á impedir una acción común en las luchas entre el capital y el trabajo, iban desapareciendo. Los trabajadores afirmaban, cada vez con más insistencia y mayor convencimiento, que de todas las divisiones existentes en la moderna sociedad, la más importante es la que separa á los dueños del capital, de

aquellos que vienen al mundo sin recursos, viéndose condenados á no ser más que productores de una riqueza que sólo disfrutaban los menos.

Italia, especialmente el centro y Norte de la misma, estaba sembrada de grupos y secciones de la Internacional, en los cuales la unidad italiana, por la que tanto se había combatido, era calificada de mera ilusión. Se llamaba á los trabajadores á que hicieran la revolución en provecho propio, á tomar la tierra para los campesinos y las fábricas para los obreros, aboliendo al mismo tiempo la opresiva y centralizada organización del estado, cuya misión histórica fué siempre proteger y mantener la explotación del hombre por el hombre.

En España, una organización semejante se extendía por Cataluña, Valencia y Andalucía, ayudada y sostenida por las potentes uniones de oficios de Barcelona, que ya habían introducido la jornada de ocho horas en los pertenecientes á la construcción de edificios. No bajaban de ochenta mil los miembros de la Internacional que cotizaban regularmente en el país, comprendiendo entre ellos el elemento activo é inteligente de la población, que al negarse á tomar parte en las intrigas políticas durante los años 71 y 72, había conquistado en alto grado las simpatías de las masas. Los trabajos de sus congresos comarcales y nacionales, y los manifiestos que publicaron eran modelos de lógica y severa crítica de lo existente, así como una exposición admirablemente luminosa de los ideales del proletariado.

En Bélgica, Holanda y aun en Portugal, el mismo movimiento se generalizaba, habiendo ya atraído al seno de la asociación el mayor número y los mejores elementos de los mineros de carbón y tejedores belgas. En Inglaterra, las uniones de oficios, á pesar de sus tendencias conservadoras, se habían asociado también al movimiento, al menos en principio, y sin declararse francamente á favor del socialismo, se hallaban dispuestas á sostener á sus hermanos del continente en su lucha contra el capital; sobre todo en las huelgas. En Alemania, los socialistas habían concertado la unión con los numerosos partidarios de Lassalle, fundándose así las bases de un partido socialista democrático: Austria y Hungría seguían igual sendero; y á pesar de no ser entonces posible en Francia ninguna organización internacional, tras la derrota de la Commune y la reacción que vino después (habiéndose promulgado leyes draconianas contra los partidarios de la Asociación), todo el mundo estaba, sin embargo, persuadido de que tal período de represión no sería duradero, y pronto podría Francia volver á ingresar en el movimiento general y ocupar en él un lugar prominente.

Cuando vine á Zurich, entré en una de las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores, preguntando á mis amigos rusos dónde podría informarme más detalladamente respecto al gran renacimiento que se operaba en otros países. « Lee », fué su contestación, y mi cuñada, que estaba entonces estudiando allí, me dió un gran número de libros, y colecciones de periódicos que comprendían los dos últimos años; á su lectura dediqué los días y las noches, recibiendo una impresión tan profunda, que no hay nada que pueda borrar; hallándose asociado en mi mente el despertar de un torrente de nuevas ideas, con el recuerdo de un cuartito limpio y aseado en el Oberstrass, desde cuya ventana se veía el lago azul, y en el fondo las montañas

donde pelearon los suizos por su independencia, y las altas torres de la antigua ciudad, teatro de tantas luchas religiosas.

La literatura socialista nunca ha sido rica en libros; dedicada á los trabajadores, para quienes la moneda de cobre es dinero, su fuerza principal estriba en sus pequeños folletos y sus periódicos. Además, el que busca alguna información en los libros respecto á socialismo, encuentra en ellos poco de lo que más necesita. Es verdad que contienen las teorías de los argumentos científicos en favor de las aspiraciones socialistas, pero no dan idea de cómo las aceptan los trabajadores ni de qué modo podrían llevarse á la práctica. No queda otro recurso que tomar colecciones de periódicos y leerlos por completo, lo mismo las noticias que los artículos de fondo, más aún, si cabe, las primeras que los últimos. Un mundo completamente nuevo de relaciones sociales y modos de pensar y de proceder se revela por estas lecturas, que permiten ver el fondo de lo que no puede hallarse en otra parte, esto es, la profundidad y la fuerza moral del movimiento, el grado en que están los hombres imbuidos en las nuevas teorías, y su disposición para obrar de conformidad y sacrificarse por ellas. Toda discusión respecto á la impracticabilidad del socialismo y la necesaria lentitud de la evolución, son de poco valor, porque la velocidad de ésta sólo puede ser juzgada por medio de un profundo conocimiento del ser humano, de cuyo desenvolvimiento nos venimos ocupando. ¿Pero cómo se puede apreciar una suma sin conocer sus componentes?

Mientras más leía, más me hacía cargo de que tenía ante mis ojos un mundo nuevo, desconocido para mí, y totalmente también para los fundadores de teorías socialistas, mundo que sólo podía conocer viéndolo en la Asociación de los Trabajadores y estando en constante contacto con ellos, por cuya razón decidí hacer esa clase de vida un par de meses; mis amigos rusos me animaron, y á los pocos días de estancia en Zurich marché á Ginebra, que entonces era un gran centro del movimiento internacional.

El lugar donde las secciones de dicha ciudad acostumbraban á reunirse, era el espacioso Templo Masónico; más de dos mil hombres podían reunirse en su gran salón en las asambleas generales, en tanto que todas las noches las secciones de todos los oficios y los comités de las mismas celebraban sus sesiones en las salas laterales, en las que también se daban clases de historia, física, mecánica y otras materias. Allí se proporcionaba enseñanza libre á los trabajadores por los hombres de la clase media, pocos, muy pocos en verdad, que se habían unido al movimiento, y cuya mayoría estaba compuesta de emigrados franceses procedentes de la Commune. Aquello era una Universidad popular, al mismo tiempo que un foro del pueblo.

Uno de los jefes principales del movimiento en el Templo referido, era un ruso llamado Nicolás Ootin, hombre vivo, inteligente y activo; pero el alma de todo era una señora rusa, en extremo simpática, á quien todos los trabajadores conocían con el nombre de Madama Olga, que era la que animaba la sociedad é influía en todas sus determinaciones.

Ambos me recibieron cordialmente, me pusieron en contacto con los hombres más notables de cada sección de oficio, y me invitaron á presenciar las reuniones de éstas. Así lo hice, pero prefería estar solo con los trabajadores mismos: tomando un vaso de vino áspero en una de las mesas del salón, acostumbraba á sentarme allí todas las noches entre los obreros, y pronto entablé amistad con varios de ellos, especialmente con un cantero de Alsacia, que había abandonado á Francia después de la insurrección de la Commune. Este tenía hijos, próximamente de la misma edad de los dos que mi hermano había perdido tan repentinamente algunos meses antes, y por la mediación de aquéllos me puse fácilmente en relaciones con la familia y sus amigos; pudiendo de este modo seguir la agitación desde su mismo fondo, y conocer la manera de apreciarla de los trabajadores.

Estos habían fundado todas sus esperanzas en el movimiento internacional; obreros de todas las edades concurrían al local mencionado, después de su larga jornada de trabajo, á recoger la poca instrucción que podían allí adquirir, ó á escuchar á los oradores, que les prometían un gran porvenir, basado en la posesión en común de todo lo que el hombre necesita para la producción de la riqueza, y en la fraternidad de todos los hombres, sin distinción de casta, raza ó nacionalidad. Todos confiaban que una gran revolución social, fuera ó no pacífica, vendría pronto á cambiar totalmente las condiciones económicas; ninguno deseaba la guerra de clases; pero todos decían que, si los privilegiados la hacían inevitable, á causa de su ciega obstinación, tendría que darse la batalla, con tal de que trajera el bien y la libertad para las explotadas masas.

Se necesita haber vivido entre los trabajadores en aquella época para formarse idea del efecto que el rápido desarrollo de la Asociación produjo en sus imaginaciones, la confianza que en ella depositaron, el amor con que hablaban de la misma y los sacrificios que hicieron en su obsequio. Todos los días, semana tras semana y año tras año, miles de trabajadores daban su tiempo y su dinero, aun pasando necesidades, con objeto de sostener la vida de cada grupo, ayudar á la publicación del periódico, atender á los gastos del congreso y prestar auxilio al compañero que sufría por causa de la organización, no faltando jamás á los mitins y manifestaciones. Otra cosa que me impresionó profundamente fué la influencia que ejerció la Internacional en la elevación de los caracteres: la mayoría de los internacionales casi apenas probaban la bebida, y todos habían renunciado al tabaco. «¿A qué he de mantener, decían, esa debilidad?» Y lo ruin y trivial desaparecía para dejar el paso franco á las grandes y elevadas inspiraciones.

Los extraños nunca comprendían los sacrificios que llevaban á cabo los trabajadores á fin de sostener viva la agitación. No era poco el valor moral que se necesitaba para ingresar públicamente en una sección de la Internacional, desafiando el descontento del patrón y exponiéndose á ser despedido á la primera oportunidad; sufriendo después largos meses sin trabajo, como ocurre con frecuencia. Aun bajo las más favorables condiciones posibles, el pertenecer á una unión de oficio ó á cualquier partido avanzado, exige una serie de no interrumpidos sufrimientos. Hasta los céntimos dados para la causa común imponen

una carga en los pobres ingresos del trabajador europeo, y son muchos los que hay que desembolsar cada semana: la frecuente asistencia á los mitins representa también un sacrificio, pues si para nosotros puede ser un placer el pasar allí un par de horas, para aquellos cuya jornada de trabajo empieza á las cinco ó las seis de la mañana, esas horas hay que robarlas al descanso del día.

En esta abnegación del obrero encontré el mayor de los reproches: vi lo ávido de instrucción que está aquél, y que pocos son, desgraciadamente, los que se hallan dispuestos á dársela; comprendí la necesidad que tienen las masas trabajadoras de ser ayudadas por hombres instruidos y que puedan disponer del tiempo necesario, en sus esfuerzos para extender y desarrollar la organización. ¡Pero que pocos eran los que acudían á prestar su concurso, sin la intención de sacar partido de esta misma impotencia del pueblo! Cada vez fui más y más conociendo que debía hacer causa común con los desheredados. Dice Stepaniak en su *Carrera de un nihilista*, que todo revolucionario tiene cierto momento en su vida en que un acontecimiento, por insignificante que sea, lo ha hecho dedicarse por entero á la causa de la revolución. Conozco ese momento; me he encontrado en él después de una de las asambleas en el Templo Masónico, en cuyo instante sentí con mayor intensidad que nunca la dolorosa impresión causada por la cobardía de los hombres cultos, que vacilan en poner sus conocimientos, su ilustración y su energía al servicio de aquellos que con tanta necesidad la reclaman. «Aquí hay hombres — me decía yo á mí mismo — que tienen conciencia de su esclavitud, y que trabajan por libertarse de ella; ¿pero quién les ayuda? ¿Dónde están los que han de venir á servir á las masas y no á utilizarlas en su provecho?»

Gradualmente, sin embargo, la duda empezó á surgir en mi mente respecto á la importancia de la agitación fomentada en el local referido. Una noche, un abogado muy conocido de Ginebra, el Sr. A., vino á la asamblea, manifestando que si hasta entonces no había entrado á formar parte de la Asociación, era por tener que arreglar antes sus asuntos particulares; pero que, una vez esto terminado, venía á ingresar en el movimiento popular. Tan cínica declaración me produjo un efecto deplorable, y cuando se lo comuniqué á mi amigo el cantero, él me explicó que, habiendo sido derrotado este caballero en las pasadas elecciones, en las que esperaba ser sostenido por el partido radical, confiaba triunfar ahora, gracias al voto de los trabajadores. «Aceptamos los servicios de esas gentes por el momento — dijo en conclusión mi amigo —; pero cuando venga la revolución los arrojaremos todos al agua».

Tras esto, se celebró un gran mitin, convocado precipitadamente, para protestar, según se dijo, contra «las calumnias» del *Journal de Genève*, por haberse atrevido á decir este órgano de las clases conservadoras que algo se tramaba en el Templo Masónico, preparándose los constructores de edificios á hacer otra huelga general como la realizada en el 69. La asamblea, presidida por los jefes, fué numerosa; á ella concurren miles de trabajadores, y Ootín pidió aprobaran una proposición, cuyos términos me parecieron bien extraños; en ella se hacía constar una protesta de indignación contra la suposición inofensiva

de que los obreros iban á declararse en huelga. « ¿ Por qué ha de considerarse eso como una calumnia? — me preguntaba yo á mí mismo. — ¿ Es acaso un crimen el paro? » Ootin, después de un precipitado discurso, terminó diciendo: « si aprobáis, ciudadanos, esta proposición, la enviaré, desde luego, á la prensa »; y ya se disponía á dejar la tribuna, cuando alguien observó que no estaría demás el que se discutiera; y entonces, los representantes de todas las secciones de la Unión de Constructores de Edificios hicieron uso de la palabra sucesivamente, manifestando que los jornales habían bajado tanto en poco tiempo, que casi era imposible vivir sólo con ellos, y que, como con la entrada de la primavera se presentaba bastante trabajo á la vista, pensaban aprovecharse de ello para pedir un aumento, dispuestos á recurrir á la huelga general, en caso de no ser atendidos.

Aquello me disgustó sobremanera, y al siguiente día reproché acaloradamente á Ootin por su conducta. « Como jefe — le dije —, debíais saber que verdaderamente se había tratado algo de la huelga ». Yo, inocentemente, no había sospechado la razón de aquello, siendo necesario que el mismo Ootin me hiciera comprender que una huelga en tales momentos sería desastrosa para la elección del abogado señor A.

No podía conciliar este tira y afloja de los jefes con los fogosos discursos que les había oído pronunciar en la tribuna, lo que me produjo tanta desilusión, que le indiqué á aquél mi intención de ponerme en contacto con otra agrupación de la Asociación Internacional de Ginebra, que era conocida por la bakuniana, porque la palabra « anarquista » no estaba aún muy generalizada. Ootin me dió en el acto cuatro letras de introducción para otro ruso llamado Nicolás Jonkóusky, que pertenecía á ella, y mirándome fijamente á la cara, me dijo suspirando: « Ya no volveréis más á nuestro lado; os quedaréis con ellos ». Y acertó en su pronóstico.

IX.

Primero fuí á Neuchatel, pasando después una semana ó poco más entre los relojeros de las montañas del Jura; de este modo conocí por primera vez esa famosa Federación del Jura, que durante los primeros años siguientes tan importante papel representó en el desarrollo del socialismo, introduciendo en él el no-gobierno, ó sea la tendencia anarquista.

En el 72, la Federación referida se empezaba á rebelar contra la autoridad del consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores. Esta tenía esencialmente un carácter obrero, considerándola así los trabajadores y no como partido político. En el Este de Bélgica, por ejemplo, habían introducido en los estatutos una cláusula, en virtud de la cual nadie que no hiciera un trabajo manual podría pertenecer á las secciones, quedando excluidos hasta los capataces.

Los trabajadores eran, sin embargo, federales en principios; cada nación, cada separada región y hasta cada sección local, debía quedar en libertad de desenvolverse según sus deseos; pero los revolucionarios de la clase media de la antigua escuela, que habían entrado en la Internacional, imbuídos como estaban con la noción de las sociedades secre-

tas centralizadas y organizadas piramidalmente de los pasados tiempos, introdujeron las mismas nociones en la Asociación de los Trabajadores. Además de los consejos federales y nacionales, se nombró uno general con residencia en Londres, destinado á servir como especie de intermediario entre los de las diferentes naciones. Marx y Engels eran los dos inspiradores de éste; pero pronto se cayó en la cuenta de que el mero hecho de tener semejante organismo central se tornaba en fuente de verdaderas dificultades. No contentándose el consejo general con el papel de centro de correspondencia, intentó dirigir el movimiento, aprobando ó censurando los actos, no sólo de las federaciones locales y secciones, sino hasta de los mismos individuos. Cuando empezó en París la insurrección de la Commune — no pudiendo hacer los jefes más que « dejarse ir », sin poder determinar dónde se hallarían á las veinticuatro horas — el consejo general insistió en querer dirigirla desde Londres: pedía partes diarios de los acontecimientos, daba órdenes, favorecía esto ó dificultaba lo otro; poniendo así en evidencia la desventaja de tener un centro directivo, aun dentro de la Asociación. Lo que se hizo más patente, cuando en una conferencia secreta, celebrada en el 71, el consejo general, sostenido por algunos delegados, decidió dirigir las fuerzas de aquélla hacia la agitación electoral, dando esto lugar á que las gentes se echaran á pensar sobre los males de todo gobierno, por democrático que sea su origen. Esta fué la primera chispa del anarquismo, convirtiéndose la Federación del Jura en centro de oposición al consejo general.

La separación entre jefes y obreros, que yo había notado en Ginebra, en el Templo Masónico, no existía en las montañas del Jura: había allí un cierto número de hombres que eran más inteligentes y en particular más activos que los otros; pero nada más. Jaime Guillaume, una de las personas más ilustradas y cultas que jamás he conocido, era un corrector de pruebas y el encargado de una pequeña imprenta. Siendo tan poco lo que por este concepto ganaba, que tenía que emplear sus noches en traducir novelas del alemán al francés, por las que le pagaban ocho francos por diez y seis páginas!

Cuando llegué á Neuchatel, me dijo que, desgraciadamente, no podía dedicar á hablar con los amigos ni un par de horas siquiera. Aquella tarde se tiraba en dicho establecimiento el primer número de un periódico local, y, además de sus ocupaciones habituales, tuvo que escribir las direcciones de mil sujetos á quienes se habían de enviar los tres primeros números, teniendo que poner él mismo las fajas.

Me ofrecí á ayudarle á escribir aquéllas; pero no fué posible, porque ó eran tomadas de memoria ó estaban escritas en tiras de papel con una letra ininteligible. En vista de lo cual, dije: « Está bien, volveré más tarde, y mientras yo pongo las fajas me dedicaréis el tiempo que os economizáis de ese modo ».

Nos entendimos perfecta y mutuamente. Guillaume me dió un fuerte apretón de manos, y ese fué el principio de una amistad estrecha é inquebrantable. Pasamos toda la prima noche en la imprenta;

él escribiendo las direcciones, yo pegando las fajas, y un comunalista francés, que era cajista, charlando con nosotros, al mismo tiempo que componía una novela, intercalando en la conversación las sentencias que iba levantando y que leía en alta voz.

« La lucha en las calles — decía, por ejemplo — se hizo muy encarnizada »... « Querida María, yo os amo »... « Los trabajadores estaban furiosos y se batieron como leones en Montmartre »... « y cayó de rodillas ante ella »... « y aquello continuó durante cuatro días. Sabiendo que Galifet fusilaba á los prisioneros; lo que dió aspecto más siniestro á la contienda »; continuando de este modo, sin dejar de componer con rapidez.

Ya era bien entrada la noche cuando Guillaume se quitó su blusa de trabajo, y salimos, departiendo amigablemente durante un par de horas, teniendo él después que reanudar el trabajo, como director de *El Boletín* de la Federación del Jura.

En Neuchatel adquirí también relaciones con Malón: había nacido en una aldea, y fué pastor en su juventud; viniendo más tarde á París, donde aprendió un oficio — el de banastero — y, como el encuadernador Varlin y el carpintero Pindy, con quienes estuvo asociado en la Internacional, llegó á ser muy conocido como uno de los jefes de la Asociación, cuando ésta fué perseguida en el 69 por Napoleón III. Todos tres habían conquistado por completo las simpatías de los trabajadores de París, y cuando estalló la insurrección de la Commune fueron elegidos miembros del consejo comunalista por una gran mayoría. Malón fué también alcalde de uno de los barrios de París, y ahora en Suiza se ganaba la vida trabajando en su oficio en un cobertizo, en las afueras de la población, situado en la vertiente de un cerro, que había arrendado por poco dinero, y desde donde podía contemplar, mientras trabajaba, una extensa vista del lago. De noche escribía cartas, un libro sobre la Commune y artículos para la prensa obrera, llegando de ese modo á convertirse en escritor.

Todos los días iba yo á verlo y oír lo que aquel comunalista de ancha faz, algo poeta, laborioso, de carácter pacífico y de corazón excelente, tenía que contarme de la insurrección en que tomó parte preminente, y que acababa de describir en su libro, *La tercera derrota del proletariado francés*.

Una mañana, después de haber subido la cuesta y llegado á su pobre morada, me salió al encuentro radiante de alegría, diciendo: « ¿No sabéis lo que hay? ¡Pindy está vivo! He aquí una carta suya: está en Suiza ». Nada se había sabido de él desde que fué visto la última vez el 25 ó 26 de Mayo en las Tullerías, y se le tenía por muerto, cuando en realidad lo que ocurrió fué que estuvo oculto en París. Y mientras los dedos de Malón continuaban oprimiendo el mimbre, rematando una elegante canastilla, me refirió con su voz tranquila, que sólo temblaba ligeramente á veces, cuántos hombres habían sido fusilados por las tropas versallesas, en la suposición de que eran Pindy, Varlin, él mismo, ó algún otro jefe. Me contó lo que sabía sobre la muerte de Varlin — el encuadernador á quien tanto querían los trabajadores de París —, la del antiguo revolucionario Delescluze, quien no quiso sobrevivir á esa nueva derrota, y las de otros muchos, relatándome los ho-

rreros que presencié durante el Carnaval sangriento con que las clases acomodadas de París celebraron su vuelta á la capital, y que despertó el espíritu de represalia en una parte de la multitud, dirigida por Raoul Rigault, la cual fusiló á los rehenes de la Commune.

Sus labios se agitaban convulsivamente al hablar del heroísmo de los niños, conmoviéndose bastante al referirme la historia de aquel muchacho á quien las tropas de Versalles estaban á punto de fusilar, y que pidió permiso al oficial para ir á entregar un reloj de plata á su madre, que vivía allí cerca. El militar movido por un impulso de piedad lo dejó ir, esperando probablemente que jamás volvería; pero un cuarto de hora después retornó la criatura, y ocupando su lugar entre los cadáveres que se hallaban al pie del muro, dijo: « ¡Estoy listo! » poniendo las balas término á su infantil existencia.

Creo que nunca he sufrido tanto, como cuando leí ese libro terrible, titulado *Le Livre Rouge de la Justice Rurale*, que no contenía más que extractos de las cartas de los corresponsales del *Standard*, el *Daily Telegraph* y *The Times*, escritas desde París durante los últimos días de Mayo del 71, relatando los horrores cometidos por el ejército versallés á las órdenes de Gallifet, con algunos recortes del *Figaro*, de París, en los que rebosaba una sed de sangre popular. La lectura de esas páginas me produjo una profunda desesperación respecto al porvenir de la humanidad, y en ella hubiera persistido, á no haber hallado después entre aquellos de los vencidos que habían sobrevivido á tantos horrores, esa falta de odio, esa confianza en el triunfo final de sus ideas, esa tranquila aunque triste mirada dirigida hacia el porvenir, y esa predisposición á olvidar los espantosos ensueños del pasado, que tanto llaman la atención en Malón, y puede decirse que en todos los emigrados de la Commune que encontré en Ginebra y que aún veo en Luisa Michel, Lefrancis, Eliseo Reclus y otros amigos.

De Neuchatel fui á Sonvilliers. En un pequeño valle de la sierra del Jura hay una sucesión de pequeñas poblaciones y aldeas, cuyos habitantes, que hablaban el francés, se veían en aquella época ocupados por completo en las varias ramas de la industria relojera; trabajando familias enteras en pequeños talleres. En una de ellas encontré otro de los jefes, llamado Adhemar Schmitzguébel, con quien también contraí íntimas relaciones. Cuando lo vi por primera vez, estaba sentado en compañía de unos doce jóvenes, que grababan cajas de relojes de oro y plata; me invitaron á tomar asiento en un banco ó sobre una mesa, y pronto nos vimos todos enredados en una animada conversación sobre socialismo, gobierno ó no gobierno y los congresos próximos.

A la noche se desencadenó una furiosa tempestad de nieve que nos cegaba y helaba la sangre en nuestras venas en la penosa marcha á la inmediata población; á pesar de lo cual, como unos cincuenta constructores de relojes, en su mayoría gente de edad, vinieron de los pueblos y aldeas inmediatos — algunos hasta de más de diez kilómetros de distancia — para asistir á una pequeña asamblea sin importancia que debía tener lugar aquella noche.

La organización del oficio de relojero, que permite á los operarios que se conozcan á fondo y puedan trabajar en sus mismas casas, donde siempre se habla libremente, explica por qué el nivel del desarrollo in-

telectual en esta industria es más elevado que el de los trabajadores que se pasan toda la vida, desde sus primeros años, en las fábricas. Indudablemente hay más independencia y más originalidad entre los obreros de la pequeña industria; pero la falta de división entre los jefes y las masas, en la federación del Jura fué también motivo para que no hubiera ninguna cuestión sobre la cual todos los miembros de la asociación no procuraran formar su opinión particular é independiente. Aquí observé que los trabajadores no eran una masa que se prestaba á ser dirigida y manejada para servir los fines políticos de unos cuantos; sus jefes no eran sino los compañeros más activos; más que tales jefes, eran simplemente iniciadores. La claridad de la penetración, lo razonado del juicio y la capacidad para desentrañar complejas cuestiones sociales que noté entre los obreros, en particular en los de mediana edad, me impresionaron profundamente; y tengo la firme persuasión de que si la federación del Jura ha representado un papel importante en el desarrollo del socialismo, no ha sido sólo por la bondad de las ideas de no gobierno y federales, de las que era el portaestandarte, sino también por la feliz manera de expresarlas, debido al buen sentido de aquéllos. Sin su concurso, estas concepciones hubieran permanecido siendo meras abstracciones durante mucho tiempo.

Los aspectos teóricos del anarquismo, según empezaban á expresarse en la federación del Jura, particularmente por Bakunin, las críticas del socialismo de Estado — el temor del despotismo económico, más peligroso todavía que el meramente político — que oí formular allí, y el carácter revolucionario de la agitación, dejaban honda huella en mi mente. Pero las relaciones de igualdad que encontré en las montañas jurácicas, la independencia de pensamiento y expresión que vi desarrollarse entre los trabajadores y su ilimitado amor á la causa, apelaron con más fuerza aún á mis sentimientos, y cuando dejé la montaña, después de haber pasado una semana con los relojeros, mis ideas sobre el socialismo se habían definido: era un anarquista.

Un viaje que poco después hice á Bélgica, donde pude comparar una vez más la centralizada agitación política de Bruselas con la económica é independiente que fermentaba entre los tejedores de paños de Verviers, sólo sirvió para fortalecer mis opiniones. Estos trabajadores industriales formaban uno de los centros de población más simpáticos que jamás he encontrado en la Europa occidental.

X.

Bakunin estaba en aquel tiempo en Locarno; no lo vi, y ahora lo siento mucho, porque, cuando volví á Suiza, cuatro años después, ya había muerto. El fué quien ayudó á los amigos del Jura á despejar sus ideas y á formular sus aspiraciones; él, quien les inspiró un poderoso, ardiente é irresistible entusiasmo revolucionario. Tan pronto como vió que un pequeño periódico que Guillaume empezó á publicar en la sierra del Jura (en Locle) hacía vibrar una nueva nota de independencia de la idea, en el movimiento socialista, fué allí; habló, durante días y noches enteras, á sus nuevos amigos sobre la necesidad histórica de un nuevo paso en dirección de la anarquía; escribió para aquella publicación una

serie de profundos y brillantes artículos sobre el progreso histórico de la humanidad en su marcha hacia la libertad; infundió entusiasmo entre aquellos compañeros, creando ese centro de propaganda, desde el cual se extendió más tarde la idea á otros puntos de Europa.

Después que él se trasladó á Locarno, desde donde inició un movimiento similar en Italia, y por medio de su simpático é inteligente emisario, Fanelli, en España también, la obra que él había comenzado en las montañas jurácicas, fué continuada independientemente por los habitantes del país. El nombre de « Miguel », aunque sonaba con frecuencia en las conversaciones, no era como el de un jefe ausente, cuyas opiniones se consideraban como leyes, sino como el de un amigo personal, de quien todos hablaban con amor, en un espíritu de compañerismo. Lo que más llamó mi atención, fué que la influencia de Bakunin se hacía mucho menos sentir como la de una autoridad intelectual, que como la de una personalidad moral. En las conversaciones sobre el anarquismo, ó respecto á la actitud de la federación, jamás oí decir: « Bakunin opina de este modo », ó « Bakunin piensa de este otro », como si eso resolviera la cuestión. Sus escritos y sus palabras no eran miradas como leyes, como desgraciadamente ocurre con frecuencia entre los políticos. En todos aquellos asuntos en que la inteligencia es el juez supremo, cada uno usaba en la discusión sus argumentos propios. La idea fundamental pudo haber sido sugerida por Bakunin, ó éste haberla tomado de sus amigos del Jura; pero, en uno ú otro caso, el argumento conservaba siempre su carácter individual. Sólo una vez oí invocar su nombre con carácter de autoridad, lo que me impresionó tanto, que aun hoy día recuerdo el sitio en que tuvo lugar la conversación y sus íntimos pormenores. Algunos jóvenes se permitían hablar con poco respeto del sexo débil, cuando una de las mujeres que estaban presentes puso término á la cuestión, exclamando: « ¿Qué lástima que Miguel no esté aquí; él os haría entrar en razón! » La colosal figura del revolucionario, que lo había dado todo por el triunfo de la revolución, viviendo sólo para ella y tomando de su concepción el modo más elevado y puro de apreciar la vida, continuaba inspirándolos.

Volví de este viaje con ideas sociológicas claras y precisas, que he conservado desde entonces, haciendo cuanto me ha sido posible por desarrollarlas en formas cada vez más definidas y concretas.

Había, sin embargo, un punto que no acepté sin haber antes dedicado á él una profunda reflexión y muchas horas de la noche. Vi claramente que el cambio inmenso que pondría en manos de la sociedad todo lo que es necesario para la vida y la producción — bien sea el Estado comunista de los demócratas socialistas, ó la unión de grupos libremente asociados, que los anarquistas defienden — implicaría una revolución mucho más profunda que todas las registradas en la Historia. Además, en semejante caso los trabajadores tendrían en su contra, no ya la caduca generación de aristócratas, contra quienes los campesinos y republicanos franceses tuvieron que luchar el siglo pasado — y que, así y todo, fué contienda bien encarnizada —, sino la clase media,

que es mucho más poderosa, intelectual y físicamente, teniendo á su servicio todo el potente mecanismo del Estado moderno. Pensando sobre esto observé que ninguna revolución, bien sea pacífica ó violenta, se ha llevado jamás á cabo sin que los nuevos ideales hayan penetrado antes profundamente en la clase misma cuyos privilegios económicos y políticos se habían de asaltar. Yo presencié la abolición de la servidumbre en Rusia, y sabía que si la conciencia de la injusticia de sus privilegios no se hubiera extendido ampliamente entre la clase misma de los dueños de siervos (como consecuencia de la previa evolución y revoluciones realizadas en la Europa occidental), la emancipación de los mismos no se hubiera llevado á efecto con tanta facilidad como se hizo en 1861. No ignoraba que la idea de emancipar á los trabajadores del presente sistema del salario, se iba abriendo camino entre la misma clase media. Hasta los más ardientes partidarios del actual estado económico ya han abandonado la idea de *derecho* al defender sus actuales privilegios, no discutiendo ahora más que la *oportunidad* del cambio. No niegan la conveniencia de algunas de esas variaciones; sólo preguntan si realmente la nueva organización económica, preconizada por los socialistas, será mejor que la actual; si una sociedad en que los trabajadores lleven la voz cantante, se encontrará con medios de manejar la producción mejor que los capitalistas individuales, movidos sólo por meras consideraciones de interés particular, lo hacen en el presente momento.

Además, empecé á comprender gradualmente que las revoluciones, esto es, los períodos de evolución rápida y acelerada y cambios repentinos, son tan naturales en las sociedades humanas como la lenta evolución que incesantemente tiene ahora lugar entre las razas más civilizadas de la humanidad, y que cada vez que semejante período de acelerada evolución y reconstrucción en gran escala comienza, es muy probable que la guerra civil estalle en mayor ó menor escala. La cuestión es, pues, no tanto de como se han de evitar las revoluciones, como de obtener los mayores resultados con la menor cantidad posible de guerra civil, el más reducido número de víctimas y el mínimo de mutuos enconos y antagonismos. Para conseguir tal fin, sólo hay un medio, esto es, que la parte oprimida de la sociedad se forme la más clara concepción posible de lo que se propone realizar y del medio de llevarlo á cabo, hallándose al mismo tiempo dominada por el entusiasmo que se necesita para la ejecución de tal empresa, teniendo, en tal caso, la seguridad de poder contar con el concurso de las fuerzas intelectuales más puras y lozanas de la clase privilegiada.

La Commune de París fué un terrible ejemplo de un alzamiento sin ideales suficientemente determinados. Cuando los trabajadores se hicieron dueños en Marzo del 71 de la gran ciudad, no atacaron los derechos de propiedad investidos en las clases media y elevada; por el contrario, pusieron esos derechos bajo su protección, cubriendo los jefes con sus cuerpos el Banco Nacional; y no obstante la crisis, que había paralizado la industria, y la consiguiente falta de recursos de una gran masa de obreros, protegieron con sus decretos los derechos de los amos de las fábricas, de los establecimientos industriales y de los dueños de la propiedad urbana. Sin embargo, cuando fué sofocado y vencido el

movimiento, para nada se tuvo en cuenta, por parte de las clases acomodadas, lo modesto de las pretensiones comunales de los insurrectos; habiendo vivido dos meses en constante temor de que los trabajadores atacaran sus derechos de propiedad, los hombres ricos de Francia se vengaron de aquéllos con el mismo encarnizamiento que si lo hubiesen hecho realmente. Cerca de 30 000 de ellos fueron sacrificados, como es sabido, no durante la batalla, sino después que la perdieron. Si hubieran dado algunos pasos hacia la socialización de la propiedad, la venganza no hubiese podido ser más terrible.

Si, pues — venía yo á concluir —, hay períodos en el desenvolvimiento humano en que el conflicto es inevitable y la guerra civil estalla independientemente por completo de la voluntad de individuos determinados, que al menos aquéllos tengan por ideal, no vagas y poco definidas aspiraciones, sino propósitos concretos; no puntos secundarios cuya insignificancia no disminuye la violencia del conflicto, sino amplias ideas que alienten á los hombres por la grandeza de los horizontes que abren ante su vista. En este último caso, el conflicto en sí dependerá mucho menos de la eficacia de los fusiles y cañones, que de la fuerza del genio creativo que entre en acción al emprenderse la obra de reconstituir la sociedad; dependerá más principalmente de que esas fuerzas constructivas tomen de momento un libre giro; de que sus aspiraciones sean de un carácter más elevado, ganando así más simpatías aun entre aquellos que, como clase, son opuestos al cambio. Empeñado de este modo el combate sobre una base más extensa, se purificará la misma atmósfera social, y el número de víctimas por ambas partes será indudablemente mucho menor de lo que hubiese sido si la lucha fuera por cuestiones de una importancia secundaria, en cuyo caso los bajos instintos del hombre encuentran terreno apropiado para desarrollarse.

Con estas ideas volví á Rusia.

XI.

Durante mi viaje compré muchos libros y colecciones de periódicos socialistas; en Rusia, los primeros se hallaban «absolutamente prohibidos» por la censura, y algunas de las segundas, así como las memorias de los Congresos internacionales, no podían encontrarse á ningún precio, ni aun en Bélgica. «¿Me desprenderé de todo esto, cuando mi hermano y mis amigos gozarían tanto con tenerlo en San Petersburgo?», me pregunté á mí mismo, decidiendo introducirlo en Rusia por todos los medios posibles.

Volví á San Petersburgo por la vía de Viena y Varsovia. Miles de judíos vivían del contrabando en la frontera polaca, y pensé que, si conseguía dar tan sólo con uno de ellos, mis libros pasarían con facilidad al otro lado. Sin embargo, el apearse en una pequeña estación de ferrocarril cerca de la raya, mientras que los demás viajeros continuaban en el tren, y ponerse allí á buscar gente dedicada al contrabando, hubiera sido poco razonable; así que, tomando una vía lateral, me dirigí á Cracovia. «La capital de la antigua Polonia está cerca de la frontera», pensé, «y en ella he de encontrar algún judío que me ponga en relación con los hombres que necesito».

Llegué á la ciudad, en otro tiempo renombrada y brillante, por la noche, y á la mañana siguiente, muy temprano, salí del hotel, dispuesto á realizar mi ojeo. Pero, con gran sorpresa-mía, me encontré con qué á la vuelta de cada esquina, y en cualquier parte del desierto mercado adonde dirigiera la vista, se tropezaba con uno de ellos que, con el túnico tradicional y largos cabellos, en la misma forma que lo usaban sus antepasados, aguardaba que algún noble ó comerciante lo ocupara, dándole por el mandado algunas monedas de cobre. Me hacía falta encontrar un *judío*, y ahora eran muchos los que me salían al paso. ¿A cuál interrogaría? Después de recorrer toda la población, y ya desesperado, decidí abordar al que se hallaba á la entrada misma de mi hotel, inmenso palacio antiguo, cuyos salones se habían visto en otro tiempo invadidos por una elegante multitud vestida de vivos colores y entregada á la danza, y ahora tenía la más modesta misión de dar hospedaje á alguno que otro viajero, explicándole al sujeto mencionado mi deseo de introducir secretamente en Rusia un paquete algo pesado de libros y periódicos.

« Esto se hace fácilmente », me replicó. « Haré venir al representante de la Compañía Universal para el Cambio Internacional de (con perdón sea dicho) Trapos y Huesos. Hacen el mayor negocio de contrabando del mundo, y es seguro le han de servir ». Media hora después volvía, en efecto, con el tal representante, joven elegantísimo, que hablaba perfectamente el ruso, el alemán y el polaco.

Miró el paquete, lo tomó en peso y me preguntó qué clase de libros contenía.

« Todos están prohibidos por la censura, le respondí, y por eso hay que introducirlos de esa manera ».

« Los libros, dijo él, no se hallan exactamente comprendidos entre los artículos que operamos; nuestro negocio estriba en sedas de valor. Si hubiera de pagar á mi gente con arreglo á nuestra tarifa de seda, tendría que pedir un precio exorbitante. Además, para decir verdad, no me gusta mucho mezclarme en asuntos de libros; lo más insignificante podría dar lugar á vernos envueltos en una cuestión política que ocasionaría á la Compañía quebrantos de consideración ».

Yo debí parecer muy contrariado, porque el susodicho joven inmediatamente agregó: « No paséis cuidado; él (señalando al mandadero del hotel), lo arreglará de alguna otra manera ».

« Ya lo creo; hay mil modos de concertar el asunto para servir al caballero », manifestó éste jovialmente antes de partir.

A la hora estaba de vuelta con otro joven; éste tomó el bulto, lo colocó al lado de la puerta y dijo: « Está bien; si partís mañana, encontraréis vuestros libros en tal estación rusa », explicándome cómo se arreglaría el negocio.

« ¿Cuánto costará? », pregunté.

« ¿Cuánto estáis dispuesto á pagar? », fué la respuesta.

Yo vacié mi bolsa sobre la mesa y dije: « Esto para mi viaje; el resto para vosotros; iré en tercera ».

« ¡Cómo! », exclamaron ambos á un tiempo. « ¿Qué dice usted, señor? ¡Semejante caballero ir en tercera! ¡Jamás! No, no; eso no es posible... Con cinco duros para nosotros y uno, poco más ó menos, para

el mandadero, se llevará lo que usted quiera. No somos salteadores de camino, sino gente honrada ». Y se negaron resueltamente á tomar más dinero.

Con frecuencia había oído hablar de la probidad de los contrabandistas hebreos de la frontera; pero nunca esperé encontrar semejante prueba de ella. Posteriormente, cuando nuestro círculo importó muchos libros del extranjero, ó más tarde todavía, cuando tantos revolucionarios y emigrados tuvieron que cruzar la frontera al entrar en Rusia ó salir de ella, no hubo un solo caso en que los contrabandistas comprometieran á ninguno ni se valieran de las circunstancias para exigir un precio exorbitante por sus servicios.

Al día siguiente abandoné á Cracovia, y en la estación rusa convenida, un mozo se acercó á mi departamento, y hablando en alta voz, á fin de que lo oyera el gendarme que se paseaba á lo largo del andén, me dijo: « Aquí está el saco que su alteza dijo el otro día », y me dió el precioso paquete.

Tanta alegría me causó el recogerlo, que ni aun me detuve en Varsovia, continuando mi viaje directamente á San Petersburgo para enseñar mis valiosas adquisiciones á mi hermano.

XII.

Un movimiento formidable se iba desarrollando al mismo tiempo entre la parte más ilustrada de la juventud rusa. La servidumbre estaba abolida; pero una extensa red de hábitos y costumbres de esclavitud doméstica, de completo desprecio de la individualidad humana, de despotismo por parte de los padres y de sumisión hipócrita por el de las esposas, hijos é hijas, se había desarrollado durante los doscientos cincuenta años que aquélla duró. En toda Europa, al principio de este siglo, dominaba un gran despotismo doméstico; de ello dan buen testimonio las obras de Thackeray y Dickens; pero en ninguna otra parte alcanzó tan extraordinario desarrollo como en Rusia. Toda la vida rusa en la familia, en las relaciones entre jefes y subordinados, oficiales y soldados, y patrones y obreros, lleva impreso su sello. Todo un mundo de costumbres y modo de pensar, de preocupaciones y falta de valor moral y de hábitos creados al calor de una lánguida existencia, había tomado cuerpo á su sombra. Hasta los hombres mejores de la época pagaban un gran tributo á estos productos del período de servidumbre.

A la ley no le era dado intervenir en tales cosas. Sólo un vigoroso movimiento social que atacara las raíces mismas del mal hubiera podido reformar los hábitos y costumbres de la vida corriente, y en Rusia esta acción, esta rebeldía del individuo, tomó un carácter más enérgico, y se hizo más radical en sus aspiraciones que en ninguna otra parte de Europa ó América. « Nihilismo » fué el nombre que Turgueneff le dió en su novela, que hará época en la Historia, titulada *Padres é Hijos*.

Este movimiento ha sido mal comprendido en la Europa occidental; la prensa, por ejemplo, lo confunde continuamente con el terrorismo. La agitación revolucionaria que estalló en Rusia hacia la fin del reinado de Alejandro II, y que terminó en su trágica muerte, es descrita consistentemente como nihilismo, lo cual es, sin embargo, una equivocación.

El confundir el nihilismo con el terrorismo es tan erróneo, como el tomar un movimiento filosófico, como el estoico ó el positivista, por uno político, como, por ejemplo, el republicano. El terrorismo vino á la existencia traído por ciertas condiciones especiales de la lucha política, en un momento histórico determinado; ha vivido y ha muerto; puede renacer y volver á morir. Pero el nihilismo ha marcado su huella en la vida entera de la parte más inteligente de la sociedad rusa, y no es posible que ésta se borre en muchos años. Es el nihilismo, desprovisto de su aspecto más violento — cosa imposible de evitar en todo nuevo movimiento de esa índole — lo que da ahora á la vida de una gran parte de la clase más ilustrada de Rusia un cierto carácter peculiar que nosotros, los rusos, sentimos no encontrar en la de la de igual índole que habita el occidente europeo; él es también, en sus varias manifestaciones, lo que da á muchos de nuestros escritores esa notable sinceridad y esa costumbre de « pensar en alta voz », que sorprende á los lectores de aquella parte de nuestro continente.

Ante todo, el nihilista declaró la guerra á lo que puede considerarse como « las mentiras convencionales de la humanidad civilizada ». Una sinceridad absoluta era su rasgo distintivo, y en nombre de ella, él renunciaba y pedía á los demás que lo hicieran también, á esas supersticiones, prejuicios, hábitos y costumbres que su criterio no lograra justificar. El se negaba á inclinarse ante toda autoridad que no fuera la de la razón, y en el análisis de cada institución ó hábito social, se rebelaba contra toda clase de sofismas, más ó menos enmascarados.

El nihilista rompió, como es natural, con las supersticiones de sus padres, siendo en concepciones filosóficas un positivista, un agnostista, un evolucionista spenceriano ó un partidario del materialismo científico; y aun cuando jamás atacaba la sencilla y sincera creencia religiosa, que es una necesidad psicológica de sentir, luchó abiertamente contra la hipocresía, que conduce á las gentes á cubrirse con la máscara de una religión, de la que repetidamente se desprenden como de lastre inútil.

La vida de la sociedad civilizada está llena de pequeñas mentiras convencionales. Personas que se odian mutuamente, al encontrarse en la calle cambian una falsa sonrisa, en tanto que el nihilista sólo demuestra su satisfacción al encontrar á alguien digno de aprecio. Todas esas formas de cumplidos superficiales, que no son más que mera hipocresía, le eran igualmente repulsivas, mostrando cierta aspereza exterior como protesta contra la exagerada cortesía de sus mayores. Los había visto hablar apasionadamente como idealistas sentimentales, y al mismo tiempo conducirse como verdaderos bárbaros con sus esposas, sus hijos y sus siervos; y se declaró en rebeldía contra esa clase de sensiblería que, después de todo, tan fácilmente se acomodaba á las condiciones puramente ideales de la vida rusa. El arte se hallaba envuelto en la misma negación niveladora. Un hablar continuo sobre la hermosura, lo ideal, el arte por el arte, esteticismo y otras cosas por el estilo, de que tanto se hacía gala — mientras que todo objeto artístico se compraba con dinero extraído de los hambrientos agricultores ó de los esquilados obreros, y el llamado « culto á la belleza » no era sino un antifaz para encubrir la más vulgar disolución — le inspiraban un gran desprecio,

y la crítica del arte que Tolstoi, uno de los más grandes artistas del siglo, ha formulado ahora con tanta energía, el nihilista la expresaba en esta terminante afirmación: « Un par de botas tiene más importancia que todas vuestras *madonnas* y todas vuestras disquisiciones sobre Shakespeare ».

El matrimonio sin amor y la familiaridad sin el afecto, eran igualmente repudiados. La joven nihilista, obligada por sus padres á ser un autómatas en una casa de muñecas, y á contraer un enlace de conveniencia, prefería abandonar su hogar y sus trajes de seda, ponerse un vestido de lana negro de la clase más inferior, cortarse el cabello é ir á un instituto, dispuesta á ganar allí su independencia personal. La mujer, que había visto que su casamiento no tenía ya el carácter de tal, que ni el amor ni la amistad servían de vínculo á los que legalmente eran considerados como esposos, optaba por romper un lazo que no conservaba ninguno de sus rasgos esenciales. De acuerdo, pues, con estas ideas, se iba frecuentemente con sus hijos á arrostrar la miseria, prefiriendo la pobreza y la soledad á una vida que, bajo condiciones convencionales, hubiera sido una negación completa de sí misma.

El nihilista llevaba su amor á la sinceridad hasta á los detalles más minuciosos de la vida corriente, descartando las formas convencionales del lenguaje de sociedad y expresando sus opiniones de un modo claro y preciso, no desprovisto de cierta determinada afectación de rudeza externa.

* * *

En Irkutsk acostubrábamos á frecuentar los bailes semanales que se daban en uno de los casinos. Durante algún tiempo fui concurrente á estas *soirées*: pero después, teniendo que trabajar, me vi obligado á abandonarlas. Una noche, cuando hacía varias semanas que yo no aparecía por allí, una de las señoras le preguntó á un joven amigo mío por que no asistía yo ya á sus reuniones: « Ahora sale á caballo cuando quiere hacer ejercicio », fué la poco atenta contestación que dió aquél. « Pero podría venir y pasar un par de horas con nosotras, aunque no bailase », se aventuró á decir otra de ellas. A lo que replicó mi nihilista amigo: « ¿ Qué había de hacer aquí, hablar con vosotras de modas y adornos? Ya está cansado de tales simplezas ». « Pero él va á ver algunas veces á Fulanita », observó tímidamente una de las jóvenes presentes. « Sí, pero esa es una muchacha estudiosa — respondió bruscamente él —, y le ayuda á repasar el alemán ». Debo agregar que esta manera, indudablemente poco cortés, de conducirse, dió su resultado, porque muchas de las jóvenes de Irkutsk empezaron á acosarnos á mi hermano, á mi amigo y á mí con preguntas respecto á lo que les aconsejariamos nosotros que leyeran ó estudiaran.

Con la misma franqueza hablaba el nihilista á sus relaciones, diciéndoles que toda su charla compasiva respecto á los pobres, era pura hipocresía, viviendo ellos, como lo hacían, del mal retribuido trabajo de esas mismas gentes cuya suerte aparentaban lamentar, sentados amigable y cómodamente en sus dorados y lujosos salones. Y con la propia desenvoltura declaraba al alto funcionario que, endiosado en su

pomposo cargo, la situación del pueblo le importaba un pito, y que él, como todos los empleados, no era más que un ladrón; y otras verdades de igual calibre.

Con cierta austeridad, él reprendía á la mujer que sólo se ocupaba de cosas frívolas, haciendo gala de sus distinguidas maneras y elegantes vestidos. Diciendo, sin rodeos, á una joven hermosa: «¿Cómo no os da vergüenza de hablar tales tonterías y de llevar esa trenza de pelo postizo?» En la mujer deseaba encontrar una compañera, una personalidad humana — no una muñeca ó una esclava de harém —, negándose en absoluto á tomar parte en esos pequeños actos de cortesía que tanto los hombres prodigan á las que luego se complacen en considerar como «el sexo débil». Cuando entraba una señora en una habitación, no saltaba el nihilista de su asiento para ofrecérselo, á menos de que no pareciera cansada y no hubiera otro desocupado, tratándola como lo haría con un compañero de su mismo sexo; pero si una dama — aun cuando jamás la hubiera conocido — manifestara deseos de aprender algo que ignoraba y que él sabía, iría todas las noches de un extremo á otro de la más populosa ciudad para servirla.

Dos grandes novelistas rusos, Turgueneff y Goncharoff, han intentado representar este nuevo tipo en sus novelas; pero el segundo, en *Precipicio*, tomando como tal uno que, aunque verdadero, no se hallaba dentro de la generalidad de la clase, hizo una caricatura del nihilista, en tanto que el primero, demasiado buen artista y lleno de admiración por el carácter que se proponía describir, para incurrir en tal efecto, no logró, sin embargo, dejarnos satisfechos con su nihilista *Basaroff*. Lo encontramos muy poco cariñoso, en particular en sus relaciones con sus ancianos padres, y, sobre todo, le reprochamos el aparentar el olvido de sus deberes de ciudadano. La juventud rusa no podía quedar satisfecha con la actitud puramente negativa del héroe de Turgueneff. El nihilismo, con su afirmación de los derechos del individuo y su condenación de toda hipocresía, no era más que un primer paso hacia un tipo más elevado de hombres y mujeres, que siendo igualmente libres, viven para hacer progresar una gran causa. Los nihilistas de Chernyshevsky, según se representan en su novela, menos ideal que las mencionadas, *¿Qué ha de hacerse?*, se acercaban más á la verdad.

«¡Qué amargo es el pan que amasan los esclavos!» había dicho nuestro poeta Nekrazoff; y la nueva generación se negaba ahora á comer ese pan y disfrutar de las riquezas que habían sido acumuladas en las casas de sus padres por medio del trabajo servil, ya fueran los trabajadores verdaderos siervos, ó esclavos del presente estado industrial.

Toda Rusia leyó con asombro en la acusación presentada ante el tribunal contra Karakozoff y sus amigos, que estos jóvenes, dueños de considerables fortunas, acostumbraban á vivir tres ó cuatro en la misma habitación, no gastando más que cinco duros cada uno al mes para atender á todas las necesidades, y dando al mismo tiempo todo cuanto poseían para la fundación de sociedades cooperativas, talleres cooperativos también (donde ellos mismos trabajaban) y otras obras

análogas. Cinco años después, miles y miles de la juventud rusa — la flor de la misma — seguían ese ejemplo. Su lema era: «¡Vnarod!» (Vayamos al pueblo, unámonos á él). Durante los años comprendidos entre el 60 y 65, en casi todas las casas de las familias ricas se sostenía una lucha encarnizada entre los padres, empeñados en mantener las viejas tradiciones, y los hijos é hijas, que defendían su derecho á disponer de su existencia según sus ideales. Los jóvenes abandonaban el servicio militar, las casas de comercio, las tiendas, y afluían á las ciudades universitarias; las muchachas, criadas en el seno de las familias más aristocráticas, corrían sin recursos á San Petersburgo, Moscou y Kieff, ávidas de aprender una profesión que las librara del yugo doméstico, y tal vez algún día también del posible de un esposo, lo que muchas de ellas consiguieron después de duros y asiduos trabajos. Procurando ahora hacer partícipe al pueblo de los conocimientos que las emanciparon, en lugar de utilizarlos sólo en provecho propio.

En cada población rusa, en cada barrio de San Petersburgo, se formaron pequeños grupos para el mejoramiento y educación mutua; las obras de los filósofos, los trabajos de los economistas, las investigaciones históricas de la nueva escuela de la historia rusa, eran leídas detenidamente en esos círculos, siendo seguida la lectura de discusiones interminables. El objeto de todo ese batallar no era otro sino el de resolver el gran problema que se levantaba ante su vista. ¿De qué modo podrían ser útil á las masas? Llegando gradualmente á la conclusión de que, el único medio de conseguirlo era el vivir entre el pueblo y participar de su suerte. Los jóvenes fueron á los pueblos como médicos, practicantes, maestros y memorialistas, y aún como agricultores, herreros, leñadores y otras ocupaciones similares, procurando vivir allí en estrecho contacto con los campesinos; ellas, después de haberse examinado de maestras, aprendían el oficio de matronas y se iban a centenares á los pueblos, dedicándose por completo á la parte más pobre de sus habitantes.

Estos jóvenes de ambos sexos no llevaban en su mente ningún ideal de reconstrucción social ni pensaban en la revolución; sólo se preocupaban de enseñar á la masa de los campesinos á leer, instruirlos sobre otros particulares, prestarle asistencia médica y ayudarla por todos los medios posibles á salir de su obscuridad y miseria, aprendiendo al mismo tiempo cuáles eran los ideales populares respecto á una vida social mejor.

Al volver de Suiza hallé este movimiento en todo su apogeo.

XIII.

Corrí á compartir con mis amigos mis impresiones respecto á la Asociación Internacional de Trabajadores y mis libros. En la Universidad bien puede decirse que no tenía amigos; yo era mayor que la generalidad de mis compañeros, y entre gente joven una diferencia de algunos años es siempre un obstáculo para una franca intimidad. Hay que decir también que, desde que los nuevos reglamentos de admisión en la Universidad se pusieron en vigor en 1861, lo mejor de la juventud — los más listos y más independientes de carácter — fueron eliminados

de los institutos, no pudiendo, por consiguiente, llegar á entrar en la Universidad. Debido á esto, la mayoría de mis compañeros eran de buena índole, laboriosos, pero no se tomaban interés en nada que no se relacionase con los exámenes. Yo tenía amistad sólo con uno de ellos, á quien llamaré Dmitri Kelnitz; era hijo de la Rusia del Sur, y, aunque de apellido alemán, apenas hablaba este idioma, y su fisonomía tenía más de rusa del Sur que de teutónica. Era muy inteligente, había leído mucho y pensado seriamente sobre ello; amaba la ciencia y la respetaba profundamente; pero, como muchos de nosotros, vino á llegar á la conclusión de que el seguir la carrera de hombre de ciencia suponía el ingresar en el campo de los filisteos, y que había bastante trabajo, más urgente y necesario que realizar; y de acuerdo con tales ideas, asistió á los cursos universitarios dos años, abandonándolos después, y dedicándose por entero á la cuestión social. Vivía de cualquier modo; hasta dudo que tuviera residencia fija. Algunas veces solía venir á preguntarme: «¿Teneís papel?» Y, una vez obtenido, se sentaba en la esquina de una mesa durante una ó dos horas, haciendo diligentemente traducciones; y con lo poco que ganaba de tal manera, tenía más que suficiente para satisfacer todas sus limitadas necesidades. Después de lo cual, se trasladaba inmediatamente á una parte distante de la población para ver á un compañero ó prestar auxilio á un amigo necesitado, ó atravesaba á pie San Petersburgo, yendo á un barrio extremo, á fin de obtener la admisión gratuita en un colegio de un muchacho por quien se interesaban los compañeros. Era indudablemente un hombre de relevantes cualidades; en el Occidente europeo una persona de tales aptitudes hubiera conquistado un lugar prominente en el campo político ó socialista; pero jamás fueron esas sus aspiraciones. El dirigir á los demás no era por ningún concepto su ambición, rasgo que, en verdad, no caracterizaba sólo á él: todos los que habían vivido algunos años en los círculos de estudiantes de aquella época, lo poseían en alto grado.

Poco después de mi regreso, Kelnitz me invitó á ingresar en un círculo, que era conocido entre los jóvenes por el de «Tchaykousky», el cual, bajo este nombre, desempeñó un importante papel en la historia del movimiento social en Rusia, y con el que también pasará á la posteridad. «Sus miembros — me dijo mi amigo — han sido hasta ahora en su mayoría constitucionales; pero son buenas gentes, dispuestas en favor de toda noble idea; tienen muchos amigos en todo el país, y más adelante veréis lo que se puede hacer». Ya yo conocía Tchaykousky y algunos otros miembros de este círculo; aquél había ganado mi afecto desde nuestra primera entrevista, permaneciendo nuestra amistad inalterable durante veintisiete años.

Dicha sociedad empezó por un grupo insignificante de jóvenes de ambos sexos — entre los que se hallaba Sofía Perouskaya, quien entró en él con objeto de mejorar y perfeccionar su educación; y en su seno se encontraba también el amigo antes mencionado. En 1869, Nechaieff había intentado formar una organización revolucionaria secreta entre la juventud, imbuída del deseo anteriormente referido de trabajar entre el pueblo, y para conseguir tal resultado, apeló á los recursos de los antiguos conspiradores, sin retroceder ni aun ante los desengaños, al pretender que sus asociados se conformaran con su di-

rección. Tales procedimientos no podían prosperar en Rusia, y pronto su sociedad se disolvió. Todos sus miembros fueron detenidos, y algunos de los jóvenes más entusiastas y decididos fueron desterrados á Siberia antes de haber podido hacer nada. El círculo de mutua educación y mejoramiento, de que vengo hablando, se constituyó en oposición al sistema de Nechaieff. Aquel número limitado de amigos había juzgado, muy cuerdamente, que el desarrollo moral del individuo debe ser la base de toda organización, cualquiera que sea el carácter político que adopte después y el programa de acción que siga en el curso de los futuros acontecimientos. A esto fué debido que el círculo de Tchaykousky, ensanchando gradualmente su campo de operaciones, se extendiera tanto en Rusia y adquiriera tan importantes resultados; y más tarde, cuando las feroces persecuciones del gobierno crearon una lucha revolucionaria, produjera esa notable clase de hombres y mujeres que tan gallardamente sucumbieron en la terrible contienda que empeñaron contra la autocracia.

En esa época, sin embargo — esto es, en el 72 —, el círculo no tenía nada de revolucionario. Si se hubiera limitado á no ser más que una sociedad de mejoramiento mutuo, pronto se hubiese petrificado como un monasterio. Pero no fué así; sus miembros se dedicaron á un trabajo útil, empezando á distribuir libros buenos. Compraron ediciones enteras de las obras de Lasalle, Berbi (sobre el estado de la clase obrera en Rusia), Marx, libros de historia rusa y otras publicaciones del mismo género, repartiéndolas entre los estudiantes de las provincias. A los pocos años no había población de importancia en «treinta y ocho provincias del imperio ruso», según el lenguaje oficial, donde este círculo no contase con un grupo de compañeros ocupados en la distribución de esa clase de literatura. Gradualmente, siguiendo el impulso general de la época, y estimulado por las noticias que venían de la Europa occidental referentes al rápido crecimiento del movimiento obrero, él se fué haciendo cada vez más un centro de propaganda socialista entre la juventud ilustrada, y un intermediario natural para los miembros de los círculos provinciales, hasta que llegó un día en que se rompió el hielo que separaba á los estudiantes de los trabajadores, estableciéndose relaciones directas entre ambos, lo mismo en San Petersburgo que en algunas provincias. Siendo entonces cuando yo ingresé en dicha agrupación en la primavera del 72.

Todas las sociedades secretas son ferozmente perseguidas en Rusia, y los lectores de Occidente tal vez esperen de mí una descripción del modo como fué iniciado y del juramento de fidelidad que presté. Pero, aunque tenga que desvanecer esa ilusión, debo manifestar que no ocurrió nada parecido, ni era posible que ocurriera; nosotros hubiéramos sido los primeros en reírnos de semejantes ceremonias, y Kelnitz no hubiese dejado pasar la oportunidad de hacer uso de una de sus sarcásticas observaciones, capaz de concluir con cualquier ritual. No existían ni aún estatutos, aceptando sólo como socios á aquellas personas que eran bien conocidas y habían sido probadas en varias circunstancias, y de quienes se sabía que se podía confiar en absoluto. Antes de admitir un nuevo miembro, sus antecedentes se discutían con la franqueza y formalidad que caracterizaban al nihilista. El menor asomo de falta

de sinceridad ó de amor propio le hubieran cerrado la entrada. No se preocupaba el círculo en cuanto al número de sus individuos, ni propendía á concentrar en sus manos toda la actividad que se notaba entre la juventud, ó á incluir en una sola organización los numerosos que existían en la capital y en provincias. Con casi todos ellos mantenía amistosas relaciones, ayudándose mutuamente, cuando el caso se presentaba, sin que la cuestión de autonomía sufriera el menor menoscabo.

El círculo prefería permanecer siendo un grupo de amigos íntimamente unidos, y jamás encontré en ninguna otra parte tal número de hombres y mujeres superiores, como aquellos que conocí al asistir por primera vez al Círculo de Tchaykousky, sintiendo todavía una verdadera satisfacción al recordar fué admitido en su seno.

XIV.

Quando entré de socio en aquel círculo, hallé á sus miembros discutiendo acaloradamente la dirección que debían dar á su actividad. Unos eran partidarios de que se continuara haciendo propaganda radical y socialista entre la juventud ilustrada, en tanto que otros opinaban que el único objeto de este trabajo debería ser el preparar á hombres que fueran capaces de levantar á la grandes é inertes clases trabajadoras; debiendo, por consiguiente, dedicar todas sus energías á la propaganda entre los campesinos y los operarios de las poblaciones. En todos los círculos y grupos que en aquel tiempo se formaron á centenares en San Petersburgo y en provincias, el mismo tema se discutía, y en todas partes la segunda proposición prevaleció sobre la primera.

Si nuestra juventud únicamente hubiera aceptado el socialismo en abstracto, se hubiese dado por satisfecha con una simple declaración de principios, incluyendo, como aspiración lejana, «la posesión en común de los instrumentos de producción», y con sostener al mismo tiempo alguna clase de agitación política. Muchos socialistas políticos de la clase media en el Occidente de Europa y en América se conforman con seguir tal dirección. Pero nuestra juventud había comprendido el socialismo de otra manera; no eran socialistas teóricos; habían aprendido el socialismo viviendo lo mismo que los trabajadores; no haciendo distinción entre «lo tuyo y lo mío» en sus círculos, y negándose á gozar en provecho propio las riquezas que heredaron de sus padres. Habían hecho, con relación al capitalismo, lo que Tolstói indica debiera hacerse respecto á la guerra, cuando aconseja al pueblo que, en vez de criticarla y seguir usando el uniforme militar, se niegue cada uno por su parte á ser soldado y tomar las armas. De igual manera, nuestra juventud rusa de ambos sexos se negaba individualmente á aprovecharse con carácter personal de las rentas de sus padres. Este modo de identificarse con el pueblo era, indudablemente, necesario. Miles y miles de jóvenes, varones y hembras, ya habían abandonado sus hogares, procurando ahora vivir en los pueblos y poblaciones industriales de todos los modos posibles. No era este un movimiento combinado, sino uno de carácter general, de esos que ocurren en ciertos períodos del repentino despertar de la conciencia humana. Y ahora que se habían constituido pequeños grupos organizados, dispuestos á intentar un esfuerzo sistemático para

difundir ideas de libertad y de rebeldía en Rusia, se veían obligados á extender esa propaganda entre las masas de los campesinos y los trabajadores de las ciudades. Varios escritores han tratado de explicar este movimiento «hacia el pueblo» por la introducción de influencias extrañas; «los agitadores extranjeros se hallan en todas partes», era una explicación muy generalizada. Verdad es que nuestra juventud oyó la poderosa voz de Bakunin, y que la agitación de la Asociación Internacional de Trabajadores ejerció en nosotros una influencia fascinadora. Sin embargo, el movimiento tenía un origen mucho más profundo; empezó antes que «los agitadores extranjeros» hablaran á la juventud rusa, y aún con anterioridad á la fundación de la Internacional. Tuvo sus comienzos en los grupos de Karakozoff en 1866; Turgueneff lo vió venir, y ya en el 59 lo indicó vagamente. Hice cuanto pude por impulsar tal movimiento en el Círculo de Tchaykousky; pero me favoreció la marea que subía y era infinitamente más poderosa que cualquier esfuerzo individual.

Hablábamos con frecuencia, como es de suponer, de la necesidad de una agitación política contra nuestro gobierno absoluto. Ya entonces veíamos que los campesinos en masa eran arrastrados á una completa é inevitable ruina por lo absurdo de los impuestos y por la gran insensatez de confiscarles el ganado para cubrir los atrasos. Nosotros, los «visionarios», sentimos aproximarse esa total ruina de toda una población, que á la hora presente ya, por desgracia, se ha realizado en un grado alarmante en la Rusia central, y que confiesa el gobierno mismo. Sabíamos cómo, en todas direcciones, era el país saqueado del modo más escandaloso; conocíamos y comprobábamos más y más diariamente de qué manera los funcionarios públicos despreciaban la ley y la crasa ignorancia que á muchos de ellos caracterizaba. Oíamos continuamente hablar de amigos cuyas casas eran asaltadas durante la noche por la policía, que desaparecían en las prisiones, y que — según después supimos — habían sido transportados, sin formación de causa, á algún oscuro pueblo de una remota provincia rusa. Comprendíamos, por consiguiente, la necesidad de la lucha política contra tan terrible poder, que trituraba las mejores fuerzas intelectuales de la nación; pero no hallábamos un terreno legal, ó semilegal siquiera, donde poder dar la batalla.

Nuestros hermanos mayores no participaban de nuestras aspiraciones socialistas, y nosotros no podíamos desprendernos de ellas; pero, aunque alguno lo hubiera efectuado, de nada le hubiese servido. La nueva generación, en su conjunto, era considerada como «sospechosa», y la anterior temía tener contacto con ella. Todo joven de tendencias democráticas, toda joven que siguiera un curso de enseñanza superior, era motivo de recelo para la policía de Estado, y denunciado por Kalkoff como un enemigo del Estado. Una muchacha con el cabello corto y lentes azules, ó un estudiante que llevase en invierno una manta escocesa en vez de un sobretodo, signos ambos de sencillez nihilista y costumbres democráticas, eran denunciados como «gente de poca confianza». Si la casa donde se hospedaba el estudiante era frecuentemente visitada por sus compañeros, la policía de Estado la registraba periódicamente. Tan corrientes eran estas irrupciones nocturnas en determinados alojamientos de estudiantes, que Kelnitz dijo una vez, con la suave ironía

que le caracterizaba, al oficial de policía encargado del registro: «¿A qué os molestáis en recorrer todos nuestros libros cada vez que venís á hacer un reconocimiento? Con tener una lista de ellos y confrontar los unos con la otra mensualmente, agregando á aquélla los títulos de los nuevos, todo estaba terminado». El más pequeño indicio de que se ocupaba de política, bastaba para sacar á un joven de una escuela superior, tenerlo varios meses preso, y, por último, mandarlo á alguna remota provincia de los Urales «por tiempo indefinido», como se acostumbraba á decir en la jerga burocrática. Aun en la época en que el círculo de Tchaykousky no hacía más que distribuir libros aprobados por la censura, el amigo que daba nombre á aquél fué preso dos veces, pasando cuatro ó seis meses en prisión, la segunda en un momento crítico de su carrera de farmacia. Sus investigaciones se habían publicado recientemente en el *Boletín de la Academia de Ciencias*, disponiéndose á pasar sus exámenes universitarios. Al fin fué puesto en libertad, porque la policía no pudo descubrir suficientes pruebas contra él para aplicarle el destierro á los Urales. «Pero si os volvemos á arrestar otra vez», le dijeron, «os enviaremos á Siberia». Era, en verdad, un sueño favorito de Alejandro II el formar en alguna parte de las estepas una población especial, guardada noche y día por patrullas de cosacos, adonde se pudiera mandar á la juventud sospechosa, y constituir con ella una ciudad de diez ó veinte mil habitantes. Sólo el temor de lo que semejante centro de población pudiera llegar á ser algún día, evitó que llevara á cabo este proyecto verdaderamente asiático.

* * *

Uno de nuestros compañeros de círculo, que era un oficial, había pertenecido á un grupo de jóvenes, cuya ambición consistía en servir en los *Zemstvos* provinciales (consejos de distritos y de provincias). Ellos consideraban todo trabajo en tal sentido como altamente provechoso, y se preparaban para realizarlo, estudiando detenidamente las condiciones económicas de la Rusia central. Muchos de los jóvenes alimentaron por algún tiempo esas ilusiones; pero todas se desvanecieron al primer contacto con la máquina gubernamental.

Habiendo concedido una forma muy limitada de autonomía á ciertas provincias rusas, el gobierno dirigió inmediatamente después todos sus esfuerzos á anularla, privándola de toda su significación y vitalidad. La «autonomía» provincial tuvo que contentarse con ser la mera función de agentes del Estado encargados de recaudar impuestos locales adicionales, é invertirlos en las necesidades provinciales de aquél. Todo intento de las diputaciones de provincias para tomar iniciativas, mejoras agrícolas, etcétera, era mirado por el gobierno central con prevención y hasta con hostilidad, siendo denunciado por la *Gaceta de Moscov* como «separatismo», como la creación de «un Estado dentro del Estado» y como rebeldía contra la autocracia.

Si alguien fuera á contar la verdadera historia, por ejemplo, de la escuela normal de Tver, ó de otra empresa parecida de los *Zemstvos* en aquella época, con todas las ruines persecuciones, prohibiciones, suspensiones y todo género de dificultades con que se trataba de embarazar

la marcha de la institución, ningún lector del Occidente europeo, y en particular americano, lo creería. Arrojaría el libro á un lado, diciendo: «No puede ser verdad; es demasiado inverosímil para que lo sea». Y sin embargo, nada más cierto. Grupos enteros de los representantes electos de varios *Zemstvos* eran privados de sus cargos, arrojados de sus provincias y sus estados, ó simplemente desterrados, por haberse atrevido á pedir al emperador, del modo más respetuoso posible, algo de lo que legalmente correspondía á dichas corporaciones. «Los diputados provinciales no deben ser más que funcionarios ministeriales y obedecer al ministro de la Gobernación». Tal era la teoría del gobierno de San Petersburgo. En cuanto á la gente de segunda fila — maestros, médicos y empleados de todas clases al servicio de los municipios —, eran separados de sus puestos y desterrados por la policía de Estado en veinticuatro horas, sin más ceremonia que una orden de la omnipotente Sección Tercera de la cancillería imperial. Sin ir más allá del año anterior, diré que una señora cuyo esposo es rico terrateniente y ocupa una posición distinguida en uno de los *Zemstvos*, y que se halla interesada en todo lo referente á instrucción pública, invitó á ocho profesores de primera enseñanza á una fiesta que daba con motivo de su cumpleaños. «Pobre gente», se dijo á sí misma; «sin otro trato que el de los campesinos». Al día siguiente la policía llamó á su puerta, pidiendo los nombres de los ocho maestros que habían asistido al referido acto, con objeto de comunicar el hecho á las autoridades respectivas. Y como la señora se negara á darlos, le dijeron: «Está bien; ya los encontraremos, sin embargo, y se transmitirá el informe. Los maestros *no deben* reunirse, y si lo hacen, hay que dar parte». Sólo la elevada posición de la dama pudo escudar á aquéllos en este caso; si la reunión hubiera tenido lugar en casa de una persona menos importante, después de ser visitados por la policía de Estado, la mitad, cuando menos, hubieran sido dados de baja por el ministro del ramo; y si, por ventura, una palabra más alta que otra se le escapaba á alguno de ellos durante la visita policiaca, al punto sería enviado á una de las provincias uralas. Esto es lo que pasa hoy, á los treinta y tres años de la apertura de los consejos provinciales y locales; pero era mucho peor en los que mediaron del 70 al 80. ¿Qué clase de base para una lucha política podía ofrecer tal situación?

Cuando heredé de mi padre su estado de Tambóv, pensé formalmente, durante algún tiempo, en fijar mi residencia allí y dedicar mis energías á trabajar en el *Zemstvo* local. Algunos campesinos y los curas más pobres de las inmediaciones me habían pedido que lo hiciera. En cuanto á mí, me hubiera contentado con hacer cualquier cosa, por insignificante que fuera, con tal de poder así contribuir á elevar el nivel intelectual y material de los agricultores. Pero un día, cuando se hallaban reunidos muchos de los que tal me aconsejaban, les pregunté: «Suponiendo que yo tratara de montar una escuela, una granja modelo, una sociedad cooperativa, y al mismo tiempo tomara á mi cargo la defensa de aquellos de nuestros campesinos que han sido últimamente atropellados, ¿me lo permitirían las autoridades?» «¡No, jamás!», fué la contestación unánime.

Un cura anciano, de cabellos grises, hombre á quien se tenía en

gran estima en aquellos alrededores, vino á verme algunos días después, con dos jefes de influencia, disidentes, y me dijo: «Hablad con estos dos hombres. Si os avenís á ello, id en su compañía, y, biblia en mano, predicad á los campesinos... Ya sabéis lo que hay que propagar... No hay policía en el mundo que pueda encontraros, como ellos os oculten... No hay nada más que hacer; esto es lo que yo, que soy viejo, os aconsejo».

Les dije francamente el por qué no podía asumir el papel de Wielif; pero el anciano tenía razón. Un movimiento parecido al de los Lollards va creciendo rápidamente entre los campesinos rusos. Las torturas á que han sido sometidas gentes tan amantes de la paz como los Dukabors, é incursiones como las realizadas contra los campesinos disidentes del Sur de Rusia en 1897, en las que se robaron las criaturas para poder educarlas en monasterios ortodoxos, sólo conseguirán dar á ese movimiento una fuerza que jamás hubiera alcanzado hace veinticinco años.

* * *

Como la cuestión de agitarse en favor de una Constitución era continuamente tema de discusión en nuestra sociedad, propuse yo una vez que se considerase el asunto en serio, adoptándose un plan conveniente de acción. Siempre opiné que cuando se tomaba un acuerdo por unanimidad, cada miembro debía dejar aparte sus inclinaciones personales y poner en la empresa todas sus energías. «Si resolvéis provocar una agitación con el fin indicado», les dije, «he aquí mi plan: me separaré de vosotros en apariencias, manteniendo relaciones sólo con un individuo de la sociedad — por ejemplo, Tchaykousky —, por quien tendré noticias de la marcha de vuestros trabajos y podré comunicaros de un modo general la de los míos. Mi campo de acción será entre los cortesanos y altos funcionarios; tengo en el seno de esas clases muchas relaciones y conozco á un gran número de personas que se hallan disgustadas con la situación actual. Las aproximaré y uniré, si es posible, en alguna especie de organización, y después, en un momento dado, es indudable se ha de presentar la oportunidad de poner en acción esas fuerzas, á fin de obligar á Alejandro II á dar una Constitución al país. Llegará de fijo un momento en que todas estas gentes, al verse comprometidas, por interés propio darán un paso decisivo. Si es necesario, alguno de nosotros, de los que han sido oficiales, podrán prestar mucho servicio extendiendo la propaganda entre sus antiguos compañeros de armas; pero este trabajo debe ir completamente separado del vuestro, aunque caminando paralelamente con él. He meditado detenidamente sobre ello; conozco bien el personal y en quiénes se puede tener confianza, y hasta creo que algunos de los descontentos ya han pensado en mí como posible centro de acción para algo parecido. Esta línea de conducta no la seguiría únicamente por mi voluntad; pero si vosotros la consideráis conveniente, á ella me dedicaré por completo».

El círculo no aceptó esta proposición. Conociéndose unos á otros tan bien como se conocían mis compañeros, creyeron probablemente que, si yo me lanzaba en tal dirección, dejaría de estar de acuerdo conmigo mismo. En nombre, pues, de la tranquilidad de mi conciencia y de la conservación de mi vida, nunca agradeceré ahora lo bastante

el que entonces no se admitiera mi propuesta. Porque de haberlo sido, me hubiera visto obligado á caminar por una senda poco en armonía con mi naturaleza, no encontrando en ella la felicidad que he hallado siguiendo otros derroteros. Mas cuando seis ó siete años después se vieron empeñados los terroristas en su terrible lucha contra Alejandro II, lamenté que no hubiera habido alguien que hubiese hecho la clase de trabajo que yo me ofrecí á efectuar en los círculos elevados de San Petersburgo. Habiéndose establecido de antemano alguna inteligencia, y con las ramificaciones que ésta probablemente habría podido echar en todo el imperio, el holocausto de la víctima no se hubiese hecho en vano. De todos modos, los trabajos de zapa del comité ejecutivo debieron por todos estilos haber sido secundados por una agitación paralela en el Palacio de Invierno.

* * *

Una y otra vez, la necesidad de una acción política se volvió á discutir en nuestro pequeño grupo, sin ningún resultado. La apatía y la indiferencia de las clases más acomodadas, eran, en verdad, desconsonadoras, y la irritación de la juventud perseguida no había llegado á esa alta tensión que terminó seis años más tarde, en la campaña de los terroristas á las órdenes del comité ejecutivo. Pero hay más todavía — y esta es una de las más trágicas ironías de la Historia —; la misma juventud que Alejandro II, en su ciego temor y su ira, ordenó que se mandara á centenares á trabajos forzados, condenándola á una muerte lenta en el destierro, fué la que le protegió desde el 70 al 78. La propaganda que se hacía en los círculos socialistas estaba calculada como útil para evitar la repetición de atentados como el de Karakozoff contra la vida del zar. «Preparad en Rusia un gran movimiento socialista en que tomen parte obreros y campesinos», era entonces la consigna. «No os preocupéis del zar y sus consejeros; si tal movimiento se inicia, si los trabajadores se unen á él para reclamar la tierra y pedir la abolición del impuesto de la redención de la servidumbre, el poder imperial será el primero en solicitar el apoyo de las clases adineradas y los terratenientes y convocar un parlamento; así como la insurrección de los campesinos en Francia, en 1789, forzó al poder real á convocar la Asamblea Nacional, así ocurrirá en Rusia».

Mas esto no era todo. Grupos é individuos aislados, viendo que el reinado de Alejandro II estaba irremisiblemente condenado á sumergirse más profundamente en la reacción, y alimentando al mismo tiempo vagas esperanzas respecto al supuesto «liberalismo» del presunto heredero — de todos los jóvenes herederos de tronos se supone siempre otro tanto —, retornaban con persistencia á la idea de que el ejemplo de Karakozoff debiera ser imitado. Sin embargo, los círculos organizados se opusieron enérgicamente á tal idea, aconsejando á sus compañeros que no apelaran á ese procedimiento. Ya puedo divulgar lo siguiente, que hasta ahora jamás se había hecho público. Cuando un joven vino de una de las provincias del Sur á San Petersburgo con la firme intención de matar á Alejandro II, y algunos de los miembros del círculo de Tchaykousky se enteraron del proyecto, no sólo emplearon

todos los argumentos imaginables para disuadirlo, sino que, al ver que esto no era posible, le manifestaron que le vigilarían y le impedirían por la fuerza el llevar á cabo semejante atentado. Conociendo bien lo poco resguardado que se hallaba en aquel tiempo el Palacio de Invierno, bien se puede afirmar que le salvaron la vida al emperador. Hasta tal punto era opuesta la juventud en dicha época á la guerra en que más tarde, cuando rebotó la copa de sus sufrimientos, se vieron obligados á participar.

XV.

Los dos años que pasé en el círculo de Tchaykousky, antes de que me prendieran, influyeron poderosamente en mi posterior modo de ser y de pensar. Durante estos dos años puede decirse que era vivir á alta presión; era experimentar esa exuberancia de vida en que se siente á cada momento el completo latir de todas las fibras del yo interno, y se tiene conciencia de que vale la pena vivir. Me hallaba como en familia en una asociación de hombres y mujeres, tan íntimamente unidos por una aspiración común y tan amplia y delicadamente humanos en sus mutuas relaciones, que no puedo recordar ahora un solo momento en que un pasajero rozamiento viniese á turbar la armonía general. Los que conozcan por experiencia lo que es vivir en el seno de una agitación política, apreciarán el valor de lo manifestado.

Antes de abandonar por completo mi carrera científica me consideré obligado á terminar la memoria de mi viaje á Finlandia para la Sociedad Geográfica, así como otro trabajo que tenía entre manos para la misma; y mis nuevos amigos fueron los primeros en confirmarme en tal decisión, diciendo que no estaría bien proceder de otra manera. Así que trabajé con fe para terminar pronto mis libros de geografía y de geología.

Las sesiones de nuestro círculo eran frecuentes y jamás falté á ellas. Entonces nos reuníamos en uno de los barrios extremos de San Petersburgo, en una casita de la que Sofía Peróuskaya, con el nombre supuesto y pasaporte falsificado de la mujer de un obrero, era la inquilina. Era hija de una familia aristocrática y su padre fué durante algún tiempo gobernador militar de San Petersburgo; pero, de acuerdo con su madre, que la adoraba, abandonó su hogar para ingresar en un instituto de segunda enseñanza, fundando con las tres hermanas Korniloff — hijas de un rico industrial — aquel pequeño círculo de mutua cultura, que más tarde se convirtió en el nuestro. Ahora, presentándose como mujer de un artesano, con traje de algodón y botas de hombre, la cabeza cubierta con un pañuelo ordinario, y acarreado cubos de agua del Neva, nadie hubiera podido reconocer en ella á la joven que pocos años antes brillaba en uno de los salones más elegantes de la capital. Era á todos simpática, y no había nadie que al entrar en la casa no la saludara con una sonrisa; hasta cuando, haciendo cuestión de honor el tener el local lo más limpio posible, nos reprendía por el barro que nosotros, vestidos con pieles de carnero y calzando botas altas, como las que usan los campesinos, traíamos del exterior, después de haber atravesado las calles cenagosas de los suburbios. En tales casos procuraba dar á su

infantil, inocente y pequeño rostro lleno de inteligencia la más severa expresión posible. En su concepción de la moral era « rigorista », pero no del tipo de las aficionadas á sermonear. Cuando estaba disgustada de la conducta de alguno, le dirigía una grave mirada, frunciendo ligeramente el entrecejo; pero hasta en esto se advertía la bondad de su carácter y la nobleza de su corazón, que sabía apreciar todo lo que es humano. Sólo en un punto era inexorable. « El hombre de varias mujeres », dijo una vez, hablando de alguno, y la expresión y el modo de decirlo, sin interrumpir su trabajo, fueron tales, que se grabaron para siempre en mi memoria.

Peróuskaya era una « populista » hasta el fondo mismo de su corazón, y al mismo tiempo una revolucionaria y una luchadora de energía incomparable y sin igual. No necesitaba embellecer al obrero y al campesino con virtudes imaginarias con objeto de amarlos y trabajar por su redención. Los tomaba tales como son, y me dijo una vez: « Hemos empezado una gran obra. Tal vez sucumban dos generaciones antes de llegar á la meta; pero al fin ella se alcanzará ». Ninguna de las mujeres de nuestro círculo hubiera desmayado ante el temor de morir en el cadalso; todas hubiesen mirado á la muerte cara á cara; pero en aquel período de nuestra propaganda no tenían motivo alguno para esperar tal resultado. El tan conocido retrato de Peróuskaya es verdaderamente notable; él nos trae á la memoria su valor sin límite, su clara inteligencia y la delicadeza de sus sentimientos. La carta que escribió á su madre, horas antes de ir al patíbulo, es una de las expresiones más tiernas de amor filial que el corazón de una mujer ha podido dictar jamás.

El siguiente suceso mostrará lo que eran las demás de nuestro círculo. Una noche, Kupreyanoff y yo fuimos á casa de Varvara B., á quien teníamos que comunicar algo urgente. Era más de media noche; pero viendo luz en su ventana, subimos la escalera. Ella se hallaba en su pequeña habitación sentada á la mesa copiando un documento del círculo. Y conociendo lo resuelta que era, se nos ocurrió la desgraciada idea de darle una de esas bromas impertinentes que los hombres algunas veces consideran graciosas. « B. — le dije —, veníamos á buscarte; vamos á intentar lo poco menos que loca empresa de libertar á los compañeros que se hallan presos en la fortaleza. » Ella no hizo ninguna observación; dejó tranquilamente la pluma, se levantó de la silla y sólo dijo: « Vamos ». Habló con voz tan reposada y natural, que desde luego comprendí lo neciamente que había procedido, y le manifesté la verdad. Entonces se dejó caer desplomada en su asiento, y con lágrimas en los ojos y palabra en que se revelaba la emoción, me interrogó de esta manera: « ¿ No era más que una chanza? ¿ Por qué dais bromas semejantes? » Esto me hizo comprender la crueldad de lo que yo había hecho.

Otro muy apreciado de nuestro círculo era Serghéi Kranschivki, que tan bien conocido llegó á ser, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, bajo el seudónimo de Stepniak. A menudo se le llamaba « la Criatura », debido á lo poco que se preocupaba de su propia seguridad; pero este descuido de sí mismo no era sino el resultado de la falta com-

pleta de temor, lo cual, después de todo, es la mejor política para aquel que es objeto de la vigilancia policiaca. Como pronto se dió á conocer por su propaganda en los círculos de los trabajadores, con su verdadero nombre de Serghéi, la policía deseaba echarle el guante; á pesar de lo cual, no tomaba ninguna precaución para ocultarse, y recuerdo que un día fué severamente amonestado en una de nuestras reuniones por lo que se calificó de gran imprudencia. Habiéndose retrasado para venir á la sesión, como le pasaba con frecuencia, y teniendo que salvar una gran distancia antes de llegar á nuestra casa, vino vestido de campesino, con su correspondiente zamarra, y á la carrera por el centro de una de las calles de más tránsito de la capital. «¿Cómo habéis hecho tal cosa? — le preguntaron en tono de reproche —; pudiérais haber despertado sospechas y dado lugar á que os detuvieran como á un ladrón vulgar». Y, sin embargo, pocas personas eran tan cautas como él en asuntos donde otros pudieran verse comprometidos.

El principio de nuestra estrecha intimidad fué con motivo del libro de Stanley, titulado *Cómo descubrí á Livingstone*. Una noche, la sesión había durado hasta las doce, y cuando nos hallábamos á punto de partir, una de las hermanas Korniloff entró con un libro en la mano, preguntando quién de nosotros se comprometería á traducir para las ocho de la mañana siguiente diez y seis páginas de aquél. Miré el tamaño de ellas y dije que si alguien me ayudaba podía ejecutarse dicho trabajo durante la noche. Serghéi se brindó á hacerlo, y á las cuatro de la mañana la traducción estaba terminada. Nos leímos mutuamente nuestros trabajos con el texto á la vista, bebiéndonos después un jarro de caldo ruso que habían dejado destinado á nosotros sobre la mesa, y salimos juntos para volver á casa. Desde aquella noche quedamos hechos íntimos amigos.

Siempre me ha gustado la gente capaz de trabajar y de hacerlo esmeradamente; así que la traducción de dicho compañero y su disposición para efectuarlo con rapidez ganaron mis simpatías. Y cuando lo conocí más á fondo, me inspiraron un verdadero afecto su carácter franco y abierto, su juvenil energía y buen sentido, su inteligencia superior, su sencillez, su reserva y su valor y tenacidad. Había leído y pensado mucho, y respecto al carácter revolucionario de la partida en que estaba empeñado, parecía que éramos de la misma opinión. El tenía diez años menos que yo, y tal vez no apreciaba exactamente qué lucha tan encarnizada había de ser la próxima revolución. Una vez nos contó con mucho gracejo el trabajo que hacía en el campo entre los agricultores. «Un día — dijo — iba yo por un camino con un compañero, cuando fuimos alcanzados por un aldeano que venía en un trineo. Yo empecé á decirle que no debía pagar la contribución, que los empleados son unos bandidos que roban al pueblo, procurando convencerlo con citas tomadas de la Biblia, de que debían rebelarse. El fustigó al caballo y nosotros avivamos el paso; lo hizo trotar, y nosotros trotamos también, sin dejar de hablarle de lo mismo. Finalmente, lanzó el animal al galope; pero como era de poco poder — una jaquilla ruin y flaca de las que tienen los campesinos — nosotros no nos quedamos atrás, sino que seguimos propagando hasta que nos faltó el aliento».

Durante algún tiempo Serghéi residió en Kazán, y estuve en co-

rrespondencia con él; pero como siempre le disgustaba escribir en cifras, propuse un medio de comunicación que ya se había usado en las conspiraciones, y era el siguiente: se escribe una carta corriente, hablando de una multitud de cosas, pero sólo ciertas palabras — supongamos que sea cada cinco — son las que han de tenerse en cuenta. Se dice, por ejemplo: «Excusar lo precipitado de esta carta. No descanso jamás; noche tras noche trabajo, y os aseguro que ayuda nunca espero». Y no leyendo más que cada quinta palabra, se encuentra: «Esta noche os espero.» Tal proceder nos obligaba á escribir cartas de seis ó siete páginas para transmitir una de información, teniendo que poner á prueba nuestra imaginación, á fin de llenar aquéllas con toda clase de asuntos y poder introducir las palabras que se necesitaban. Mi amigo, á quien no era posible hacer que se sirviera de una clave, se aficionó á esta clase de correspondencia y solía enviarme cartas conteniendo cuentos, con detalles interesantes y desenlaces dramáticos. Después me dijo que semejante ejercicio le sirvió para desarrollar sus facultades literarias. La verdad es que cuando se tiene capacidad todo contribuye á su desenvolvimiento.

En Enero ó Febrero del 74, estaba yo en Moscú, en una de las casas en que pasó mi infancia. De mañana me anunciaron que un campesino deseaba verme: salí y me encontré con Serghéi que acababa de escaparse de Tver. Era de fuerte complexión, y él y otro ex oficial llamado Rogachoff, dotado también de grandes fuerzas físicas, habían ido recorriendo el país como aserradores de madera. El trabajo era bien penoso, especialmente para gentes no acostumbradas á él, pero á ambos le agradaba, y nadie hubiera podido suponer eran oficiales disfrazados aquellos dos robustos trabajadores. Viajaron de tal modo durante quince días, sin despertar sospechas, é hicieron propaganda revolucionaria á derecha é izquierda sin temor alguno. Otras veces, el primero, que casi se sabía de memoria el Nuevo Testamento, se dirigía á los campesinos aparentando ser un predicador religioso, demostrándoles con citas de la Biblia que debían iniciar una revolución. En otras ocasiones basaba sus argumentos en las doctrinas expuestas por los economistas, siendo siempre escuchados por el pueblo los dos como verdaderos apóstoles, llevándolos de casa en casa, y negándose á recibir nada por el alojamiento. En esos pocos días produjeron una verdadera conmoción en varias poblaciones y aldeas; su fama se iba extendiendo en todas direcciones; y los trabajadores, lo mismo jóvenes que viejos, se decían mutuamente con cierta reserva en los graneros algo respecto á los «delegados», concluyendo por alzar la voz, y manifestar, más enérgicamente que de costumbre, que los terratenientes serían expropiados de sus tierras, recibiendo en cambio una pensión del zar. La gente joven se hizo más agresiva que de ordinario con la policía, diciéndole: «Aguardad un poco, que ya llegará nuestra vez; vuestro reinado, como el de Herodes, no ha de ser ahora largo». Pero la fama de los aserradores llegó á oídos de las autoridades y fueron detenidos, dándose la orden de que los condujeran á la estación de policía más próxima, que se hallaba á diez y seis kilómetros de distancia.

Los llevaron custodiados por varios labriegos, y en el camino tuvieron que pasar por un lugar que celebraba su fiesta. «¿Presos? Está bien; aquí cabemos todos», dijeron los del pueblo, que bebían todos en honor

del día. Allí pasaron buena parte de éste, llevándolos la gente de una parte á otra y obsequiándolos con cerveza casera. A los guardianes no había que decirselo dos veces: bebieron, y se empeñaron en que también bebieran los presos. «Afortunadamente — decía Serghéi — pasaban la cerveza en tan grandes tazones de madera, que yo podía hacer como que bebía sin que nadie lograra apercibirse de si lo había hecho ó no». Al llegar la noche, los encargados de acompañar los presos estaban todos ebrios, y no queriendo presentarse de tal modo á las autoridades, decidieron permanecer allí hasta la siguiente mañana. Dicho amigo, aprovechando la coyuntura, no dejó el uso de la palabra; y todos lo escuchaban con interés, lamentando que tan buena persona hubiera sido detenida. Cuando ya iban á dormir, un joven campesino le dijo al oído al amigo mencionado: «Al ir á cerrar la puerta dejaré sin echar la llave». Serghéi y su compañero no echaron en saco roto la indicación, y tan pronto como los otros se durmieron se plantaron en la calle, poniéndose á caminar á buen paso, y á las cinco de la mañana se encontraban á treinta y cuatro kilómetros del lugar, en una pequeña estación de ferrocarril, donde tomaron el primer tren para Moscou, en cuya ciudad se quedó mi amigo, y cuando nos prendieron á todos en San Petersburgo, el círculo de aquélla, bajo su inspiración y la de Voinaralsky, vino á ser el centro principal de la agitación.

Aquí y allá, pequeños grupos de propagandistas se habían formado en poblaciones grandes y pequeñas bajo diferentes conceptos. Se montaron talleres de herrería, y se establecieron pequeñas granjas, trabajando en unos y otras jóvenes de las clases más pudientes, á fin de estar en contacto diario con las masas trabajadoras. En Moscou, muchas jóvenes de familias ricas, que habían hecho sus estudios en la Universidad de Zurich y fundado una organización especial, llevaron tan lejos su amor á la idea, que hasta entraron en fábricas de algodón, trabajando de catorce á diez y seis horas diarias, y viviendo en las barracas de la fábrica, en compañía de las pobres muchachas rusas, verdaderas esclavas industriales. Era un gran movimiento, en que, por lo menos, de dos á tres mil personas tomaron una parte activa, en tanto que, dos ó tres veces ese número de simpatizadores y amigos ayudaban de varios modos los trabajos de la vanguardia. Con una mitad, más bien más que menos, de ese ejército, nuestro círculo de San Petersburgo estaba en regular correspondencia; siempre, por supuesto, sirviéndose de clave.

La literatura que podía publicarse en Rusia, bajo una censura rigurosa — siendo motivo de prohibición la más pequeña alusión al socialismo — pronto se vió que era insuficiente, y montamos por nuestra cuenta una imprenta en el exterior. Hubo que escribir folletos para los obreros y los campesinos, y á nuestra «comisión literaria», á la que yo pertenecía, nunca le faltaba algo que hacer. Serghéi escribió dos de esos opúsculos, uno en el estilo de Lamennais, y otro conteniendo una exposición del socialismo en un cuento fantástico, teniendo ambos gran circulación. Los libros y folletos que se imprimían fuera, entraban á millares, de contrabando, en Rusia, y se depositaban en determinados

sitios, remitiéndose luego á los círculos locales, que los distribuían entre los trabajadores. Todo esto exigía una vasta organización, así como un viajar constante, y una colosal correspondencia, para poner á nuestros amigos y nuestros libros al abrigo de la policía. Teníamos claves diferentes para cada provincia, y con frecuencia, después de haber empleado seis ó siete horas en discutir todos los detalles, las mujeres, que no se fiaban mucho de nuestra escrupulosidad en esta clase de correspondencia, se pasaban toda la noche cubriendo pliegos de papel con números y fracciones cabalísticas.

La mayor cordialidad reinaba siempre en nuestras reuniones. Presidencias y formalidades de todas clases son cosas tan completamente repulsivas para el carácter ruso, que las habíamos suprimido; y á pesar de que nuestros debates eran algunas veces extremadamente acalorados, sobre todo cuando se discutían «cuestiones de principios», nos pasábamos sin las formalidades de Occidente. Una sinceridad absoluta, un general deseo de resolver las dificultades lo mejor posible, y un desprecio francamente expresado de todo lo que en lo más mínimo revistiera afectación teatral bastaban para el caso. Si alguno de nosotros se hubiera aventurado á buscar efectos oratorios por medio de un discurso, bromas de buen género le hubiesen demostrado desde luego que el perorar no estaba ya de moda. A menudo teníamos que comer durante estas sesiones. Nuestro alimento se componía invariablemente de pan de centeno, pepino, un pedacito de queso y te claro en abundancia para apagar la sed. Y no era que faltase el dinero; siempre había suficiente, y, sin embargo, nunca era bastante para hacer frente á los gastos, que no dejaban de seguir creciendo, de imprenta, transporte de libros, ocultar á los amigos á quienes buscaba la policía y emprender nuevos trabajos.

En San Petersburgo pronto adquirimos amplias relaciones con los obreros. Serdukóff, joven de educación esmerada, había contraído amistad con varios mecánicos, la mayor parte colocados en una fábrica del Estado del departamento de artillería, y organizado además un círculo compuesto de unos treinta miembros, que acostumbraban á reunirse para leer y discutir. Los mecánicos están regularmente retribuidos en dicha capital, y los solteros lo pasaban regular. Pronto se hallaron familiarizados con la literatura radical y socialista corriente; los nombres de Buckle, Lasalle, Mill, Draper y Sielhagen se hicieron familiares para ellos, y por su aspecto, estos obreros inteligentes se diferenciaban bien poco de los estudiantes. Cuando Kelnitz, Serghéi y yo entramos á formar parte del círculo, visitábamos con frecuencia su grupo, dando allí conferencias familiares sobre diversidad de materias. Sin embargo, nuestras esperanzas de que estos jóvenes hubieran de llegar á convertirse en ardientes propagandistas entre las clases menos privilegiadas de trabajadores, no se realizaron por completo. En un país libre, hubiesen sido los oradores habituales de los mitins; pero, como los trabajadores especiales de la industria relojera en Ginebra, miraban á las masas que trabajaban en las fábricas con una especie de desprecio, y no se daban prisa en convertirse en mártires de la causa socialista. Sólo después de haber sido arrestados, y pasar tres ó cuatro años en prisión por tener el atrevimiento de *pensar* como socialistas, sondeando la profundidad del absolutismo ruso, fué cuando muchos de ellos vi-

nieron á ser ardientes propagandistas, principalmente de la revolución política.

* * *

Mis simpatías se dirigían especialmente hacia los tejedores y operarios de las fábricas de algodón. Hay miles de ellos en San Petersburgo que trabajan allí durante el invierno y vuelven los tres meses de verano á su pueblo natal para las faenas del campo. Siendo medio campesinos y medio obreros, habían por lo general conservado el carácter social del labriego ruso. Entre ellos se extendió el movimiento con sorprendente rapidez; habiendo necesidad de contener el celo de los recién venidos, pues, de lo contrario, hubieran traído otros nuevos á centenares, lo mismo jóvenes que adultos. La mayoría vivían asociados por grupos ó *artels*, tomando entre diez ó doce personas un departamento común, comiendo juntas y pagando cada una al mes su parte correspondiente del gasto general. A las residencias de estos grupos era adonde acostumbábamos á ir, y pronto los tejedores nos pusieron en contacto con otros análogos de canteros, carpinteros y demás oficios. En algunos de estos *artels* Serghéi, Kelnitz y dos más de nuestros amigos se hallaban como en su casa, pasando noches enteras hablando sobre socialismo. Además, teníamos en diferentes parajes de la capital locales especiales, á cargo de alguno de los nuestros, adonde concurrían de diez á doce trabajadores todas las noches para aprender á leer y escribir y hablar después un rato. De tiempo en tiempo, uno de nosotros iba á los pueblos de esos amigos y pasaba un par de semanas haciendo una propaganda poco menos que pública entre los agricultores.

Por supuesto, que todos nosotros, al tener que tratar con esta clase de trabajadores, habíamos de vestirnos como ellos, necesitando usar el mismo traje. La sima que separa á los campesinos de las clases más elevadas es tan grande en Rusia y tan raro el contacto entre ambas, que no sólo la presencia en los pueblos de un hombre vestido con el traje de la población promueve la general curiosidad, sino que, hasta si se ve en esta última reunida con trabajadores á una persona cuyo aspecto difiere del de ellos, al punto se despierta la suspicacia de la policía. « ¿Para qué había de ir con gente baja como no sea con mala intención? », decían los extraños. Con frecuencia, después de una comida en casa de algún potentado ó aun en el mismo Palacio de Invierno, adonde iba á menudo á ver un amigo, tomaba un carruaje, corría al pobre alojamiento de un estudiante en un barrio extremo, cambiaba mi traje de etiqueta por una camisa de algodón, botas altas de campesino y una zamarra de piel de carnero, y bromeando con los operarios que encontraba al paso, me dirigía á algún tugurio en busca de mis amigos los trabajadores. Yo les contaba lo que había visto del movimiento obrero en el exterior. Ellos me escuchaban atentamente, sin perder ni una palabra de lo que decía; y, después preguntaban: « ¿Qué podemos hacer aquí? » « Agítad, organizad — era nuestra contestación — hay que abrirse camino ». Y le leíamos un cuento popular de la Revolución francesa, una adaptación de la admirable *Historia de un Campesino* de Erckmann-Chatrian. Todos admiraban á Chovel, que iba propagando

por los pueblos, distribuyendo libros prohibidos, y todos ardían en deseos de seguir sus huellas. « Hablad á otros — les decíamos —, procurad que la gente se una; y cuando seamos más numerosos, veremos lo que se puede hacer ». Nos comprendieron perfectamente, siendo necesario, más que estimularlos, contenerlos.

Entre ellos vi correr las horas más felices de mi vida. El día de año nuevo del 74, sobre todo, que es el último que pasé en Rusia en libertad, fué para mí particularmente memorable. La noche anterior había estado en una reunión de personas distinguidas, donde se pronunciaron elocuentes discursos sobre los deberes del ciudadano, la prosperidad del país y otras variaciones sobre el mismo tema. Pero en el fondo de tan pomposas arengas, una nota sobresalía. ¿De qué modo le sería posible á cada orador poner á salvo su bienestar particular? Y, sin embargo, ninguno tenía el valor de decir franca y abiertamente que estaba pronto á todo lo que no le pudiera perjudicar. Sofismas interminables sobre la lentitud de la evolución, la inercia de las clases inferiores y la inutilidad del sacrificio fueron expuestos para justificar la falta de sinceridad; todo mezclado con las seguridades que daba cada cual de su ardiente deseo de sacrificarse por el bien ajeno. Volví á casa afectado por la profunda tristeza que me había producido tanta palabrería.

A la mañana siguiente fuí á una de nuestras reuniones de tejedores, que se efectuaba en un sótano donde apenas penetraba la luz. Yo iba vestido, como otros muchos, con mi traje de pieles; y mi compañero, á quien conocían los trabajadores, me presentó, diciendo sencillamente: « Borodín, un amigo ». « Manifestad, Borodín — agregó — lo que habéis visto en el extranjero ». Y yo hablé del movimiento obrero en la Europa occidental, sus luchas, sus dificultades y sus esperanzas.

El auditorio, compuesto en su mayoría de adultos, pareció extraordinariamente interesado en la narración. Me hicieron preguntas, todas pertinentes, respecto á los más minuciosos detalles de las uniones de oficios, las aspiraciones de la Asociación Internacional y su probabilidades de éxito. Interrogándome después sobre lo que podría hacerse en Rusia y las consecuencias de nuestra propaganda. Jamás traté de disminuir los peligros de nuestra agitación, diciendo francamente lo que sentía. « A nosotros nos enviarán á Siberia uno de estos días; y una parte de vosotros, por lo menos, pasará largos meses en prisión por habernos escuchado ». Este porvenir sombrío no los intimidó. « Después de todo, en Siberia hay hombres; no todos son osos. Donde unos hombres viven, otros pueden vivir. El diablo no es tan terrible como lo pintan. Quien teme al lobo que no vaya al bosque », dijeron al partir. Y cuando, más tarde, muchos de ellos fueron detenidos, casi todos se condujeron dignamente, procurando salvarnos y no haciendo traición á ninguno.

XVI.

Durante los dos años de que vengo hablando se hicieron muchas detenciones, tanto en San Petersburgo como en provincias. No se pasaba un mes sin que experimentáramos la pérdida de alguno, ó supiéramos que ciertos miembros de este ó aquel grupo provincial habían desaparecido. Hacia fines del 73, los arrestos se hicieron cada vez más

frecuentes. En Noviembre, uno de nuestros principales centros, situado en un barrio extremo de la capital, fué invadido por la policía. Perdimos á Peróuskaya y tres amigos más, teniendo que suspender todas nuestras relaciones con los obreros de ese arrabal. Fundamos un nuevo punto de reunión más á las afueras todavía, pero pronto hubo que abandonarlo. La policía extremó la vigilancia, y la presencia de un estudiante en los barrios de los trabajadores era al punto advertida, circulando espías entre los obreros, á quienes no se perdía de vista. Dmitri, Kelnitz, Serghéi y yo, con nuestras zamarras y nuestro aspecto de campesinos, pasamos inadvertidos, continuando frecuentando el terreno ojeado por el enemigo; pero ellos, cuyos nombres habían adquirido gran notoriedad en dichos barrios, eran objeto de todas las pesquisas; y si hubieran sido hallados casualmente en uno de los registros nocturnos en casa de algún amigo, en el acto los hubiesen preso. Hubo período en que Dmitri necesitó buscar diariamente un lugar donde poder dormir en una seguridad relativa. «¿Puedo pasar aquí la noche?», solía preguntar al presentarse en casa de un amigo á las diez de la misma. «¡Imposible! — era la respuesta —; estoy muy vigilado actualmente. Mejor será que vayas á la de N». «Pero si ahora vengo de allí y me ha dicho lo mismo». «Entonces ve á casa de M., es gran amigo mío y no infunde sospecha. Pero es lejos de aquí y hay que tomar un coche: vaya el dinero». Más él, por cuestión de principios, no quería hacer uso de carruajes, y se iba á pie al otro extremo de la ciudad en busca de un refugio, ó en último término á quedarse en el alojamiento de un amigo, amenazado de ser visitado á cada momento por la policía.

Al comenzar Enero del 74, se perdió otro centro, que era el principal que teníamos para la propaganda entre los tejedores. Varios de nuestros mejores compañeros desaparecieron, aprisionados entre las garras de la misteriosa Sección Tercera. Nuestro círculo se fué estrechando, las asambleas generales se hacían cada vez más difíciles, é hicimos supremos esfuerzos para formar otros nuevos donde los jóvenes pudieran continuar nuestra obra, cuando á todos nosotros nos hubieran inutilizado. Tchaykóusky se hallaba en el Sur, y obligamos á Dmitri y Serghéi á que se marcharan también, teniendo materialmente que forzarlos á que lo hicieran. Sólo quedamos cinco ó seis para despachar todos los asuntos del círculo. Yo pensaba, tan pronto como hubiese entregado mi memoria á la Sociedad Geográfica, irme al Sudoeste del país y formar allí una liga agraria, parecida á la que tanto impulso adquirió en Irlanda del 75 al 80.

Después de dos meses de relativa tranquilidad supimos, á mediados de Marzo, que casi todo el círculo de los mecánicos había sido detenido y con ellos un joven ex estudiante, llamado Nizoukin, quien desgraciadamente había ganado su confianza, y que teníamos la seguridad trataría de salvarse contando todo lo que supiera respecto á nosotros. Además de Dmitri y Serghéi, conocía á Serdukóff, el fundador del círculo, y á mí, y era indudable que nos nombraría en cuanto lo acosaran con preguntas. Pocos días después, dos tejedores — gente de poca confianza que hasta se habían quedado con fondos pertenecientes á sus compañeros, y que me conocían por Borodín — fueron arrestados. Estos dos, de seguro pondrían á la policía sobre la pista de Borodín, el hombre

que vestido como los campesinos hablaba en las reuniones de los tejedores. Aún no había transcurrido una semana cuando todos los miembros de nuestro círculo, exceptuando á Serdukóff y á mí, estaban presos.

No nos quedaba más recurso que huir de San Petersburgo; pero eso era precisamente lo que no queríamos hacer. Toda nuestra inmensa organización para imprimir folletos en el exterior é introducirlos de contrabando en Rusia; toda la red de círculos, granjas y establecimientos con que estábamos en correspondencia en cerca de cuarenta provincias, de las cincuenta que hay en la Rusia europea, obra del trabajo lento y penoso de los dos últimos años; y, finalmente, nuestros grupos de obreros en San Petersburgo y nuestros cuatro centros diferentes para hacer propaganda entre los trabajadores de la capital, ¿cómo era posible que lo abandonásemos, sin haber encontrado á otros que mantuvieran nuestras relaciones y correspondencia? Serdukóff y yo decidimos admitir en el círculo dos nuevos miembros y transferir á ellos lo que había que hacer. Nos reuníamos todas las noches en lugares distintos, y como nunca guardábamos direcciones ó nombres escritos — sólo las correspondientes al contrabando se hallaban, en cifras, guardadas en sitio seguro —, tuvimos que enseñar á los recién venidos centenares de unas y otros, en unión de una docena de cifras, repitiendo todo una y otra vez, hasta que conseguían aprenderlo de memoria. Todas las noches recorríamos de este modo todo el mapa de Rusia, deteniéndonos particularmente en la frontera occidental, que estaba sembrada de hombres y mujeres ocupados en recibir libros de los contrabandistas, y en las provincias orientales, donde teníamos los centros principales. Después, sin dejar el disfraz, teníamos que poner en contacto á los nuevos amigos con los que simpatizaban con el movimiento en la ciudad, y presentarlos á aquellos trabajadores que aun no habían sido detenidos.

En tal situación, lo que había que hacer era desaparecer del alojamiento habitual, y andar á salto de mata variando de nombre con frecuencia. Así lo hizo Serdukóff, pero como no tenía pasaporte, se ocultaba en casa de los amigos. Yo debí haber hecho lo mismo, pero una circunstancia extraña me lo impidió. Acababa de terminar mi memoria sobre las formaciones glaciarias en Finlandia y en Rusia, la cual debía ser leída en una sesión de la Sociedad Geográfica. Ya se habían repartido las invitaciones, cuando ocurrió que, en el día señalado, las dos sociedades geológicas de San Petersburgo tenían que reunirse en asamblea, y pidieron á la otra que aplazara dicho acto por una semana. Se sabía que yo había de presentar ciertas ideas respecto á la extensión de la capa del hielo hasta el centro mismo de Rusia, y nuestros geólogos, con la excepción de mi amigo y maestro Friedrich Schmidt, consideraban tales afirmaciones de un carácter demasiado atrevido y deseaban fueran detenidamente discutidas. Durante otra semana más, por consiguiente, no me era posible partir.

Gente extraña hormigueaba en torno de mi casa y preguntaba por mí, usando los más fantásticos pretextos: uno quería comprar un bosque en mi estado de Tambóv, donde no había más que prados desprovistos de arbolado. Vi rondar por mi calle — la aristocrática Morskáya — uno de los dos tejedores presos de quienes he hecho mención, lo que me confirmó en la idea de que mi casa estaba vigilada. Sin em-

bargo, yo necesitaba aparentar no darme cuenta de todo aquello, porque el próximo viernes por la noche tenía que presentarme en la sesión de la Sociedad Geográfica.

El acto al fin se efectuó: las discusiones fueron muy animadas, y por lo menos una cosa quedó demostrada. Se reconoció que todas las antiguas teorías concernientes al período diluviano en Rusia carecían completamente de fundamento, y que era necesario tomar otro punto de partida en la investigación de toda esa cuestión, teniendo la satisfacción de oír decir á nuestro más distinguido geólogo, Barbot-de-Marny: «Haya habido capa de hielo ó no, debemos reconocer, señores, que todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre la acción de los hielos flotantes no tiene confirmación alguna en las actuales exploraciones». Y fui propuesto en dicha sesión para la presidencia de la sección de geografía física, en tanto que yo me preguntaba si aquella misma noche no iría á dar con mis huesos en la prisión de la Sección Tercera.

Hubiera sido mejor no haber vuelto á casa; pero estaba rendido de fatiga á causa del mucho trabajo de los últimos días, y á ella fui. La noche se pasó sin novedad. Eché una ojeada á mis papeles, destruí todo lo que pudiera comprometer á alguien, arreglé mis efectos y me dispuse á marchar. Sabía que mi domicilio estaba vigilado; pero esperaba que la policía no viniera á visitarme hasta bien entrada la noche, y al obscurecer poder salir sigilosamente sin que se notara. Llegó la hora esperada, y, cuando ya me disponía á partir, una de las muchachas de servicio me dijo: «Será mejor que bajéis por la escalera interior». Comprendí su intención, y bajé rápidamente, saliendo de la casa. A la puerta no había más que un coche de punto; monté en él, y el conductor me llevó al gran Neusky Prospekt. Al principio nadie nos perseguía y me consideré en salvo; pero á poco á poco observé que otro carruaje venía á todo correr tras el nuestro, y habiendo tenido que moderar su marcha el caballo que nos conducía, aquél nos tomó la delantera.

En él vi con sorpresa á uno de los dos tejedores que habían sido presos, acompañado de otra persona. El me hizo señas con la mano, como si tuviera algo que decirme, y yo ordené al cochero que parara. «Tal vez — pensé — haya sido puesto en libertad y tenga algo importante que comunicarme». Pero tan pronto como nos detuvimos, el que acompañaba al tejedor — era un policía — gritó: «¡Sr. Borodín, príncipe Kropotkin, quedáis detenido!» Hizo seña á los guardias, que tanto abundan en las principales calles de San Petersburgo, y al mismo tiempo saltó á mi coche y me mostró un papel con el sello de la policía de la capital, diciendo al mismo tiempo: «Tengo orden de conducirlos ante el gobernador general para que déis una explicación». La resistencia era imposible — ya se hallaban dos guardias próximos á nosotros — y le dije al cochero que volviera y nos llevara á casa del funcionario referido. Permaneciendo entre tanto el tejedor en el otro carruaje que seguía al nuestro.

Ahora resultaba evidente que la policía había vacilado durante diez días, no decidiéndose á prenderme por no tener la seguridad de que Borodín y yo fuéramos una misma persona; pero mi contestación á la seña del tejedor disipó tales dudas.

Ocurrió que, al salir de mi casa, encontré un joven que venía de Moscou

y me traía dos cartas: una de mi amigo Voinarolsky y otra de Dmitri dirigida á nuestro compañero Polakóff. El primero anunciaba el establecimiento de una imprenta clandestina en Moscou, y venía llena de noticias satisfactorias concernientes al movimiento en dicha ciudad; después de leerla la rompí, y como la segunda no contenía nada de particular, la guardé. Pero ahora que estaba preso me pareció mejor destruirla también, y pidiendo al policía que me enseñara otra vez sus papeles, me aproveché del momento que empleó en registrarse el bolsillo para tirarla sin que lo notara. Sin embargo, al llegar á la casa del gobernador general el tejedor se la dió al otro diciendo: «Vi que el señor arrojó esta carta y la he recogido».

Después vinieron largas horas de tener que aguardar al representante del poder civil, especie de procurador ó fiscal. Este funcionario sirve de testafiero en manos de la policía de Estado, que se vale de él en sus registros domiciliarios, á fin de dar un aspecto legal á sus atropellos. Mucho tiempo pasó antes de que se encontrara é hiciera venir á ese caballero, para que desempeñase sus funciones como fingido representante de la justicia. Me hicieron volver á mi casa, haciéndose un escrupuloso registro de todos mis papeles; esto duró hasta las tres de la mañana, pero no reveló ni lo más mínimo que pudiera perjudicarme ó causar daño á los demás.

Desde allí me llevaron á la Sección Tercera, esa omnipotente institución que ha gobernado en Rusia desde el principio del reinado de Nicolás I hasta la fecha, y que es, puede decirse, un verdadero «Estado en el Estado». Empezó bajo Pedro I con el nombre de Departamento Secreto, donde los adversarios del fundador del imperio militar ruso eran sometidos á los más abominables tormentos, que sólo terminaban con la muerte; continuó más tarde con el de Cancillería Secreta durante los reinados de las emperatrices, en cuya época la Cámara de la Tortura del poderoso Minich aterrorizó á toda Rusia, y recibió su organización actual del déspota de hierro Nicolás I, que agregó á ella el cuerpo de gendarmes, siendo el jefe de éstos más temido en el país que el mismo emperador.

En toda provincia rusa, en toda población de alguna importancia y hasta en cada estación de ferrocarril, hay gendarmes que dan parte directamente á sus coroneles ó generales, quienes á su vez lo hacen al director general, el cual en su visita diaria á palacio da cuenta de lo que juzga oportuno. Todos los funcionarios del imperio se ven sometidos á la vigilancia de la gendarmería, siendo deber de sus coroneles y generales no perder de vista la vida pública y privada de cada súbdito del zar, aun la de los gobernadores de provincias, los ministros y los grandes duques. El mismo emperador se halla bajo su más estrecha vigilancia, y como ellos se encuentran bien al corriente de la vida íntima de palacio y saben cada paso que da el zar, el jefe de los gendarmes viene á ser, si tal puede decirse, un confidente de la vida privada de los gobernantes de Rusia.

En este período del reinado de Alejandro II, la Sección Tercera era por completo omnipotente. Los coroneles de gendarmes hacían á millares registros domiciliarios, sin ocuparse para nada de leyes ni de tribunales de justicia. Detenían á quien les daba la gana; tenían á la

gente presa el tiempo que querían y transportaban á centenares al Nordeste de Rusia ó Siberia, según su capricho; la firma del ministro de la Gobernación no era más que una mera fórmula, porque ni tenía autoridad sobre ellos ni conocimiento de lo que hacían.

Eran las cuatro de la mañana cuando empezó mi interrogatorio. «Se os acusa — me dijeron solemnemente — de haber pertenecido á una sociedad secreta que tenía por objeto la destrucción de la actual forma de gobierno y conspirar contra la sagrada persona de su imperial majestad. ¿Sois culpable de tal delito?»

«Hasta que no se me lleve ante un tribunal donde pueda hablar públicamente, no os daré ninguna contestación.»

«Escribid — dijo el procurador á su ayudante: — «No se reconoce culpable». Además — continuó diciendo después de una pausa —, debo haceros ciertas preguntas. ¿Conocéis una persona llamada Nikolái Tchaykóusky?»

«Si insistís en interrogarme, escribid entonces «No» á todo lo que tengáis á bien preguntarme.»

«¿Pero y si os preguntamos si conocéis, por ejemplo, al señor Polakóff, de quien hablásteis hace poco?»

«Desde el momento que me hagáis tal pregunta, no vaciléis: escribid «No». Y si me preguntáis si conozco á mi hermano, mi hermana ó mi madrastra, escribid «No». No recibiréis de mi otra respuesta; porque si contestara «Sí» con relación á cualquiera, desde luego proyectaría algún mal contra esa persona, registrando su domicilio ó haciendo algo peor y manifestando después que yo la había nombrado.»

Se leyó una larga lista de preguntas á las que pacientemente contesté cada vez: «Escribid «No». Aquello duró sobre una hora, durante la cual pude adquirir la certeza de que todos los detenidos, exceptuando á los dos tejedores, se habían conducido muy bien. Los mencionados obreros sólo sabían que yo había asistido dos veces á una reunión de una docena de trabajadores, y los gendarmes no tenían noticia alguna respecto á nuestro círculo.

«¿Qué estáis haciendo, príncipe? — me dijo un oficial al conducirme á mi celda —. El negaros á responder á las preguntas se convertirá en un arma terrible contra vos.»

«Estoy en mi derecho, ¿no es verdad?»

«Sí, pero... ya sabéis... Deseo que encontréis esta habitación confortable. Se ha mantenido caldeada desde que os arrestaron.»

La hallé, efectivamente, en buenas condiciones, y pronto caí en un profundo sueño. A la mañana siguiente fui despertado por un gendarme que me traía el te de costumbre. A poco entró otra persona que con la mayor naturalidad me dijo á media voz: «Aquí hay una cuartilla de papel y un lápiz: escribid vuestra carta». Era un simpatizador con la idea, á quien yo conocía de nombre y que nos servía de intermediario con los presos de la Sección Tercera.

Procedentes de distintos lugares oía golpes en el muro, que se sucedían rápidamente. Eran los presos comunicándose unos con otros por el medio indicado; pero como recién llegado nada pude sacar en claro de un ruido que parecía venir de todas partes á la vez.

Una cosa me preocupaba: mientras se registraba mi casa, pude coger al vuelo algo dicho con cautela por el procurador al oficial de gendarmes, respecto á ir á hacer otro tanto en el domicilio de mi amigo Polakóff, á quien iba dirigida la carta de Dmitri. Era aquél un joven estudiante, zoólogo y botánico distinguido, con quien hice mi expedición de Vitím en Siberia. Hijo de una pobre familia cosaca en la frontera de Mongolia, había tenido que pasar por todo género de dificultades antes de poder venir á San Petersburgo y entrar en la Universidad, donde llegó á ganar gran crédito por su amor al estudio, y se hallaba sufriendo los últimos exámenes. Habíamos sido grandes amigos desde mucho tiempo en la capital, pero no se interesaba en el movimiento político.

Le hablé de él al procurador. «Os doy mi palabra de honor — le dije — que Polakóff jamás ha tomado parte en ninguna cuestión política. Mañana tiene que pasar un examen, y habréis inutilizado para siempre la carrera científica de un joven que ha tenido que sufrir grandes penalidades y luchar durante años enteros contra toda clase de obstáculos para poder llegar á su actual situación. Sé que eso os interesará bien poco; pero tened presente que en la Universidad es considerado como una de las glorias futuras de la ciencia rusa.»

El registro se hizo, sin embargo; pero se le dió una prórroga de tres días para que pudiera examinarse. Poco después fui llamado ante el procurador, quien con aire triunfal me enseñó un sobre escrito con mi puño y letra, y en él una nota, también mía, que decía así: «Tened la bondad de llevar este paquete á V. E. y encargad lo guarden hasta que sea reclamado de un modo conveniente». La persona á quien la nota se dirigía no estaba en ella consignada. «Esta carta — dijo el procurador —, se encontró en casa de Polakóff; y ahora, príncipe, su suerte está en vuestras manos. Si me decís quién es V. E., el señor Polakóff quedará en libertad; pero si os negáis á ello, seguirá detenido hasta que se decida á darnos el nombre de esa persona.»

Mirando al sobre, que estaba escrito con lápiz de carbón, y á la carta, que lo había sido con uno de plomo ordinario, recordé inmediatamente las circunstancias en que se escribieron ambos. «Tengo la seguridad — exclamé al punto — de que la nota y el sobre no se encontraron juntos! Vos sois quien habéis puesto la una dentro del otro.»

El procurador se ruborizó, y yo continué diciendo: «¿Pretendéis hacerme creer, que siendo un hombre práctico, no habéis notado que los dos están escritos con lápices diferentes? ¡Y ahora tratáis de que la gente acepte como cierto lo que tan lejos está de la verdad! Pues bien, os digo terminantemente que la carta no era para Polakóff.»

El dudó un momento; pero luego, recobrando su audacia, agregó: «Polakóff ha admitido que esta carta vuestra era para él.»

En esto sabía yo que mentía: Polakóff hubiera aceptado para sí cualquier género de responsabilidad; pero hubiese preferido el destierro á Siberia antes de comprometer á otro. Así que, mirándolo fijamente á la cara, repliqué: «No, señor; jamás ha dicho él eso y sabéis perfectamente bien que vuestras palabras carecen de veracidad.»

El se puso furioso ó aparentó que se ponía, diciendo á continuación: «Pues bien, si aguardáis aquí un momento os traeré la confirmación escrita de Polakóff sobre el particular; él se halla en la habitación inmediata declarando».

«Estoy dispuesto á esperar todo el tiempo que gustéis».

Me senté en un sofá y allí fumé innumerables cigarrillos: nada vino entonces ni después, porque tal cosa no existía.

En el 78 encontré á Polakóff en Ginebra, en cuya época hicimos una deliciosa excursión al glaciario de Aletsch. Creo inútil decir que sus contestaciones fueron tales como yo las esperaba: negó tener ningún conocimiento de la carta ni de la persona representada por las iniciales V. E. Muchos libros pasaban con frecuencia de mí á él y viceversa, y la carta se halló en uno de ellos, mientras que el sobre apareció en el bolsillo de un gabán viejo. Le tuvieron varias semanas preso, recobrando después la libertad, gracias á la intervención de sus relaciones científicas. No se molestó á V. E. y mis papeles fueron entregados á su tiempo.

No me volvieron á la celda, y media hora después vino el procurador acompañado de un oficial de gendarmes.

«Nuestra misión — me dijo — está ya terminada; vais á ser conducido á otra parte».

Más adelante, cada vez que lo veía, siempre le tomaba el pelo diciendo: «¿Qué hay sobre la declaración de Polakóff?»

Un coche de cuatro ruedas aguardaba á la puerta. Me indicaron que montara en él, y un corpulento oficial de gendarmes de origen circasiano se sentó á mi lado. Le hablé, pero me respondió con un gruñido. El carruaje cruzó el Puente Colgante, pasó después el lugar destinado á las paradas, corriendo á lo largo del canal, como procurando evitar los sitios de más tránsito. «¿Vamos á la prisión de Litovskiy?» le pregunté á mi acompañante, sabiendo que muchos de mis compañeros estaban ya allí; pero tampoco me contestó. El sistema de silencio absoluto á que se me sometió durante los dos años siguientes, empezó en este vehículo; mas cuando pasamos por el Puente de Palacio, comprendí que iba camino de la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Admiraba la hermosura del río, sabiendo que no lo volvería á ver en algún tiempo: el sol marchaba hacia el ocaso; espesas nubes grises se agrupaban en Occidente sobre el Golfo de Finlandia en tanto que otras más ligeras flotaban sobre mi cabeza dejando ver aquí y allá partes del azulado cielo. De pronto el coche tornó á la izquierda penetrando por un pasaje abovedado, que era la entrada á la fortaleza.

«Ahora tendré que pasar aquí un par de años» le dije al oficial.

«No, ¿por qué ha de ser tanto?» contestó el circasiano, quien una vez en el interior de la prisión había recobrado el uso de la palabra. «Vuestro asunto está próximo á terminarse, y podrá pasar á la audiencia dentro de quince días».

«Mi cuestión — repliqué — es bien sencilla; pero antes de llevarme ante un tribunal intentaréis prender á todos los socialistas de Rusia y como son tantos, en dos años no habréis terminado vuestro cometido». Entonces no pude apreciar todo lo profética que era mi observación.

El carruaje se detuvo á la puerta del comandante militar de la fortaleza y entramos en su salón de recibo. El general Korsákoff, hombre delgado y ya de edad, se presentó con una marcada expresión de disgusto en su fisonomía. El oficial le dijo algo á media voz, á lo cual contestó: «Está bien», mirándolo de un modo algo despreciativo y volviendo después la vista hacia mí. Era evidente que no le agradaba mucho recibir un nuevo huésped y que se hallaba un poco avergonzado de su misión; pero parecía agregar: «Como soldado no hago más que cumplir con mi deber». Poco después volvimos á subir al carruaje; pero pronto se detuvo ante otra cancela, donde nos hicieron esperar largo rato hasta que vino del interior á abrirla un destacamento de soldados. Caminando á pie por pasadizos estrechos llegamos á una puerta de hierro, que daba acceso á una oscura galería, tras la cual nos vimos en una pequeña habitación, notable por la falta de luz y la humedad.

Varios oficiales francos de servicio, pertenecientes á la guarnición de la fortaleza, se movían de un lado para otro sin hacer ruido, con sus botas de fieltro alfombrado, ni hablar una sola palabra; en tanto que el gobernador firmaba en el libro del circasiano el recibo de un nuevo preso. Se me ordenó que me despojara de toda mi ropa y me pusiera el traje de la prisión, consistente en una bata de franela verde, inmensas medias de lana de un grueso extraordinario y chinelas amarillas en forma de barcaza, tan grandes, que casi se me salían de los pies al querer andar con ellas. Las batas y las chinelas siempre me habían sido repulsivas, y las medias gruesas jamás me gustaron. Hasta tuve que desprenderme de una camiseta interior de seda que, dada la humedad de la fortaleza, me hubiera sido de gran utilidad; pero no se podía permitir que la conservara. Yo, como es natural, empecé á protestar y quejarme de esto, y á la hora, poco más ó menos, me la devolvieron por orden del general Korsákoff.

Después me llevaron á través de un pasaje oscuro, en el cual vi centinelas armados que se paseaban, y me metieron en una celda. Una pesada puerta de roble se cerró tras mí, la llave giró en la cerradura, y quedé solo en un local donde apenas entraba la luz.

PARTE QUINTA

LA FORTALEZA. LA FUGA.

I.

Esta era, pues, la terrible fortaleza donde tanta de la verdadera vitalidad de Rusia había perecido durante los dos siglos últimos, y cuyo nombre se pronuncia siempre á media voz en Petersburgo.

Aquí, Pedro I atormentó á su hijo Alexis y lo mató con su propia mano; aquí, la princesa Tarakánova estuvo encerrada en una celda que fué tan invadida por el agua durante una inundación, que las ra-

El se puso furioso ó aparentó que se ponía, diciendo á continuación: «Pues bien, si aguardáis aquí un momento os traeré la confirmación escrita de Polakóff sobre el particular; él se halla en la habitación inmediata declarando».

«Estoy dispuesto á esperar todo el tiempo que gustéis».

Me senté en un sofá y allí fumé innumerables cigarrillos: nada vino entonces ni después, porque tal cosa no existía.

En el 78 encontré á Polakóff en Ginebra, en cuya época hicimos una deliciosa excursión al glaciario de Aletsch. Creo inútil decir que sus contestaciones fueron tales como yo las esperaba: negó tener ningún conocimiento de la carta ni de la persona representada por las iniciales V. E. Muchos libros pasaban con frecuencia de mí á él y viceversa, y la carta se halló en uno de ellos, mientras que el sobre apareció en el bolsillo de un gabán viejo. Le tuvieron varias semanas preso, recobrando después la libertad, gracias á la intervención de sus relaciones científicas. No se molestó á V. E. y mis papeles fueron entregados á su tiempo.

No me volvieron á la celda, y media hora después vino el procurador acompañado de un oficial de gendarmes.

«Nuestra misión — me dijo — está ya terminada; vais á ser conducido á otra parte».

Más adelante, cada vez que lo veía, siempre le tomaba el pelo diciendo: «¿Qué hay sobre la declaración de Polakóff?»

Un coche de cuatro ruedas aguardaba á la puerta. Me indicaron que montara en él, y un corpulento oficial de gendarmes de origen circasiano se sentó á mi lado. Le hablé, pero me respondió con un gruñido. El carruaje cruzó el Puente Colgante, pasó después el lugar destinado á las paradas, corriendo á lo largo del canal, como procurando evitar los sitios de más tránsito. «¿Vamos á la prisión de Litovskiy?» le pregunté á mi acompañante, sabiendo que muchos de mis compañeros estaban ya allí; pero tampoco me contestó. El sistema de silencio absoluto á que se me sometió durante los dos años siguientes, empezó en este vehículo; mas cuando pasamos por el Puente de Palacio, comprendí que iba camino de la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Admiraba la hermosura del río, sabiendo que no lo volvería á ver en algún tiempo: el sol marchaba hacia el ocaso; espesas nubes grises se agrupaban en Occidente sobre el Golfo de Finlandia en tanto que otras más ligeras flotaban sobre mi cabeza dejando ver aquí y allá partes del azulado cielo. De pronto el coche tornó á la izquierda penetrando por un pasaje abovedado, que era la entrada á la fortaleza.

«Ahora tendré que pasar aquí un par de años» le dije al oficial.

«No, ¿por qué ha de ser tanto?» contestó el circasiano, quien una vez en el interior de la prisión había recobrado el uso de la palabra. «Vuestro asunto está próximo á terminarse, y podrá pasar á la audiencia dentro de quince días».

«Mi cuestión — repliqué — es bien sencilla; pero antes de llevarme ante un tribunal intentaréis prender á todos los socialistas de Rusia y como son tantos, en dos años no habréis terminado vuestro cometido». Entonces no pude apreciar todo lo profética que era mi observación.

El carruaje se detuvo á la puerta del comandante militar de la fortaleza y entramos en su salón de recibo. El general Korsákoff, hombre delgado y ya de edad, se presentó con una marcada expresión de disgusto en su fisonomía. El oficial le dijo algo á media voz, á lo cual contestó: «Está bien», mirándolo de un modo algo despreciativo y volviendo después la vista hacia mí. Era evidente que no le agradaba mucho recibir un nuevo huésped y que se hallaba un poco avergonzado de su misión; pero parecía agregar: «Como soldado no hago más que cumplir con mi deber». Poco después volvimos á subir al carruaje; pero pronto se detuvo ante otra cancela, donde nos hicieron esperar largo rato hasta que vino del interior á abrirla un destacamento de soldados. Caminando á pie por pasadizos estrechos llegamos á una puerta de hierro, que daba acceso á una oscura galería, tras la cual nos vimos en una pequeña habitación, notable por la falta de luz y la humedad.

Varios oficiales francos de servicio, pertenecientes á la guarnición de la fortaleza, se movían de un lado para otro sin hacer ruido, con sus botas de fieltro alfombrado, ni hablar una sola palabra; en tanto que el gobernador firmaba en el libro del circasiano el recibo de un nuevo preso. Se me ordenó que me despojara de toda mi ropa y me pusiera el traje de la prisión, consistente en una bata de franela verde, inmensas medias de lana de un grueso extraordinario y chinelas amarillas en forma de barcaza, tan grandes, que casi se me salían de los pies al querer andar con ellas. Las batas y las chinelas siempre me habían sido repulsivas, y las medias gruesas jamás me gustaron. Hasta tuve que desprenderme de una camiseta interior de seda que, dada la humedad de la fortaleza, me hubiera sido de gran utilidad; pero no se podía permitir que la conservara. Yo, como es natural, empecé á protestar y quejarme de esto, y á la hora, poco más ó menos, me la devolvieron por orden del general Korsákoff.

Después me llevaron á través de un pasaje obscuro, en el cual vi centinelas armados que se paseaban, y me metieron en una celda. Una pesada puerta de roble se cerró tras mí, la llave giró en la cerradura, y quedé solo en un local donde apenas entraba la luz.

PARTE QUINTA

LA FORTALEZA. LA FUGA.

I.

Esta era, pues, la terrible fortaleza donde tanta de la verdadera vitalidad de Rusia había perecido durante los dos siglos últimos, y cuyo nombre se pronuncia siempre á media voz en Petersburgo.

Aquí, Pedro I atormentó á su hijo Alexis y lo mató con su propia mano; aquí, la princesa Tarakánova estuvo encerrada en una celda que fué tan invadida por el agua durante una inundación, que las ra-

tas se subían sobre ella para librarse de una muerte segura; aquí, también, el terrible Minich martirizaba á sus enemigos, y Catalina II enterraba vivos á los que no aprobaban el que hubiera asesinado á su marido. Y desde los tiempos de Pedro I, durante ciento setenta años, los anales de esta masa de piedra que, surgiendo del Neva, se levanta frente al Palacio de Invierno, lo fueron de asesinato y de tortura; de hombres enterrados vivos, condenados á una muerte lenta ó arrastrados á la demencia en la soledad de obscuras y húmedas mazmorras.

Aquí, los decembristas, que fueron los primeros en desplegar la bandera de la República y de la abolición de la servidumbre, sufrieron sus primeros martirios, pudiendo aún encontrarse sus huellas en la Bastilla rusa. Aquí, igualmente, estuvieron presos los poetas Ryléeff, Shevchénko, Dostoyusky, Bakounin, Chernysheusky, Pisareff y tantos otros de nuestros mejores escritores contemporáneos, Aquí, Karakózzoff fué atormentado y murió en la horca.

Aquí, en cierta parte del rebellón de Alexis, aun se halla aprisionado Nechaieff, entregado por Suiza á Rusia como un criminal cualquiera, siendo después tratado como preso político peligroso, y no volverá más á ver la luz. En el mismo rebellón hay dos ó tres hombres á quienes, según rumores, por saber más de lo conveniente respecto á cierto misterio palatino, Alejandro II condenó á prisión perpetua. Uno de ellos, adornado con larga barba gris, fué visto últimamente por un conocido mío en la misteriosa fortaleza.

Todas estas sombras se levantaban ante mi imaginación; pero mi pensamiento se fijó especialmente en Bakounin, quien, á pesar de haber estado después del 48 sujeto con cadena al muro de un castillo austriaco durante dos años, y entregado después á Nicolás I, que lo tuvo encerrado en la fortaleza seis años más, salió, sin embargo, cuando la muerte del zar de Hierro le devolvió la libertad, más fresco y más lleno de vigor que sus compañeros que habían permanecido libres. « El ha podido soportar la prisión — me dije de un modo resuelto — y yo también lo haré; ¡no sucumbiré aquí! »

Mi primer movimiento fué aproximarme á la ventana, colocada tan alta, que apenas podía alcanzarla con el brazo levantado. Era una abertura larga y estrecha, tallada en un muro de metro y medio de espesor, protegida por fuertes rejas y enrejado metálico. A la distancia de doce metros de esta ventana pude ver la muralla exterior de la fortaleza, de una anchura enorme, sobre la cual vi una garita de color gris; sólo mirando hacia arriba se lograba divisar un pedacito de cielo.

Hice un minucioso reconocimiento de la habitación, en la que ahora tendría que pasar quién sabe cuántos años. Por la posición de la alta chimenea de la Casa de la Moneda deduje que me encontraba en la parte Sudoeste del castillo en un bastión que domina el Neva. El edificio, sin embargo, en que yo estaba encarcelado no era el bastión propiamente dicho, sino lo que se llama en fortificación un *reducto*; esto es, una construcción interna de dos pisos y forma pentagonal, que se eleva un poco sobre los muros del bastión, y está destinada en sus dos terceras partes á contener cañones. El local donde yo me hallaba era una casamata y la ventana una tronera. Los rayos del sol no podían penetrar á través de esta última; aun en verano se perdían en el espesor

del muro. Había allí una cama de hierro, una pequeña mesa de roble y un banco de la misma madera. El suelo estaba cubierto de fieltro estampado y las paredes de papel amarillo. Sin embargo, á fin de amortiguar el sonido, el papel no estaba fijado directamente sobre aquéllas, sino en lienzo, tras el cual descubrí una alambreira y más allá una capa de fieltro; sólo después de ésta fué cuando pude llegar á la piedra del muro. En el fondo de la habitación había un lavabo y una gruesa puerta de roble, en la que noté un postigo cerrado por fuera, destinado al paso de los alimentos, y un agujero pequeño, con un cristal y una tapa que podía levantarse desde el exterior; este era el « Judas », á través del cual el preso podía ser espiado á cada momento. El centinela que estaba en el pasadizo levantaba con frecuencia la corredera y miraba al interior, oyéndose el crujir de sus botas cuando se acercaba á la puerta. Traté de hablarle; pero entonces el ojo que se veía al otro lado del cristal tomó una expresión de terror y aquélla se cerró al momento, abriéndose furtivamente un par de minutos después; pero no me fué posible obtener de él ni una palabra.

El silencio más absoluto reinaba á mi alrededor. Arrimé el banco á la ventana y miré á la pequeña parte de cielo que era posible ver; procuré recoger algún sonido del Neva ó de la parte de la ciudad que está al otro lado del río; pero no pude conseguirlo. Este silencio sepulcral empezó á entristecerme y traté de cantar, primero en voz baja y mas alto después.

« ¿He de despedirme entonces del amor para siempre? » me encontré que cantaba, de mi ópera favorita *Ruslan y Ludmila*, de Glinka...

— « Señor, haga el favor de no cantar » — dijo una voz algo apagada que salía del postigo de la puerta.

— « Quiero cantar ».

— « Está prohibido ».

— « Pues, sin embargo, cantaré ».

Entonces vino el gobernador, quien intentó persuadirme de que no debía hacerlo, porque tendría que dar parte al jefe de la fortaleza, haciendo además observaciones encaminadas al mismo fin.

— « Pero se me cerrará la garganta y perderán su fuerza los pulmones si no puedo hablar ni cantar » — traté de contestar.

— « Lo mejor será que procuréis cantar en un tono más bajo, que se sienta lo menos posible » — dijo el viejo gobernador de un modo suplicante.

Pero todo esto resultó estéril, porque algunos días después se me quitó por completo el deseo del canto. Intenté hacerlo como cuestión de mantener lo afirmado, pero no me fué posible.

« Lo principal — dije para mí — es conservar mi vigor físico; no quiero caer enfermo. Me imaginaré obligado á pasar un par de años en una cabaña en el extremo Norte, durante una expedición ártica. Haré bastante ejercicio, me dedicaré á la gimnasia y no me dejaré dominar por lo que me rodea. Diez pasos desde un ángulo á otro de la habitación es ya algo; si los repito ciento cincuenta veces habré recorrido un *verst* (unos mil cien metros). Determiné andar todos los días siete *versts* (sobre ocho kilómetros): dos por la mañana, dos antes de comer, dos después y uno antes de acostarme. Si pongo sobre la mesa

diez cigarrillos y nuevo uno cada vez que pase ante ella contaré fácilmente las trescientas veces que tengo que caminar arriba y abajo. Debo marchar con rapidez, pero moderar ésta en las vueltas para evitar el mareo y girar cada vez en sentido contrario. Además, haré gimnasia dos veces al día, sirviéndome del banco, que es pesado ». Y, en efecto, lo levanté por un pie, sosteniéndolo con el brazo extendido; hice con él un molinete y pronto aprendí á tirarlo de una mano á otra, por encima de la cabeza, por la espalda y bajo la pierna.

Algunas horas después de mi ingreso en la prisión, vino el gobernador á ofrecirme algunos libros, entre los cuales estaba un antiguo conocido y amigo mío, el primer tomo de la *Fisiología*, de George Lewes, traducida al ruso; pero faltaba el segundo, que era precisamente el que yo deseaba volver á leer. Pedí, como es natural, que me permitieran tener pluma, papel y tinta, pero me lo negaron. Para poderlo obtener se necesita un permiso especial del mismo emperador. Esta inacción forzosa me hizo sufrir extraordinariamente, y empecé á componer en mi imaginación una serie de novelas de carácter popular, inspiradas en la historia de Rusia, algo así como *Mistères du Peuple*, de Eugenio Sue. Hice el argumento, las descripciones, los diálogos y procuré retenerlo todo en la memoria, desde el principio al fin. Puede imaginarse fácilmente lo exhausto que me hubiera dejado este trabajo si hubiese tenido que continuarlo más allá de dos ó tres meses.

Pero mi hermano Alejandro obtuvo pluma y tinta para mí. Un día me dijeron que subiera á un coche de cuatro ruedas, en compañía del mismo oficial de gendarmes circasiano de quien he hablado anteriormente. Me llevaron á la Sección Tercera, donde se me permitió comunicar con mi hermano en presencia de dos oficiales de gendarmes.

Alejandro estaba en Zurich cuando me arrestaron. Desde su primera juventud había anhelado el ir á otros países donde los hombres piensan como quieren, leen lo que les gusta y expresan francamente sus ideas. La vida rusa le era repulsiva. La verdad — la verdad absoluta — y una franqueza ilimitada, eran los rasgos más salientes de su carácter. No podía tolerar el engaño ni la doblez bajo ninguna forma. La falta de libertad de la palabra en Rusia, la predisposición de sus habitantes á someterse á la opresión y las formas veladas á que tenían que recurrir nuestros escritores, repugnaban por completo á su franca y expansiva naturaleza. Poco después de mi regreso de la Europa occidental, se trasladó á Suiza, decidiendo establecerse allí. Desde que perdió sus dos hijos — uno del cólera en pocas horas y otro de consunción —, San Petersburgo se le hizo doblemente insoportable.

Mi hermano no había tomado parte en nuestra propaganda. No creía en la posibilidad de un alzamiento popular, y no concebía la revolución sino como la obra de un cuerpo representativo, semejante á la Asamblea nacional francesa de 1789. En cuanto á la agitación socialista, sólo la conocía por los discursos que se pronunciaban en las reuniones públicas, no teniendo idea de la propaganda secreta que estábamos á punto de realizar. En Inglaterra habría sido partidario de John Bright ó de los *carlistas*. Si se hubiera encontrado en París cuando la revolución de Junio del 48, seguramente se habría batido en las barricadas al lado del último puñado de trabajadores; pero en el período preparatorio hubiera seguido á Ledru-Rollin ó á Luis Blanc.

Cuando fué á Suiza, fijó su residencia en Zurich, simpatizando allí con el grupo moderado de la Internacional. Socialista en principio, sus ideas influían naturalmente en su género de vida, por demás frugal y laboriosa; trabajó con pasión en su gran obra científica — el objetivo principal de su existencia —, obra que había de hacer digno *pendant*, en el presente siglo con los famosos *Cuadros de la Naturaleza* de los enciclopedistas. Llegó á ser gran amigo personal del antiguo emigrado el coronel Pedro Lauroff, siendo ambos partidarios de las ideas filosóficas de Kant.

En cuanto Alejandro se enteró de mi detención, lo abandonó todo — la obra de su vida, su vida misma de libertad, que le era tan necesaria como el aire á la existencia del ave —, y volvió á Petersburgo, que detestaba, con el solo propósito de tratar de endulzar mi cautiverio.

Nuestra entrevista fué conmovedora. Mi hermano estaba muy excitado. La vista sólo del uniforme azul de los gendarmes — los verdugos de todo pensamiento libre en Rusia — le era odiosa, y francamente manifestó ese sentimiento delante de ellos. En cuanto á mí, su presencia en la capital inspirábame la más viva inquietud. Sentíame feliz al ver su rostro querido, sus ojos llenos de ternura, y saber que me permitirían comunicar con él una vez al mes; no obstante, hubiera preferido verlo á centenares de leguas de aquel lugar, al que había llegado en plena libertad, pero adonde podía volver en cualquier momento escoltado por los gendarmes. « ¿Por qué has venido á meterte en la boca del lobo? Parte en seguida » — pensaba yo entre mí; pero también comprendía que mientras durara mi cautiverio estaría él en San Petersburgo.

Como sabía mejor que nadie que el ocio sería capaz de matarme, hizo en el acto gestiones para que me permitieran trabajar. La Sociedad Geográfica deseaba que finalizara mi Memoria sobre el período glacial, y mi hermano había interesado al mundo científico de San Petersburgo, comprometiendo á todos sus miembros para que apoyaran la petición. La Academia de Ciencias se interesó también en el asunto; y, finalmente, á los dos ó tres meses de estar preso, el gobernador entró en mi celda y me anunció que el emperador me permitía completar mi informe para la Sociedad Geográfica, pudiendo disponer con tal motivo de pluma y tinta, « pero sólo hasta la puesta del sol », añadió. Durante el invierno el sol se pone á las tres de la tarde en San Petersburgo; pero no había más remedio que conformarse. « Hasta la puesta del sol », fueron las palabras que pronunció Alejandro II al conceder el permiso.

II.

¡Ya podía trabajar!

Seríame imposible expresar ahora el inmenso consuelo que entonces sentí al saber podía volver á escribir. Hubiera preferido vivir sólo de pan y agua en el más infecto de los calabozos, con tal de poder ocuparme en algo.

Yo era, sin embargo, el único preso que gozaba de ese permiso. Varios de mis compañeros que estuvieron encarcelados tres ó más años,

antes de la vista del famoso proceso de los « trescientos noventa y tres », sólo pudieron obtener una simple pizarra. Naturalmente, á falta de cosa mejor, en medio de su lúgubre soledad, aquélla era bien recibida. Empleábanla para escribir los temas de los idiomas que estudiaban, ó para resolver problemas de matemáticas; pero todo lo que en ella fijaban desaparecía al cabo de algunas horas.

Desde aquel instante, mi vida de cautivo se adaptó á una forma más regular, teniendo ya un objetivo inmediato. A las nueve de la mañana tenía ya casi completados los trescientos paseos á través de mi celda, y esperaba los lapiceros y plumas que debían traerme. El trabajo que preparaba para la Sociedad Geográfica, contenía, además del informe sobre las exploraciones en Finlandia, una exposición de principios sobre los cuales debe reposar la hipótesis glacial.

Sabiendo que podía disponer de tiempo ilimitado, me decidí á escribir de nuevo y ampliar esta parte de mi trabajo. La Academia de Ciencias puso su admirable biblioteca á mi disposición, y pronto se llenó un rincón de mi celda de libros y mapas, incluyendo el total de las Investigaciones Geológicas Suecas, una colección casi completa de Memorias de todas las expediciones árticas, y toda la colección del *Quarterly Journal* de la Sociedad Geológica londinense. Mi obra llegó á formar dos gruesos volúmenes. El primero se imprimió, debido á los cuidados de mi hermano y de Polakoff (en las Memorias de la Sociedad Geográfica), en tanto que el segundo, que no había terminado por completo cuando mi evasión, quedó en poder de la Sección Tercera. El manuscrito no pudo hallarse hasta el 95, que fué entregado á la Sociedad Geográfica, la cual, á su vez, me lo remitió á Londres.

A las cinco de la tarde — tres en invierno —, al mismo tiempo que me traían una pequeña lámpara, se incautaban de los lapiceros y plumas, viéndome obligado á suspender el trabajo.

Entonces leía generalmente libros de Historia. En la fortaleza se había llegado á formar una biblioteca completa durante la sucesión de presos políticos que en ella fueron confinados. Me permitieron agregar á aquélla algunos libros de texto sobre la historia de mi país, y junto con los que me llevaban mis parientes, pude leer la mayor parte de las obras y de las colecciones de actas y documentos que se refieren al período moscovita de la historia de Rusia.

Dedicábame con gusto, no sólo á la lectura de los anales rusos, particularmente los en verdad admirables de la democrática república medioeval de Pskov — la mejor quizás de Europa en la historia de ciudades de esa época —, sino también á la de toda clase de documentos antiguos, y á la de las Vidas de los Santos, que á veces contienen hechos de la vida real de las masas que no se pueden encontrar en otra parte. Leí también durante dicho período de tiempo gran número de novelas, como igualmente los *Cuentos de Navidad*, de Dickens, que me mandó mi familia, precisamente en esos días del año, y que me hizo pasar dicha fiesta riendo y llorando al contemplar las soberbias creaciones del gran novelista.

III.

Lo que más me entristecía era el silencio sepulcral que reinaba en torno mío. En vano golpeaba en el muro y en el suelo con la esperanza de obtener alguna ligera respuesta. El silencio era completo. Un mes, dos meses, quince meses se pasaron sin que nadie contestara á mi llamamiento. Entonces no éramos más que seis, repartidos entre las treinta y seis casamatas, hallándose los demás compañeros detenidos en la prisión de la *Litauskij Zámok*.

Cuando el oficial de guardia entraba en mi celda para acompañarme al paseo, y yo le preguntaba « ¿Qué tiempo hace? ¿Está lloviendo? » mirábame él con desconfianza, y sin pronunciar una palabra, retrocedía hacia la puerta donde estaban el centinela y otro oficial que lo vigilaban. El solo ser viviente cuya voz podía oír era la del gobernador. Venía todas las mañanas, me daba los buenos días y me preguntaba si tenía necesidad de comprar tabaco ó papel. Intentaba conversar con él; pero con una mirada furtiva que lanzaba á los oficiales que se hallaban cerca de la entreabierta puerta, parecía querer decirme: « Ya veis que á mí también me espían ». Sólo las palomas no temían aproximarse á mí. Todas las mañanas y las tardes venían á mi ventana á recibir su comida á través de la reja.

No se percibían otros ruidos que el crujir de las botas del centinela, el casi imperceptible que éste hacía al abrir y cerrar el « Judas » y el tañido de las campanas de la catedral de la fortaleza. Tocaban un « ¡Señor, sálvame! » (*Gospochi pomilui*) una, dos, tres y cuatro veces cada cuarto de hora, doblando después la gran campana al terminar aquélla, á la que seguía una especie de canto lúgubre ejecutado por las campanas, que los cambios rápidos de temperatura desentonaban sin cesar, produciendo una horrible cacofonía que recordaba el toque de campanas de los entierros.

A media noche, después del referido cántico, oíanse las notas discordantes de « Dios salve al zar ». Esto duraba un cuarto de hora, y apenas finalizaba, un nuevo « Señor, sálvame » anunciaba al desvelado prisionero que había pasado otro cuarto de hora de su inútil vida, y que otros muchos cuartos, horas, días y meses de su vegetativa existencia se sucederían antes de que lo soltaran sus carceleros ó lo rescatara la muerte.

Todas las mañanas me sacaban á pasear durante media hora por el patio de la prisión. Ese patio tenía la forma de un reducido pentágono, con una acera estrecha á su alrededor, y en el centro un pequeño edificio destinado á cuarto de baño; pero, así y todo, esos paseos me agradaban.

La necesidad de nuevas impresiones se hace sentir tanto en la prisión, que cuando me paseaba por tan estrecho sitio, fijaba constantemente la vista en la flecha dorada de la catedral de la fortaleza. De entre todos los objetos que me rodeaban era el único que cambiaba de aspecto, y me gustaba verla deslumbrante como el oro cuando el sol brillaba en un cielo claro y despejado, tomando un aspecto fantástico cuando una gasa de azulosa neblina envolvía la ciudad, ó adquiriendo el color gris del acero si espesas nubes obscurecían el firmamento.

Durante estos paseos solía ver algunas veces á la hija del gobernador, muchacha de diez y ocho ó diez y nueve años, cuando salía del pabellón de su padre y tenía que cruzar nuestro patio para dirigirse á la puerta de entrada, única salida del edificio. Siempre lo hacía rápidamente y con los ojos bajos, como si se sintiera avergonzada de ser la hija de un carcelero. Su hermano menor, por el contrario, que era un cadete á quien vi una ó dos veces en dicho lugar, siempre me miraba fijamente á la cara con tan franca expresión de simpatía, que no pudo por menos de llamar mi atención, y hasta llegar á mencionárselo á alguno después de mi salida. Cuatro ó cinco años después, cuando ya él era oficial, fué desterrado á Siberia. Había ingresado en el partido revolucionario y supongo ayudó á que se comunicaran los amigos con los presos de la fortaleza.

El invierno es triste y sombrío en San Petersburgo para los que no pueden pasear por las calles brillantemente iluminadas; pero lo es todavía más para el que está en el fondo de una casamata. La humedad era peor que la obscuridad. Para preservarme de ella, calentaban el local hasta un grado tan alto que llegaba á sentir verdadera sofocación; pero, en cambio, cuando pude conseguir que bajara un poco la temperatura, la humedad traspasó los muros, corriendo el agua á lo largo del papel, y bien pronto fuí preso de agudos dolores reumáticos.

* * *

A pesar de todo, mi espíritu no decaía, y continuaba escribiendo y trazando cartas geográficas en la obscuridad, afilando los lapiceros con un pedazo de vidrio que había podido recoger en el patio. Caminaba regularmente mis ocho kilómetros al día, y continuaba los ejercicios gimnásticos con el taburete. El tiempo se pasaba; pero de pronto aconteció una terrible desgracia que estuvo á punto de anonadarme.

Mi hermano Alejandro había sido preso.

A fines de Noviembre del 74, me permitieron tener una entrevista con él y con nuestra hermana Elena en la fortaleza, en presencia de un oficial de gendarmes. Esas entrevistas, autorizadas á grandes intervalos, producen siempre cierta excitación en el preso y en su familia. Contémplanse rostros queridos, oýense voces amadas, y se sabe que la visión sólo durará breves instantes. Se siente uno alejado de los suyos, á pesar de la momentánea aproximación, con tanto más motivo cuanto que no se puede tener una conversación íntima ante un extraño, un enemigo, un espía. Mis hermanos se mostraban preocupados respecto á mi salud, sobre la cual los oscuros y tristes días de invierno y la humedad habían ya impreso sus primeras huellas. Nos separamos con el corazón oprimido.

Una semana después de nuestra entrevista, en vez de la carta que esperaba de mi hermano respecto á la publicación de mi libro, recibí una breve nota de Polakoff, informándome que en lo sucesivo leería él las pruebas y que á él me dirigiera para todo lo concerniente á la imprenta. Del tono de la nota deduje que algo desagradable había ocurrido á mi hermano, pues si sólo se hubiera tratado de su salud, dicho amigo me lo hubiera dicho.

Una terrible ansiedad se apoderó de mí. Alejandro — pensé — ha debido ser arrestado, y lo ha sido por causa mía. La vida dejó en el acto de tener el menor atractivo para mí; mis paseos, mi gimnasia y mi trabajo perdieron todo su interés. Pasaba todo el día paseando por la celda, sin pensar en otra cosa que en la detención de mi hermano. Para mí, hombre soltero, la prisión no ero más que una molestia personal; pero mi hermano era casado, adoraba á su esposa y ambos habían reconcentrado en su último hijo todo el amor que antes tuvieron á los dos primeros.

Lo peor era la incertidumbre. ¿Qué podía él haber hecho? ¿Por qué le habían arrestado? ¿Qué iba á suceder?

Pasaron algunas semanas, siendo cada día mayor y más profunda mi ansiedad, sin que recibiera la menor noticia, hasta que, al fin, llegué á saber de un modo indirecto que lo habían preso por una carta escrita á P. L. Lavroff.

Los detalles no los supe hasta mucho después. Con posterioridad á nuestra última entrevista, había escrito á su antiguo amigo, que en aquella época dirigía en Londres una revista socialista rusa, titulada *¡Adelante!* En dicha carta expresaba sus temores acerca de mi salud; hablaba de los numerosos arreóstos que en aquellos días se efectuaban, y exponía con franqueza su desprecio por el régimen despótico.

La carta fué interceptada en correos por la Sección Tercera, y en la noche de Navidad fueron á registrar su casa, lo que efectuaron de modo más brutal aún que de ordinario. Después de media noche, varios hombres hicieron una irrupción en su departamento, revolviéndolo todo. Hasta las paredes fueron reconocidas; el niño enfermo fué sacado de la cama, á fin de inspeccionar las ropas y colchones; mas como nada había, nada pudieron encontrar.

Este registro irritó á mi hermano, quien, con su acostumbrada franqueza, dijo al oficial de gendarmes que lo dirigía: « Contra vos, capitán, no siento rencor. Su educación ha sido limitada y casi no comprende lo que está haciendo. En cuanto á vos — continuó dirigiéndose al procurador —, debo decirle que no ignora el papel que representa en todo esto; ha recibido una educación universitaria, conoce la ley y sabe que la está arrastrando por los suelos, dando con su presencia una apariencia de legalidad al acto arbitrario que cometen esos esbirros; sois, pues, un miserable ».

Aquellos hombres le juraron un odio mortal. Lo tuvieron encerrado en la Sección Tercera hasta Mayo. El hijo de mi hermano — un niño encantador, á quien la enfermedad había vuelto más afectuoso é inteligente todavía — estaba atacado de una fiebre consuntiva, habiendo declarado los médicos que no tenía remedio. Alejandro, que jamás había pedido el menor favor á sus enemigos, les suplicó entonces que le permitieran ver á su hijo por la última vez. Les rogó que lo dejaran ir, bajo palabra de honor, durante una hora á su casa, ó que lo condujeran convenientemente custodiado. Pero ellos le rehusaron este favor; no quisieron privarse del placer de la venganza.

El niño murió, y poco después la desgraciada madre, casi enloquecida de dolor, recibió la noticia de que su esposo había sido desterrado por tiempo indefinido á Minusinsk, pequeño pueblo de la Siberia orien-

tal, debiendo hacer el viaje en carreta entre dos gendarmes. Ella estaba autorizada para seguirlo; pero sólo después, porque no se les permitía hacer el viaje juntos.

« Decidme, al menos, cuál es mi crimen » — preguntaba mi hermano. Pero ninguna acusación pesaba sobre él, aparte de la carta mencionada. Su deportación apareció como un acto tan arbitrario, como una venganza tan evidente de la Sección Tercera, que toda nuestra familia creyó que no se prolongaría más allá de algunos meses. Mi hermano dirigió una carta al ministro del Interior, el cual respondió que no podía intervenir en las decisiones del jefe de la gendarmería; otra fué enviada al Senado, con resultado idéntico. Todo resultó inútil.

Dos años más tarde, nuestra hermana Elena, obrando por su propia iniciativa, escribió una petición al zar. Nuestro primo Dmitri, gobernador general de Khárkoff, aide-de-camp del emperador y gran favorito de la corte, indignado también del proceder de la Sección Tercera, entregó el documento personalmente al zar, apoyándolo con algunas palabras. Pero el rencor de los Romanoff es un rasgo característico de la familia, que estaba fuertemente desarrollado en Alejandro II, y como consecuencia de ello, escribió en la petición: « Pust posidit » (que espere todavía).

Mi hermano permaneció en Siberia doce años, y no volvió jamás á Rusia.

IV.

Las numerosas prisiones que se verificaron durante el verano del 74, y las salvajes persecuciones de que fueron objeto nuestros partidarios, produjeron un cambio notable en el espíritu de la juventud moscovita. Hasta entonces se había hecho propaganda en los centros obreros, introduciendo en ellos individuos capaces de ser agitadores socialistas; pero como los talleres se inundaron de espías, se corría el peligro de que fueran enviados á Siberia obreros y propagandistas. Entonces se empezó á producir un movimiento popular de un orden completamente nuevo; centenares de jóvenes de ambos sexos se esparcieron por todas partes, y sin tomar precauciones, predicaron la revolución, repartiendo folletos, canciones y manifiestos. En nuestros círculos este verano recibió el nombre de « Verano delirante ».

La gendarmería estaba desconcertada, porque era tal el número de propagandistas, que no se disponía del tiempo material necesario para detenerlos á todos. Más de mil quinientos fueron los arrestados, muchos de los cuales sufrieron largos años de cautiverio.

Un día de verano del 75, oí distintamente en la celda inmediata á la mía pasos ligeros y tacones que me parecieron de mujer, y algunos minutos después pude escuchar fragmentos de una conversación. Una voz femenina hablaba desde la celda, y otra recia — indudablemente la del centinela — decía algo en contestación. Después reconocí el sonido de las espuelas del coronel, sus pasos precipitados, sus reprensiones á aquel y el ruido que hacía la llave al girar en la cerradura. El dijo algo que no pude entender, y una voz de mujer le contestó en tono elevado: « No hablábamos; yo no hice más que rogarle llamara al ofi-

cial de guardia ». Cerrándose la puerta á continuación, y volviendo de nuevo el gobernador á reprender al centinela á media voz.

Yo no estaba, pues, sólo; tenía una vecina que, desde el primer momento, había logrado quebrantar la severa disciplina que hasta entonces reinara en la fortaleza.

Desde aquel día las paredes de la prisión, que habían permanecido mudas durante los últimos quince meses, adquirieron animación. De todas partes se oían los golpes que daban con el pie en el suelo; uno, dos, tres, cuatro... once, veinticuatro, quince golpes; después una pausa seguida de tres más y una larga sucesión de treinta y tres. Lo cual se repetía en el mismo orden, hasta que el vecino llegaba á comprender que eso quería decir: « ¿Kto vy? » (¿Quién sós?), siendo la letra *v* la tercera de nuestro alfabeto. De este modo pronto se entablaba la conversación, que por lo general se mantenía sirviéndose del alfabeto abreviado, esto es, se le divide en seis hileras de cinco letras cada una, marcándose cada letra por su hilera y el lugar que ocupa en la misma.

Con gran satisfacción descubrí que tenía á mi izquierda á mi amigo Serdukóff, con quien pronto podría hablar de todo, particularmente al usar nuestra clave. Pero esta comunicación con mis semejantes produjo penas lo mismo que alegrías. Mi amigo entablaba casi todos los días conversación, por el procedimiento indicado, con un campesino á quien conocía, que se encontraba en una celda situada bajo la que yo ocupaba, y muchas veces, aun sin querer, seguía, mientras trabajaba, su diálogo. También yo hablé con él. Si el aislamiento absoluto sin ninguna clase de trabajo es duro para hombres que tengan instrucción, lo es infinitamente más para un campesino, acostumbrado á la labor física, que no es posible pase años enteros dedicado á la lectura. La situación de este pobre amigo era bien lamentable, pues habiendo pasado cerca de dos años en otra prisión antes de traerlo á la fortaleza, su ánimo se hallaba profundamente quebrantado. Su delito consistía en haber oído propagar el socialismo. Pronto empecé á notar con terror que de tiempo en tiempo su razón divagaba; gradualmente sus pensamientos se fueron haciendo cada vez más confusos, y los dos percibimos, paso á paso, día por día, señales evidentes de que su razón se obscurecía, hasta que al fin en su conversación se reveló su estado. Ruidos espantosos y gritos terribles nos llegaban desde su celda; el infeliz estaba loco, y, sin embargo, tuvo que pasar varios meses en tal estado en la casa-mata, antes de que lo trasladaran á un manicomio, del que ya no salió jamás. Es terrible tener que ser testigo de tan dramáticos sucesos, que yo creo influyeron de tal manera en el ánimo de mi verdadero y buen amigo Serdukoff, que cuando después de cuatro años de prisión preventiva fué absuelto por el tribunal y recobró la libertad, se pegó un tiro.

* * *

Un día recibí una visita inesperada. El gran duque Nicolás, hermano de Alejandro II, que pasaba una visita de inspección á la fortaleza, entró en mi celda, seguido sólo de su ayudante, cerrándose la puerta tras él. Inmediatamente se acercó á mí, dándome los buenos

días, pues me conocía personalmente, y me hablaba en tono amable y familiar, como se hace á un antiguo amigo:

— ¿Es posible que vos, un antiguo paje de cámara, un sargento del cuerpo de pajés, os halléis envuelto en semejantes asuntos y encerrado actualmente en esta horrible casamata?

— Cada uno tiene su manera de pensar — repliqué.

— En este caso, ¿creéis que era necesario provocar una revolución?

— ¿Qué debía yo contestar? Si respondía que sí, daría lugar á que dijeran que yo, que me había negado á manifestar nada á los gendarmes, «lo declaraba todo» al hermano del zar. Me parecía el jefe de una escuela militar cuando trata de hacer «cantar» á un cadete. Y, sin embargo, tampoco podía decir no, porque hubiera sido una mentira. No sabiendo, pues, qué contestar, opté por no decir nada.

— Lo véis; os avergonzáis ahora de vuestro proceder.

Esta frase me irritó, y en el acto le repliqué con viveza:

— Ya he contestado al juez instructor y no tengo que añadir nada nuevo.

— Me extraña que no comprendáis — me dijo en un tono familiar — que no os hablo como un juez, sino como simple particular, completamente como tal — agregó bajando la voz.

En aquel momento invadió mi mente una multitud de pensamientos. ¿Tenía que proceder como el marqués de Posa? ¿Debía decir al emperador, por conducto de su hermano, que Rusia estaba desolada, que los campesinos se hallaban arruinados, que los funcionarios públicos cometían toda clase de crímenes, que en perspectiva se presentaba terrible y amenazador el espectro del hambre? ¿Habría de manifestar que lo que nos proponíamos era ayudar á los campesinos á salir de su desesperada condición, á hacer que levantaran la cabeza, y procurar así, por todos los medios posibles, influir en el ánimo de Alejandro II?

Estos pensamientos pasaron rápida y sucesivamente por mi imaginación, hasta que al fin dije para mí:

— ¡Jamás; qué tontería! Todo eso lo saben ellos demasiado; pero son enemigos del pueblo, y semejantes palabras no les harían cambiar.

Le contesté, pues, que para mí siempre sería una persona oficial, y que no podía considerarlo en otro concepto.

Entonces empezó á hacerme preguntas, al parecer indiferentes.

— ¿No fué en Siberia, con los decembristas, donde comenzásteis á sustentar tales ideas?

— «No; sólo conocí á uno de ellos, y no hablé con él nada de particular.

— ¿Fué acaso en San Petersburgo donde las adquiristeis?

— Siempre he pensado de igual modo.

— ¡Como! ¿Teníais semejantes ideas cuando estábais en el cuerpo de pajés? — me preguntó con asombro.

— Allí era un niño, y lo que se encuentra indefinido en la juventud toma forma y carácter en la edad adulta.

Después me hizo otras preguntas de la misma índole, y á medida que hablaba me parecía leer en su pensamiento su intención. Era indudable que se proponía sacar de mí algo concreto, para poder decir á su hermano: «Los jueces son unos imbéciles; á ellos nada ha contes-

tado, y yo, en menos de diez minutos, he logrado hacerle confesar». Esto empezaba ya á cargarme, motivando que, al preguntarme:

— ¿Qué queríais hacer con esos campesinos y gente desconocida?, le respondiera secamente:

— Ya os he dicho que he contestado al juez de instrucción.

Entonces el gran duque se marchó bruscamente de mi celda.

Los soldados de la guardia forjaron una leyenda sobre la citada visita. Por parecerse ligeramente al gran duque Nicolás la persona que vino en carruaje á recogerme en el momento de mi fuga, llevar como aquél gorra militar y tener también barba rubia, supusieron que había sido el gran duque en persona quien me había prestado ese servicio. Así se crean las leyendas, hasta en esta época de periódicos y diccionarios biográficos.

V.

Habían transcurrido dos años; varios de mis compañeros perdieron durante ese tiempo la vida, otros la razón, y, sin embargo, aun no sabíamos cuándo se vería nuestra causa en la Audiencia.

Mi salud empezó á quebrantarse hacia el fin del segundo año. El banco de roble se me hizo más pesado, y los ocho kilómetros me parecieron interminables. Como éramos unos sesenta los que estábamos en la fortaleza, y los días de invierno son cortos, sólo nos sacaban á pasear veinte minutos por el patio, una vez cada tres días. Hice todo lo posible por mantener mis energías; pero tan prolongado «invierno ártico», sin tener descanso alguno en el verano, me causó un daño atroz. De mis excursiones siberianas había traído como recuerdo ligeros síntomas de escorbuto, que ahora, en la obscura y húmeda casamata, tomaban caracteres más distintos. Esa calamidad que tanto abunda en las prisiones, se había apoderado de mí.

Al fin, en Marzo ó Abril del 76 nos manifestaron que la Sección Tercera había terminado el sumario preliminar y que pasaba la causa á la autoridad judicial, por cuyo motivo nos trasladaron á la cárcel inmediata á la Audiencia, la cual está construída según el modelo de prisiones celulares belgas y francesas. En ella estaban los detenidos mejor que en la fortaleza, porque tenían más medios para comunicarse con sus familias y amigos, y al mismo tiempo con los vecinos de celda, usando el procedimiento de los golpes. Yo llegué por el citado medio á contar á un joven que estaba en la inmediata toda la historia de la *Commune* de Paris, invirtiendo en ella una semana.

En cuanto al estado de mi salud, se empeoró más aún, debido á la pesada atmósfera de la pequeña celda, que sólo medía cuatro pasos de un ángulo á otro, y en la cual, desde que empezaban á funcionar los tubos de calefacción, cambiaba la temperatura desde un frío glacial á un calor insoportable.

Como había que girar con tanta frecuencia, á los pocos momentos de pasear me mareaba, y los diez minutos de ejercicio al aire libre, en el rincón de un patio cerrado entre altos muros de ladrillo, no me servían de mucho. Respecto al médico de la cárcel, que no quería oír la palabra «escorbuto» pronunciada «en su prisión», mientras menos se hable de él, tanto mejor.

Se me permitió recibir la comida de casa, lo que se podía hacer con tanta más facilidad, cuanto que una parienta mía, casada con un abogado, vivía muy cerca de la Audiencia. Pero de tal modo se debilitaron mis fuerzas digestivas, que pronto no pude comer más que un poco de pan y uno ó dos huevos al día; mi decaimiento avanzaba aceleradamente, y la opinión general era que sólo me quedaban unos meses de vida. Al subir la escalera que conducía á mi celda, que se hallaba en el segundo piso, tenía que detenerme á descansar dos ó tres veces, y recuerdo que en una ocasión un viejo soldado de la escolta me dijo, compadecido al verme: «¡Pobre hombre! No llegaréis al fin del verano»

Tal estado alarmó extraordinariamente á mi familia; tanto, que mi hermana Elena hizo todo lo posible porque me concedieran la libertad bajo fianza; pero el procurador Shubin la contestó sonriendo sardónicamente: «Si me traéis un certificado facultativo afirmando que morirá dentro de diez días, lo soltaré». Teniendo la satisfacción de ver caer á mi hermana en una silla y llorar amargamente en su presencia. Ella, sin embargo, logró que me reconociera un buen médico: el director del hospital militar de San Petersburgo. Era un general ya de edad, pequeño, vivo é inteligente, quien, después de examinarme escrupulosamente, vino á concluir en que no tenía ninguna enfermedad orgánica, padeciendo únicamente de falta de oxidación de la sangre. «Todo lo que necesitáis es aire», me dijo, y después de un breve momento de duda, agregó de un modo resuelto: «De nada sirve hablar; no podéis permanecer aquí; tenéis que pasar á otra parte».

Unos diez días después fui transferido al hospital militar, que está situado en un extremo de la capital, y tiene una pequeña prisión para los oficiales y soldados que caen enfermos estando sumariados; dos de mis compañeros habían ya pasado á ella cuando era seguro que morirían pronto de consunción.

* * *

En el hospital empecé á reponerme con rapidez. Me dieron una habitación espaciosa en el piso bajo, junto al cuerpo de guardia, la cual tenía una gran ventana que daba al Sur, desde la que se veía un pequeño boulevard con dos hileras de árboles, y más allá un ancho espacio donde doscientos carpinteros se hallaban ocupados en la construcción de unas barracas de madera para enfermos de tifoidea. Todas las tardes dedicaban una hora ó cosa así á cantar en coro, como acostumbraban á hacerlo las agrupaciones de ese oficio. Y un centinela cuya garita estaba frente á mi habitación, se paseaba arriba y abajo por el boulevard.

Mi ventana estaba abierta todo el día, y yo me bañaba en los rayos del sol, de los que me había visto privado por tanto tiempo. Aspiraba el aire embalsamado de Mayo con toda la fuerza de mis pulmones, y mi salud mejoró con rapidez, quizás con demasiada, me llegué hasta pensar. Pronto estuve en disposición de digerir alimentos ligeros; gané fuerza y reanudé mi trabajo con nuevas energías. No viendo manera de poder terminar el segundo tomo de mi obra, escribí un resumen de él, que se agregó al primero.

En la fortaleza oí decir á un compañero que había estado en la prisión del hospital, que no me sería muy difícil fugarme, por cuya razón dí cuenta de que me hallaba allí á mis compañeros. Sin embargo, la cosa no resultaba tan fácil como me habían hecho creer. La vigilancia á que estaba sometido era verdaderamente extraordinaria. El centinela del corredor tenía su punto de parada en mi puerta y nunca me dejaban salir al exterior. Los soldados del hospital y los oficiales de guardia, al entrar donde yo me encontraba, parecían temer estar en mi compañía más de un minuto ó dos.

Mis amigos imaginaron varios proyectos de evasión, algunos muy originales y divertidos. Yo debía, por ejemplo, deslizarme á través de la reja de mi ventana, eligiendo para esto una noche de agua, y en el momento que el centinela del boulevard estuviera medio dormido, dos compañeros que se hubiesen acercado cautelosamente, empujarían por detrás la garita, haciéndola caer sobre aquél, que se encontraría cogido como el ratón en la ratonera, debiendo yo entre tanto saltar por la ventana. Pero la mejor solución se presentó de un modo inesperado:

Un día me dijo un soldado al pasar junto á mí: «Pedid permiso para salir un rato á pasear». Aproveché la idea, y con el apoyo del médico, conseguí que me permitieran pasear por la tarde, de cuatro á cinco, por el patio de la prisión. Debía hacerlo vestido con la bata de franela verde que usan los enfermos del hospital; pero todos los días me daban mis botas, mi chaleco y mis pantalones.

Jamás olvidaré mi primer paseo. Cuando me sacaron, se presentó ante mi vista un patio de unos trescientos pasos de largo por más de doscientos de ancho, todo cubierto de hierba. Su puerta de entrada estaba abierta, y á través de ella podía ver la calle, el inmenso hospital de enfrente y las gentes que por aquella transitaban. Me detuve en el dintel de la prisión, sin poder de momento continuar avanzando, cuando vi aquel patio y aquella puerta. En uno de los lados del primero se levantaba la mansión referida — edificio estrecho, de unos ciento cincuenta pasos de largo —, en cada uno de cuyos extremos había una garita. Los dos centinelas, al pasearse arriba y abajo ante dicho local, habían marcado una vereda en el césped; por ella me dijeron que paseara, y como aquéllos también lo hacían, nunca estaba á más de diez ó quince pasos de uno ó de otro. Tres soldados del hospital estaban sentados junto á la misma puerta.

En la parte opuesta de este espacioso patio, una docena de trabajadores descargaban unas carretas que habían traído leña, y apilaban ésta contra el muro. Una alta cerca, formada de tablones gruesos, rodeaba el lugar mencionado, cuya puerta siempre estaba abierta para facilitar la entrada y salida de los carros. Esta puerta me fascinaba; comprendía que no debía mirarla fijamente, pero los ojos, maquinalmente, se dirigían á ella.

En cuanto entré en mi celda escribí á mis amigos para comunicarles tan buena nueva. «Me siento casi imposibilitado de usar la clave — escribí con mano trémula, trazando signos poco menos que ininteligibles en vez de cifras. — El ver tan de cerca la libertad me hace temblar, cual si fuera presa de la fiebre. Hoy me han sacado al patio, cuya puerta estaba abierta y los centinelas á cierta distancia de la misma. Por ella

pienso salir, y confío no me han de coger aquéllos. Dando yo mismo el siguiente plan de fuga: una señora ha de venir en un carruaje descubierto al hospital; deberá bajarse y aquél esperarla en la calle á unos cincuenta pasos de la puerta. Cuando me saquen á las cuatro, me pasearé con sombrero en mano, y alguien que pase ante la puerta verá en ello una señal de que no hay novedad en la prisión. Entonces debéis contestar con otra que signifique « calle libre », sin la cual no me moveré; y una vez fuera, confío que no han de capturarme. Para vuestra señal sólo deben usarse la luz y el sonido. El cochero puede enviar un rayo de luz sobre el edificio, sirviéndose como reflector de su sombrero charolado, ó mejor aún, se puede utilizar una canción que no deje de entonarse, mientras no haya novedad en la calle, á menos de que no se pueda ocupar la casita gris que se ve desde el patio y hacer la señal desde su ventana.

« El centinela correrá tras mí como el perro tras de la liebre; pero como tendrá que describir una curva, mientras que yo correré en línea recta, siempre le llevaré algunos pasos de delantera. Ya en la calle, saltaré al carruaje y partiremos al galope; si el soldado hace fuego, sufriremos las consecuencias, puesto que el evitarlo no se halla á nuestro alcance; de todos modos, entre una muerte segura en la prisión y otra problemática en el arroyo, la elección no es dudosa ».

Se hicieron otras proposiciones; pero en definitiva, se adoptó dicho plan. Nuestro círculo tomó el asunto á su cargo, y personas que nunca me habían conocido aportaron su concurso, como si se tratara de libertar al más querido de sus hermanos. Sin embargo, la cosa estaba erizada de dificultades, y el tiempo transcurría con terrible velocidad. Trabajaba bastante, escribiendo hasta bien entrada la noche; pero, á pesar de todo, mi salud mejoraba con una rapidez que me parecía alarmante. La primera vez que me dejaron salir al patio, iba arrastrándome como una tortuga á lo largo de la vereda; ahora me sentía con fuerzas suficientes para correr; pero siempre seguía aparentando lo primero, por temor de que me suspendieran el paseo; mas lo impetuoso de mi carácter podía hacerme traición á cada momento.

Mis compañeros, entre tanto, tuvieron que dar participación en el asunto á multitud de personas, buscar un caballo de confianza y un cochero experimentado y arreglar infinidad de contrariedades como siempre surgen en torno de tales empresas. En los preparativos se invirtió como un mes, y el día menos pensado estaba expuesto á ser llevado nuevamente á la cárcel.

* * *

Al fin se fijó el día de la fuga. El 29 de Junio, según el antiguo cómputo, es el día de San Pedro y San Pablo, y mis amigos, dando un toque de sentimentalismo al asunto, querían libertarme en ese día. Me comunicaron que, en cuanto señalase yo que dentro no había novedad, ellos contestarían elevando un globo rojo, de los que sirven de juguete á los niños, lo cual significaría que tampoco la había fuera. Después se acercaría un coche é inmediatamente una canción sería la señal de que la calle estaba libre.

Salí el día convenido; me quité el sombrero y esperé el globo. Se pasó media hora; oí el paso de un carruaje y la voz de un hombre que cantaba una canción desconocida; pero el globo no parecía por ninguna parte.

Pasó la hora que me concedían de paseo, y profundamente afectado, regresé á mi habitación, figurándome que algún contratiempo debía haber ocurrido.

Y en efecto, lo que menos se podía esperar fué lo que aconteció. Centenares de globos como el que se necesitaba se hallan siempre de venta cerca del Gostinoi Devor; pero aquella mañana no los había; ni uno solo pudo encontrarse. Al fin se halló uno en poder de un niño, pero estaba viejo y no se elevaba. Mis amigos corrieron á la tienda de un óptico, compraron un aparato para hacer hidrógeno, y aunque lo llenaron de éste, no consiguieron su objeto, porque se les olvidó secar el referido gas.

Entonces una señora, viendo que el tiempo se pasaba, ató el globo á su sombrilla, y manteniendo ésta en alto se paseó arriba y abajo por la calle; pero yo nada vi, porque, ó el muro era demasiado alto, ó ella tenía poca estatura.

Después de todo, aquel incidente, en apariencias desgraciado, fué una verdadera suerte para mí. Si llego á fugarme, mis perseguidores me hubieran dado alcance, porque el carruaje que debía conducirme, y que al terminar la hora se fué, siguiendo el itinerario de antemano aceptado, se encontró detenido en una calle estrecha por una docena de carretas que conducían leña al hospital. Los caballos de algunas se habían espantado, y en ciertos sitios obstruían el paso por completo; así que, de ir en él, nos cogen sin remedio.

Para evitar pudiera repetirse semejante contrariedad, se estableció un servicio de señales á lo largo de las calles que nuestro coche había de recorrer, á fin de que avisaran si ocurría novedad. Hasta la distancia de tres kilómetros, á partir del hospital, mis compañeros se colocaron de trecho en trecho de centinela; uno debía pasearse con un pañuelo en la mano, que se guardaría en el bolsillo si se aproximaban los carros; otro tenía que estar sentado en una piedra, levantándose si aquéllos se acercaban, y así sucesivamente. Todas estas señales, transmitidas de una calle á otra, debían, por último, llegar al carruaje. Mis amigos habían también alquilado la casita gris que yo veía desde el patio, y en una de sus ventanas, que estaría abierta, un violinista empezaría á tocar desde que recibiera la noticia de que la calle estaba libre.

La evasión se aplazó para el día inmediato; posponerla por más tiempo hubiera sido peligroso. La presencia del carruaje no había pasado inadvertida para la gente del hospital, y algo sospechoso debió haber llegado á oídos de las autoridades, puesto que en la noche que precedió á mi fuga oí al oficial de guardia decir al centinela que estaba colocado frente á mi ventana: « ¿Dónde tenéis las municiones? » Y como el soldado las sacara torpemente de la cartuchera, empleando dos minutos en la operación, aquél le increpó con dureza, agregando: « ¿No se os ha dicho que tengáis esta noche cuatro balas siempre á la mano? » No marchándose de allí hasta no ver que el centinela daba cumplimiento á lo ordenado, añadiendo al partir: « ¡Mucho ojo! »

Era necesario que, sin pérdida de tiempo, me comunicasen las nuevas señas que habían adoptado. De ello se encargó una querida parienta mía, que al día siguiente, á las dos de la tarde, se presentó en la prisión, pidiendo que me entregaran un reloj que, como todos los objetos destinados á los presos, debía pasar por las manos del procurador; pero como sólo se trataba de un simple reloj sin estuche, llegó á mi poder sin dificultad. Dentro de él venía una pequeña nota en cifras que me ponía al corriente de todo. Al ver el papel quedé sorprendido de la audacia de la citada señora, que era además sospechosa á la policía por hallarse mezclada en asuntos políticos, y á quien hubieran preso en el acto si á alguno se le antoja abrir la tapa. Y, sin embargo, la vi salir tranquilamente de la prisión y alejarse con reposado paso á lo largo del boulevard.

A las cuatro, según costumbre, salí é hice mi seña, y al momento llegó á mi oído el ruido de un coche, y pocos minutos después, las notas de un violín que partían de la casita de enfrente, se oían distintamente en el patio. Pero entonces me encontraba en el otro extremo del edificio, y cuando volví á la parte más próxima á la puerta, esto es, á unos cien pasos de la misma, el centinela estaba tan cerca de mí, que tuve que resignarme á dar una vuelta más; pero antes de llegar al fin del lado opuesto, el violín dejó de pronto de tocar.

Se pasó más de un cuarto de hora, que para mí fué un siglo, hasta que vi entrar una docena de carros cargados de leña que se dirigían al otro extremo del patio.

Inmediatamente el violinista — que, dicho sea de paso, era un buen artista — empezó á ejecutar una excitante mazurca de Kotsky, que parecía decirme claramente: « ¡Audacia; ha llegado el momento! » Entonces me dirigí lentamente á la parte de la vereda más próxima á la puerta, temblando ante la idea de que la música se interrumpiera nuevamente antes de que llegara á ella.

Una vez allí, volví la cabeza: el centinela se había parado á cinco ó seis pasos de distancia y miraba á otro lado. « Ahora ó nunca », recuerdo que pensé con la velocidad del relámpago, y arrojando mi bata de franela verde, emprendí la carrera.

Durante muchos días me había estado adiestrando en el modo de desprenderme lo más brevemente posible de prenda tan larga como embarazosa. Tal era su extensión, que yo llevaba en el brazo izquierdo su extremo, como hacen las señoras con las colas de sus vestidos de montar. No había manera de quitársela en un solo movimiento; corté las costuras bajo los sobacos, pero ni aun así logré mi deseo. Entonces me dediqué á aprender á hacerlo en dos: uno soltando la parte que iba sobre el brazo, y otro dejando caer la bata al suelo. Ensayé con paciencia en mi habitación hasta poder hacerlo con la misma precisión con que los soldados manejan sus fusiles. « Uno, dos », y la bata estaba en tierra.

No confiaba mucho en mis fuerzas, y empecé á correr con poca rapidez, á fin de economizar éstas todo lo más posible. Pero no bien había avanzado algunos pasos, cuando los campesinos que apilaban la leña en el otro lado del patio, gritaron: « ¡Que se escapa! ¡Detenedlo! », é intentaron interceptarme el paso. Entonces corrí todo lo más posible y no pensé más que en salvarme.

El centinela, según me dijeron después los amigos que presenciaron la escena desde la casa gris, corrió en mi persecución seguido de tres soldados que habían estado sentados junto á la puerta. El primero se hallaba tan cerca de mí, que se creía seguro de cogerme, y varias veces intentó alcanzarme con la bayoneta. Hubo un momento en que mis amigos me creyeron perdido, y otro tanto debió pensar aquél también, cuando, á pesar del poco espacio que nos separaba, no se decidió á disparar su fusil. Pero yo mantuve siempre mi distancia, y el centinela no pudo pasar de la puerta.

Una vez ésta franqueada, vi con terror que el carruaje se hallaba ocupado por un hombre vestido de paisano y con gorra militar, que estaba sentado sin volver la cabeza hacia mí. Mi primera impresión fué que había sido vendido. Los compañeros me decían en su última carta: « Una vez en la calle, no os entreguéis; no faltarán amigos que os defiendan en caso de necesidad »; y yo no quería saltar al coche, si estaba ocupado por un enemigo; pero al acercarme á aquél, noté que el individuo tenía patillas rubias muy parecidas á las de uno de mis mejores amigos, que, aunque no pertenecía á nuestro círculo, me profesaba verdadera amistad, á la que yo correspondía, y en más de una ocasión pude apreciar su valor admirable y hasta qué punto se tornaban en hercúleas sus fuerzas en los momentos de peligro. ¿Será posible — decía yo — que sea él? Y estaba á punto de pronunciar su nombre, cuando, conteniéndome á tiempo, toqué las palmas sin dejar de correr, para llamarle la atención. Entonces se volvió hacia mí y supe ya quién era.

« ¡Subid, subid pronto! — gritó con voz terrible, y después, dirigiéndose al cochero con revólver en mano, añadió: — ¡Al galope, al galope, ú os salto la tapa de los sesos! » El caballo, que era un hermoso trotador, comprado expresamente para el caso, salió en el acto galopando. Una multitud de voces resonaban á nuestra espalda, gritando: « ¡Paradlos! ¡Detenedlos! », en tanto que mi amigo me ayudaba á ponerme un elegante sobretodo y un *chaque*.

Pero el peligro verdadero no lo constituían los perseguidores, sino el centinela del hospital que estaba al otro lado del sitio en que había esperado el carruaje y que podía detenerlo con facilidad, por cuya razón se encargó un amigo de distraerlo, cosa que consiguió admirablemente. Sabiendo que el soldado había estado empleado algún tiempo en el laboratorio del hospital, dió á la conversación un giro científico, hablándole del microscopio y las cosas tan admirables que con él pueden verse. Refiriéndose á cierto parásito del cuerpo humano, le preguntó:

— ¿Habéis visto alguna vez la cola tan formidable que tiene?

— ¡Cómo! ¿Cola?

— Sí, la tiene, y con el microscopio se percibe muy bien.

— No me vengáis con cuentos — le contestó el soldado.

— Es un hecho positivo; fué lo primero que vi al usar el microscopio.

Esta discusión tenía lugar mientras yo saltaba al coche y nos poníamos en marcha. Parece fábula; pero es una realidad.

El carruaje giró rápidamente al penetrar en una callejuela próxima al muro del patio donde los campesinos habían estado apilando la leña, quienes habían suspendido aquel trabajo por correr tras mí. El

movimiento fué tan brusco, que el vehículo estuvo á punto de volcar, siendo necesario que yo me inclinara hacia el lado contrario, impulsando en esa dirección á mi amigo, para evitar el accidente.

Más adelante tomamos á la izquierda. Dos gendarmes que estaban á la puerta de una taberna, al ver la gorra militar de mi compañero, le saludaron marcialmente. «Cálmate, cálmate — le dije al ver que aun estaba algo excitado —; todo va bien; hasta la policía nos saluda». En aquel instante el cochero se volvió hacia mí, y pude reconocer en él á otro amigo que me expresaba su satisfacción con una sonrisa.

Por todas partes veíamos compañeros que nos saludaban con la vista y nos animaban con el gesto, mientras nuestro hermoso caballo nos conducía á trote largo hacia la ancha vía del Neusky Prospekt. Una vez en ella, tomamos por una calle lateral y nos bajamos ante una puerta, despidiendo al cochero. Después subí rápidamente una escalera y arriba halléme con una parienta que, presa de terrible ansiedad, me esperaba con los brazos abiertos. La pobre reía y lloraba al mismo tiempo, aconsejándome cambiara pronto de traje y me cortara la sospechosa barba. Diez minutos después, mi amigo y yo salíamos de aquella casa y tomábamos un coche de punto.

Mientras esto ocurría, el oficial de guardia de la prisión y los soldados del hospital se habían lanzado á la calle para perseguirnos, dudando qué camino tomar. No se encontraba carruaje alguno en más de un kilómetro á la redonda, porque mis amigos los habían alquilado todos.

Una vieja campesina, demostrando tener más malicia que los demás, dijo, como razonando consigo misma: «Es casi seguro que se habrán dirigido hacia el Prospekt, y allí serán cogidos si alguien toma por esta callejuela que conduce en línea recta á aquel lugar». Así era, en efecto, y el oficial corrió á un tranvía que se hallaba inmediato, pidiéndole al cochero que prestase los caballos para enviar á dos soldados que nos interceptaran el paso; pero aquél se negó en absoluto y el oficial no apeló á la violencia.

El violinista y la señora que habían alquilado la casita gris, salieron también á la calle, mezclándose con la multitud, y allí oyeron á la vieja hacer su pérfida insinuación, marchándose después cuando la gente se dispersó.

Hacia una tarde espléndida. Nos dirigimos á las islas, sitio donde se reúne toda la aristocracia de San Petersburgo, en los hermosos días de primavera, para presenciar la puesta del sol.

Al paso nos detuvimos en una peluquería de una calle poco céntrica, con objeto de que me cortaran la barba, quedando así, aunque no mucho, algo desfigurado.

Paseábamos á la ventura, pues habiéndonos dicho que no fuéramos adonde debía pasar la noche hasta bien entrada ésta, no sabíamos en qué emplear el tiempo. «¿Qué haremos mientras tanto?», dije á mi amigo, quien, después de reflexionar un instante, dijo dirigiéndose al cochero: «A Donon», que es el nombre del mejor restaurant de San Petersburgo. «Nadie pensará en ir á buscarnos á Donon — agregó tranquilamente —; os supondrán en todas partes menos allí, y comeremos, y beberemos una copa en celebración del buen éxito de vuestra fuga».

A tan razonables palabras nada tuve que contestar. Fuimos, pues,

al lugar indicado; atravesamos los salones brillantemente iluminados y cuajados de clientes que acudían á la hora de comer, y nos instalamos en un gabinete reservado, donde pasamos el tiempo hasta llegar la hora convenida.

La casa en que primero paramos después de la evasión fué registrada por la policía dos horas después de abandonarla nosotros, cabiendo igual suerte á la mayor parte de las de nuestros amigos. Pero nadie tuvo la idea de ir á buscarnos á Donon.

* * *

Dos días más tarde debía trasladarme á una casa que habían tomado para mí, y en la que me podría instalar provisto de un pasaporte falso. Mas la señora que debía acompañarme en carruaje tomó la precaución de ir primero ella sola á hacer un reconocimiento, del cual resultó que la referida casa estaba muy espiada por la policía, pues eran tantos los amigos que habían ido allí á preguntar por mí, que al fin despertaron la suspicacia de las autoridades. Además, la Sección Tercera había distribuído mi retrato con profusión entre sus esbirros y agentes secretos. Todos los que me conocían de vista me buscaban por todas partes, y los que no, iban acompañados de soldados y carceleros que me habían visto en la prisión.

El zar estaba furioso de que semejante fuga hubiera podido efectuarse en su capital, en pleno día, ordenando que era necesario me *encontraran* á toda costa.

En tales condiciones era imposible permanecer en San Petersburgo, y fui á ocultarme á una casa de campo en sus inmediaciones. Acompañado de media docena de amigos, permanecí en un pueblecito frecuentado en esa época del año por los habitantes de la capital. Allí se decidió que debía marchar al extranjero. Pero por un diario del exterior habíamos sabido que la frontera, lo mismo en las provincias del Báltico que en Finlandia, estaba escrupolosamente vigilada por policías que me conocían personalmente. Razón por la cual resolví seguir la dirección que ofreciera menos peligro.

Provisto del pasaporte de un amigo y acompañado de otro, atravesé la frontera, llegando hasta el Norte del golfo de Botnia, donde embarqué para Suecia.

Una vez á bordo del vapor, y ya próximo á partir, el amigo que me acompañó hasta la frontera me dió noticias de San Petersburgo, que había prometido no comunicarme hasta ú l ima hora. Mi hermana Elena acababa de ser detenida, así como la cuñada de mi hermano, que me había visitado una vez en la cárcel, un mes después de la partida de Alejandro y de su mujer para Siberia.

Mi hermana ignoraba por completo los preparativos de la fuga; sólo después de haberse efectuado tuvo de ella noticia por un amigo que le comunicó tan fausta nueva. Pero todas sus protestas fueron estériles; la arrancaron del lado de sus hijas y la tuvieron presa quince días.

La otra tenía una noción ligera del asunto; pero no había tomado parte alguna en los preparativos. El sentido común debía haber demostado á las autoridades que una persona que me había vi. itado oficial-

mente en la cárcel, no podía tomar una parte activa en semejante aventura. A pesar de ello, estuvo presa más de dos meses. Su marido, un eminente juriconsulto, trató en vano que la pusieran al instante en libertad. «Sabemos ahora — le contestaron los jefes de la gendarmería que ella no ha tenido participación en la fuga; pero como hemos dado parte al emperador de haber detenido á la persona que la había organizado, es necesario que pase algún tiempo para que el zar pueda acostumbrarse á la idea de que no está en nuestro poder el culpable».

Atravesé Suecia sin detenerme en parte alguna, yendo á Cristiania, donde esperé algunos días la salida de un vapor para Hull, aprovechando aquel intervalo en adquirir informaciones respecto al partido de los agricultores del *Storthing* noruego.

Cuando me dirigía al buque, me preguntaba lleno de ansiedad: «¿Bajo qué bandera navegará? ¿Será noruega, alemana ó inglesa?» Mas pronto vi flotar sobre la popa la *Union Jack*, bandera á cuya sombra tantos refugiados rusos, italianos, franceses, húngaros y de todas las naciones, han hallado un asilo. Saludé desde el fondo de mi corazón la bandera del pueblo hospitalario.

PARTE SEXTA

LA EUROPA OCCIDENTAL.

I.

Al aproximarnos á las costas de Inglaterra estalló una tempestad en el Mar del Norte. Pero aquello, en vez de causarme disgusto, me produjo placer; la lucha de nuestro vapor contra las embravecidas olas me encantaba, dejando transcurrir horas enteras sentado en la proa, recibiendo en el rostro la espuma del furioso mar. Después de los dos años que había pasado en una sombría casamata, todas las fibras de mí ser parecían anhelantes y ansiosas de gozar de la completa intensidad de la vida.

Mi propósito era no permanecer en el extranjero más que algunas semanas ó meses, cuando más; únicamente lo preciso para dar lugar á que se disipara la polvareda levantada con motivo de mi fuga, y al mismo tiempo restablecer algo mi salud. Desembarqué bajo el seudónimo de Levashoff, que fué el que usé al salir de Rusia; y no pensando en ir á Londres, donde los espías de la embajada rusa darían pronto con mi paradero, me marché primero á Edimburgo.

Pero las cosas se arreglaron de tal modo que, á pesar de semejantes intenciones, no he vuelto más á Rusia. Pronto me vi arrastrado por la ola del movimiento anarquista, que entonces precisamente se elevaba en la Europa occidental, y creí que podría ser más útil ayudando á aquél á desenvolverse y hallar su forma propia de expresión, que cuanto me hubiera sido dado hacer en mi país. En él era demasiado conocido

para poder efectuar una propaganda eficaz, especialmente entre los obreros y agricultores, y más tarde, cuando el movimiento se convirtió allí en una conspiración permanente y una lucha encarnizada contra los representantes de la autocracia, toda idea de una acción popular fué necesariamente abandonada. Mis propias inclinaciones, por otra parte, me impulsaban cada vez con más intensidad á unir mi suerte á la de las clases trabajadoras y desheredadas. Presentarles ante su vista tales concepciones que puedan ayudarles á encaminar sus esfuerzos en la dirección que más convenga al interés de todos los productores en general, profundizar y ensanchar los ideales y principios que han de servir de base á la futura revolución social, desarrollándolos y haciéndolos comprensibles á los trabajadores, á fin de que influyan en ellos no como una orden emanada del jefe, sino como resultado de su propio raciocinio; despertando de este modo su iniciativa individual, ahora que están llamados á aparecer en la clásica arena como los fundadores de un nuevo y equitativo modo de organización de la sociedad; lo cual me parecía tan necesario para el desarrollo de la humanidad como todo lo que en esa época hubiera yo podido hacer en Rusia. De acuerdo, pues, con estas ideas, me uní á los pocos hombres que trabajaban en tal sentido en la Europa occidental, relevando á aquellos á quienes largos años de una lucha penosa habían dejado fuera de combate.

**

Cuando desembarqué en Hull y fui á Edimburgo, sólo á muy pocos amigos de mi país y de la Federación del Jura informé de mi feliz llegada á Inglaterra.

Un socialista debe confiar siempre para vivir en su trabajo personal, y, en su consecuencia, tan pronto como me instalé en una pequeña habitación situada en un barrio extremo de la capital de Escocia, procuré buscar algún trabajo.

Entre los pasajeros que venían á bordo de nuestro vapor, había un profesor noruego, con quien conversé más de una vez, procurando recordar lo poco que antes sabía de la lengua sueca. El hablaba alemán; pero al ver que yo trataba de aprender su idioma, me dijo: «Puesto que sabéis alguna cosa, hagamos uso del noruego».

— ¿Querréis decir sueco? — me atreví á preguntar — ¿No es esto lo que hablo?

— Me parece más bien noruego que otra cosa — fué su contestación. Ocurriéndome así lo mismo que á uno de los héroes de Julio Verne, que aprendió por equivocación portugués en vez de castellano. De todos modos, lo cierto es que hablé largo y tendido con el profesor, aunque fuera en noruego, y él me dió un periódico de Cristiania que contenía la Memoria de la expedición ártica que acababa de regresar á su país.

Desde el momento que me vi en Edimburgo escribí un suelto en inglés respecto á estas exploraciones y se lo remití á *Nature*, que mi hermano y yo leíamos con regularidad desde su primera aparición. El subdirector acusó su recibo, dando al mismo tiempo las gracias y observando con una marcada benevolencia que á menudo he encontrado después en su país, que mi inglés resultaba aceptable, no necesitando más que ha-

mente en la cárcel, no podía tomar una parte activa en semejante aventura. A pesar de ello, estuvo presa más de dos meses. Su marido, un eminente jurisconsulto, trató en vano que la pusieran al instante en libertad. «Sabemos ahora — le contestaron los jefes de la gendarmería que ella no ha tenido participación en la fuga; pero como hemos dado parte al emperador de haber detenido á la persona que la había organizado, es necesario que pase algún tiempo para que el zar pueda acostumbrarse á la idea de que no está en nuestro poder el culpable».

Atravesé Suecia sin detenerme en parte alguna, yendo á Cristiania, donde esperé algunos días la salida de un vapor para Hull, aprovechando aquel intervalo en adquirir informaciones respecto al partido de los agricultores del *Storthing* noruego.

Cuando me dirigía al buque, me preguntaba lleno de ansiedad: «¿Bajo qué bandera navegará? ¿Será noruega, alemana ó inglesa?» Mas pronto vi flotar sobre la popa la *Union Jack*, bandera á cuya sombra tantos refugiados rusos, italianos, franceses, húngaros y de todas las naciones, han hallado un asilo. Saludé desde el fondo de mi corazón la bandera del pueblo hospitalario.

PARTE SEXTA

LA EUROPA OCCIDENTAL.

I.

Al aproximarnos á las costas de Inglaterra estalló una tempestad en el Mar del Norte. Pero aquello, en vez de causarme disgusto, me produjo placer; la lucha de nuestro vapor contra las embravecidas olas me encantaba, dejando transcurrir horas enteras sentado en la proa, recibiendo en el rostro la espuma del furioso mar. Después de los dos años que había pasado en una sombría casamata, todas las fibras de mí ser parecían anhelantes y ansiosas de gozar de la completa intensidad de la vida.

Mi propósito era no permanecer en el extranjero más que algunas semanas ó meses, cuando más; únicamente lo preciso para dar lugar á que se disipara la polvareda levantada con motivo de mi fuga, y al mismo tiempo restablecer algo mi salud. Desembarqué bajo el seudónimo de Levashoff, que fué el que usé al salir de Rusia; y no pensando en ir á Londres, donde los espías de la embajada rusa darían pronto con mi paradero, me marché primero á Edimburgo.

Pero las cosas se arreglaron de tal modo que, á pesar de semejantes intenciones, no he vuelto más á Rusia. Pronto me vi arrastrado por la ola del movimiento anarquista, que entonces precisamente se elevaba en la Europa occidental, y creí que podría ser más útil ayudando á aquél á desenvolverse y hallar su forma propia de expresión, que cuanto me hubiera sido dado hacer en mi país. En él era demasiado conocido

para poder efectuar una propaganda eficaz, especialmente entre los obreros y agricultores, y más tarde, cuando el movimiento se convirtió allí en una conspiración permanente y una lucha encarnizada contra los representantes de la autocracia, toda idea de una acción popular fué necesariamente abandonada. Mis propias inclinaciones, por otra parte, me impulsaban cada vez con más intensidad á unir mi suerte á la de las clases trabajadoras y desheredadas. Presentarles ante su vista tales concepciones que puedan ayudarles á encaminar sus esfuerzos en la dirección que más convenga al interés de todos los productores en general, profundizar y ensanchar los ideales y principios que han de servir de base á la futura revolución social, desarrollándolos y haciéndolos comprensibles á los trabajadores, á fin de que influyan en ellos no como una orden emanada del jefe, sino como resultado de su propio raciocinio; despertando de este modo su iniciativa individual, ahora que están llamados á aparecer en la clásica arena como los fundadores de un nuevo y equitativo modo de organización de la sociedad; lo cual me parecía tan necesario para el desarrollo de la humanidad como todo lo que en esa época hubiera yo podido hacer en Rusia. De acuerdo, pues, con estas ideas, me uní á los pocos hombres que trabajaban en tal sentido en la Europa occidental, relevando á aquellos á quienes largos años de una lucha penosa habían dejado fuera de combate.

**

Cuando desembarqué en Hull y fui á Edimburgo, sólo á muy pocos amigos de mi país y de la Federación del Jura informé de mi feliz llegada á Inglaterra.

Un socialista debe confiar siempre para vivir en su trabajo personal, y, en su consecuencia, tan pronto como me instalé en una pequeña habitación situada en un barrio extremo de la capital de Escocia, procuré buscar algún trabajo.

Entre los pasajeros que venían á bordo de nuestro vapor, había un profesor noruego, con quien conversé más de una vez, procurando recordar lo poco que antes sabía de la lengua sueca. El hablaba alemán; pero al ver que yo trataba de aprender su idioma, me dijo: «Puesto que sabéis alguna cosa, hagamos uso del noruego».

— ¿Querréis decir sueco? — me atreví á preguntar — ¿No es esto lo que hablo?

— Me parece más bien noruego que otra cosa — fué su contestación. Ocurriéndome así lo mismo que á uno de los héroes de Julio Verne, que aprendió por equivocación portugués en vez de castellano. De todos modos, lo cierto es que hablé largo y tendido con el profesor, aunque fuera en noruego, y él me dió un periódico de Cristiania que contenía la Memoria de la expedición ártica que acababa de regresar á su país.

Desde el momento que me vi en Edimburgo escribí un suelto en inglés respecto á estas exploraciones y se lo remití á *Nature*, que mi hermano y yo leíamos con regularidad desde su primera aparición. El subdirector acusó su recibo, dando al mismo tiempo las gracias y observando con una marcada benevolencia que á menudo he encontrado después en su país, que mi inglés resultaba aceptable, no necesitando más que ha-

cerse « un poco más idiomático ». Por mi parte, sólo puedo decir que estudié dicha lengua en Rusia, habiendo traducido en compañía de mi hermano la *Filosofía de la Geología*, de Page, y los *Principios de Biología*, de Spencer. Más como sólo lo había aprendido teóricamente, lo pronunciaba muy mal; así que me era muy difícil entenderme con la patrona, escribiendo su hija y yo en una tira de papel lo que teníamos que comunicarnos; y como mis conocimientos del inglés corriente eran nulos, debí cometer los más divertidos errores. Recuerdo, por ejemplo, el haber protestado una vez por escrito de que no era « una taza », sino varias, las que esperaba me dieran á la hora del te. Es muy posible que la patrona me tomara por un glotón; pero debo manifestar, en descargo mío, que en los libros de geología que había leído en inglés, ni en la obra de Spencer, antes mencionada, había la más pequeña alusión á tan importante asunto como es el de beber te.

Recibí de Rusia el *Diario de la Sociedad Geográfica*, y pronto empecé á remitir también al *Times*, de cuándo en cuándo, algunos apuntes sobre las exploraciones geográficas rusas. En aquel tiempo estaba Prjevalsky en el Asia central, y sus noticias se leían con interés en Inglaterra.

Sin embargo, el dinero con que llegué iba desapareciendo rápidamente, y como toda mi correspondencia dirigida á Rusia era interceptada, no logré conseguir dar á conocer mi dirección á la familia. Por cuyo motivo, á las pocas semanas me trasladé á Londres, esperando poder encontrar allí más regularidad en el trabajo.

El antiguo refugiado P. L. Lavroff continuaba publicando en la gran metrópoli su periódico *Adelante*: pero como yo esperaba volver pronto á mi país, y la redacción de aquél debía estar muy vigilada por espías, no fui á ella.

Me presenté, como es natural, en la de la *Nature*, donde fui muy cordialmente recibido por el gerente M. J. Scott Keltie. El director deseaba ampliar la sección de informaciones, y le pareció bien el modo como yo las escribía. Así que pusieron á mi disposición una mesa, sobre la cual colocaron Revistas científicas de todos los países. « Venid todos los lunes, M. Levashoff — me dijeron —; hojead estas Revistas, y si hay algún artículo que os llame la atención, escribid un suelto ó marcadlo; nosotros lo enviaremos á un especialista. M. Keltie no sabía, por de contado, que yo acostumbraba á escribir mi original tres ó cuatro veces antes de presentárselo. Me llevé, pues, las dichas Revistas á casa, y con lo que tomaba de ellas para la *Nature* y los sueltos del *Times*, saqué cómodamente con que poder vivir. La costumbre de pagar todos los jueves los trabajos de la índole del mío, remitidos á este último, me pareció excelente. Es verdad que había semanas en que no se recibían noticias interesantes de Prjevalsky, y las de otras partes carecían de interés, en cuyo caso la alimentación tenía que reducirse á pan y te solamente.

Un día, sin embargo, el gerente tomó de un estante varios libros rusos, encargándome hiciera una crónica para la *Nature*. Su vista me produjo una impresión embarazosa, pues hallé que eran mis obras sobre *El Período Glacial* y *La orografía de Asia*. Siendo mi hermano quien había mandado aquellos ejemplares á nuestra Revista favorita. Como

me encontraba en gran perplejidad, metí los libros en mi saco de mano y me los llevé á casa para reflexionar sobre el asunto.

« ¿Qué debo hacer? — me pregunté en el acto — No puedo elogiarlos, porque son míos, ni criticarlos, puesto que ellos expresan mis opiniones ». Decidí devolverlos al día siguiente y manifestarle á M. Keltie que, á pesar de haberme presentado con otro nombre, yo era el autor de esos libros y no podía, por lo tanto, juzgarlos.

Dicho señor sabía por los periódicos algo respecto á mi fuga, y se manifestó muy complacido de hallarme libre de todo peligro en Inglaterra. En cuanto á mis escrúpulos, observó con muy buen juicio que podía abstenerme de censurar ó elogiar al autor, limitándome sencillamente á dar cuenta á los lectores del contenido de aquéllos. Desde ese día quedamos unidos por los lazos de una sincera y leal amistad.

* * *

En Noviembre ó Diciembre del 76, viendo en la parte del periódico de P. L. Lavroff, dedicada á la correspondencia, un aviso á « K » para que se presentara en la redacción á recoger una carta de Rusia, y creyendo se trataba de mí, fui allá y pronto entablé amistad con aquél y los jóvenes que le ayudaban.

Cuando llegué la primera vez á dicho lugar, afeitado y con sombrero de copa, y pregunté á la señora que me abrió en mi mejor inglés posible si estaba M. Lavroff, me figuré que nadie podría imaginar quién era yo, y sin embargo, aquélla, que jamás me había visto, pero que conoció á mi hermano en Zurich, me reconoció al punto y subió á decir quién era el visitante. « En cuanto os vi los ojos — me dijo después —, supe quién érais en el acto, pues tienen un gran parecido con los de vuestro hermano.

Aquella vez no permanecí mucho tiempo en Inglaterra. Había mantenido una activa correspondencia con mi amigo Jaime Guillaume de la Federación del Jura, y tan pronto como encontré algún trabajo permanente de geografía, que pudiera hacerse en Suiza lo mismo que en Londres, me marché allí. Por otra parte, en las cartas que al fin recibí de casa me decían que no hallaban inconveniente en que permaneciera en el extranjero, no habiendo de momento nada que hacer en Rusia, donde dominaba entonces una corriente de entusiasmo en favor de los eslavos que se habían rebelado contra la antigua opresión turca. Y mis mejores amigos, como Serghéi (Stepniak), Kelnitz y otros muchos, se habían marchado á la península de los Balkanes á unirse á la insurrección. « Leemos — me escribía un amigo — la correspondencia del *Daily News* sobre los horrores de Bulgaria, y su lectura nos hace verter lágrimas, corriendo después á prestar nuestro concurso á la obra de emancipación ».

Llegué á Suiza, ingresé en la Federación del Jura, perteneciente á la Asociación Internacional de Trabajadores, y siguiendo los consejos de mis amigos del país, fijé mi residencia en La Chaux-de-Fonds.

II.

La Federación del Jura ha representado un papel importante en el moderno desarrollo del socialismo.

Sucede siempre que, después que un partido político ha manifestado una aspiración definitiva, proclamando que no se contentará con menos de lo consignado en su programa, se divide en dos fracciones. Una de ellas permanece inalterable, mientras que la otra, aunque pretendiendo no haber cambiado nada de sus primitivos propósitos, acepta alguna especie de transacción, y una vez dado el primer paso en este sentido, se va ensanchando la distancia que ha empezado á separar á las dos, hasta que la última llega á alejarse tanto del punto de partida, que termina por convertirse en otra agrupación limitada sólo á pretender muy modestas reformas.

Esto es precisamente lo que ha ocurrido con la Asociación Internacional de Trabajadores. Nada menos que la expropiación de los actuales poseedores de la tierra y el capital, y el pase á manos de los productores de la riqueza de todo aquello que es necesario para su producción, era, en un principio, la franca aspiración de dicha sociedad. Se había hecho un llamamiento á los trabajadores de todas las naciones para que se organizaran en sus países respectivos, á fin de estar dispuestos á luchar directamente contra el capitalismo, á estudiar los medios de socializar la producción de la riqueza y su consumo, y cuando se encontraran aptos para realizarlo, tomar posesión de los elementos de producción y regir ésta, sin preocuparse de la presente organización social, la cual debe sufrir una reconstitución completa.

La asociación ha tenido que ser, por consiguiente, el medio de preparar una inmensa revolución, primero en las inteligencias y más tarde en las formas mismas de vivir; revolución que abriría á la humanidad una nueva era de progreso, basado sobre la solidaridad de todos.

Ese fué el ideal que despertó de su sueño á millones de trabajadores europeos y atrajo á la asociación sus mejores fuerzas intelectuales.

Dos fracciones, sin embargo, se dibujaron en corto tiempo. Cuando la guerra del 70 terminó en una completa derrota para Francia, el levantamiento de la Commune de París fué ahogado en sangre, y las leyes draconianas que se promulgaron contra la asociación excluían á los trabajadores franceses, prohibiendo pertenecieran á ella; y cuando, por otra parte, el gobierno parlamentario había sido introducido en la « unión alemana » — meta adonde aspiraban llegar los radicales desde el 48 —, los alemanes hicieron un esfuerzo para modificar las aspiraciones y la marcha de todo el movimiento socialista.

La « conquista del poder, dentro del actual estado de cosas », vino á ser la consigna de esa fracción que tomó el nombre de « Democracia Socialista ». Su primer triunfo electoral en las elecciones para el Parlamento alemán despertó grandes esperanzas. Habiendo crecido el número de diputados de ese partido de dos á siete y luego á nueve, se calculó confiadamente por hombres que, aparte de esto eran razonables, que antes de terminar el siglo, la democracia socialista tendría mayoría en el Parlamento alemán, pudiendo entonces introducir el « estado popular » por medio de una legislación adecuada. El ideal socialista de esta agrupación perdió gradualmente el carácter de algo que tiene que plantearse por las mismas organizaciones obreras, convirtiéndose en una aspiración á que el Estado intervenga en la vida industrial; en una palabra, en el socialismo de Estado; esto es, en el capitalismo oficial.

Hoy, en Suiza, los esfuerzos de los demócratas socialistas se dirigen en política, á favor de la centralización y contra el federalismo, y en el terreno económico, á procurar que el Estado se haga cargo de los ferrocarriles y monopolice la banca y la venta de alcoholes. La administración de la tierra y de las principales industrias, y hasta del consumo de la riqueza, sería el paso inmediato en un porvenir más ó menos remoto. Gradualmente, la vida y actividad del partido de la democracia socialista alemana se fué subordinando á consideraciones electorales; las uniones de oficio eran tratadas con desprecio y las huelgas sólo hallaban desaprobación, porque ambas apartaban la atención del obrero de las campañas parlamentarias. Todo movimiento popular, toda agitación revolucionaria en cualquier país de Europa, era mirada en aquellos años por los jefes de dicho partido con mayor animosidad, si cabe, que por la prensa capitalista.

Pero en los pueblos de raza latina este nuevo giro halló poca acogida. Las secciones y federaciones de la Internacional permanecieron fieles á los principios que habían sido proclamados al fundarse la asociación; federales por su historia, hostiles á la idea de un estado centralizado y amantes de las tradiciones revolucionarias, estos trabajadores no podían seguir la evolución de los de Alemania.

La división entre las dos ramas del movimiento socialista se hizo aparente inmediatamente después de la guerra franco-alemana. La asociación, según tengo ya manifestado, había creado una especie de gobierno, bajo la forma de un concejo general con residencia en Londres; y siendo los inspiradores de éste dos alemanes, Engels y Marx, él fué la piedra angular del nuevo partido; en tanto que las federaciones latinas seguían los consejos de Bakounin y sus amigos y se dejaban guiar por ellos.

El conflicto entre los partidarios de Marx y los de Bakounin no tenía un carácter personal; era el resultado inevitable del antagonismo entre los principios federales y los centralizadores; el municipio libre y la paternal tutela del Estado; la acción espontánea de las masas y el mejoramiento de las condiciones capitalistas existentes por medio de la legislación; conflicto entre el espíritu latino y el *Geist* alemán que, después de la derrota de Francia en el campo de batalla, reclama la supremacía, en el terreno de la ciencia, en el de la política y también en el del socialismo, calificando de « científica » su concepción de estas ideas y de « utópica » la de todos los demás.

En el Congreso de La Haya, de la Internacional, celebrado el 72, el concejo general de Londres, valiéndose de una mayoría ficticia, excluyó á Bakounin, á su amigo Guillaume y aún á la misma Federación del Jura, de la asociación. Pero como era indudable que casi todo lo que quedaba entonces de la Internacional, esto es, las federaciones españolas, italianas y belgas, harían causa común con la del Jura, el congreso intentó disolver la asociación. Un nuevo concejo general, compuesto de algunos demócratas socialistas, fué elegido en Nueva York, donde no había organizaciones obreras pertenecientes á esta sociedad que pudieran influir en su conducta ni vigilar sus actos, y donde desde entonces no se ha vuelto á oír hablar más de él. Entre tanto, las federaciones de España, Italia y Belgica, así como la del Jura, siguieron sin disolverse,

reuniéndose anualmente, como de costumbre, durante los cinco ó seis años posteriores, en congresos internacionales.

* * *

La Federación del Jura, en la época en que fui á Suiza, era el centro y la fuerza directriz de las federaciones todas. Bakounin acababa de morir (1.º de Julio del 76); pero aquélla se mantenía en el lugar que había ocupado bajo su impulso.

Las condiciones en que se vivía en Francia, España é Italia eran tales, que sólo el mantenimiento del espíritu revolucionario que se había desarrollado entre los trabajadores internacionalistas antes de la guerra franco-alemana, evitó que los gobiernos apelaran á medidas extremas para acabar con todo el movimiento obrero é inaugurar el reinado del Terror Blanco.

Es cosa bien sabida que el restablecimiento de la monarquía borbónica en Francia estuvo á punto de ser un hecho consumado. Al general Mac Mahón se le mantenía como presidente de la república, sólo con el fin de ir preparando la restauración monárquica; el día mismo de la solemne entrada de Enrique V en París, se hallaba designado, y hasta las guarniciones de los caballos, adornados con la corona é iniciales del pretendiente, estaban listas. Sabiéndose igualmente que, sólo debido á que Gambeta y Clemenceau — los oportunistas y los radicales — habían cubierto una gran parte de Francia de comités que contaban con gentes armadas y dispuestas á levantarse tan pronto como se diera el « golpe de Estado », no se realizó éste. Pero la fuerza efectiva de esos comités residía en los trabajadores, muchos de los cuales habían pertenecido antes á la Internacional y conservado el antiguo espíritu revolucionario. Hablando por propia experiencia, no creo aventurado afirmar que los jefes radicales de la clase media, hubieran flaqueado en caso de ser necesaria la acción, en tanto que el pueblo hubiese aprovechado la primera oportunidad para llevar á cabo un levantamiento que, empezando con la defensa de la república, pudiera haber ido algo más allá en el sentido socialista.

Una cosa parecida ocurrió en España; tan pronto como los clericales y aristócratas que rodearon al rey le inclinaron á que apretara el tornillo de la reacción, los republicanos le amenazaron con un movimiento, en el cual, como era bien notorio, los trabajadores serían el principal elemento de combate. Sólo en Cataluña había como unos cien mil hombres en bien organizadas uniones de oficio y más de ochenta mil españoles pertenecían á la Internacional, celebrando regularmente sus congresos y pagando puntualmente sus cotizaciones á la asociación con una conciencia del deber verdaderamente española.

Puedo hablar de este asunto por lo que personalmente vi sobre el terreno, y sé que se estaba dispuesto á proclamar la república federal en España, dar independencia á las colonias y en algunas de las regiones más avanzadas intentar algo serio en sentido colectivista. Esta amenaza permanente fué la que impidió que la monarquía española suprimiera todas las organizaciones de agricultores y obreros é inaugurase una franca reacción clerical,

También en Italia existían condiciones muy semejantes: las uniones de oficios en el Norte del país no habían alcanzado la fuerza que hoy tienen; pero partes importantes de la nación se hallaban sembradas de secciones de la Internacional y de grupos republicanos. La monarquía se hallaba bajo una amenaza constante de ser derribada, en cuanto los republicanos de la clase media apelaran á los elementos revolucionarios existentes entre los trabajadores.

En suma, volviendo la vista atrás, hacia esos años, de los que nos hallamos hoy separados por un cuarto de siglo, estoy firmemente persuadido que, si Europa no pasó por un período de terrible reacción después de 1871, eso fué debido principalmente al espíritu que se difundió por la Europa occidental antes de la guerra franco-alemana, y que desde entonces se ha mantenido vivo por los anarquistas internacionales, los blanquistas, los mazinianos y los republicanos « cantonales » españoles.

Los marxistas, como es de suponer, absortos por sus luchas electorales, apenas se enteraron de nada de esto. Procurando no atraer el rayo de Bismark sobre sus cabezas, y temiendo, ante todo, que el espíritu revolucionario pudiera hacer su aparición en Alemania, dando lugar á represiones á las que no se encontraban con fuerzas para resistir, no sólo repudiaron, como cuestión de táctica, toda clase de relación con los revolucionarios de Occidente, sino que gradualmente llegaron á sentirse inspirados de odio hacia dicha tendencia, denunciándola con virulencia dondequiera que hacía su aparición, hasta cuando vieron sus primeras manifestaciones en Rusia.

Ningún periódico revolucionario podía publicarse en aquella época en Francia bajo la férula de Mac Mahón; el canto mismo de *La Marseillesa* era considerado como un crimen, y una vez (en Mayo del 78) quedé extraordinariamente sorprendido al ver el terror que se apoderó de varios de los viajeros que iban en el mismo tren que yo, al oír á unos cuantos reclutas entonar la canción revolucionaria. « ¿Es permitido otra vez cantar eso? » — se preguntaban unos á otros asustados. La prensa francesa no contaba con ninguna publicación socialista; la española estaba bien redactada, y algunos de los manifiestos de sus congresos eran admirables exposiciones del socialismo anarquista; pero ¿quién conoce las ideas españolas fuera de España? En cuanto á los periódicos italianos, todos tenían una vida efímera, apareciendo, desapareciendo y volviendo á reaparecer en otra parte con nombre distinto; y á pesar de la verdadera importancia que algunos de ellos tenían, no consiguieron ver extendida su circulación más allá de la frontera. Por cuya razón, la Federación del Jura, con sus órganos impresos en francés, vino á ser el centro del sostenimiento y la expresión, en los pueblos latinos, del espíritu que, lo repito, salvó á Europa de un negro período de reacción. Siendo, al mismo tiempo, el terreno sobre el cual las concepciones teóricas del anarquismo se formularon por Bakounin y sus partidarios, en un lenguaje que fué comprendido en toda la Europa continental.

III.

Un crecido número de hombres notables, de diferentes nacionalidades, quienes en su gran mayoría habían sido amigos personales de Bakounin, pertenecían en aquel tiempo á la Federación del Jura.

El editor de nuestro principal periódico, el *Boletín de la Federación*, era Jaime Guillaume, profesor de instrucción pública, que pertenecía á una familia aristocrática de Neuchatel. Pequeño, delgado, con la apariencia severa y resuelta de un Robespierre y con un corazón verdaderamente hermoso, que sólo se daba á conocer entre sus íntimos, era un jefe innato por sus exuberantes facultades para el trabajo y su actividad incansable. Durante ocho años luchó contra toda clase de obstáculos para mantener la vida del periódico, tomando una parte muy importante en todo lo concerniente á la federación, hasta que hubo de abandonar Suiza, donde no encontraba trabajo de ninguna clase, y establecerse en Francia, en cuyo país se citará algún día su nombre con gran respeto en la historia de la enseñanza.

Adhemar Schvitzguebel, también suizo, era el tipo del jovial, alegre y vivo relojero de las montañas del Jura por la parte de Berna. Siendo grabador de relojes de oficio, nunca intentó abandonar su posición de obrero manual, y contento siempre y activo, sostenía á su numerosa familia á través de los tristes períodos en que el trabajo era escaso y los jornales reducidos. Su aptitud para estudiar una cuestión económica ó política difícil, y después de pensar bien sobre ella, considerarla desde el punto de vista obrero, sin despojarla de su profunda significación, era admirable. Lo conocían bastante en la «serranía», teniendo muchos y buenos amigos entre los trabajadores de todos los países.

Contrataba con éste otro suizo, relojero también, llamado Spichiger; era un filósofo, tanto en el pensar como en los movimientos, de aspecto inglés, que siempre procuraba depurar los hechos, impresionándonos á todos por la exactitud de las conclusiones á que llegaba, al ocuparse de una infinidad de asuntos, mientras se hallaba invertido en rematar tapas de relojes.

En torno de estos tres se reunían muchos trabajadores entusiastas y convencidos, amantes apasionados de la libertad y felices al poder tomar parte en un movimiento de tan risueño porvenir, destacándose entre ellos un numeroso grupo de jóvenes inteligentes y despiertos, en su mayoría relojeros también, que se hallaban animados de los más levantados propósitos y dispuestos á sacrificarse por la idea.

Varios refugiados de la Commune de París se habían unido á la federación. El gran geógrafo Eliseo Reclus era uno de ellos; tipo del verdadero puritano en sus costumbres y del filósofo enciclopedista francés del siglo pasado, por su entendimiento; hombre capaz de inspirar á los demás, pero no dispuesto á gobernarlos ni á dirigirlos; anarquista cuyo ideal es el resumen de un amplio é íntimo conocimiento de las formas de vida de la humanidad, bajo todos los climas y en todos los períodos de civilización; que ha escrito libros dignos de figurar al lado de los más importantes de la época, con un estilo y hermosura tal, que con-

mueve al mismo tiempo el pensamiento y la conciencia, y que al entrar en la redacción de un periódico anarquista, dice al gerente, aun cuando sea un niño comparado con él: «Decidme lo que tengo que hacer», sentándose como el más humilde redactor á llenar cuartillas para el próximo número. En la Commune de París él se limitó sencillamente á tomar un fusil y ser un soldado de fila; y si invita á un colaborador á ayudarle en la composición de un volumen de su universalmente famosa geografía, y aquél le interroga tímidamente respecto á qué ha de hacer, al punto le responderá: «Aquí están los libros; ahí la mesa. Haced lo que queráis».

A su lado se hallaba Lefrançais, hombre de alguna edad, que fué profesor de instrucción pública en otro tiempo y que había estado tres veces emigrado después de Junio del 48, á causa del «golpe de Estado» de Napoleón y tras los acontecimientos del 71. Ex miembro de la Commune, y, por consiguiente, uno de aquellos de quien se decía que habían salido de París con los bolsillos repletos de millones, trabajó de mozo de estación en el ferrocarril de Lausanne, estando á punto de perder la vida en tal ocupación, que reclamaba espaldas más fuertes que las suyas. Su libro sobre la Commune es el que contiene la verdadera significación histórica de aquellos acontecimientos. «Soy comunalista, pero no anarquista — decía —; no puedo estar al lado de locos semejantes», y, sin embargo, con nadie estaba más que con nosotros, porque, como solía decir, «á pesar de todo, sois la gente que más me gusta, pues se puede trabajar á vuestro lado sin perder uno su individualidad».

Otro de los ex miembros de la Commune que se encontraba entre nosotros era Pindy, un carpintero del Norte de Francia é hijo adoptivo de París, donde se dió á conocer durante una huelga sostenida por la Internacional, por su energía y clara inteligencia, siendo después elegido para el mencionado cargo y recibiendo de la Commune el nombramiento de gobernador de palacio de las Tullerías.

Cuando las tropas versallesas entraron en París, fusilando á sus prisioneros á centenares, tres hombres, por lo menos, fueron pasados por las armas en diferentes partes de la capital, á quienes tomaron por él. Sin embargo, una vez terminada la lucha, fué oculto por una joven valerosa, de oficio costurera, que le salvó, gracias á su serenidad, y que más tarde vino á ser su compañera. Sólo á los doce meses después de aquellos sucesos pudieron abandonar París sin ser vistos y venir á Suiza. Aquí aprendió el oficio de ensayador de metales, en lo que se hizo muy hábil, pasando los días al lado de la enrojecida estufa, y las noches dedicado apasionadamente á trabajos de propaganda, en los cuales combinaba admirablemente el ardor del revolucionario con el buen sentido y facultades organizadoras características del trabajador parisiense.

Pablo Brousse era entonces un médico joven, lleno de actividad mental, vivo, alegre, animado, dispuesto á desarrollar cualquier idea con una lógica matemática hasta sus últimas consecuencias, fuerte en la crítica del Estado y su organización, y hallando tiempo suficiente para publicar dos periódicos, uno en francés y otro en alemán, escribir una multitud de voluminosas cartas y ser el alma de las reuniones nocturnas de obreros, á todo lo cual se unía un trabajo constante dedicado á organizar trabajadores, con esa delicadeza de concepto propia de un verdadero «meridional».

Entre los italianos que colaboraban con nosotros en Suiza, se hallaban dos compañeros cuyos nombres permanecieron siempre asociados y no se han de olvidar muy fácilmente en Italia, siendo ambos íntimos amigos de Bakounin; estos hombres se llamaban Cafiero y Malatesta. El primero era un idealista del tipo más puro y elevado, que había consagrado su considerable fortuna á la causa, sin preocuparse después cómo podría vivir en el porvenir; un pensador sumergido en especulaciones filosóficas; un hombre incapaz de hacer daño á nadie, y, sin embargo, tomó un fusil y marchó á los montes de Benevento, cuando él y sus amigos calcularon que un alzamiento de carácter socialista debería intentarse, aunque no fuera más que para dar á conocer al pueblo que sus actos de rebeldía contra los cobradores de impuesto era necesario revistieran mayor alcance y más profundo significado. Malatesta era un estudiante de Medicina que había abandonado su carrera y también su fortuna por dedicarse á la revolución; lleno de ardor é inteligencia, verdadero idealista, que en toda su vida — y ya se aproxima á los cincuenta — ha pensado jamás si tendría un pedazo de pan para la cena y una cama donde pasar la noche. Sin tener siquiera una habitación que poder llamar suya, ha visto correr los días vendiendo sorbete en las calles de Londres para poder vivir, y las noches escribiendo brillantes artículos para la prensa italiana. Preso en Francia, expulsado después, condenado de nuevo en Italia, confinado en una isla, fugado y vuelto de nuevo de incógnito á su país; siempre en la vanguardia, y sea en Italia ó en otra parte, ha perseverado en esta clase de vida durante más de treinta años sucesivos. Y cuando lo volvemos á encontrar recién venido de una prisión ó fugado de alguna isla, lo hallamos tal como estaba la última vez que lo vimos; siempre dispuesto á continuar la lucha, con el mismo amor á sus semejantes, la misma falta de rencor contra sus adversarios y carceleros, la misma franca sonrisa para el amigo é igual afecto para las criaturas.

Entre nosotros el número de rusos era limitado, habiéndose ido la mayor parte con los demócratas socialistas. Estaban, sin embargo, á nuestro lado Jankousky, amigo de Herzen, que había abandonado á Rusia en el 63 — hombre perteneciente á la nobleza, elegante, vivo é inteligente, que tenía gran partido entre los trabajadores —, y que, más que ninguno de nosotros, poseía lo que llaman los franceses *l'oreille du peuple* (el arte de conquistar el auditorio), porque conocía el modo de entusiasmarlo, mostrándole el importante papel que estaba llamado á representar en la reconstrucción de la sociedad, levantando su ánimo ante la vista de los grandes hechos históricos, arrojando un rayo de luz en los más arduos problemas económicos, y electrizando con su franqueza y sinceridad. Y Sakoloff, que había pertenecido al cuerpo de Estado Mayor ruso y era un admirador de Pablo Luis Courier por su entereza, y de Proudhon por sus ideas filosóficas, cuya propaganda en artículos de revistas trajo al campo socialista fuerzas de consideración.

Sólo hago aquí mención de aquellos que se hicieron generalmente conocidos como escritores, delegados á los congresos ó en algún otro concepto. Y, sin embargo, no dejo de preguntarme si no haría mejor en hablar de aquellos que, á pesar de no haber visto jamás sus nombres en letras de molde, tuvieron tanta importancia en la vida de la federa-

ción como cualquiera de los otros; peleando con constancia y energía, sin salir del seno de la masa anónima, y siempre dispuestos á tomar parte en cualquier arriesgada empresa, sin preguntar nunca si el trabajo sería grande ó pequeño, modesto ó distinguido, si traería importantes consecuencias ó sería simplemente fecundo en molestias infinitas para sus familias y ellos.

Debería también mencionar á los alemanes Werner y Rinke, al español Albarracín y á otros muchos; pero temo que estos ligeros bocetos míos no despierten en el lector la misma impresión de respeto y cariño con que cada uno de los que constituían esta pequeña familia se hacía apreciar por los que lo trataban personalmente.

IV.

De todas las poblaciones suizas que conozco, La Chaux-de-Fonds es tal vez la menos atractiva; situada en una alta meseta desprovista de toda vegetación y abierta á los vientos fríos de un riguroso invierno, en ella cae la nieve en tanta cantidad como en Moscou, y se derrite y vuelve á caer con tanta frecuencia como en San Petersburgo. Pero era conveniente extender nuestras ideas y dar más vida á la propaganda local. Allí estaban Pindy, Spichiger, Albarracín, el blanquista Ferré, y Jallot; pudiendo yo de cuándo en cuándo ir á hacerle una visita á Guillaume en Neuchatel y á Schwitzguébel en el valle de San Javier.

Entonces empezó para mí una vida de trabajo atractivo. Celebramos muchos mitines, distribuyendo nosotros mismos las convocatorias por los cafés y talleres. Una vez á la semana se reunía nuestra sección, lo que daba lugar á las más animadas discusiones, y también íbamos á predicar el anarquismo á las reuniones promovidas por los partidos políticos. Yo viajé mucho en aquellos días, visitando á otras secciones y ayudándoles en lo que podía.

Durante aquel invierno conquistamos muchos prosélitos; pero la marcha normal de la propaganda se vió entorpecida por una crisis en la industria relojera. La mitad de los obreros se hallaban parados ó sólo trabajando menos tiempo del regular; así que el municipio tuvo que abrir cocinas económicas donde se proporcionaban raciones al precio de costo.

El taller cooperativo establecido en La Chaux-de-Fonds por los anarquistas, en el cual las utilidades se dividían por igual entre todos sus miembros, encontró muy difícil el hallar trabajo, á pesar del crédito de que gozaba, y Spichiger tuvo que recurrir varias veces á cardar lana para poder vivir.

Todos nosotros tomamos parte aquel año en una manifestación que se hizo en Berna, llevando á la cabeza la bandera roja. La ola de la reacción había llegado hasta Suiza, y el hacer uso de la bandera de los trabajadores estaba prohibido por la policía de dicha ciudad, á pesar de ser un derecho consignado en la Constitución. Era, pues, necesario manifestar que, á lo menos, ya que no en todas, en algunas poblaciones aquéllos no estaban dispuestos á permitir que se pisotearan sus libertades, y se encontraban decididos á oponer resistencia. Por esto fuimos todos á dicha ciudad en el aniversario de la Commune á pasear la bandera roja por las calles, á pesar de la prohibición.

Esto, como era de esperar, produjo un choque con la fuerza pública, del cual resultaron dos compañeros acuchillados y dos policías gravemente heridos; pero el símbolo de redención se salvó de la refriega, siendo conducida en triunfo al salón donde se celebró después un animado mitin. Creo inútil agregar que los llamados jefes iban entre la masa y pelearon como todos los demás. En el asunto resultaron complicados cerca de treinta ciudadanos suizos, todos los cuales demandaron el ser procesados, y los dos que hirieron á los agentes se presentaron espontáneamente, confesándose autores del hecho. Mucho ganó la idea cuando se vió en la Audiencia esta causa, pues quedó demostrado que todas las libertades deben defenderse con energía, si se quiere que no se pierdan. Gracias á semejante actitud, las sentencias fueron relativamente leves, no pasando la máxima de tres meses de cárcel.

El gobierno de Berna, sin embargo, prohibió el que se sacara á la calle la bandera roja en ningún lugar del cantón, en vista de lo cual, la Federación del Jura decidió hacer lo contrario, aceptando el reto de las autoridades de San Imier, donde debíamos celebrar nuestro congreso anual aquel año. Esta vez casi todos íbamos armados y dispuestos á defender nuestra bandera hasta el último extremo. Un fuerte destacamento de policía había sido colocado en una plaza para cerrar el paso á la manifestación, y una parte de la milicia se hallaba dispuesta, con pretexto de tirar al blanco, en un campo inmediato, cuyos disparos oíamos distintamente al recorrer la población. Pero cuando nuestra columna apareció en la plaza y se juzgó por su aspecto que el choque habría de revestir un carácter de gravedad, el alcalde nos dejó seguir nuestro camino, sin molestarnos hasta llegar al salón donde se debía celebrar la reunión referida.

Ninguno de nosotros deseaba un rompimiento; pero el influjo de aquella marcha en orden de combate, acompañada de música marcial, fué de tal índole, que no puedo decir cuál de estos dos sentimientos dominaba más en nosotros en el primer momento de nuestra llegada al salón: si el de satisfacción por habernos librado de una lucha que ninguno deseaba, ó el de disgusto porque aquélla no se hubiera realizado. El hombre, en verdad, es un ser muy complejo.

Nuestra principal actividad, sin embargo, estaba invertida en desenvolver los aspectos práctico y teórico del socialismo anarquista, y en este sentido la federación ha realizado, indudablemente, algo que durará.

Veíamos que una nueva forma de la sociedad empezaba á germinar en las naciones civilizadas, la cual debía reemplazar á la antigua; una sociedad de iguales, donde nadie se verá obligado á vender sus brazos y su inteligencia á aquellos que quieran emplearlo cuando y como mejor le convenga, sino que todos podrán aplicar sus conocimientos y aptitudes á la producción en un organismo de tal modo constituido que, al mismo tiempo que combine los comunes esfuerzos, á fin de procurar la mayor suma posible de bienestar para todos, deje á cada uno la mayor libertad imaginable, con objeto de que pueda manifestarse sin obstá-

culos toda iniciativa individual. Esta sociedad se compondrá de una multitud de asociaciones federadas para todo aquello que reclama esta forma de agrupación: federaciones de oficios para la producción en general, agrícola, industrial, intelectual, artística; municipios encargados de organizar el consumo, proporcionando alojamiento, alumbrado, alimentos, servicio sanitario, etc.; federación de los municipios entre sí, y de éstos con las organizaciones de oficio, y, finalmente, grupos más extensos, abarcando una ó varias regiones, compuestos de individuos encargados de colaborar para la satisfacción de aquellas necesidades económicas, intelectuales, artísticas y morales que no se hallan limitadas á un país determinado. Todo esto se combinará directamente por medio del concierto libre, del mismo modo que las compañías de ferrocarriles ó las centrales de correos de diferentes naciones cooperan actualmente, sin tener un gobierno encargado de su dirección, y esto sucede, á pesar de estar las primeras actuadas por móviles puramente egoístas, y pertenecer las segundas á diferentes y aun antagónicos Estados, ó como los meteorólogos, los clubs alpinos, las estaciones de botes salvavidas en la Gran-Bretaña, los ciclistas, los maestros y otros, se combinan para toda clase de trabajo en común, ya se trate de empresas intelectuales ó simplemente de recreo y placer. Habrá libertad completa para el desenvolvimiento de nuevas formas de producción, inventos y organización, y la iniciativa individual será estimulada, haciéndose lo contrario con la tendencia hacia la uniformidad y centralización. Además, esta sociedad no estará cristalizada en ciertas é invariables formas, sino que modificará continuamente su aspecto, porque será un organismo vivo y sujeto á la evolución, no sintiéndose la necesidad de tener gobierno, porque el libre acuerdo y la federación lo reemplazarán en todas aquellas funciones que el Estado considera suyas al presente, y porque también, habiéndose reducido las causas de conflicto, los que aun se vean surgir pueden someterse fácilmente al arbitraje.

Ninguno de nosotros desconocía la importancia y magnitud del cambio á que aspirábamos. Comprendíamos que las ideas corrientes respecto á la necesidad de la existencia de la propiedad de la tierra, fábricas, minas, habitaciones y todo lo demás, como medio de asegurar el progreso industrial, y del sistema del salario, como la manera de obligar los hombres á trabajar, no cederían fácilmente el puesto á concepciones más perfectas de propiedad y producción socializadas. Sabíamos que una propaganda penosa y una larga serie de combates, de rebeldías individuales y colectivas contra el régimen de propiedad existente, de sacrificios personales, de movimientos y revoluciones parciales habían de surgir, y por ello era necesario pasar antes que las naturales ideas sobre la propiedad privada sufrieran modificación. Y no ignorábamos tampoco que el actual modo de pensar concerniente á la necesidad de la autoridad, en el cual todos habíamos sido amamantados, no era posible ni debía esperarse que fuera abandonado de una vez por los pueblos civilizados.

Largos años de propaganda y una prolongada serie de actos parciales de rebeldía contra la autoridad, así como una modificación radical en la enseñanza que hoy se desprende de la historia, se hacían indispensables antes de que los hombres comprendieran que se habían engañado al

atribuir á sus gobernantes y sus leyes lo que se derivaba en realidad de sus inclinaciones y hábitos sociales. Todo eso lo conocíamos, pero sabíamos también que, al predicar la reforma en estas dos direcciones, ayudaríamos á la corriente del progreso humano.

Cuando adquirí un conocimiento más exacto de las poblaciones obreras y de los que con ellos simpatizaban, procedentes de las clases más ilustradas, pronto me convencí de que apreciaban su libertad personal más aún que su bienestar material.

Hace cincuenta años, los trabajadores estaban dispuestos á vender su libertad personal á los gobernantes de todas clases y hasta á un César, á cambio de una promesa de mejoramiento material; pero hoy, afortunadamente, eso ya no sucede. Vi igualmente que la fe ciega en los gobernantes elegidos, aun cuando lo hubieran sido entre los jefes más caracterizados del movimiento obrero, iba desvaneciéndose entre los trabajadores de los pueblos latinos. « Primero necesitamos saber qué es lo que hace falta, para poder después realizarlo por nosotros mismos », era una idea que encontré muy desarrollada entre ellos, mucho más extendida de lo que generalmente se cree. La sentencia ya consignada en los estatutos de la Internacional, y que decía: « La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos », halló en todas partes generales simpatías, y ha echado raíces en las conciencias. Siendo plenamente confirmada por la triste experiencia de la Commune.

Al estallar la insurrección, un considerable número de hombres, pertenecientes á la clase media, estaba dispuesto á dar, ó al menos á aceptar, un nuevo paso en el sentido de reforma social. « Cuando mi hermano y yo, saliendo de nuestro modesto alojamiento, nos encontrábamos en la calle — me dijo una vez Elíseo Reclus —, por todas partes nos preguntaban personas pertenecientes á las clases más acomodadas: « Decidnos lo que hay que hacer. Estamos dispuestos á ensayar un nuevo régimen ». Pero nosotros no nos hallábamos aún preparados para responder á esa interrogación ».

Jamás gobierno alguno había sido tan verdaderamente representante de todos los partidos avanzados como lo fué el Consejo de la Commune, elegido el 25 de Marzo de 1871. Opiniones revolucionarias de todos los matices, como blanquistas, jacobinos é internacionales, se hallaban representadas en él en justa proporción. Y, sin embargo, como los trabajadores no tenían ideas claras de reformas sociales que imprimir á sus representantes, el gobierno de la Commune no hizo nada en semejante sentido. El solo hecho de haber estado encerrados en el *Hotel de Ville* y alejados de las masas, hubiera bastado á paralizarlos.

Para que triunfe el socialismo, las ideas de no gobierno, de confianza en sí mismo, de libre iniciativa, del anarquismo, en una palabra, tienen necesariamente que propagarse, al mismo tiempo que las de la socialización de la propiedad y la producción.

Nosotros, indudablemente, preveíamos que si se dejaba al individuo en libertad completa para expresar sus ideas y para obrar en conformidad, habríamos de tropezar con algunas extravagantes exageraciones de nuestros principios, cosa que yo había visto en el movimiento nihilista en Rusia. Pero confiábamos — y la experiencia ha demostrado que teníamos razón — que la vida social por sí misma, acompañada de una

franca y sincera crítica de opiniones y actos, sería el medio más eficaz de depurar las opiniones y despojarlas de inevitables exageraciones. Ajustábamos, pues, nuestra conducta al antiguo adagio que dice que los males momentáneos que produce la libertad con ella misma se curan. Existe en la humanidad un núcleo de hábitos sociales — herencia del pasado, no apreciada aún debidamente — que no se mantiene por la imposición y es superior á ella. Sobre él está basado todo el progreso de la humanidad, y mientras ésta no empiece á deteriorarse física é intelectualmente, no hay temor de que lo destruya ninguna clase de crítica ó de protesta pasajera que se levante contra él. En tales opiniones me he ido afirmando cada vez más, á medida que aumentaba mi conocimiento de hombres y cosas.

Nos hicimos cargo, desde luego, de que semejante cambio no es posible que se produzca por la iniciativa de un hombre de genio, que no puede ser la obra de una individualidad aislada, sino el resultado del trabajo constructivo de las masas; así como las formas de procedimiento judicial que se elaboraron en la primera época del período medioeval, la comunidad del pueblo, el municipio, la ciudad de entonces y los fundamentos de la ley internacional, fueron la consecuencia de la labor constante del pueblo mismo.

Muchos de nuestros predecesores se han ocupado de describir sociedades ideales, basándolas generalmente sobre el principio de autoridad, y en raras ocasiones sobre el de la libertad. Robert Owen y Fourier han dado al mundo sus concepciones de una sociedad libre, orgánicamente desarrollada, en oposición á aquellas otras de forma piramidal, copiadas del imperio romano ó de la Iglesia católica. Proudhon ha continuado la obra de los primeros, y Bakounin, aplicando su claro y profundo conocimiento de la filosofía de la historia á la crítica de las presentes instituciones, « construyó en tanto que demolía ». Pero todo eso no era más que un trabajo preparatorio.

La Asociación Internacional de Trabajadores inauguró un nuevo medio de resolver los problemas de la sociología práctica, apelando á los trabajadores mismos. Los hombres instruídos que habían ingresado en la referida asociación, sólo se encargaron de ilustrar á los primeros respecto á lo que ocurría en otros países, analizar los resultados obtenidos y más tarde ayudarlos á formular sus conclusiones.

No pretendimos hacer surgir un Estado ideal, como consecuencia de nuestros puntos de vista teóricos respecto á lo que debería ser la sociedad, sino que creímos más acertado invitar á los trabajadores á investigar las causas de los presentes males, y en sus discusiones y congresos considerar los aspectos prácticos de una organización social mejor que esta en la cual vivimos.

Una proposición presentada en un congreso internacional se recomendaba como objeto de estudio á todas las uniones de oficios. En el transcurso del año era discutida en toda Europa, en las pequeñas asambleas de las secciones, con profundo conocimiento de cada industria y cada localidad, después de lo cual el dictamen de aquéllas se presentaba en el primer congreso de cada federación regional, siendo finalmente sometido, en una forma más acabada, al próximo congreso internacional.

La estructura de la sociedad por la que tanto habíamos suspirado,

se hallaba realizada, partiendo la impulsión de abajo á arriba, teórica y prácticamente, correspondiendo á la Federación del Jura una parte importante en la elaboración del ideal anarquista.

En cuanto á mí, colocado como estaba en tan favorables condiciones, pronto llegué gradualmente á comprender que el anarquismo representa algo más que un mero modo de acción y una mera concepción de una sociedad libre y que forma parte de una filosofía natural y social, que debe desarrollarse de una manera completamente distinta de los sistemas metafísicos y dialécticos empleados en las ciencias que se ocupan del hombre. Vi claramente que debe ser tratado por los mismos procedimientos aplicados á las ciencias naturales, no ciertamente en el terreno inseguro de simples analogías, tales como las que acepta Heriberto Spencer, sino sobre las sólidas bases de la inducción aplicada á las instituciones humanas. Haciendo por mi parte cuanto me era posible por trabajar en esa dirección.

V.

En el otoño del 77 se celebraron dos congresos en Bélgica: uno de la Asociación Internacional de Trabajadores en Verviers, y el otro, socialista é internacional, en Gante. El último, sobre todo, era importante, pues se sabía que los demócratas socialistas alemanes intentarían reunir todo el movimiento obrero de Europa en una organización dependiente de un comité central, que vendría á ser el antiguo consejo general de la Internacional con otro nuevo nombre. Era, pues, necesario preservar la autonomía de las organizaciones obreras en los pueblos latinos, é hicimos cuanto estuvo en nuestras manos por estar bien representados en dicho congreso. Yo asistí á él bajo el seudónimo de Lavashoff; dos alemanes, el tipógrafo Werner y el mecánico Rinke, hicieron casi todo el viaje á pie desde Basel á Bélgica, y aunque entre todos no éramos más que nueve anarquistas en Gante, conseguimos hacer fracasar el proyecto de centralización.

De entonces acá han pasado veintidós años; varios han sido los congresos socialistas internacionales celebrados, y en cada uno de ellos ha surgido nuevamente la misma contienda; los demócratas socialistas, procurando alistar bajo sus banderas y tener bajo su dominio á todo el movimiento obrero europeo, y los anarquistas oponiéndose á ello y evitándolo.

¡Qué cantidad tan grande de fuerza perdida, de palabras fuertes cambiadas y esfuerzos divididos, sencilla y únicamente porque los que han adoptado la forma de «conquista del poder dentro del estado actual» no comprenden que la actividad en este sentido no puede abarcar todo el movimiento socialista! Desde sus comienzos, el socialismo siguió en su desenvolvimiento tres líneas independientes representadas por San Simón, Fourier y Robert Owen. El sansimonismo ha venido á parar en la democracia socialista, y el fourierismo en el anarquismo, en tanto que el owenismo se desarrolla en Inglaterra y los Estados Unidos bajo la forma de uniones de oficios, cooperación y el llamado socialismo municipal, permaneciendo hostil al socialismo de Estado demócrata socialista y teniendo muchos puntos de contacto con el anarquismo. Pero

á causa de no haberse logrado reconocer que los tres se dirigen hacia una meta común por tres caminos diferentes, y que los dos últimos contribuyen eficazmente al progreso humano, se ha dejado transcurrir un cuarto de siglo ocupados en la ingrata tarea de realizar la imposible utopía de un solo movimiento obrero, según el molde demócrata socialista.

* * *

El congreso de Gante terminó para mí de un modo inesperado. A los dos ó tres días de su inauguración supo la policía quién era Lavashoff, y recibió la orden de arrestarme por haber faltado á las ordenanzas gubernativas al dar en el hotel un nombre supuesto.

Mis amigos belgas me previnieron de lo que ocurría; me aseguraron que el ministerio clerical, que estaba en el poder, era capaz de entregarme á Rusia, é insistieron en que desde luego abandonara el congreso, empeñándose en que no había de volver al hotel. Guillaume me cerró el paso, diciendo que tendría que hacer uso de la fuerza material si insistía en querer ir á él. Tuve, pues, que marcharme con algunos compañeros de la localidad, y apenas me uní á ellos, empecé á oír voces veladas y silbidos que partían de todos los ángulos de una plaza poco alumbrada, en la que había diseminados grupos de trabajadores; todo aquello parecía muy misterioso; al fin, después de mucho cuchicheo y vacilaciones, varios compañeros me llevaron á casa de un obrero demócrata socialista, donde tenía que pasar la noche, y quien me recibió, a pesar de ser yo anarquista, con la afabilidad y cariño de un hermano.

A la mañana siguiente tomé de nuevo el camino para Inglaterra á bordo de un vapor, provocando benévolas sonrisas entre los aduaneros ingleses, que me preguntaban por mi equipaje, cuando yo no llevaba más que un pequeño saco de mano.

No permanecí largo tiempo en Londres. En las admirables colecciones del Museo Británico estudié los principios de la Revolución francesa — de qué modo surgen las revoluciones —, pero necesitaba más actividad, y pronto me fui á Paris. Un renacimiento de agitación obrera empezaba allí después de los tristes sucesos de la Commune. Con el italiano Costa y los pocos amigos anarquistas con que contábamos entre los trabajadores de la gran ciudad, así como con Julio Guesde y sus colegas, quienes no eran estrictamente demócratas socialistas en aquella época, formamos los primeros grupos socialistas.

Nuestros comienzos fueron ridículamente pequeños: una media docena nos reuníamos en un café, y cuando en un mitin reuníamos un auditorio de cien personas, nos considerábamos dichosos. Nadie hubiera podido calcular entonces que dos años más tarde el movimiento se hallaría en todo su apogeo.

Pero en Francia las ideas tienen su modo especial y característico de desarrollarse; cuando la reacción ha vencido, todas las trazas visibles de agitación desaparecen, siendo pocos los que se hallan dispuestos á luchar contra la corriente. Pero de un modo algo misterioso, por una especie de infiltración de las ideas, se le empieza á minar el terreno á la reacción; una nueva corriente se presenta, y entonces obsérvase de manera evidente y repentina que lo que se juzgaba muerto, no sólo

se halla vivo, sino que ha ido extendiéndose y ensanchándose durante todo ese tiempo, y tan pronto como la manifestación de la conciencia pública se hace posible, miles de partidarios, cuya existencia nadie sospechaba, aparecen en escena. « Hay en París — solía decir el antiguo revolucionario Blanqui — cincuenta mil hombres que nunca van á un mitin ó una manifestación, pero que, desde el momento que ven que el pueblo está en la calle, acuden á prestar su concurso y favorecer la insurrección ». Otro tanto pasó entonces: no llegábamos á veinte los promovedores de la agitación, ni á doscientos los que la sostenían abiertamente. En la primera conmemoración de la Commune, en Marzo del 78, con seguridad que no llegábamos á ese número; pero dos años después, una vez votada la amnistía, la población de París salió á la calle á recibir á los comunistas que volvían, acudiendo á millares á vitorearlos en los mitins, y el movimiento socialista adquirió una rápida expansión arrastrando en pos de sí á los radicales.

Antes de ese momento, la situación era aún difícil, y una noche, en Abril del 78, Costa y un compañero francés fueron presos, siendo condenados á diez y ocho meses de cárcel, por internacionales. Yo me escapé de correr la misma suerte, debido sólo á una equivocación: la policía buscaba á Lavashoff, y fué á detener á un estudiante ruso cuyo nombre era muy parecido á ese; y yo, que había dado el verdadero mío, seguí viviendo en París un mes más, marchando luego á Suiza, donde me llamaban.

VI.

Durante esta permanencia en París trabé mis primeras relaciones de amistad con Turguéneff, quien había expresado á nuestro común amigo P. L. Lavroff el deseo de verme, y, como un verdadero ruso, celebrar mi fuga con un modesto banquete familiar.

Con un sentimiento de profundo respeto, que rayaba en veneración, atravesé los umbrales de su puerta. Si con sus *Notas del Cazador* prestó á Rusia el inmenso servicio de hacer más odiosa aún la servidumbre (en esa época ignoraba yo que había colaborado en una publicación tan importante como *La Campana*, de Herzen), con sus demás novelas fué igualmente muy útil á su patria. El ha mostrado lo que es la mujer rusa, qué grandeza de pensamiento y corazón atesora, y lo que puede ser como inspiradora del hombre, haciéndonos ver de qué modo aquellos á quienes con algún fundamento se les considera como seres superiores miran á las mujeres que aman. En mi ánimo, como en el de miles de mis contemporáneos, esta parte de su doctrina causó una impresión indeleble, mucho más eficaz que los mejores artículos sobre los derechos de la mujer.

Su aspecto es bien conocido: alto, de fuerte complexión, la cabeza cubierta de una fina y espesa cabellera gris; era lo que se llama una figura hermosa; en sus ojos brillaba la inteligencia, descubriéndose en su mirada un toque de dulce ironía, y todas sus maneras atestiguaban esa sencillez y falta de afectación que son características de los mejores escritores rusos. Su admirable cráneo revelaba un vasto desarrollo cerebral, y á su muerte, cuando Pablo Bert y Pablo Reclus (el

médico) pesaron su masa encefálica, tanto aventajaba á la más pesada de las entonces conocidas — la de Cuvier —, pasando de los dos mil gramos, que, desconfiando de su balanza, buscaron otras, á fin de comprobar la operación.

Su conversación era indudablemente notable: hablaba como escribía, en imágenes; cuando quería desarrollar un pensamiento, no acudía á argumentos, á pesar de ser un maestro en discusiones filosóficas, sino que lo ilustraba con un cuadro, presentado en forma tan artística como si hubiera sido tomado de una de sus novelas.

« Debéis conocer muy á fondo el carácter francés, el alemán y el de otros pueblos, á causa del tiempo que habéis vivido en el extranjero — me dijo una vez —. ¿No habéis notado que hay una profunda sima entre muchas de sus concepciones y el modo de ver que nosotros, los rusos, tenemos sobre el mismo particular, existiendo puntos sobre los cuales jamás nos pondremos de acuerdo? ».

Yo le contesté que no me había fijado en ello.

« Sí, los hay — replicó él —. He aquí un ejemplo: una noche nos hallábamos en el estreno de una comedia; yo estaba en un palco con Flaubert, Daudet y Zola. (No estoy seguro de que nombrase á ambos, Daudet y Zola, pero sí de que indudablemente se refirió á uno de los dos). Todos eran hombres de opiniones avanzadas, y el argumento de la obra tal como sigue: Una mujer, después de separarse de su marido, había vuelto á amar, y ahora vivía con otro, á quien se representaba en la obra como una persona excelente. Durante años habían disfrutado de felicidad. Los dos hijos de ella — una hembra y un varón — eran pequeños cuando se efectuó la separación; ahora ya habían crecido, y durante todo este tiempo consideraron á aquel hombre como su verdadero padre; ella tenía unos diez y ocho años y él diez y siete. El supuesto padre les profesaba un afecto como si realmente hubieran sido sus hijos, y ellos correspondían á su cariño.

« La escena representaba la familia reunida á la hora de almorzar. La muchacha entra y se aproxima al que hace las veces de padre, quien va á darle un beso; pero el joven, que ha llegado á enterarse de todo, se interpone gritando: ¡No oséis tocarla! ¡N'osez pas! ».

« Esta exclamación arrebató el teatro, y los aplausos estallaron por todos lados; Flaubert y los otros tomaron parte en ellos, y yo quedé disgustadísimo.

« ¡Cómo — dije después — esta familia era feliz! el hombre había sido mejor padre para esas criaturas que el suyo verdadero... y la madre lo quería y era dichosa á su lado... Este muchacho, mal educado y presa de extravío, sólo censura merece por lo hecho... Pero todo fué inútil. Discutí después con ellos durante horas enteras, mas ninguno logró comprenderme ».

Yo, aunque naturalmente estaba por completo de acuerdo con tales ideas, observé, sin embargo, que como sus relaciones eran principalmente entre la clase media, allí la diferencia de nación á nación es inmensa en verdad; en tanto que las mías se hallaban exclusivamente entre el pueblo, cuyo parecido, en particular al tratarse de los agricultores, es muy grande.

Al expresarme así, cometí, no obstante, un grave error, pues al

conocer más tarde y de modo más íntimo el carácter del trabajador francés, pensé á menudo en la exactitud de las referidas indicaciones. Media verdaderamente un abismo entre el concepto que se tiene en Rusia del matrimonio y el que predomina en Francia, lo mismo entre los trabajadores que en la clase media, y otro tanto ocurre al tratarse de otros asuntos entre el punto de la vista ruso y el de los otros pueblos.

Se ha dicho en alguna parte, después de la muerte de Turguéneff, que se había propuesto escribir una novela sobre este particular. Pero si la hubiera empezado, la escena recién referida se encontraría en el original. ¡Qué lástima que no lo hiciera! El, que era un verdadero « occidental » en sus modos de discurrir, pudo haber hecho muy profundas reflexiones sobre un asunto que tan directa y personalmente le afectaba.

De todos los novelistas de nuestro siglo, Turguéneff es ciertamente el que ha llegado á más altura como artista, y su prosa suena como una dulce armonía en los oídos rusos, música tan sublime y expresiva como la de Beethoven. Sus principales novelas — la serie de *Dmitri Rudin*, *El Retiro de un Noble*, *La Víspera*, *Padres é Hijos*, *Humo*, y *Suelo Virgen* — representan los principales caracteres históricos de las clases más ilustradas de Rusia, que se sucedieron rápidamente desde el 48; todos dibujados con tan completa concepción filosófica, conocimiento humano y hermosura artística, que no encuentra semejanza en ninguna otra literatura. Y, sin embargo, *Padres é Hijos* — novela que él, con razón, consideraba como su obra más importante — fué recibida por la juventud rusa con una ruidosa protesta, pues ésta declaró que el nihilista Bazaroff no era, ni con mucho, un verdadero representante de la clase, considerándolo muchos como una caricatura del nihilismo. Esta crítica afectó profundamente al autor, y aunque más tarde se efectuó una conciliación entre ambas partes en San Petersburgo, después de publicado *Suelo Virgen*, la herida que estos ataques le causaron no se cerró jamás.

El sabía por Lavroff que yo era un entusiasta admirador de sus obras, y un día, al volver juntos en carruaje de una visita al estudio de Antokolsky, me preguntó lo que pensaba de Bazaroff, á lo que contesté con franqueza: « Esa figura es un retrato admirable del nihilista, pero se percibe que no sentíais por él el mismo afecto que por los demás personajes ».

« Por el contrario, lo amo, lo quiero intensamente — replicó él con una energía inusitada —; al llegar á casa os enseñaré mi diario, en el que hallaréis anotado las lágrimas que derramé al terminar la novela con la muerte de Bazaroff ».

Era evidente que Turguéneff sentía cariño por el aspecto intelectual de Bazaroff, identificándose de tal modo con la filosofía nihilista de su héroe, que hasta llegó á llevar un libro de apuntes á su nombre, apreciando los acontecimientos del día según el criterio de Bazaroff. Pero, así y todo, creo que era mayor la admiración que el afecto que sentía por él.

En una brillante conferencia sobre Hamlet y Don Quijote, divide á los grandes escritores en dos clases, representadas por uno ú otro de estos dos caracteres. « Ante todo el análisis, después la incredulidad, y por consiguiente la falta de fe; un hombre vanidoso no puede creer ni

aun en sí mismo — así describía á Hamlet —, siendo, por consiguiente, un escéptico que jamás hará nada de importancia, mientras que Don Quijote, que pelea contra los molinos de viento y toma la bacía de un barbero por el mágico yelmo de Mambrino (¿quién de nosotros no ha cometido alguna vez el mismo error?), es un verdadero jefe de las masas, porque éstas siempre siguen á aquellos que, sin preocuparse de los sarcasmos de la mayoría ni tampoco de las persecuciones, marchan en línea recta hacia adelante, con la vista fija en una meta que tal vez sean ellos los únicos que la divisan. Estos hombres pueden caer buscándola, pero se volverían á levantar, y no pararán hasta encontrarla; lo que, dada su perseverancia, es ciertamente justo y natural. En cuanto á Hamlet, á pesar de ser un escéptico, como ya se ha dicho, y no creer en el Bien, no le sucede lo mismo respecto al Mal, por el que siente aborrecimiento. Este y el engaño son sus naturales enemigos; sin embargo, su escepticismo no es indiferentismo, sino duda y negación que, finalmente, concluyen por consumir su voluntad ».

Estas ideas de Turguéneff dan, en mi concepto, la clave que se necesita para poder apreciar bien las relaciones existentes entre él y los personajes de sus novelas. Dicho escritor, así como muchos de sus mejores amigos, pertenecían, de modo más ó menos encubierto, al tipo de Hamlet. Amado, pues, á Hamlet y admirando á Don Quijote, se entusiasmaba también con Bazaroff. El representaba la superioridad de éste perfectamente bien; comprendía el carácter trágico de su aislada posición, pero no le era posible circundarle de ese amor delicado que profesaban, como á un amigo enfermo, á sus héroes, cuando estos se acercaban al tipo de Hamlet. Eso no hubiera sido natural.

« ¿Conocísteis á Myshkin? — me preguntó una vez en el 78. Al verse el proceso de nuestros círculos, Myshkin se relevó como una gran personalidad. — Me gustaría poder apreciar todos los detalles de su existencia — continuó diciendo —. Ese es un hombre en quien no se encuentra la más leve traza de hamletismo ». Y al hablar así, es indudable que meditaba sobre este nuevo tipo del movimiento ruso, que no se conocía en la época que él escribió su *Suelo Virgen*, y que no apareció hasta dos años más tarde.

Lo vi por última vez en el otoño del 81. Se hallaba muy enfermo y atormentado por la idea de que debía escribir á Alejandro III — que acababa de subir al trono y vacilaba respecto á la política que había de seguir — pidiéndole que diera á Rusia una constitución, demostrando con una sólida argumentación la necesidad de ese paso.

Con profundo pesar me dijo, refiriéndose á dicho asunto: « comprendo la necesidad de hacerlo, pero veo que no me va á ser posible realizarlo ». En efecto, ya entonces sufría intensos dolores ocasionados por un cáncer en la espina dorsal, costándole gran trabajo hasta el sentarse y conversar por breves momentos. No pudo, pues, hacer lo que deseaba, y algunas semanas más tarde hubiera resultado inútil, porque el nuevo emperador había anunciado en un manifiesto su intención de seguir siendo el jefe absoluto del país.

VII.

Entre tanto, los asuntos de Rusia tomaron un nuevo giro. La guerra empezada contra Turquía en el 77 terminó entre el disgusto general. Antes de que aquella estallara había en el país un gran entusiasmo á favor de los oprimidos eslavos; muchos también creían que una guerra de emancipación en los Balkanes daría por resultado un movimiento de avance en dirección del progreso en la Rusia misma. Pero la liberación de las referidas poblaciones sólo se efectuó de un modo limitado.

Los tremendos sacrificios hechos por el pueblo ruso resultaron estériles, debido á las torpezas de los altos jefes militares. Centenares de miles de hombres habían sido sacrificados en batallas que sólo fueron victorias á medias, y las concesiones arrancadas á Turquía vinieron á quedar en nada en el Tratado de Berlín. Sabiéndose igualmente por el país en general que la malversación de los fondos públicos había sido casi tan grande en esta guerra como en la de Crimea.

Y precisamente en ese momento de disgusto general por que atravesó Rusia en el 77, fué cuando ciento noventa y tres personas, presas desde el 73, relacionadas con nuestra agitación, aparecieron ante los tribunales.

Los acusados, defendidos por varios abogados de talento, conquistaron desde el primer momento las simpatías del público, causando una impresión muy favorable en la sociedad de San Petersburgo, y cuando se llegó á saber que la mayoría había pasado tres ó cuatro años de prisión preventiva, y que no bajaban de veintiuno los que habían perdido la razón ó apelado al suicidio, creció más aún el sentimiento despertado en su obsequio hasta en los magistrados mismos. Las sentencias fueron graves para los menos, relativamente, y leves para los demás, basándose en el largo tiempo que todos habían estado de causa, lo que por sí sólo constituía un duro castigo, al que nada en justicia era dado agregar.

Todo el mundo confiaba que el emperador mitigaría aún más las condenas; pero se vió con gran sorpresa que lo contrario fué lo que sucedió. Aquellos que habían sido absueltos por la Audiencia fueron desterrados á remotas regiones de Rusia y Siberia, imponiéndole de cinco á doce años de trabajos forzados á los que habían sido condenados á algunos meses de correccional. Esto fué obra del general Mezentroff, jefe de la Sección Tercera.

Al mismo tiempo que eso sucedía, el general Trépoff, jefe de policía de San Petersburgo, al notar en una de sus visitas á la prevención, que uno de los presos políticos llamado Bogaluhoff, no se había quitado el sombrero para saludar al omnipotente sátrapa, se arrojó sobre él, le golpeó, y al ver que se defendía, ordenó que le azotaran. Los demás presos, al enterarse en sus celdas de lo que ocurría, expresaron ruidosamente su indignación, á consecuencia de lo cual fueron terriblemente apaleados por carceleros y policías. Los presos políticos rusos soportan sin murmurar todas las penalidades impuestas sobre ellos, pero todos se hallan resueltos á no tolerar castigos corporales.

La joven Vera Zasúlich, que ni aun de vista conocía á Bogaluhoff,

cogió un revólver, buscó al jefe de policía y le pegó un tiro, no haciendo más que herirle. Alejandro II contempló á la heroica joven, que debió impresionarlo, tanto por su dulce semblante como por su modestia. Eran tantos los enemigos que tenía Trépoff en San Petersburgo, que aquéllos consiguieron se viera la causa ante el jurado, declarando ella al tribunal que sólo había acudido á la violencia después de agotados todos los medios para hacer público lo que pasaba, y obtener alguna especie de satisfacción. Hasta el mismo corresponsal del *Times*, de Londres, á quien se había pedido diera cuenta del suceso en su publicación, se negó á ello, tal vez por considerarlo improbable. Entonces fué cuando, sin dar parte á nadie de sus intenciones, intentó matar á Trépoff, y ahora que el suceso se había hecho del dominio público, se alegraba no hubiese tenido más graves consecuencias. El jurado la absolvió por unanimidad y cuando la policía trató de volverla á detener al salir de la Audiencia, los jóvenes de la capital, que se hallaban agrupados á sus puertas, la libraron de caer nuevamente en las garras de aquella. Después marchó al extranjero, y pronto se vió entre nosotros en Suiza.

Este acontecimiento produjo una gran sensación en toda Europa. Yo estaba en París cuando llegó la noticia de la absolución, y habiendo tenido que ir aquel día á las redacciones de varios periódicos, encontré á sus directores radiantes de entusiasmo, escribiendo inspirados artículos en honor de la heroína. Hasta la sesuda *Revue des Deux Mondes* manifestó en su revista del año que las dos personas que más impresionaron la opinión pública en el 78 fueron el príncipe Gortchakoff, en el Congreso de Berlín, y Vera Zasulich, cuyos retratos aparecieron uno al lado del otro en varios almanaques. La impresión que en los trabajadores de Europa produjo la abnegación de esta valerosa joven fué tremenda.

Algunos meses después, sin que fueran el resultado de una conjuración, se realizaron, aunque sin resultado, cuatro atentados contra cabezas coronadas en corto intervalo. El trabajador Hoedel y el doctor Nobiling hicieron fuego contra el emperador de Alemania; pocas semanas después, un trabajador español, llamado Oliva Moncasi, intentó hacer lo mismo con el rey de España, y el cocinero Passanante se lanzó cuchillo en mano sobre el de Italia.

Los gobiernos de Europa no podían creer que tales atentados contra la vida de tres reyes hubieran podido ocurrir sin tener como origen una conspiración internacional, deduciendo de ahí que la Federación del Jura y la Asociación Internacional de Trabajadores eran las responsables. Más de veinte años han pasado desde entonces, y puedo afirmar de modo incuestionable que semejantes suposiciones carecen por completo de fundamento. A pesar de lo cual, todos los gobiernos europeos hicieron cargos á Suiza, reprochándole el dar abrigo á los revolucionarios que fraguaban tales empresas. Pablo Brousse, el director de nuestro periódico del Jura, *La Vanguardia*, fué detenido y procesado. Al ver los jueces suizos que no había ni el más ligero pretexto para complicar á dicho amigo ó á la mencionada Federación en los referidos acontecimientos, lo condenó únicamente á dos meses de cárcel por los artículos denunciados; pero la publicación fué suprimida, y el gobierno federal indicó á todos los establecimientos tipográficos del país la conveniencia

de no imprimir dicho periódico ni otro alguno de la misma índole. Por cuya razón la Federación del Jura quedó sin representación en la prensa.

Además, los políticos suizos, que miraban con malos ojos la agitación anarquista que tenía lugar en su país, se condujeron privadamente de tal modo, que obligaron á los jefes principales suizos de aquella Federación á retirarse de la vida pública ó á morir de hambre. A Brousse lo expulsaron de Suiza; Jaime Guillaume, que durante ocho años había mantenido á través de todos los obstáculos el órgano oficial de la Federación, viviendo principalmente de dar lecciones, no encontraba ocupación, y al fin se vió obligado á dejar el país y trasladarse á Francia. Adhémar Schwitzguébel no encontraba trabajo en su oficio de relojero, y agobiado por el peso de una numerosa familia, tuvo que retirarse del movimiento. Spichiger, que se hallaba en el mismo caso, emigró. Ocurriendo, pues, que yo, á pesar de ser extranjero, tuve que hacerme cargo de la publicación del periódico órgano de la Federación. Vacilé, como es natural, antes de acometer la tal empresa; pero como no había otro remedio, emprendí la obra en compañía de dos amigos, Dumartheray y Herrig, sacando en Febrero del 79, en Ginebra, un quincenario con el título de *Le Révolté*, y teniendo yo que escribir casi todo el número. Sólo contábamos con veintitrés francos para empezar; pero todos nos dedicamos á buscar suscripciones, consiguiendo dar á luz el primer número. Era moderado en la forma, pero revolucionario en el fondo, é hice lo posible por redactarlo en un lenguaje tal, que las cuestiones complejas, lo mismo históricas que económicas, se hallaran al alcance de todo obrero inteligente. A seiscientos llegaba el máximo de los ejemplares que se tiraban del órgano anterior. De *Le Révolté*, publicamos dos mil, y en pocos días todos se habían colocado. Su éxito fué completo; aun sigue publicándose en París, con el nombre de *Temps Nouveaux*.

Los periódicos socialistas propenden á menudo á convertirse en memoriales de agravios contra el régimen actual. En ellos se relatan los sufrimientos de los trabajadores de las minas, las fábricas y los campos; la miseria que aflige á aquellos y sus padecimientos durante la huelga son descritos con esos colores; su impotencia en la lucha legal con los patronos se pone de manifiesto, y esta sucesión de esfuerzos inútiles, dados á conocer por la prensa, ejerce una influencia muy deprimente en el ánimo del lector. Para contrarrestarla, el periodista tiene que acudir principalmente á un lenguaje enérgico, con el cual procura despertar al dormido y avivar la fe del incrédulo.

Yo, por el contrario, pensé que un periódico revolucionario debe ser, ante todo, quien ponga de manifiesto esos síntomas que en todas partes anuncian la venida de una nueva era, la germinación de nuevas formas de vida social y la creciente rebeldía contra las caducas instituciones. Estas señales de los tiempos deberían ser atentamente observadas, reunidas según sus afinidades y agrupadas de tal modo que hicieran ver á los espíritus vacilantes de las mayorías la ayuda invisible y con frecuencia inconsciente que las ideas avanzadas encuentran en todas partes cuando un renacimiento de vida intelectual tiene lugar en la sociedad entera. El identificarse con las aspiraciones del corazón humano en toda la superficie del planeta, con los actos de rebeldía contra

las antiguas y añejas injusticias sociales, con sus esfuerzos encaminados á buscar nuevas formas; tal debía ser el principal deber de una publicación revolucionaria. La esperanza y no la desesperación, es lo que da el triunfo á las revoluciones.

Los historiadores nos dicen con frecuencia de qué modo este ó aquel sistema filosófico ha realizado un cambio primero en el pensamiento humano y después en las instituciones. Pero ésta no es la historia; los más grandes filósofos sociales no han hecho más que apercibirse de los cambios que se avecinan, comprender sus íntimas relaciones, y, ayudados por la inducción y la intuición, predecir lo que ha de ocurrir. También puede ser fácil el fraguar un plan de organización social, tomando como punto de partida algunos principios y desarrollarlos hasta sus últimas consecuencias, como se hace con una conclusión geométrica deducida de varios axiomas; pero esto no es sociología.

No es posible pronosticar correctamente con carácter social, á menos de no perder de vista la multitud de signos que dan á conocer la nueva vida, separando los hechos anormales de aquellos que son esencialmente orgánicos y edificando sobre esta base la generalización.

Esa era la manera de pensar con que yo quería familiarizar á mis lectores, haciendo uso de un lenguaje claro y sencillo, á fin de acostumar aun á los más modestos á juzgar por sí mismos todo lo referente á la cuestión social y corregir, si es necesario, al pensador, en el caso que éste llegue á conclusiones erróneas.

En cuanto á la crítica de lo existente, sólo me ocupé de ella para desarraigar las causas del mal y demostrar que un fetichismo profundamente implantado y cuidadosamente mantenido respecto á las antiguas costumbres, correspondiente á fases anteriores del desarrollo humano, y una generalizada cobardía de la mente y de la voluntad, son las principales fuentes de todas las calamidades.

La cooperación de Dumartheray y Herzig me fué en extremo provechosa; el primero era hijo de una de las más pobres familias de Saboya; su instrucción no pasaba de los primeros rudimentos, y, sin embargo, era uno de los hombres más inteligentes que jamás he conocido. Sus apreciaciones de los acontecimientos corrientes y de los hombres del día eran tan notables, por su extraordinario buen sentido, que á menudo resultaban proféticas. Se distinguía igualmente como uno de los más notables críticos de la literatura socialista de la época, y nunca se dejaba intimidar por palabras retumbantes y frases huecas.

Herzig era un joven dependiente de comercio, natural de Ginebra; hombre de emociones comprimidas, tímido, que se ruborizaba como una joven al expresar una idea original, y quien después de mi arresto, cuando quedó hecho cargo de la continuación del periódico aprendió á escribir muy bien, gracias á su fuerza de voluntad. A pesar de haberle cerrado sus puertas todos los patronos, y sufriendo en compañía de su familia los rigores de la miseria, no abandonó el periódico hasta que se hizo posible trasladarlo á París.

En el juicio de estos dos amigos se podía confiar implícitamente. Si Herzig fruncía el ceño murmurando: « Sí, bueno, puede pasar », ya se sabía que el párrafo no era viable. Y cuando Dumartheray, que siempre se quejaba del mal estado de sus gafas cuando tenía que leer alguna

nota manuscrita, por muy clara que fuera la letra, por cuyo motivo generalmente no leía más que pruebas, se interrumpía exclamando: « ¡No, eso no encaja bien! », comprendía yo en el acto que algún error se había cometido y trataba de ponerle remedio. No se me ocultaba que era inútil preguntarle el por qué encontraba mal aquel pasaje, pues es seguro hubiera contestado: « Eso no es cuenta mía, sino vuestra. Todo lo que yo puedo decir es que no está bien ». Mas como yo veía que tenía razón me ponía á rehacer el punto aludido, ó, tomando el componedor, levantaba otro nuevo en lugar de aquél.

Debo también hacer constar que no escaseaban las dificultades. No bien habíamos publicado cuatro ó cinco números, cuando el dueño de la imprenta nos dijo que nos fuéramos con la música á otra parte. Para los trabajadores y sus periódicos, la libertad de imprenta escrita en la constitución tiene más cortapisas de lo que parece. El patrón no era enemigo de la publicación; por el contrario, le gustaba; pero en Suiza todos los establecimientos tipográficos dependen, más ó menos, del gobierno, quien les proporciona trabajos estadísticos y de otra índole, y se le hizo saber al amo del nuestro que, si continuaba imprimiéndolo, no contara con más órdenes del estado.

Recorrí toda la parte de Suiza que habla francés, y en toda ella recibí igual contestación, aun de aquellos á quienes no disgustaban las ideas, respondiendo todos en estos ó parecidos términos: « No podemos vivir sin trabajarle al gobierno, el cual nada nos ordenaría desde el momento que aceptáramos el publicar *Le Révolté*.

Volví, pues, á Ginebra muy desanimado; pero Dumartheray se hallaba en cambio muy confiado y lleno de energía. « La cuestión es bien sencilla — nos dijo —; compramos lo que se necesite á tres meses fecha, y en ese tiempo hallaremos manera de atender á nuestros créditos ». « Pero si no tenemos más que algunos centenares de francos » — me aventuré á contestar —. « El dinero es lo de menos; él no nos faltará. Ordenemos, desde luego, los tipos y publiquemos en seguida el próximo número, y vendrá lo preciso para el caso ». Y así fué, en efecto: cuando se imprimió el primer número en nuestra propia « imprenta jurásica », dimos á conocer la situación y publicamos además un par de pequeños folletos, tomando todos parte en el trabajo; el dinero vino, la mayoría en cobre y plata menuda, pero ello es que llegó. Una y otra vez, durante mi vida, he oído quejarse en los partidos avanzados de la falta de dinero, y, no obstante, mientras más tiempo pasa, más me persuado de que nuestra principal dificultad no es tanto la falta de dinero como de *hombres* que marchen resuelta y francamente, en línea recta, hacia una aspiración definida y sepan comunicar su entusiasmo á los demás.

Durante veintidós años, nuestro periódico ha seguido viviendo al día, apareciendo en casi todos los números un llamamiento en demanda de fondos; pero mientras haya quien dedique á él todas sus energías, como Herzig y Dumartheray hicieron en Ginebra, y como Grave ha hecho en París, el dinero no cesará de entrar, y un ingreso anual de

20000 francos se recaudará, — compuesto principalmente de la calderilla y pequeñas monedas de plata de los trabajadores — destinado á cubrir los gastos de impresión del periódico y algunos folletos. Para esto, como para todo lo demás, los hombres son de mucho más valor que el dinero.

Instalamos nuestra imprenta en un local muy reducido, y un cajista que procedía de la pequeña Rusia se comprometió á hacer el periódico por la modesta suma de sesenta francos al mes. Con sólo poder comer bien frugalmente é ir alguna vez que otra á la ópera, se daba por satisfecho, « ¿Vas á tomar un baño turco, Juan? » — le pregunté una vez que lo encontré en la calle con un pequeño lío bajo el brazo. « No, es que me mudo » — me respondió con su voz constantemente melodiosa y su acostumbrada sonrisa.

Desgraciadamente no sabía francés. Yo procuraba escribir mis originales con la mejor letra posible, pensando á menudo en el tiempo que había perdido en la escuela, en la clase de nuestro buen Ebert; sin embargo, él trataba de leerlo lo mejor que podía, y aunque en vez de « immediatment » solía poner « inmuidiatmunt » ú otra cosa por el estilo, como el espacio no variaba y no era necesario alterar la extensión de la línea al hacer la corrección, bastando con reemplazar unas letras por otras, no lo pasábamos del todo mal. Nuestras relaciones con Juan eran amistosas, y bajo su dirección aprendí algo de tipografía. La composición se terminaba siempre á tiempo para llevar las pruebas á un compañero suizo, que era el editor responsable, y á quien se las presentábamos antes de tirar el número, después de lo cual se portaba todo á un establecimiento donde se imprimía. Nuestra « Imprenta Jurásica » se dió pronto á conocer, gracias á sus publicaciones, y en particular por sus folletos, que Dumartheray no permitía se vendieran á más de diez céntimos, y cuya redacción estaba hecha en un estilo completamente nuevo. Debo confesar, sin embargo, que algunas veces me permití envidiar aquellos escritores que pueden desarrollar su pensamiento con la mayor extensión posible, y á quienes se les permite hacer la conocida excusa de Talleyran: « No he tenido tiempo de ser breve ». Cuando tenía que condensar los resultados de varios meses de trabajo — sobre, digamos, por ejemplo, los orígenes de la ley — en un folleto de diez céntimos, era indudable que necesitaba tiempo para escribir con brevedad; pero como lo hacíamos con destino á los trabajadores, no perdíamos de vista que veinte céntimos suelen ser para muchos de ellos una cantidad excesiva. El resultado fué que nuestros folletos de diez y cinco céntimos se vendieron á millares y fueron traducidos á otras lenguas. Los principales de esa época fueron publicados más tarde, mientras yo estaba preso, por Eliseo Reclus, con el título de *Palabras de un Rebelde (Paroles d'un Révolté)*.

Francia era siempre el punto objetivo de todas nuestras aspiraciones; pero como dicho libro se hallaba terminantemente prohibido en ese país y los contrabandistas tienen tantas cosas buenas que introducir en él procedentes de Suiza, no querían ocuparse de los asuntos nuestros. Una vez fuí en su compañía y crucé con ellos la frontera; vi que eran buenas gentes y de confianza, pero no logré mi propósito. Todo lo que se pudo hacer fué, pues, enviarlo bajo sobre á un centenar de personas en Francia, sin cargar nada por el franqueo, confiando en la sus-

cripción voluntaria de nuestros amigos para cubrir los gastos extraordinarios, cosa que nunca nos faltó; pero á menudo pensamos que la policia francesa había perdido una buena oportunidad de arruinarnos, suscribiéndose á cien ejemplares y no mandando nada en cambio.

Desde el primer año tuvimos que confiar en nuestras propias fuerzas; pero gradualmente Eliseo Reclus se fué interesando en el asunto, dándole, después de mi arresto, más vida que nunca al periódico. Este amigo me había invitado á que le ayudara en la preparación del volumen de su monumental geografía, en la parte referente á los dominios rusos en Asia, pues aunque había aprendido el ruso, creía que, como yo conocía bien á Siberia, podría serle útil, y como mi esposa se hallaba delicada de salud y el médico le había ordenado no siguiera expuesta á los vientos de Ginebra, nos trasladamos en los primeros días de la primavera del 80 á Clarens, donde aquél residía entonces. Nos instalamos, por consiguiente, allí en una casita con vistas á las azules aguas del lago de Ginebra, que se encontraban en segundo término y á las nieves que cubrían el Dent du Midi, que cerraba el fondo del cuadro. Un arroyo que después de la lluvia rugía como un torrente, arrastrando inmensas rocas y cavándose un nuevo lecho, corría al pie de nuestras ventanas, y en la vertiente del opuesto cerro se levantaba el antiguo castillo de Chatelard, cuyos dueños, hasta la revolución del *burlesque* (los incendiarios de papeles), en 1779, imponían sobre los campesinos que poblaban las inmediaciones vejatorios impuestos con motivo de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Aquí, con el concurso de mi mujer, con quien acostumbraba á discutir sobre todos los acontecimientos y los trabajos realizados, y que ejercía una severa crítica literaria sobre estos últimos, fué donde produje lo mejor que hice para *Le Révolté*, entre lo cual se encuentra el llamamiento «A los Jóvenes», que tanta aceptación halló en todas partes. En una palabra, en este lugar eché los cimientos y tracé las líneas generales de todo lo que escribí más adelante.

En Clarens, además del trato con Eliseo Reclus y Lefrançais, que desde entonces siempre he cultivado, me hallaba en íntimas relaciones con los obreros, y aunque trabajaba bastante en la geografía, todavía me era dado contribuir en mayor escala que de ordinario á la propaganda anarquista.

VIII.

En Rusia, la lucha en favor de la libertad tomaba cada vez un carácter más alarmante. Varios procesos políticos habían sido vistos en las Audiencias — el de «los ciento noventa y tres», el de «los cincuenta», el de «el círculo de Dolguskin» y otros —, y en todos ellos el mismo hecho resultó aparente. La juventud estudiosa había ido á predicar el socialismo á los trabajadores del campo y á los de las fábricas, distribuyendo entre ellos folletos de la idea impresos en el extranjero, habiéndose hecho llamamientos á la revolución, de un modo vago é indeterminado, contra las opresivas condiciones económicas. Por último, no se hizo nada distinto de lo que ocurre en toda agitación socialista en cualquier país del mundo. No se hallaron trazas de cons-

piración contra la vida del zar, ni rastro alguno de que se preparaba una revolución, porque semejante cosa no existía. La gran mayoría de la referida juventud era en aquella época contraria á la violencia. Y mirando ahora con tranquilidad del ánimo hacia aquel movimiento que duró desde el 70 al 78, puedo afirmar, sin temor á equivocarme, que los más se hubieran dado por satisfechos con sólo haber podido vivir al lado de los agricultores y de los obreros, enseñarles y colaborar en cualquiera de sus múltiples capacidades, bien sea privadamente ó formando parte de las corporaciones locales, en donde una persona instruída y de buena voluntad puede ser de gran provecho á la masa del pueblo. Repito que, enterado, como estaba, de todo, puedo hablar así con profundo conocimiento de causa.

A pesar de lo cual, las sentencias fueron feroces y tan estúpidas como inhumanas, porque el movimiento, engendrado en el estado anterior del país, estaba demasiado arraigado para poder ser sofocado sólo por medio de la brutalidad.

Las condenas de seis, diez y doce años de trabajos forzados en las minas, seguidas de deportación perpetua á Siberia, eran cosa corriente. Hubo casos, como el de una muchacha que fué sentenciada á nueve años de trabajos forzados y destierro perpetuo á Siberia, por haber dado un folleto socialista á un trabajador; ese fué su crimen. Otra joven de catorce años, la señorita Gukouskaya fué transportada á perpetuidad á una remota aldea de Siberia, por haber intentado, como la Klarchen de Gøthe, inducir á una indiferente multitud á que libertara á Kovalsky y sus amigos cuando iban á ser ahorcados, acto tanto más natural en Rusia, aun desde el punto de vista de la autoridad, cuanto que la pena de muerte no existe en el país para los delitos comunes, y la aplicación de ella á los políticos constituía una novedad, una vuelta á tradiciones poco menos que olvidadas. Esta infeliz criatura, abandonada en un desierto, se suicidó arrojándose al Yenisei.

Aun aquellos que salían absueltos de los tribunales eran desterrados por los gendarmes á pequeñas aldeas en Siberia y al Nordeste de Rusia, donde forzosamente tenían que morir de hambre con lo que les pasaba el gobierno, esto es, siete y media pesetas al mes (tres rublos). En tales parajes no existe industria alguna, y al deportado le estaba estrictamente prohibido el dedicarse á la enseñanza.

Como si se tratara de exasperar á la juventud todavía más, á sus consortes no les mandaban á Siberia, sino que antes les hacían pasar un número de años en presidio, cuya triste vida hacía miraran con envidia la de los deportados en la región antes nombrada. Estas prisiones eran verdaderamente espantosas. En una de ellas, que, según dijo su capellán en un sermón, «no era más que un foco de fiebre tifoidea», la mortalidad alcanzó la aterradora cifra de veinte por ciento al año.

En las prisiones centrales, en las de trabajos forzados de Siberia y en la fortaleza, los presos tienen que acudir al plante de rancho, al del hambre, para ponerse á cubierto de la brutalidad de sus guardianes ú obtener ciertas condiciones, como alguna clase de trabajo ó autorización para leer en la celda, á fin de no ser víctimas de la locura en pocos meses.

Los horrores de semejantes huelgas, en las cuales los hombres y

las mujeres se niegan, durante siete ú ocho días consecutivos, á tomar toda clase de alimento, quedando después sin acción y con la mente extraviada, no parece afectar mucho á los gendarmes, los cuales ataban á los postrados presos con cuerdas y los alimentaban forzosa y artificialmente.

Las noticias de estas atrocidades se escapaban de los presidios, cruzaban las ilimitadas distancias de Siberia, extendiéndose en todas direcciones entre la juventud. Hubo un tiempo en que no se pasaba una semana sin que se diera á conocer alguna infamia de este género ó tal vez peor.

Esto fué causa de que la más terrible exasperación se apoderase de nuestros jóvenes. «En otros países —empezaron á decir— los hombres tienen el valor de sus convicciones. Un inglés ó un francés no soportarían semejantes ultrajes. ¿Porqué los hemos de tolerar nosotros? Resistamos con las armas en la mano las incursiones nocturnas de los gendarmes; hagámosles saber, al fin, que ya que la prisión equivale á una muerte lenta en sus manos, sólo muertos podrán apoderarse de nosotros». En Odessa, Kovalsky y sus amigos recibieron á tiros de revólver á los gendarmes que fueron una noche á prenderlos.

La contestación de Alejandro II á esta nueva actitud, fué la proclamación del estado de sitio. Se dividió el país en varios distritos, regido cada uno por un gobernador general, quien recibió la orden de ser implacable y ahorcar sin piedad á los que alteraran el orden. Kovalsky y sus amigos, que, como ya he dicho, recurrieron á la violencia, pero que con sus disparos no hirieron á nadie, fueron ejecutados. El patíbulo se puso á la orden del día; en dos años perdieron la vida en él veintitrés personas, incluyendo á un muchacho de diez y nueve años, que fué detenido fijando una proclama revolucionaria en una estación de ferrocarril; este acto — y llamo la atención sobre él — fué todo lo que resultó en su contra, y, sin embargo, murió, á pesar de ser un niño, con el valor de un hombre entero.

Entonces el santo y seña de los revolucionarios vino á ser «la propia defensa», lo mismo contra los espías que se introducían en los círculos bajo la máscara de amigos, y denunciaban miembros á diestro y siniestro, como medio de ser bien retribuidos por sus servicios, que contra los que maltrataban á los presos, ó los poderosos jefes de la policía del Estado.

Tres funcionarios de alta categoría y dos ó tres simples espías, cayeron en esta nueva fase de la lucha. El general Mézentroff, que indujo al zar á doblar las condenas después de la vista del proceso de los ciento noventa y tres, fué muerto en pleno día en San Petersburgo; un coronel de gendarmes, culpable de algo peor que eso, tuvo la misma suerte en Kieff, y mi primo Dmitri Kropotkin, gobernador general de Khatkoff, lo mataron de un tiro al volver de teatro. La prisión central, en donde primero se efectuó el plánte del hambre y se hizo comer á la fuerza á los presos, se hallaba á sus órdenes. En el fondo no era un hombre malo; sé que por su voluntad hubiera sido bueno para el preso; pero era débil y cortesano y no tuvo valor para sobreponerse al mal.

Una palabra suya hubiera bastado para evitar tales horrores. Alejandro II lo quería tanto y era tan grande su influencia en la corte, que su intervención hubiera sido probablemente aprobada. «Os doy las gra-

cias; habéis procedido en un todo de acuerdo con mis deseos», le dijo una vez el zar, dos años antes de esto, cuando vino á San Petersburgo á dar cuenta de la pacífica actitud que había adoptado en un tumulto llevado á cabo por la parte más pobre de la población y la benignidad con que fueron tratados los revoltosos. Pero esta vez aprobó el proceder de los carceleros, y la juventud de Khatkoff se exasperó tanto al ver cómo trataban á sus amigos, que uno de ellos lo mató.

* * *

A pesar de todo, la personalidad del emperador se descostaba de la lucha, y hasta el 79 nadie atentó contra él. El libertador de los siervos estaba rodeado de una aureola que lo protegía mucho más eficazmente que el enjambre de policías que le acompañaba á todas partes.

Si Alejandro II hubiera dado muestras en esta ocasión del menor deseo de mejorar el estado de cosas de Rusia; con que sólo hubiera llamado á uno ó dos hombres de aquellos con quienes colaboró durante el período reformista, y les hubiera ordenado abrir una investigación respecto á la situación del país ó únicamente la de los campesinos; si hubiese demostrado el menor propósito de limitar las facultades de la policía secreta, tales medidas hubieran sido acogidas con entusiasmo. Tan sólo una palabra le hubiese convertido nuevamente en «el libertador», y una vez más la juventud habría respetado la célebre frase de Hérzen: «¡Tú has conquistado, oh, galileo!» Pero, lo mismo que durante la insurrección polaca, sus tendencias despóticas se despertaron en él, é inspirado por Katkoff, apeló á la horca; así también ahora, siguiendo del mismo el consejo, no encontró nada más adecuado que hacer que el nombramiento de gobernadores militares que desempeñaran el oficio de verdugos.

Entonces, y sólo entonces, un puñado de revolucionarios — el Comité Ejecutivo — sostenidos, debo hacer constar, por el creciente descontento de las clases más cultas, y hasta por los mismos que giraban en torno del zar, declaró esa guerra contra el absolutismo que, después de varios infructuosos intentos, terminó con la muerte de Alejandro II.

Dos hombres, como ya tengo dicho, existían en él, y ahora el conflicto entre ambos, que había ido agrandándose durante toda su vida, asumía un aspecto verdaderamente trágico. Cuando tropezó con Solovioff, que le hizo fuego y erró el primer tiro, tuvo la suficiente presencia de ánimo para correr á la puerta más próxima, no en línea recta, sino en zigzags, mientras aquél seguía disparando, escapando así únicamente con un balazo en el sobretodo. También en el día de su muerte dió pruebas de un valor indudable. Enfrente de un peligro real era sereno; pero temblaba continuamente ante los fantasmas de su propia imaginación.

Una vez hizo fuego contra un ayudante, por haber éste hecho un movimiento brusco y creer él que atentaba contra su persona. Sólo por salvarse de la muerte entregó todo su poder imperial en manos de aquellos que, en vez de ocuparse de su señor, sólo pensaban en conservar sus lucrativas posiciones.

Era incuestionable que no dejaba de tener algún afecto á la madre de sus hijos, á pesar de vivir ya entonces con la princesa Yurievsky-Dolgoreiski, con quien se casó poco después de la muerte de la emperatriz. « No me habléis de ella; eso me hace sufrir demasiado », dijo más de una vez á Loris Melikoff. Y, sin embargo, tenía completamente abandonada á su mujer, que nunca se separó de su lado mientras era el libertador, y á quien dejó morir en el palacio relegada al olvido.

Un doctor en Medicina ruso, que ya no existe, manifestó á sus amigos que, aunque no era más que un extraño, se sentía dolorosamente afectado al ver la indiferencia con que se trataba á la emperatriz en su última enfermedad, hallándose, como es natural, alejadas de ella las damas de la corte, no teniendo á su lado más que dos fieles servidoras, recibiendo sólo una vez al día una breve visita oficial de su esposo, que vivía entre tanto en otro palacio.

Cuando el Comité Ejecutivo tomó la enérgica resolución de intentar volar el mismo palacio de Invierno, Alejandro II tomó una medida sin precedente: creando una especie de dictadura, é invistiendo con amplios poderes á Loris Melikoff. Este general era un armenio á quien el emperador había ya, en otra ocasión, dado las mismas facultades, con motivo de haber estallado la peste bubónica en el bajo Volga y amenazar Alemania con movilizar sus tropas y poner á Rusia en cuarentena si la plaga no se contenía. Y ahora que Alejandro veía que no era posible tener confianza ni aun en la policía de palacio, daba omnímodas facultades al mencionado general, y como éste tenía la reputación de ser liberal, de este paso se dedujo que la convocatoria de una asamblea nacional no se haría esperar mucho tiempo. Pero como después de esa explosión no se volvió de momento á intentar nada contra su existencia, recobró la serenidad, y pocos meses después, antes de que aquél hubiera podido realizar algo, pasó de dictator á ocupar el cargo de ministro de la Gobernación. Los repentinos accesos de tristeza de que anteriormente me he ocupado, y durante los cuales el emperador se lamentaba del carácter reaccionario que su reinado había asumido, ahora tomaban la forma de violentos paratismos acompañados de copioso llanto. Pasándose las horas enteras en ese estado, para desesperación de Melikoff. Después de lo cual acostumbraba á preguntar á su ministro: « ¿Cuándo estará listo vuestro proyecto de constitución? » Mas si dos días después aquél decía que ya se hallaba terminado, él parecía sorprendido y como olvidado de todo lo referente al particular, observando con tal motivo: « ¿Acaso lo he pedido yo? ¿Para qué? Mejor será que lo dejemos para mi sucesor. Que él haga ese regalo á Rusia ».

Si llegaban á sus oídos rumores de una nueva conjura, al punto se encontraba dispuesto á emprender cualquier cosa; pero cuando todo parecía tranquilo en el campo revolucionario, se volvía de nuevo del lado de sus consejeros del partido de la reacción y dejaba todo como estaba. Cuando esto sucedía, Melikoff esperaba á cada momento ser dimitido.

En Febrero del 81 dijo el ministro que se había fraguado otra nueva trama por el Comité Ejecutivo; pero por más que se había hecho, no se lograba conocer los detalles. Por cuya razón decidió Alejandro que se convocara una especie de asamblea deliberativa, compuesta de delegados de las provincias. Siempre pensando que le estaba reservada la misma

suerte que á Luis XVI, llamando á la proyectada reunión *Assemblée des Notables*, como la convocada por el mencionado monarca antes de la Asamblea de 1789. El proyecto tenía que presentarse ante el Consejo de Estado, pero de nuevo las vacilaciones le asaltaron. Solamente en la mañana del 1.º (13) de Marzo del 81, después de otro aviso alarmante de Loris Melikoff, fué cuando ordenó se presentara al referido alto tribunal el inmediato jueves. Esto ocurría en domingo, y Melikoff le indicó la conveniencia de no ir aquel día á la parada, por haber temores de que pudiera tener lugar un atentado. A pesar de lo cual fué á ella; quería ver á la gran duquesa Catalina (hija de su tía Elena Paulovna, que había sido una de las directoras del partido de la emancipación en el 61) y darle personalmente la buena nueva, tal vez como ofrenda expiatoria á la memoria de la emperatriz María. Y se dice que le habló de esta manera: « *Je me suis décidé á convoquer une Assemblée des Notables* ». Mas como esta tardía y limitada concesión no se había anunciado, al volver al palacio de Invierno fué muerto.

Todos saben cómo el hecho ocurrió. Se arrojó una bomba bajo su carruaje blindado para detenerlo, y varios circasianos de la escolta resultaron heridos. Rysaroff, que la tiró, fué preso en el acto. Entonces, aunque el cochero del zar le aconsejó con vivo interés que no descendiera, manifestándole que el vehículo había sufrido poco y en él podía conducirlo hasta palacio, él insistió en bajarse. Sin duda creyó que su dignidad militar le imponía el deber de acercarse á los soldados heridos y prestarles consuelo, como había hecho con los que lo fueron también durante la guerra turca, cuando un imprudente asalto á Plevna, y que amenazaba terminar en un terrible desastre, se efectuó el día de su santo. Acercándose á Rysaroff le hizo alguna pregunta, y al pasar después al lado de otro joven llamado Grinevetsky, éste lanzó otra bomba entre él y Alejandro II, á fin de que matara á los dos; y en efecto, ambos no vivieron más que pocas horas.

Allí quedó el emperador desangrándose sobre la nieve y abandonado de todo su séquito; todos habían desaparecido. Sólo los cadetes que volvían de la parada fueron los que lo recogieron del suelo, cubriendo su cuerpo tembloroso con un capote de cadete y su descubierta cabeza con una gorra de los mismos. Y el terrorista Emelianoff, con una bomba envuelta en un papel bajo el brazo, fué quien, á riesgo de ser preso sobre el terreno y luego ahorcado, corrió con los cadetes en auxilio del herido. La naturaleza humana está llena de estos contrastes.

De este modo terminó la tragedia de la vida de Alejandro II. La gente no podía comprender cómo era posible que un zar que tanto había hecho por Rusia, hubiera hallado la muerte á manos de los revolucionarios. Mas para mí, que por suerte fui testigo de los primeros pasos reaccionarios de Alejandro II y su decadencia gradual; que había podido apreciar el carácter complejo de su personalidad — el de un autócrata de nacimiento, cuyo genio violento sólo se hallaba parcialmente mitigado por la educación; el de un zar que poseía valor militar, pero no el que necesita un hombre de Estado, el de una persona de fuertes pasiones y débil voluntad —, era evidente que la tragedia se desarrollaba con la inevitable fatalidad de uno de los dramas de Shakespeare. El último acto ya estaba escrito para mí; desde el día que lo oí dirigirse

á nosotros los oficiales ascendidos, el 13 de Junio del 62, inmediatamente después de haber ordenado las primeras ejecuciones en Polonia.

IX.

Un pánico horrible se apoderó de los círculos de la corte en San Petersburgo, y Alejandro III, que, á pesar de su colosal estatura y fuerza física, no era hombre de gran valor, se negó á trasladarse al palacio de Invierno, retirándose al de su abuelo Pablo I, en Gatchina. Conozco bien ese antiguo edificio, construido tomando por modelo una fortaleza de Vauban, rodeado de osos y protegido por miradores, desde los cuales se podía bajar por escaleras secretas á las habitaciones del emperador. He visto la puerta reservada que hay en su despacho, desde la que se podía arrojar á un enemigo á la roca cortada á pico primero y al agua después, y la escalera secreta que conduce á prisiones subterráneas y á un camino subterráneo también, que viene á desembocar en un lago. Todos los palacios de Pablo I estaban edificados del mismo modo. Además, una galería subterránea, provista de aparatos eléctricos adecuados para evitar pudieran minarla los revolucionarios, se había construido en torno del palacio de Anichkoff, residencia de Alejandro III cuando no era más que presunto heredero.

Se formó una liga secreta para la protección del zar; se invitaba á entrar en ella á los oficiales de todas las graduaciones, induciéndoles á hacerlo así el ofrecimiento de triples pagas, á fin que se dedicaran al espionaje en el seno de todas las clases de la sociedad. Esto, como es natural, dió lugar á escenas verdaderamente cómicas. Dos oficiales, ignorando que ambos pertenecían á dicha liga, procuraban enredarse mutuamente en una conversación peligrosa durante un viaje en ferrocarril, procediendo luego á arrestarse recíprocamente, descubriéndose después que todo había sido tiempo perdido. Esta liga existe todavía en una forma regular, bajo el nombre de Okrana (Protección), y de tiempo en tiempo se entretiene en asustar al presente zar con toda suerte de « peligros » imaginarios, con objeto de no perder la colocación.

En el mismo período se formó otra organización aún más secreta, llamada la Liga Santa, bajo los auspicios del hermano del zar, Vladimir, con objeto de hacer frente de varios modos á los manejos revolucionarios, siendo uno de ellos el matar á aquellos emigrados políticos á quienes se considerase complicados en las últimas conspiraciones. Yo me encontraba incluido en ese número. El gran duque reprochó duramente á los oficiales de la liga por su cobardía, quejándose de que no hubiera entre ellos ninguno que tomara á su cargo realizar tal empresa, y uno que había sido paje de cámara en la época que yo estaba en el cuerpo fué elegido por la liga para llevarla á término.

* *

Lo cierto es que los emigrados no intervenían para nada en los trabajos del Comité Ejecutivo, que residía en San Petersburgo. Pretender dirigir conspiraciones desde Suiza, mientras que los que se hallaban en la capital se jugaban la cabeza continuamente, hubiera sido gran locura;

y como Stepniak y yo escribimos en varias ocasiones, ninguno de nosotros hubiese aceptado la misión, bien rara, en efecto, de formar proyectos de acción sin poder tomar parte en ellos. Pero es indudable que á los intereses de la policía convenía hacer creer que si se hallaban impotentes para proteger al zar, era debido á que todos los planes se fraguaban en el extranjero, según le comunicaban sus espías, que se hallaban al tanto de todo, según ellos.

Skobelev, el héroe de la guerra turca, fué también invitado á formar parte de dicha liga, pero no lo aceptó.

Según se desprende de escritos póstumos de Loris Melikoff, parte de los cuales fueron publicados en Londres por un amigo suyo, cuando Alejandro III vino al trono, y dudó si convocaría ó no la Asamblea de Notables, Skobelev le ofreció al primero y al conde Ignatieff (« el Pasha embustero », como le apodaron los diplomáticos de Constantinopla) arrestar al emperador y obligarle á firmar un manifiesto constitucional, en vista de lo cual se dice que el tal conde denunció el proyecto al zar, lo que le valió el nombramiento de primer ministro, en cuyo cargo apeló, siguiendo los consejos de M. Andrieux, el ex prefecto de policía de París, á varias estratagemas, con objeto de paralizar á los revolucionarios.

Si los liberales rusos hubieran mostrado algún valor, aunque fuera muy limitado, y no hubiesen carecido de facultades para organizar la acción, es seguro que en aquella época se habría convocado una Asamblea Nacional. De los mismos mencionados documentos se desprende que hubo un tiempo en que Alejandro III se encontraba dispuesto á realizarlo; así se lo hizo saber á su hermano. Y hasta el viejo Wilhelm I lo alentaba á seguir por ese camino. Sólo después de ver que los liberales no hacían nada, en tanto que el partido de Katkoff no daba paz á la mano, y Andrieux le aconsejaba que aplastara al nihilismo, indicándole el modo de efectuarlo (la carta en que se refiere á esto se halla en el folleto indicado), fué cuando el emperador se decidió al fin á declarar que continuaría siendo el jefe absoluto del Estado.

* *

Yo fui expulsado de Suiza por orden del Consejo federal, pocos meses después de la muerte de Alejandro II, á lo que no le dí importancia. Asediados por las potencias monárquicas á causa del asilo que el país ofrecía á los refugiados, y amenazados por la prensa oficial rusa de la expulsión en masa de todas las nodrizas y camareras suizas, cuyo número es considerable en el país, los gobernantes suizos, al decretar mi expulsión, dieron de ese modo una especie de satisfacción á la policía rusa. Pero considerado desde el punto de vista del interés suizo, sentí vivamente que semejante paso se hubiera dado, pues constituía una sanción de la teoría de « conspiraciones fraguadas en Suiza », siendo, al mismo tiempo, una prueba de debilidad, de la que Italia y Francia se aprovecharon bien pronto. Así que, dos años después, cuando Julio Ferry propuso á Italia y Alemania el reparto de Suiza, su principal argumento debió haber sido que el mismo gobierno del país había admitido que Suiza era « un hervidero de conspiraciones internacionales ».

Esta primera concesión dió margen á demandas más arrogantes, que dejaron á dicho país en un lugar mucho menos independiente del que de otro modo hubiese ocupado.

El decreto en cuestión me lo entregaron á poco de haber vuelto de Londres, adonde fui con motivo de un congreso anarquista celebrado en Julio del 81. Y una vez terminado aquél, permanecí algunas semanas más allí, escribiendo los primeros artículos sobre los asuntos rusos, según nuestro criterio, para la *Newcastle Chronicle*. En aquella época, la prensa inglesa no era más que un eco de las opiniones de Madama Navikoff — esto es, de Katkoff y de la policía de Estado rusa —, por lo que me sirvió de mucha satisfacción el que Mr. José Comen juzgara oportuno el ofrecermé hospitalidad en su publicación, para poder desde sus columnas defender nuestro modo de pensar.

Yo acababa de reunirme con mi mujer en la alta montaña, donde residía, próxima á la morada de Eliseo Reclus, cuando me dieron la orden de salir del país. Mandamos nuestro pequeño equipaje á la estación de ferrocarril más próxima, y nos dirigimos al Aigle, gozando por última vez del hermoso espectáculo de un panorama tan atractivo para nosotros. Algunas veces, creyendo acortar las distancias, nos apartábamos del camino y cruzábamos una loma, riéndonos después al ver que, en lugar de abreviar la marcha, no habíamos hecho más que prolongarla, teniendo que bajar hasta el fondo del valle para subir después arenosa pendiente.

El incidente cómico que siempre se presenta en tales casos, lo proporcionó una señora inglesa. Una dama ricamente vestida, reclinada al lado de un caballero, en un carruaje de alquiler, arrojó varias hojas de propaganda religiosa á los dos pobres que humildemente trajeados encontraron en el camino. Yo recogí los papeles del suelo; ella era evidentemente una de esas señoras que se tienen por cristianas y consideran como un deber el distribuir tales impresos entre los « inmorales extranjeritos ». Pensando que con seguridad habíamos de volver á encontrarla en la estación, escribí en una de las hojas los conocidos versos relativos á la suerte del rico en el reino de Dios, y otras citas igualmente apropiadas, en las que se decía que los fariseos eran los peores enemigos del cristianismo. Cuando llegamos al pueblo, la dama tomaba un refresco en su coche. Parecía indudablemente que prefería continuar el viaje en ese vehículo, á lo largo del risueño valle, mejor que ir empaquetada en el tren. Le devolví sus folletos cortésmente, diciéndole que había agregado algo que tal vez encontrara útil para su gobierno. Ella no sabía si tirármelos á la cara ó aceptar la lección con paciencia cristiana; sus ojos expresaron alternativamente ambos impulsos en un breve momento.

Como mi esposa se hallaba á punto de examinarse para tomar el grado de bachiller en Ciencias en la Universidad de Ginebra, nos establecimos, por el pronto, en una pequeña población francesa, llamada Thonon, situada en la costa saboyana del lago de Ginebra, permaneciendo allí un par de meses.

En cuanto á la sentencia de la Santa Liga, diré que me llegó un aviso procedente de los círculos más elevados de Rusia. Hasta el nombre mismo de la dama enviada de San Petersburgo á Ginebra, para ser el alma del negocio, me fué transmitido. Así que, yo no hice más que

comunicar el hecho y los nombres al corresponsal del *Times* en la última de las ciudades mencionadas, encargándole la publicación si ocurría algo en tal sentido, y, al efecto, inserté una nota en *Le Révolté*, no ocupándome más del asunto. Mi mujer, sin embargo, le dió más importancia á la cosa, y la dueña de la casa donde parábamos en aquel pueblecito, persona excelente, llamada madama Sansaux, y que había tenido conocimiento del asunto por medio de su hermana, que servía de niñera en casa de un agente ruso, se tomaba por mí un interés como si fuera de la familia. La casa se encontraba en las afueras del lugar, y cada vez que yo tenía que salir de noche, generalmente para esperar á mi esposa en la estación del ferrocarril, siempre hallaba pretexto para hacer que su marido me acompañara con una linterna. « Esperad nada más que un momento, señor Kropotkin — acostumbraba á decir —; mi marido tiene que ir por el mismo camino para comprar alguna cosa, y ya sabéis que lleva siempre una linterna ». O en otras ocasiones mandaba á su hermano para que me siguiera á cierta distancia, sin que yo lo notara.

X.

En Octubre ó Noviembre del 81, tan pronto como mi mujer pasó sus exámenes, nos trasladamos de Thonon á Londres, donde permanecimos cerca de doce meses. Pocos años nos separan de esa época, y, sin embargo, bien puedo decir que la vida intelectual de Londres y de toda Inglaterra era muy diferente entonces de lo que ha venido á ser después.

Todo el mundo sabe que en los años transcurridos del 40 al 50, dicho país se hallaba casi á la cabeza del movimiento socialista de Europa; pero durante los siguientes periodos de reacción que siguieron, ese gran impulso que tan profundamente había afectado á la clase trabajadora, y en el cual se dió á conocer cuanto hoy se alega en favor del socialismo científico ó anarquista, vino á quedar paralizado. Quedó olvidado, lo mismo en Inglaterra que en el Continente, y lo que los escritores franceses califican de « tercer despertar de los proletarios », no ha comenzado aún en aquel país. La labor de la comisión agrícola del 71, la propaganda entre los campesinos y los anteriores esfuerzos de los socialistas cristianos, han contribuído de algún modo á preparar el camino; pero el desbordamiento de las ideas socialistas que se observó en Inglaterra después de la publicación de *Progreso y Miseria*, de Enrique George, no lo hemos visto todavía.

El año que entonces pasé en Londres lo fué de verdadero extrañamiento. Para el que profesara ideas socialistas avanzadas, no había atmósfera donde poder respirar. Nada que indicara ese animado movimiento socialista que tan ampliamente desarrollado encontré á mi vuelta en el 86. Burns, Champion, Hardie y los otros jefes de los trabajadores, aun no se habían dado á conocer; la Sociedad Fabiana no existía; todavía no se había declarado socialista Morris, y las uniones de oficios, limitadas en Londres sólo á unos pocos privilegiados, eran hostiles á la nueva idea. Los únicos activos y francos representantes del movimiento eran la señora de Hyndman y su marido, con algunos trabajadores agrupados á su alrededor. Ellos celebraron en el otoño del 81 un pequeño congreso, y nosotros solíamos decir bromeando, lo que después de todo se

aproximaba mucho á la verdad, que dicha señora había recibido todo el congreso en su casa. Era indudable que el movimiento, más ó menos radical y socialista, que se iba abriendo camino en la mente de los hombres, no se manifestaba aún de un modo franco y despejado. Ese número importante de personas de ambos sexos que aparecieron en la vida pública cuatro años después, y sin declararse por completo socialistas, tomaron parte en varios movimientos relacionados con el bienestar é instrucción de las masas, habiendo creado ahora en casi todas las ciudades de Inglaterra y Escocia una atmósfera completamente nueva de reforma y una nueva sociedad de reformadores, aun no habían hecho sentir su influencia; pero, como es natural, ya existían, pensaban y se comunicaban las ideas; todos los elementos necesarios para difundir el movimiento, se encontraban allí; pero faltos de esos centros de atracción en que más tarde se fueron convirtiendo los grupos socialistas, se encontraban perdidos en el seno de la masa; no se trataban unos á otros, y hasta les faltaba un conocimiento exacto de sí mismos.

Tchaykosky estaba entonces en Londres, y, como en años anteriores, empezamos una propaganda socialista entre los trabajadores. Ayudados por algunos de éstos, con quienes entablamos relaciones en el congreso del 81, ó á quienes las persecuciones de Juan Most habían atraído hacia nuestro campo, frecuentamos los clubs radicales, hablando en ellos de los asuntos rusos, del movimiento de nuestra juventud en dirección al pueblo, y del socialismo en general. Nuestro auditorio era, por lo general, ridículo por lo limitado, pasando raras veces de una docena de personas. En varias ocasiones, un cartista de barba gris tomaba la palabra y nos manifestaba que hace cuarenta años se decía otro tanto en medio del entusiasmo que tales ideas despertaban en multitud de trabajadores, mientras que ahora todo estaba muerto y no había esperanzas de resurrección.

Mister Hyndman acababa de publicar su excelente exposición del socialismo marxista, con el título de *Inglaterra para todos*; y recuerdo que un día, en el verano del 82, le aconsejé sinceramente que publicara un periódico socialista. Le referí lo mal de recursos que estábamos cuando dimos á luz *Le Révolté*, presagiándole un éxito relativamente feliz si se decidía á probar fortuna. Pero tan sombrías se presentaban las líneas generales del proyecto, que él mismo, á pesar de su entusiasmo, creyó nada podría conseguirse, á menos de no contar con recursos propios para hacer frente á los gastos. Tal vez tuviera razón; pero, cuando poco antes de los tres años de esto emprendió la publicación de *Justice*, encontró muy buena acogida por parte de los trabajadores, y en los albores del 86 había tres periódicos socialistas, y la Federación social democrática era una sociedad de importancia.

En el verano referido hablé en un inglés no muy correcto ante la asamblea anual de los mineros de Durham; di conferencias en Newcastle, Glasgow y Edimburgo, sobre el movimiento ruso, y fuí recibido con entusiasmo, dando la multitud frenéticos vivas á los nihilistas en la calle, después de terminada la reunión. Pero mi mujer y yo nos encontrábamos tan solos en Londres, y nuestros esfuerzos para despertar una agitación socialista en el país resultaban tan estériles, que en el otoño del mismo año 82 decidimos volver otra vez á Francia. Teníamos casi

la seguridad que allí sería pronto detenido; pero ambos nos decíamos con frecuencia: «Mejor es una prisión francesa que esta tumba».

Los que propenden á hablar de la lentitud de la evolución, deberían estudiar el desarrollo del socialismo en Inglaterra. Lenta es la marcha de la evolución, pero no uniforme; tiene sus períodos soñolientos y otros de progreso acelerado.

XI.

Una vez más nos instalamos en Thonon, tomándole algunas habitaciones á nuestra antigua patrona madame Sansaux, y reuniéndose á nosotros un hermano de mi mujer que había venido á Suiza atacado de consunción.

En mi vida he visto tantos espías rusos como durante los dos meses que permanecí en dicho pueblo. Diré, para empezar, que desde que nos quedamos en la casa referida, un tipo sospechoso, que pretendía pasar por inglés, alquiló otro departamento de la misma. Una verdadera multitud rodeaba constantemente nuestra morada, procurando penetrar en ella con un pretexto cualquiera, ó contentándose con rondar por parejas y aun en grupos de tres ó cuatro juntos. Me figuro lo curiosos que serían sus informes, porque el espía forzosamente tiene que dar cuenta de algo, pues si manifestase que se había pasado una semana en la calle sin notar nada de particular, pronto le rebajarían el sueldo, si es que no lo despedían del todo.

Aquella era la edad de oro de la policía secreta rusa; la política de Ignatieff daba su fruto: había dos ó tres cuerpos de policía compitiendo entre sí, todos disponiendo de dinero en abundancia y metiéndose en las intrigas más atrevidas. El coronel Sudéikin, por ejemplo, jefe de uno de ellos — de acuerdo con un tal Degáeff, quien, después de todo, lo mató —, denunció los agentes de Ignatieff á los revolucionarios de Ginebra, ofreciendo á los terroristas rusos las mayores facilidades para matar al ministro de la Gobernación, conde Tolstoi, y al gran duque Vladimir, agregando que, de ese modo, llegaría él á ministro con poderes dictatoriales y el zar se hallaría por completo en sus manos.

Esta actividad de la policía rusa vino á tener como coronamiento, más adelante, el rapto del príncipe de Battemberg realizado en Bulgaria.

La policía francesa estaba también á la expectativa. El saber lo que se hacía en Thonon, les intrigaba. Yo continuaba editando *Le Révolté* y escribiendo artículos para la *Encyclopaedia Britannica* y la *Newcastle Chronicle*. ¿Pero qué informe se podía forjar de todo esto?

Un día, el gendarme de la localidad hizo una visita á mi patrona; había oído desde la calle el ruido producido por algún instrumento mecánico, y se figuraba que tenía yo en mi casa una prensa clandestina, lo que hizo aprovechar mi ausencia para pedirla á aquélla que se la enseñara. La señora le respondió que no había ninguna, y que tal vez el ruido á que él se refería era el causado por su máquina de coser; pero no dándose él por satisfecho con explicación tan prosaica, la obligó á ponerla en movimiento para poder comprobar si ambos sonidos tenían un origen común.

— ¿Qué hace todo el día? — le preguntó al ama.

- Escribir.
 — ¿Pero no hace más que eso?
 — A las doce se pone á aserrar madera en el jardín, y por las tardes sale á dar un paseo de cuatro á cinco. (Era en Noviembre).
 — ¡Ah, eso es! ¿A la caída de la tarde? — escribiendo en su libro de memorias —. No sale más que de noche.

En aquel tiempo no me di una explicación satisfactoria de esta especial atención por parte de los espías rusos, pero debe tener alguna relación con lo siguiente:

Cuando Ignatieff fué nombrado primer ministro, siguiendo los consejos de Andrieux, como ya tengo dicho, adoptó un nuevo plan. Mandó un enjambre de sus agentes á Suiza, encargándose uno de ellos de la publicación de un periódico que defendiera débilmente la extensión de la autoridad provincial en Rusia, pero cuyo principal objeto fuera combatir á los revolucionarios y separar de ellos á los emigrados que no simpatizaban con el terrorismo. Este era, indudablemente, un medio de sembrar la división. Después, cuando casi todos los miembros del Comité Ejecutivo habían sido presos en Rusia y sólo dos de ellos pudieron refugiarse en París, aquél envió allí un agente para proponer un armisticio, prometiendo que no se harían más ejecuciones con motivo de las conjuras que tuvieron lugar en el reinado de Alejandro II, aun cuando los sentenciados en rebelión cayeran en poder del gobierno, que á Chernysheusky se le dejaría volver de Siberia, y que se nombraría una comisión para revisar el caso de los que habían sido deportados á dicha región gubernativamente. Pidiendo en cambio al Comité Ejecutivo que no intentara nada contra la vida del zar, hasta que no terminaran las ceremonias de la coronación. Haciéndose, tal vez, también mención de las reformas que Alejandro III intentaba plantear en favor de los campesinos. El concierto se efectuó en París y fué respetado por ambas partes. Los terroristas suspendieron las hostilidades, y no se ejecutó á nadie por complicidad en los anteriores atentados; pero los que más adelante se vieron por ese concepto detenidos, fueron enterrados vivos en la Bastilla rusa de Schlüsselburgo, sin que se volviera á saber nada de ellos en quince años, y donde aun siguen muchos. Chernysheusky volvió de Siberia y recibió orden de permanecer en Astrakan, donde quedó separado de todo contacto con el mundo intelectual de Rusia, y pronto murió. Una comisión recorrió la Siberia, levantando la deportación á unos y fijándole á los demás un tiempo limitado. A mi hermano Alejandro le cargaron cinco años más.

Estando en Londres en el 82, me dijeron un día que un hombre que pretendía ser un agente *bona fide* del gobierno ruso y podía probarlo, quería entrar en negociaciones conmigo. «Decidle que si viene á mi casa rodará las escaleras», fué mi contestación. Es, sin embargo, probable que esto fuera debido á que Ignatieff, aun estando tranquilo respecto á un ataque del Comité Ejecutivo, temiera que intentaran algo los anarquistas y quisiera descartarme de la cuestión.

XII.

El movimiento anarquista experimentó un notable desarrollo en Francia durante los años 81 y 82. Se creía generalmente que el carácter francés era hostil al comunismo, y dentro de la Internacional se propagaba el «colectivismo» en su lugar. Lo que suponía la posesión en común de los instrumentos de producción, quedando á cargo de cada grupo el determinar si el consumo de la producción se habría de efectuar según los principios individualistas ó comunistas. Pero la verdad era, sin embargo, que lo que hallaba resistencia en Francia no era más que el comunismo monástico, *phalaestine* de las antiguas escuelas. Así que, cuando la Federación del Jura, en su congreso del 80, se declaró abiertamente anarquista comunista, esto es, en favor del completo comunismo, el anarquismo ganó muchos prosélitos en aquel país. Nuestro periódico empezó á circular allí con profusión; se sostenía una activa correspondencia con los trabajadores franceses, y un movimiento anarquista de importancia se desarrolló rápidamente en París y en algunas provincias, en particular en la región lionesa.

Cuando crucé la Francia en el 81, en mi viaje de Thonon á Londres, visité á Lyon, St. Etienne y Vienne, en cuyas poblaciones di conferencias, encontrando en ellas un considerable número de trabajadores dispuestos á aceptar nuestras ideas.

Hacia fines del 82 hubo en la región de Lyon una crisis terrible. La industria de la seda quedó paralizada, y la miseria entre los tejedores fué tan grande, que una multitud de criaturas esperaba todas las mañanas á las puertas de los cuarteles á recoger lo poco que podían darle los soldados. Este fué el principio de la popularidad del general Boulanger, que permitió esa distribución de alimento.

La situación de los mineros de esa misma región era igualmente bien precaria.

Yo no ignoraba que allí existía una gran fermentación; pero durante los once meses que permanecí en Londres perdí el estrecho contacto que antes tenía con el movimiento francés. A las pocas semanas de mi vuelta á Thonon, supe por los periódicos que los mineros de Montceau-Mines, perdida la paciencia á causa de las vejaciones de los neocatólicos dueños de las minas, habían empezado una especie de agitación; celebraban reuniones secretas, en las que se hablaba de huelga general; las cruces de piedra levantadas en todos los caminos que conducían á las minas, eran derribadas ó voladas con cartuchos de dinamita, con los que están familiarizados los mineros por su trabajo subterráneo, y de los que frecuentemente pueden disponer. En el mismo Lyon la situación tomó un carácter más violento. Los anarquistas, que eran bastante numerosos en la ciudad, no dejaban pasar ningún mitin de los políticos oportunistas sin aprovecharse para exponer allí sus doctrinas, ó, en último término, armar un escándalo monumental. En esas asambleas presentaban proposiciones encaminadas á que las minas y todo lo necesario para la producción, así como las habitaciones, vinieran á ser propiedad de la nación, las cuales eran aprobadas con entusiasmo, para horror de la burguesía.

La animosidad de los trabajadores contra los concejales oportunistas y políticos en general, así como contra la prensa, que se aprovechaba de todas las calamidades y en nada contribuía para contener la creciente miseria, era grande.

Como es corriente en tales casos, la furia de los pobres se vuelve especialmente contra los sitios destinados á diversiones y depravación, que se hacen tanto más odiosos en tiempo de desolación y miseria, cuanto que ellos representan para los trabajadores el egoísmo y la corrupción de las clases acomodadas. Un lugar mirado con particular prevención por aquéllos era el café subterráneo del teatro Bellecour, que permanece abierto toda la noche, y en el cual al amanecer podían verse á periodistas y hombres políticos comiendo y bebiendo en compañía de mujeres galantes.

No se celebraba ningún mitin sin que se hiciera alguna alusión amenazadora á dicho establecimiento, y una noche explotó un cartucho de dinamita, colocado allí por una mano desconocida. Un trabajador que asistía con frecuencia á dicho lugar, y era socialista, trató de apagar la mecha y fué muerto por la explosión, en tanto que algunos de los políticos que en él se encontraban de jolgorio resultaron ligeramente heridos. Al día siguiente, otro cartucho estalló á la puerta de una oficina de reclutamiento, y se dijo que los anarquistas se proponían volar la gran estatua de la virgen que se encuentra en uno de los parajes más elevados de Lyon. Se necesita haber vivido en dicha ciudad ó en sus alrededores para poder formarse idea de lo apoderado que está todavía del pueblo y las escuelas el clero católico, y comprender el odio que á éste le profesa el elemento masculino de la población.

En tal situación, las clases conservadoras fueron presa de terrible pánico; unos sesenta anarquistas — todos trabajadores y sólo un miembro de la clase media, llamado Emilio Gautier, que se hallaba en una excursión de propaganda en la provincia — fueron detenidos. La prensa de la localidad tomó á su cargo al mismo tiempo el incitar al gobierno á que me prendiera, presentándose como el jefe de la agitación, que había, venido expresamente de Inglaterra para dirigir el movimiento. Con ese motivo, numerosos espías rusos volvieron á pulular por nuestro pueblecito. Casi diariamente recibía cartas, escritas indudablemente por los esbirros de la policía internacional, haciendo mención de algún proyecto de atentado por medio de la dinamita, ó anunciándome misteriosamente la remesa de una fuerte partida de ella consignada á mi nombre. Formé una completa colección de dichas cartas, poniendo á cada una un epígrafe « Policía Internacional », llevándoselas la francesa al hacer un registro en mi casa; pero no se atrevieron á presentarlas en la Audiencia, ni me las devolvieron jamás.

Y no sólo reconocieron todas las habitaciones, sino que hasta mi mujer, que iba á Ginebra, fué arrestada en la estación de Thonon y registrada; pero, como es natural, nada se encontró que pudiera comprometerme, ni á los demás tampoco.

Transcurrieron diez días, durante los cuales quedé en completa libertad para irme cuando quisiera. Recibiendo en ese espacio de tiempo una multitud de cartas aconsejándome la marcha; una de ellas de un amigo ruso desconocido, tal vez algún miembro del Cuerpo diplomá-

tico, que parece me había tratado anteriormente, é indicaba que me convenía ponerme en camino en el acto, porque, de lo contrario, me exponía á ser la primera víctima del tratado de extradición que estaba á punto de terminarse entre Francia y Rusia.

Yo seguí donde estaba, y cuando el *Times* insertó un telegrama diciendo que había desaparecido de Thonon, le envié una carta con mi dirección, pues siendo tan grande el número de amigos presos, no sentía deseo alguno de partir.

En la noche del 21 de Diciembre murió mi cuñado en mis brazos; sabíamos que su enfermedad era incurable, pero es verdaderamente terrible ver extinguirse la existencia de una persona joven que lucha desesperadamente con la muerte. Tanto mi esposa como yo, quedamos profundamente afectados; tres ó cuatro horas después, cuando la triste mañana de invierno empezaba á clarear, vinieron los gendarmes á prenderme. Viendo el estado en que quedaba mi mujer, pedí permiso para permanecer á su lado hasta que terminara el entierro, prometiendo, bajo mi palabra de honor, estar á la puerta de la prisión á la hora convenida; pero hasta eso se me negó, y aquella misma noche me condujeron á Lyon.

Eliseo Reclus, avisado por telégrafo, vino al momento, dedicando á mi mujer todos los cuidados y atenciones propias de su hermoso corazón; otros amigos vinieron de Ginebra, y aunque el acto fúnebre fué completamente civil, lo que constituía una novedad en tan pequeña población, la mitad de sus habitantes concurrió al entierro, para demostrar así á mi mujer que los sentimientos de las clases desheredadas y los sencillos campesinos de Saboya estaban con nosotros y no con sus dominadores. Durante el curso de mi proceso, los agricultores acostumbraban á bajar de los pueblos de la sierra á la ciudad en busca de periódicos y á enterarse del estado de la causa.

Otro incidente que me impresionó mucho fué la llegada á Lyon de un amigo de Inglaterra, quien venía en representación de una persona muy conocida y estimada en el mundo político inglés, y en cuya familia pasé muchas horas felices en Londres, en el 82. Era portador de una cantidad importante, destinada á proporcionarme la libertad bajo fianza, manifestándome al mismo tiempo, en nombre de aquél, que no debía preocuparme más que de salir de Francia inmediatamente. Haciendo uso, sin duda, de algún procedimiento misterioso, consiguió hablar libremente conmigo — no en la jaula de dobles rejas en que me colocaban para comunicar con mi mujer —, afectándose él bastante por mi negativa á aceptar tal ofrecimiento, así como yo lo fuí también por aquella prueba de amistad emanada de una persona á quien, al par que á su excelente esposa, yo había aprendido en tan alto grado á apreciar.

El gobierno francés deseaba hacer de aquéllas uno de esos grandes procesos que producen una fuerte impresión en el país; pero no había medio de envolver á los anarquistas presos en la causa de las explosiones, pues hubiera sido necesario concluir por llevarlos ante un jurado que, probablemente, nos habría absuelto, y, en su consecuencia, aquél adoptó la maquiavélica política de perseguirnos por haber pertenecido á la Asociación Internacional de Trabajadores.

Hay en Francia una ley, votada inmediatamente después de la

caída de la *Commune*, por la cual se puede hacer comparecer á cualquiera ante un juez de instrucción, por haber pertenecido á dicha sociedad. El máximo de la pena es de cinco años, y el gobierno tiene siempre la seguridad de que el tribunal ordinario le dejará complacido.

La vista de la causa empezó en los primeros días de Enero del 83 y duró unos quince. La acusación fué, en verdad, ridícula, porque nadie ignoraba que ninguno de los trabajadores de Lyon había jamás pertenecido á la Internacional, y fracasó por completo, según puede verse por el siguiente episodio: El único testigo de cargo era el jefe de la policía secreta de la ciudad, hombre de edad á quien se trataba en la Audiencia con gran respeto. Su informe, justo es decirlo, fué muy imparcial respecto á los hechos. Los anarquistas, según él, se habían hecho los dueños de la situación, imposibilitando la celebración de mítins oportunistas, porque al defender en ellos el comunismo y el anarquismo, se apoderaban del auditorio. Viendo que hasta aquí se había expresado correctamente, me aventuré á hacerle una pregunta: « ¿Oyó usted hablar alguna vez de la Asociación Internacional de Trabajadores en Lyon? »

« Nunca », contestó con tristeza.

« Cuando volví del congreso de Londres, del 81, é hice cuanto pude por reconstituir la Internacional en Francia, ¿obtuve algún resultado? »

« No: la encontraban poco revolucionaria ».

« Gracias — le contesté, y volviéndome hacia el fiscal, agregué: — ¡He ahí toda vuestra acusación destruída por vuestro mismo testigo! »

Pero, á pesar de ello, todos fuimos condenados por haber pertenecido á la Internacional. A cuatro de nosotros se nos impuso el máximo de la sentencia, esto es, cinco años de prisión y dos mil pesetas de multa, y á los restantes, de cuatro años á uno. Durante la vista nada se intentó probar respecto á la Internacional; nadie se acordó de ella; sólo nos dijeron que habláramos sobre el anarquismo, lo que hicimos cumplidamente. De las explosiones no se dijo ni una palabra, y cuando dos ó tres compañeros de la localidad quisieron aclarar este punto, se les contestó con rudeza que no era por eso por lo que estaban procesados, sino por haber formado parte de la Internacional (á la que sólo yo pertenecía).

En tales casos nunca falta algún incidente cómico, y esta vez fué reemplazado por una carta mía. No se encontraba nada sobre qué basar la acusación; se habían hecho multitud de registros en las casas de los anarquistas franceses, pero no encontraron más que dos cartas mías, de las que la acusación trató de sacar el mejor partido posible. Una de ellas estaba escrita á un trabajador que se hallaba desanimado, y yo le hablaba de la gran época en que vivimos, los grandes cambios que se aproximaban, el nacimiento y desarrollo de las nuevas ideas, y otras cosas por el estilo. La epístola no era larga, y el fiscal no pudo sacar de ella gran provecho. La otra tenía doce carillas; iba dirigida á otro amigo francés, un joven zapatero que se buscaba la vida trabajando en su casa, teniendo á la izquierda, generalmente, un pequeño anafre de hierro, en el que él mismo se hacía su comida, y á su derecha un banquito, sobre el cual escribía extensas cartas á los compañeros sin levantarse de su asiento. Después de haber concluído la tarea que necesitaba para

cubrir los gastos de su existencia, extremadamente modesta, y mandar algunos francos á su anciana madre, que se hallaba en el campo, pasaba horas enteras escribiendo cartas, en las que desarrollaba los principios teóricos del anarquismo con admirable buen sentido é inteligencia. En la actualidad es un escritor muy conocido en Francia, y generalmente respetado por la integridad de su carácter. Desgraciadamente, en aquel tiempo solía llenar tres ó cuatro pliegos de papel sin poner ni una coma ni un punto, lo que dió motivo á que yo le escribiera una larga carta, en la cual le explicaba de qué modo el pensamiento escrito se subdivide en sentencias, cláusulas y frases, debiendo cada una de ellas terminar con el signo ortográfico correspondiente; en suma, le dí una pequeña lección sobre los elementos de puntuación, manifestándole lo mucho que ganarían sus escritos si adoptara tan sencillo plan.

Esta carta fué leída ante el tribunal por el fiscal, quien la aderezó con los más patéticos comentarios: « Ya habéis oído, señores, esta carta — dijo dirigiéndose á los magistrados —; la habéis escuchado. A primera vista no contiene nada de particular; se trata sólo de dar una lección de gramática á un trabajador... Pero — y aquí su voz vibró con acentos de profunda emoción — no con objeto de ayudar á un pobre obrero á adquirir la instrucción que él, debido probablemente á la pereza, no recibió en la escuela; no para ayudarle á ganarse la vida honradamente. ¡No!, señores; le escribió con objeto de hacerle odiosas nuestras grandes y hermosas instituciones, con el propósito deliberado de infiltrar así en él el veneno del anarquismo, con el único fin de hacer de él un enemigo más terrible todavía de la sociedad. ¡Maldito día en que Kropotkin puso la planta sobre el suelo francés! »

Por más que hicimos, todo el tiempo que duró el discurso no pudimos dejar de reír como criaturas; los jueces lo miraban como para decirle con la vista que traspasaba los límites de su misión; pero él no se daba cuenta de nada, y dejándose arrebatar por su elocuencia, continuó perorando, cada vez con aspecto más teatral y más cómica entonación. Realmente hizo todo lo posible por mostrarse digno de una recompensa del gobierno ruso.

Poco después de pronunciado el fallo, el presidente del tribunal fué ascendido; y en cuanto al fiscal y uno de los magistrados — aunque parezca increíble —, el gobierno ruso les ofreció la cruz de Santa Ana, y la república les permitió que la aceptaran. La famosa alianza rusa tuvo, pues, su origen en el proceso de Lyon.

En él se pronunciaron brillantes discursos anarquistas, de los que se ocupó toda la prensa, por oradores tan notables como el obrero Bernard y Emilio Gautier, mientras los demás acusados se presentaron en actitud resuelta, propagando nuestras doctrinas durante quince días, lo que contribuyó poderosamente á desvanecer el falso concepto que existía en Francia respecto al anarquismo, y á dar más impulso al socialismo en otras naciones.

Respecto á las condenas, se hallaban tan poco justificadas por los autos, que la prensa francesa — exceptuando los órganos oficiales — criticó acerbamente á los magistrados. Hasta el moderado *Journal des Economistes* censuró el veredicto, que « nada en la vista de la causa podía hacer prever ». La lucha entre el acusador y nosotros, fué un triunfo que alcanzamos ante la opinión pública.

Inmediatamente después se presentó á la cámara una proposición de amnistía que obtuvo sobre unos cien votos en su favor, repitiéndose lo mismo todos los años, adelantando siempre y ganando terreno, hasta que, al fin, fuimos libertados.

XIII.

La vista de la causa terminó, pero yo continué dos meses más en la prisión de Lyon; la mayoría de mis compañeros habían interpuesto recurso de alzada contra el fallo del tribunal correccional, y fué necesario aguardar el resultado. Cinco nos negábamos á hacer dicha reclamación, y yo continué trabajando en mi *pistole*. Un gran amigo mío — Martín, un pañero de Vienne — tomó otra al lado de la mía, y como ya estábamos condenados, se nos permitía pasear juntos; y si teníamos necesidad de comunicarnos alguna cosa en el resto del día, acostumbrábamos á hacerlo por medio de golpes en el muro, como en Rusia.

Durante mi residencia en Lyon, empecé á comprender la influencia terriblemente desmoralizadora de las prisiones sobre los presos, lo que me hizo más adelante condenar incondicionalmente toda la institución.

La cárcel de Lyon es un edificio moderno, construído en forma de estrella, según el sistema celular. El espacio entre los rayos de aquella está ocupado por pequeños patios asfaltados, y cuando el tiempo lo permite, se sacan los presos á trabajar al aire libre. La principal ocupación es apalea capullos para obtener borra de seda. También traen á estos patios, á horas determinadas, una multitud de infelices niños, flacos, enervados y mal alimentados — la sombra de lo que deben ser los niños —, á los que contemplaba yo á menudo desde mi ventana. La anemia se hallaba claramente escrita en todos sus pequeños rostros y de manifiesto en sus demacrados y temblorosos cuerpos; y, sin embargo, durante todo el día, lo mismo en los dormitorios que en los patios, en plena luz del sol, continuaban sus prácticas debilitantes.

¿Qué será de ellos después de haber pasado por esa escuela y salgan con su salud arruinada, su voluntad aniquilada y su energía deprimida? La anemia, con su limitado vigor, su falta de voluntad para el trabajo, su debilitada inteligencia y su pervertida imaginación, es mucho más responsable de los crímenes que la plétora, y este terrible enemigo de la raza humana es precisamente lo que se amamanta en las prisiones.

¡Y la enseñanza que esas criaturas reciben en aquel medio ambiente! El aislamiento mismo, aunque pudiera rigurosamente llevarse á la práctica, que no es posible, no bastaría á evitarlo; la atmósfera de toda prisión es una de glorificación de esa especie de juego en « saltos de habilidad », que constituye la verdadera esencia del robo, la estafa y toda clase de hechos igualmente antisociales. Generaciones enteras de futuros criminales son convertidos en estos pudrideros que el Estado sostiene y tolera la sociedad, únicamente por no querer oír hablar de sus propios males y analizarlos. « El que es preso en la infancia, lo será mientras viva », es lo que después oí á todos los interesados en asuntos criminales. Y cuando veía á esos niños y me hice cargo del porvenir que les aguardaba, no podía por menos de preguntarme continua-

mente: ¿Quién es el mayor criminal; esta criatura ó el juez que condena anualmente centenares de adolescentes á tal destino? No tengo inconveniente en admitir que el crimen del juez es inconsciente; ¿pero acaso los crímenes por que van á presidio las gentes son tan conscientes como se supone?

Había otro punto que pude, desde luego, apreciar desde la primera semana de mi encierro, pero que, por algo inconcebible, ha pasado inadvertido, tanto para el juez como para el escritor criminalista, y es el siguiente: que la prisión, en un inmenso número de casos, es un castigo que se hace sentir más duramente en personas completamente inocentes que en los mismos condenados á tal pena.

Casi todos mis compañeros, que representaban bastante bien el término medio de la población obrera, tenían mujer é hijo que sostener, ó hermana, ó madre anciana que sólo contaban para vivir con su trabajo. Y ahora, al quedarse abandonadas, todas estas mujeres hacían lo posible por encontrar trabajo, consiguiéndolo algunas, pero ni una siquiera logró ganar regularmente ni aun una peseta y media al día. Nueve y con frecuencia siete y media á la semana, era todo lo que podían alcanzar para mantenerse ellas y sus hijos, lo cual representa, como es natural, alimentación insuficiente, privaciones de todo género, quebrantamiento de la salud, debilidad del entendimiento y disminución de la energía y la voluntad. Pude, pues, apreciar ciertamente que lo que se hace en nuestras Audiencias no es más, en realidad, que el condenar á personas completamente inocentes á toda clase de trabajos, en la mayoría de los casos más duros todavía que aquellos á que el hombre mismo ha sido sometido.

La ficción consiste en hacer creer que la ley castiga al hombre imponiéndole una diversidad de trabajos degradantes, morales y físicos. Pero la naturaleza humana es de tal índole, que por duras que sean las penalidades á que se les destine, se habitúa á ellas gradualmente; si no puede modificarlas, las acepta, y después de un tiempo determinado, concluye por conformarse con ellas, como hace con una enfermedad crónica, y no darle importancia. Pero, en tanto dura su prisión, ¿cuál es la suerte de su mujer é hijos, ó de los otros seres inocentes que dependían de su ayuda? Esas personas han sido más cruelmente castigadas que él mismo. Y en nuestro modo rutinario de pensar, ninguno reflexiona jamás sobre la inmensa injusticia que de ese modo se comete. Si yo he podido apreciarla, lo debo únicamente á la experiencia.

**

A mediados de Marzo del 83, veintidós de nosotros, que habíamos sido condenados á más de un año de cárcel, fuimos trasladados con gran reserva á la prisión central de Clairvaux, la cual, en otro tiempo, había sido una abadía de San Bernardo, de la que la gran Revolución hizo un asilo para los pobres. Más tarde vino á convertirse en casa de corrección, nombre que, tanto los presos como los mismos empleados, la cambiaron, y con razón, con el nombre de « casa de corrupción ».

Mientras permanecemos en Lyon, se nos trató según se acostumbraba á hacer en Francia con los que sufren prisión preventiva; esto es,

se nos permitía usar nuestros vestidos, traer nuestra comida y alquilar por algunos francos al mes una celda mayor, á la que se da el nombre de « pistola ». De todo lo cual me aproveché, á fin de adelantar en mis trabajos para la *Enciclopedia Británica* y el *Siglo XIX*. Respecto al modo como nos tratarían en Clairvaux, nada sabíamos. En Francia, sin embargo, se cree generalmente que, tratándose de presos políticos, la pérdida de la libertad y la forzosa inacción son por sí mismas tan penosas, que no hay necesidad de agravarlas con molestias adicionales. Por cuyo motivo se nos dijo que seguiríamos bajo el mismo régimen á que habíamos sido sometidos en Lyon. Tendríamos alojamiento separado, conservaríamos nuestros trajes, no se nos impondría ninguna clase de trabajo y no se nos impediría el fumar.

« Aquellos de vosotros — dijo el gobernador — que deseen ganar algo con un trabajo manual, podrán hacerlo en el taller de costura ó en el de grabar en nácar. Estas faenas están mal retribuidas; pero no será posible ocuparos en los demás talleres, como el de camas de hierro, marcos dorados y otros, porque eso exigiría que estuviérais alojados con los demás presos ». Como á éstos, también se nos permitió comprar en la cantina algún alimento adicional y un cuartillo de vino diariamente, siendo todo barato y de buena calidad.

La primera impresión que me produjo Clairvaux fué muy favorable. Se nos había encerrado, y estuvimos viajando casi todo el día, desde las dos ó las tres de la mañana, en uno de esos pequeños departamentos en que, por lo general, están divididos los coches celulares destinados á los presos.

Cuando llegamos á la prisión central, se nos condujo temporalmente á la parte dedicada á penal, y fuimos colocados en celdas extremadamente limpias. A pesar de lo avanzado de la hora, se nos sirvió un rancho caliente, sencillo, pero de buena calidad, permitiéndonos el tomar cada uno medio cuartillo de *vin du pays*, que no era malo y se vendía en la cantina al reducido precio de veinticuatro céntimos el litro. Tratándonos, tanto el director como los demás empleados, con extremada cortesía.

Al día siguiente, el gobernador de la prisión me llevó á enseñarme el local donde pensaba colocarnos, y yo observé que me parecía bien, pero que las habitaciones eran demasiado pequeñas para tanta gente — éramos veintidós —, y tal aglomeración pudiera afectar á la salud; nos dió otras, situadas en lo que había sido en otro tiempo la casa del prior de la abadía y ahora estaba convertida en hospital. Nuestras ventanas daban á un pequeño jardín, y desde ellas se contemplaba una extensa campiña. En otra habitación del mismo edificio, el viejo Blanqui pasó los últimos tres ó cuatro años de su prisión. Antes de eso había estado confinado en una celda de la casa celular.

De este modo obtuvimos tres locales espaciosos, y además otro más pequeño, en donde nos colocaron á Gautier y á mí, á fin de que pudiéramos continuar nuestros trabajos literarios. Este último favor fué debido, probablemente, á la intervención de un respetable número de hombres de ciencia ingleses, que, desde el momento en que fuí condenado, firmaron una exposición pidiendo mi libertad. Muchos colaboradores de la *Enciclopedia Británica* como Heriberto Spencer y Smin-

burne se hallaban entre los firmantes, en tanto que Víctor Hugo puso con su firma algunas sentidas palabras. En fin, puede decirse que la opinión pública en Francia recibió nuestra condena con desagrado; y cuando mi mujer mencionó en París que me hacían falta libros, la Academia de Ciencias ofreció su biblioteca, y Ernesto Renan, en una carta afectuosa, ponía también la suya á nuestra disposición.

Teníamos un pequeño huerto en donde podíamos jugar á los bolos, y en el que pronto logramos cultivar un estrecho espacio á lo largo del muro del edificio, en el cual, en una superficie de ochenta metros cuadrados, cogimos una cantidad increíble de lechugas y rábanos, así como algunas flores. Como era natural, desde el primer momento se organizaron clases, y durante los tres años que permanecimos en Clairvaux, dí á mis compañeros lecciones en cosmografía, geometría y física, ayudándoles también en el estudio de idiomas. Casi todos aprendieron, por lo menos uno, inglés, alemán, italiano ó español, y algunos hasta dos, adquiriendo igualmente conocimientos en algo de encuadernación, cosa que aprendimos en uno de los excelentes libritos de la *Enciclopedia Roret*.

Al terminar el primer año, sin embargo, volvió de nuevo á resentirse mi salud. Clairvaux está edificado sobre terrenos pantanosos, donde la malaria es endémica, y ésta y el escorbuto se apoderaron de mí. Entonces mi esposa, que hacía sus estudios en París, trabajando en el laboratorio Würtz, y preparándose para el examen del grado de doctor en Ciencias, lo abandonó todo y se vino á la pequeña aldea de Clairvaux, que se componía de menos de una docena de casas agrupadas al pie del muro inmensamente elevado que rodeaba la prisión.

Inútil es decir que su existencia en semejante paraje con el referido muro á la vista, no tenía nada de halagüeña; pero no por eso dejó de permanecer allí hasta mi salida. Durante el primer año, sólo le permitían verme una vez cada dos meses, y esto en presencia de un capataz sentado entre ambos; mas cuando se estableció definitivamente allí, declarando su firme propósito de permanecer en aquel lugar, pronto la permitieron que me viera diariamente en una de las casitas que hay ya dentro de murallas, en la que había siempre un vigilante de servicio, y á donde me traía la comida de la posada donde estaba parando. Más adelante hasta nos permitieron dar una vuelta por el jardín del gobernador, vigilados, por supuesto, de cerca, reuniéndose algunas veces á nosotros en el paseo uno de mis compañeros.

Mucho me sorprendió el descubrir que la prisión central de Clairvaux tenía todo el aspecto de una pequeña población manufacturera, rodeada de huertos y campos sembrados de trigo, todo dentro del muro exterior.

La verdad es que, si en una prisión central francesa los confinados están tal vez más á merced del director y demás empleados de lo que parece se hallan en las inglesas, el trato de los presos es más humano que el de los establecimientos correspondientes al otro lado del Canal.

El sistema vengativo de la Edad Media, que aún subsiste en las prisiones inglesas, hace tiempo se ha abandonado en Francia. El preso no se ve obligado á dormir sobre una tarima ó tener un colchón en momentos determinados; el día que ingresa en la prisión le dan una cama

decente, que conserva el tiempo que dure su condena. No se ve obligado á hacer un trabajo degradante, tales como el de mover una candelaria ó coger estopa, sino que, por el contrario, se le emplea en un trabajo útil, y de ahí que la prisión tenga el aspecto, como ya he dicho, de una población industrial, donde se hacen utensilios en hierro, marcos de cuadros, espejos, medidas métricas, terciopelo, hilo, corsés de señoras, objetos de nácar, zapatos de madera y otras cosas por el estilo, por casi los mil seiscientos hombres que están allí encerrados.

Además, aunque el castigo por insubordinación es muy cruel, no hay, al menos nada de los azotes que aún se aplican en las prisiones inglesas. Tal castigo sería absolutamente imposible en Francia. Considerada en su conjunto, la prisión de que nos venimos ocupando puede clasificarse entre los mejores establecimientos penales de Europa. Y con todo eso, los resultados obtenidos en Clairvaux son tan malos como los alcanzados en cualquiera de las prisiones del antiguo sistema. « Ahora está de moda el decir que los corrigendos se mejoran — me dijo una vez uno de los individuos pertenecientes á la administración —, pero eso no es más que una majadería, y jamás me inducirán á propagar mentira semejante.

La farmacia de la prisión se hallaba bajo las habitaciones que nosotros ocupábamos, y algunas veces tuvimos relaciones con los presos que en ella se ocupaban. Uno de ellos era un hombre de cabellos grises, ya en los cincuenta, que cumplió estando nosotros allí. Impresionaba oírle antes de partir de la prisión; sabía que antes de algunos meses, ó semanas tal vez, estaría de vuelta, y le pidió al doctor que le guardara el destino que tenía en la farmacia. No era esta su primer visita á Clairvaux y él sabía que tampoco sería la última. Al recobrar la libertad no tenía á nadie en el mundo con quien poder ir á pasar la vejez. « ¿Quién se ha de ocupar de darme trabajo? — decía — ¿Y qué oficio tengo yo? ¡Ninguno! Cuando salga no tendré más remedio que ir á buscar á mis antiguos compañeros; ellos, por lo menos, me recibirán bien ». Después, al tomar un vaso de más en su compañía y hablar con calor de algún « nuevo golpe », en parte debido á la debilidad de carácter y en parte al deseo de complacer á los amigos, concluiría por entrar en el negocio, y volvería á caer una vez más, como ya le ha ocurrido antes en otras varias durante su vida. Dos meses pasaron, sin embargo, desde que salió, y aún no había vuelto á Clairvaux, por lo que, tanto los presos como los mismos empleados, empezaron á preocuparse de su suerte. « ¿Se habrá trasladado á otro distrito judicial, cuando no ha vuelto? Hay que esperar que no se haya metido en un negocio más hondo — solían decir, aludiendo á algo más que robo —. Sería una desgracia; era un hombre tan bueno y tan pacífico ». Pero pronto llegó á saberse que la primera suposición era la verdadera; vinieron noticias de otros penales, diciendo que ya estaba en uno de ellos el viejo, quien gestionaba su traslado á Clairvaux.

Los ancianos presentaban un cuadro lastimoso. Muchos de ellos habían empezado á conocer la prisión en la infancia ó en la primera

juventud; otros en la edad adulta. Pero « quien ha estado una vez preso, siempre vivirá en la prisión »; tal es el dicho derivado de la experiencia. Y una vez llegado ó pasado de la edad de sesenta, saben que allí han de terminar sus días. A fin de llegar á este resultado cuanto antes, la administración del penal acostumbraba á mandarlos al taller donde se tejían escarpines de fieltro hechos de todas clases de desperdicios de lana, siendo el continuo polvo del taller la causa determinante de la consunción que había de poner término á sus padecimientos; después de lo cual, cuatro compañeros de prisión llevaban al pobre viejo á la fosa común, siendo el guardián del cementerio y su perro negro los dos únicos seres que acompañaban su cadáver; y mientras el capellán de la prisión marchaba á la cabeza del fúnebre cortejo, recitando mecánicamente sus oraciones y mirando distraídamente á los nogales ó higueras del camino, y los cuatro cargadores disfrutaban de la momentánea libertad que dicho acontecimiento les proporcionaba, sólo el perro negro era el único afectado por la solemnidad de la ceremonia.

Cuando se efectuó en Francia la reforma de las prisiones centrales, se creyó que el principio de absoluto silencio hubiera podido mantenerse en ellas; pero es tan contrario á la naturaleza humana, que, por más que se ha hecho, no ha sido posible conservarlo.

Al observador externo la prisión le parece casi muda; pero, en realidad, la vida se desarrolla allí con tanta intensidad como en cualquier población de sus dimensiones. A media voz, al oído, por medio de palabras sueltas deslizadas á la carrera, y en una tira de papel, toda noticia de algún interés recorría inmediatamente el penal. Nada puede ocurrir entre los presos mismos ó en la puerta del edificio destinada á los empleados, ó en la aldea que da nombre al establecimiento, o en el dilatado mundo de la política parisiense, que no se comunique en el acto por todos los dormitorios, talleres y celdas. Los franceses son demasiado comunicativos para permitir que su telégrafo subterráneo pueda estar inactivo.

No teníamos contacto con los otros presos, y, sin embargo, sabíamos todas las noticias del día: « Juan, el jardinero, vuelve con dos años. La mujer de tal capataz ha tenido una gran pelotera con la del vigilante Fulano. Diego, el que está en el calabozo, ha sido sorprendido escribiendo una carta á Juan, el del taller de marcos. El animal de Fulano ya no es ministro de Justicia; ha caído el ministerio », y otras cosas por el estilo; y cuando se dice que « Perico ha cambiado dos camisetas de francla por dos cajetillas de tabaco », esto da la vuelta á la prisión en un momento.

En una ocasión, un abogadillo que estaba preso, deseaba remitirme una nota, á fin de que suplicara á mi mujer, que vivía en la aldea, que viera de cuándo en cuándo á la suya, que también se encontraba allí; y fué grande el número de hombres que se interesaron en la transmisión del mensaje, el cual tuvo que pasar no sé por cuántas manos antes de llegar á mi. Cuando en un periódico había algo que nos pudiera interesar, éste llegaba siempre á nuestro poder envolviendo una piedrecita que pasaba sobre el alto muro.

El estar confinado en una celda no es obstáculo para que haya comunicación. Cuando llegamos á Clairvaux y fuimos primero alojados en el departamento celular, era grande el frío que allí se sentía en el invierno; tanto, que apenas podía yo escribir, y cuando mi mujer, que se hallaba entonces en París, recibió mi carta, no reconoció la letra. Se dió orden de que las caldearan todo lo posible; pero no había manera de conseguirlo. Más tarde se supo que todos los tubos destinados á la conducción del aire caliente estaban obstruidos con papeles de todas clases, cortaplumas y una multitud de objetos pequeños que varias generaciones de presos habían ocultado en ellos.

Mi amigo Martín, de quien ya he hablado en otra ocasión, obtuvo permiso para pasar parte de su tiempo en una celda, lo que prefería á vivir en una habitación con doce compañeros. Pero, con gran sorpresa, vió que no estaba completamente, ni mucho menos, solo; las paredes y los ojos de las cerraduras hablaban; al poco tiempo todos los que se hallaban en ellas sabían quién era él, y pronto se vió relacionado con cuantos moraban en el edificio. Todo un sistema de vida se desenvuelve, como en una colmena, entre las celdas al parecer aisladas; sólo que esa vida toma á menudo tal carácter, que la hace pertenecer por completo al dominio de la psicopatía. El mismo Kraft-Ebbing no tiene idea del aspecto que asume con ciertos presos condenados á vivir en la soledad.

No repetiré aquí lo que he dicho en un libro, *En las prisiones Rusas y Francesas*, que publiqué en Inglaterra en el 86, en el cual trataba de la influencia moral de las prisiones sobre los presos. Hay, sin embargo, una cosa que debe tenerse en cuenta. La población penal se compone de elementos heterogéneos; pero considerando sólo á los que se toma generalmente por « criminales » natos, y de quienes tanto hemos oído hablar últimamente á Lombroso y sus partidarios, lo que más me impresionó respecto á ellos fué que las prisiones, consideradas como remedio contra los actos antisociales, son precisamente las que producen el efecto contrario.

Todos saben que la falta de educación, repugnancia á un trabajo regular, incapacidad física de hacer un esfuerzo continuado, amor extraviado á las aventuras, propensión al juego, falta de energía, una voluntad virgen é indiferencia por la suerte de los demás, son las causas que llevan á esa clase de gente ante los tribunales. Pues bien, vi con asombro durante mi prisión, que esos mismos defectos de la naturaleza humana que la cárcel se propone evitar, son los que ella engendra en sus moradores, y tiene necesidad de hacerlo así, porque es una prisión, y los engendrará mientras viva. El confinamiento en una prisión destruye por necesidad la energía del hombre y aniquila su voluntad; en la vida del preso no hay modo de ejercitar aquélla; el pretenderlo sería seguramente motivo de serios disgustos. La voluntad del que vive en prisión *debe* matarse y se le mata, quedando menos lugar aún para el ejercicio de las naturales simpatías, haciéndose hasta lo imaginable por evitar todo contacto con aquéllos, ya sean del interior ó del exterior, por quienes el preso sienta algún afecto. Física y mentalmente se le hace cada vez menos capaz de un esfuerzo sostenido, y si ya ha sentido repugnancia por un trabajo regular, ésta irá en aumento durante los años de prisión.

Si antes de ingresar por primera vez en la cárcel le molestaba fácilmente todo trabajo monótono que no le era dable hacer con propiedad y sentía repulsión hacia toda ocupación mal retribuida, esos sentimientos se convertirán en odio. Si antes dudaba respecto á la utilidad social de las leyes de moral establecidas, ahora, después de haber lanzado una mirada escrutadora sobre sus defensores oficiales y conocer la opinión de sus compañeros sobre el particular, las abandonará por completo. Y si la causa de su desgracia ha sido un desarrollo morboso del apasionado carácter sensual de su naturaleza, ahora, después de haber pasado un número de años en prisión, este carácter enfermizo se desarrollará aún más, en muchos casos en proporciones aterradoras. En este último concepto — el más peligroso de todos —, la educación del presidio es tan eficaz como deplorable.

En Siberia vi qué clase de antros de inmundicias y semillero de ruina moral y física eran las asquerosas cárceles, « no reformadas », y ya á la edad de diez y nueve años pensé que, si hubiera menos aglomeración en los dormitorios, una clasificación especial en los presos y se les proporcionara á éstos una ocupación agradable, la institución podría sensiblemente mejorarse.

Hoy tengo que desechar semejantes ilusiones; he podido convencerme á mí mismo de que, en cuanto á sus efectos sobre el preso y sus resultados para la sociedad en general, las mejores prisiones « reformadas » — sean ó no celulares — son tan malas, ó aún peores, que las sucias cárceles antiguas. Ellas no mejoran al preso; por el contrario, en la inmensa y abrumadora mayoría de casos, ejercen sobre ellos los efectos más lamentables. El ladrón, el estafador y el granuja que han pasado algunos años en un penal, salen de él más dispuestos que nunca para continuar por el mismo camino, hallándose mejor preparados para ello, habiendo aprendido á hacerlo mejor, estando más enconados contra la sociedad y encontrando una justificación más sólida de su rebeldía contra sus leyes y costumbres, razón por la cual tienen necesaria é inevitablemente que caer cada vez más hondo en la sima de los actos antisociales que por primera vez le llevaron ante los jueces.

Lo que el individuo haya de hacer después de cumplido, habrá de ser, forzosamente, mayor que lo antes realizado, viéndose condenado á terminar su vida en una prisión ó en una colonia de trabajos forzados. En el libro á que antes he hecho referencia, digo que las prisiones son « universidades del crimen, mantenidas por el Estado ». Y ahora, pensando sobre el particular, después de quince años, á la luz de la consiguiente experiencia, no puedo por menos que ratificarme en lo que entonces afirmé.

Personalmente no tengo razón alguna para quejarme de los años que pasé en una prisión francesa. Para un hombre activo é independiente, la limitación de ambas cosas, libertad y actividad, es por sí sola una privación tan grande, que de todas las restantes, de todas las pequeñas miserias de la vida en prisión, no vale la pena de ocuparse.

Como es natural, cuando oíamos hablar de la vida política tan activa que se hacía en Francia, sentíamos doblemente nuestra forzosa pasividad. El fin del primer año, particularmente si el invierno es triste, es siempre penoso para el preso, y al llegar la primavera se siente con

más fuerza que nunca la falta de libertad. Cuando vi desde nuestras ventanas los prados vistiéndose de verdura y los cerros envueltos en un manto gaseoso, ó al ver correr al tren por el valle hasta perderse entre las montañas, sentía vivamente grandes ansias de seguirlo y respirar el aire de la selva, ó ser arrastrado por la humana corriente á una populosa ciudad. Pero el que une su suerte á la de un partido avanzado, debe estar preparado á pasar algunos años en prisión, y no tiene derecho á quejarse; comprende que, aun preso, no es por completo una parte inactiva del movimiento que extiende y fortalece las ideas que le son tan queridas.

En Lyon, mis compañeros, mi mujer y yo, es indudablemente que encontramos muy groseros á los vigilantes y capataces, pero después de los primeros rozamientos, todo quedó arreglado. Además, la administración del establecimiento sabía que la prensa de París estaba á nuestro lado, y no querían traer sobre sus cabezas los truenos de Rochefort y la punzante crítica de Clémenceau, freno que, por otra parte, no se necesitaba en Clairvaux, pues pocos meses antes de llegar nosotros, todo el personal había sido renovado. No hacía mucho que un preso había sido muerto en la celda por los vigilantes, colgando después el cadáver para simular un suicidio; pero esta vez el médico no se hizo solidario del hecho; el director fué destituido, y la situación mejoró visiblemente en el interior de la prisión. Los recuerdos que conservo de su jefe, son, por cierto, agradables, y, en suma, mientras estuve allí pensé más de una vez que los hombres son mejores que las instituciones á que pertenecen. Pero, por lo mismo que no tengo agravios personales que vengar, puedo más libre é incondicionalmente condenar el sistema en sí mismo, como resto del obscuro pasado, falso en sus principios y fuente de innumerables males para la sociedad.

Algo más debo mencionar, por tratarse de una cosa que me impresionó, tal vez más que el efecto desmoralizador de las prisiones sobre los presos. Qué foco de infección es toda prisión — y hasta toda Audiencia, — por su vecindario, por la gente que vive en sus inmediaciones.

Si Lombroso, que tanto se ha ocupado del « tipo criminal », que pretende haber descubierto entre los presos, hubiera hecho los mismos esfuerzos para conocer la gente que mora en torno de los mencionados establecimientos — esbirros, espías, picapleitos, policías secretos, timadores y otros por el estilo, — hubiese tenido probablemente que convenir en que su tipo criminal tiene mayor extensión geográfica que las paredes de una cárcel. Jamás vi tal colección de rostros del más bajo tipo humano como los que encontré en los alrededores y en el interior del *Palais de Justice*, en Lyon, cosa que dentro de los muros de Clairvaux no había hallado.

Dickens y Cruikshank han inmortalizado algunos de estos tipos, los cuales no representan más que un mundo que revolotea alrededor de las Audiencias y difunde su infección en un gran radio en torno suyo, pudiendo decirse otro tanto de cada prisión central, como Clairvaux. Es una atmósfera de pequeños robos, estafas y raterías, espionaje y corrupción de todas clases que, como la mancha de aceite, invade cuanto le rodea.

Todo esto lo observé, y si antes de mi condena ya yo sabía que la sociedad se equivoca en su actual sistema de castigos, después de dejar á Clairvaux conocí que aquél no es sólo malo y erróneo, sino también sencillamente ridículo, cuando en parte inconsciente y en parte por ignorancia de la realidad, mantiene por su cuenta estas universidades de corrupción, bajo la ilusión de que son necesarias como un freno contra los criminales instintos del hombre.

XIV.

Todo revolucionario encuentra en su camino muchos espías y *agents provocateurs*, y á mí me ha tocado también mi parte correspondiente en el asunto. Todos los gobiernos gastan sumas considerables de dinero en mantener esta clase de reptiles; y, sin embargo, no son peligrosos más que para la gente joven. Quien haya tenido alguna vez experiencia de la vida y conocimiento de los hombres, pronto se da cuenta de que hay algo en torno de tales gentes que da motivo á recelar. Reclutadas en el fondo de la sociedad, entre hombres del tipo moral más bajo, con sólo fijarse en el carácter moral de la persona con quien se tropieza por primera vez, pronto se nota en las maneras de estos « soportes de la sociedad » algo chocante que da lugar á hacerse esta interrogación: ¿Qué ha atraído ese hombre hacia mí? ¿Qué cosa puede tener de común con nosotros? En muchos casos esta simple cuestión es suficiente para poner á uno en guardia.

Cuando fuí á Ginebra por primera vez, el agente del gobierno ruso encargado de espiar á los emigrados era bien conocido de todos nosotros. Aunque se daba el título de conde, como no tenía lacayos ni carruaje donde colocar su corona y sus armas, las había hecho bordar en la especie de manta que cubría su perrito.

Lo veíamos frecuentemente en los cafés, pero nunca le dirigimos la palabra; era, en verdad, un « inocente » que sólo se ocupaba en comprar en los quioscos todo lo que publicaban los refugiados, agregándole probablemente aquellos comentarios que más pudieran agradar á sus jefes.

Otros varios fueron llegando á dicha ciudad, á medida que el número de emigrados aumentaba, y, sin embargo, bien fuera de un modo ó de otro, también llegamos á conocerlos.

Cuando aparecía algún extraño en nuestro horizonte, se le preguntaba con la franqueza propia del nihilista sobre su pasado y su presente, descubriéndose bien pronto qué clase de persona era. La franqueza en las relaciones mutuas es indudablemente el mejor medio de establecer corrientes de armonía entre los hombres; pero en este caso, el valor de tal procedimiento era innegable. Multitud de personas á quienes ninguno de nosotros había conocido ú oído hablar de ellas en Rusia — absolutamente extrañas á los círculos — vinieron á Ginebra, y muchas de ellas á los pocos días, ó tal vez horas, de su llegada, se encontraban amigablemente relacionadas con la colonia de refugiados, lo que por ningún concepto lograron hacer jamás los espías. Estos pueden dar nombres de personas conocidas; les es posible proporcionar informes, algunas veces verdaderos, de su pasado en Rusia; pueden poseer á la perfección el lenguaje y las maneras del nihilista, pero no asimilarse

esa especie de moral nihilista que ha nacido y se ha desenvuelto en el seno de la juventud rusa, lo que por sí solo basta para tenerlos á cierta distancia de nuestra colonia; los espías pueden imitar todo menos eso.

Cuando yo trabajaba con Reclus, había en Clarens uno de ellos, de quien todos nos apartábamos. No conocíamos sus antecedentes, pero comprendíamos que no era de los «nuestros», y mientras más hacía por introducirse entre nosotros, más sospechoso se nos hacía. Jamás le había dirigido la palabra, lo que no era obstáculo para que él procurara relacionarse conmigo. Viendo que no podía hacerlo por los medios usuales, empezó á escribirme cartas, dando citas misteriosas para tratar de asuntos reservados en el bosque ú otro sitio parecido.

Por divertirme, acepté una vez su invitación y fui al lugar señalado, acompañado de un buen amigo que me seguía á cierta distancia; pero el hombre, que probablemente tendría su correspondiente colega, debió notar que yo no estaba solo y no pareció. Así me ahorré el placer de cambiar con él ni una sola palabra; además, trabajaba tanto entonces, que hasta los minutos los tenía distribuidos entre la Geografía y *Le Révolté*, sin ocuparme de otra cosa, y, sin embargo, más tarde supimos que el tal sujeto acostumbraba á enviar á la Sección Tercera informes detallados respecto á las supuestas conversaciones que había tenido conmigo, lo que en ellas me permití confiarle y el terrible complot que yo preparaba en San Petersburgo contra la vida del zar, todo lo cual se tomaba como moneda corriente en dicha capital y en Italia también. Un día que detuvieron á Cafiero en Suiza, le enseñaron formidables informes de espías italianos, quienes prevenían á su gobierno que Cafiero y yo, cargados de bombas, íbamos á entrar en Italia. Cuando la verdad era que jamás había estado yo en ese país ni tenido intención de visitarlo.

En cuanto á los hechos, sin embargo, no siempre los espías hacen castillos en el aire; á menudo refieren cosas verdaderas, pero todo depende del modo de decirlas. Cierta vez pasamos un rato divertido al conocer una reseña dirigida al gobierno francés por un espía del país, que nos siguió á mi esposa y á mí, cuando viajábamos en el 81 de París á Londres. El individuo, haciendo un doble juego, como ocurre con frecuencia, vendió su trabajo á Rochefort, quien lo publicó en su diario. Cuanto decía el espía era correcto; ¡pero qué modo de contarlo!

Por ejemplo, escribía: «Tomé el departamento inmediato al ocupado por Kropotkin y su mujer — era verdad que estaba allí; nos apercebimos de ello porque desde el primer momento procuró llamar nuestra atención con su cara sucia y repulsiva —, hablaron ruso todo el viaje, á fin de no ser comprendidos por los pasajeros — también esto es cierto; hablamos, como siempre, ruso —. Al llegar á Calais, ambos tomaron un caldo — lo cual es igualmente exacto, le tomamos; pero aquí empieza la parte fantástica del viaje. — Después de esto desaparecieron bruscamente, y fué en vano que los buscara por todas partes. Cuando se volvieron á presentar, él venía disfrazado y seguido de un cura ruso, que ya no se separó de él hasta que llegaron á Londres, donde perdí de vista

á este último. Como lo anterior, lo dicho es también verdadero. Mi mujer tenía una ligera molestia en un diente y le pedí permiso al encargado del restaurant para que ella pudiera entrar en su habitación á arreglárselo. Por lo que «desaparecimos»; y como teníamos que atravesar el Canal, me guardé mi sombrero de fieltro en el bolsillo y me encasqueté una gorra de pieles, de modo que quedé «disfrazado». En cuanto al misterioso cura, allí estaba, en efecto. No era ruso; pero eso no tiene importancia, pues la verdad es que vestía el traje de la iglesia griega. Lo encontré delante del mostrador, y pidiendo algo que nadie comprendía. «*Agua, agua*», repetía en un tono angustioso: «Dad al señor un vaso de agua», dije á un camarero, por cuyo motivo, el cura, admirado de mis extraordinarios conocimientos lingüísticos, empezó á congratularme por haber intervenido en su favor, con una efusión verdaderamente oriental. Mi esposa se compadeció de él y le habló en varios idiomas, pero ninguno de ellos entendía; al fin se logró averiguar que conocía algunas palabras de una de las lenguas eslavas del Sur, y pudimos sacar en claro que era griego y quería ir á la embajada turca en Londres, manifestándole nosotros que también íbamos á dicha capital y que podía venir en nuestra compañía.

La parte más divertida de esta historia fué que, casualmente, le pude proporcionar la dirección de la embajada turca, aun antes de haber llegado á Charing Cross, pues en una de las paradas que hizo el tren, dos señoras, muy elegantes, entraron en nuestro ya bien lleno departamento de tercera, cada una con un periódico en la mano. Una era inglesa y la otra, una mujer hermosa que hablaba bien francés, pretendía también serlo. Esta última, apenas habíamos cambiado algunas palabras, me dijo *à brûle pourpoint*: «¿Qué pensáis del conde Ignatieff?», é inmediatamente después: «¿Vais á matar pronto al nuevo zar?». Estas dos preguntas me pusieron al corriente respecto á su profesión; pero, pensando en mi cura, le dije: «¿Sabéis la dirección de la embajada turca?». «Calle tal, número tal», me dijo en el acto, como una niña en la academia. «¿Podrías tal vez darnos igualmente la de la embajada rusa?». — le pregunté, y habiéndomela comunicado con la misma prontitud, puse ambas en conocimiento del sacerdote.

Cuando llegamos al término de la jornada, la señora estaba tan deseosa de ocuparse de mi equipaje, que hasta intentó llevar ella misma un voluminoso paquete con sus manos enguantadas, por lo que, al fin, me vi obligado á decirle, con gran sorpresa suya: «Basta ya; las señoras no llevan el equipaje á los hombres. Podéis marcharos».

Pero volvamos al verídico espía francés. «Se bajó en Charing Cross — continuó diciendo —, pero durante más de media hora después de la llegada del tren no abandonó la estación hasta tener la seguridad de que todos los demás se habían marchado. Yo, mientras tanto, permanecí oculto tras una columna. Cuando vieron que ya no quedaba nadie en el andén, ambos corrieron á tomar un coche; pero yo hice otro tanto, sin embargo, y pude oír la dirección que el cochero dió á la salida al policía: 12, calle de tal, y seguí tras ellos velozmente, no encontrando vehículo alguno hasta la plaza de Trafalgar, donde lo tomé, continuando la persecución hasta verlos descender en la dirección indicada».

Todos los hechos que aquí se relatan son exactos, lo mismo la di-

rección que todo lo demás; pero qué misterioso aparece. Yo había prevenido á un amigo ruso mi llegada; mas aquella mañana la niebla era muy densa y él se quedó dormido. Lo estuvimos esperando media hora, y después, dejando allí nuestras maletas, nos dirigimos en carruaje á su domicilio.

« En la referida casa permanecieron con las cortinas echadas hasta las dos de la tarde, á cuya hora salió un hombre alto, que volvió una hora después con el equipaje ». Hasta la observación respecto á las cortinas era correcta; tuvimos que encender el gas á causa de la niebla, y corrimos aquéllas para librarnos del desagradable espectáculo que ofrecía una callejuela de Islington invadida por la neblina.

Cuando estaba trabajando con Eliseo Reclus en Clarens, acostumbraba á ir á Ginebra á presenciar la tirada de *Le Révolté*, y un día, al llegar á la imprenta, me dijeron que un caballero ruso deseaba hablarme. Ya lo había hecho con mis amigos, y les indicé que venía con propósito de inducirme á publicar en Rusia un periódico de la índole del nuestro, ofreciendo para tal fin todo el dinero necesario. Fuí á encontrarlo en un café, donde me dió un apellido alemán: el de Tohnlehm, diciéndome que era natural de las provincias del Báltico, jactándose de poseer una gran fortuna invertida en ciertos estados y empresas industriales, hallándose muy disgustado con el gobierno ruso por su proyecto de rusianización. La impresión que en general me produjo fué, hasta cierto punto, indeterminada; así que, mis amigos insistían en que aceptara su ofrecimiento; pero su aspecto, sin embargo, dejaba algo que desear.

Del café me llevó á sus habitaciones del hotel, donde empezó á mostrar menos reserva y aparecer tal como era, y, por consiguiente, más repulsivo. « No pongáis en duda mi fortuna — me dijo —; tengo además un invento de importancia, del que pienso sacar patente y hacer que me produzca una suma respetable, dedicándolo todo á la causa de la revolución en Rusia ». Enseñándome, con gran sorpresa mía, un candelero que sólo se distinguía por lo feo, y cuya originalidad consistía en tener tres pedacitos de alambre destinados á recibir la vela. Ni la mujer más pobre habría encontrado el invento útil, y aun cuando se hubiera registrado, ningún industrial hubiese dado por la patente más de cincuenta pesetas. « Un hombre rico, pensé, no es posible espere nada de semejante mamarracho; al hacerlo, indica claramente que no ha visto nada mejor, lo que me hace creer que no existían tales carneros, é indudablemente no tenía de rico más que el nombre; no siendo suyo el dinero que ofrecía ». Por lo que decidí hablarle de la siguiente manera: « Perfectamente; si tanto deseáis tener un periódico revolucionario ruso y habéis formado de mí la favorable opinión que habéis expresado, tenéis que depositar vuestro dinero en un banco, á mi nombre y á mi entera disposición. Pero os prevengo que no tendréis en él intervención alguna ». « Desde luego, así se hará — dijo él —; mas podré verlo, daros mi opinión sobre su marcha y ayudaros á introducirlo de contrabando en Rusia ». « No — repliqué —, nada de eso; no necesitaréis verme para nada ». Mis amigos se figuraron que yo había estado muy duro con el tal sujeto; pero algún tiempo después de eso se recibió una carta de S. Petersburgo, previniéndonos que recibiríamos la visita de un espía de la Sección Tercera, llamado Tohnlehm. El candelero nos fué, pues, de alguna utilidad.

* * *

Ya sea de un modo ú otro, estas gentes siempre se dan á conocer. Estando en Londres, en el 81, recibimos una mañana brumosa la visita de dos rusos; conocía á uno de ellos de nombre, pero no al otro, á quien éste recomendaba como su amigo. Y según dijeron, el último se había ofrecido á acompañar al primero á una visita de varios días á Londres. Como su introductor había sido un amigo, no me inspiró la menor sospecha; pero como estaba muy ocupado aquel día, encargué á un amigo que vivía allí cerca que les tomara habitaciones y los acompañara á ver Londres. Y como mi mujer no había visto tampoco la capital, fué con ellos; mas al volver á la noche, me dijo: « Ese hombre no me gusta nada; mucho ojo con él ». « ¿Pero por qué? ¿Qué ha ocurrido? » — le pregunté —. « Nada, absolutamente nada — me replicó —; pero por el modo de tratar al camarero en el café y en la manera de andar con el dinero, vi, desde luego, que no era de los nuestros, y no siéndolo, ¿á qué viene en busca nuestra? » Creyendo tanto en lo justo de sus sospechas, que, sin dejar de cumplir sus deberes en cuanto á la hospitalidad, se manejó de tal modo que no lo dejó solo en mi estudio ni una vez siquiera. En nuestra conversación con él se mostró á tan bajo nivel moral, que hasta avergonzó á su compañero, y al pedir más antecedentes suyos, la explicación que dieron ambos no tuvo nada de satisfactoria. Lo que dió lugar á que los dos estuviéramos en guardia; por último, á los dos días se fueron de Londres, y quince días después recibí carta de mi amigo, llena de excusas por haber presentado á un joven que, según había descubierto en París, era un espía al servicio de la embajada rusa. Esto me hizo fijar la vista en una lista de agentes de la policía secreta rusa que prestaban servicio en Francia y Suiza, que nosotros los emigrados habíamos recibido del Comité Ejecutivo, que tiene ramificaciones en todo San Petersburgo, y hallé en ella el nombre del joven sólo con una letra alterada.

El lanzar un periódico subvencionado por la policía, con un agente de ésta á su frente, es un antiguo plan, al que recurrió el prefecto de policía de París, Andrieux, en el 81. Estaba yo pasando unos días en casa de Reclus, en la sierra, cuando recibimos una carta de un francés, ó mejor dicho un belga, en la que nos anunciaba que iba á publicar un periódico anarquista en París, y pedía nuestra colaboración.

La carta, en la que rebosaba la adulación, nos produjo una desfavorable impresión, y además Reclus tenía un vago recuerdo de haber oído el nombre del autor mezclado en un asunto poco edificante. Decidimos, pues, negarnos á ello, y yo escribí á un amigo de París, encargándole que se enterara de dónde procedía el dinero destinado á tal empresa, porque pudiera ser de los orleanistas, á cuyo recurso habían apelado éstos en otras ocasiones, razón por la cual deseábamos conocer su origen. Y el amigo referido, procediendo con una rectitud de obrero, leyó dicha carta en un mitin, en presencia del mismo interesado, quien pretendió agraviarse, por lo que tuve que escribir otras varias sobre el mismo tema, pero en todas ellas permanecí aferrado á esta idea: « Si el hombre es de buena fe, debe mostrarnos la fuente del dinero ».

Y eso fué lo que hizo al fin de cuentas. Acosado por tanta cuestión, dijo que el dinero procedía de su tía, una señora rica, de opiniones retrógradas que, dominada, sin embargo, por el deseo de tener un periódico, lo había proporcionado. La señora no se hallaba en París sino en Londres, y como insistiéramos, no obstante, en tener sus señas, las obtuvimos por último, y nuestro amigo Malatesta se ofreció á ir á verla, lo que efectuó acompañado de un amigo italiano que tenía algunas relaciones en el comercio de muebles de segunda mano. La hallaron viviendo en un piso bajo, y mientras Malatesta hablaba con ella, estando cada vez más convencido de que todo era una comedia, el otro, fijándose en el mobiliario, descubrió que éste había sido alquilado el día antes, probablemente en un almacén próximo, pues el membrete del negociante aún estaba pegado en las sillas y mesas. Esto no era una prueba concluyente, pero, sin embargo, vino á aumentar nuestras sospechas, negándome yo en absoluto á tener nada que ver con la publicación.

La cual era de una violencia exagerada: incendios, asesinatos y bombas de dinamita, era todo de lo que se ocupaba. Cuando fui al congreso de Londres encontré dicho individuo, y desde el momento que vi no se lavaba la cara, oí algo de su conversación y me hice cargo de la clase de mujer que lo acompañaba, mi opinión respecto á él quedó formada. Durante el congreso presentó una serie de proposiciones espeluznantes, y todos se mantuvieron alejados de él. Después, cuando insistió en que le dieran las direcciones de todos los anarquistas del mundo, la negativa no pudo ser más significativa.

Para abreviar, diré que á los dos meses fué desenmascarado, suspendiéndose el periódico al día siguiente para no aparecer más. Dos años después de esto, el prefecto de policía, Andrieux, publicaba sus memorias, en cuyo libro aludía al periódico referido, que había sido obra suya, así como las explosiones que sus agentes habían organizado en París, colocando latas de sardinas, llenas de cualquier cosa, bajo la estatua de Thiers.

* * *

Sobre este particular podría escribir varios capítulos; pero no haré más que contar una nueva historia referente á dos aventureros en Clairvaux.

Mi mujer paraba en la única posada de la aldea que se había formado á la sombra de los muros de la prisión. Un día la patrona entró en su habitación con un mensaje de dos caballeros que habían llegado al hotel y querían ver á mi esposa. Dicha mujer intercedió con toda su elocuencia en su favor. «¡Oh!, conozco bien el mundo — dijo ella —, y puedo aseguráros, señora, que son dos cumplidos caballeros. No es posible hallar nada más *comme-il-faut*. Uno de ellos se dice oficial alemán; con seguridad es un barón ó un milord, y el otro, su intérprete. Ellos os conocen perfectamente: el barón va ahora á Africa, de donde tal vez no vuelva más, y desea veros antes de partir».

Mi esposa miró la tarjeta de visita, en la que se leía: *A madame la «Princesse» Kropotkine. Quand à voir?*, y no necesitó más comentarios respecto á la cultura de los dos caballeros. En cuanto al contenido

de la nota, resultaba aún peor que la dirección. Contra todas las reglas gramaticales y careciendo de sentido común, el «barón» escribía sobre una comunicación misteriosa que tenía que hacer. Y como ella se negara rotundamente á recibir el autor de tal epístola y su intérprete, el primero le escribió un sin fin de cartas, que ella devolvía sin abrirlas.

La aldea se dividió pronto en dos bandos: uno colocándose al lado del barón y dirigido por la patrona, y el otro en contra suya y teniendo por jefe á su marido. Con tal motivo, se forjó una verdadera novela: el barón había conocido á mi mujer antes de su casamiento, habiendo bailado con ella muchas veces en la embajada rusa en Viena. El la amaba todavía, pero ella, insensible y cruel, no quiso permitir ni que la viera antes de emprender su peligrosa expedición.

Después de esto vino la misteriosa historia de un hijo, que se decía ocultábamos nosotros. «¿Dónde está el niño? — preguntaba el barón —. Tienen un hijo que á esta fecha debe tener seis años; ¿qué ha sido de él?» «Ella no se separaría de un hijo si lo tuviera», decían los de un partido. «Sí, lo tienen, pero lo ocultan», agregaban los del contrario.

Para nosotros esta disputa contenía una revelación muy interesante. Nos demostraba que mis cartas, no sólo eran leídas por los empleados de la prisión, sino que su contenido llegaba también á conocimiento de la embajada rusa. Estando yo en Lyon y habiendo ido ella á ver á Elíseo Reclus en Suiza, me escribió una vez diciendo que «nuestro niño» iba muy bien; tenía una salud excelente, y todos habían pasado un rato agradable en el quinto aniversario de su nacimiento. Yo sabía que se refería á *Le Révolúé*, al que acostumbábamos á llamar en nuestras conversaciones «nuestro *gamin*», nuestro niño travieso. Mas ahora que estos caballeros preguntaban por «nuestro hijo» y hasta designaban tan correctamente su edad, era evidente que la carta había pasado por más manos que las del director de la prisión, lo cual era conveniente saber.

Nada pasa inadvertido para la gente de una aldea, y el barón se hizo pronto sospechoso; escribió una nueva carta á mi mujer, más extensa aún que las anteriores. En ella pedía que le perdonara por haber pretendido presentarse como un antiguo amigo; declaraba que nunca se habían conocido, y, sin embargo, se hallaba animado de las mejores intenciones. Tenía que comunicarle algo importante; mi vida estaba en peligro y quería prevenirla.

El barón y su secretario salieron á dar una vuelta por el campo, para tratar de esto sin testigos y ponerse de acuerdo sobre el contenido de la mencionada misiva; pero el guarda bosque, que los había visto, los siguió á cierta distancia, observando que, después de una disputa, se rompió la carta, tirando los pedazos al suelo. Entonces esperó aquél á que se fueran, recogió los fragmentos, los coleccionó en su lugar y pudo leerla. Una hora después toda la aldea sabía que el barón jamás había conocido á mi mujer, desbaratándose completamente la novela que tan sentimentalmente repetían los partidarios del barón.

«¡Ah!, entonces no son lo que pretenden — dijo á su vez el cabo de la gendarmería —; «deben ser espías alemanes»; y los arrestó.

Hay que decir en su favor que verdaderamente había estado un espía alemán en Clairvaux poco antes. En tiempo de guerra, el vasto

edificio de la prisión podría muy bien servir como depósitos de provisiones ó cuarteles para el ejército, y es indudable que el Estado Mayor alemán tenía interés en conocer la capacidad interna del local. Para conseguirlo, vino á la aldea un fotógrafo ambulante y jovial, que conquistó la amistad de todos fotografiándolos de balde, siendo admitido para que sacara vistas, no sólo del interior del patio, sino también de los dormitorios, después de lo cual se trasladó á otra población de la frontera del Este, donde fué preso por las autoridades francesas, por haber encontrado en su poder documentos militares comprometedores. Y como el cabo recordaba lo ocurrido, vino á creer que el barón y su acompañante eran espías también, y los llevó presos al pueblecito de Bar-sur-Aube; pero á la mañana siguiente fueron puestos en libertad, manifestando el diario de la localidad que no eran espías alemanes, sino « personas comisionadas por otra potencia más amiga ».

Lo que dió lugar á que la opinión pública le volviera la espalda al barón y su secretario, á quien le aguardaban nuevas aventuras. Una vez en libertad, entraron en un pequeño café del pueblo, donde desahogaron mutuamente su pecho en alemán, como buenos amigos, mientras vaciaban una botella de vino.

« Estuvisteis estúpido y cobarde — el que hacía de intérprete dijo al que pasaba por barón —; si me hubiera encontrado en vuestro lugar, le hubiera pegado un tiro á ese juez de instrucción con este revólver. Que intente conmigo algo semejante, y verá si le alojo una bala en la cabeza », y otras cosas por el estilo.

Un viajante de comercio, que estaba sentado tranquilamente en un rincón de la sala, corrió en el acto á casa del comandante del puesto de gendarmes á dar cuenta de la conversación que había oído, y éste dió inmediatamente parte del hecho á sus superiores, volviendo á arrestar al secretario, que era un farmacéutico de Strasburgo. Se le hizo comparecer ante el tribunal de policía, en la referida población de *Bar-sur-Aube*, y le salió un mes de cárcel, « por amenazas pronunciadas contra un magistrado en sitio público ». Más adelante, el barón se vió metido en otro lío, y la aldea no recobró su tranquilidad hasta que se marcharon los dos extranjeros.

No he hecho más que relatar aquí muy pocas de las historias de espías que pudiera contar; pero cuando se piensa en los miles de bribones que andan por el mundo al servicio de todos los gobiernos — y á menudo bien pagados por sus villanías —, en las redes que tienden á las gentes desprovistas de malicia, en la vasta suma de dinero perdido en el sostenimiento de ese ejército reclutado en las capas más bajas de la sociedad y entre la población de las prisiones, en la corrupción de toda clase que ellos vierten en el seno de la sociedad, y hasta pudiera decirse en el de las familias, no es posible dejar de admirarse de la inmensidad del mal que por este concepto se causa.

XV.

Peticiones en favor de nuestra libertad aparecían continuamente, lo mismo en la prensa que en la Cámara de los Diputados — con tanto más motivo, cuanto que en igual época en que nosotros fuimos condenados lo fué también Luisa Michel, ¡por robo! —; Luisa, que siempre da literalmente su último manto ó abrigo á la mujer que lo necesita, y á quien nadie pudo obligar á comer mejor que sus compañeros de prisión, porque siempre daba á éstos lo que le mandaban á ella, fué condenada en unión de otro compañero, Pouget, á nueve años de prisión por robo en despoblado. Esto resulta odioso hasta para los oportunistas de la clase media.

Un día, iba ella á la cabeza de una manifestación de los parados, y entrando en una panadería, tomó varios panes y los distribuyó entre los hambrientos; este era su crimen. Así, pues, la libertad de los anarquistas vino á ser un grito de guerra contra el gobierno, y en el otoño del 85, todos mis compañeros, menos tres, fueron puestos en libertad por un decreto del presidente Grévy, después de lo cual las voces demandando la libertad de ella y la mía se elevaron más aún. Alejandro III, sin embargo, era contrario á tal medida, y en una ocasión el primer ministro, M. Freycinet, contestando una interpelación de la Cámara, dijo que « dificultades diplomáticas ofrecían obstáculos á la liberación de Kropotkin ». Palabras bien extrañas, por cierto, en boca del primer ministro de un país independiente; pero otras peores se han oído desde entonces, con relación á esa desgraciada alianza de Francia con la Rusia imperial.

A mediados de Enero del 86, tanto Luisa Michel y Pouget, como los cuatro de nosotros que quedábamos en Clairvaux, fuimos puestos en libertad.

Esta significaba también la de mi mujer, cuya prisión voluntaria en la aldea, á las puertas mismas del penal, había empezado á alterar su salud, por lo que nos trasladamos á París para pasar unas semanas con nuestro amigo Elías Reclus, escritor profundo en antropología, á quien fuera de Francia confunden á menudo con su hermano Eliseo, el geógrafo. Una estrecha amistad ha unido á los dos hermanos desde la infancia. Cuando llegó la hora de que entraran en la universidad, fueron juntos desde un pueblecito del valle de la Gironda á Strasburgo, haciendo el viaje á pie, como dos jóvenes errantes, acompañados de su perro, y al detenerse en algún poblado, el animal era el que se comía la sopa, en tanto que los dos hermanos se alimentaban con pan y manzanas. Desde Strasburgo, el más pequeño se dirigió á Berlín, á donde fué atraído por las conferencias del gran Ritter. Más tarde, del 40 en adelante, se hallaron en París, y Elías se hizo un convencido fourierista, viendo ambos en la república del 48 el advenimiento de una nueva era de evolución social. Así que, á consecuencia del « golpe de estado » de Napoleón III, los dos tuvieron que dejar á Francia y emigrar á Inglaterra.

Cuando se votó la amnistía y volvieron á París, Elías publicó allí un periódico fourierista cooperativo, que circuló ampliamente entre los trabajadores.

No es un hecho generalmente conocido, pero no deja de tener algún interés el manifestarlo, que Napoleón III, que representaba el papel de César, interesado, como correspondía á tal personaje, por la suerte de las clases trabajadoras, acostumbraba á mandar uno de sus ayudantes á la imprenta donde se hacía la tirada, para llevar á las Tullerías el primer ejemplar que saliera de máquina. Estando posteriormente hasta dispuesto á patrocinar á la Internacional, con la condición de que habían de poner en sus estatutos algo que expresara su confianza en los grandes planes socialistas del dictador, ordenando que la persiguieran cuando los internacionales se negaron terminantemente á hacer semejante cosa.

Cuando se proclamó la Commune, los dos se unieron á ella con júbilo, y Elías aceptó el puesto de encargado de la Biblioteca Nacional y el Museo del Louvre, á las órdenes de Vaillant. A su previsión y asiduidad debemos, hasta cierto punto, la conservación de los inapreciables tesoros de conocimientos humanos y arte acumulados en esas dos instituciones durante el bombardeo de París por los ejércitos de Thiers, y la conflagración que después vino. Siendo un amante apasionado del arte griego y estando muy familiarizado con él, hizo que las estatuas y vasos más preciados se bajarán á los sótanos del Louvre, procurando al mismo tiempo colocar en lugar seguro los libros más importantes de la Biblioteca Nacional y proteger igualmente el edificio del fuego que por doquiera le rodeaba. Su esposa, mujer de valor, digna compañera del filósofo, seguida á todas partes de sus dos tiernos hijos, organizó mientras tanto en el mismo barrio de la ciudad donde vivía, un sistema de alimentar al pueblo, que había sido reducido á la mayor miseria durante el segundo sitio. En las últimas semanas de su existencia, la Commune, al fin, comprendió que el suministro de alimento al pueblo, que carecía de medios de poder ganarlo por sí mismo, debía haber sido el primer cuidado de dicha corporación, organizándose entonces con voluntarios semejante servicio.

Sólo á una mera casualidad se debió que Elías Reclus, que se había mantenido en su puesto hasta el último momento, no fuera fusilado por las tropas versallesas; y habiendo sido condenado á la deportación, por haberse atrevido á aceptar cargo tan necesario bajo la Commune, se marchó á la emigración con su familia. Después, al volver á París, ha reanudado sus trabajos etnográficos, por los que tanta predilección había mostrado toda su vida. Lo que este trabajo representa puede juzgarse por algunos, muy pocos, capítulos del mismo, publicados en forma de libro, con los títulos de *Gente Primitiva* y *Los Australianos*, así como la historia del origen de las religiones, que forma la substancia de sus conferencias en la *Ecole des Hautes Etudes*, en Bruselas, fundada por su hermano. En todo el campo de la literatura etnológica no hay muchas obras que estén tan penetradas de un conocimiento tan completo como afectuoso de la verdadera naturaleza del hombre primitivo. En cuanto á su historia de las religiones (de la que una parte se publicó en la revista *Société Nouvelle*, y continúa viendo la luz en su sucesora *Humanité Nouvelle*), es, me atrevo á afirmar, la mejor obra sobre esta materia que jamás ha aparecido, indudablemente superior á lo intentado por Heriberto Spencer en tal sentido, porque éste, con todo su gran talento, no posee ese conocimiento de la natural y simple condición

del hombre primitivo que Elías Reclus con tan rara perfección domina, y al que ha agregado otro bien extenso de una rama relativamente descuidada de psicología popular: la evolución y transformación de las creencias.

Considero superfluo el hablar del carácter extremadamente bueno y modesto de este amigo, ó de su superior inteligencia y vastos conocimientos de todas las materias referentes á la humanidad; todo ello va comprendido en su estilo, que es suyo y de nadie más. Con su modestia, sus modales correctos y su profunda penetración filosófica, él es el tipo del filósofo griego de la antigüedad. En una sociedad menos superficial y vana y más amante del desarrollo de amplias concepciones humanitarias, se vería rodeado de una multitud de discípulos, como cualquiera de sus prototipos griegos.

Un movimiento socialista y anarquista muy acentuado presentamos en París en los días que allí pasamos. Luisa Michel daba conferencias todas las noches y despertaba el entusiasmo del auditorio, ya estuviera compuesto de trabajadores ó de gentes de la clase media. Su ya grande popularidad subió de punto, extendiéndose hasta los estudiantes de la universidad, quienes pueden tener horror á las nuevas ideas, pero admiraban en ella á la mujer ideal. En esa misma época tuvo lugar en un café un altercado entre uno que habló poco respetuosamente de Luisa Michel ante unos estudiantes y éstos. Los jóvenes tomaron la cosa con calor, y el resultado fué que se rompieron las mesas y los espejos también.

Yo igualmente, di una conferencia una vez sobre el anarquismo, ante un público compuesto de varios miles de personas, abandonando inmediatamente después á París, antes de que el gobierno se viera obligado á obedecer las indicaciones de la prensa rusófila y reaccionaria, que pedía me expulsaran de Francia.

De París fuimos á Londres, donde encontré una vez más á mis dos antiguos amigos Stepniak y Tchaykousky. La vida allí no era ya la triste y vegetativa existencia que había sido para mí cuatro años antes. Nos instalamos en Harrow, en una casita, sin preocuparnos mucho del mobiliario, una parte del cual hice yo mismo con ayuda de Tchaykousky — quien había estado en los Estados Unidos y aprendido algo de carpintería —, alegrándonos mucho de tener en nuestro huerto un pequeño pedazo de terreno arcilloso. Tanto mi mujer como yo, nos dedicamos con entusiasmo á la horticultura, cuyos admirables resultados había podido apreciar anteriormente, después de haber hojeado las obras de Toubeau y otros hortelanos de París, y posterior á nuestros propios experimentos en el huerto de la prisión de Clairvaux. Respecto á mi esposa, que tuvo una fiebre tifoidea á poco de habernos establecido de dicho lugar, el trabajo que hizo en el huerto durante el período de convalecencia fué para ella más provechoso que el haber pasado una temporada en el mejor de los sanatorios.

* * *

Hacia el fin del verano recibí un rudo golpe, enterándome que mi hermano Alejandro había muerto.

Durante los años que pasé en el extranjero, antes de que me prendieran en Francia, jamás nos habíamos escrito. A los ojos del gobierno ruso el amar á un hermano á quien se persigue por sus opiniones políticas, es por sí solo un pecado; mantener relaciones con él después que ha tenido que recurrir á la emigración, es un crimen. Un súbdito del zar debe odiar á todos los que se rebelan contra la suprema autoridad del que manda; y como Alejandro estaba en las garras de la policía rusa, me negué en absoluto á escribirle, lo mismo á él que á otro cualquiera de la familia.

Después que el zar escribió en la solicitud de nuestra hermana Elena « que siga allí todavía », no era posible esperar una inmediata salida de mi hermano. Dos años más tarde se nombró una comisión para fijar tiempo á los que se hallaban en Siberia deportados gubernativamente, y á mi hermano le echaron cinco, que, unidos á los dos ya sufridos, eran siete. Más adelante se formó otra en la época de Loris Mélikoff, y le recargaron otros cinco años más. A mi hermano le correspondía, pues, salir en libertad en Octubre del 86. Lo que constituía doce años de deportación, primero en un pueblecito de la Siberia oriental, y más tarde en Tomsk, esto es, en las tierras bajas de la región opuesta, donde no tenía ni aun el rico y saludable clima de las altas praderas que se hallan más al Este.

Cuando me encontraba preso en Clairvaux, me escribió y cambiamos algunas cartas. En ellas decía que, aun cuando nuestra correspondencia fuera leída por la policía rusa en Siberia y por los empleados de la prisión en Francia, podíamos escribirnos, á pesar de esa doble fiscalización. Hablaba de su vida en familia, de sus tres hijos, á quienes describía de un modo interesante, y de sus trabajos. Me encargaba con interés que no perdiera de vista el desarrollo científico de Italia, donde se llevaban á cabo excelentes y originales investigaciones, las cuales han permanecido ignoradas en el mundo de la ciencia hasta ser explotadas por Alemania, dándome también su opinión sobre el probable progreso de la vida política en Rusia. No creía posible entre nosotros, en un próximo porvenir, un gobierno parlamentario como el de las naciones occidentales de Europa; pero mirando hacia delante, consideraba suficiente por el momento la convocatoria de una especie de Asamblea Nacional deliberante (*Zémskiy Sobor ó Etats Généraux*). La cual no haría las leyes, sino solamente los proyectos á los que el poder imperial y el Consejo de Estado darían forma definitiva y sanción legal.

Sobre todo, de lo que más me hablaba en sus cartas era de su obra científica. Siempre había tenido particular predilección por la astronomía, y cuando estábamos en San Petersburgo publicó en ruso un excelente compendio de todos nuestros conocimientos sobre las estrellas errantes. Con su claro entendimiento crítico pronto se apercibió del lado fuerte ó débil de las diferentes hipótesis, y sin suficientes conocimientos matemáticos, pero dotado de una poderosa imaginación, consiguió hacerse cargo de las investigaciones matemáticas más complicadas.

Viviendo con el pensamiento entre los cuerpos celestes errantes, llegó á comprender sus movimientos complejos, á menudo mejor que algunos matemáticos — en particular los puramente algebristas —,

quienes están expuestos á perder de vista las realidades del mundo físico, no viendo nada más que sus propias fórmulas. Los astrónomos de San Petersburgo me hablaron con mucho interés de esa obra de mi hermano. Después se dedicó á estudiar la estructura del universo, analizar las fechas y las hipótesis sobre los mundos de soles, aglomeraciones de estrellas y nebulosas en el espacio infinito, estudiando los problemas de sus agrupaciones, su vida y las leyes de su evolución y decaimiento. El astrónomo de Púlkova, Gyldin, habló calurosamente de esta nueva obra de Alejandro y lo presentó por medio de una carta á Mr. Halden, de los Estados Unidos, á quien, estando últimamente en Washington, tuve el gusto de oír una apreciación bien halagüeña del valor de estos trabajos. La ciencia tiene una verdadera necesidad, de cuando en cuando, de semejantes especulaciones de un carácter muy elevado, hechas por un cerebro escrupulosamente laborioso, crítico, y al mismo tiempo imaginativo.

Pero en un pueblo pequeño de Siberia, lejos de todas las bibliotecas y sin poder seguir los progresos de la ciencia, sólo consiguió englobar en su trabajo las investigaciones efectuadas hasta la fecha de su deportación.

Después se habían publicado trabajos de importancia, de los que tenía conocimiento; pero ¿cómo le había de ser posible hacerse de los libros necesarios mientras permaneciera en Siberia? La aproximación del momento de recobrar la libertad no era motivo de regocijo para él, porque sabía no se le permitiría residir en ninguna de las ciudades universitarias de Rusia ó de la Europa occidental, sino que, á la primera seguiría una segunda deportación, tal vez peor que la anterior, á alguna aldea de la Rusia oriental.

« Una desesperación como la de Fausto se apodera de mí algunas veces », me escribía, y cuando el fin de su condena se acercaba, mandó su mujer y sus hijos á Rusia, aprovechando uno de los últimos vapores, antes de que se cerrase la navegación, y, en una noche triste, esta desesperación puso un término á su existencia.

Una nube densa se fijó sobre nuestra casita durante muchos meses, hasta que un rayo de luz vino á rasgarla, cuando en la inmediata primavera una inocente niña que lleva el nombre de mi hermano vino al mundo, y con su tierno llanto hizo vibrar nuevas fibras en mi corazón.

XVI.

En el 86, el movimiento socialista en Inglaterra se hallaba en todo su apogeo. Grandes masas obreras se habían francamente unido á él en todas las poblaciones de importancia, así como un número de personas de la clase media, jóvenes en su mayoría, que le prestaban su concurso de varios modos.

Una aguda crisis industrial se hacía sentir aquel año en la mayoría de los oficios, y todas las mañanas y á menudo durante el día, no dejaba

de oír á grupos de trabajadores, recorriendo las calles cantando: « Estamos en paro forzoso », ó algún himno, y demandando pan. Las gentes acudían de noche á la plaza de Trafalgar á dormir allí al aire libre, expuestas al viento y la lluvia entre dos periódicos; y un día de Febrero, la multitud, después de haber escuchado los discursos de Burns, Hyndman y Champión, corrió á Picadilly, rompiendo varios biombos de las principales tiendas. Pero más importante aún que esta manifestación de malestar era el espíritu que animaba á la parte más pobre de la población obrera que habita los barrios exteriores de Londres. Fué de índole tal, que si los jefes del movimiento, á quienes se procesó por lo ocurrido, hubieran sido tratados con severidad, un deseo de venganza y sed de odio, desconocidos hasta entonces en la historia actual del movimiento obrero en Inglaterra, pero cuyos síntomas se mostraban bien marcados en el 86, se hubiesen desarrollado, imprimiéndoles sus huellas á las agitaciones futuras durante largo tiempo. La clase media, en este caso, pareció haber comprendido bien la situación, inscribiéndose inmediatamente cantidades importantes de dinero en el West End, para aliviar la miseria de la parte opuesta de la ciudad, lo cual, aunque insuficiente para remediar el mal, bastaba, por lo menos, para demostrar una buena intención. En cuanto á las sentencias que recayeron sobre los jefes procesados, todas se limitaron á dos ó tres meses de prisión.

La cantidad de interés en las cuestiones sociales y los proyectos de todas clases de reforma y reconstrucción eran grandes y numerosos entre todas las capas de la sociedad.

Empezando en el otoño y continuando todo el invierno, fuí, por encargo de los amigos, dando conferencias por todo el país, en parte sobre las prisiones, pero generalmente sobre socialismo anarquista, visitando de ese modo las principales poblaciones de Inglaterra y Escocia. Por regla general aceptaba la primera invitación de hospedaje que se me hacía en la noche de la conferencia, por lo que ocurría que una noche me tocaba dormir en una casa rica, y la siguiente en el estrecho círculo de una familia obrera.

Cada noche veía un número considerable de personas de todas clases, y ya fuera en la modesta casa del trabajador ó en la sala de recepción del capitalista, una animada discusión sobre socialismo y anarquismo se mantenía hasta las altas horas de la noche; con ilusión en la primera y con desaliento en la segunda, pero en todas partes con la misma sinceridad.

En la mansión del poderoso, las primeras preguntas eran: « ¿Qué quieren los socialistas? ¿Qué se proponen hacer? — y después — ¿Que concesiones son las que en primer término hay necesidad de otorgar en un momento dado, con objeto de evitar conflictos graves? » En nuestras conversaciones rara vez oí negar la justicia de nuestra causa ó calificarla como falta de fundamento. Pero hallé una firme convicción de que una revolución era imposible en Inglaterra; que lo que reclamaban las masas trabajadoras no llegaba, ni con mucho, á lo que demandaban los socialistas, y que aquéllos se contentarían con bastante menos, de tal modo, que concesiones secundarias, limitadas á un pequeño aumento de bienestar ó descanso, serían aceptadas por ellas como garantía de

otras más importantes para el porvenir. « Somos una nación del centro izquierdo; vivimos transigiendo », me dijo una vez un antiguo miembro del parlamento, que tenía gran conocimiento de la vida de su país.

En la morada del pobre también noté una diferencia entre las preguntas que me dirigían en Inglaterra y las que me habían hecho en el Continente. Los principios generales, cuya aplicación parcial ha de ser determinada por ellos mismos, interesan profundamente al trabajador latine. Si este ó aquel concejo municipal vota fondos para sostener una huelga, ó se ocupa de la alimentación de los niños de las escuelas, no se da importancia á tales medidas, tomándolas como cosa corriente. « Claro es que un niño hambriento no puede aprender — dice un trabajador —; hay que alimentarlo ». « Es indudable que el patrón cometió una torpeza al obligar á los trabajadores al paro ». Esto es todo lo que se dice sobre el particular, y nadie le da importancia á esas pequeñas concesiones, hechas por la sociedad individualista á los principios comunistas. La imaginación del trabajador va más allá de esas concesiones, preguntando si es el municipio, la Unión de trabajadores ó el Estado quien debe ocuparse de organizar la producción, si el concierto libre será suficiente para mantener la armonía en la sociedad, y cuál será el freno moral de ésta cuando se desprendiera de sus actuales medios de represión; si un gobierno democrático libremente elegido sería capaz de realizar cambios de importancia en sentido socialista y si los hechos consumados no deberían preceder á la legislación, y otras cosas parecidas.

En Inglaterra, donde más particularmente se fijaba la atención, era en una serie de concesiones paliativas, que gradualmente iban creciendo en importancia. Mas, por otra parte, la imposibilidad de la administración industrial por el Estado, parecía haber sido comprendida con bastante anterioridad por estos obreros, en tanto que lo que más le interesaba era lo que tenía carácter constructivo, así como el medio de obtener las condiciones de vida necesarias para poder llevar á la práctica semejante variación.

« Y bien, Kropotkin, supongamos que mañana tomáramos posesión de los diques de nuestra ciudad. ¿Qué pensáis sobre el modo de administrarlos? », es cosa que, por ejemplo, se nos preguntaba en cuanto nos sentábamos en casa de un trabajador. O bien esta otra: « No estamos conforme con que el Estado administra los ferrocarriles, y el sistema empleado hoy por las compañías, no es, ni más ni menos, que el robo organizado. Mas supongamos que fueran de los trabajadores. ¿Cómo el servicio entonces se organizaría? » La falta, pues, de ideas generales era reemplazada por un deseo de profundizar más hondamente los detalles de la realidad.

Otro rasgo del movimiento en Inglaterra era el considerable número de gente de la clase media que le prestaba su concurso por varios conceptos, unos asociándose á él francamente, y otros ayudándole de un modo indirecto. En Francia y en Suiza los dos partidos — los trabajadores y la clase media — permanecían contemplándose frente á frente, con una clara línea divisoria entre ambos. Al menos, esto es lo que sucedía en los años que mediaron del 76 al 85. Durante el tiempo que estuve en Suiza, puedo decir que en los tres ó cuatro años que per-

manecí allí no conocí más que á trabajadores. En Inglaterra eso hubiera sido imposible; en este país encontramos un número considerable de personas de ambos sexos que no vacilaban en presentarse públicamente, lo mismo en Londres que en las provincias, ya para favorecer la organización de mitins socialistas, ó ir en tiempo de huelga á recorrer los parques recolectando auxilios. Además, allí veíamos un movimiento parecido al que habíamos presenciado en Rusia en los primeros años después del 70, cuando nuestra juventud corrió « hacia el pueblo », aunque no con tanta intensidad, tan lleno de abnegación y tan completamente desprovisto de la idea de « caridad ». Aquí también, en Inglaterra, una multitud de personas fueron, por modos diferentes, á vivir entre los trabajadores en los asilos nocturnos, en las casas del pueblo y en todas partes, y conviene hacer constar que el entusiasmo que entonces existía era muy grande. Muchos, probablemente, imaginaron que ya había empezado la revolución social; pero, como por lo general ocurre siempre en tales casos, cuando la mayoría vió que, tanto en dicho país como en todas partes, quedaba todavía un duro y penoso trabajo que hacer, se retiraron de la vida activa, y hoy se contentan con no ser más que simpatizadores.

XVII.

En este movimiento tomé una parte activa, y con algunos compañeros ingleses empecé á publicar, además de los tres periódicos socialistas que entonces existían, una revista anarquista comunista mensual, llamada *Freedom*, que sigue existiendo todavía. Al mismo tiempo reanudé mis trabajos sobre el anarquismo, que interrumpí en el momento de mi prisión. La parte crítica de ellos fué publicada por Elíseo Reclus, durante el tiempo que estuve en Clairvaux, con el título de *Palabras de un Rebelde*. Después me dediqué á escribir la parte constructiva de la sociedad comunista anarquista — hasta donde era posible concebirla — en una serie de artículos publicados en París en *La Révolte*, porque « nuestro hijo », perseguido por hacer propaganda antimilitar, se había visto obligado á cambiar de nombre, teniendo ahora un título femenino. Más adelante, estos artículos se publicaron en una forma más acabada en el libro *La Conquista del Pan*.

Estas investigaciones fueron motivo de que yo estudiara más detenidamente ciertos puntos de la vida económica de las naciones civilizadas de la época.

La mayoría de los socialistas han afirmado hasta ahora que en nuestras presentes sociedades civilizadas producimos actualmente mucho más de lo que se necesita para asegurar el bienestar á todos; que el defecto estaba sólo en la distribución, y en caso de efectuarse una revolución social, todo quedaría reducido á que cada uno continuara yendo, como antes, á su fábrica ó taller, en tanto que la sociedad tomaba por sí misma posesión del « valor sobrante » ó utilidades que ahora recoge el capitalista. Yo, por el contrario, opinaba que, bajo las presentes condiciones de propiedad particular, la producción misma había seguido una senda errónea, siendo completamente inadecuada, hasta respecto á las más apremiantes necesidades de la vida. Ninguno de los artículos

que aquéllas reclaman se producen en mayor cantidad de lo que se necesitaría para asegurar el fin indicado, y el exceso de producción, de que tanto se ha hablado, no significa otra cosa sino que las masas son muy pobres, hasta para comprar aun lo que se considera actualmente como de primera necesidad. Pero es indudable que en todo país civilizado, la producción, tanto agrícola como industrial, se debería y fácilmente se podría aumentar extraordinariamente, con objeto de asegurar el reinado de la abundancia para todos. Esto me indujo á considerar los recursos de la moderna agricultura, así como los de una educación que diera á cada uno los medios de poder ejecutar á un tiempo lo mismo un trabajo manual agradable que otro intelectual. Desarrollé estas ideas en una serie de artículos publicados en el *Nineteenth Century*, que posteriormente han visto la luz en un libro titulado *Campos, Fábricas y Talleres*.

Otra gran cuestión embargaba mi mente. Se sabe hasta qué punto la fórmula de Darwin, llamada « lucha por la existencia », ha sido interpretada por sus partidarios en general, aun por los más inteligentes, tales como Huxley. No hay infamia alguna en la sociedad civilizada ó en las relaciones de los blancos con las llamadas razas inferiores, ó en las del fuerte con el débil, que no pueda encontrar su excusa en ella.

Hasta durante mi residencia en Clairvaux vi la necesidad de reformarla, así como su aplicación á las relaciones humanas. Los pasos dados por algunos socialistas en esta dirección no me dejaron satisfecho; pero encontré en una conferencia dada por el zoólogo ruso, profesor Hessler, una verdadera expresión de la ley de la lucha por la existencia. « El apoyo mutuo — dijo en ella — es tan ley de la naturaleza como la mutua lucha; mas en cuanto á la evolución *progresiva* de las especies, la primera es mucho más importante que la segunda ». Estas pocas palabras, confirmadas desgraciadamente por sólo un par de ejemplos (á los que Syevertroff, el zoólogo de quien he hablado en uno de los capítulos anteriores, agregó uno ó dos más), contenían para mí la clave de todo el problema.

Cuando Huxley publicó en el 88 su atroz artículo « La lucha por la existencia es todo un programa », me decidí á presentar en forma comprensible mis objeciones á su modo de entender la referida lucha, lo mismo entre los animales que entre los hombres, cuyos materiales estuve acumulando durante dos años. Hablé del particular á mis amigos; pero hallé que la interpretación de «lucha por la existencia» en el sentido del grito de guerra, «¡Ay de los vencidos!», elevado á la altura de un mandato de la naturaleza revelado por la ciencia, estaba tan profundamente arraigado en este país, que se había convertido poco menos que en dogma. Sólo dos personas me ampararon en mi rebeldía contra esa errónea interpretación de los hechos de la naturaleza, siendo uno de ellos Mr. J. Knowles, director del *Nineteenth Century*, quien con su admirable perspicacia, en el acto se hizo cargo de la parte fundamental de la cuestión, y con una energía verdaderamente juvenil, me alentó en tal empresa. El otro, cuya pérdida todos lamentamos, fué Mr. H. W. Bates, á quien Darwin, en su *Autobiografía*, describe como uno de los hombres más inteligentes que jamás había conocido. Era secretario de la Sociedad de Geografía, y de ahí que yo le conociera

y le hablara de mis intenciones. La idea le pareció excelente: « Sí, hacéis bien en escribir en ese sentido — me dijo —; ese es el verdadero darwinismo, y es vergonzoso el considerar lo que han hecho con dichas ideas. No dejéis de realizarlo, y cuando lo hayáis terminado, os enviaré una carta apoyando el pensamiento, que podéis publicar también ». No era posible encontrar personas más autorizadas que me alentaran, y al efecto, empecé á trabajar, publicándose después la obra en la revista mencionada, con los títulos de *El apoyo mutuo entre los animales, Entre los salvajes, Entre los bárbaros, En la ciudad medioeval y Entre nosotros*. Desgraciadamente olvidé someter á la aprobación de Bates los dos primeros artículos de estas series, que tratan de los animales, y fueron publicados antes de su muerte. En cuanto á la segunda parte de la obra, *El apoyo mutuo entre los hombres*, espero tenerla pronto terminada; pero como me ha costado varios años de trabajo, en ese tiempo él nos abandonó.

Las investigaciones que necesité hacer durante estos estudios, á fin de ponerme al corriente de las instituciones del período bárbaro, y de las de las ciudades libres medioevales, me llevaron á otras igualmente importantes: la parte representada en la historia por el Estado durante sus postreras manifestaciones en Europa, en los tres siglos últimos. Siendo, por otra parte, el estudio de las instituciones del apoyo mutuo en diferentes grados de civilización, causa de que examinase las bases evolutivas del sentido de lo justo y lo moral en el hombre.

* * *

En los últimos diez años, el crecimiento del socialismo en Inglaterra ha tomado un nuevo aspecto. Los que sólo juzgan por el número de mítins socialistas y anarquistas celebrados en el país y el auditorio que á ellos concurre, se encuentran inclinados á decir que la propaganda socialista se halla ahora en decadencia; y los que toman como base de su juicio el número de votos concedidos á los que pretenden representar la idea en el parlamento, vienen á parar á una análoga conclusión. Pero la profundidad y penetración del movimiento socialista no pueden apreciarse en ninguna parte por el número de votos otorgados á favor de aquellos que dan más ó menos carácter socialista á sus programas electorales, y esto es lo que sucede precisamente en Inglaterra. Ocurriendo que, de los tres sistemas de socialismo que formularon Fourier, San Simón y Roberto Owen, el último es el que domina allí y en Escocia. Así que, no es tanto por el número de mítins ó de votos emitidos por lo que se puede juzgar de la intensidad del movimiento, sino por la infiltración del punto de vista socialista en las uniones de oficios, en las sociedades cooperativas y en el llamado socialismo municipal, como igualmente la propagación de tales principios por todo el país. Considerado bajo este aspecto, la extensión que ha alcanzado ese orden de ideas es inmenso, comparada con lo que era en el 68, no dudando en afirmar que es verdaderamente colosal, si se le compara con lo que representaba en los años que mediaron del 76 al 82. Pudiendo agregar que los perseverantes esfuerzos de los pequeños grupos anarquistas han contribuido en una proporción que nos hace ver que no hemos perdido

el tiempo, á extender la idea de no gobierno, de los derechos individuales y de la iniciativa local y libre acuerdo, en oposición á las de la supremacía del Estado, centralización y disciplina que estaban en su apogeo hace veinte años.

Toda Europa está pasando ahora por una fase bien oscura del desarrollo del espíritu militar. Esto fué una inevitable consecuencia de la victoria obtenida por el imperio militar alemán, con su sistema de servicio general obligatorio, sobre Francia en el 71, habiendo sido ya desde entonces prevista y anunciada por muchos, y de un modo particularmente expresivo por Bakunin. Pero la contracorriente se hace actualmente sentir en la vida moderna.

Las ideas comunistas, despojadas de su forma monástica, han penetrado en Europa y América de un modo extraordinario durante los veintisiete años en que he tomado una parte activa en el movimiento socialista y podido observar su desarrollo. Cuando pienso en las vagas, confusas y tímidas ideas manifestadas por los trabajadores en los primeros congresos de la Internacional ó en las que eran corrientes en París durante la insurrección de la *Commune*, hasta entre los más inteligentes de los jefes, y las comparo con las que se han abierto camino en nuestros días entre un gran número de trabajadores, me veo precisado á decir que me parecen pertenecer á dos mundos enteramente distintos.

No hay época en la historia — si se exceptúa tal vez el período de insurrección en los siglos XII y XIII que dieron por resultado el movimiento de los municipios medioevales — durante la cual un cambio de la misma índole, y tan profundo, se haya hecho sentir en las concepciones corrientes de la sociedad. Y ahora, á los cincuenta y siete años de edad, estoy más profundamente convencido, si es posible, que antes, que una combinación cualquiera de circunstancias accidentales puede hacer estallar en Europa una revolución que se extienda tanto como la del 48 y sea mucho más importante, no en el sentido de mera lucha entre partidos diferentes, sino en el de una profunda y rápida reconstrucción social; y tengo el convencimiento que, cualquiera que sea el carácter que semejante movimiento pueda tomar en diferentes países, en todas partes se manifestará un conocimiento más profundo de los cambios que se necesitan, de lo que jamás se ha dado á conocer durante los seis siglos últimos, en tanto que la resistencia que el movimiento encuentre en las clases privilegiadas apenas tendrá el carácter de obtusa obstinación que hizo tan violentas las revoluciones de los tiempos pasados.

La obtención de este gran resultado justifica bien los esfuerzos que tantos miles de criaturas de ambos sexos, y en todas las naciones y clases han hecho en los últimos treinta años.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

Introducción Pág. 5

PARTE PRIMERA.

INFANCIA 11

PARTE SEGUNDA.

EL CUERPO DE PAJES 52

PARTE TERCERA.

SIBERIA 103

PARTE CUARTA.

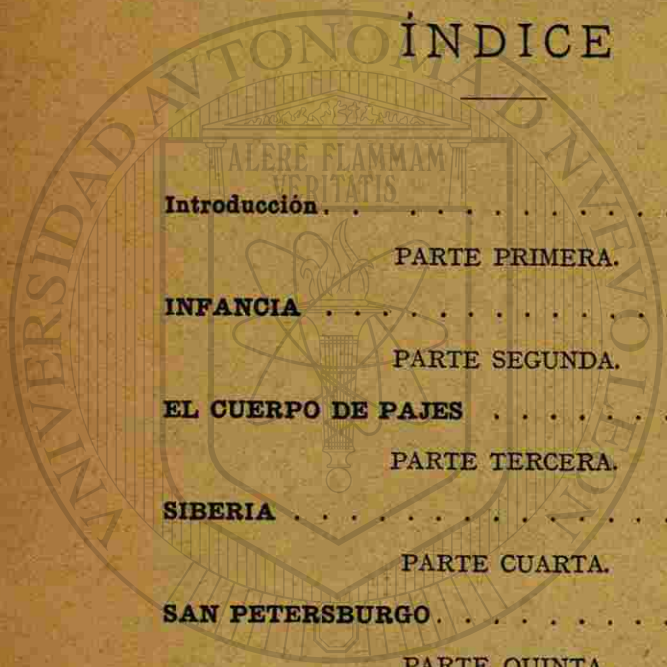
SAN PETERSBURGO 144

PARTE QUINTA.

LA FORTALEZA. LA FUGA 213

PARTE SEXTA.

LA EUROPA OCCIDENTAL 234



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



